La superviviente

Cuando un yate explota en las Bahamas, matando aparentemente a seis personas, Sam Boylston, un abogado de Texas e hijo de una de las víctimas, se empeña en investigar las circunstancias, al igual que el periodista Raoul Kelly.

Después del desastre, el capitán del yate siniestrado se ha retirado temporalmente a una pequeña isla, y pronto resulta evidente que alguien está manipulando los hechos de forma despiadada. Pero para Boylston y Kelly demostrar la culpabilidad parece imposible…

John D. MacDonald

La superviviente

ePub r1.0
Titivillus 22.01.2017

Título original: *The Last One Left*
John D. MacDonald, 1966
Traducción: Mercedes A. Carrera
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Todos los personajes de este libro son ficticios, y cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura coincidencia.

Dedico esta novela a Travis McGee, que me prestó inapreciable ayuda y que fue un gran estímulo para mí.

El extremo terror nos devuelve los gestos y acciones de nuestra infancia.

CHAZAL

Capítulo primero

En la pequeña fiesta de despedida que tuvo lugar en el Club Náutico de Delmar Bay, Kip y Selma dieron a Howard y a Junie Prowt una pequeña placa de metal para que la fijasen en uno de los mamparos del *HoJun*. La inscripción decía: *¡Oh, Señor, tu mar es tan inmenso y mi barco es tan pequeño!*

Arranquese el papel posterior y apriétese el dorso, engomado, de la placa, a cualquier superficie lisa y limpia.

En medio del Gulf Stream, a las diez de la mañana de un hermoso día de mayo, con el cielo azul y sin nubes aunque con viento, Howard Prowt, que se hallaba en el puente de su barco de treinta y cuatro pies de eslora, sabía en qué rincón exacto y en qué cajón había guardado el regalo, y luchaba contra el absurdo impulso de bajar a buscarlo, desenvolverlo y colocarlo.

Las empalizadas y las torres del Fuerte Lauderdale se veían en el horizonte, a popa. Howard Prowt había trazado con toda exactitud los planes para su viaje, tal como le enseñaron en las clases de Power Squadron, corrigiéndolos después adecuadamente para derivar hacia el norte del Gulf Stream, Con las desviaciones normales de la brújula. Había calculado la hora de llegada a Bimini sobre la base de 2.300 revoluciones por minuto de sus motores gemelos de 150 caballos. Había salido del muelle 66 a las ocho y media de la mañana, pasando junto a la boya a las nueve menos catorce minutos. Once minutos después de las doce, el *HoJun* debía llegar al canal atravesando la barra exterior del puerto de Bimini.

Nadie le había dicho cómo ocurriría ni qué sensaciones tendría. Éste era el inconveniente. Sólo le dijeron que aquello podría ponerse algo difícil en el Stream. Pero no le hablaron en absoluto de la singularidad, la soledad, el raro color azul y la fuerza de la corriente. Había indiferencia, falta de interés por él y por su pequeño barco. Y aquello cambiaba el aspecto de las cosas.

Howard Prowt siguió consultando las esferas, comprobando la presión del aceite, la temperatura y las revoluciones por minuto y

comparando las indicaciones del piloto automático con las de la brújula. Después, permaneció, con la mente vacía, contemplando fijamente el agua, en espera del próximo vaivén del casco, preparado para la embestida de las olas que rompían, deshaciéndose en blanca espuma, a ambos lados de la proa del barco.

«Es un buen día para atravesar el canal —se dijo—. Ni hecho intencionadamente».

El *HoJun* había demostrado ser fuerte, estable y merecedor de confianza, en todos los otros lugares a los que lo había llevado desde que aceptó su entrega, en el mes de noviembre anterior.

Había parecido un barco de gran tamaño cuando estaba amarrado en el dique posterior de Heron Bayou, y sus medidas no resultaron tampoco despreciables en la dársena para embarcaciones del Club Náutico, junto a los yates. Howard había comprobado con exactitud cómo su barco respondía a todas las variantes del viento y de las mareas, poniendo todo su orgullo en el suave toque dado a las válvulas de los motores, gracias al cual lograba arrimarlo tanto al muelle que Junie, colocada en proa, podía pasar a tierra con la maroma, pasando luego la argolla por un noray. Había hecho varias travesías cortas y una larga hasta Stuart atravesando luego el lago y bajando por el río hasta Fort Myers, bajando también después por la costa del golfo hasta Marathon y volviendo al punto de origen por las bahías de Florida y de Biscayne. Le había hecho doblar algún difícil cabo del golfo gobernándolo luego a través del agitado mar que se extendía del otro lado. Cuando marcaba la ruta, comprobaba siempre dos veces el rumbo a seguir y, al ver aparecer entre la niebla del mar los puntos de referencia, tenía la satisfacción de ver que no se había equivocado.

Pero aquella vez no era lo mismo. Todo, a su alrededor, parecía fingido. Aquel mar no era el mismo que su mujer y él habían contemplado, dos años antes, desde el puente de recreo de un pequeño barco italiano que les había llevado a través del Caribe, hasta Curasao.

Entonces, apoyados en la barandilla, contemplaban el mar mirando hacia abajo. Pero este mar de ahora se alzaba, se levantaba en enormes olas más altas, a veces, que su línea de visión del puente, y una de cada diez se coronaba de blanca espuma cuya

parte superior el viento hacía caer, recortada sobre el increíble azul cobalto del cielo. Howard tensaba el estómago cada vez que el *HoJun* parecía vacilar antes de levantarse en un vaivén. Por encima de las sedosas montañas de agua, podía ver, en una extensión de muchas millas, las olas que rompían al azar por todas partes. Después, el barco se inclinaba aplastando ruidosamente el agua mientras crecía el rumor de los motores gemelos y se deslizaba por la otra vertiente de la enorme ola, hasta llegar a un punto desde el cual Howard no podía ver más allá de cincuenta pies, en cualquier dirección que mirase. El barco hundía profundamente la proa en el agua enviando líquidas oleadas contra el parabrisas de la casita del piloto y contra el cristal que protegía el puente.

Howard Prowt se mantenía firme, a pesar del balanceo, diciéndose que, sin duda, no se trataba de un dramático cambio del tiempo, amenazador de muerte. Era sólo lo que le había predicho aquel hombre del muelle 66: «El viento le sacudirá y le hará ir muy despacio, Mr. Prowt. Estará en alta mar, hacia el Este, dentro de una hora, y un par de puntos al Nordeste cuando haya salido del Stream.

El mar estará algo movido, pero no demasiado. Pero, tan pronto como haya hecho todo el camino hacia el Norte, el parte meteorológico, que abarca cinco días, dice que quizá pasarán tres o cuatro antes de que el tiempo vuelva a ser como para querer navegar. Zarpe ahora, que le irá bien. No hay tiempo de que el Stream se ponga feo. Yo diría que tendrá usted una tarde bastante fresquita, con brisa de diez nudos. Un día bonito para atravesar el canal».

Pero nadie le había hablado de la absoluta indiferencia de aquellas olas y de cómo convertirían al *HoJun* en una especie de juguete pequeño y a su dueño en un niño bobalicón que había querido jugar a ser capitán.

Escuchando la radio del barco, no pudo oír nada más que una charla nasal e indiferente acerca de caza y de pesca en una de las emisoras, a la Marina de Miami haciendo llamadas telefónicas en otra y un silencio absoluto en el canal de Emergencias de Guardias de la Costa.

«Uno de esos golpes de ola producirá un escape de gas, y uno de los motores se parará, y las chispas que saldrán del otro encenderán

el gas que habrá llenado la sentina. O una batería se desviará y soltará uno de los cables, y se pararán los dos motores. O se abrirá una grieta en el casco, y entrará más agua de la que puedan sacar las bombas de achique».

Un doloroso calambre abdominal le hizo encogerse sobre sí mismo y proferir Un gemido entrecortado. Era una buena época para ingerir alimentos envenenados. ¿Tal vez la langosta de la noche anterior?

Y, ¡oh Dios mío!, por allí venía una ola aún mucho más alta que las demás.

El barco se encabritó y después cayó desde la cresta de la ola, con unos incómodos movimientos de sacacorcho, deslizándose hacia abajo del azul promontorio y hundiendo con un chasquido la proa en el agua a bastante profundidad para enviar, por la fuerza del choque, raudales de agua sólida a lo largo de los puentes laterales.

«Pero, ¿qué demonios estoy haciendo aquí?».

«Creo, querida mía, que en mayo iremos a las Bahamas. Di a Kip y a Selma que vengan con nosotros. Estaremos de viaje un mes entero. Quizá lleguemos hasta Eleuthera. ¿Qué te parece?».

Cuando se tiene un barco lo suficientemente grande para ir a las Bahamas, cuando se vive tan cerca de ellas, cuando tal vez el año siguiente le hagan a uno capitán de yate del Club Náutico de Delmar Bay, uno va a las Bahamas. Porque, si no va, la gente cree que uno es incompetente o poco decidido.

«De manera que soy muy poco decidido —pensó—. Aquí vienen las embarcaciones de fuera borda. Hacen regatas desde Miami hasta Nassau, cuando el mar está más movido que ahora. Cualquier barco tiene un importante factor de seguridad, y éste era nuevo hace seis meses. Pero el caso es que pasé junto a aquella boya sintiéndome un Horacio Hornblower, y en este momento no soy más que un asustado tendero retirado, de Moline, que se encuentra perdido en medio de esta revuelta indiferencia azul, a la que no le preocupa lo más mínimo que me hunda, que el barco haga explosión o que yo me salga con la mía».

«Siempre quise tener un yate».

«¡Señor, sólo te pido que me hagas llegar allí!».

En aquel momento, Junie, luchando por mantenerse en equilibrio, se acercó a él y se cogió de su brazo, sobresaltándolo.

Después, tambaleándose, se alejó, dando un jocoso grito de espanto, se agarró al asiento del piloto, se dejó caer en él y sonrió a Howard. Su sonrisa era ancha e impersonal y Sus ojos grises no parecían enfocar bien. Tenía el cabello, de color rubio oscuro, despeinado y mojado de agua de mar, y estaba tan pálida y descolorida, bajo el bronceado del sol, que su cutis ofrecía un extraño matiz de azafrán. Se le había puesto piel de gallina y parecía un pollo desplumado.

Howard se dio cuenta de que estaba a un tiempo mareada y aterrorizada, pero que, por puntillo y por valor, se esforzaba en disimular ambas cosas. Pero el terror que sentía era, sin duda, más fuerte que el mareo, porque había subido a pesar de que detestaba los vaivenes del puente hasta el punto de no ir por allí más que cuando el mar estaba absolutamente en calma.

«Esto no es para ninguno de los dos —se dijo Howard—. Es algo que no nos sienta, es una especie de equivocación. Junie es una vieja ama de casa, una madre de Moline, de cincuenta y ocho años de edad y, desde que nos trasladamos aquí, se ha puesto a régimen, ha hecho ejercicio, se ha compuesto y se ha acicalado, se ha cocido al sol hasta tostarse bien, se ha teñido de rubio el pelo gris, lleva esa ropa de día de fiesta y hasta habla de una manera que dejaría con la boca abierta a la plácida matrona de Moline de hace dos años. Pero, para nosotros dos, todo esto es fingido… Somos un par de locos sacados de un anuncio de revista de yates, embaucados para representar aquí un papel que, de pronto, se ha convertido en realidad».

—¿Se ha puesto peor la cosa, querido? —le gritó Junie, por encima del ruido del viento, del mar y de los motores.

—Está más o menos lo mismo que antes. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, un poco mejor.

Seguía sonriendo impasible, a pesar de que miraba fijamente ante ella.

«Los depósitos de combustible están llenos —pensó Howard—. Los depósitos de agua están también llenos. Y luego hay ese maldito par de toneladas de provisiones que subimos a bordo y que almacenamos aquí. El barco va más hundido en el agua de lo que nunca ha ido, y justamente hemos tenido que encontrarnos con esto».

Se impuso el deber de comprobar cómo estaban de llenos todos

los depósitos y lo hizo con el ceño fruncido y la expresión de un verdadero lobo de mar.

—¿Hay algo que no funciona? —le volvió a gritar Junie.

Ya no sonreía. Tenía los labios apretados y exangües. Parecía, de pronto, una mujer vieja, muy vieja, vestida como para interpretar un papel ordinario de ingenua.

—¡No hay ni una maldita cosa que no funcione como es debido!

—No tienes por qué gritarme, Howard. Quiero decirte que… no entiendo nada de motores y de todas esas cosas, pero me parece que…, que la cosa se está poniendo cada vez peor.

Su marido le dio unos golpecitos en el hombro.

—Todo va bien. Muy bien.

—¿Será…, será así todo el viaje?

—ESTAMOS ATRAVESANDO EL GULF STR…

Howard se contuvo y cambio de tono:

—Querida, ésta es la *única* parte difícil de la travesía.

—Si no estás nervioso, ¿por qué contestas con tan mal humor?

—*No* estoy nervioso. *No* estoy de mal humor.

Se preguntó si la cosa habría sido distinta, si hubiera sido mejor, en el caso de que Kip y Selma hubiesen podido hacer la travesía con ellos, en vez de ir a Bimini dos días más tarde en avión. La mayor parte de su equipaje estaba ya a bordo, pero en el último momento a Kip le salió tener que asistir a una reunión. Naturalmente, Kip no sabía absolutamente nada de náutica, de pilotaje ni de cómo hay que conducir un barco pequeño. Lo mismo le pasaba a Selma. Pero tal vez, si hubieran sido cuatro en vez de dos, no estarían tan…

Al mirar ante sí, desde la cima de una ola, Howard vio muy lejos un objeto blanco. Pero la visión fue demasiado fugaz para determinar lo que era antes de que el barco volviera a deslizarse al seno de dos olas, y el objeto se perdió de vista.

Cuando la embarcación volvió a levantarse, Howard no pudo localizar lo que había visto. Pero la vez siguiente dio con ello. Junie preguntó:

—Aquello ¿no es un barco pequeño?

—Me parece que sí.

Cogió los gemelos, no pudo enfocar el objeto a la siguiente oleada, pero a la otra sí pudo darle una rápida ojeada.

—Es una canoa pequeña —anunció.

—¿Cómo habrá salido con este tiempo?

La rueda del timón fue girando, mientras el piloto automático iba explorando y corrigiendo. El objeto distante aparecía primero a proa, algo hacia babor y después, hacia estribor, y Howard se dio cuenta de que no se movía. Ensayó el procedimiento que Seguiría para acercarse a él, dio al piloto un nuevo rumbo, cinco grados más hacia el Sur, comprobó el momento en que efectuó el cambio y cuando estuvieron de espaldas al objeto volvió al rumbo anterior dirigiendo el barco diez grados más hacia el Norte, para compensar el tiempo transcurrido y recobró la dirección señalada en la brújula. Tal vez hubiera podido corregir cinco grados, y entonces…

Mostrábase reacio a hacer cambios. Había intentado hacer cuidadosamente algunas alteraciones en las revoluciones por minuto de los motores para ver si esto hacía la travesía más fácil, pero con ello sólo había conseguido aumentar sus temores. Yendo a menor velocidad el barco tenía tendencia a perder el rumbo, y a mayor velocidad lo único que se conseguía era que el ruido ensordecedor producido al descender por la vertiente de las olas resultase aún más pavoroso. Y Howard ni siquiera podía suponer cómo respondería el barco a una pequeña alteración del rumbo. Decidió esperar y ver hasta qué punto podían acercarse a aquella canoa.

La veía cada vez que llegaba a la cima de una ola. Era una lancha de motor de veinte pies de eslora, o tal vez un poco más, de casco liso y bruñido. Los costados eran blancos y el resto de un color azul verdoso, con una tonalidad algo más clara que el extraño e intenso tono azul del Stream. El sol, que estaba ya muy alto, arrancaba destellos a las guarniciones de metal, a las palancas de mando, a la cromada montura del parabrisas. Parecía flotar ligera, proa al viento moviéndose con gracia sobre las altísimas olas.

Pero no se movía en el agua. Con ayuda de los gemelos, Howard vio que estaba provista de dos motores fuera-borda, ambos levantados. No podía descifrar el nombre. Con el consiguiente alivio vio que, sin alterar el rumbo, la dejaría atrás, a babor, por lo menos a cien pies de distancia. Las fuerzas del viento y del Stream unidas la hacían desviarse hacia el Noroeste.

Junie preguntó:

—¿No deberíamos hacer algo?

—¿Qué quieres que hagamos? Debe de ser un borracho. Ha anclado y está durmiendo la mona. O tal vez se trata de dos jóvenes amantes.

Junie alargó rápidamente el brazo y apretó el pulsador de la sirena, en el panel de los mandos. Aquel sonido, tan potente cuando salían al canal, desde la dársena del Club Náutico, allí pareció débil, insignificante. Howard, fastidiado, apartó bruscamente la mano de Junie.

—Es una barca que está en un apuro, ¿no es así? —le preguntó ella, indignada—. O tal vez una barca abandonada. ¿No debemos hacer algo? ¿Y si hay alguien que está enfermo, por ejemplo con un ataque del corazón?

—Mira, querida, *empezaste* el curso del Power Squadron. Pero no *terminaste* el curso del Power Squadron. Yo sí *terminé* el curso del Power Squadron. Soy yo quien manda y gobierna este barco.

—¡Oh, Dios mío, capitán Bligh, únicamente he querido decir que…

—Por lo que veo, arrastra una especie de cabo que cuelga desde proa. Yo diría que es la maroma del áncora, que se ha desgastado, tal vez en la argolla, de manera que pesa bastante, y a causa de ello mantiene la proa al viento. Así es como algún tonto descuidado pierde su bonita canoa. Y si intentamos acercarnos, ¿qué pasará? ¿Has pensado en eso? Con esas olas, nos exponemos, al acercarnos, a que una rompa junto a popa de nuestro barco y nos agujeree el casco. ¿Y qué ocurrirá entonces, hijita? ¿Y tú querrías recoger ese cabo con un garfio? ¿Y si a mí me parece una equivocación y lo único que conseguimos es que esa canoa nos abra un agujero? Lo que haré será comunicar su situación y enviarán un helicóptero desde Lauderdale, o un cúter, o algo…

—Pero ese nombre, Howard… *Muñequita* —dijo Junie con cierto esfuerzo—. Es de Brownsville, de Texas.

—Sí, bueno, ¿qué pasa?

—Juraría que he leído algo acerca de esa canoa, o que he oído hablar de ella en algún sitio. Tal vez lo he visto en el periódico… la semana pasada.

—Por amor de Dios, Junie, siempre haces una montaña del grano de arena que encuentras al paso.

—¿Te parece poca cosa encontrar una canoa vacía en medio del

océano? ¿Consideras que no es nada?

La embarcación se encontraba frente a ellos, de través, y los dos la contemplaron detenidamente. Junie cogió los gemelos y se aseguró pasando un brazo alrededor del respaldo del asiento del piloto.

—Mira, Howard, es una canoa muy bonita… Parece nueva.

—Voy a comunicarlo —repuso él.

Bajó con cuidado por la escalera de mano previniéndose contra los movimientos del *HoJun* con los que ya se había familiarizado. En la cabina del timón, consultó el cronómetro, calculó la distancia recorrida y, con el compás de división, hizo una pequeña marca en el recorrido efectuado, marcado con lápiz sobre la carta. Trazó una x sobre aquella marca y midió la posición en que se hallaban, la latitud y la longitud en grados y en minutos.

Pensó en qué términos redactaría el informe que debía enviar por el canal de emergencias. Pero no quería enviarlo. Imaginaba que cualquier patrón de barco familiarizado con el Stream se habría llevado la canoa a remolque sin pensarlo dos veces. Se daba por supuesto que era un día bueno para efectuar la travesía.

—Está bien, capitán, ¿por qué no das un vistazo a la lancha, para ver si alguien necesita ayuda a bordo? Desde luego, tienes la obligación de hacerlo.

—Es que yo también me encuentro en apuros.

—¿De veras? ¿En qué clase de apuros?

—El…, el motor de estribor pierde algo de presión. Sea como sea, nos hemos acercado a esa canoa lo suficiente para estar seguros de que no hay nadie a bordo.

—¿Estás seguro de que no hay nadie en el interior?

Probablemente, él estaba en lo cierto. Se trataba sólo de una lancha de motor que, de un modo o de otro, se había soltado de sus amarras. Y fuera lo que fuese, ¿qué podían exigirles a ellos?

Al volverse, vio a Junie bajar por la escalera agarrándose a la barandilla y aguantando los peligrosos vaivenes del barco. Llevaba los gemelos colgados del cuello y Howard dio un respingo al verlos balancearse y chocar fuertemente contra la baranda de la escalera. Estaba a punto de decir a su mujer lo que habían costado aquellos gemelos cuando se fijó en la expresión descompuesta de su rostro.

—¡Una mano! ¡Tenemos que volver atrás, querido! ¡Tenemos

que hacer algo!

—¿Qué dices? ¡Ten un poco de sentido común!

¡La he visto con los gemelos! Una mano que ha aparecido por detrás de la canoa, se ha agarrado al borde y se ha soltado… Es una mano pequeña…, una mano de niño… ¡Tenemos que hacer algo!

Howard Prowt trepó pesadamente, pero con rapidez, al puente. Junie estaba junto a él cuando puso el barco fuera del control del piloto automático. ¿Intentaría hacerlo girar rápidamente, o iría moderando poco a poco la velocidad? Tal vez las dos cosas. Moderaría lentamente la marcha hasta que empezasen a hundirse en el seno entre dos olas, para dar entonces contra-vapor al motor de babor y hacerlo girar con rapidez para salir del camino de la ola siguiente.

Dos veces logró colocar el barco en posición casi paralela a las olas, pero el alarmante vaivén le hizo volver a situarlo cara al viento. Decidió intentarlo por tercera vez. Bajó entre dos olas y cuando el barco se hubo escorado más de lo que él hubiera creído posible, oyó abajo un fuerte estrépito, unos ruidos amenazadores, y volvió a colocarlo cara al viento.

—A esta distancia, y con los dos barcos dando saltos en este maldito océano, ¿has visto una mano en la canoa?

—¡Sí, la he visto!

—Lo que has visto es la punta de un harapo, o algo así.

—¿No podemos dar la vuelta?

—No es que no podamos… ¡Claro que podemos! Pero ¿por qué estropear el motor, sólo por esa imaginación desenfrenada que tienes?

De pronto, Junie se alejó de él tambaleándose, se agarró a la barandilla y se dobló sacudida por las náuseas mientras el viento del mar le azotaba el mojado cabello. Howard volvió a dar al *HoJun* el rumbo habitual, lo puso a merced del piloto automático y revisó los manómetros. Después miró a Junie, su piel atezada, sus piernas esbeltas, y los movimientos regulares de las náuseas que le sacudían el cuerpo, y, con cierto asombro por su parte, se dio cuenta de que la deseaba. Que le hubiera asaltado en un momento y en un lugar tan poco a propósito aquella apetencia, imposible de satisfacer en aquel instante, le llenaba de un sentimiento de orgullo oscuro y vergonzoso. Se dijo que tal vez era por el hecho de estar asustado,

por la idea de que acaso iba a ahogarse, a morir en el fondo de aquel revuelto abismo azul, y que aquel deseo no era sino un modo de decirse a sí mismo que aún vivía.

Cuando Junie hubo terminado, Howard bajó a efectuar la llamada. En la cabina principal, el aparato de televisión había caído de su soporte y estaba boca abajo sobre la alfombra. El aparato de radio había cambiado de estación. Howard lo conectó, pero no se encendía. No podía enviar el mensaje. Y vio por dónde se había salido de su sitio el cable.

Subió al puente y dijo a Junie lo que pasaba. Al mirar hacia popa, no pudo ver la canoa que iba a la deriva. El color del agua iba cambiando, adquiriendo un nuevo tono azul, mezclado con verde y gris. Al mirar hacia el Sudeste, vio un buque-cisterna que se dirigía hacia el Sur. Se hallaban ya fuera del Gulf Stream. La agitación del mar se iba aplacando.

Todo volvía a estar en orden.

Junie tenía ahora una expresión sumisa y tranquila, y su marido la miraba de vez en cuando, a hurtadillas, para ver si aún estaba enfadada. Pero sólo veía en su rostro una expresión que no lograba descifrar.

—Junie, querida mía, si hemos llegado a estar tan cerca de esa canoa que la hemos podido ver, ha sido sólo por un capricho de la suerte.

—Supongo que sí.

—Quiero decir que no era de esperar que la viéramos.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Mira, querida, una cosa así puede llevarnos a mucho papeleo y a muchos engorros. Quiero decir que esto podría detenernos mucho tiempo en Bimini, o hasta quizá tendríamos que volver al punto de partida y llenar muchos informes. Compréndeme: si estuviera absolutamente *convencido* de que has visto de veras lo que has creído ver, ni siquiera unos caballos salvajes lanzados a la carrera podrían impedirme que me acercara a esa canoa.

—Sí, claro.

—Y no tengo la culpa de que al transmisor le haya ocurrido lo que le ha ocurrido.

—No, claro, supongo que no.

—Considerándolo bien, creo que lo más razonable que podemos

hacer es olvidarnos de que hemos visto esa canoa. Me parece que no tenemos que echarlo todo a perder como con Kip y Selma.

—No tenemos que echarlo todo a perder —repitió Junie.

Y empezó a bajar cuidadosamente por la escalera.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Howard.

—¿De acuerdo en qué?

—En olvidar lo que ha pasado.

—Desde luego —repuso Junie desapareciendo por la escalera.

Un momento más tarde, volvió a asomar la cabeza y dijo:

—He estropeado los gemelos.

—Son cosas que suelen pasar a bordo. No pienses más en ello. Aquí tengo los viejos.

Más tarde, cuando ya estaban en aguas tranquilas, Howard llamó a su mujer al puente. Cuando la tuvo a su lado, le dijo:

—Tierra a la vista, y justo en el sitio donde debe aparecer según los cálculos de navegación. Mira el punto de referencia en la orilla. ¡Dios santo! Hubiéramos podido atravesar el canal sin salir del control del piloto automático.

—Muy bien, querido.

—Mira qué colores tan variados tiene el agua, fuera de la barra del puerto.

—Sí, es bonito.

La delgada mano de Junie descansaba encima del panel de mandos. Howard la cubrió con la suya y dijo:

—Aquello es Bimini, mi vieja señora. Y allí, los Prowt y los Heater van a tener un mes entero para divertirse y pasarlo magníficamente.

Junie tardó bastante tiempo en contestar. Retiró lentamente su mano.

—Vamos a bailar un poco en el mar —dijo con un tono absolutamente indiferente—. Cuando quieras que coja el cabo para amarrar el barco dímelo.

Y volvió a bajar a la sentina.

Howard desconectó el piloto automático y tomó los mandos, disminuyendo algo la velocidad del barco al dirigirse en línea recta hacia el canal. Al llegar a un puerto después de una buena travesía, se sentía siempre un Horacio Hornblower[1], embriagado de mar, curtido en la navegación y con la mirada perdida en lejanos lugares.

Buscó en su interior esta sensación y quiso imaginar anticipadamente todas las excursiones marítimas que haría, la experiencia con que volvería a Delmar Bay un mes más tarde. Pero ambas cosas le resultaron imposibles.

Se sentía tan sólo viejo. Tenía las piernas muy pesadas y el estómago y los intestinos revueltos. Deseaba volver a estar sentado en Heron Bayou, con un vaso de cerveza helada en la mano, con el *HoJun* amarrado en su propio malecón, de aquella ingeniosa manera que se le había ocurrido.

De todos modos, maldito barco.

Capítulo II

Staniker, una tarde interminable se esforzaba en ahuyentar los sueños y las visiones. Había algo, alguna cosa, algún ente atormentador que los arrojaba una y otra vez contra él para ver Cómo reaccionaba. Aquella vez que fueron detrás de aquella trucha, en América del Sur, en el lado de las montañas, aquellos indios, portadores de redes ligeras que podían arrojar haciéndolas flotar bonitamente…

Los sueños llegaban como las redes, algo los arrojaba sobre él; flotaban e iban descendiendo hasta posarse sobre su mente, envolviéndola como si fueran telarañas. Y entonces tenía que arrancarlas una a una. Había una manera de hacerlo. Se centraba la atención sobre alguna cosa real y verdadera que se tuviera a mano. Por ejemplo, el cuchillo de vaina, que se iba enmoheciendo a pasos agigantados.

¿Podían medirse los días por el modo de crecer la herrumbre? Si uno pensaba en el cuchillo, podía arrancar de la mente una de aquellas redes. O también era posible mirar el montón que formaban las cáscaras de los crustáceos y de los moluscos comidos, de aquellos pequeños moluscos vistos por las accidentadas rocas, durante la marea baja, cogidos y aplastados luego con una piedra y chupando a toda prisa el líquido para que no se escapase antes de comerse el animal. O se podían contemplar los palos y las varas que algún olvidadizo pescador de las Bahamas había reunido allí, mucho tiempo antes, para construir una tosca cabaña en aquella isla desierta. O mirar lo añadido por uno mismo, alzando las estacas y construyendo un toldo imperfecto que pudiera prestar su sombra para resguardarse del interminable paso diario del sol. Podía uno volverse sobre sí mismo, contrayéndose al dolor que se sentía al hacerlo, levantar la cabeza y contemplar el blanco resplandor de los bancos de arena de Cayo Joulter del Sur, donde uno había intentado dibujar la gran flecha y escribir la palabra SOCORRO, porque todos los aviones que van de Nassau a Miami pasaban por allí, sólo un

punto hacia el Sur, no demasiado. Pero la blanca arena, seca y suelta, no había aceptado el mensaje, pues si se escribía algo sobre la arena húmeda y amazacotada, la marea, al subir, lo borraría.

También podía uno mirar hacia el canal y recordar que era un paso popular frecuentado por los barcos particulares que llegaban de Florida, en mayo, después de haberse inscrito en la Guía de Cruceros, pero por una de esas raras casualidades del destino, ni uno solo de esos barcos había pasado por allí. O contemplar las nauseabundas charcas recordando el gusto oleaginoso del agua estancada y preguntándose luego si la fiebre y los malos sueños son el resultado de beber aquel agua o a consecuencia de las quemaduras. O se podía mirar uno la parte exterior del brazo y del hombro derechos, así como la parte exterior del muslo y de la pantorrilla del mismo lado, allí donde la piel, fuertemente tostada por el sol, había formado ampollas, se había abierto, había hecho costras y ahora supuraba y hedía.

El dolor producido por el movimiento era una realidad, así como el otro dolor sordo y confuso dolor de los riñones, sobrecargados a la sazón.

Aquéllas eran unas realidades gracias a las cuales Staniker podía huir del brillante e insensato ir y venir de los sueños que seguían llevándole a lugares en los que había estado en otro tiempo con unas personas que nunca habían estado donde él se encontraba ahora, personas de otros lugares que decían todas las cosas feas que suelen decirse en la infancia. La estática realidad era algo contra lo que podía ponerse firme, pero en cuanto a las cosas que se movían, como los pájaros, los aviones y los lagartos, no hubiera podido decir si formaban parte del mundo que lo rodeaba o si pertenecían a las telarañas que le envolvían el cerebro.

Cuando le empezaban a castañetear los dientes, Staniker se arrastraba hasta ponerse al sol. Después, cuando se le calentaba la cabeza, volvía a correrse a la sombra. Iba pasando el tiempo, y el sol se iba deslizando hacia el Oeste. A veces, él percibía una voz y se ponía a escuchar, y se oía a sí mismo charlando con Crissy, hablando bastante alto, porque se hallaba sentado sobre el borde del desembarcadero de la muchacha, mientras ella nadaba a lentas brazadas, con la expresión cerrada a todo lo que llegara a sus oídos, a todas las explicaciones que pudieran darle.

A veces, aquella voz quejumbrosa, regañona, fatigada, desesperanzada, era la voz de Mary Jane, pero Mary Jane se hallaba a tres millas de allí, y a una milla de profundidad, con la boca por fin en silencio, hundida en las aguas verdinegras de la Lengua del Océano.

Los sueños iban asaltando a Staniker con frecuencia creciente, y la mayor parte de las veces no se fijaba en ellos. Mero espectador de lo que veía, se limitaba a observar los colores y los cambios. Pero después luchaba hasta liberarse de las redes, y volvía a sentirse invadido por el pánico, volvía a darse cuenta de que todo había salido mal, de que seguía saliendo mal, de que todo podía culminar en la muerte, con lo que carecerían de sentido las otras partes de aquel todo.

Cuando el sol estaba ya bastante bajo, mientras Staniker se hallaba sumido en un sueño inquieto. Un «Chris-Craft» de Jacksonville se acercó cautelosamente atravesando el banco exterior de la bahía y metiéndose por el canal natural. Era un dentista que estaba de vacaciones. Venía apoyado contra la barandilla de proa, inspeccionando el canal, basándose para ello en el color del agua, y haciendo con la mano señales para guiar a un amigo suyo, contratista, que era el dueño del barco y el que llevaba el timón. Era, aproximadamente, una hora después de la marea baja. Las ruedas llenaban de remolinos de arena la lenta estela. El casco estaba construido a propósito para aquella clase de exploraciones por aguas poco profundas. En el lugar de menos profundidad chocaron dos veces contra las amazacotadas arenas del fondo, luego entraron en las aguas, ya más profundas, del canal natural contiguo al cabo, remolcando tras la embarcación el pequeño bote. Eran unas aguas tranquilas. Los motores zumbaban. Las esposas de los dos amigos iban en la popa charlando mientras preparaban el aperitivo. Los dos hombres estudiaban la carta de navegación, inspeccionaban el agua y exponían su parecer acerca de cuál sería el punto mejor para echar el ancla. Una de las dos mujeres puso en marcha un transistor para oír música de una emisora de Miami.

Aquellos sonidos despertaron a Staniker que, arrastrándose a cuatro patas, se asomó al borde de su refugio y vio pasar el barco, a unas cien yardas de distancia. Se levantó apoyándose en el brazo derecho, a pesar del dolor que le producía, y gritó a los que pasaban

tan fuerte como le fue posible. El barco siguió su camino.

El refugio hallábase situado en lo alto, tal vez a veinte pies sobre el nivel del agua. Staniker bajó tambaleándose por el camino estrecho y serpenteante diciéndose con un miedo horrible que si se caía tal vez no podría volver a levantarse. Bajó así a la estrecha faja de playa arenosa que desaparecía bajo las aguas en la marea alta, hizo bocina con las manos y volvió a gritar partiéndosele la voz en un grito de contralto.

Vio que los que iban en el barco lo miraban y que el barco disminuía la marcha. El hombre que manejaba el timón paró los dos motores y la embarcación se detuvo. Al pararse, el bote dio un baquetazo sobre el peto de popa. Los motores estaban parados. Staniker puso una rodilla en tierra y se apoyó con las manos sobre la arena, al borde del agua.

—¿Qué quiere usted? —le gritó un hombre rompiendo el silencio.

—Soy Staniker —contestó él—. Del barco *Muñeca*… Estoy quemado. Estoy enfermo… Ayúdenme…

Les oyó hablar con excitación y, dejando caer la cabeza, cerró los ojos y respiró profundamente. Después oyó el ruido de un bote fuera-borda «Sea Gull», miró y vio que se acercaba el bote, con un hombre a bordo. El hombre hizo un gesto de consternación al ver el estado en que se hallaba Staniker, lo ayudó a subir al bote y lo llevó al barco. Al ayudarle a subir, le hicieron tanto daño que gritó y se le oscureció la vista. Cuando se recuperó un poco le ayudaron a bajar a los camarotes y lo acostaron en una litera.

El tiempo siguió transcurriendo sin que él se diera cuenta, pero pudo notar que el barco se movía, oyó los motores en marcha e identificó el movimiento. Comprendió que navegaban por aguas profundas y después por el mar abierto, fuera ya del puerto. Las luces del camarote estaban encendidas. Un hombre delgado, de piel correosa, que debía contar de cincuenta a sesenta años y que llevaba unas gafas con montura de acero, lo contemplaba con una mirada inquisitiva. Detrás de él, en la sombra, una mujer alta se afianzaba sobre sus pies para mantener el equilibrio.

—¿Puede usted oírme, capitán? —preguntó el hombre.

—Sí, sí, señor.

—Tómese esto. Es para la fiebre y el dolor.

Le ofrecían un vaso alto, de plástico azul oscuro, lleno de agua con unos trozos de hielo. Nunca había bebido nada tan delicioso.

El hombre volvió a coger el vaso vacío y dijo:

—No soy médico, Staniker. Soy solamente dentista. Pero sé algo de medicina. Lo he curado y le he vendado las quemaduras con lo que he podido improvisar. Tiene usted ciento tres grados y medio Fahrenheit de fiebre. Esta tarde, seguramente tenía más. Vamos a hacer una travesía nocturna hasta Nassau… Me llamo Barth. Bert Hilger, mi amigo, que es el dueño de este barco, no ha podido enviar ningún mensaje después de haberlo encontrado a usted, así es que ahora le llevamos adonde pueda recibir asistencia, a un hospital. ¿Me comprende, capitán?

—¿Estoy…, estoy muy grave, doctor?

—¿Cuánto tiempo llevaba solo en Joulter del Sur?

—¿Qué día es hoy?

—¿Hoy? Viernes. Viernes día…

—Viernes día veinte —terminó la mujer.

—El barco…, el barco estalló y se quemó el viernes pasado, por la noche.

—Es usted, físicamente, un soberbio ejemplar, capitán. Si no coge usted una pulmonía, curará pronto, con los debidos cuidados. ¿Puede contestar a algunas preguntas? Es para el caso de que esté sin conocimiento cuando lleguemos a Nassau.

—Sí, señor.

—¿Qué les pasó?

—Eran las nueve de la noche, aproximadamente. Estaban todos abajo. Les hubiera gustado estar en cubierta, porque hacía una noche magnífica, pero era la hora de cenar. Siempre cenan tarde. Era noche de luna, y nos dirigíamos hacia las Joulter. Yo conducía el barco desde el puente de mando, y había echado la sonda. Cuando ya no encontré fondo, iba a poner fin a la operación y a buscar el paso por el que atravesaba antes, un lugar donde no hay arrecifes de coral que puedan molestar. Ese barco, el *Muñeca*, tiene…, quiero decir, tenía todos los controles duplicados en el puente. Recordé que una de las baterías estaba muy gastada y, a contar por el tiempo transcurrido, calculaba que la otra no había alcanzado la plena carga todavía. En cualquier embarcación de la que me ocupe, me gusta mantener las baterías totalmente cargadas.

Esto supone poder mantener en marcha el generador auxiliar después de haber anclado. Y no había ninguna razón para que no pudiera tenerlo en marcha mientras íbamos de camino. Tener que poner en marcha, por la noche, el generador, como es preciso ponerlo si quieren que funcione el aire acondicionado, fastidia un anclaje tranquilo. Recuerdo que, de vez en cuando, oía la risa de Mr. Bix Kayd. Tenía una risa sonora. Conecté el generador auxiliar a la batería de recambio y oprimí el botón preguntándome si se pondría en marcha. A veces se mostraba algo lunático. Y hubo una gran llamarada y un estallido, y cuando pude darme cuenta de lo que pasaba, vi que me encontraba en el agua, atragantándome, ahogándome y agitándome entre las olas. Sobre el agua había una extraña luz naranja, y yo sentía mucho calor en la nuca. Supongo que estuve sin sentido algún tiempo y, por fin, el frío del agua me hizo recobrarlo. Cuando me volví a mirar, el barco ardía de proa a popa, desde el mismo nivel del mar. Yo me encontraba muy mal por haber tragado tanta agua. Vi algo sobre las olas y logré nadar hasta ello. Era una de esas colchonetas de espuma, con un cuadrado de cristal para mirar el fondo del mar a través de ella. Miss Stella la había traído a bordo en Key West, y le gustaba usarla para flotar sobre ella, entre los arrecifes de coral, contemplando los peces. No era una buena nadadora, a causa de su pierna. La colchoneta estaba chamuscada y quemada por uno de los extremos, pero cuando logré subir y tenderme en ella me sostuvo bien. Fue más o menos entonces cuando el *Muñeca*, que es un nombre español, se hundió como si fuera una roca, produciendo fuertes silbidos al tragar las aguas todo lo que estaba en llamas. Durante unos segundos, la superficie del mar pareció hervir y se llenó de burbujas. Luego, todo quedó en calma. Cuando pude parar de toser, me puse a llamar a mis compañeros. Creo que tenía la cabeza a paseo. Quizás a la única que llamaba era a mi mujer, Mary Jane. Pero no obtuve contestación.

—¿No tenía el *Muñeca* motor «Diesel»?

—Sí, señor. Pero el generador auxiliar funcionaba con gasolina, y supongo que ésta empezó a filtrarse dentro de la sentina, desde su depósito, o que una de las latas resbaló allí y se salió el contenido. Cuando conecté el generador auxiliar, la chispa que produjo hizo estallar el yate, y el calor de la explosión fue mayor que el punto de

inflamación del combustible. Tal vez metí la pata. ¡Dios mío! Nunca había puesto en marcha motores de barco, de gasolina, sin hacer funcionar primero los ventiladores. Pero con un generador auxiliar no se piensa mucho en eso.

Y tal vez fue Mr. Bix Kayd quien metió la pata al no tener instalado un aparato detector de gases cuando puso abajo el generador auxiliar. Uno piensa en emplear un ventilador cuando se está en un aprieto, no cuando se va a toda marcha en un yate.

—¿No ha habido más supervivientes, capitán?

—No, señor. Cuando supe con toda seguridad que estaba solo allí, me acordé de la *Muñequita*. Es también un nombre español. Era la canoa auxiliar que Bix compró en Miami, porque el *Muñeca* era demasiado grande para pescar y tenía demasiado calado para los sitios que querían explorar. La *Muñequita* iba a remolque, atada a un largo cabo. Si se la acercaba al yate, chapoteaba y bailaba mucho en el agua, pero se la volvía a alejar de éste y bogaba magníficamente. Creí verla, a mucha distancia. Empecé a remar, moviendo las manos dentro del agua hasta que me dolieron los brazos, pero, si se trataba realmente de la *Muñequita*, se movía a tanta velocidad como yo.

—¿No se cansa mucho al hablar, Bill? —preguntó suavemente la mujer al dentista.

—Me encuentro muy bien —dijo Staniker.

—Los han buscado mucho —dijo Barth—. Por aire y por mar. Creo que empezaron a buscar cuando Kayd no conectó con la estación Nassau Marine el sábado pasado para el paso de embarcaciones. Había algunas llamadas para él y el operador no podía localizarlo. Los han estado buscando por todas partes, sobre todo alrededor de las islas Berry.

—Hacia allá nos dirigíamos cuando salimos de Nassau. Habíamos recorrido pocas millas cuando encontramos un bonito delfín. Así perdimos mucho tiempo. Todo el mundo se divertía. Mrs. Kayd había estado leyendo la Guía. Quería ver las Joulter y no dejó de importunar a Bix hasta que éste me hizo cambiar de rumbo. Dijo que iríamos desde allí a las Berry el sábado por la tarde.

—Y usted se fue hacia la Joulter del Sur sobre aquella colchoneta, ¿eh?

—Cuando pasó aquello, sabía aproximadamente dónde

estábamos. Por la posición de las estrellas supe rudimentariamente hacia dónde me había llevado la corriente. Había ido a parar demasiado hacia el Norte, y tuve miedo de pasar por alto junto a las Joulter y de irme en dirección Noroeste, hacia los bancos de Bahama. Para compensar la dirección de la corriente, remé con los brazos hacia el Sur. Remé y descansé. Quizá pasé por la isla, sin parar, una o dos veces. Al amanecer, llegué a la barra del puerto. Dejé que las olas se llevasen la colchoneta. Caminé por el agua hasta que volví a perder pie, y luego nadé hasta llegar a tierra. Esperaba, un día tras otro, que llegara alguien…, me iba sintiendo cada día peor…, pensaba continuamente en *el Muñeca*…

—¡Así, así! —dijo una cantarina y confortadora voz de mujer—. Así está bien. Se encontrará muy bien con esto.

Staniker notó que le frotaba suavemente la cara con un lienzo empapado de una loción fresca, olorosa y astringente.

Abrió los ojos y, a la luz de las lámparas del camarote, vio a la mujer inclinada sobre él. Era la muchacha alta y morena, la más bonita de las dos que iban a bordo. Pero, al verla tan cerca, le pareció de más edad que antes.

—¿Sabe dónde está usted y quién soy yo, capitán?

—¿Es usted… Mrs. Barth?

—Veo que sí sabe dónde está. Pero no soy Mrs. Barth, sino Mrs. Hilger. Hace un rato, me tomaba usted por otra persona. Por alguien llamado Crissy. O Christy. Me asustó un poco. Me agarraba el brazo con tanta fuerza…

Staniker permaneció quieto. Respiraba lentamente.

—¿Qué he dicho? —preguntó.

—En realidad, no lo sé. Parecía estar intentando que comprendiese algo Crissy, o Christy. Dijo usted algo así como que no era por culpa suya. Discutía con ella, o con él.

La muchacha reía nerviosamente.

—Esta vez, se exasperó.

—¿Esta vez?

—Las otras veces sólo gemía y murmuraba algo. Pero esta vez se incorporó y empezó a gritar. Dentro de veinte minutos llegaremos seguramente, capitán. Bert logró comunicar con Nassau Marine

hace un ratito. Estará esperando una ambulancia.

Staniker cerró los ojos. Era peligroso que la fiebre le hiciera hablar a uno sin que uno lo supiera. Alguien podía oír lo suficiente para atar cabos y hacer conjeturas.

No era posible guardar silencio cuando la fiebre le hacía delirar a uno. Pero si pudiera uno asegurarse de que todo lo que oían los demás no era más que un murmullo incoherente.

Metió la lengua entre los fuertes molares y la apoyó contra la mejilla derecha. Al principio, mordió tanteando, midiendo el dolor que sentía. Luego, rígido el cuerpo, resoplando y gruñendo de dolor, en un esfuerzo agónico, empezó a mascarse la lengua, a aplastar la blanda carne gustando el sabor de su propia sangre.

Desde muy lejos, pudo oír a la mujer, que le gritaba algo. Luego, su enfermera echó a correr y llamó a los demás. Cuando notó que se inclinaban sobre él, fingió haberse dormido. «Que Dios nos ayude, Crissy. Que Dios nos ayude. Me equivoqué. Lo intenté, pero me equivoqué».

Capítulo III

Las tres mil ochocientas libras de peso del Muñequita *danzaban y se agitaban en la oscuridad del Atlántico. Aquella canoa había ganado varias regatas a través del océano. Cristal irrompible, madera de teca, aluminio, acero inoxidable y plástico eran los materiales empleados para construir aquel juguete, que tal vez había costado diez mil dólares. Con sus dos motores gemelos «Chrysler-Volvo», de 120 caballos cada uno, podía correr a cuarenta y siete millas por hora. Su alto casco «Vee» podía habérselas con el mar agitado y con el mar en calma.*

Con su reserva de combustible aumentada por los dos depósitos suplementarios, hasta llevar a bordo casi ochenta galones, con su velocidad de crucero, de treinta y dos millas por hora, y con los motores girando a 4.500 revoluciones por minuto, su máxima capacidad de alcance era casi de trescientas millas, sin contar con el factor seguridad.

Un cable de nylon de media pulgada de diámetro y de unos cien pies de longitud colgaba desde la proa. Era una canoa comprada por capricho y completada con elementos suplementarios: toldo desmontable, ahora doblado y guardado dentro del bote, faro explorador, horquillas sujetadoras para las cañas de pescar, limpia-parabrisas, barandillas de proa, molinete para el áncora, una radio «Pearce-Simpson» para comunicar con la costa, colocada bajo el panel de mandos «Teleflex», asiento para el timonel, dos literas y un lavabo en el pequeño espacio delantero.

La sal del mar se había incrustado en la canoa y las ráfagas de lluvia la habían disuelto y se la habían llevado de nuevo, mientras iba bogando a la deriva. A veces, cuando el viento arreciaba y las olas rompían violentamente, la canoa vacilaba, tenía un momento de torpeza y cogía agua, pero luego se enderezaba libremente, casi con aire de disculpa por haberse comportado con tan poca firmeza. Se había conectado el mecanismo de la bomba automática cuando la canoa iba a remolque, y, cuando la lluvia y las olas introducían agua a bordo, la bomba actuaba, zumbando, accionada por las baterías, hasta que la sentina se vaciaba de nuevo.

El gracioso casco estaba pintado de azul, con los bordes blancos, aunque algo matizados también de azul ahumado para que no brillaran demasiado al sol.

Había danzado sobre las olas con una agilidad y una gracia que hacían honor a su nombre: Muñequita. *Las dos unidades de popa estaban vueltas hacia arriba y sujetas en su sitio. El largo cable que colgaba de proa la aseguraba, manteniéndola proa al viento. Pero sus movimientos eran ahora menos graciosos, porque el viento del Nordeste refrescaba, alborotando las aguas del Gulf Stream. Impulsada por la fuerza de las olas, la* Muñequita *avanzaba de popa hacia el Oeste moviéndose en medio de la oscuridad.*

Aun en aquella posición, parecía prevenir y evitar las sacudidas fuertes como si se diera cuenta del aspecto de muerte que presentaba su cubierta y su interior, como si tuviera conciencia de que llevaba a bordo el cuerpo desnudo de una muchacha, tumbada boca abajo sobre la cubierta inferior, acusando, flojo y movedizo como un budín, todos los movimientos de aquella larga y solitaria danza en un mar vacío.

La canoa avanzaba a la deriva, bajo una lluvia dura y rápida, que caía abriéndose pequeños hoyos sobre la superficie del mar, aplanándose luego sobre cubierta y salpicando la espalda de la muchacha, que tenía la piel levantada por la quemadura del sol, y llena de ampollas. El agua le empapaba el cabello y, cuando se deslizaba por entre sus entreabiertos labios, la muchacha exhalaba un gemido debilísimo, se pasaba lentamente la lengua por las comisuras de la boca y movía ligeramente una mano.

Por fin dejó de llover. La bomba de la sentina se puso en marcha, zumbó un par de minutos y se paró.

Hacia medianoche, la canoa llegó al extremo occidental del Stream, donde el mar estaba más tranquilo y la fuerza de la corriente había disminuido mucho. Calmado su vaivén, la Muñequita *empezó a bogar algo más hacia el Suroeste.*

Capítulo IV

El domingo día 15 de mayo, poco antes del mediodía, Sam Boylston estaba sentado junto a las ventanas de cristal de color de un restaurante contiguo a la carretera, en las inmediaciones de Corpus Christi, contemplando la sombría, bonita y resuelta cara de Lydia Jean, su asombrada esposa, que se hallaba sentada frente a él. Y sabía que todo lo que había dicho, todo lo que había planeado tan cuidadosamente, había sido, en resumidas cuentas, una equivocación.

Hablaban en voz baja. Un grupo de camareras ociosas charlaba y prorrumpía en risotadas, a veinte pasos de ellos.

—El resumen de todo esto, Lyd…, corrígeme si me equivoco…, es que aún estás enamorada de mí, en cierto modo triste y dramático… Pero no tenemos ni una sola oportunidad, porque yo soy la clase de hombre que soy.

Lydia Jean frunció el entrecejo.

—Vas sumándolo todo de manera que las cosas parecen claras, completas y terminantes. Pero es una especie de truco. En realidad, no haces más que argumentar. Si pudieras comprender por qué haces cosas que son una equivocación, si pudieras… *verte* haciéndolas y si pudieras comprender *por qué* las haces, tal vez podrías… Ya tienes aquella mirada terriblemente resignada y paciente.

—¿Crees que necesito ayuda?

—No sé lo que necesitas.

—Te necesito a ti. Necesito a
Boy-Sam.
Necesito el hogar que teníamos hace cinco meses, Lyd.

Ella movió la cabeza, perpleja.

—Desearía poder explicarlo. Me gustaría, de veras. Tú reúnes las personas, las empleas y, cuando más cerca están de ti y más queridas te son, menos compasión tienes de ellas.

—Soy un monstruo de despotismo, ¿eh?

—Eres un hombre muy educado, querido. Eres cortés y amable. Eres considerado. Eres atento. Pero pides una claridad absoluta, una entrega total, una consagración completa. Verdaderamente, hay en esto algo casi inhumano. Me parece que lo que te falta es tolerancia para aceptar las imperfecciones de los demás.

—Sé justa, Lyd. ¿Te he dicho alguna vez que no habías encontrado ningún tipo común?

Ella guardó silencio unos instantes. Volvió a llenar su taza de café, que ya estaba vacía, y calentó la copa de su marido, acercándola al termo que había sobre la mesa.

—He pensado mucho en eso —dijo al fin—. Creo que fue porque eras tan joven cuando tus padres murieron en aquel accidente, y te sentiste responsable de Leila, y tu padre lo había dejado todo terriblemente embrollado y disparatado.

—¡Oh, vamos…!

—No, de veras. Trata de comprender. Tienes sólo treinta años, Sam. ¿Con qué nos casamos, cuando saliste de la Escuela de Derecho? Teníamos sólo aquel viejo coche, y escasamente cien dólares. ¡Y hace sólo siete años de esto! Ahora tienes mucho dinero.

—Es sencillamente por despiadada codicia, querida.

—No bromees, por favor, cuando intento explicarte algo. Es porque te impacientan terriblemente la negligencia, la pereza y la manera de pensar turbia y confusa. Te impones la dureza a ti mismo… No es por sed de dinero.

Pareces querer moverte a tu alrededor limpiando el mundo. Te exaspera ver que alguien se comporta de una manera sucia. Por amor de Dios, acuérdate de Gil y de aquel asunto de limpieza de coches. Se acercó a ti como cliente. Casi se había declarado en quiebra. Se trataba de trajes de confección, ¿no?

—En su mayor parte, sí. Me ofrecía una tercera parte si lograba salvar el asunto, volver a ponerlo a flote y ayudar a financiarlo de nuevo.

—Ahora tiene montones de dinero por todo el Suroeste y ¿qué interés te corresponde en ello, Sam?

—Una parte considerable. Bien, ¿y qué?

—Arreglaste el asunto como si fueras un ama de casa que obra por obligación. Y lo que me pedías a mí, querido, era que fuese la más encantadora y elegante joven esposa, madre de familia y

anfitriona de todo Texas. Estabas completamente seguro de que por el hecho de quererme y porque yo tenía que poner un ciento diez por ciento en el programa, ocurriría exactamente lo que tú querías que ocurriese. Boy-Sam tenía que ser el niño más listo, más alegre, más feliz, más atrevido del mundo, porque era tu hijo y todo lo que tenía que hacer era vivir según su energía potencial. Pides también otro tanto a tu hermana Leila, en otro terreno. Pero, hasta ahora, ha tenido el valor y la energía de ignorar la presión que se hace sobre ella. Boy-Sam y yo no hemos sido lo bastante fuertes para eso. Tuvimos que salir del paso.

—¿He hecho presión sobre el niño?

—Te adora. Pone en juego todos los nervios y todos los músculos de su cuerpo para darte gusto, para hacer lo que cree que quieres que haga. Pero es sólo un niño pequeño. No tiene más que cinco años. ¡Oh, claro, no lo censurarías! Cuando no consiguiera hacer por completo lo que esperabas de él, le darías un golpecito en el hombro y le dirías: «Bueno, pequeño, el caso es que lo has intentado», y te irías a tus cosas. Es sensible al menor matiz de tu voz. Nunca te has vuelto a mirar hacia atrás y no has visto cómo se le llenan los ojos de lágrimas porque se da cuenta de que ha fracasado al querer seguir las normas imposibles que has establecido para él. Te estableces normas imposibles para ti mismo y logras seguirlas Dios sabe cómo. Esperas eso de ti. Tu conducta te parece natural. Te digo que a nosotros, seres que no somos infalibles, eso nos desanima enormemente.

—Eres todo lo que quiero que seas, Lyd.

—Cuando yo era pequeña teníamos un viejo perro de color pardo. Nos sonreía. Se sentaba en la misma butaca que nosotros y, cuando se dormía, empezaba a empujarnos. Sólo un poco. Pero cogía toda la parte de asiento que podía. Cuando uno de nosotros lo empujaba a su vez y él se despertaba, nos sonreía y volvía a dormirse y a empujar. Y, por fin, toda la butaca era suya, y al que se había sentado con él no le quedaba sitio, de manera que no tenía más remedio que levantarse e irse a otra parte.

—Quizá le gustaba estar arrimado a la gente.

—Créeme, yo podría haber perseverado. Podría haber seguido luchando para alcanzar la perfección, haber seguido fracasando, haber seguido viendo esa ansia perpleja detrás de tu sonrisa cortés,

querido. Pero
Boy-Sam
es mi único hijo. ¿Qué derecho tengo a dejarle crecer con la sensación de que nada de lo que hace está lo suficientemente bien? A los dieciocho años sería un neurótico, desesperado y lleno de odio contra sí mismo. Lo acaricio mucho, Sam. Hago de él elogios extravagantes. Y no le digo que lo quiero porque sabe hacer esto o lo otro, sino porque es
Boy-Sam.

—¿Qué tiene de extraordinario que un padre quiera que su hijo sobresalga, Lydia Jean?

Ella hizo una mueca, y tuvo un gesto de resignación y de desesperanza.

—¿Por qué sigo intentando llegar hasta ti? —repuso inclinándose hacia él—. Aquí tienes un ejemplo de lo que quiero decir, querido… Leila tiene diecinueve años, se conoce a sí misma, ha estado saliendo mucho tiempo con Jonathan Dye, que tiene veintiún años y es un chico bueno, sensible y aplicado. Su trabajo como profesor, en Uruguay, empieza en setiembre, y creo que será un buen profesor. Quieren casarse y pasar la luna de miel en el barco que les lleve a Montevideo. Pero el hermano mayor entra en escena *pidiendo* que demuestren que la cosa va en serio pasando unos meses separados, y por fin puedes más que ellos, querido. ¡Te felicito! Ya tenemos a Leila recorriendo las Bahamas en el yate de Bix Kayd y a Jonathan trabajando como un peón asalariado en el rancho de algún amigo tuyo. ¿Para qué? ¿Para hacer de él un hombre? ¿Qué quieres demostrar haciendo la vida imposible a esos dos niños?

—Es fácil ponerse sentimental hablando del amor de la gente joven. He insistido por su bien, Lyd. El muchacho es un idealista, está siempre fuera de la realidad.

—Fuera de *tu* versión de la realidad.

—Dame una oportunidad. Me has pedido que te lo explicara. Leila es impresionable y tiene mucha imaginación. Ha estado absorbiendo durante mucho tiempo la filosofía del muchacho. Iban a pasar el verano en Méjico, en uno de los Comités de Servicio para los Amigos, en algún pueblo, pintando cabañas, cavando letrinas, enseñando inglés y todo eso. Está bien, es un buen programa. Así es

la enseñanza en las escuelas de los apartados bosques del Uruguay. Pero si esta clase de vida no es aquella en la que Leila realmente cree, si sólo cree que cree en ella, podría despertarse un día y encontrarse cogida con trampa en una existencia sacrificada, como si estuviera cumpliendo una condena, dedicándose a obras de beneficencia y a la austeridad. En cambio, si pasa algún tiempo lejos de Jonathan, si tiene la oportunidad de conocer otra clase de vida, tal vez descubra que ha estado engañándose a sí misma, con su romántica idea de una vida dedicada a las buenas obras. Si la prueba no da resultado, se verá que está segura de lo que quiere. Y, de todos modos, ¿qué hay de malo en asegurarse de ello?

—Lo ha hecho sólo para darte gusto, ¿sabes? Para ella, esa travesía es todo un crucero. Con Bix Kayd y su segunda mujer, Carolyn, que es verdaderamente venenosa. Y con el pobre Roger Kayd, que es tan poco eficaz. Pero Stella tiene cierta dulzura de carácter. Supongo que, por lo menos, has hecho un favor a la familia Kayd. Si Leila está allí, Carolyn tratará mejor a sus hijastros. ¿De manera que crees que los clubs náuticos, los puertos y las copas tomadas alrededor de la piscina harán que Leila se sienta escéptica respecto al Uruguay? Pues te digo que todo eso no servirá más que para hacerla suspirar por volver junto a Jonathan. Mira, lo que haces es no permitirles que sigan siendo fieles a sí mismos. Y cuando se casen, cuando hayan pasado un año haciendo de su vida lo que quiere hacer Jonathan, te apuesto un dólar contra diez centavos a que les dirás que puesto que ya han comprendido la tontería de su sistema, tienes una gran oportunidad para ellos.

—Pero ¿sabe Leila lo que realmente quiere? Ésa es la cuestión, ¿no te parece?

Lydia Jean lo contempló con la barbilla apoyada en el puño cerrado.

—Escucha, Sam querido, cuando uno mira de pronto a su alrededor y ve que la vida es, en sí misma, un milagro básico y verdadero, entonces sí se puede tener una oportunidad. Tú estás intentando imponer tus aptitudes y tu sentido del orden a las rarezas de la gente y a lo ilógico del destino. Quieres refutar la trama básica, la loca mescolanza de la vida, y limpiarlo todo. Boy-Sam y yo somos unos refugiados que han huido de ese patrón modelo.

—Me gustaría comprender adónde irás a parar.

—A mí también, querido. A mí también, créeme.

Lydia Jean tenía que marcharse. Su marido pagó la cuenta y los dos se levantaron y se dirigieron al aparcamiento de coches, en la seca y calurosa atmósfera de mediados de mayo. Se acercaron al «Mustang» rojo que Sam había regalado a su mujer el día que cumplía veintisiete años, tres semanas antes de que Lydia Jean hiciera las maletas y lo dejara.

Cuando la muchacha puso la mano en el tirador de la puerta, su marido la sujetó para que esperase un momento. Lydia Jean se volvió hacia él. Sam le dijo:

—¿Te acuerdas de nuestra luna de miel de cuatro días que pasamos en Hill Country, aquel día que subimos a aquellas colinas, más allá de Ingram, y viste el río Guadalupe?

—Sí —contestó Lydia Jean con tono indiferente.

—Compré cuarenta acres de terrenos en la vertiente de una colina. Hice que Seddon y Garvey me hicieran unos planos para edificar una casita escondida y empezaron a construirla hace tres semanas. Puedo tener unos días de vacaciones a primeros de julio. Te telefonearé. Puedo pasar a recogerte por casa de tu madre, y podemos ir allí y hablar de esto. Te quiero, Lyd. Te necesito. Podemos arreglar las cosas, si nos vamos lejos una semana los dos solos. Créeme. Y será hermoso estar allá arriba.

Le cogió los brazos por encima de los codos y la sacudió ligeramente acercándola a su pecho.

—¡Por favor, Lyd!

A ella se le suavizó la expresión, bajó los párpados con sensualidad y suspiró lenta y profundamente. Pero después se echó bruscamente hacia atrás y se apartó de la cara, con el dorso de la mano, el oscuro cabello.

—No, Sam. Hemos intentado resolver demasiadas cosas de esa misma manera. Y, de esa manera, te quiero. Lo sabes. Pero tenemos que hablar de la otra, y tengo que estar segura de que comprendes lo que quiero decir. Gracias a Dios, eres demasiado honrado y sincero para fingir, para hacer ver que comprendes y para seguirme la corriente. ¿Por qué no…, por qué no piensas en lo que nos hemos dicho, y me telefoneas dentro de un mes, y nos encontramos en…, en otro sitio como éste?

Sam abrió la puerta del coche, y Lydia Jean se puso al volante y levantó la vista hacia su marido. Él le preguntó:

—¿Te envío bastante dinero?

—Más del que necesito. Ya lo sabes. Hace que parezca ridículo mi sueldo en la librería. Bien, intenta descansar un poco, querido. Has de comprender que «tengo» que hacer lo que hago.

—Te creo, Lyd. Obras como si fueras una mujer insustancial. Pero no lo eres. Lo único que pasa es que me falta algún dato para saberlo. Cuídate, Lydia Jean.

—Cuídate tú también, querido.

—Da un abrazo a
Boy-Sam.

Él la contempló mientras esperaba que el tráfico le permitiera ponerse en marcha, sumándose luego a la procesión de coches, en dirección a la ciudad. El auto de Lydia Jean tenía un aspecto llamativo. No parecía apropiado para quien, en los últimos tiempos, no lo pasaba muy bien.

Sam se encaminó luego hacia su propio coche, un polvoriento sedán «Pontiac» blanco, de máxima potencia, pesados neumáticos, buena suspensión y excelentes parachoques.

Dirigióse hacia el Oeste por la calle Cuarenta y Cuatro y cuando dio la vuelta hacia el Sur en la calle Setenta y Siete, en dirección a Harlingen y a su casa, había vuelto a bajar el aparato acondicionador del aire. Durante los cinco últimos meses, había sostenido otras conversaciones con su mujer. Y ahora, igual que las otras veces, se esfumaba rápidamente la apariencia de sensatez de las cosas que ella le había dicho, convirtiéndose en tonterías, transformándose en un neurótico, inexplicable y corrosivo desprecio, que le llegaba de la mujer a quien tan bien había creído conocer.

Pasado Kingsville, al recordar las cosas que ella le había dicho, empezó a pensar que hubiera podido darle mejores respuestas y que su actitud respecto a ella había sido equivocada. Lydia Jean se estaba dejando llevar por una especie de berrinche infantil, y lo que Sam hubiera tenido que hacer era decirle que ya le había seguido la cuerda bastante tiempo. Decirle con firmeza, aunque amablemente, que ya había pasado el tiempo de la fantasía, que tenía que cumplir con sus obligaciones de esposa para las cuales había sido

contratada, de manera que había que ir a buscar al niño y las maletas y volver a casa, a su hogar. Pero, al estar a su lado, las ideas de Sam eran vacilantes y desagradables, no se sentía a sus anchas y aceptaba la culpabilidad de unas faltas que, de otro modo, no hubiera podido admitir.

De pronto, notó una vibración en el volante, miró el marcador de velocidad y lo vio debajo de las cien millas. Le disgustó no haberse dado cuenta de que iba a tal velocidad y, aun comprendiendo la necesidad de bajar a ochenta, apretó el acelerador hasta el punto máximo, con las dos manos fuertemente asidas al volante. Al alcanzar las ciento quince millas por hora, el ligero temblor se suavizó y desapareció. Pero al llegar a las ciento veinticinco, el pesado coche se hizo ligero, vivaz, como si flotase sobre las irregularidades del pavimento y como si ya no estuviera bajo control. Sam Boylston sentía una irritada exaltación, el placer de lanzar un indefinible desafío. El marcador de la velocidad subió algo más todavía, pero Sam vio con disgusto que el coche había llegado al límite de lo que podía correr. Si en aquel momento fallaba una cualquiera de las muchas cosas que podían fallar, el coche se convertiría en un montón de chatarra humeante y aquella condenada mujer suya podría preguntarse, durante el resto de su vida, hasta qué punto su estúpida e incomprensible actitud había contribuido a la muerte de su marido.

Algo atrajo su mirada y, al mirar por el espejo retrovisor, vio muy lejos, en la larga extensión de carretera en línea recta, pálida bajo el resplandor del sol, el brillo intermitente de la luz de un coche-patrulla lanzado en su persecución.

Levantó en seguida el pie del acelerador. Había obrado como un idiota, como un muchacho excéntrico de pocos años. Él, un hombre serio, había procedido con una ligereza propia de un borracho o un perturbado.

De todos modos iba pensando: «¡Maldita Lyd! Lo he tenido todo preparado, todo en marcha, y muy bien, tres meses. Pero durante los dos últimos el mundo ha estado desenfocado. Irritación repentina con personas que no la habían merecido. Citas olvidadas. Algunas decisiones muy amargas… afortunadamente en asuntos de poca importancia. Una copa o dos de más, en el club. Aquel curioso impulso de golpear en la boca a Bern Wallader, la semana pasada. Y

también aquella dulzura, aquella sensación de expectación enfermiza cuando tuve que parar frente a un semáforo, en Brownsville, y aquella chiquilla, con su falda corta y estrecha, pasó descaradamente por delante del coche, balanceando las caderas, me dirigió una mirada, sonriendo a medias, y me volvió a mirar con sus ojos oscuros… La anchura de su cara delataba su sangre india…

Subió a la acera, se paró allí para volver a darme una oportunidad y luego dio media vuelta con cierta altivez arqueando el cuerpo para exhibirse mejor. Todo cuanto tenía que hacer yo era alargar el brazo y abrir la puerta del coche. Estuve a punto de hacerlo, ¡maldita sea! Ella no tenía más allá de dieciséis años, probablemente sólo quince. Una mujer que madura prematuramente es un desastre. Pero el coche que iba detrás de mí empezó a tocar el claxon, salió la luz verde y seguí adelante, con las palmas de las manos frías y resbaladizas sobre el volante».

—¿Qué intentas hacerme? —dijo en voz alta, golpeando el volante con la parte inferior de la mano derecha.

Había bajado la velocidad a cincuenta millas por hora. El coche-patrulla seguía tras él y la sirena tenía un sonido imperioso. Sam frenó, se colocó debidamente y se detuvo. El coche-patrulla le adelantó, se puso directamente delante de él y paró también mientras la luz del techo seguía dando vueltas. Bajó rápidamente un policía y, al acercarse, Sam quedó algo sorprendido al ver que llevaba la pistola en la mano apuntándole.

Sam bajó la ventanilla de su coche, y el agente le dijo:

—Mantenga las manos donde yo pueda vérselas y salga despacio cuando le abra… ¡Oh, Mr. Boylston! Creí que era usted un fugitivo.

Sam contempló aquella cara, curtida por el sol y el viento y recordó el nombre del policía. Se llamaba Shugg. Había hecho una declaración oficial, dos años antes, cuando mataron al hijo de un juez del condado, en aquel mismo trozo de carretera.

Mientras Shugg volvía a meter rápidamente el arma en su estuche, Sam le miró la graduación, marcada sobre la manga, y salió del refrigerado interior de su coche al calor de la carretera, diciendo:

—¿Qué tal le va, cabo Shugg?

—Supongo que no demasiado mal.

—¿Qué creyó usted que era?

—Alguien que huía. Alguien que se había apoderado de algo y escapaba a toda velocidad en el coche del viejo, o había cometido un robo y buscaba un lugar en la carretera donde ocultar el objeto robado. Cuando he visto que no iba a poder alcanzarle, he enviado un parte por radio pidiendo que bloquearan la carretera, y luego, al ver que usted disminuía la marcha, he vuelto a radiar dando contraorden.

Sam, gracias a un esfuerzo de voluntad, mantuvo el pulso firme mientras encendía un cigarrillo.

—Creo que he obrado como un loco —dijo—. El coche tenía cierta vibración, de un extremo a otro, yendo a gran velocidad, y pensé que, si podía determinar con exactitud dónde se acababa esa vibración, ayudaría a saber de qué se trata a los que la arreglen.

Shugg parecía asombrado.

—Iba a presentarle mis disculpas por haberle hecho detener y a decirle que sé que tiene usted un buen motivo para volver a Harlingen a esa velocidad, pero la verdad es que nadie tiene un motivo bastante bueno para hacer lo que estaba usted haciendo.

—¿Un motivo?

—Entonces, ¿no ha oído las noticias?

—Oído… ¿qué?

—Buscan por todas partes el yate de Mr. Kayd, por las Bahamas. No envió ningún mensaje por radio ayer por la mañana, como hacía todos los días, y no llegó adonde se suponía que se dirigía. Tampoco ha enviado ningún mensaje esta mañana, así es que han empezado a buscarlo desde el aire, pero hasta ahora la busca no ha dado ningún resultado. Iban siete personas a bordo: la familia Kayd, el capitán contratado y su hermana Leila. Precisamente por eso he creído que tenía usted tanta prisa, Mr. Boylston.

Fue directamente a las oficinas de Boylston and Worth, abogados. Atravesó a toda prisa los pasillos, silenciosos y vacíos por ser domingo por la tarde, llegó al espacioso despacho, que estaba en una esquina, bajó diez grados la calefacción, se aseguró de que el teléfono estaba debidamente conectado, miró la fecha del periódico, preguntó si estaba allí Tom Insley y dijo que se pusiera inmediatamente al aparato.

—¿Tom? Soy Sam. He oído las noticias de las tres de la tarde, en la radio del coche. ¿Habéis sabido algo nuevo de la situación?

—Nada en absoluto, Sam. Nada. Sé lo afectado que debes de estar. Pero, mientras te tengo en la línea, ¿querrás hacer alguna declaración?

—Supongo que no hay ningún mal en ello. Veamos. El barco de Bixby Kayd, el *Muñeca*, estaba construido muy sólidamente, con motor «Diesel» y con todos los acostumbrados aparatos de salvamento y suplementos para la navegación. Tengo entendido que el tiempo ha sido bueno estos últimos dos días y que el mar ha estado en calma. Estoy absolutamente seguro de que Bix ha contratado un capitán completamente capacitado para desempeñar su oficio y que conoce el mar. Supongo dos cosas: la primera es que tal vez han tenido algún fallo eléctrico que ha afectado a los motores y que la corriente los ha arrastrado fuera de la extensión por donde se les busca, y la segunda que quizás han cambiado de rumbo dirigiéndose a un lugar distinto del que habían anunciado, en cuyo caso Bix lo habría comunicado al llamar ayer por la mañana al operador de la Nassau Marine, pero el fallo eléctrico le impidió hacerlo, y seguirían estando así fuera del área por la que se les busca. Confío…, confío en que se les encontrará hoy mismo o, a más tardar, mañana, y entonces tendremos la explicación de lo que les ha ocurrido. ¿De acuerdo?

Hubo una pausa demasiado larga. Tom Insley vaciló antes de contestar. Sam Boylston sintió en la nuca una sensación punzante, aviso básico y primitivo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me parece que tenemos un informe más completo que las noticias que ha oído por la radio, Sam. Bix compró otro barco en Florida, una canoa de algo más de veinte pies de eslora y la llevó a remolque del yate. Con ella podría ir por sitios demasiado poco profundos para el *Muñeca*. Estaba equipada con un aparato transistor de treinta vatios. Era una buena canoa, muy rápida y potente, con la misma clase de casco que las que toman parte en las regatas de Miami a Nassau. Mire, no quisiera asustarlo más de lo que ya lo está, pero el caso es que las Bahamas están llenas de barcos de recreo, en mayo. Y no tenemos noticia de que ninguno de ellos haya tenido el menor contacto con ninguno de los barcos de

Bix. No puedo creer en un fallo eléctrico doble y simultáneo.

—Entonces será mejor que diga que me siento optimista y que espero que se les encuentre.

—¿De verdad se siente optimista?

—Por un motivo fuera de lo corriente, Tom.

—Hay demasiadas cosas en juego, pero ¡adelante!

—Bix Kayd no ha hecho nunca un viaje totalmente de recreo. Supongo que sabe usted que hice algún trabajo jurídico para él. Pero renuncié a ello. Sin embargo, seguimos siendo amigos, de un modo razonable. Había en aquello demasiadas sorpresas. No puede uno rendir el máximo para mi cliente, a menos que se vea claro todo el panorama y que se esté enterado de todo. Bix es un promotor. Le gusta quedarse entre bastidores. Es más reservado que lo que tendría que ser, aunque imagino que ello le es de mucha utilidad. Nadie más que él y los peritos mercantiles que se ocupan de sus impuestos personales están enterados de todo el armazón de sus asuntos. Esta desaparición tiene todo el aire de uno de sus pequeños juegos.

—¿En qué podría beneficiarle?

—Piénselo bien, Tom. Algunas de las entidades detrás de las cuales se sabe que está podrían dar un bajón rápido al abrirse mañana la Bolsa. Valiéndose de un hombre de paja aceptable, podría haber vendido rápidamente las acciones, volver a comprarlas a más bajo precio y aparecer el miércoles sonriendo.

—¿Hasta que se descubra?

—Actúa de una manera que no deja muchas huellas. Y hay todo un enjambre de congresistas que siguen yendo a su casa, a celebrar barbacoas y a beber.

—¿De manera que usted se limitará a esperar?

—Haré un poco más que eso. Tengo algunas fuentes de información. Olfatearé un poco por ahí y veré si recibo alguna sugerencia acerca de qué clase de negocio combina esta vez con su viaje de recreo.

—¿Me lo comunicará usted? Particularmente, desde luego.

—Depende de lo que sea.

Después de colgar el teléfono, Sam Boylston se levantó, dio unos pasos por el despacho y permaneció de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, contemplando por la ventana el

espacio vacío de la plaza Northway Shopping y el nuevo edificio del «Valley Citizens Trust» detrás de ella. Se daba cuenta de que estaba contemplando otro producto de lo que Lyd llamaba «su ansia de limpiar el mundo». Con el crecimiento de su clientela y la necesidad de tener más empleados y un local mayor, él y su socio, Taylor Worth, habían empezado a buscar a su alrededor.

Habían encontrado a Bern Wallader, establecido en aquel extenso barrio, con la idea de crear un centro de tiendas, impacientándose por los cálculos y cuidados que exigía el comercio, pero llevándolo todo con demasiada lentitud y de una manera muy conservadora y haciendo unos planes poco importantes. En aquel tiempo, Sam había llegado a ser únicamente director del «Valley Citizens» y sabía que el Banco necesitaba encontrar un nuevo local. Después de una larga conversación con el director del Banco, de otra conversación confidencial con unas personalidades del Gobierno local, y de una tercera con algunas personas de Houston especializadas en planos y en la construcción de grandes complejos mercantiles suburbanos, había empujado a Bern Wallader a entrar en acción, nerviosa y aprensivamente, consiguiendo luego que colaborara definitivamente. Ahora, además de doblar las ventas al por menor que él había calculado, tenía el Banco, el edificio de la oficina provisional y muchos acres de terreno en los que se iban edificando nuevas casas, por la parte de atrás, por aquella parte que Sam había escogido el día en que empezó a creer que podría convencer a Bern Wallader de que debía aventurarse a correr riesgos.

Y todo ello había empezado, sencillamente, porque necesitaba más espacio y no había podido encontrar nada que conviniera, preguntándose si alguien querría edificar, a su requerimiento. Era la suya una extraña habilidad para los asuntos comerciales. O tal vez, como se dijo, era un truco de la objetividad. Veía lo que era completamente lógico y necesario y se preguntaba por qué la gente caminaba arrastrando los pies, se quejaba de molestias de la digestión, se preocupaba de reducir sus obligaciones antes de poner en marcha algo nuevo, y cuando por fin encontraba algo factible, sentía aquel extraño impulso de empequeñecer sus propios conceptos. Con un incremento creciente de cerca de trescientos mil habitantes de la República todos los meses, sólo los proyectos más

absurdos podían esperar no quedarse atrás. La mayoría de las mentes estaban sombrías y nubladas, en la mayoría de ellas era el pensamiento una corriente lenta y cenagosa, que arrastraba residuos no identificados, conceptos anticuados, ritos y supersticiones rebosantes de temor.

Cuando las cosas estaban estancadas había que ir probando hasta encontrar el punto en que el mínimo esfuerzo de la palanca daría lugar al máximo movimiento. Para ello se necesitaba tiempo, ciertamente. Y considerar, con fría y constante atención, el objetivo total y los detalles. Había que disimular la impaciencia ante aquellos socios que no podían mantenerse a la misma velocidad que uno y aprovecharse prácticamente de los que se hallaban al otro lado de la mesa con los mismos defectos.

¿Por qué tenía que desaprobar aquello Lyd? ¿No se trataba de la misma esencia de la supervivencia? ¿Quería, acaso, suavidad, apatía, amable pereza?

Había que actuar con mano firme, o todo se echaría a rodar. Esto era algo que Lydia Jean no comprendía. El pensamiento de Sam retrocedió unos años, hasta el momento en que, con tanta rapidez, se había estropeado todo. Había estado cabalgando sobre *Moon Lad*, su caballo gris, a plena carrera por el campo abierto, y el animal había metido la pierna delantera izquierda en un agujero que no había visto. Sam escuchó el crujido de los grandes huesos al romperse, como ramas de árbol, y mientras rodaba sobre el césped oyó también el extraño relincho de su querido caballo. Éste intentaba levantarse y no podía, pero al fin silenció su terrible jadear y sus relinchos y se quedó mirando a su dueño como si confiara en que éste podía arreglarlo todo. Sam se quitó la camisa y vendó con ella los ojos al animal porque no podía sacar la carabina del estuche de la silla si aquellos ojos seguían mirándolo a él y mirando el arma. Colocó la bala en el sitio exacto, disparó y se alejó, bailándole todo ante los ojos. Hubo que llamarle a gritos para que volviese, fuera a buscar a los peones y el *jeep* con el azadón y las palas para enterrar a *Moon Lad* antes de que los zopilotes lo descubrieran.

Dos semanas más tarde, perdía el primer *set*, pero ganaba el segundo y el tercero, para eliminar a Rooster Hines y llegar así a la final del campeonato de tenis en la que haría frente a Bill Cupp, a

quien sabía que podría ganar fácilmente. Se duchó, fue a reunirse con un grupo de amigos que estaban en la piscina y tomó parte en una animada partida de tiro al blanco. Al querer evitar uno de los proyectiles, había echado a correr, zambulléndose en el agua y chocando con una muchacha que salía a la superficie en aquel momento, justo delante de él. Quiso parar el golpe levantando las manos, con las palmas hacia delante, dio contra uno de sus macizos hombros, sintió en su muñeca derecha un dolor parecido al que pudiera causarle la mordedura de un cuchillo caliente y supo, cuando aún se hallaba sentado al borde de la piscina, viendo que la hinchazón comenzaba, que Bill Cupp ganaría el trofeo por ausencia de su contrincante.

Y la semana siguiente, sus padres, que habrían aplaudido y celebrado la victoria, habían muerto. Los dos.

Había una especie de epidemia de desastres, grandes y pequeños. Iban unidos unos a otros, como los eslabones de una cadena. Y no acontecían por pura casualidad. Había sido mía imprudencia hacer correr a *Moon Lad* por un terreno como aquél. Había sido un disparate y una tontería jugar al tiro al blanco estando la piscina atestada de gente. Y cuando hay dos desgracias, hay siempre tres.

Sam sabía que aquello no era lógico y que la superstición era una debilidad. Pero, tiempo atrás, después de que el mundo hubiera empeorado para él, se prometió a sí mismo mostrarse inflexible, impedir que penetrara en su vida la primera cuña y si le caía encima un pequeño desastre que no fuese obra suya poner doble cuidado en mantener la oportunidad a cierta distancia, lo suficientemente lejos para que la epidemia se curase por sí sola.

Pero ahora notaba a su alrededor una nueva clase de oscuridad. La voluntaria deserción de Lyd era un desastre que hacía aún más desiertos y desolados sus días. La estupidez que había hecho con el coche era otro desastre que había estado a punto de sucederle y que tenía una tenue conexión con Leila, con Bix y con el *Muñeca*.

Se encogió ligeramente de hombros y se alejó de la ventana. Era un hombre esbelto, de altura mediana, cabello rubio oscuro, ojos grises y una cara lo suficientemente redonda para darle el falso aspecto de un muchacho. De no haber tenido el cutis atezado por la vida al aire libre y unas arrugas junto a los ojos formadas al

entornarlos para evitar la excesiva luz del sol, hubiera parecido un hombre frágil. Pero, por el contrario, poseía una nervuda precisión y una elasticidad de movimientos y los músculos y reflejos de un atleta. Ésta era su vanidad, que se manifestaba exteriormente en sus camisas de excelente corte, en sus bien cortados trajes de trabajo y en la costosa ropa casera y de deporte.

Se sentó, contempló el teléfono y recordó los rumores y las indirectas acerca de las actividades de Bix que recordaba haber oído durante los últimos meses. Fue reduciendo las posibles fuentes de información hasta quedarse sólo con las dos más probables: la del viejo juez Billy Alwerd, de Brownsville, y la del gran Tom Dorra, dueño de muchos bosques, que tenía su casa cerca de la de McAllen. Sam sabía que se habían mezclado, en pequeña escala, en algunas de las operaciones de Kayd y sabía también que habían sido vistos con él antes de que el *Muñeca* zarpara de Brownsville para hacer una excursión alrededor de la Costa del Golfo y de las isletas de Florida.

Cogió el teléfono a la primera llamada, antes de que dejara de sonar el timbre. Querían hablar personalmente con Mr. Samuel Boylston.

—Soy Jonathan, señor. ¿Está bien Leila?

—Probablemente, no sé de eso más de lo que sabe usted. Sólo lo que dicen los periódicos.

—Empecé a preocuparme antes de que saliera nada en el periódico. Mire, ayer era mi cumpleaños. Leila tenía que llamarme por teléfono. Y usted ya la conoce. No lo habría olvidado. Habría puesto todo su empeño en ello.

—Lo sé.

—¿Qué va usted a hacer?

—Me parece que lo único que puedo hacer es esperar.

—Creo… que iré allí, señor.

—¿Qué puede usted hacer que no hayan hecho ya?

—No lo sé. Pero ni a uno ni a otro nos gusta este asunto. No nos gusta ni pizca. Yo me encontraría más a gusto si no estuviera tan lejos de donde ocurre todo. Quizá sea una estupidez. Pero no parece que nos haya ido muy bien siendo sensatos.

—¿Cuáles son las últimas noticias que tuvo usted de ella, Jonathan?

—El viernes pasado tuve una postal, por avión. La había echado al correo en Nassau. Decía que intentaría conseguir comunicar conmigo por teléfono ayer por la noche, entre las siete y las diez, así es que procurase estar a esa hora cerca del aparato.

—¿Decía algo más?

—El resto era sólo personal.

—No puedo impedirle que vaya allí.

—Ya lo sé. Pero aún no tengo nada decidido, señor. Creo que esperaré a ver lo que dicen los periódicos mañana por la mañana y entonces decidiré. He hablado de esto con Mr. Wing. Está siendo muy amable acerca de este asunto. Me ha encargado que le diga a usted que espera que todo vaya bien por lo que se refiere a Leila.

—Bud Wing me dio buenos informes de usted, Jonathan.

Jonathan Dye contestó, tras unos instantes de silencio.

—Supongo que lo mejor que podría hacer ahora sería mostrarme contento, o algo así. Pero no estoy de humor para eso. Nunca he podido darle a entender que he estado haciendo, desde los catorce años, toda clase de trabajos, todo el trabajo que podía conseguir. He hecho trabajos más fáciles que éste, así como más difíciles y más duros. Y nadie ha dado nunca malos informes de cómo trabajaba. Me gusta Mr. Wing. Pero hace trabajar de firme a la gente. Creo que podemos dejarlo así, señor. Si no hay nada nuevo, mañana por la mañana iré hacia allí, y cuando sepa dónde estaré, le pondré un telegrama.

—De acuerdo. Y… buena suerte.

Pasados unos instantes, Sam empezó a buscar el número del teléfono de la casa de Billy Alwerd.

Capítulo V

Cristen Harkinson avanzaba en el pequeño *Dutchman*, notando que la barca se ponía recta mientras el muchacho, Oliver, arriaba la vela principal, para librarla de la acometida del viento de Biscayne Bay. Lo había hecho, como siempre, en el momento preciso para que el impulso que llevaba la barca les hiciera entrar en la pequeña dársena particular, al sur de la casa de Crissy, junto al mismo lugar donde había sido construida la vivienda, allí donde el desembarcadero quedaba protegido de los vientos del Norte.

Con el último impulso que le quedaba, la barca se deslizó hacia el malecón formando un ángulo. Crissy, de pie, se inclinó, se agarró al extremo de la plataforma, caliente por la acción del sol, detuvo la barca cerca de un noray, cogió el cable atado al desembarcadero y lo ató a la argolla de proa, asegurándolo bien. Oliver acercó la popa al desembarcadero y la amarró también. Tuvo aún media hora de trabajo vaciando el agua, estibando los utensilios y los aparejos y colocando la barca dentro del ángulo del desembarcadero para que no rozase con la plataforma.

Crissy subió al malecón, se volvió y miró al muchacho, que contaba diecinueve años. Había empezado su trabajo con un expresión seria, sin mirarla. A cada movimiento que hacía, se marcaban sus fuertes músculos dibujándose bajo la piel de su ancha espalda. El sol había descolorido el vello de sus largas piernas bronceadas, formando una extraña aureola contra la luz anaranjada del sol poniente.

De pie en el desembarcadero, Crissy pensó en el aspecto que tendrían los dos, si se les contemplara desde el ángulo adecuado. En la elegante figura de la alta muchacha, de pie en la plataforma, con el cabello revuelto, impregnado de la sal del mar, descolorido hasta alcanzar un matiz rubio, casi blanco, a causa de las muchas horas de navegación. Con un bikini azul pálido. Gafas de sol oscuras. Una bolsa blanca y encarnada, colgando de uno de sus dedos, doblado en forma de gancho. El cuerpo, lo suficientemente tenso y juvenil

para el bikini, tostado por el sol hasta presentar un matiz dorado, pero ahora de un bronceado casi rojo por el día pasado en el mar, contrastando con el cuerpo oscuro del muchacho, que tenía los ojos claros y los dientes muy blancos.

Tenía buen porte. Estaba allí, de pie, recordando las lecciones. El hecho de pensar en ello la llevaba en línea recta, en otros tiempos, a *Harpers Bazaar*[2]. Terminaba haciendo de maniquí y exhibiendo aquellos atrevidos modelos, que parecían atuendos de pirata, ante los compradores, que palpaban el género y que encargaban cantidades de trajes para cadenas de almacenes de los que nunca había oído hablar. A cien yardas de distancia, la muchacha aparenta veinte años. Pero, si se le mira la cara de cerca, a la despiadada luz del sol, se le podrán dar treinta años, lo que supone todavía un triunfo, porque se le han quitado más de media docena de los que tiene.

—Oliver…

—Diga, señora.

Seguía sin mirarla, y ella se mantenía de pie, algo más arriba, sobre los tablones del desembarcadero.

—Ahora no te escapes, ¿me has oído? Te debo estos últimos dos días, de manera que ven a casa cuando hayas terminado.

—Sí, señora.

La muchacha se alejó lenta y perezosamente por la larga curva de las escaleras de piedras, de peldaños anchos y poco altos, colocados en la vertiente cubierta de césped. A medio camino hacia arriba, hizo una apuesta mental consigo misma, volvió rápidamente la cabeza y pilló inmóvil al chico, con la funda de las velas en la mano, que estaba mirándola. Bajó rápidamente la vista. Crissy, sonriendo para sí, subió el último peldaño, atravesó el patio, en dirección a la terraza entoldada, la atravesó también hasta el final, empujó la puerta de cristales y entró en su dormitorio. Faltaban unos minutos para las seis. Abrió el panel de la pared, por la parte de la habitación amueblada como una salita, y conectó el aparato de televisión. Los sábados por la tarde daban las noticias locales a las seis.

Abrió la puerta que daba al pasillo, y llamó a voz en grito:

—¡Francisca! ¡Francisca! ¡Maldita sea!

Pocos instantes más tarde entraba precipitadamente la pequeña

sirvienta cubana, con los ojos desmesuradamente abiertos en una expresión burlona de alarma.

—¡Maldita sea! ¡Tenías que vernos entrar!

—No soy un vigilante. Delante de Jesús se lo digo, Miss Crissy.

Las noticias locales habían empezado ya.

—Espera un momento —dijo Crissy dirigiéndose hacia el aparato de televisión.

Después de oír una noticia de un ahogado, otra de un accidente automovilístico en el Tamiami Trail y otra de una huelga contenida a tiempo, el locutor dijo:

«En cuanto a la búsqueda por el aire y por el mar, a gran escala, en las Bahamas, del yate *Muñeca* desaparecido…».

Crissy desconectó la televisión y preguntó:

—¿Han venido a arreglar esa dichosa bomba de agua?

—*¡Sí!*[3]

—¿Qué le pasaba?

La muchachita frunció el entrecejo arrugando la mayor parte de su delicado rostro y levantó las manos manteniendo los dedos índices separados unas pulgadas, como si quisiera expresar una medida.

—¡Había una *lagartija*!

—¿Una qué?

—¿Cómo se llaman esas serpientes que tienen pies?

—Lagartos. ¿Quieres decir que se había metido un lagarto dentro de la bomba?

Francisca sonreía alegremente.

—Lo ha dicho muy bien.

Llevaba una llamativa falda encarnada, una blusa blanca y sandalias doradas.

—Tienes un invitado, ¿verdad?

La muchacha respondió:

—Creo que es sólo un amigo.

Crissy se arrancó de un tirón las dos piezas del bikini, hizo una pelota con ellas y se las arrojó a la muchacha diciéndole:

—Ahora, por una vez en la vida, deja de pensar en tu amigo y mira a ver si puedes hacer tres cosas a derechas. Te lo voy a decir una sola vez.

Francisca volvió a fingir hábilmente un temor humilde.

«Estamos cogidos en la trampa de esta comedia nuestra —pensó Crissy—. El ama cruel y la criada aterrorizada. Pero una comedia facilita las cosas. Ya sabes lo que haces».

—En primer lugar —dijo en voz alta—, ve a buscar el cubo verde del hielo, llénalo hasta la mitad y ponlo aquí, en el bar. Después, quédate en la terraza hasta que venga el chico de la barca en busca de su dinero y tráelo aquí, pero no atravesando la casa, sino por la terraza. Tercera cosa: cenaré fuera, así es que puedes hacer lo que quieras hasta que me entres el café, mañana por la mañana.

La sumisa repetición de las órdenes quedaba estropeada por la viva chispa de inteligencia que brillaba en aquellos ojos de color de chocolate.

Mientras salía a toda prisa, Crissy la siguió con la mirada, pensando: «Será mejor que no te rías, pequeño fantasma provocativo. No cuentes a tu amigo cosas divertidas de Miss Creesy y del *muchacho*[4] de la barca. No te sonrías tontamente, hija mía, porque todo tiene que ser así, exactamente así, en un juego en el que no te atreves a probar una sola oportunidad».

Entró en su cuarto de baño, que era blanco y dorado, y tomó rápidamente una ducha. Su cuerpo irradiaba el calor del sol que había tomado todo el día en la barca y las frías agujas del agua le pinchaban. Se envolvió la cabeza en una toalla y se frotó el cabello con mucha energía, se lo cepilló cuando estaba medio seco, se pintó los labios, se dio unos cuantos toques de perfume por todo el cuerpo y se puso una túnica Lilli Pulitzer, de tejido grueso y tosco, que formaba un dibujo de anchas franjas verticales, blancas y de color naranja. Le quedaba corta, casi a medio muslo.

Vaciló delante de la estantería de los zapatos y resolvió ir descalza.

Abrió el mayor de sus armarios empotrados, encendió la luz que había en la parte superior, entró hasta el fondo del armario, abrió el panel posterior, que giró sobre sus bisagras, y, mordiéndose el labio inferior, dio vuelta al disco de la caja fuerte siguiendo la combinación adecuada. Abrió la caja, sacó dos billetes de veinte dólares para pagar al muchacho los dos días de lecciones de navegación y cogió otra cantidad para hacer frente a los gastos de la casa y de bolsillo. El paquete que quedó en la caja era

peligrosamente delgado. No quiso contarlo, ni calcular cuánto debía de haber.

Pero aquello ya no le producía comezones de desesperación, ni una sensación de desamparo y de terror, sino que, por el contrario, le proporcionaba animación, energía y esperanza. Esta vez, daría resultado. Tenía que darlo. Ella haría que diera resultado. Sería, ya para siempre, el final de la necesidad de luchar.

—¡Bendito seas, Bixby! —murmuró—. Eres un alegre Santa Claus. Un pichón maduro y suculento.

Cerró la caja de caudales, hizo girar el disco, ajustó el panel, salió del armario empotrado y apagó la luz.

Cuando Francisca la llamó arañando la puerta de cristal, Crissy estaba mezclando cuidadosamente los ingredientes necesarios para dos ponches Planters, ya medidos antes en los altos vasos.

—Entra directamente, Oliver, por favor —llamó.

Oyó deslizarse el panel al abrirse, volvió a oírlo deslizarse para cerrarse, y escuchó los pasos de Francisca que se alejaba rápidamente por la terraza.

Sin volverse y sin interrumpir su ocupación, dijo:

—Siéntate, Oliver. En cualquier sitio, por favor. Quiero saber por qué sigo pasando tantos apuros cuando intento llevar la barca yo, siempre que hacemos una verdadera travesía.

—Señora, supongo que es a causa de la *Dutchman*. Es una barca muy buena, pero a usted se le ha metido en la cabeza que corra con pocos vaivenes sobre las olas, así es que la hace ir demasiado aprisa. Tiene que ir más despacio, con muy poca velocidad, cuando la lleva a algún sitio, y luego sostener la vela tirante y soltarla tan pronto como llegue el momento preciso, y ella hará todo lo demás. No debe correr tanto. Pero, de todos modos…, ahora lo va haciendo mejor.

Crissy cogió los dos altos vasos, dio media vuelta y se encaminó hacia él diciendo:

—Gracias, querido Oliver.

La alfombra, que era de pálido tono canela, estaba colocada sobre una lámina de espuma elástica cuya flexibilidad, bajo sus pies descalzos, acentuaba la conciencia que tenía Crissy de su propia presencia: elasticidad de las articulaciones de caderas y rodillas, la túnica de marcadas líneas alternas cuyo forro descansaba

suavemente sobre la carne, cálida aún por los efectos del sol, el intenso olor del perfume que usaba mezclándose y confundiéndose con el olor de su piel, los vasos llenos de un líquido helado, el trazo resbaladizo de la barbilla en el punto en que ella se la tocaba con la punta de la lengua, y hasta la humedad y la consistencia ligera de un rizo decolorado por el sol que se balanceaba sobre una de sus sienes mientras avanzaba hacia el muchacho.

La luz que llegaba de Occidente no podía entrar en la habitación, pero en aquel momento la bañaba una luz dorada y anaranjada, que procedía, en parte, del reflejo de los cocoteros, lo suficientemente altos para recogerla de los rayos de sol, que les daban un matiz cobrizo. Detrás del muchacho, Crissy podía ver los barcos que volvían a tierra, no muchos, puntitos perdidos en la ancha bahía, dirigiéndose hacia el Norte, hacia Dinner Key y la ciudad. Con aquella luz extraña, evanescente, Crissy se sentía suavemente poderosa, como una leona.

Tendió un vaso al muchacho diciéndole:

—No me gustan cuando son demasiado dulces.

—Por favor, tengo que irme —dijo él—. Realmente, tengo que irme.

Se mantenía torpemente de pie, con sus pantalones cortos y su camisa blanca, un hombro más alto que el otro, moviendo rápidamente los ojos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, mirando más allá de su interlocutora, al nivel de su garganta, combándose su propio cuello, reseco, al querer tragar trabajosamente la saliva, con la mano tendida, sin objeto, a su espalda, como buscando el tirador de la puerta de cristales que se abría.

Tenía la cara huesuda, no mucha barbilla, las orejas abiertas en abanico y el labio superior muy largo. Aunque sólo contaba diecinueve años, se veían ya los primeros signos de que pronto le empezaría a faltar el oscuro cabello. «¡Pobre corderito!», pensó Crissy, dejando los vasos sobre una mesa próxima.

Se volvió hacia él y exhaló un suspiro levantando la cabeza en un gesto de interrogación. Se situó de tal modo que el muchacho se apartó del lugar por donde quería huir y empezó a intentar alejarse de ella como por casualidad, tosiendo nerviosamente. Crissy se sentía triste, juiciosa, maternal y amable. «¡Pobre chiquillo vulgar,

asustado, casi harto de todas las riquezas de la madurez! ¡Pobre y pequeño cazador de águilas, a quien su madre empuja infatigablemente hacia el clero! ¡Pobre ser tembloroso, que se encara ahora con la realidad de la carne, tan distinta de los eróticos sueños nocturnos que la describían como un mal!».

—He de irme, de veras —insistió el chiquillo, en la dorada calma de la tarde, con voz insegura.

—¡Claro que sí, querido Oliver! Ya lo sé.

Capítulo VI

En la aislada y lujosa casa de Crissy Harkinson, situada en la parte baja de Biscayne Bay, las habitaciones de los criados estaban encima del edificio donde se encontraban el garaje para dos coches y el cuarto de herramientas y trastos. El blanco «Mercedes» descapotable de Crissy estaba en uno de los departamentos del garaje. El coche del joven profesor de navegación se encontraba aparcado muy cerca de allí, junto a la puerta para vehículos, que estaba abierta a la sazón, y junto a la valla de madera de pino. Era un coche de aspecto grave y solemne, pintado de azul y naranja.

Por uno de los costados del pequeño edificio subía una escalera hasta una galería poco profunda, que se abría de un lado a otro en el piso superior. Raoul Kelly estaba plácidamente sentado sobre la baranda de esa galería, fumando un cigarro y contemplando la puesta de sol, mientras esperaba que volviera Francisca. Desde donde se hallaba, podía ver su propio coche, que estaba al otro lado de la valla, pues siempre lo dejaba allí. El vehículo brillaba con destellos azules entre los tablones de la valla y las anchas hojas de los árboles.

Francisca llegó rápidamente de la casa, sonrió a su amigo, lo saludó desde lejos con la mano y, subiendo a toda prisa, lo abrazó, le dio unos golpecitos en el hombro y le dijo:

—Estaba en lo cierto al suponerlo. Da unas vacaciones cortas a las clases trabajadoras. Hasta la hora de desayunar. Y me parece que no me equivocaré si supongo que el desayuno será al mediodía.

—Ese chico está un poco fuera de su clase, Cisca. Ella puede más que él.

Era costumbre, entre los dos, que él hablara inglés, contestándole ella en su vivo y rápido español de Cuba. El inglés, lo comprendía mucho mejor de lo que lo hablaba.

Francisca se recostó contra uno de los pilares de la galería con las manos en los bolsillos de su llamativa falda encarnada.

Hizo una mueca.

—Dicen que es corriente que a las mujeres de su edad les apetezcan los hombres jóvenes y fuertes, del mismo modo que los banqueros gruesos y talludos seducen a las colegialas. Me siento cómplice, Raoul. Me ha hecho traerle el gusano y dejarlo caer dentro de la tela de araña. Él parecía estar muy nervioso. Y ella había preparado el escenario con mucha astucia, y se había vestido adecuadamente.

A veces, aunque muy raramente, Raoul percibía en la voz de la muchacha algunas de las cadencias e inflexiones de las clases superiores de la Habana anterior a Castro, algo así como el eco de los clubs náuticos, de las fiestas en casas particulares, de las ceremonias diplomáticas.

Francisca había llegado al mundo hacía veinticuatro años y, después de los años escolares en el convento y de un casamiento adecuado, lógicamente se habría convertido en una de las animadas y charlatanas jóvenes esposas de la Habana, toda ella risas, charla, miradas de soslayo y coqueteo, yendo de compras al Encanto y a Nassau, jugando al tenis y al *bridge* junto a la piscina, mientras el servicio se ocupaba de los niños, y volando a Nueva York en primavera o en otoño, en compañía de su marido. Así había supuesto que sería su vida la joven señorita Francisca Torcedo y Sarmantar.

Si el mundo no hubiera cambiado de signo, Raoul Kelly la habría conocido tal vez allí mismo pero no bajo un punto de igualdad social. Hijo de un tendero, había obtenido una beca para la Universidad de Columbia, había escogido entrar en la Escuela de Periodismo, había vuelto de allí y se había puesto a trabajar en un periódico de la Habana. Había oído hablar de la familia Torcedo, pero sin conocer personalmente a sus componentes. Supo que la madre había muerto de una caída de caballo y que el padre estaba estrechamente asociado con Batista en ciertos negocios de los que le hubiera valido más apartarse, como hicieron muchos otros, antes de que los barbudos entraran en la ciudad.

Más tarde, después de haber llegado a ser Raoul un buen amigo del hermano, Enrique Torcedo, durante el entrenamiento para la invasión de la Bahía de los Cerdos, se enteró de lo que le había ocurrido al padre. Había tenido la testadurez de no querer irse de la isla. Aquellos tiempos del cambio de régimen fueron de confusión,

de salvajismo, de acciones necias y disparatadas. El padre fue estúpidamente asesinado, no por uno de los veteranos barbudos, sino por un azorado muchacho que aquel mismo día había prestado juramento en la milicia y había cogido un rifle, y había tenido únicamente la intención de amenazar al hombre que le había insultado afrentando también a toda la Revolución. Francisca había desaparecido en el momento de la matanza. Sólo mucho más tarde se supo lo que le había pasado. Loca de pena y de rabia al ver que mataban a su padre, había corrido a la calle armada con una pequeña pistola de mujer, chapada de plata, y había disparado contra el primer campesino uniformado que encontró. Se la llevaron lejos de allí y la encerraron dentro de la empalizada de unas barracas militares provisionales, en los alrededores de la Habana, en el Rancho Luna.

Raoul sabía que Enrique no se convencería nunca de que aquellos muchachos campesinos estaban desprovistos de toda depravación, de toda intención bestial. Había amanecido el nuevo día, y allí estaba ahora aquel esbelto y encantador animalillo rebelde, procedente de las clases superiores de la sociedad, un regalo de los benignos dioses de la revolución. Ahora que todos eran iguales, se le podía dar a la muchacha la oportunidad de trabajar por la gloria de la república del pueblo, podía fregar, lavar, guisar, servir a la mesa, llevar paquetes y, tal vez inevitablemente, compartir las literas de aquellos jóvenes héroes de la revolución que, a su vez, tenían el poder de avasallarla y de hacerla suya.

Cuando la encontró, no fue difícil arreglarlo todo para sacarla de allí. El nuevo Gobierno de Cuba no tenía ningún interés en aquella clase de publicidad. Pero para ello exigía cierta retribución y, de una manera o de otra, sabía con toda exactitud con cuánto había logrado huir Enrique después de haberle sido confiscado todo lo demás.

Fue trasladada directamente desde Miami Internacional al hospital, peligrosamente delgada y anémica, sorprendentemente dócil y sumisa y presa de una fiebre alta de origen desconocido. Estaba también encinta. Reaccionó mal cuando le fueron administrados antibióticos y abortó. Algunos antiguos amigos de la familia se disputaron la preferencia de acogerla en su casa y de cuidar de ella, tal vez por ser un caso de conciencia. Durante los

últimos meses del Gobierno de Batista habían estado muy ocupados liquidando sus bienes y sacando dinero de Cuba callada y astutamente, haciendo con él inversiones en otras partes. A la pobre Cisca no le había quedado nada. Era un símbolo de la brutalidad del nuevo régimen. Y verdaderamente no ocasionaba ninguna molestia. Apenas pronunciaba una palabra. Permanecía siempre sentada, con la cabeza inclinada, cosiendo o haciendo calceta, y cuando le decían algo sonreía tímidamente.

Durante la temporada de entrenamiento, Enrique llevó a Raoul consigo en la última visita que hizo a su hermana. Raoul creía que ella ni siquiera le había mirado y que ni remotamente se había dado cuenta de que en la entrevista estaba presente otra persona. El muchacho creyó que los daños físicos sufridos la habían llevado a una situación de lejanía de la que nunca podría volver.

Al parecer, Enrique también lo creyó así, porque, antes del desembarco, rogó a Raoul que velara por Cisca en el caso de que a él le ocurriera algo. Y, en efecto, le ocurrió algo. En el caos mareador de la Bahía de los Cerdos, Raoul, al arrojarse al agua para ponerse a salvo, vio que Enrique corría por una zona sobre la que caía una lluvia de balas que lo paró en seco, lo hizo retroceder y luego caer, convertido en una ruina desarticulada, mojada, cubierta de harapos.

Raoul Kelly sobrevivió a la invasión y a la prisión en la Isla de los Pinos. Después lo intercambiaron por medicamentos, pero no pudo encontrar a Francisca. Ella, al enterarse de la muerte de Enrique, había hecho las maletas y se había ido. Creían que estaba trabajando en alguna parte.

La encontró empleada de camarera en un café de Homestead, en Florida, alegre, sonriente, rápida en su quehacer, apreciada por el dueño y popular entre los parroquianos. Con gran sorpresa por su parte, le reconoció en seguida, pero no se preocupó por hablar con él. La volvió a perder y después la volvió a encontrar, trabajando como muchacha de servicio de una pareja de cierta edad, en Miami Shores, y viviendo en la misma casa en que trabajaba. Se mostró con él más amable que la primera vez, pero no lo suficiente para que él se sintiera muy bien acogido.

Hacía seis meses que la había vuelto a buscar y la había encontrado en el lugar donde ahora estaba. Llevaba casi un año

trabajando en casa de Crissy Harkinson. Ella lo había acogido calurosamente y él tomó la costumbre de ir a verla siempre que podía.

Parecía estar siempre de buen humor, pero prohibió a Raoul que le hablara de cualquier cosa que hubiera tenido lugar antes de que cogiera su primer empleo. Si lo hiciera, se enfadaría mucho con él y le haría marcharse, de manera que siguió el juego con sus condiciones. Sabía los peligros latentes que se ocultan en cualquier análisis psicológico de un aficionado. Pero le parecía que, al encontrar otra identidad, otra existencia insostenible, la muchacha se había convertido en una persona absolutamente distinta.

Buscando indicios que le condujeran a aquella nueva persona, cuando estaba solo en el pequeño apartamento de encima del garaje, cuando la Harkinson había mandado llamar a Francisca, por el teléfono interior, rebuscaba entre las cosas que pertenecían a la muchacha, siguiendo una pista que le llevara a lo que había llegado a ser. Además de sus permisos y papeles de identificación, las únicas cosas personales que poseía eran algunas fotografías suyas, tomadas con sus otras patronas, en el café, pasados los brazos alrededor de las cinturas, al sol y sonrientes, y los pocos regalos sin importancia que Raoul le había hecho, faldas y blusas vistosas y baratas, cosméticos del supermercado y los uniformes de criada, azules y blancos, que la Harkinson le hacía comprar. A Raoul, todo aquello le producía la triste sensación de estar haciendo inventario de las pertenencias de un difunto.

Sabía que la muchacha había tenido una buena educación. Por lo que Enrique le había dicho, sabía que había sido sensible, previsora, sensata y llena de imaginación. Pero esta Cisca de ahora era sólo una personita alegre y el español que hablaba era el de las dependientas de las tiendas. Hablaba de los programas de televisión que veía, de las revistas que hojeaba. Raoul la llevó a las playas, al cine y al campo, a pescar en los canales. Estar con ella era una diversión que no exigía nada y que resultaba un alivio después de las fatigas de su trabajo. Había establecido contactos que le proporcionaban informes dignos de crédito acerca de la marcha de las cosas en Cuba y de la infiltración y subversión en otros países latino-americanos. Sobre este tema escribía artículos superficiales y de fondo para un periódico de Miami, así *como otros* para periódicos

españoles de Florida y de Nueva York. Últimamente, había escrito artículos para revistas considerando la situación e intentando prever tendencias y proyectos políticos. Como procuraba ser completamente sincero y honrado en sus apreciaciones, sus trabajos habían empezado a llamar la atención en una escala más amplia. Era casi una bendición del cielo que su ocupación perteneciera a un área que era «tabú» en todo lo que concernía a Cisca.

Cuando los primeros días primaverales empezaron a suavizar el aire de Florida, él comenzó a darse cuenta de un problema cuya existencia había intentado ignorar. En las playas, los esbeltos muslos de la muchacha aparecían dorados, lisos, intachables e indeciblemente suaves. Había una sensualidad especial en el curvado dibujo de su boca. Los párpados de marfil y la inclinada y negra espesura de pestañas cubrían, cuando se entornaban, el saludable brillo de los ojos, con una perfección llena de significado, que parecía mágica. Si le rozaba casualmente con su cuerpo, Raoul sentía que el corazón le daba un salto contra la dura pared de su pecho. Entonces le dolían las mandíbulas y tenía la sensación de que aquel roce le había dejado un bienestar visible sobre la piel.

No podía dormir tan bien como antes ni comer con el mismo apetito, pero sabía que cualquier intento de seducir a la muchacha sería un crimen incalificable. No sólo se hallaba comprometido por la recomendación de Enrique, hecha la víspera de su muerte, sino que sabía que sólo un monstruo de egoísmo aceptaría por su propio placer la oportunidad de romper el convenio que ella había hecho con el mundo. La brutalidad de un soldado la había sumido en las sombras, y ella había encontrado el medio de reconstruir su vida, y era evidente que su nueva personalidad no guardaba ningún recuerdo de aquel hecho desdichado. El acto físico no podía por menos de reavivar los recuerdos y destruir la estructura de la nueva Francisca.

Raoul soportaba la situación, a veces medio enfermo de deseo, pensando que sería mucho más fácil para él permanecer alejado de ella, pero sintiendo la necesidad de estar a su lado, con lo que él mismo castigaba sus instintos bestiales.

A mediados de marzo, ella misma había resuelto por completo el asunto, con una alegría y una seguridad que desconcertaron a Raoul y, al mismo tiempo, le complacieron.

La tarde de su día de salida la había llevado a pescar a la bahía, y luego fueron a un lugar en el que les asaron a la parrilla lo que habían pescado, sirviéndoles, además, cerveza helada, en grandes jarras. Después, él tuvo que acompañarla a toda prisa a casa, porque la muchacha no quería perder el principio de lo que, según declaró, era el tercero de sus programas de televisión preferidos.

El programa no interesó a Raoul. Se sentó sobre el diván, sintiéndose invadido por una gran pereza por la tarde pasada en el agua, por la cerveza y por la comida. Luchaba para mantenerse despierto. Pero le despertó de pronto el caliente peso de la muchacha sobre sus rodillas y el notar que le había echado los brazos al cuello. La televisión estaba apagada, la habitación, a oscuras. Desde el dormitorio adyacente, una débil lámpara abría, por la puerta entreabierta, un camino luminoso. En la apagada risa de Francisca había un matiz de nerviosismo, y le temblaba la voz al decir, en su deficiente inglés:

—¿Qué clase de amigo le digo a Rosita que tengo? Te digo que el suyo le da tanta desazón, a cada momento… Siempre veo que me miras con los ojos empequeñecidos, ¿eh? Y espero, espero, espero… Pero nunca pasa nada. Te quiero, Keleeeee, te quiero mucho. Pero crees que Cisca tiene miedo… Sé que no soy ninguna cosa buena.

Raoul la abrazó, le volvió la cabeza para darle un beso y le dijo que, no sólo era una cosa buena, sino una cosa magnífica, una cosa espléndida. Francisca estaba nerviosa y temblaba mostrándose completamente inexperta en su papel, pero terca, decidida y muy inquisitiva. Estuvieron juntos muchas veces antes de que, una semana más tarde, inesperadamente, todo empezó a ir bien para ella.

Pasó un mes, y cuando llegó el segundo de sus relaciones amorosas, los dos habían establecido gradualmente agradables pautas físicas. Pero Raoul tenía una sensación de pérdida que no podía identificar por completo. Aquella intimidad entre ambos era menor que la que había buscado. Pero la muchacha se mostraba tan alegre y parecía tan feliz como antes. En el mar, Raoul la había enseñado a nadar, así como a manejar el hilo del carrete de la caña de pescar. Aparentemente, aquel asunto amoroso era para ella otra actividad que podía compartir con Raoul. Aceptaba de buena gana a su amigo cuando la hora y el lugar eran adecuados y otras veces

charlaba con él de diversas cosas, volviéndose de pronto muy decidida y concentrándose cuando la pasión se hacía más intensa. El placer la hacía reír. Y estaba evidentemente satisfecha al comprobar que los dos podían hacerse el amor siempre que se les antojaba.

Le gustaba que Raoul la tuviese después un rato entre sus brazos, que la besara y la acariciara, pero en aquellos momentos apenas mostraba más satisfacción emocional que un cachorrillo exhausto por el juego.

Entre ellos, todo era cordial, sencillo y alegre, pero cuando Raoul estaba a punto de dormirse, en el confín en que se funden la realidad y la fantasía, no atreviéndose a dejarse vencer por el sueño porque sabía que tendría que levantarse y salir de la cama de la muchacha, tenía la extraña impresión de que había deseado a Francisca Torcedo y Sarmantar, pero que, convencido de la imposibilidad de llegar a poseerla, había calmado su deseo tomando a aquella otra muchacha que ahora descansaba en sus brazos, una criada, una de aquellas chiquillas robustas, y cara ancha, morena, de risa espontánea y picada de viruela, dispuesta a aceptarle, con todas sus necesidades físicas. Tan vivida era aquella fantasía que, cuando abría los ojos y veía el dormido rostro de Francisca Torcedo y Sarmantar descansando sobre su brazo, un rostro delgado, de delicadas facciones, que llevaba la huella de mil años de orgullo y de esmerada educación, experimentaba una momentánea sensación de que la tenía allí porque la había robado y de que, si abría los ojos, los abriría muy grandes, llenos de disgusto y de terror, y se incorporaría, cruzando los brazos para ocultar su delicado pecho y poniéndose a chillar, a chillar…

Entonces la despertaba y ella le sonreía. Se desperezaba sensualmente, bostezaba, tapándose la boca con el puño cerrado, levantaba la cabeza para mirar el reloj y entonces se erguía rápidamente.

—¡Kelleeeee, *querido*[5]! ¡Es la hora!

—Ya lo sé.

Se levantaba, soñoliento, se vestía, se inclinaba sobre ella y la besaba. Francisca le pasaba la mano por el cabello y le daba unos golpecitos en la mejilla.

—Raoul, querido, ¿crees que podrás salir del trabajo a tiempo

para venir a buscarme y llevarme al cine?

—Lo intentaré.

—¿No te parece… un poco gorda?

—Demasiado gorda. Tú estás mucho mejor.

—¿Te gusta una mujer a la que se le notan las costillas? ¿Te gustan estos pobres pechos que parecen de una muerta de hambre, *mi corazón*[6]?

—Tanto ellos como todo tu cuerpo son una preciosidad.

Unos instantes más tarde, a los oblicuos rayos del sol poniente, percibía la elegancia de la muchacha, que se recostaba contra uno de los pilares de la galería, con los tobillos cruzados y las manos metidas en los bolsillos de su falda. En aquel colegio de monjas patrocinado por hijas de ricos, le habían enseñado a caminar con elegancia, a entrar en una habitación, a sentarse y a ponerse de pie con gracia. Y el resultado de estas lecciones se reflejaba en Cisca únicamente cuando estaba en reposo. Raoul lo había observado. No se sabía cómo, había adquirido la rápida y descarada manera de andar de las dependientas de las tiendas, los extravagantes gestos de las manos al hablar y las expresiones faciales dramáticas que aquéllas parecen copiar de las actrices de la televisión y del cine.

Pero Raoul se decía que ninguna actriz, por mucha habilidad que desplegara, por muy consagrada a su trabajo que estuviese, podría haberse identificado tan completamente con un papel. Se podía comprender aquello tan sólo aceptando la posibilidad de que Francisca se había convertido enteramente en otra persona. Era como si los treinta puntos máximos del cociente de inteligencia y el máximo segmento del cociente emocional hubieran sido cortados. La trivialidad de la vida la satisfacía por completo. Tenía la inmutable animación y buen humor que se dice que puede esperarse como resultado cuando uno lleva a buen término, con éxito, una operación de cerebro, para curar una neurosis de ansiedad que no responde a otro tratamiento.

Raoul Kelly notaba la amarga ironía de sus actuales relaciones con ella, y se despreciaba a sí mismo. El Gobierno de Washington había querido emprender unos estudios especiales, una investigación acerca del dinamismo, de la situación de pobreza de América Central y del Sur, de las condiciones de vida en las que germinaban semillas de revolución, de alborotos y de rebeliones.

Pero, con político oportunismo, el Senado había dado muerte al proyecto. Ahora, una importante entidad había tomado en sus manos la estructura de aquel asunto. La base se establecería en California, y habían escrito a Raoul ofreciéndole un cargo de tanta importancia que se quedó sorprendido. Tendría que seleccionar, enseñar y destinar investigadores del campo dirigiendo el análisis de sus informes.

Con objeto de ganar tiempo pidió un plazo para decidirse. Un Raoul Kelly no podía pensar en aceptar aquella posición en el caso de estar casado con la hija de don Esteban Torcedo y, si pudiera haberlo hecho, su esposa habría sido de inapreciable valor para su nueva carrera. Pero, ¿cómo iban a aceptar a un Raoul Kelly casado con una muchacha de servicio, encantadora, desde luego, pero también un poco basta, chillona, trivial y bastante ordinaria? Y sin sentir el menor interés por su trabajo, ni comprenderlo lo más mínimo. Y hablando un inglés con frecuentes giros y frases que harían reír a los empleados de la entidad.

Lo que se preguntaba sin cesar a sí mismo era si la muchacha había llegado a ser menos importante para él ahora que era suya. Y, naturalmente, había también el reverso de la moneda: ¿hasta qué punto había llegado a ser él importante y necesario para ella? Era una cuestión que Francisca soslayaba hasta tal punto que parecía no había comprendido lo que él le preguntaba.

Si no podía dejarla ni llevarla consigo, este punto decisivo de su vida tendría que resolverse por sí solo. Suspiraba por una posición importante, pero era lo suficientemente objetivo acerca de sí mismo para saber que, a pesar de lo mucho que le atraía el asunto, había en esta atracción un poco de vanidad personal. Él era un hombre bajo, algo rechoncho, sólo unas pulgadas más alto que Cisca, y aunque se sentía ágil y fuerte, tenía que luchar contra una innata tendencia a adquirir peso. Su cara era una de las más corrientes de procedencia latina, mezcla de las razas del Caribe, morena, de piel tosca y llena de granos, nariz ancha, pómulos salientes, ojos oscuros provistos de largas pestañas y cabello también oscuro, que empezaba a escasear. Cubría todo su cuerpo un vello negro y rizado. Tenía los hombros gruesos, y sus manos acusaban las líneas y el contorno de las manos de los obreros, a pesar de su profesión de periodista. La vulgaridad de su aspecto era una ventaja para su

trabajo. En las cantinas de los trabajadores lo aceptaban en seguida y le contaban cosas que a otras personas no se las habrían dicho.

Pero él sabía muy bien cuál sería, inevitablemente, el aspecto del futuro Raoul Kelly: el de un hombre bajo, grueso y calvo, que habría alcanzado una reputación profesional o se encontraría entre otros muchos que tendrían sus mismas aspiraciones y que se sentarían, en pequeños cafés, a beber tazas de café negro y espeso haciendo proyectos imposibles para restaurar el antiguo orden de cosas, sabiendo, aunque sin admitirlo nunca, que se hallaban cogidos en una trampa, en uno de los pequeños remolinos que aparecían cuando el peso brutal de la Historia se precipitaba sobre ellos.

Cisca decía:

—¿No te parece extraño? La señora Harkinson, al principio de trabajar yo aquí, parecía ansiosa de enredarse con hombres de dinero y de importancia, amigos del viejo político que la protegió, le construyó esta casa tan bonita y se murió. No encontraba ningún nuevo amigo importante. Y, naturalmente, ya no es una chica joven y se comprende el asunto con el capitán. Es un hombre maduro, fuerte, guapo, toscamente guapo. Era para ella una diversión, algo *que* empezó antes de que descubriera que ya no podía tener el barco que el senador le regaló, después de lo cual lo vendió. Ha domesticado al capitán Staniker, así es que viene cuando ella lo llama y se va cuando se lo ordena. Al principio, gritaban, y, a veces, él le pegaba. Después, mostró muchos deseos de dar gusto en todo a la señora Harkinson. Pero ahora, ¿por qué se ha de divertir ella con ese Oliver? Su capitán se ha ido… hace más de tres semanas. Ella se gasta el dinero en las lecciones de navegación que le da ese chico. Te digo, querido, que en este mundo se hacen pocas cosas sin una intención determinada. Y que la Harkinson debería ocuparse en buscar un protector. Han desaparecido el yate y las pieles, y también muchas joyas. A veces, no me paga hasta que puede vender algo. En estas ocasiones parece estar muy nerviosa y se muestra furiosa y muy irritada. Ahora está también nerviosa, pero muy alegre. Yo no lo comprendo.

Se dirigió a la puerta del apartamento, la abrió y entró, deteniéndose para sujetarla a fin de que entrase también Raoul. El arquitecto contratado por el senador había limitado el lujo para la

casa principal. El pequeño apartamento que se hallaba sobre el garaje era una especie de derivación de un «motel», con muebles de fórmica, instalaciones y aperturas de tipo corriente, mano de obra muy tosca y suelo de madera. Francisca se sentó en un extremo del diván sobre sus esbeltas piernas, que mantenía encogidas bajo el peso de su cuerpo, se quitó las sandalias y las tiró al suelo, con el entrecejo aún ligeramente fruncido, como si aún estuviera intentando comprender la conducta de Crissy Harkinson.

Raoul entró en la diminuta cocina, sacó de la nevera dos botellas de cerveza, las abrió, volvió al lado de su amiga y le ofreció una diciendo:

—Quizás ha aceptado a ese chico joven para no pensar en Staniker y no estar preocupada a causa de él.

—No. No creo que sea ésa la explicación. Desde que el capitán se fue la he visto cada vez más agitada. Paseaba por la casa sin descanso, aparecía de pronto para decirme que hiciera cosas que no hacían ninguna falta… Si me despertaba en mitad de la noche, a veces veía que, en la casa grande, estaban encendidas las luces. Fumaba mucho, se irritaba por cosas que no tenían ninguna importancia. Por fin, el domingo pasado, cuando se estaba poniendo verdaderamente imposible, llegó la noticia de que el barco de Texas se había perdido y entonces me dijo que estaba preocupadísima por el capitán Staniker. Pero ¿qué hacía ella mientras tanto? Estaba aún nerviosa, pero se paseaba tarareando canciones, me dirigía sonrisas y me trataba con amabilidad. Entonces empezó con ese asunto de las lecciones de navegación, en la barca de alquiler. Ahora vuelve a mostrarse preocupada, un poco más cada día.

Raoul se sentó en el otro extremo del diván.

—Querida mía, no sabía que te interesara tanto esa mujer.

—¿Cómo no va interesarme? Vivimos aquí las dos solas, ¿no? Dos mujeres solas. La examino y la analizo. Quizá todo esto es… como las aventuras de las mujeres de la Televisión. Pero aquéllas son mujeres buenas que están pasando algún apuro, o que tienen preocupaciones. Ésta tiene la preocupación del dinero y si no pone remedio a lo que pasa, tal vez la casa se hunda, y con ella mi trabajo. Ella tal vez sabe que voy siguiendo su vida como si fuera un programa de la Televisión, pero no que la analizo tanto. O quizá no lo sabe. Me cree una estúpida, una burra, *de veras*[7]. Me pregunta

por ti. La intrigaría que un periodista importante se viera con su muchacha, así es que le he dicho que eras cocinero en un pequeño restaurante cubano. He inventado otros amigos y le he dicho que me visitan como tú. Lo he hecho porque no quiero que se meta en mi vida privada. Quizás eso sea una manera de ocultarse. Naturalmente, ella también se esconde de mí.

—Todos ocultamos algo —dijo Raoul con tanta indiferencia y naturalidad como le fue posible.

—¿Y qué es lo que tú ocultas, *señor*[8]? —inquirió Francisca con una expresión de coqueteo.

—Mis proyectos respecto a ti y a mí, *chica*[9].

—Tú me dijiste que si ella no me necesitaba, iríamos a aquel sitio de Fort Lauderdale donde sirven comida de Hawai. ¿Ahora no quieres ir?

Tenía el aspecto de una niña inquieta y decepcionada.

—No hablo de los proyectos para esta noche, sino de casarnos y marcharnos a California a trabajar en ese empleo que me han ofrecido.

¡Oh! ¿No te parece que yo estaría mejor con tacones altos en aquel sitio tan elegante, Raoul?

El muchacho se cambió de sitio en el diván, dejó en el suelo la botella vacía de cerveza, puso las manos sobre los hombros de su amiga, la sujetó fuertemente y le dio una ligera sacudida.

—Hablo de casarnos, Cisca. De ser marido y mujer. Juramento solemne, casa, niños…

¡Oh, no me preocupa casarme!

Él la volvió a sacudir ligeramente.

—¡Pero a mí sí me preocupa casarme contigo!

Francisca se quedó absolutamente inmóvil, como Raoul no la había visto durante muchas semanas. Tenía los labios exangües y miraba fijamente a lo lejos. Él la soltó. Esperaba oírle decir, como otras veces, que le dolía la cabeza, que no se encontraba bien, que se marchara, por favor.

Pero en vez de esto, Francisca murmuró:

—No soy la mujer con quien tú te casarías.

—¿Por qué no?

—Porque uno no se casa con mujeres de esta clase. Ahora quizá tú te…

Raoul se levantó y repuso rápidamente cogiéndole las manos:

—Ponte tacones altos, *almita*[10]. Te darán más la sensación de que estás en una fiesta… Y te beberás uno de esos enormes vasos de ron y te animarás mucho. ¿De acuerdo?

Vio cómo la inmovilidad de aquel rostro iba desapareciendo lentamente, mientras fijaba los ojos en él con una mirada alegre y maliciosa.

—¡Los zapatos encarnados! ¡Los zapatos encarnados! —gritó.

Y salió corriendo para ponérselos.

Más tarde, en el coche de Raoul, camino de Lauderdale, se acercó más a él, culebreando sobre el asiento, y le dijo:

—He de confesarte una cosa. Cuando hablo de la señora Harkinson invento novelas para hacerlo todo más igual a lo que veo en la Televisión. Las invento sobre todo cuando estoy planchando. Cuando no pienso en lo que están haciendo las manos. He imaginado que todo ese asunto del capitán es una especie de conspiración. Lo tenían todo arreglado entre ellos dos para que el yate desapareciese, y cuando por fin pasó así, ella estaba muy contenta porque el plan iba saliendo adelante. Y habría dinero, de una manera o de otra porque es el dinero lo que la preocupa tanto. Pero tienes que ayudarme a sacar adelante la novela porque se está poniendo demasiado difícil.

—¿Qué quieres decir?

—En el periódico del lunes venía el retrato del señor Kayd. ¡Oh, es un hombre muy importante! Vi el retrato y reconocí a un hombre al que había visto visitando a mi señora. Es una persona de esas que no se olvidan fácilmente, un verdadero gigante, con una gran cabezota afeitada y una risa muy sonora, un hombre alto y fornido, pero no gordo. Tiene unos cincuenta años. Lleva un sombrero blanco, de vaquero, botas con hebillas de plata, y tiene aire de persona importante. Venía con él un chico joven, que conducía un coche muy lujoso, al que se quedó dando brillo mientras el señor alto y fuerte visitaba a mi señora. Estuvo de visita una hora, y los dos tomaron juntos unas copas y charlaron. La risa del hombre resonaba por toda la casa. Por lo que pude oír por casualidad, había sido amigo del senador Fontaine y la había conocido en vida de él cuando él la visitaba aquí. Mi señora sacó las botellas más caras y me hizo preparar algunas tapas para ir tomándolas mientras bebían.

Cuando se las llevé, los dos hablaban en voz bastante baja y se callaron al verme entrar. Ella me dio las gracias y me dijo que no me necesitaría y que podía volver a mi cuarto hasta que me llamase.

Cuando aquel hombre se fue, no me llamó. Era el último día de marzo. Estoy segura.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

—Que busques el medio de meter en la historia al señor Kayd, como en la Televisión.

—Veamos… Staniker conoce muy bien las Bahamas. Dice a Crissy Harkinson que sabe dónde está el tesoro escondido, pero que si lo va a buscar tiene que dar una gran parte a la Corona. No puede financiar la aventura. Pero ella tiene un amigo rico, de Texas, que es propietario de un barco grande. El amigo llega en avión y habla con ella. Después, hace tres semanas, llega aquí en el barco, toma a Staniker como capitán y van en busca del tesoro. Tan pronto como lo encuentran, se largan. Pierden contacto con la costa. Esconden el barco en alguna estrecha hendidura de la isla y lo cubren por completo con ramas de árbol. Entonces, llevan allí el tesoro.

—¿Y qué pasará? —preguntó Francisca, casi sin aliento.

—Deja que lo piense… ¡Ah, sí, claro! Cuando tienen el tesoro, no se atreven a sacarlo de la isla en el barco de Kayd. Tenían también escondida una barca de vela, y Mrs. Harkinson y Oliver irán allí a escondidas y lo traerán en la barca.

Francisca apoyó la mejilla en el hombro de su amigo.

¡Qué listo, que listísimo eres, Raoul Kelleeeee! ¡Tesoro! ¡Misterio! ¡Oscuras maquinaciones!

Soltó la dura y corta carcajada, semejante a un aullido, que precedía tan a menudo los poco frecuentes experimentos que hacía con el inglés aprendido en el café de Homestead y añadió alegremente en esa lengua:

¡Eres un bandido de m…!

Raoul dio un respingo preguntándose si la muchacha tendría alguna idea de lo que acababa de decir.

Capítulo VII

Aquel lunes por la mañana, después de haberse hecho pública la desaparición del yate, dos hombres se hallaban sentados en un despacho de un segundo piso de Brownsville, en un jaspeado edificio de viejo estuco situado tan sólo a dos manzanas del antiguo puente que conduce a Matamoros, a través de Río Bravo. Las ventanas del despacho daban a una calle angosta en la que se iba concentrando cada vez con más intensidad el calor propio de la mañana. En la vieja ventana, el ruidoso compresor producía una resonancia irregular en el aparato acondicionador del aire y en el cristal de la ventana, una resonancia que se alzaba y se apagaba como el ruido de unos motores que no sincronizan.

Los muebles de madera corriente, macizos, estaban agrietados, llenos de quemaduras de cigarrillos y cigarros. Sólo las cajas de archivos tenían aspecto de nuevas. Había tres, alineadas contra una pared, gruesas, de color gris, de materia resistente al fuego, con cerradura combinada. Debajo del despacho se abría una pequeña tienda de comestibles, con un bar especializado en comida mejicana y en cerveza del mismo país. El tocadiscos estaba puesto siempre muy alto, pero, por encima del sonido del aparato acondicionador del aire, sólo podía oírse el repetido golpeteo del bajo profundo.

La muchacha llamó a la puerta con los nudillos y entró, desde el despacho exterior, sin esperar contestación a su llamada. Traía unas cartas, y las dejó silenciosamente delante del más viejo de los dos hombres que estaban sentados detrás de la mesa-escritorio. Él las leyó lenta y cuidadosamente, moviendo los labios, antes de firmarlas. Llevaba un sombrero de paja, de ranchero, echado hacia atrás sobre el revuelto y desaliñado cabello blanco. Su bigote, grueso y también despeinado, era blanco cerca de las peludas ventanillas de la nariz y tenía un matiz amarillento junto a los labios. Llevaba una camisa caqui tan sudada que en los sobacos se le habían formado unas manchas blancuzcas.

En la fresca atmósfera del despacho podía percibirse el rancio

tufo que despedía aquel hombre.

Firmó la última carta, y la frágil muchacha las recogió mientras él volvía a retreparse en su sillón.

—Francie —dijo—, vaya al Palacio de Justicia y traiga los dos certificados notariales que necesita ese hombre de Tulsa.

—Podría llevarme las escrituras, juez, y echarlas al correo desde allí.

—Hágalo, Francie. Y deje abierta la puerta para que veamos a Sam Boylston cuando llegue.

La muchacha hizo un gesto de aquiescencia y mientras se volvía para salir dirigió a Tom Dorra una mirada de soslayo larga y especulativa. Tom Dorra le miró las caderas y las piernas mientras ella salía. Empequeñecía el sillón de roble en que estaba tumbado. Era un hombre lo suficientemente alto y corpulento para que se le mirase al pasar por la calle. Medía seis pies y cinco pulgadas y tenía la anchura de un hombre y medio. Había que añadir, a su altura, casi otro pie, a causa de los tacones de sus botas de vaquero y de la alta copa de su sombrero «Stetson», Tenía la mitad de los años del juez Billy Alwerd. Su piel tenía casi el mismo matiz tostado que la de éste, pero mientras la del juez parecía muy seca, la de Tom Dorra era grasienta. La hebilla de su cinturón consistía en media libra de plata mejicana ornamentada.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Francie, Tom Dorra dijo perezosamente:

—Tu Francie se está timando conmigo, Billy, y aunque no tiene más posaderas que Fred Astaire, la voy a llevar sencillamente al «Motel Orange Tree» para darle, allí un recadito.

El juez bostezó.

—No te metas con ella, Tom. Necesito que tenga la cabeza en el trabajo y que no ande tonteando por ahí. Después de morir Milly, tuve que probar cuatro secretarias antes de encontrar a Francie. No es como Milly, Dios lo sabe, pero le sigue las huellas. Vuelve a lo que empezabas a decirme cuando entró.

—¡Oh! Ésta es la manera como yo veo el asunto, el motivo de que Boylston quiera vernos a los dos a la vez. Calcula que Bix Kayd le metió también en ello. Bix no nos dijo que él estaba metido, pero a Boylston sí le dijo que lo estábamos nosotros. Lo que ha pasado lo ha puesto un poco nervioso y quiere saber qué pensamos hacer.

El juez Billy movió despectivamente la cabeza.

—Esta manera de pensar es el mejor motivo que tienes para consultarlo todo conmigo, Tom. En primer lugar, el joven Sam no tiene habilidad para las cosas difíciles, y por esto dejó de trabajar para Bix. Sabía que si no estaba enterado de toda la historia y las cosas se ponían feas, tendría que pasar bastante tiempo explicándolo todo en el tribunal de impuestos. En segundo lugar, esto significa que Bix no querría pedir a Boylston que se metiera en nada, porque lo que le gusta a Bix es tener a la gente puesta en fila y suspirando porque les permita ayudarle a enriquecerse. En tercer lugar, ese joven Boylston se comporta con habilidad y no «necesita», en realidad, trabajar en la pequeña comedia de un pez gordo cuando puede, del mismo modo, coger una comedia grande de un pez pequeño y dirigir él mismo el espectáculo.

—¿Pero él no te había dicho por teléfono que se trataba de Bix?

—Él, desde luego, ha olido algo, ha calculado que tú y yo estábamos metidos en ello esta vez y quiere saber qué demonios pasa porque su hermanita va en ese barco. O tal vez lo has olvidado.

—¿Crees que deberíamos decirle algo?

El juez se mordió el bigote.

—Me parece que voy a esperar que se acerque a nosotros y entonces decidiré lo que haremos. Una cosa de la que tenemos que acordarnos es de que ese Sam no pesa ahora ni un comino, pero que si sigue así, dentro de unos años tal vez podríamos necesitar que nos hiciera un favor.

Tom Dorra permaneció impasible.

—Yo, desde luego, espero y creo que Bix no ha descuidado nada. Con esto, yo podría pasar algún tiempo. Y dime, Billy, ¿por qué demonios el viejo Bix ha tenido que convertirlo todo en un juego haciendo que la cosa parezca un crucero de familia cuando Dios sabe que podía haber tomado el avión y haberlo arreglado todo en cuatro o cinco días?

El juez cogió del cajón superior de la mesa un cigarro medio comido, le arrancó, de un mordisco, un pedacito y se puso a masticarlo lentamente.

—Ya sabes cómo es Bixby Kayd. No le gusta que las cosas parezcan lo que realmente son. Quiere que el mundo entero se

pregunte qué se trae entre manos y haga toda clase de suposiciones acerca de ello. Además, que lleve allí su barco facilita, en cierto modo, el problema del transporte. Y el retraso haría que todos aquellos ingleses estuvieran más dispuestos a entrar en tratos. Y más aún, estar allí así le daría la oportunidad de pensar un poco en cómo habría que manejar todo el asunto ahora que lo ha cogido en sus manos. A Bix le gusta mucho aparentar, pero todos sabemos que no es un tonto.

Miró a Tom.

—¿Duermes o estás despierto?

—¿Eh? Sí, he oído lo que me has dicho. Pero estaba pensando en la única vez que he visto a esa Leila Boylston. Fue hace unos cuatro años, así es que ella debería de tener, más o menos, quince. Wally y yo habíamos volado al banquete de Ritchie para buscar un pura-sangre y esa Leila estaba allí visitando a la hija menor de Ritchie. La pequeña vino a caballo con nosotros cuando fuimos a echar un vistazo. Montaba muy bien un caballo ruano, y ¡maldita sea, juez!, iba vestida como para un desfile de modelos, con unos pantalones de montar blancos, tan ajustados que podría haberse metido dentro una moneda de diez centavos y adivinar de qué presidente era el retrato. Ahora bien, un galope era algo muy interesante y un medio galope algo digno de verse, pero cuando aquel caballo ruano iba despacio, con aquella chiquilla sobre el lomo, se balanceaba hacia atrás y hacia delante tan dulcemente que yo hubiera podido caer de mi montura como dos y dos son cuatro y quedar sobre el césped gritando y pataleando. A aquel caballo ruano le gustaba ir delante, y te digo que Leila era la flor y nata de las amazonas. Allí no les gusta eso. Te juro que si nos hubiéramos quedado allí un día más, habría cogido a la muchacha debajo del brazo, me la habría llevado a algún sitio para mí solo, y nadie habría vuelto a vernos.

El juez Alwerd suspiró y escupió en su papelera de metal.

—Mira, gran Tom, un día te darás cuenta de cómo apacigua y tranquiliza a un hombre dejar atrás esa condenada época de la vida.

—A mí me parece demasiado tranquila —dijo Dorra.

El juez Billy movió la cabeza.

—Una chiquilla de quince años que viste una sola vez hace cuatro años… Y te ha seguido intranquilizando hasta hoy. Y ahora das vueltas alrededor de mi Miss Francie. Tú, que tienes siete hijos.

Esto hace que me pregunte si aún puedes dedicar bastante atención a los negocios.

—Mira, Billy, ya sabes que yo…

—Lo que sé es que sería mejor que hablásemos de dinero.

Iba a decir algo más, pero se calló al oír que Francie le avisaba, por medio del aparato de intercomunicación, que Sam Boylston iba a entrar en el despacho.

Cuando se abrió la puerta, Billy Alwerd dijo:

—Entra, Sam. Entra y siéntate. Ya conoces a Toni. Vuelve a cerrar la puerta, si no te importa.

Sam les estrechó la mano y acercó un sillón de roble, colocándolo, más o menos, a la misma distancia de la deteriorada mesa que el que ocupaba Tom. Se enjugó la frente con un pañuelo y dijo:

—La primavera parece empezar un poco más pronto todos los años. Tom, ¿has aumentado de peso?

—No, ni un gramo. Al parecer, lo único que pasa es que siempre parezco más corpulento de lo que me recuerda la gente. Estoy justo por debajo de las doscientas noventa libras, como siempre, Sam.

Hubo un silencio mientras Tom y el juez esperaban que Boylston decidiera cómo entraría en materia. Sam apagó su encendedor, echó una bocanada de humo y dijo:

—Una de las cosas de las que me enteré cuando trabajaba para Bix es que no quiere que su nombre salga en los periódicos. Recuerdo que cuando había jaleo pagaba a un hombre para impedir que le nombraran. Ahora, en cambio, sale en los periódicos, y en primera página y los diarios siguen llamando yate al barco. Bix debería de estar gritando y maldiciendo, preguntándose cuántos policías estarán preguntándose si se le ajustan las cuentas. Pero, volviendo al caso, yo me estaba preguntando, a mi vez, si podía pasar algo lo suficientemente bueno para que a Bix no le importase salir en los periódicos, si fuera necesario.

—Tendría que ser algo bueno de verdad —dijo con suavidad el juez Billy.

—Supongo que lo suficientemente bueno para que usted y Tom se alegrasen de participar en ello, ¿no?

El juez hizo un gesto vago.

—Si fuese algo así…

Sam miró a Tom Dorra.

—Me quedaría tranquilo si supiese que toda esa publicidad era sólo algo que Bix había decidido tolerar. En cuanto a la estancia de Leila con la familia, si hubiera querido demostrarme alguna consideración, habría dejado que me llegase alguna noticia. Pero no es aún demasiado tarde para hacerlo. Es algo que cualquiera podría hacer sin hablar de ninguna otra cosa, ¿no te parece?

—Billy lo dice —dijo Tom.

El juez dio la vuelta a su butaca y quedó sentado frente a la ventana mirando hacia fuera. Después se volvió lentamente.

—Supón que te digo que estamos también sobre ascuas. Tú tienes que saberlo.

—Supongo que sí.

—Lo que tienes que hacer es convencerte de que Tom y yo nos metemos en eso sin hacer ningún aspaviento, únicamente porque tu hermanita esté invitada en ese yate. Esto saca el asunto de la línea de los negocios y lo sitúa en el terreno de la amistad.

—No lo olvidaré.

—Todo ocurrió de la siguiente manera: ya sabes que Bix se había metido en operaciones financieras fuera del país, en la «Sunshine Management, Sociedad Anónima». Había echado el ojo a las Bahamas. Encontró allí un negocio que estaba en apuros, la «Ventures, Sociedad Limitada», establecida en aquel país. Habían querido correr demasiado, adquiriendo demasiada tierra en demasiados sitios, pero uno de los lotes parecía acertado. Ciertas dificultades legales les impedían vender parte de los terrenos de la costa y de las islas para poder ponerse a flote. El caso era que todo estaba comprendido en garantía de la totalidad de los préstamos que habían conseguido, según creo, y se habían empeñado hasta el cuello, sin tener manera de poner en circulación más papel para conseguir el dinero necesario para el desarrollo del asunto. El único medio de salir del enredo era vender todas las obligaciones de una sola vez y en un solo paquete, pagar la deuda y conseguir un sobrante para los accionistas. Once millones y medio era el precio que pedían. Bix ofreció 10.300.000 dólares y decía que aún era demasiado. Había calculado que nueve millones limpios sería la cifra adecuada, pero era acercarse demasiado al punto de peligro, porque a este precio tal vez otros promotores se sentirían

interesados por el asunto. Empezó por olfatear a su alrededor y encontró a un hombre que podía embarullar a toda la junta directiva, o a su mayor parte si encontraba la palanca adecuada para maniobrar. El truco que emplearon fueron 800.000 dólares al contado, pasados de mano a mano por debajo de la mesa. Por esta cantidad, el agente de Bix podría conseguir un voto afirmativo de la junta para aceptar la oferta en efectivo de 8.700.000 dólares que les hacía Bix. Esto sumaba, en total, 9.500.000. Había estado trabajando el asunto durante un año y medio. Todo lo que pudo arañar del dinero a pagar bajo mano fueron 400 dólares de una manera discreta y sin llamar la atención. Así, Tom y yo salimos por 200 dólares cada uno. El propósito de Bix era fatigarlos y ver si podía conseguir que pasaran por menos de los 800 dólares y si era menos lo repartiríamos en la misma proporción. Sam, no hay necesidad de ahondar en la explicación de cómo llegamos a un convenio. Lo arreglamos con Bix, y te digo que todo resultó como para hacer sonreír a cualquiera. Cuando hay riesgo de que algo salga mal y se acude al asunto con el dinero que uno guarda debajo de un ladrillo, uno quisiera que todo saliese a pedir de boca. Considerándolo así, cuando llegaron las noticias Tom y yo empezamos a encontrar dificultades. No tenemos ni un pedazo de escritura que poder mostrar, ni siquiera manera de escribirlo. No es el estilo de Bix actuar descuidadamente con el dinero.

—¡De manera que el *Muñeca* se hizo a la mar llevando a bordo ochocientos mil dólares en efectivo!

—Sí, más de la mitad de ellos en billetes de cien y el resto en billetes de quinientos —dijo Tom Dorra—. Todos ellos en fajos, marcados y empaquetados limpiamente en una maleta. No era una maleta grande, sino sólo un poco mayor que una cartera de documentos. Aquellos muchachos que iban a bordo, los que iban a llevarse el dinero, lo pasarían bien, pero los otros tendrían que sufrir quemaduras, y figúrate qué pasaría si todos se quemasen.

—¿Quién era su enlace?

—Un canadiense llamado Angus Squires —contestó el juez—. Tiene una casa en Freeport y una barraca para pescar, escondida allá lejos, en un lugar de las islas Berry llamado Musket Cay. La cosa es como sigue: Bix había transferido los 8.700.000 dólares a un Banco de Nassau, y tenía en esta población un abogado con poderes

limitados, de procurador, que haría la oferta y cuando estuviese aprobada afirmativamente pagaría con un cheque bancario y se haría dueño del paquete en nombre de la «Sunshine Management, Sociedad Anónima». Squires pediría una reunión extraordinaria de la junta en Nassau. En su camino desde Freeport a Nassau, encontraría a Bix en Musket Cay. Bix le daría algo de dinero en efectivo y le enseñaría el resto. Si todo salía bien, Squires se pararía en el mismo lugar, en su camino de regreso a Freeport, y recogería el resto del dinero, los 800.000 dólares, o lo que Bix estuviese en situación de poder darle. Bix dijo que no iba a apresurar el trato, que navegaría un poco alrededor de las islas, porque cuanto más despacio fuera, más se resentirían Squires y sus compinches. Lo último que supe de él, fue que me llamó por teléfono desde Miami, cuando llegó allí, hace casi un mes.

—¿Quiénes son ese Staniker y su mujer?

—Debe de ser el sujeto a quien recogió en Miami. Dijo que quería contratar a alguien que conociese estas aguas. Bix y su hijo, Roger, fueron a Nassau por el Golfo, desde aquí. Dijo que también quería tomar a bordo una cocinera tan pronto como salieran de los Estados Unidos. Creo que encontró una pareja que le convino. Bix les debía de pagar muy bien, no cabe duda. El caso es, Sam, que no hay absolutamente ningún motivo para que Bix quisiera desaparecer de este modo. El barco es bueno y ofrece garantía de seguridad total y tendría a bordo un sitio seguro para guardar el dinero, pero la existencia de esos 800.000 dólares y que no haya ni rastro del barco es algo que le hace pensar a uno, y hace que lo que come no le siente del todo bien.

—¿Quién es el abogado de Nassau?

—No recuerdo que mencionara ningún nombre.

—¿Qué piensa usted hacer, juez? —preguntó Sam.

Fue Tom Dorra quien contestó.

—Hace poco le decía al juez Billy que si no sabemos nada, dentro de un par de días yo podría ir allí y coger a solas a ese Squires y sacudirle un poco, a ver si suelta algo. Pero Bix no habló como si se tratara de un caso difícil. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a arreglar unas cuantas cosas y marchar allá para ver si hay algo que se pueda hacer y no hayan hecho. Puedo ver a Squires y comunicarles después a ustedes lo que sea.

—Te estaríamos muy agradecidos, Sam —dijo el juez.

—Yo les estoy agradecido de que me hayan dicho lo que pasa.

—Supongo que con esto te ahorraremos mucho trabajo. Estoy seguro de que… todo va como es debido en ese barco. Muchachos, ¿queréis acompañar a un viejo a la calle y tomar con él un tónico para los nervios?

—Muchas gracias, pero preferiría volver a mis asuntos.

—Un tónico para los nervios es lo que más necesito en este momento —dijo Tom levantándose y encasquetándose el sombrero —. Por cierto, Sam, la otra noche estuve hablando con el viejo Goober y me dijo que había visto a Lydia Jean, hacía una semana y que estaba todavía en Corpus. Supongo que su madre debe de pasar una mala temporada, alguna recaída en su enfermedad.

—Es algo que no puede evitarse —repuso Sam.

—Cuidar a un enfermo es algo que cansa mucho. La semana que viene tengo que ir a la reunión general de los labradores y la llamaré por teléfono y trataré de animarla un poco.

—Hazlo —dijo Sam con un tono indiferente.

Se despidió de los amigos y salió. Tom intentó seguir el mismo camino, pero el juez volvió a llamarlo y cerró la puerta del despacho.

—Escucha, ¿qué demonios te proponías al hablarle de Lydia Jean? —le preguntó irritado.

Tom dejó caer su vasta humanidad en una butaca y dijo sonriendo:

—Escucha, Billy… Medio Valley sabe que Lydia Jean se ha separado de él, y, al parecer, no puede convencerla con palabras dulces para que vuelva a su casa. He querido darle algo en que pensar.

—Un pequeño juego, ¿verdad? Algo así como aprender a saltar de un avión sin paracaídas, o coger con los dientes serpientes de cascabel. ¿Por qué eres tan bruto?

Tom Dorra pareció resentido.

—No tienes derecho a hablarme así. Sam Boylston no es más que un niño bonito, uno de esos abogadillos de tres al cuarto.

El juez Billy echó hacia atrás su butaca giratoria y fijó la vista en un punto alto y lejano, al otro extremo de la habitación.

—Llevo aquí mucho tiempo y he visto pasar muchos de esos

abogados. No te impacientes pensando en esa copa que te he ofrecido. Siéntate y escucha. Puede llegar un día en que te sirva de algo lo que te digo. ¿Tienes alguna idea de por qué Lydia Jean se ha ido de su casa? Te diré lo que yo creo. Intenta hacer que su marido afloje un poco el paso, pretende que mire a su alrededor y vea personas en vez de cosas, como dijo no sé quién, quiere que aprenda a detenerse a oler las flores.

—Con toda franqueza, ¿sabes de qué estás hablando, juez?

—No conseguirá nada, naturalmente. No conseguirá nada de Sam Boylston porque Sam está lanzado a toda marcha. No puede pararse. No se parará. Le asusta pararse. Así son los grandes de la vida. Él no es, aún, verdaderamente grande. Pero va tan de prisa como no se ha visto nunca. Dentro de veinte años, cuando tenga, aproximadamente, la edad que tiene ahora Bix, ponlos el uno al lado del otro. Bix Kayd es una mercancía sin valor, una especie de payaso. En cambio, en Sam se adivinan poder y fuerza. Tiene mucha calma, lo oye todo, lo ve todo, y todo lo va almacenando. Cuando le has hablado de Lydia Jean, he visto en sus ojos, al mirarte, algo con lo que yo no bromearía.

—Me estás asustando.

—Yo no viviré lo suficiente para ver lo grande que se habrá hecho. Llegará a ser dueño del Valley entero, sólo como primer paso. ¡Oh, no con escrituras y títulos de propiedad! Pero no habrá nadie que posea tierras de gran valor que sea lo suficientemente estúpido para ponerse a mal con él. Lo que él quiere que se haga, se hace. Y ten la seguridad de que hoy ha quedado grabado para siempre en su cerebro el recuerdo de lo que le has hecho. No irá detrás de ti sólo para darse un gusto. No puede desperdiciar el tiempo así. Pero un día podrá ver dinero pasando sobre ti, y entonces no pasará por tu lado dando un rodeo, sino que pasará sobre ti pisoteándote y no serás para él una persona, porque para él nadie vale nada, excepto él mismo. Si yo estuviera en tu pellejo empezaría a pensar en la manera de venderlo todo y marcharme lo suficientemente lejos para evitar que un día pueda cruzarse en mi camino.

—¿Qué estás diciendo, Billy? La tierra que mi abuelo compró está en medio de mis posesiones. Tengo amigos verdaderos en seis condados. Boylston no podrá hacerme nunca nada. Un abogadillo

como ése, ¿qué ha de poder hacerme?

—Lydia Jean podrá tal vez conseguir que afloje un poco durante algún tiempo, pero después irá más de prisa que nunca. Es como cualquier otra persona, pero no le detiene nada ni nadie. Dios sabe que no tengo mucho dinero, pero lo que tengo me hace aún menos importante de lo que podría haber sido. Tú tienes mucho más que yo. Pero si Sam Boylston pudiera ganar algo friéndote en aceite, atizaría el fuego, y luego recogería la grasa en un cubo y se la llevaría. Me apena pensar que eres el último Dorra que poseerá tierras en este Condado, pero sé que Sam me destruirá, lo mismo que a ti, si sigo a tu lado… Así, pues, Tom, hemos terminado de beber juntos, y es ya hora de que empecemos a dar fin a todos los asuntos que tenemos entre manos. Empecemos a buscar alguien que nos compre este asunto y nos lo pague bien.

—¡Debes de estar bromeando, Billy! Tu viejo cerebro está invadido por la niebla. Ahora tengo un caso malo. Haz lo que dices, y me quitarás de las manos un asunto de categoría, y lo sabes de sobra… Siempre hemos sido buenos amigos.

El juez Billy parpadeó, sonriendo como podría sonreír un lagarto que tomara el sol sobre una roca.

—Ahora es demasiado peligroso ser amigo tuyo. Coge todo lo que quieras coger en tus manos. Yo levantaré hipotecas y te las descontaré después. Pero seguiremos el camino separados.

Tom se levantó, se acercó a la mesa y rugió:

—¡Hazme esto y te romperé el espinazo, viejo!

—Haré lo que te digo. Y tú no harás lo que acabas de decir —dijo riéndose con una risa que parecía un cloqueo—. En cierto modo, lo que te pasa es obra de Sam Boylston. Lo has molestado hablándole de su mujer, y ahora estás leproso en cuestiones financieras. No te metas con Francie al salir, ¿me oyes?

Cuando Sam volvió a su despacho, encontró una nota comunicándole que su mujer le había telefoneado. Él la llamó entonces, sabiendo que la llamada de ella habría sido para preguntarle si sabía algo de Leila y qué pensaba hacer. Él le dijo que no sabía nada y que había decidido ir a las Bahamas el día siguiente por la tarde. Cuando su mujer le preguntó por Jonathan,

Sam le dijo que tal vez ya estaba en Nassau y que, en todo caso, estaría ciertamente allí cuando él llegase.

—Como Lydia Jean guardara silencio, Sam le preguntó:

—¿No vas a decirlo?

—¿A decir qué, querido?

—Que si no fuera por mí, Leila no se habría embarcado en ese yate.

—No tienes por qué reprochártelo, Sam. No podías saber lo que iba a pasar. ¿Y por qué crees que yo diría una cosa así en un momento como éste? ¿Te figuras que ando buscando ocasiones de mostrarme desagradable?

—No sé qué creer de ti, Lyd. No sé cuánto resentimiento me guardas. Debes de guardarme algo, ¿no crees? Porque si no fuera así, estarías ahora en la casa que es tu hogar.

—No es ésa la actitud que puede hacerme volver a ella apresuradamente.

—Supongo que debería acostumbrarme a tu nuevo método. Diga lo que diga, siempre es una equivocación.

Su largo suspiro se oyó al otro extremo del hilo del teléfono.

—Querido, volvamos a empezar esta conversación. Los dos queremos a Leila. Los dos estamos muy preocupados por ella. Me alegraría mucho que me comunicaras todo lo que puedas averiguar. Espero que todo se arregle y que Leila esté sana y salva. Y por favor, no quieras empezar a correr riesgos en ese asunto, como volar hacia allí en un avión pequeño, con mal tiempo, para ir en su busca.

—Quiero asegurarme de que hacen todo lo posible.

—Por favor, sé amable con Jonathan.

—¡Por amor de Dios, Lydia Jean!

—No intentes dejarlo aparte. Está tan preocupado como puedas estarlo tú.

—No me gusta dejar aparte a la gente.

—¡Qué conversaciones tan agradables tenemos! ¿No te parece, Sam?

—Probemos *otro tema*. Un antiguo amigo tuyo intentará verte la semana que viene.

—¿De veras? ¿Quién?

—Tenía el proyecto de ir a verte. Y disfrutaba con la idea. Tal

vez puedas explicarle tus preocupaciones.

—¿De quién estás hablando?

—Del gran Tom Dorra.

—¡Maldito seas, Sam!

—¿He dicho algo malo?

—No es amigo mío, y lo sabes bien. ¿Crees de veras que le hablaría, *a él*, de nuestras cosas? Me es físicamente repulsivo. Parece estar untado con manteca. Y está convencidísimo de que es un regalo de Dios para las mujeres.

—Eres un auténtico blanco de tiro, Lyd. Te convertiste en blanco al dejarme y tienes que aceptar como algo inevitable que los Tom Dorras te ronden. Y yo no puedo hacer absolutamente nada para evitarlo.

—¿Crees que soy incapaz de hacer frente a la situación?

—¿Y qué importancia tiene eso? Tom responderá con un guiño y una risita a todos los que le pregunten si te vio cuando estuvo en Corpus.

—¿De manera que lo que crean los tontos es más importante para ti que lo que sabes que es verdad?

—Muchas cosas que creí que eran verdad han resultado no serlo tanto como creía.

—Bueno, ¿entonces he de volver a casa sólo para impedir que creas lo que no es cierto?

—Querida mía, no suelo equivocarme. Algún día, Tom Dorra firmará un certificado atestiguándolo, si alguien se lo pregunta. Bien, ¿qué pasa ahora?

—Estoy llorando. ¿Me das permiso para llorar?

—¡Por amor de…!

—No quiero estropear la imagen que me he hecho de Sam Boylston. ¡Oh, Dios mío, la última vez que hablamos creí que, por fin, llegábamos a alguna parte!

—El día que me digas con toda exactitud hacia dónde vamos a ir, nos pondremos en camino hacia allá. Intenta escribirlo. Puede serte de algún alivio.

—Buena suerte en lo que concierne a Leila.

—Gracias por haberme llamado.

—De nada —contestó Lydia Jean colgando el teléfono.

Permaneció unos segundos inmóvil, sumido en sus

pensamientos. Después cogió el micrófono de mano, oprimió el botón del dictado y se puso a despachar el montón de correspondencia que tenía sobre la mesa del despacho. Como no acertaba con las palabras, echó a Lydia y a Leila al armario de los pensamientos, en el último rincón de su mente, y cerró las puertas que las aislarían por completo hasta que él terminara su trabajo y pudiera prestarles otra vez atención.

Capítulo VIII

La mañana siguiente del día en que llevó por vez primera a su cama a Oliver Akard, el muchacho de la barca, Crissy Harkinson se levantó un poco antes del mediodía. El doble espesor de las cortinas mantenía la habitación en una suave penumbra. Había desconectado el teléfono de la cabecera de la cama y, en cuanto a la pequeña criada cubana, le había enseñado, desde hacía mucho tiempo, a trabajar en silencio hasta que ella la llamase, desde su dormitorio, para que le sirviera el café.

Crissy recordó que la última mirada a la luminosa esfera del reloj de la radio, inmediatamente después de haberse marchado el muchacho, le había hecho saber que eran las cuatro de la madrugada.

Atravesó, trabajosa y pesadamente, el tocador y entró en el cuarto de baño, pulsó el silencioso conmutador de la electricidad y cuando las crueles luces fluctuaron y acabaron encendiéndose se contempló fijamente en el espejo con una mirada burlona y despiadada. Miró el enmarañado cabello, las profundas ojeras que el cansancio hacía aparecer bajo los ojos, la piel floja de la cara bronceada por el sol y la boca pálida e hinchada como la pulpa de un fruto. Sentía el cuerpo fatigado, forzado, derrengado. «Señora mía —se dijo a sí misma—, retozar de esta manera a los treinta y seis años quiere lo suyo, y *él* está en una edad difícil de contentar. Me ha costado lo mío fingir esos veintiocho años que por fuerza he de hacerle creer que tengo».

Empezó tomando una tableta de anfetamina, tomó luego una larga ducha caliente que terminó con otra fría y rápida. Después, se dio unas lociones astringentes y una crema para suavizar el cutis poniendo mucho cuidado en el maquillaje de los ojos e incluyendo las gotas mágicas que los hacían brillar con una imitación de juventud. La anfetamina había empezado a hacerle efecto levantándole el ánimo y disipando el cansancio que parecía llegarle hasta los huesos y después de haberse cepillado el cabello reseco

dándole el peinado descuidado y juvenil que aquel año le parecía lo más favorecedor, escogió y se puso una bata ajustada de un azul plateado y pálido con un adorno de encaje, igualmente alborotado y juvenil, en la garganta. Se volvió a un lado y a otro alisándose el tejido sobre las caderas con el dorso de las manos, se acercó un poco más al espejo y se obsequió a sí misma con lo que ella llamaba su sonrisa «Doris Day».

—No estás mal, niña —murmuró.

Fue al aparato de intercomunicación que había en el dormitorio y oprimió la palanca:

—Francisca…

Oyó los pasos rápidos y ligeros de la muchacha al acercarse al aparato y, luego, la alegre voz del primer saludo del día.

—Haz el favor de exprimir tres o cuatro naranjas grandes y lléname un vaso alto. Y tráeme también el café.

Se acercó a las cortinas y tiró de los cordones haciendo que penetrara la luz de aquel día espléndido en el dormitorio. Se inclinó luego sobre la ancha y baja cama, recogió en un montón las sábanas de color amarillo pálido, que estaban muy revueltas, y las metió en el cesto de la ropa sucia. Abrió el armario de la ropa blanca, escogió unas sábanas de color verde pálido, con las fundas de almohada correspondientes y las echó sobre la cama para que Francisca la hiciera. Recogió, de encima de la alfombrilla que había junto al lecho, la túnica a franjas blancas y anaranjadas, la sacudió, pensó con amargura que aquella vez no le había servido de mucho, la llevó al cuarto de vestir y la colgó cuidadosamente en el armario.

Cuando Francisca entró con la bandeja después de haber llamado a la puerta, Crissy Harkinson se dirigió hacia su otomana, se sentó, hizo a la muchacha una sonrisa maquinal, cogió la bandeja y se la puso sobre las rodillas.

—Han venido para algo de una escuela —le dijo Francisca—. Unas niñas que iban en bicicleta. Venden billetes para enviar música a alguna parte. Les he dado un dólar del dinero de la caja. ¿He hecho bien?

Después de una pausa durante la cual intentó comprender lo que le decía la muchacha con su complicada pronunciación, Crissy contestó:

—Muy bien, querida. ¿Quieres hacer ahora la cama?

Desdobló el periódico de la mañana. Era viernes. El viernes 20 de mayo. El corazón le dio un vuelco y, por un momento, casi se encontró mal. Aquello estaba empezando a ser demasiado largo. Garry había supuesto que podía durar dos días, seguramente no más de cuatro. «¡Dios! Si, de una manera o de otra, la cosa ha salido mal, la gran oportunidad ha pasado, muchacha. Los años te llevan por un camino desagradable. Si a Garry se le ha estropeado todo, tendrás que volver a sudar en cualquiera de los otros asuntos, todos ellos malos. Te queda sólo entre manos una cosa importante y es esta casa, y si la vendes podrás escoger entre tres cosas: vivir de la manera que te gusta vivir con el dinero que saques, que te durará tal vez cuatro años, y entonces tendrás cuarenta y podrás decidir si te tomas un tubo de barbitúrico o si te decides por coger un empleo y meterte en una habitación tosca y pequeña con los pies doloridos por estar todo el día de pie tras un mostrador; o bien hacer una inversión con el dinero y conseguir una pequeña renta vitalicia, yendo a ver si alguna de las antiguas amistades sigue aún en el negocio y, por compasión o por sentimentalismo, le hace un poco de sitio en el circuito a una antigua buscona que tiempo atrás fue de primera categoría y que se retiró hace unos años a requerimiento de Ferris Fontaine, senador del Estado; o bien, tercera posibilidad, coger el dinero de la venta de la casa y disfrazarse de viuda trágica y joven, en buena situación económica, recatada como una ursulina, que visita Hawaii, o Acapulco, o cualquier otro maldito lugar para tratar de distraerse y mitigar su pena, y luego escoge entre sus posibilidades y apunta a algún viejo majadero, con la cartera bien repleta y lo precipita hacia el matrimonio esperando que no tenga el corazón demasiado sano y cabal. Pero ¿qué pasará entonces si el palomo resulta ser lo suficientemente sagaz y prudente para averiguar antes todos tus pormenores? ¿Y si también él representa una comedia y, en realidad, tiene tan poco dinero como tú? ¿Y si vive otros veinticinco años y cuando tú consigues lo que buscabas, la libertad total y la entera seguridad que has deseado toda la vida, tienes ya más de sesenta largos años?».

No. Garry Staniker había triunfado en el asunto que llevaba entre manos. Era el único medio de que las cosas salieran como debían salir. En realidad, el senador no había querido engañarla ni defraudarla. Crissy sabía que ella era, probablemente, el único

juguete que aquel viejo se había comprado en toda su sórdida vida de avaro, la única vez que había gastado dinero en proporcionarse un placer. Pero también logró que aquella inversión le produjese una buena utilidad durante siete largos años. El dinero se gasta en lo que es importante. Crissy recordaba lo extraño que le había parecido, cuando se conocieron, que aquel viejo que tenía tanto poder y tanta influencia se mostrara tan tímido y se disculpase tanto.

Fue uno de esos contratos para pasar un largo fin de semana. Como respuesta a una petición, fueron enviadas seis muchachas a Key West donde un contratista tenía una gran casa rodeada de una valla de piedra y había proyectado en ella una fiesta o reunión de carácter especial con la idea de ablandar a algunos políticos que estaban en situación de hacerle algunos favores. Cada una de las muchachas recibiría trescientos dólares después de cumplir su cometido y esto era más de lo que podía soñarse durante la temporada floja. Hubo champaña helado en el avión de la compañía que las transportó a su destino, de manera que al aterrizar todas las muchachas estaban en buena disposición de ánimo para divertirse.

Cuando se hizo la elección, Crissy le correspondió a Fontaine, y recordaba que, para la mujer de veintisiete años que era ella entonces, aquel hombre le había parecido más viejo que Matusalén, aunque más tarde supo que contaba sesenta y un años. Pero a medida que lo fue tratando, lo encontró divertido, agradable y de carácter dulce. Era muy cortés, a la antigua usanza. Cuando se quedaron solos fue cuando se volvió muy tímido y adoptó una actitud extraña y chocante. Crissy comprendió, por lo que él dijo, que no habría ninguna diferencia en la retribución y que haría creer a sus amigos que ella estaba cumpliendo con lo estipulado como se esperaba, pero que lo convenido no era posible y que no quería hablar más de aquello.

En la habitación que les dieron había una sola cama, de matrimonio, con una gran cabecera labrada, de estilo español. Cuando apagaron la luz, Crissy le hizo hablar de nuevo y él le dio algunas explicaciones acerca del problema porque en la oscuridad le resultaba más fácil. El senador le dijo que no había estado enfermo, que lo que le sucedía era que se iba sintiendo impotente desde hacía un par de años y no quería pasar por la triste experiencia de hacer

una nueva tentativa. Le contó algo de su vida. Se había casado joven. No había tenido dinero ni tiempo para divertirse. Había habido en su existencia algunos episodios (él los llamaba así) cuando alcanzó mucho éxito como ranchero. Le dijo que había establecido su hogar en uno de sus ranchos, situado a gran distancia, al este de Arcadia. Veintiséis mil acres de terreno, con ganado Brahma y Black Angus.

Crissy obró con cautela. Empezó diciéndole que podía dormir mejor si estaba cerca de alguien, y él, después de cierta resistencia, acabó rodeándola con su brazo y dejándole apoyar la cabeza sobre su hombro. Crissy, que pensaba en los veintiséis mil acres de la finca, fingió que dormía profundamente, ronroneando al respirar, pero con un sueño inquieto en el cual se agitaba sin descanso, cambiando de postura, acurrucándose contra él, poniendo descuidadamente sobre su pecho su brazo torneado y dejando descansar sobre su garganta gran parte de su suave melena, entonces mucho más larga. No sabía si, por fin, podría cantar victoria, pero así fue.

Diez días más tarde, el senador la llamó por teléfono y Crissy voló a Miami. Fontaine le había reservado habitación, tomando otra para sí, en el mismo piso, en uno de los grandes hoteles de la playa. La muchacha soslayó sus tentativas de hablar de futuras disposiciones hasta que hubo logrado demostrar, con gran satisfacción por parte de ambos, que lo que se había creído imposible iba siendo más fácil a cada oportunidad. El día siguiente, la envió a ella sola a ver el apartamento que podía acondicionar, si creía que le convenía.

Aquella noche, después de cenar, establecieron las condiciones del convenio en la *suite* del senador, que constaba de un solo dormitorio. La muchacha podía contar con su visita, que duraría un par de días, una vez al mes, como promedio. Alguna vez iría a verla con más frecuencia, o tal vez menos pero, como término medio, sería probablemente como le había dicho. Exigía una discreción total por parte de Crissy. Le dijo también que comprendía que no tenía derecho a pedirle una fidelidad física. Dejaba esto a su criterio, pero le dijo que no debía permitir que la visitaran en su apartamento, ni debía ella venderse ni directa ni indirectamente. Él tendría a su cargo el pago del alquiler y demás gastos. Daría a

Crissy dinero para que abriese una cuenta corriente y ella le daría el nombre del Banco y el número de la cuenta. El senador depositaría allí todos los meses, anónimamente, una cantidad a nombre de la muchacha. ¿A cuánto creía ella que debía ascender aquella cantidad?

—A mil quinientos dólares mensuales —contestó Crissy.

—¿Quieres dejarme en la miseria, niña? —replicó él frunciendo el entrecejo—. ¿Te propones desplumarme?

—Senador, no creo que esté bien discutir acerca de dinero. Le he dicho lo que necesitaba. Pero no tengo por qué discutir asuntos de dinero. En la Escuela Superior aprendí en la clase de economía política que un monopolio puede establecer sus propias tarifas, porque no hay ningún otro sitio donde poder comprar lo que se vende. Voy a desplumarlo a usted, desde luego, pero le voy a dar un valor justo. Si no lo quiere usted, no se hable más del asunto desde ahora mismo.

El senador la miró fijamente, rió entre dientes durante largo rato, movió la cabeza, volvió a reír más abiertamente y desde entonces no le negó nada de lo que le pedía. Por la época en que Crissy escogió el terreno y quedó terminada la casa en que vivía ahora, el viejo había recuperado una fuerza que, según decía, se parecía a la que recordaba confusamente haber tenido cuando se casó. Fue a trabajar a la casa una mujer sueca, impasible y siempre malhumorada. Ferris Fontaine la había contratado, y cuando Crissy puso algunas ligeras objeciones, dedujo, de lo que le dijo el senador, que él le había hecho a la mujer un favor de tal magnitud relacionado con un hijo suyo, delincuente, que la lealtad que ella le profesaba sobrepasaba toda medida. Crissy se fue enterando poco a poco de que, durante algún tiempo, Fontaine había estado comprobando su discreción y su buen juicio por medio de pequeñas pruebas. Cuando quedó satisfecho, la casa de Biscayne Bay, que se había construido en un lugar aislado, en un plan de intimidad total, se convirtió en el escenario de reuniones secretas con unos hombres con los que el senador se hallaba envuelto en diversos e intrincados negocios. En aquellas ocasiones, Crissy hacía de anfitriona sabiendo cuándo tenía que salir y dejarles solos para que pudieran hablar. El senador le decía también cuándo tenía que preparar las bebidas algo más fuertes que de costumbre. Aunque las relaciones existentes

entre Fontaine y Crissy no podían por menos de ser evidentes para todos los invitados, el senador no permitió nunca que fueran a la casa otras muchachas.

Tres años antes, tal vez como recompensa por lo bien que hacía las cosas cuando él utilizaba la casa para sus reuniones, y adquiriéndolo acaso con algo del dinero que había sido el resultado de aquéllas, Fontaine compró a su amiga un barco de placer, el *Odalisque*, contratando a Garry Staniker como capitán.

—Utilízalo todo lo que quieras y de la manera que mejor te parezca, querida. Está a tu nombre, pero yo también lo usaré de vez en cuando. Algunos de los sujetos más duros de pelar se ablandarán un poco cuando les lleve a dar un paseo por el mar.

Por aquel entonces, el senador tenía sesenta y siete años. Aunque parecía mucho más vigoroso y lleno de vida que cuando Crissy lo conoció, ella sabía que se acercaba el momento de dar el último paso y, un atardecer en que estaban solos en la casa, sacó a colación el tema con un aire de confianza y de indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Ya son seis años, querido —dijo.

El senador tomó un sorbo de cerveza, eructó tranquilamente y dijo:

—Seis admirables años, chiquilla.

—Tener treinta y tres años es ser ya una chiquilla bastante vieja, Fer.

—¡Dios mío! No los aparentas.

—Un millón de gracias, pero el caso es que es verdad. Y también lo es que yo pienso mucho en ello. Y del mismo modo, pienso que tú tienes sesenta y siete años.

—Bueno… Digamos que los aparento, pero que no me siento de esa edad.

Crissy se acercó a él, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, muy cerca de su butaca, le cogió una mano y levantó la cabeza hacia él mirándole con mucha seriedad.

—Fer, no voy a venirte con músicas, ni a darte la lata diciéndote que te he dedicado los mejores años de mi vida.

—Pero…

—Creo que la palabra adecuada es arreglo monetario. Una especie de arreglo monetario. Eres ya algo viejo, pero fuerte y

vigoroso, y tengo la impresión de que vas a vivir siempre, pero me parece que te sentirías más tranquilo si supieras que, en el caso de que te ocurriese algo, no me dejarías desvalida y maldiciéndote con toda mi alma por no haberte preocupado de no dejar en la calle a tu chiquilla, cuando el dinero se acabe. Lo que es justo es justo.

Esperó en silencio mientras él meditaba acerca de lo que acababa de oír.

—Lo justo es lo justo, desde luego. Pero no creas que es muy fácil arreglar eso, Crissy. ¡No, no lo es, Dios del cielo! No puedo incluirte en mi testamento. Mi mujer, mis hijos y mis nietos se rebelarían y se pondrían furiosos, sobre todo si lo que te dejara fuese tan cuantioso como lo que necesitas.

—¿Qué necesito yo, Fer?

—Una bonita cantidad.

Entró en la casa, se sentó frente al escritorio e hizo unos cálculos en una hoja de papel. Llamó luego a Crissy, y ésta se acercó y permaneció de pie a su lado, con una mano apoyada en su hombro.

—Mira, chiquilla, si has de vivir como hasta ahora, con todo pagado y con lo que tienes para tus gastos, si lo dejo todo arreglado para que vivas de la renta, tendré que poner de lado cuatrocientos cincuenta mil dólares.

—¡Santo Dios!

—Pero esto significaría que, al morir, dejarías un bonito caudal, que iría a parar a manos de alguien a quien yo no debo nada. Por lo tanto, hay que arreglar las cosas de modo que tengas una renta vitalicia para que puedas vivir con todas las comodidades, pero que al morir no quede nada. ¿Te parece bien?

—Desde luego, Fer.

—Renta vitalicia por un precio global, supongo. Y algún medio de transferir esta casa, de no ponerla a tu nombre, pero dándote el derecho de vivir en ella mientras vivas. Esto pagaría algo del mordisco de la renta vitalicia. Lo que hay que hacer es conseguir que el viejo Walker Waggoner vea lo que puede sacar de ella. Luego, lo más adecuado sería que empezásemos a ocuparnos del asunto desde ahora, y yo pagase los impuestos, y entonces nadie podría molestarte lo más mínimo cuando yo falte. Miraré lo que se puede sacar de eso y entonces podré calcular la mejor manera de que el día de mañana no te falte nada. Lo que es justo es justo,

chiquilla. Has dicho una gran verdad.

Unos meses más tarde, Crissy tuvo que hacerse un reconocimiento médico completo y firmar algunos papeles de seguros. Pasaron algunos meses más y, como él no decía nada, le preguntó qué había de aquello.

El senador se irritó.

—Mira, chiquilla, estoy haciendo todo lo que puedo, y todo quedará hecho cuando se arreglen algunas cosas que tengo pendientes.

Quince meses antes había ido a pasar unos días con ella. Era en enero y hacía mucho viento. Fontaine se quejó de una indigestión. Crissy le oyó levantarse por la noche, y luego, al despertarse nuevamente, alargó el brazo y vio que aún no había vuelto a la cama y que el lado en que él dormía no conservaba ningún calor humano. Se levantó y encontró las luces del cuarto de baño encendidas y a él en el suelo, vestido con el pijama azul pálido que ella le había regalado. Por lo visto, había alargado el brazo y había tirado del rollo de papel higiénico, pues toda la tira le había caído encima. Crissy tuvo que apartar el papel a un lado para poder verle la cara, y entonces se dio cuenta de que estaba muerto. El senador le había dicho una vez lo que tenía que hacer si por casualidad se ponía enfermo estando en la casa o se moría. Pero Crissy creyó que no podría hacerlo. Recordó entonces la lealtad de Bertha, la sueca. Bertha la comprendió en seguida. Las dos mujeres vistieron el cadáver, Bertha con lágrimas silenciosas que le corrían por la pálida y ancha cara. Crissy hizo después la maleta de su amigo. Colocaron el cuerpo, sentado, en el asiento delantero del coche, que era de color azul marino, y la maleta en el compartimento para equipajes.

Bertha se puso al volante y Crissy la siguió, a prudente distancia, en su blanco coche de deporte. Dejaron el «Lincoln» en una calle oscura de la parte inferior de Miami. Aprovechando un momento que no pasaba ningún otro vehículo, tiraron del cuerpo del difunto hasta colocarlo sentado al volante. El motor estaba en marcha, las ventanillas, abiertas, los faros encendidos. Bertha inclinó hacia delante el cuerpo del senador y cuando el claxon empezó a sonar corrió hacia el coche de deporte y subió a toda prisa sentándose al lado de Crissy.

En el camino de regreso, ninguna de las dos habló. Cuando

bajaron del coche, Crissy dijo:

—Gracias… por haberme ayudado.

Bertha le contestó:

—Se lo digo ahora, señora. Me quedaré treinta días si no encuentra a otra muchacha, pero después de esos treinta días me iré.

—Haga lo que le convenga.

—Vine con él sólo porque él me lo pidió.

—No se moleste en darme explicaciones.

—Pero soy una mujer decente.

—La felicito —repuso Crissy entrando en la casa.

Deshizo la cama, la volvió a hacer con sábanas limpias, se duchó, se preparó una bebida fuerte, se metió en la cama y esperó que llegaran las lágrimas. Pero no llegó ni una. El senador le había gustado. La había pagado bien por lo que quería de ella. Pero aquel viejo majadero tal vez la había dejado sin nada. Esto era lo que más le importaba.

Después que la familia del senador lo hubo enterrado con la pompa adecuada y con un acompañamiento tan numeroso que corrían rumores de que la mitad de los presentes no había ido para llorar al difunto, sino para convencerse de que había muerto realmente, Crissy recorrió todo el Estado para ver privadamente a los hombres que habían formado parte de la pandilla de su amigo intentando emplear como truco lo que sabía acerca de sus asuntos para intentar arrancarles alguna promesa de protección.

Pero todos parecieron más divertidos que inquietos y ella renunció rápidamente a sus tentativas cuando uno de ellos, con una mirada tan suave como la piedra del pedernal, tan pronto apretándole el hombro como acariciándoselo, le dijo que no querían dar un disgusto a alguien con quien Fer había estado encariñado, pero que tendrían que poner algo en marcha para proporcionarle una bonita y prolongada estancia en la cárcel para que meditase un poco sobre todo aquello. La estancia podría durar bastante tiempo considerando que…

Crissy volvió a toda prisa a su casa dándose cuenta de que había sido una loca al intentar aquel juego peligroso. Tenía que aprender a obrar nuevamente con cautela después de aquellos magníficos años que acababa de pasar. Sabía que no le sería difícil. Había

empezado a practicarlo temprano, tal vez muchos años atrás, cuando se la llevaron de la casa de citas al reformatorio, y ella sabía que aquello era una terrible equivocación. Era demasiado pequeña para explicárselo a los que se la llevaban, pero sabía que alguien se acordaría de ella y arreglaría aquel desaguisado. Luego, poco a poco, se fue enterando de que no había tal equivocación y de que nadie arreglaría nada.

Aprendió a tener cautela cuando, siendo una niña recién casada, aquel policía de Nueva Orleáns hizo rebotar una bala desde el pavimento de la calle hasta la parte posterior de la rizada cabeza de Johnny Harkinson, cuando éste huía con la bolsa que acababa de robar. Cautela durante las mil noches en que Phil Kerna fue su dueño, y ella era su mascota manteniéndose fuera del cono de luz y observando y vigilando las partidas de póquer. Fue su dueño y luego la prestó a otros, cuando perdía. Cautela en Nueva York, cuando compartía un apartamento con Midgie y con Spook pasando modelos las tres de imitaciones baratas que hacía Frankal de los vestidos de alta costura e incitando a comprar a los compradores, y compensándolos luego debidamente por ello, porque Frankal no quería que se echase a perder aquel doble negocio de segunda mano. Nuevas lecciones de cautela cuando hacía apuestas y fue a Savannah con Midgie y utilizó sus relaciones para ponerse en contacto con el «Club de la Amistad», operación telefónica que rendía cien dólares semanales. Una vez, no salió bien la cosa y tuvieron que pasar noventa días trabajando en la lavandería de la cárcel estropeándose las manos y uniéndose unas a otras para esquivar a las guardianas. Desde entonces, estuvo segura de que siempre había tenido su merecido.

Después de trasladarse a Atlanta, donde la vigilancia era más severa, adquirió más experiencia. Se hizo más cautelosa al ir comprendiendo poco a poco que aquello había dejado de ser algo que hacía sólo por poco tiempo. Ya era una buscona madura, había cumplido veintisiete años y como su clientela iba disminuyendo a causa de la competencia de las nuevas generaciones, ya no tenía mucho donde escoger, y no valía nada lo poco que le quedaba para la elección. Con su cautela se dio cuenta de que la única manera de salir del paso era pescar algo realmente bueno, y por ello, cuando la eligieron para el asunto de Key West, entre las seis chicas

seleccionadas por la compañía de aviación por ser una de las de tipo más airoso, y se le presentó aquella oportunidad con el senador, suplicó y comerció para abrirse camino empleando lágrimas y el dinero que tenía ahorrado.

«Pero, en resumidas cuentas —se decía a sí misma—, sólo obtuviste un provecho parcial, muchacha, porque fuiste demasiado dulce y confiada. Y ésta fue la lección final. Los largos años transcurridos ya no te permitían dedicarte a otro asunto que seguramente exigiría más tiempo. No te queda tiempo para sentir compasión, muchacha, y, además, ¿quién la tuvo contigo? Este asunto que tienes ahora entre manos se ha presentado como consecuencia del que tuviste con el senador. Hasta podrías decir que forma parte del mismo… Es una oportunidad que se te presenta de compensar sobradamente el fallo de no haber sabido presionar a aquella vieja cabra un poco antes y con mayor energía. Hubiera debido aprovechar el momento en que descubrí que para él era un milagro el hecho de que yo lo hubiese convertido nuevamente en un hombre. En aquel momento, hasta hubiese podido hacerle recorrer, caminando sobre vidrios rotos, todo el camino que media entre sus veintiséis mil acres de tierra y el lugar donde me tenía instalada. O ponías todos los años cincuenta mil dólares en buenos billetes azules, a nombre de la *chiquilla*, o se acababa la diversión, vejete… Pero la cosa ya no tiene remedio, es agua derramada en el suelo. ¡Oh, Dios mío, Garry, si fallases la segunda oportunidad de dar un buen golpe…!».

Oyó que alguien corría la aldaba de la puerta de cristales que daba a la terraza y, al volver la cabeza, vio a Oliver que la miraba desde allí y que corría la puerta, para abrirla, como ella le había dicho que lo hiciera.

El muchacho entró, cerró la puerta, se volvió hacia Crissy. Ella le tendió las manos con una sonrisa radiante:

—Querido, querido, querido… Ven acá, querido. Siéntate aquí, muy cerca, para que pueda verte bien.

La timidez que sentía al trasladar al pleno día la intimidad de la noche anterior, hizo que Oliver se acercara poco a poco. Mostrábase vacilante y lleno de humildad, pero andaba con un contoneo con el que pretendía darse importancia.

Crissy le cogió las manos y levantó la cara hacia él, con los ojos

medio cerrados y pidiéndole un beso. El muchacho se inclinó hacia ella torpemente, pasándole la nariz por la cara y logró besarla en los labios y, al retroceder para sentarse, perdió el equilibrio, cayó con todo su peso sobre las rodillas de ella. Se levantó disculpándose con voz ronca y se sentó, sonrojándose y con la cara sudorosa. Crissy se fijó en cómo iba vestido y supuso que su atuendo era el resultado de unas angustiosas decisiones. Llevaba unos pantalones estrechos de vaquero color de arena y una camisa de deporte azul oscuro con pequeños botones de metal y con los pliegues de la tienda marcados aún. Parecía poder mirar a todas partes menos a ella.

—Olly, querido mío, he estado sentada aquí esperándote y procurando creer que todo lo que sucedió, sucedió realmente. Parece algo tan fantástico y tan increíble… Fue tan… completamente impremeditado. Cuando te despertaste, ¿te pareció también a ti tan irreal?

—Sí… A mí me sucedió lo mismo.

—¿Qué nos está pasando?

—Es… que pasó lo que pasó.

Crissy le tiró fuertemente de las manos.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes mirarme? ¿No puedes llamarme por mi nombre? ¿No puedes decirme lo que sientes?

Le vio esforzarse por mirarla. Como estaba tan sonrojado, el rojo matiz de la sangre se sobreponía al tono de su bronceado. Con su barbilla indefinida y con aquellos ojos, demasiado cerca uno de otro, miraba fijamente a Crissy, con una tal expresión de necedad que ella estuvo a punto de echarse a reír. La nuez le subía y le bajaba pausadamente porque tragaba saliva. Por fin, dijo con una voz ronca e insegura:

—Te…, te quiero, Crissy. Te quiero.

Era lo que ella deseaba que dijera y lo dijo antes de lo que ella había supuesto.

Se inclinó hacia él, le cogió la mano derecha, se la llevó a los labios y le besó los gruesos nudillos. Él temblaba.

—Yo no sé si te quiero o no, Olly. El amor es una cosa de gran valor y es bastante más raro de sentir que lo que cree la gente. Pero cuando se siente de verdad vale la pena de hacer por él los más grandes sacrificios. Y no sé si…, si seremos bastante fuertes.

—¿Bastante fuertes? —repitió el muchacho, asombrado.

—Si crees que voy a guardarlo como un secreto de Estado, en el caso de que me convenza que realmente te quiero, te equivocas. Quiero sentirme orgullosa. La gente va a saber de nosotros. Y van a decir cosas muy crueles. ¿Serás bastante fuerte para soportarlas? ¿Y para resistir la presión que tu familia hará sobre ti? Tenemos que estar muy seguros, Oliver. Al fin y al cabo, yo tengo veintiocho años, y he estado casada. Y he enviudado.

—Yo cumpliré veinte en julio.

—La gente hablará muy mal de nosotros. Y mucha gente se reirá. Por eso tenemos que estar seguros de lo que hacemos.

Se dio cuenta de que lo había alarmado. ¡Pobre chiquillo! ¡Cuántas cosas se le presentaban de pronto para alarmarlo y fascinarlo al mismo tiempo! Por asociación de ideas, el pensamiento de Crissy voló años atrás, a Phil Kerna y a la desfallecedora sensación de hipnotismo que había experimentado la primera vez que estuvo con él, cuando, después de aquella noche, aquel día y aquella segunda noche que pasaron en el motel de Reno, él la había dejado sola para volver a la mesa de póquer. El año que pasó con Johnny, casada con él, la había dejado tan inocente como una niña en comparación con lo que Phil le había hecho experimentar. Ahora le pasaría, sin duda, exactamente lo mismo a Olly Akard, que había llegado a ella únicamente con la experiencia de un par de años de furtiva intimidad con su pequeña y morigerada Betty; que se había acercado a ella con la curiosa convicción, propia del macho de limitada experiencia, de que él tenía que ser el único agresor; decidido, inquieto por hacerlo todo como estaba escrito en los libros y con la lamentable creencia de que el único y pequeño placer que había logrado experimentar era todo lo que su cuerpo era capaz de sentir.

Crissy sabía hasta qué punto Olly estaba confuso y asustado, primero por ella y después por la inesperada y salvaje intensidad de su propia respuesta, que, sin saberlo él, había sido debidamente encauzada. La timidez y una curiosa sensación de culpabilidad le hacían sentirse muy turbado al estar junto a la mujer a la luz del día, sabiendo que también ella recordaba los delirios y los grotescos episodios de la interminable noche anterior.

Aunque sabía que lo había llevado lo suficientemente lejos para

que hubiera peligro de que volviera a asustarse, se echó a reír suave y cariñosamente, se acercó más a él, le puso la mano izquierda sobre un hombro, le apoyó la mano derecha sobre la mejilla y le acarició con el pulgar una de las peludas cejas, diciéndole:

—Pero no has de estar tan asustado, querido gazapito. No quiero exhibirte hasta que esté absolutamente segura de lo que hacemos. Mientras tanto, seremos muy cuidadosos, muy prudentes como el paje que se introduce a hurtadillas en las habitaciones de la reina vieja y sensual. Mi criada es discreta y esta casa fue proyectada para defraudar a los entremetidos que quieren meter la nariz en todo.

El muchacho dijo con inusitada y torpe curiosidad:

—Supongo que…, que así es como la quería el senador.

Crissy lo miró, desconcertada y perpleja.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Quiero decir… Bueno, supongo que a él no le gustaba que la gente supiera que estaba en…

Crissy entornó los ojos y apretó los labios. Después se levantó rápidamente y se alejó a largos pasos. Dio media vuelta y dijo, señalando con el dedo hacia el muchacho:

—¿Ves? ¿Ves lo que hacen? De manera que *eso* es lo que han sacado en conclusión, ¿eh? ¡Dios mío! ¡Hay que ver! Y tú tenías que averiguar si esos sucios embustes eran ciertos, ¿no es eso?

Se acercó más a él y prosiguió:

—¡Hice construir esta casa porque me convenía *a mi*! La hice levantar con dinero del patrimonio de mi marido. Ferris Fontaine era para mí un antiguo y querido amigo. Cuando me preguntó si podía utilizar mi casa, de vez en cuando, para pequeñas reuniones políticas, me alegré de poder decirle que sí. ¡Era un *honor* para mí! Ésa es la recompensa de la amistad. ¡Dios mío, es verdaderamente trágico! ¡Qué mentalidades más estrechas y más sucias debe de tener la gente para creer sinceramente que era la querida del buen amigo Fer! ¡Un hombre tan *viejo*! ¿Cómo pudiste creerlo tú también, Olly?

—No lo creí —dijo el muchacho con seriedad—. En realidad, no lo creí. Incluso antes de conocerte a ti, no lo creía.

Crissy se sentó a su lado, le sonrió y le dio unos golpecitos en la rodilla.

—Gracias, querido. Cambiemos de tema. Es un asunto que me

indigna. ¿Te preguntó tu familia por qué volviste tan tarde ayer a tu casa?

—Recorrí la última manzana de casas y entré en el camino del jardín con los faros y el motor apagados.

—Fue muy inteligente por tu parte hacerlo así, querido.

—Y hoy nadie me ha dicho nada.

Después de unos momentos de silencio, Crissy apoyó la cabeza sobre el hombro de Olly y le dijo, casi en voz baja:

—¿Sabes lo que se hace cuando algo sigue pareciendo tan increíble? Se averigua, tan pronto como se puede, si ha sido realidad o no.

—¿Ahora mismo? —preguntó el muchacho, con voz ronca.

Crissy se irguió y lo miró. Se había puesto lo suficientemente pálido para que su bronceado tuviese un matiz extraño. Se enjugó la boca con el dorso de la mano.

Crissy levantó la cabeza y se volvió para mirar el reloj de la radio, que estaba junto a la cama. Vio que eran las tres y media de la tarde. Volvió a dejar caer la cabeza en la almohada y vio que el muchacho se dormiría muy pronto. Se mordió el labio inferior y se preguntó si no sería mejor cambiar los planes que se había hecho con respecto a él. Olly se estaba adaptando a ellos con más rapidez de la que ella había supuesto.

Se dijo que era curioso que Phil Kerna se mantuviera tan persistentemente en su recuerdo. Él había sido todo ternura, zalamerías y palabras dulces hasta que le hubo deslizado el collar alrededor del cuello, con tanta habilidad que ella apenas lo notó. Entonces pudo ya mirarla con una mirada categórica y llena de odio y mandar con voz áspera porque sabía que ella no tenía más remedio que obedecerle humildemente.

—¡Oliver!

—¿Eh? —dijo el muchacho, abriendo los ojos y fijándolos en la cara de Crissy, tan cercana a la suya.

Ella se incorporó, apoyándose sobre los codos, de manera que pudiera verlo bien en la penumbra del dormitorio cuyas cortinas seguían corridas. Le contempló con una mirada categórica, brillante e inquisitiva, sin sonreír, hasta que él le preguntó si pasaba algo.

—Me estaba preguntando una cosa, Oliver.

—¿Qué?

—Me preguntaba si crees que esto es una especie de juego, una diversión.

Él la miró con los ojos muy abiertos.

Dijo:

—Crissy, yo…

—Tienes que comprender que soy una mujer muy vehemente, querido. Cuando esté segura de que significas para mí tanto como…, como creo que significas en este momento, no habrá medias tintas para mí. Esto va a ser un ciento diez por ciento. Y si no es así, no será nada en absoluto.

—Pero…

—Déjame que te lo diga todo, querido. Ya te dije que llevaríamos este asunto muy en secreto hasta que *esté* absolutamente segura de lo que hacemos. Y esto te da la oportunidad de nadar y guardar la ropa, ¿sabes? Me estaba preguntando si eres hombre capaz de hacerlo.

—No sé qué quieres decir.

—¿Has olvidado la conversación que tuvimos anoche? Creo que podríamos decir que fue la hora de la confesión. Tal como lo he entendido, si no estabas mintiendo, soy la segunda mujer de tu vida, y Betty fue la primera. ¿He dicho fue? Discúlpame. Lo nuestro será un secreto para la gente, durante algún tiempo. Y para Betty. Esto te va a proporcionar una existencia muy interesante, ¿no te parece? Dos mujeres te dicen que sí. ¿No te da eso una sensación de poder, Oliver?

—Crissy, créeme, aquello no era como…

—Corrígeme si me equivoco, querido. Me dijiste que tú y tu pequeña y querida Betty fuisteis juiciosos y formales tres años, y que hace dos años tuvisteis un desliz. ¿No me lo dijiste con esta misma palabra? Y los dos hicisteis promesa solemne de que aquello no volvería a pasar más, pero pasó. Y por fin, después de haber tenido bastantes deslices, decidisteis que, como, de todos modos, ibais a casaros con el tiempo, bien podíais disfrutar el uno del otro.

—Pero eso no es…

—Tal vez esté celosa, querido. ¿Te importa mucho?

Probablemente es muy atractiva. Y mucho más joven que yo.

—Aquello era sólo una niñería. Ahora lo sé, Crissy… Era algo que no significaba nada.

—¿No volverás a tocarla?

—No. De verdad. Lo juro.

—Gracias, querido. Pero creo que tienes que evitar la tentación.

—¿Qué quieres decir?

—Rompe ese asunto, querido. Termínalo. No me importa cómo lo hagas, pero creo que ha de haber terminado dentro de… tres días. Si vas a obtener de mí un ciento diez por ciento, yo quiero obtener también un ciento diez por ciento de ti. No creo en las cosas compartidas. Podrías tener la tentación de…, de querer ver si ella es como la, recuerdas.

—Es… muy precipitado. ¿Qué le diré?

—¡Dios mío! ¿No os habéis peleado nunca? ¿No sabes todavía qué es lo que la hace enfadar? Provoca una discusión y déjala plantada. O dile tranquilamente que te has hecho tan grande que ella ya te viene pequeña. Debe de haber docenas de maneras de reñir.

—Va a ser muy duro para ella.

Crissy meditó un instante y dijo, escogiendo cuidadosamente las palabras:

—Me gusta mucho tu delicadeza. Pero quiero que mi hombre sea fuerte. Si no puedo pedirte que hagas una cosa tan insignificante como ésta, ¿qué sensación quieres que tenga? ¿Puedo sentirme segura? ¿Y amada? Tal vez no estés realmente preparado para comportarte como las personas mayores, querido. Bien mirado, quizá te iría mejor siguiendo con esa pequeña Betty.

—¡No! Escucha: lo haré. Sólo dije que sería duro para ella. Cree que somos…, ya sabes. Todo está arreglado. No hay…, no hay nada que deje de hacer por ti.

Crissy se inclinó hacia él, apoyó la cara en su pecho y suspiró con expresión de alivio:

—Tenemos que ser fuertes, querido. Los dos. Fuertes y egoístas. Tenemos que recordar que no hay en el mundo ninguna otra persona, ni ninguna otra cosa, que valga nada. Nosotros somos los únicos que contamos. Tú y yo, Oliver y Cristen. Abrázame, querido.

Y de una manera automática y casi distraída, volvió a sus pequeños trucos para ir entusiasmándolo pensando mientras lo

hacía que él dejaría a Betty, tal como se lo había prometido. Era la primera prueba para saber la fuerza de la pasión que sentía por ella. Era asombroso ver cómo respondía la sangre en la primera aventura amorosa de un hombre joven con una mujer madura, rica, hábil y con experiencia, que obraba sin ninguna vergüenza ni ninguna reserva. La torpeza y la timidez del muchacho iban disminuyendo cada vez más y por fin era aquello tan necesario para ellos que por conseguirlo lo sacrificarían todo en el mundo.

Como lo que hacía le exigía tan sólo parte de su atención, el pensamiento de Crissy volaba, mientras tanto, a lo lejos. Había un sueño, de esos que se sueñan estando despierto, que iba haciéndose cada vez más real para ella. Lo que veía en aquel sueño sucedía mucho tiempo después, cuando todo le había salido según sus planes, cuando ya estaba lejos y segura. Vendrían unos años de fogosidad y de exigencias y, a largo plazo, también todo esto terminaría, y por fin tendría paz.

«Habrá un lugar lejano —pensaba—, una casa sobre una laguna y yo seré vieja. Seré juiciosa. Tendré criadas jóvenes, morenas y bonitas, y me rodearán personas que me querrán. Habrá leyendas acerca de mí y ninguna de ellas será verdad. Cuando las hogueras se hayan consumido, todo lo que quede será bondad y amabilidad, y entonces podré perdonarlos a todos…».

El muchacho se sumió pronto en un pesado sueño, y Crissy se levantó, se lavó y se refrescó. Volvió a la cama, puso el despertador a las seis y media, y pronto se quedó profundamente dormida junto a su amigo.

Capítulo IX

El mediodía de aquel mismo viernes, Samuel Boylston llevaba en Nassau cuarenta y ocho horas. No había podido salir tan pronto como pensaba, porque esperaba, de hora en hora, recibir alguna noticia del destino del *Muñeca*. Había llegado de Miami el miércoles al mediodía, en un vuelo de la «Pan American».

Antes de salir de Miami, recibió un cable de Jonathan Dye, diciéndole que estaba en un lugar llamado «Harbour Central House», en la Avenida Victoria. Sam había encargado que le reservaran un coche de alquiler y que lo esperasen en el aeropuerto. Era un pequeño «Triumph», sedán, con aire acondicionado. El empleado de la casa le dio un plano de Nassau, y él lo estudió antes de salir del aeropuerto. Había estado en la ciudad otras veces, en viajes de placer y de negocios a un tiempo, y no necesitó mucho tiempo para refrescar su memoria respecto a la distribución de las calles. Y en cuanto a ajustar su sistema de alarma para poder conducir por el lado izquierdo de la calzada, no necesitó más tiempo que el del trayecto de Windsor Fiel a la ciudad.

Encontró la «Harbour Central House» a las dos manzanas de haber empezado a subir por la colina que se extiende sobre Bay Street y aparcó delante del edificio en el mismo instante en que Jonathan llegaba de Bay Street, a largas zancadas. Era un muchacho alto, huesudo, de cabello negro y esa variedad de piel áspera y poco privilegiada que sigue siendo pálida por mucho que se exponga al sol. Mostraba una tranquila dignidad que Sam interpretaba como una irritante expresión de estar satisfecho de sí mismo.

Después del trance embarazoso de darle la mano, Sam le preguntó:

—¿No se sabe nada todavía?

—No, señor. En cierto modo… los que buscan han aflojado un poco.

—¿Cómo?

—¡Es tan extensa el área que hay que cubrir! Puedo enseñar la

carta que tengo, señor. No es que no hagan todo lo que se puede hacer. Hay los hombres del rescate en Accidentes de Aviación, muchos de ellos voluntarios. Y la gente de la aviación comercial. Y el operador de Marina, que avisa a todos los barcos de recreo que estén alertas y que vigilen. El personal de Asuntos del Ministerio de Marina se porta admirablemente. Pero el caso es que el tiempo ha sido perfecto y sabe con exactitud en qué momento salió de Nassau el *Muñeca*, el viernes pasado por la mañana, hace cinco días, de las islas Berry, con rumbo hacia Little Harbour. No zarparon tal vez, hasta las diez y media de la mañana, y Mr. Kayd no llamó a las nueve, el sábado por la mañana. Iban a dieciséis millas por hora y tenían que llegar al punto de destino antes de que oscureciese, así es que el área donde se debe buscar no pasa de ciento veinte o ciento treinta millas. Han cubierto tres veces esta extensión, señor. Ha soplado el viento Este y el Nordeste casi todos los días y ya han contado con lo que haya podido desviarse el yate. No me lo han dicho y tampoco se lo dirán a usted, pero tengo la impresión de que sospechan que se ha hundido en aguas profundas. Aún siguen buscando, pero…

Sam vio un destello de desolación en los ojos del muchacho, que volvió la cabeza y se puso a contemplar la calle que bajaba en pendiente hacia el puerto.

—¿Qué tal es el sitio donde estás?

—Es una pensión sencilla y bastante limpia. Dieciséis chelines.

—Podrías coger tus cosas y venir conmigo, como invitado mío. Me he hecho reservar una habitación en el «Nassau Harbour Club».

—Creo que es mejor que me quede aquí, señor.

—Entonces, coge esa carta y ven conmigo un rato. Hablaremos un poco más y volveré a traerte aquí.

La habitación que le dieron estaba en el segundo piso y tenía una pequeña terraza que daba a aquella parte del puerto. Algunas barcas, de velas azules, hacían regatas siguiendo un recorrido fijado de antemano por un mar bastante agitado por el viento.

Desde las ventanas laterales podía verse, allá abajo, la piscina, de una forma completamente libre, las muchachas, de bronceada piel, que nadaban en ella y los camareros que dejaban bebidas en las redondas mesitas de metal. Amarrados a los largos muelles, se veían los barcos de recreo, limpios y llenos de colorido,

resplandecientes al sol, balanceándose, amarrados a los norays, con el empuje del viento, de la marea y de la marejada.

Jonathan extendió la carta sobre una de las dos camas gemelas. En ella había algunos dibujos hechos con lápices de colores. Jonathan dijo:

—Un hombre del rescate en Accidentes de Aviación señaló todo eso para explicar cómo funcionan las patrullas de salvamento. Aquí hay un dibujo cuadrado. Son cuadros en espiral. Saben hasta qué punto pueden ver desde la altura a que llegan, y en cada posición que ocupan vuelven a abarcar aproximadamente una tercera parte de la extensión que veían en la posición anterior. Cuando bajan para examinar algo desde cerca, utilizan *loran* para volver al punto en el que salieron del esquema. Y examinan todo lo que ven flotando para asegurarse de que no son restos del *Muñeca*.

—¿Cómo explican que puedan haber desaparecido dos buenos barcos capaces de afrontar las olas sin dejar ninguna huella?

—Una de las suposiciones que pueden hacerse es que haya habido un incendio o una explosión. El *Muñeca* tenía un motor «Diesel», pero la canoa pequeña que Mr. Kayd compró en Florida tenía un motor de gasolina. Si la llevaba a un costado del barco grande, podría haber pasado algo así. También hay que tener en cuenta los arrecifes de coral. Las cartas de navegación de las Bahamas no son muy precisas. Un arrecife de coral puede alcanzar una altura de cincuenta pies, sobre el fondo del mar, y la parte superior puede estar sólo a un pie o dos de la superficie del agua, pero son tan duros como el granito. Yendo a gran velocidad, uno de esos arrecifes podría abrir el casco de un yate, y éste se iría a pique en unos segundos. Si corrían por una gran extensión de arrecifes de coral, quizá se abrieron los dos cascos a la vez.

—Si hubiera sido así, tendríamos que plantearnos la cuestión de si el capitán Staniker es o no competente y si conoce bien estas aguas y los problemas de este trozo de mar.

—Por lo que he podido averiguar, el capitán sabía su obligación, señor.

—Soy el hermano de Leila, Jonathan. ¿No te sería posible llamarme Sam?

—Supongo que sí. Supongo que podría…, Sam.

—Leila no habría estado en ese barco si yo no hubiera hecho

presión sobre vosotros dos. Me figuro que has pensado eso más de una vez.

El muchacho se sentó sobre la cama y bajó los ojos, frunciendo el entrecejo.

—Supongo que usted también lo piensa, señor… Quiero decir, Sam. Pero ¿de qué sirve que digamos «si hubiera sido así» o «si hubiera sido de esta otra manera»? Hay un refrán que dice que si nuestra tía tuviera ruedas sería un carrito de té. Leila y yo hablamos de este asunto mucho tiempo antes de decidirse ella a hacer las cosas como usted quería. Estaba mucho más indignada que yo. Le hice ver el punto de vista de usted y le dije que le movía el cariño que le tenía. Cuando el motivo es bueno, se puede disculpar que se haya obrado mal.

—¿Que se haya obrado mal?

Jonathan levantó la cabeza y miró, sorprendido, a Sam:

—Quiere usted negar a la gente el privilegio de que se equivoquen por sí solos. Es como si no quisiera darse a sí mismo, ni dar a los demás, el derecho de que obren por su propio impulso. Leila decía que usted hacía presión sobre nosotros sólo por el gusto de hacerla. Podía parecer que era así, ¿sabe? Yo le decía que usted se preocupaba porque ella tuviera una existencia feliz y alegre. Por lo que se refiere a eso, Leila puso en seguida el dedo en la llaga. Dijo que debía de haber mil definiciones de lo que constituye una vida feliz y alegre, así es que había una probabilidad entre mil de que lo que usted quería para ella fuese lo mismo que ella quería. Sí, desde luego, fue una decisión poco acertada porque no había ninguna necesidad de que nos demostrásemos nada uno a otro y tampoco la había de que le demostrásemos nada a usted. Mire, Sam, si Leila y yo hubiéramos tenido alguna duda o alguna reserva mental, nos hubiéramos pedido el uno al otro permiso para ausentarnos algún tiempo hasta resolver esa duda. A los diecinueve y a los veintiún años, los dos estamos ya algo curtidos y tenemos más madurez que la mayoría de la gente. Lo que queremos hacer con nuestras vidas no es un sacrificio. Para nosotros es buscarnos a nosotros mismos, porque ahí estará nuestra satisfacción. Y lo que puede llenarnos la vida le podría parecer a usted una tontería.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió:

—Del mismo modo, su vida nos parece una tontería a nosotros,

Sam. Usted tiene éxito en todo lo que hace, pero hay personas que son las mejores del mundo haciendo malabarismos con antorchas encendidas o figuras de baile al patinar sobre el hielo, o coleccionando monedas antiguas. Esto no quiere decir que todo el mundo debe triunfar en las mismas empresas.

—De manera que seguisteis mi plan porque mis motivos eran puros.

—Lo seguimos porque, de no hacerlo así, habría pasado mucho tiempo antes de que Leila y usted hubiesen vuelto a estar en buenas relaciones. Leila dijo que esto no importaba. Pero yo le dije que usted era el único pariente que tenía y que sí importaba.

—En este punto, ya es una discusión académica, Jonathan.

—Si pasa lo peor, intentaré no odiarle, Sam. Porque lo que era verdad sigue siendo verdad, haya pasado lo que haya pasado.

—¿Por qué no intentamos los tres tener una conversación de este estilo hace siete semanas?

—Ya lo intentamos, pero usted no escuchaba.

Sam contempló por la ventana los barcos y por fin se volvió y dijo:

—Es verdad. Yo no escuchaba. Y podría aprender a lamentar esto, sobre todo. Bueno, ahora dime, ¿qué es lo que te hizo creer competente a Staniker?

—Vino con su mujer, hace diez años. Traía bastante dinero, pues habían ahorrado para comprar un queche grande construido aquí, en las islas. Tanto él como su mujer trabajaron mucho en el queche haciendo reparaciones para poder ponerlo a flote. Sacó todos los papeles y permisos necesarios. Estaban en Puerto de los Yates, ahí mismo, carretera abajo. Vivían a bordo. Empleaban el queche para transportar pasajeros de un lado a otro y se ganaban la vida así, pero supongo que sin que les sobrara el dinero. Hace cinco años, estaban en uno de esos viajes, rumbo a Eleuthera, y una tromba de agua arrancó los palos del queche, abrió las costuras de los tablones e hizo pedazos el bote. El agua estropeó la radio, así es que no pudieron enviar ningún aviso. El queche fue a la deriva hasta la isla Cat y allí se estrelló contra un arrecife. Staniker lo trasportó todo a tierra y logró quedar limpio de toda culpa cuando hicieron la investigación. El queche se había perdido por completo, y no se había sacado bastante dinero del seguro para volver a empezar el

negocio. Staniker volvió a Florida y consiguió trabajo contratándose como capitán. Supongo que cuando Mr. Kayd buscó a alguien para que gobernase el *Muñeca* hasta aquí, Staniker debió de parecerle muy competente.

—Si era tan competente, ¿por qué estaba disponible? ¿Por qué no tenía ya un empleo?

—No lo sé. Supongo que le hubiera sido bastante fácil encontrarlo en Miami.

—¿Por qué no tuvo más éxito en el negocio del transporte aquí?

—Las personas con las que hablé en Puerto de los Yates, que estaban allí al mismo tiempo que el capitán Staniker, me hicieron pensar, por lo que me dijeron, que era un buen marino, pero no un buen negociante. Tuve la impresión de que fue su mujer, Mary Jane, la que, en cierto modo, se ocupó de todo el asunto.

Sam y Jonathan bajaron a la cafetería y almorzaron allí. Después del almuerzo, Sam fue en el coche a la ciudad acompañando, de paso, a Jonathan. En una visita anterior, había convenido una entrevista con un tal Mr. Lowry Malcom, de la sociedad jurídica «Callenger and Higgs», cuyas oficinas estaban en Bay Street. Fue en busca de Malcolm y, después de diez minutos de espera, le introdujeron en un despacho pequeño. Lowry Malcolm había sacado ya del archivo lo referente al asunto tratado anteriormente.

—Lo que me trae ahora es algo completamente distinto —dijo Sam—. Querría que me ayudase a encontrar las huellas de algunos informes que necesito. Uno de los abogados de esta firma representa a Mr. Bixby Kayd, con su propio nombre o con el nombre de «Sunshine Management, Sociedad Anónima», una entidad de los Estados Unidos.

Lowry Malcolm era un hombre de poco empuje, delgado, pálido y casi calvo. Al oír a Sam, enarcó las cejas.

—¡Ah! ¿Me habla de ese infeliz que ha desaparecido en el mar?

—Mi hermana Leila, que tiene diecinueve años, iba a bordo de ese yate.

—¡Oh, eso es terrible! Siento lo que me dice. Leí los nombres en el periódico, claro, pero no los había relacionado con usted. Espero que el barco aparezca pronto y que no le haya ocurrido nada malo.

—¡Gracias! ¿Sería mucha molestia averiguar con exactitud quién representa a Mr. Kayd?

—No es ninguna molestia. ¿Quiere que lo intentemos?

A la cuarta llamada telefónica, averiguó que la casa en cuestión era «Kelly and Dawson» y que las oficinas estaban sólo a una manzana de distancia. Antes de llamar *allí*, Malcolm dijo:

—Cuando se ponga al teléfono ese individuo, ¿qué he de decirle?

—Dígale que quiero hablarle tan pronto como sea posible para un asunto muy urgente. Dígale que soy un abogado de Texas, que usted ha tenido tratos conmigo, que garantiza mi reputación y mi integridad y… que le agradecerá que quiera cooperar conmigo.

Después de haber efectuado la llamada telefónica, Malcolm dijo:

—Esa firma corresponde a las oficinas bahamianas de la «Sunshine Management». Creo que he visto ese dichoso nombre en una placa, en casa de alguien. El hombre que usted busca es Kemp Rodgers. Lo conozco bien. En realidad, de toda la vida.

—¿Diría usted que es un hombre honrado?

A Malcolm le tembló la mandíbula.

—¡Qué cosa tan extraña ha dicho!

—Siento no tener tiempo de ir enterándome gradualmente de eso, pero el caso es que es importante para mí averiguarlo.

—Kemp es un hombre magnífico. Es absolutamente honrado. No tema. En realidad, le habría ido mucho mejor en su carrera si no la hubiera considerado… una lata necesaria para proporcionarle fondos para esos salvajes coches de carreras. Vive para la Semana de Carreras siempre que puede exponer la vida en esa diversión tan tonta. Pero debo decir que, si uno puede soportar la parte que es exclusivamente carreras de coches, le proporciona a uno una notable colección de señoras que están muy bien. Lo verá a usted tan pronto como llegue a su oficina, Boylston. Está cancelando sus compromisos para hacerle a usted un poco de sitio. Si necesita que le ayude en algo más…

—Volveré. Y muchas gracias.

Kemp Rodgers era un hombre pulcro y bien vestido, con unos grandes bigotes de carabinero, los ojos azules y brillantes y las manos grandes. Tenía dos estantes llenos de copas ganadas en las carreras.

Su primera impresión fue que Sam Boylston estaba relacionado, de algún modo, con la «Sunshine Management». Cuando supo que no, se mostró remiso en dar cualquier clase de informe.

Sam Boylston hizo uso entonces de aquella fuerza directa y especial que empleaba en raras ocasiones y que, de hecho, no podía emplear más que cuando tenía entre manos algún asunto importante. No podía fingirla. Sentía una extraña calma en su fuero interno y tenía la sensación de que algo se estaba formando y agrupando. En tales ocasiones, la voz se le volvía más suave, y tenía la impresión de que la oía desde lejos y que observaba la escena a distancia. Era una fuerza que parecía poder dirigir con sus ojos, había observado que producía en sus interlocutores variados y extraños efectos.

Habitualmente parecían asustarse y luego alarmarse como si a cualquier objeto familiar, por ejemplo, un pisapapeles, le hubiera salido de pronto una cabeza de víbora con unos dientes impresionantes y hubiese empezado a acercarse a ellos por encima de la mesa, con malas intenciones.

Sin perder la calma, dijo con tono moderado y cuidadoso:

—No necesito que me recuerden la ética de mi profesión, Rodgers. Sé que lo que le pido es una información privada. Pero mi hermana iba en ese barco. No voy a suplicar nada, no voy a tener mucha paciencia. ¿Ha visto usted recientemente a Bixby Kayd? ¿Tenía algo que decir acerca de la compra de los terrenos pertenecientes a la «Ventures, Sociedad Limitada»? ¿Ha sido ingresada recientemente una gran cantidad en la cuenta corriente de la «Sunshine Management» en el Banco local?

Los ojos azules intentaron parecer feroces. Pero no lo consiguieron. El bigote se torció. Las grandes manos empezaron a frotarse una a otra.

—Realmente, yo no podría… Eran alrededor de tres millones cien mil libras. Dije a Kayd que no había ningún motivo para creer que «Ventures» cerraría el trato con tan poco. Se echó a reír a carcajadas, me dio un fuerte golpe en un hombro y habló de pensar en cosas positivas. Le di poderes limitados.

—¿Con qué propósito?

—Su oferta era, en la moneda de ustedes, ocho millones setecientos mil dólares. Dijo que Sir Willis Willard, que es el

presidente del consejo de «Ventures», convocaría una sesión especial para considerar la oferta. Me avisarían para que asistiese a ella, hiciera la oferta oficial y entregase el cheque si el *asunto* quedaba aprobado. Pero le dije que no era probable.

Sam dijo:

—Me gustaría hablar con Sir Willis.

—Está siempre muy ocupado…

—Estoy seguro de que usted podrá arreglarlo.

—Pero no sé qué relación podría haber entre…

—Si no le importa… Podría convenirle a él.

Con visible desgana, Rodgers habló por el teléfono que había sobre la mesa. Convino una entrevista entre Sam Boylston y Sir Willis Willard para la mañana siguiente, a las diez, en el despacho de Sir Willis, del «Banco Imperial de Comercio», de Parliament Street.

—Sir Willis es un viejo encantador. Lo ha hecho todo muy bien, en casi todo lo que ha tocado… Ese lío de «Ventures» es una espina para él. Supongo que intenta liquidarlo de modo que ninguno de sus asociados se resienta demasiado.

—Así, por lo que usted sabe, no ha sido convocada ninguna reunión especial.

—Supongo que si se hubiera convocado una reunión para considerar la oferta de la «Sunshine Management», me lo habrían dicho.

El despacho de Sir Willis era espacioso, con unos paneles de madera de tono pálido decorados con alegres motivos de colores elementales. Una muchacha hizo entrar a Sam y volvió a salir cerrando la puerta. Sir Willis era un hombre avispado, de pelo blanco, cutis sonrosado y ojos azules y brillantes. Sentado detrás de la vasta mesa de tono pálido, absolutamente vacía, no parecía abultar más que un niño. Y tenía realmente el aspecto de un niño al que hubieran lavado y vestido cuidadosamente y enviado a una fiesta haciéndole antes muchas advertencias acerca de cómo debía conducirse.

—Puede sentarse donde quiera, Mr. Boylston. En la silla o en la butaca. Creo que ha oído usted la mitad de la conversación

sostenida con Rodgers. Todo es acerca del pobre Kayd y de la «Sunshine Management», pero usted no tiene relación ni con uno ni con otra.

Al sentarse en la silla más alta, Sam tuvo la primera oportunidad de contemplar de frente aquellos viejos ojos azules. No había en ellos nada infantil. Habían visto muchas cosas, habían comprendido la mayor parte de ellas, y habían guardado en su interior sólo lo que les parecía de alguna posible utilidad.

—Tal vez le asuste lo que tengo que decirle, Sir Willis.

—Recuerdo vagamente haber oído decir algo que me asustó en 1958, o tal vez en 1959. Por lo que puedo recordar, más bien disfruté con aquella experiencia.

—No tengo ninguna prueba de lo que voy a decirle. Así es que no hago ninguna… acusación. Sólo le pido consejo.

—Lo doy generosamente, Boylston. En eso, soy generoso, tal vez excesivamente generoso. Como es natural, mi provisión de consejos es ilimitada. Los viejos tenemos grandes almacenes de ellos.

—¿Pidió Angus Squires una reunión especial del consejo de «Ventures, Sociedad Limitada», para considerar otra oferta de dinero de la «Sunshine Management»?

Sir Willis contestó sin vacilar:

—Sí, ciertamente. Fue el miércoles pasado. Hace ocho días. Y sugirió que tuviera lugar mañana. El viernes parece ser el día tradicional para reuniones de la junta, por alguna razón desconocida que no resiste un análisis lógico.

—¿Y se, celebrará esa reunión, señor?

—Mis empleadas estaban indignadas. Se lo notificaron debidamente a los otros nueve miembros de la junta. Entonces, Squires volvió a telefonear el martes, es decir, anteayer, poco antes del mediodía, y se retractó de lo dicho. Ya comprende usted que cualquier miembro de la junta puede pedir una reunión especial de manera que las señoritas tuvieron que telefonear a los otros nueve miembros y cancelar la reunión. Por lo menos, no tuvieron que dar aviso de lo que ocurría al joven Rodgers, pues no se lo habían notificado antes.

—¿Sabe usted lo que ofrecía la «Sunshine Management»?.

—Creo que la oferta de Squires era lo bastante interesante para merecer que se reflexionase sobre ella.

—Ofrecía ocho millones setecientos mil dólares.

—¡Dios mío! Hubiera sido perder el tiempo. No veo ningún motivo para que bajemos a menos de diez millones y medio. Kayd sabe que ésta es la cantidad fijada por nuestra entidad.

—Confiaba en que la junta aceptaría su oferta.

—Entonces, es un poco tonto, ¿no le parece?

—No creo que nadie pueda llamar impunemente tonto a Bixby Kayd. Hice para él algunos trabajos jurídicos, hace algunos años. Cuando terminé, me negué a trabajar más para él. Era ligeramente tramposo para mi gusto. Creía que su junta aceptaría.

—¿Qué pudo darle esta impresión?

—Creo que tenía cierta dosis de fe en los ochocientos mil dólares en efectivo que llevaba a bordo del *Muñeca*. Habría un pequeño regalo privado para Mr. Squires y para algunos otros miembros del consejo.

Sir Willis Willard apoyó las manos en la mesa contemplando fijamente la pared opuesta de la habitación, por encima de la cabeza de Sam.

—Le felicito a usted, Boylston. Me ha asustado, desde luego. No cabe duda de que ha sido muy hábil. Y, naturalmente, no ha mostrado ninguna compasión. Además de *mí* hay aquí otros tres hombres que están muy bien situados, y quieren, como también lo querría yo en otras circunstancias, coger sus pérdidas, recoger, para indemnizarse, una parte de su dinero para invertirlo en cualquier otra cosa. He votado contra ellos porque los otros siete, incluyendo a Squires, no están en situación de enfrentarse con semejante promedio de pérdida del capital invertido. Así es que Squires necesitaría corromper sólo a otros dos hombres. Esto le daría seis votos a favor. Y significaría una pérdida muy seria para los otros cuatro hombres a los que he estado intentando proteger. Discúlpeme un momento, por favor.

Abrió un cajón de la mesa y sacó una carpeta, un lápiz y un cuaderno. Sacó también unas tablas, hizo algunas operaciones aritméticas y las computó rápidamente con aquéllas.

—¡Cierto! —dijo—. Suponiendo que Angus Squires cogiera cuatrocientos mil dólares para sí y diese doscientos mil a cada uno de los dos hombres que tengo por más susceptibles de corrupción, aceptar mía oferta de ocho millones setecientos mil dólares le

dejaría un beneficio de cerca de un cuarto de millón, con cincuenta mil dólares limpios para cada uno de sus amigos. Y al conseguirlo todo por un total de nueve millones y medio, su Mr. Kayd socavaría nuestra oferta básica por un millón de dólares.

—Mis informadores me han dicho que, evidentemente, Kayd estuvo en tratos con Angus Squires sin hacer ruido durante algún tiempo —dijo Sam—. El mismo día que se dio la noticia de la desaparición del yate, Kayd tenía una cita con Squires, en un pabellón de pesca que éste posee en Musket Cay, en las islas Berry. Supongo que Squires quería asegurarse de que Kayd tenía el dinero, y tal vez coger alguna cantidad y traerla a Nassau para los hombres que accedieran a vender su voto. Imagino que, una vez terminados los tratos, Squires recibiría el resto. Querría, seguramente, una especie de garantía. Tener tratos con Kayd puede intranquilizar a cualquiera. Mi hermana iba invitada a bordo de ese barco, Sir Willis. Y llevaban en él más de tres cuartos de millón de dólares. Cuatro mujeres, tres hombres y dinero para un soborno. El dinero para un soborno no tiene historia. No consta en ninguna parte. Y si no queda nadie para informar que ha desaparecido…

—Pero, evidentemente, *queda* alguien.

—Me dieron este informe dos hombres que se ocupan de cosas como ésta, con dinero que a los empleados de rentas públicas se les pasa por alto. Tenían motivos para querer hablar conmigo. Pero no armarán jaleo si ese dinero ha desaparecido para siempre. Corren ese riesgo. Al devolvérselo, la ganancia iba a ser importante. Gemirán un poco, se lamerán las heridas y seguirán con la boca cerrada. Si alguien siguió el rastro al dinero, no puedo creer que la información saliera de ellos ni de Kayd. Tengo curiosidad acerca de Squires. Si estuviera pasando grandes apuros financieros, aceptaría correr un riesgo mayor.

—¿Quién está enterado de eso, Boylston?

—Usted y yo, señor. Squires. Los dos hombres a quien pregunté. Y tal vez los dos hombres de su consejo de administración enterados en ese asunto.

—¿Y Rodgers?

—No le he hablado de eso, pero mi opinión personal es que no. Kayd no le hubiese dicho una cosa que no tenía por qué saber.

—Si Kayd hubiera mencionado el asunto, confío por completo

en que Rodgers habría terminado su representación y habría venido a verme inmediatamente.

—Sir Willis, ¿cree usted que Angus Squires podría haber…?

—¿Haberlos matado a todos? Yo diría que no es muy probable. Si necesitaba mucho el dinero, habría sacado mucho más del asunto llevando los planes adelante, tal como se había pensado hacer. Y como usted sabe, aquí no pagamos impuestos sobre la renta. Yo tenía ciertas dudas de que se uniera a nosotros en este asunto de «Ventures». Me llegaron algunos rumores, ¿sabe? Pero, naturalmente, no había pruebas. Es uno de los canadienses que entraron en aquel convenio de Freeport, al principio de éste. Y si usted me pregunta si pudo haber hablado de eso a alguien capaz de cometer actos de violencia, le contestaré que recuerde que Squires no hubiera hablado libremente de algo que sabía con toda seguridad le podía hacer daño. Como se lo ha hecho, ciertamente.

—¿Podía perjudicarle?

—Muchísimo. A él y a los demás que estaban complicados en ello. Ustedes, los estadounidenses, han cogido mucha afición a la frase «estructura del poder». El nuestro es pequeño, pero muy fuerte. Uno sabe generalmente quién podría estar haciendo qué, y hasta qué punto lo consigue. Me limitaré a poner una trampa a los que es probable que revelen el plan y las actividades de Squires. No deberá ser difícil, en absoluto.

Sonrió, hizo con su pequeña mano un gesto tajante y prosiguió:

—Entonces nos aseguraremos por completo de que todo lo que toquen de ahora en adelante salga mal. Squires y sus amigos aceptaron ese riesgo. Y perdieron. Le estoy agradecido por esta conversación tan interesante.

—¿Podría pedirle un favor, Sir Willis?

—Naturalmente.

—Si no fuese demasiada molestia, querría saber todo lo que hizo Squires el viernes pasado, el sábado y el domingo…, adonde fue y quién puede haber estado con él.

—No es ninguna molestia, querido amigo. Y a mí también me gustaría saberlo. Llámeme aquí mañana, a esta misma hora, y se lo podré decir. Me he estado preguntando, y tal vez no es asunto mío, si las autoridades no podrían llevar a cabo una investigación más eficaz si se les hablase del dinero que iba en el barco desaparecido.

—Si es posible, Sir Willis, me gustaría que hubiera completa reserva acerca de eso. Si se supiera y se hiciera mucha publicidad sobre ello, podría perderse de vista durante mucho tiempo, Y me parece que ya se hace ahora bastante publicidad. Yo tenía un equipo de televisión, con una cámara cinematográfica, y la Policía me pilló esta mañana, al salir del «Harbour Club». Desde una estación Miami. Querían una declaración. A mí me parece que mencionar públicamente el dinero aumentaría la confusión. Y cualquiera que estuviese en posesión de una información útil podría perderse entre la gran cantidad de locos que aparecerían. Quiero llevar este asunto calladamente. Si, en lo que ha de venir, puede servirnos de ayuda prestar a esto nueva atención, puedo prestársela entonces. A veces, la información especial puede ser un buen resorte.

—¿Y si lo que ha pasado, sea lo que sea, no tiene nada que ver con el dinero?

—Tengo que esforzarme por recordar que bien puede haber sido así. Es difícil pensar con claridad cuando uno está emocionalmente complicado en algo.

Sir Willis miró a Sam Boylston con más atención.

—Perdóneme, Boylston, pero no he encontrado a muchos americanos que hagan esta distinción. A veces es un fastidio tratar de negocios con ellos, a causa de esto. Los juicios basados en un estado emocional son enteramente válidos, desde luego, si uno sabe por casualidad qué hace y por qué lo hace.

Sam se daba cuenta de que había mucha energía en aquel hombre sonrosado y blanco; tenía un gran conocimiento de las faltas de los demás así como de las propias, y estaba dispuesto a aceptar cualquier clase de ventaja mientras con ello no ofendiese a la imagen que se había hecho de sí mismo como hombre que obra con ética.

Aquel viejecito inmaculado iba a derribar toda la obra y los sueños de Squires y de sus amigos, a quemar los escombros y a sembrar sal en sus campos. Y algunas fases de este programa enriquecerían, de una manera o de otra, a Sir Willis. Con una amplia y súbita claridad con respecto a sí mismo, Sam Boylston se dio cuenta de que él había tomado exactamente aquella misma decisión, que había pensado hacer lo mismo con el corpulento Tom

Dorra y el viejo juez Billy Alwerd. Aunque el papel de éstos había sido periférico, sus acciones habían sido lo suficientemente ilegales para que Sam llegara a una conclusión definitiva. Desde que había descubierto lo relativo al dinero prestado a Bix Kayd, había habido, en el último recodo de su mente, un foco de satisfacción cuando pensaba en ellos. Cuando tuviese tiempo para dedicarlo a aquellos dos hombres, averiguaría toda el área de sus rentas y sus inversiones y se preocuparía de que las cosas pequeñas empezasen a salir mal. Un hombre que va en un barco y que ha de dedicar todo su tiempo a calafatear las junturas de los tablones, recoger el agua que pueda haber entrado y hacer funcionar la bomba, no tiene tiempo de gobernar el barco cuidadosamente, de vigilar los arrecifes. Si Dorra y Alwerd tuviesen que responder con presteza, con energía y con tranquila inteligencia a todos los retos, él no podría hacerles ningún daño. Pero hacían su juego a empellones, con mediana eficacia, avanzando a la deriva, a través de una neblina formada por mitos, superstición y satisfacción de la propia conducta. Eran, tal vez, más astutos y sagaces que la mayoría de los seres humanos, pero eran capaces de cometer fatales equivocaciones en sus juicios si empezasen a irse a pique, Sam podría tender el brazo hacia el caos y recoger allí unas cuantas cosas útiles a precios de sacrificio.

Cuando sus propias intenciones empezaron a hacérsele más visibles, Sam se dio cuenta de la similitud que existía entre él y aquel atildado anciano de ojos tan fríos como zafiros. Y experimentó una curiosa sensación de desprecio hacia Sir Willis y hacia sí mismo.

Cuando se despedía, entre expresiones de mutua gratitud, Sir Willis le dijo:

—Tal vez algún día podamos hablar de las ventajas de establecer intereses de negocios aquí, en las Bahamas. Sospecho, querido, que podemos descubrir algunos inesperados y mutuos beneficios…, de la clase de beneficios que ustedes, los de su provincia de Texas, saben apreciar.

—Así lo espero —le contestó Sam.

Pero en las frías profundidades de su alma, algo le dijo que no había encajado aquellas últimas palabras. La original sensación de afinidad había desaparecido.

Telefoneó a Sir Willis al Banco el viernes por la mañana, a las diez. Sir Willis le dijo:

—No me lo tome en cuenta, Boylston, si le parezco un poco… indirecto. Nuestro amigo esperaba un mensaje por radio, de su paisano, el sábado por la mañana. Pero no lo tuvo. El sábado por la tarde se fue a su lugar de recreo, desde su casa, en hidroavión, con un muchacho que está en camino de ser su ayudante personal y su secretario. El sábado por la noche, nuestro amigo utilizó su radio de marino para llamar desde allí y pedir que fuera el hidroavión a buscarle el lunes por la mañana. Volvió a su casa, dejando allí solo a su secretario por si llegaba alguna visita. Ahora, el secretario ha regresado también, pero no sé exactamente cuándo. En cuanto a los amigos de nuestro amigo, anoche tuve una conversación con el que me pareció más idóneo. La conversación se puso bastante fea, pero todo quedó confirmado. Tal como sospechaba, dos de ellos estaban del lado de nuestro amigo. Puedo garantizar que el que habló conmigo guardará silencio. Será mucho mejor que nuestro amigo no sospeche que estoy enterado del sucio trabajo que espera poder llevar a cabo. ¿Le basta con todo eso?

—Le estoy muy agradecido, Sir Willis.

—Tengo la esperanza de que las cosas se resolverán mucho mejor de lo que usted supone en estos momentos, desde luego con motivo. Dígame si puedo ayudarle en algo. Probablemente, podría arreglar con toda facilidad cosas que a usted tal vez le parezcan muy difíciles. De hecho, ahora somos una pequeña comunidad. Y hubiera sido una verdadera lástima que alguien con el talento y la capacidad tan sobresalientes de su paisano hubiera adquirido importantes terrenos aquí, sobre todo de una manera tan particular. Hubiera sido fastidioso tener que quitárselos, como probablemente tendremos que hacerlo, más tarde o más temprano.

El teléfono de la habitación de Sam Boylston sonó el viernes por la noche, a las diez, mientras paseaba arriba y abajo por la estancia, sin saber exactamente qué hacer.

Si aquello hubiese sido, como estaba enteramente seguro de que lo calificaría Sir Willis, un juego sucio, todo dependía de que se filtrase por alguna parte la noticia referente al dinero. Esta filtración podía provenir del hecho de haber puesto poco cuidado al hablar, en Texas, en Nassau, en Freeport o posiblemente hasta en

Miami. Con la promesa de entregar una parte de aquella crecida cantidad, se podía reclutar a algún talento salvaje, a lo largo de la costa inferior de Florida. Llegaron unos barcos pequeños y varios hombres que se hacían pasar por pescadores hubieran podido recoger las llamadas que se hicieran desde el *Muñeca*, localizarlo e interceptarle el paso en el momento y en el lugar adecuados.

Pero las fechas en que todo ello tuvo lugar parecían demasiado próximas unas a otras. El *Muñeca* había salido de Nassau el viernes por la mañana. Kayd se proponía encontrarse con Squires el sábado. Pero no había hecho su habitual llamada por radio el sábado por la mañana.

La astucia y la sagacidad de Kayd tenían que tomarse en cuenta. Seguramente habría tomado sus medidas para que no se supiese nada de la fortuna que llevaba a bordo. Sin duda había ocultado el hecho a su familia. Y no habría contratado ni tomado a bordo un capitán que no hubiese sido cuidadosamente examinado.

¿Y si el *Muñeca* hubiera llegado a Musket Cay antes de lo previsto, por ejemplo el viernes por la noche? Se dirigían hacia allí. El barco hubiera podido hacerlo cómodamente. El hecho de que Squires hubiese llegado el sábado por la tarde no significaba que no hubiera arreglado las cosas para llegar allí un día o dos antes, posiblemente en un barco particular, para una pequeña fiesta de recepción. O tal vez alguna persona de confianza de Squires lo había dispuesto así sin saberlo él. Esto parecía concordar con las fechas. Tal vez el rumbo lógico era ir primero a Freeport y volver después a Musket Cay.

El pensamiento de Sam seguía una pauta y un ritmo llenos de lógica, pero, a intervalos imprevisibles, se daba cuenta de que todas las conjeturas se basaban en la suposición de que todos los que iban a bordo habían sido asesinados haciendo luego que los cadáveres se hundieran con los barcos en las oscuras profundidades de la Lengua del Océano. Parecía una suposición lógica y aceptable. Pero, desde un punto de vista subjetivo y emocional, no podía creer que a Leila le hubiera ocurrido una cosa así. Era demasiado vibrante, demasiado animada, tenía demasiada vida para perderla tan despiadada y prematuramente. Cuando pensaba en ello, los remordimientos, la pena y la rabia se unían para formar una emoción tan fuerte como una enfermedad física, oscureciéndole la

vista, haciéndole un nudo en la garganta y levantando en él unas oleadas de asco que le dejaban todo el cuerpo empapado en sudor frío y en las piernas la sensación de que no podían sostenerle.

Estaba recuperándose, después de uno de esos momentos, cuando sonó el teléfono, y al cogerlo oyó la voz excitada y trémula de Jonathan, que le decía:

—¿Sam? ¿Está usted ahí, Sam? Traen a Staniker.

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿Quién lo trae?

—Algunas personas, en un barco. Lo encontraron en alguna parte, en una isla, y han pedido que vaya a su encuentro una ambulancia.

Llegó a tiempo al muelle del Prince George. Encontró a Jonathan entre la multitud. Se acercaba un barco cuyo foco luminoso recorría el muelle. Un hombre corría haciendo señas a los que llegaban para conducirlos a un desembarcadero situado dentro de las dársenas principales y adecuado para amarrar los barcos pequeños. Los grandes navíos, con su profundidad de luces, empequeñecían la silueta del *Chris-Craft*. La ambulancia estaba ya allí esperando. El barco se arrimó a la dársena. Arrojaron cables a los hombres que se hallaban sobre cubierta. Mientras se amarraba el *Chris-Craft*, hubo silencioso relampaguear de *flashs* y el médico y los ayudantes de la ambulancia subieron a bordo llevando una camilla.

Capítulo X

El domingo al amanecer, en medio de la niebla del mar, ya próxima la marea ascendente, Corpo recorría la costa oriental de su isla cogiendo moluscos, tatareando canciones desentonadas y saludando a los animalitos mientras los iba metiendo en la bolsa que llevaba atada al cinturón. Se había dicho que ya era hora de que entrasen allí y sabía que tenía que salir de aquellos parajes antes de que la marea subiese demasiado.

Le gustaba verse envuelto en el silencio y la intimidad de la niebla, rodeado de aquella calma absoluta. No podían verlo desde la ribera principal, desde sus casas. No había allí esposas-muñecas que se hicieran pantalla sobre los ojos con la mano para contemplar fijamente al viejo Corpo como si fuera una sabandija que se moviera demasiado cerca de ellas.

—No había entonces aquí ni una maldita casa —dijo como si hablase con alguien que estuviera a unos doce pies de distancia—. ¿Quién estaba aquí primero? Te lo pregunto de hombre a hombre. ¿Quién estaba aquí primero? El sargento Corpo, ése es el que estaba.

Más pronto o más tarde, irían enfureciéndose y enviarían alguna reclamación. Como antes. Eran peligros en potencia. Hacían sus necesidades en lugares públicos con riesgo de la salud; Se sabía que eran personas violentas. Si salía a relucir uno de sus escritos, harían ir allá el barco del *sheriff* y armarían mucho jaleo para nada. ¡Demonios! La parte de la isla más próxima al continente estaba a una buena media milla de distancia y con un canal particular de cinco pies de profundidad entre la isla y la otra orilla.

Significaría volver a perder la barba y toda la picazón que se sentía cuando volvía a crecer. Estar sentado ante el tribunal, con una camisa blanca, mientras le contemplaba toda aquella gente almibarada que si hubiera podido hacerle desaparecer con sólo un chasquido de los dedos, lo hubiera hecho inmediatamente. El teniente tendría que ocuparse nuevamente del caso, como las otras

veces. Era difícil seguirle en lo que decía y algo de ello no parecía ser lo que Corpo recordaba, pero era bueno escucharle.

«Con la venia del tribunal, quisiera pedir permiso para reconstruir las circunstancias que trajeron a este sector al sargento Walter Corpo. Era jefe de pelotón en mi compañía en el año 1944. Era un muchacho ya veterano en los combates de Infantería, que se había alistado en diciembre de 1941, después de un año y algunos meses de escuela. Yo conduje una patrulla integrada por quince hombres al pequeño pueblo de Selestat, cerca del Rhin. Estábamos emboscados. El sargento Corpo buscó refugio junto a una fuente, en la plaza del pueblo, e hizo fuego para facilitarnos la retirada, pero con pocas esperanzas de que pudiéramos retirarnos a tiempo. No se le había ordenado que nos cubriese la retirada. Fue una reacción instintiva que tuvo. Salimos del paso, pero con tres bajas, y volvimos con toda la compañía. Creímos muerto al sargento Corpo. Era evidente que había seguido disparando después de haber sido herido de gravedad varias veces.

»Un casco de metal, posiblemente un fragmento de mortero, le había penetrado en el cráneo. Uno de los practicantes le encontró un poco de pulso e hizo que le trasladasen a un puesto de socorro, aunque convencido de que moriría pronto. De allí lo llevaron a un hospital provisional y luego a un hospital general, y en ambas partes no creyeron posible que se recuperase. Yo creía que había muerto. Lo propuse para que le concedieran una condecoración póstuma y le recompensaron con la Estrella de Plata. Terminó la guerra. Volví a la escuela de Derecho. Después de graduarme, empecé a ejercer la carrera aquí, en la ciudad de Broward Beach. En 1948, la Administración de Veteranos se puso en contacto conmigo y me pidió que fuera al Hospital de Veteranos de Bay Pines, cerca de San Petersburgo, para un asunto referente al sargento Walter Corpo. Él había pedido que fuera yo.

»Hablé del caso con los médicos que lo atendían. Gozaba de excelente salud física, pero la herida en el cerebro lo había dejado incapaz para algunas cosas. La instrucción complicada le aturdía. No podía fijar la atención en nada. Decía exactamente lo que pensaba en cualquier momento, rasgo de carácter que no parece aceptable en nuestra cultura. No lo consideraban peligroso, pero habían observado en él una intranquilidad creciente, una gran irritabilidad por verse

forzado a vivir en aquel edificio cerrado en compañía de tantos otros hombres. Dudaban de que pudiera ganarse la vida. Había sido propuesto para que se le concediera una pensión declarando su incapacidad total. ¿Podía yo ser de alguna utilidad en el caso?

»Corpo me reconoció y se alegró de verme. Estaba absolutamente seguro de que le podía sacar de aquel sitio. Me había salvado la vida dos veces. A mi regreso, me lo traje conmigo. Vivía en mi casa. Tenía una canoa de motor. Le gustaba estar solo. Empezó a pasar en el mar períodos cada vez más largos. Después de haber estado ausente tres días, le pedí una explicación. Me llevó entonces a esa pequeña isla de la bahía, cubierta de mangles y de una extensión aproximada de diez acres. En aquel tiempo no tenía nombre, y ahora se la conoce por el de «Isla del Sargento». Costándole, sin duda, increíbles esfuerzos, había abierto un canal a través de la maleza de mangles, que conducía a una pequeña hamaca hecha con hojas de palmera, utilizando luego el motor de la lancha para limpiar el canal y darle la profundidad suficiente para que pudiese servir. Había construido también una tosca cabaña con maderas procedentes de naufragios, papel de brea, latas desdobladas y aplanadas con el martillo y algunos marcos de ventanas viejas recogidos en las basuras de la ciudad. Dijo que aquello era lo que le gustaba y lo que deseaba y que no quería ponerse en el camino de nadie.

»Presento ahora, para que los considere el tribunal, dos documentos. El primero es de los Síndicos de los Fondos para Mejoras Internas concediendo al sargento Corpo permiso para vivir en esta tierra, propiedad del Estado, hasta que pase a otras manos. El segundo lleva la misma fecha, noviembre de 1949, y está firmado por el presidente de la Comisión del Condado. Concede al sargento Corpo todas las excepciones pertinentes para esta zona.

»Una vez al mes, el sargento Corpo va al continente, recoge en mi casa su cheque de incapacidad, lo cobra en mi Banco, compra provisiones y vuelve a la isla del Sargento. Con los años, ha mejorado notablemente su barraca. Si no le viese aparecer en busca de su cheque, iría allí en seguida a ver qué le ha pasado. Está en condiciones físicas espléndidas. Unicamente necesita que lo dejen solo.

»Se ha hablado de violencia. Ha habido únicamente un incidente de este tipo. Hace siete años, un hatajo de chicos muy jóvenes llegó a la equivocada conclusión de que el sargento Corpo era un borracho y

de que en su cabaña había tal vez una gran provisión de *whisky*. Los muchachos eran cinco. Decidieron explorar la isla. Tenían al sargento Corpo por una especie de loco inofensivo. Yo podría haberles dicho que el sargento había crecido en las tierras pantanosas de Georgia, que cuando tenía doce o trece años iba a cazar a los pantanos y estaba, a veces, una semana ausente, sin que a nadie le preocupase si le había sucedido algo. Podría haberles dicho lo grave y silencioso que era el sargento Corpo cuando estaba de turno para la patrulla nocturna.

»Invadieron la cabaña un sábado por la noche. Él los oyó acercarse y apagó sus linternas. Salió al exterior, se alejó sin que lo vieran, encontró la lancha en que habían llegado y soltó la amarra, para que las olas se la llevasen a la ventura. Luego los fue cogiendo uno por uno, en la oscuridad, y los ató a los mangles con trozos de cuerda, colocándolos a bastante distancia unos de otros para que sólo pudieran comunicar entre sí a gritos. Volvió a su cabaña, arregló el desorden que habían dejado en ella, y recogió lo que habían roto y lo esparció por todas partes. Le costó mucho trabajo. Luego fue a la ciudad y pidió a las autoridades que fueran a buscar a los chicos. Amanecía ya cuando los recogieron, asustados, aterrorizados, con las caras grotescamente hinchadas a causa de la mordedura de los insectos, con los ojos también tan hinchados que apenas podían abrirlos. Eran de buenas familias, habían estado mezclados en algunos incidentes antes de la incursión por la isla, pero, por lo que he sabido, no han vuelto a hacer nada malo desde entonces.

»Estos demandantes que están haciendo una nueva tentativa para expulsar de aquí al sargento Corpo, no expresan la opinión de que éste es un estorbo público, sino más bien exponen un juicio social, deseando castigar a cualquiera que no quiera o no pueda conformarse con sus particulares normas referentes a casa, costumbres, trajes y conducta.

»Señoría, recuerdo el caso de aquella quisquillosa señora que demandó ante un tribunal a los propietarios de un terreno adyacente al suyo alegando que hacían de él un uso inmoral, porque habían establecido una colonia nudista. Los que se encargaron de investigar el caso quedaron asombrados por su declaración de que todo sucedía a plena vista, pues vieron la alta valla que separaba ambas propiedades, la gran extensión del terreno adyacente y la remota situación del

establecimiento nudista. Cuando le preguntaron qué quería decir con aquello de “a plena vista”, la señora contestó: “Desde el tejado de mi casa, con los gemelos de mi marido, no hay manera de dejar de verlo”.

»Cuando el único sitio que les quede en nuestra sociedad a los hombres como el sargento Corpo sea el recinto cerrado de una institución del Estado, será hora de que volvamos a examinar nuestros objetivos… y nuestros sentimientos humanitarios».

—¡Caramba! ¡Qué bien lo hace el teniente! —dijo Corpo—. Y usted, ¿qué tal se encuentra, en esta mañana tan hermosa, señor Molusco? Discúlpeme. Métase dentro de la bolsa, con todos sus compañeros. Que disminuya un poco su tribu, antes de que la niebla desaparezca y esos dichosos tontos de los domingos lleguen hasta aquí alborotando y describiendo círculos sobre el mar arrastrando a otros tontos que corren sobre patines asustando a los peces y levantando el fango del fondo.

Se volvió para mirar hacia su isla, vago borrón oscuro en medio de la niebla, y reanudó su tarea, pero de pronto quedó contemplando fijamente el casco azul de una canoa que estaba delante de sus ojos, a pocas pulgadas de distancia. Había aparecido de una manera súbita, sin previo aviso… La primera impresión de Corpo fue que iba a chocar con él y, dando un grito ronco, se echó hacia atrás, chapoteando en el agua, que le llegaba hasta los muslos, tropezando y luchando por conservar el equilibrio.

Gritó:

—¡Imbécil!

Vio entonces de qué manera avanzaba la canoa, casi con la popa hacia delante, a reculones, con un cable colgando desde proa. Al no haber viento, y con la marea ascendiendo, como sucedía en aquel momento, tenía que haber entrado en la ensenada atravesando los bancos de arena. Había llegado a la deriva por el canal entrando en la bahía de Corpo. Bonita lancha. Parecía nueva. Llevaba matrícula de Florida en la proa.

Corpo alargó la mano, recogió el cabo que pendía de proa y empezó a enrollarlo. Había gran número de algas enmarañadas en él, por lo que Corpo supo que la embarcación llevaba bastante tiempo bogando a la deriva. Colocó el rollo de cuerda sobre la proa y dio la vuelta a la canoa chapoteando en el agua. No podía ver el

interior, porque el casco era muy alto, pero levantó mucho el brazo, pasó por encima de la borda su saco de moluscos, lo bajó por el otro lado y al fin lo dejó caer en la cubierta.

Leyó en voz alta el nombre de la canoa y el puerto de donde procedía, escritos en el peto de popa: *Muñequita*. Brownsville, Texas.

«¡Qué demonio! —se dijo—. Seguramente ha llegado hasta aquí a la deriva. No, tiene matrícula de Florida. Y estas algas son del océano. Tiene los dos propulsores de la hélice fuera del agua. Y el colmo es este cable, demasiado suelto para poder explicar cómo se escapó. Debe de haber ido arrastrando un áncora, tal vez balanceándose demasiado. Debió de sufrir un cambio de marea y se soltó el áncora, y luego, cuando volvió a bajar la marea, se estropeó la cosa. Es una canoa nueva, ¿verdad? Ni una sola marca hay en esas hélices. La llevaré a mi casa, la meteré debajo de la escalinata de entrada y sabré si hay algún pobre tonto que desea recobrarla».

De pronto, Corpo se fijó en un pequeño estribo de bronce, doblado hacia arriba, que había en el peto de popa, encima de la línea de flotación. Lo dobló hacia abajo, puso un pie en él, se aupó hasta agarrarse al asa correspondiente, se irguió sobre el estribo y echó un vistazo al interior de la canoa.

—¡Dios mío! —exclamó echándose hacia atrás.

Se dejó caer de nuevo sobre sus pies, tropezó y cayó. Se levantó, emitiendo un sonido entrecortado porque estaba en un lugar más profundo de lo que había supuesto. El viento encrespaba el mar y la canoa avanzaba siguiendo la dirección de la corriente. Corpo vaciló un momento, corrió tambaleándose tras la embarcación, dio un salto, agarró por segunda vez el asidero, puso una rodilla en el pequeño estribo, se aupó, se sentó sobre la ancha borda y pasó las piernas por encima de ésta metiéndolas en la embarcación.

Dio dos pasos hacia *ella*, se secó la mano en los empapados pantalones, se inclinó sobre el cuerpo y le puso dos dedos a un lado de la garganta, debajo del ángulo que formaba allí con el cuello. Allí se notaba algo. Algo muy débil.

Una ligera vibración. No eran los latidos regulares que se notaban cuando las personas no estaban malheridas.

Miró el cielo con consternación porque la niebla se iba esfumando. Mirando en línea recta hacia arriba, podía ver, a través

de la neblina, los primeros retazos de un azul brillante.

Pasando junto a *ella*, se acercó al tablero de mandos, quitó la funda de nylon y volvió a secarse las manos en los muslos mientras contemplaba los mandos. Las llaves de contacto, que eran de metal brillante, estaban en su sitio. Dio un cuarto de vuelta a las llaves. Aquellas pequeñas palancas debían de hacer girar la hélice dentro del agua. Se oyó el zumbido del motor. Hasta aquí, muy bien. ¿El motor en punto muerto? Había que pulsar los botones de arranque. «Inténtalo, Corpo», se dijo. Uno de ellos se puso en marcha rápidamente. El otro roncó durante varios largos segundos y, por fin, arrancó también. Se produjeron unas explosiones, hasta que los motores se calentaron. La canoa empezó a moverse. En la popa, el tubo de escape soltó unas cuantas burbujas. El agua murmuró algo, alrededor de la proa. Corpo hizo dar la vuelta a la embarcación, intentó darle algo más de velocidad y se sobresaltó al ver el salto que daba. Volvió a bajar la palanca. Justo cuando hacía entrar lentamente la canoa dentro de su canal, miró hacia el Oeste y vio las casas que empezaban a aparecer a través de la niebla. Miró también hacia el Este y vio una barca de vela y de motor, que avanzaba hacia el Sur por el brazo de mar con rumbo hacia Fort Lauderdale.

Pasó apuros en su estrecho canal. En los recodos, la popa quedaba demasiado lejos, rozaba las raíces de los árboles. El canal se ensanchaba al llegar a la cabaña, en el lugar donde durante tanto tiempo había utilizado las mareas muy bajas como el momento adecuado para cortar a hachazos las raíces muertas, arrancar los escombros, la arena y las conchas vacías de los moluscos muertos empleándolo ello para reforzar el terreno, alrededor de la choza. Con los motores parados, deslizó lentamente la barca bajo la plataforma del porche, apartando rudamente a un lado con el codo su propio bote al saltar a tierra. Colocó la canoa junto a los pilares que sostenían la casa y la amarró por la proa y por la popa.

Recogió el saco de moluscos, subió por la escalera, levantó la trampilla y trepó a la cabaña que era su morada. Echó los moluscos dentro de un barreño poco profundo, volvió a salir al porche, hizo bajar hasta el agua un cubo pendiente de una soga y lo volvió a izar, subiendo en él una cantidad de agua suficiente para cubrir los moluscos. Éstos empezaron a agitarse dentro del barreño.

—Estabais muy sabrosos aquella vez que os freí con manteca y cebollas, ¿verdad?

Se preguntó cuándo sería el mejor momento para comérselos. Se conservarían bien. Tal vez sería mejor a última hora del día.

—Me metisteis en un buen aprieto aquella vez que, por ir a buscaros, encontré a aquella chica, en aquella canoa, ¿eh?

¿Cuándo había sucedido aquello? ¿El año pasado, o ayer, o era algo que aún tenía que ocurrir, o tal vez…? ¡Dios mío…!, ¿sucedía en aquel momento?

Fue al rincón de sus meditaciones, se agarró con las manos a los palos que había colocado allí como soportes y apoyó la cabeza en la madera de la pared. Apretó las manos tan fuertemente como pudo sobre los soportes, con la fuerza suficiente para que los músculos de los hombros crujieran y se abultasen. La superficie de los palos estaba brillante en el sitio por donde se había agarrado a ellos en millares de ocasiones y la madera de la pared manchada en el lugar donde había apoyado la cabeza otras tantas veces.

Todo se desataba y se esfumaba, y así Corpo no sabía ya dónde estaba. Tenía que volver a tirar de las cosas y anudarlas. Tenía que cerrar los ojos y pensar en dos hileras de postes que se extendieran, como dos vallas, a lado y lado, encerrándole dentro para no permitirle mirar hacia los lados, de manera que el día de mañana quedase enfrente, y el día de ayer detrás, y el mes pasado y el año pasado detrás y lejos. Entonces podía ver la conformación del día anterior y del día siguiente y, por medio de ellos, llegar al momento presente.

Sí, la muchacha estaba allí abajo en aquellos instantes.

Chasqueando la lengua, descontento de sí mismo, deshizo Su cama, dio vuelta al colchón, sacó de un cajón otras sábanas limpias y volvió a hacer la cama con ellas.

Bajó a la canoa una manta de algodón, limpia también, la tendió sobre el puente, junto a la muchacha, e hizo rodar suavemente el cuerpo inerte hasta que estuvo sobre la manta, procurando, mientras lo hacía, no mirarlo. Envolvió con la manta a la muchacha, la cogió en brazos y la subió a la cabaña, asombrándose al notar lo poco que pesaba. Le fue muy fácil sacarla de la canoa y subirla a la casa. La puso en la cama y volvió sobre sus pasos para cerrar la puerta. Entonces ya habían desaparecido los últimos

jirones de niebla.

Abrió el grifo, hizo correr un poco de agua de la cisterna del tejado, la recogió en una palangana y se lavó las manos con ella y con un poco de jabón amarillento. Llenó de agua un puchero, encendió el pequeño hornillo de gasolina y puso el puchero en él. Luego se acercó a la muchacha, se agachó hasta sentarse sobre sus talones y la miró. Tenía una cara muy bonita, pero los huesos parecían lo suficientemente agudos para atravesarle la piel. Tenía arrancada la piel de las mejillas, de la frente y del borde de la mandíbula. Corpo pensó que podían haber rozado en la madera de cubierta si la canoa se había balanceado mucho. Tenía los brazos delgados, no más gruesos que la pata de un pavo. Le tocó la frente y no pudo contener una exclamación de asombro.

—Es como si tuvieras fuego en la cabeza, Missy —murmuró—. Tienes un fuego que te quema la carne, desde la médula de los huesos.

Al volverle suavemente la cabeza, notó que tenía el cabello muy enmarañado, encima de la oreja. Corpo lo apartó y encontró una herida, que tenía, tal vez, dos pulgadas de longitud y casi una pulgada de anchura. La lluvia la había lavado y había crecido sobre ella algo de piel, como si fuera a curarse, pero los bordes estaban tumefactos.

Mordiéndose los labios y conteniendo la respiración, Corpo fue tocando suavemente con el dedo la herida, pero no notó bajo ella ninguna fractura ni ninguna blandura fatal.

—Chiquita, tienes una cabecita muy dura, o te dieron un buen golpe, un golpe fuerte, con el extremo de ese rifle. Lo que esto necesita es que se cosa algo, y tal vez yo pueda hacerlo, y tal vez no. Depende.

Cuando el agua del puchero empezó a hervir, echó un puñado de hojas de té, la sacó del fuego y la removió. Llenó una taza de metal, probó la infusión, sopló para enfriarla, añadió dos cucharadas de azúcar, la revolvió, volvió a probarla y llevó la taza a la muchacha. La incorporó pasándole un brazo por la espalda y sosteniéndole la nuca le vertió el té caliente en la boca. El líquido se salió y le corrió por la barbilla dos veces con el mismo resultado.

Sacudió a la muchacha gritando:

—¡Trágalo ya, maldita sea! ¡No me ensucies más la cama!

Cuando lo intentó por tercera vez, los músculos de la garganta funcionaron y el líquido fue hacia abajo. Le hizo tragar así todo el té, la volvió a tender suavemente y le dijo:

—Mira, Missy, cuando te grito tienes que comprender que me sale antes de que haya podido pensarlo. Ahora tengo que ver qué aspecto tiene esa espalda. Ten la amabilidad de disculparme.

La colocó cara abajo y apartó la manta tirando cuidadosamente de ella en las porciones en que se había adherido a los líquidos que supuraba la carne quemada. Tragó saliva al notar el débil olor a infección, y dijo:

—Ahora, quédate quieta ahí. No es tan mala la cosa, Missy. Cuando nos llevaron al Norte de África, para hacernos descansar algún tiempo, había un muchacho en mi batallón…, no puedo acordarme de su nombre…, un muchacho rubio… que se emborrachó, perdió el conocimiento en la playa y no se despertó hasta la tarde, y tenía peor aspecto que tú.

Examinó cuidadosamente a la muchacha. Era fácil adivinar lo que había pasado. Tenía la piel muy tostada por el sol, pero no en las nalgas, que sin duda habían estado cubiertas por unas reducidas bragas ni en una porción de la espalda, que debió de cruzar una banda. Allí, las quemaduras habían sido más profundas, habían producido ampollas, que habían supurado, y ahora la piel era de un extraño color rojo oscuro con algunas zonas amarillas y otras de un amarillo verdoso.

Corpo, después de meditar unos instantes, fue a buscar el pequeño tarro de las sulfamidas que usaba cuando tenía una infección producida por el arañazo de un pato marino, por la espina de un barbo o por el picotazo de algún insecto. Quedaba muy poco. Entonces abrió una de sus pequeñas latas de mantequilla, puso en una escudilla aproximadamente dos partes de mantequilla y una parte de ungüento y lo mezcló todo cuidadosamente. Luego sacó de debajo de la cama la botella de *whisky* que empleaba para las mordeduras de las serpientes, arrancó una hoja de su bloc y la arrugó entre sus dedos, haciendo con ella una pelota. Se sentó sobre el borde de la cama, empapó de *whisky* la bola de papel y, después de un momento de indecisión, empezó a frotar con ella las partes dañadas despegando las costras, pues estaba convencido de que lo primero que tenía que hacer era desinfectar las heridas.

Le parecía que la muchacha gemía levemente, pero no estaba seguro.

—Tienes muy mal aspecto, Missy. Estás consumida, con los huesos saliéndose de la carne y esos pequeños bultos por la espalda, como aquel campo de cultivo que tomamos una vez en la guerra. Y tienes la barriga hinchada, como las personas que se están muriendo de hambre. Bueno, ahora ha pasado lo peor y ya puedo untarte con manteca.

Le untó la espalda con la mezcla que había preparado y empezó a frotarla con ella. Mientras lo hacía, le iba susurrando unas palabras. Cerró los ojos y empezó a balancearse diciéndose que, aun depauperada por el hambre, herida y con la piel llena de quemaduras, aquella mujer era suave, dulce y tierna. De pronto, se dio cuenta de que había empezado a respirar de prisa, entrecortadamente. Se puso en pie de un salto, tapó a la muchacha con la manta y comenzó a pasear de un lado para otro maldiciendo al demonio por querer presentarse en un momento como aquél. Se enjugó las manos con la toalla, se sobrepuso a lo que sentía, recobró la compostura e intentó pensar con qué podría cubrir aquellas quemaduras.

Recordó que tenía gasa en alguna parte, la buscó hasta que la encontró, cortó unos pedazos cuadrados, de tamaño adecuado, los hizo hervir, los retorció para escurrir el agua y los apretó sobre las partes quemadas. Después dio suavemente la vuelta a la muchacha, volvió a colocarla boca arriba y la cubrió bien con la manta.

La herida de la cabeza requirió más tiempo y ocasionó más dificultades. Corpo tuvo que encender la linterna de gasolina y acercarla cuanto pudo. Tuvo que mojar el enmarañado cabello, enjabonarlo y afeitarlo con mucho cuidado. Puso en una cacerola algo de hilo de nylon trenzado, para hacerlo hervir. Pero ¿qué pondría en la herida? No le quedaba nada más.

De pronto, se levantó de un salto, se dio una palmada en la frente y dijo:

—Este mundo está lleno de tontos, se mire por donde se mire, Missy.

Bajó a toda prisa, entró en la bonita canoa, buscó el botiquín de urgencias en uno de los sitios destinados a guardar cosas y tardó menos de un minuto en encontrarlo. Era grande y estaba nuevo, con

el sello entero todavía.

Puso un fuerte antiséptico en la herida de la cabeza, y la cosió sólida y limpiamente, juntando los bordes. Luego la vendó, con una venda de gasa. Tenía gran cantidad de medicamentos y de instrucciones para emplearlos. Estas instrucciones eran difíciles. Podía llegar a comprenderlas, pero, si leía las siguientes, la primera parte de lo que había leído se le borraba inmediatamente. Encontró otro medicamento para las quemaduras, y muchas gasas y esparadrapo que utilizó para la dañada espalda. También algunas píldoras para la fiebre, para las infecciones y para muchas otras cosas que parecía estar padeciendo la muchacha. Seleccionó cuatro medicamentos distintos y decidió que le haría tomar dos píldoras de cada uno. Pero la manera de hacérselas tomar constituía otro problema. Descubrió que podía poner a la enferma muy plana, boca arriba, y tirarle hacia abajo la mandíbula inferior, sujetándole la lengua con el pulgar. Le metió un par de píldoras tan adentro como pudo, hacia la base de la lengua, introduciéndolas y empujándolas con un dedo. Vio que si le cerraba las mandíbulas y le vertía té en la boca por un extremo, que le entreabría con la otra mano en forma de una pequeña bolsa, los músculos de la garganta funcionaban y la muchacha se tragaba las píldoras.

Miró hacia el exterior y se asombró al ver lo mucho que había avanzado el día. Leyó todo lo referente a exposición al sol, a insolación, a deshidratación, a heridas en la cabeza, a *shock* traumático y el tratamiento para algunas de estas cosas parecía ser el opuesto del adecuado para las otras. Leía las palabras en voz alta esforzándose por comprender. Había una cosa de la que no cabía duda: era necesario nutrirse y tomar mucho líquido.

Hirvió los moluscos, los aplastó hasta formar una pasta espesa y se la fue haciendo tragar poco a poco. También le hizo tomar más té y agua hervida, y coñac que encontró en la canoa. Cuando notó un fuerte olor a amoníaco y vio sobre la manta una mancha que se iba extendiendo, tuvo una sensación de alegría. Haber llenado el tubo digestivo de la desconocida *hasta* el punto de que empezaba a salir algo por el otro extremo, significaba un progreso bastante importante.

Cuando cayó la noche, cerró los postigos de las ventanas e hizo la primera comida del día. Encendió otra linterna. A la luz del

queroseno, la muchacha parecía bonita, con el cabello que él le había peinado hacia atrás, colocándolo de manera que tapase la parte afeitada. No tenía ya los labios tan abultados como antes, ni parecían tan llenos de grietas.

Aunque sabía que ella no lo oía, le habló dulcemente:

—Mira, chiquita, tengo que asegurarme de que no tienes ninguna otra herida que me haya pasado por alto. Comprendes esto, ¿verdad?

Apartó la manta y examinó a la muchacha a la luz de la linterna. Tenía aún el vientre hinchado. Descansaba sobre la cama limpia. Tenía las manos medio cerradas, y la mata de pelo, de color de canela, le daba un aspecto infantil y confiado. Parecía saber que con el viejo Corpo estaba segura.

Corpo dio un mugido, tosió y se levantó de un salto. Cubrió nuevamente a la muchacha con la manta, se dirigió hacia el rincón de las meditaciones, se asió a los soportes y apoyó la cabeza contra la madera de la pared.

—¿Qué intentabas hacer? —se preguntó a sí mismo—. ¿Quién crees que eres?

Abrió los ojos, volvió la cabeza y miró a la muchacha, que estaba al otro extremo. Y le volvió a pasar aquello tan extraño. Le sucedía a veces, cuando estaba impresionado. Era como dar medio paso hacia atrás, entrando en una brillante zona de ajetreo y contemplando desde allí su vida, que veía entonces como una vieja, confusa y extraña película. En tales ocasiones, contemplaba con incredulidad las cajas donde guardaba las cosas, las deslucidas prendas de vestir que colgaban de unos clavos de la pared, la silla de paja que había encontrado flotando sobre las aguas después de una tempestad y toda la colección de cacerolas y latas, salvavidas y redes esparcidas por todas partes, así como los diversos objetos encontrados en las playas después de los temporales: la tapa de una incubadora, una parte de un toldo, un perrito de plástico blanco, un barrilito vacío, la hilera de botellas colocadas sobre un estante, encima de la fregadera de madera que él mismo había construido, botellas de superficie opaca y sin brillo a causa del desgaste producido por la resaca al romper las olas sobre ellas.

Ante aquella situación extraña, siempre quería preguntar qué le harían hacer y por qué lo hacían estar de aquel modo. En aquella

zona de ajetreo, las cosas se movían con demasiada rapidez para que pudiese verlas bien, pero había allí rostros y calles, libros y edificios, palabras pronunciadas demasiado de prisa para poder comprenderlas. Igual que las otras veces, todo se desvaneció a lo lejos volviendo a dejarle en su barraca, desapareciendo el recuerdo de todo aquello con tanta rapidez como la sensación. Pero Corpo sabía que lo reconocería en seguida, tan pronto como le volviese a pasar, como uno reconoce un sueño que se ha tenido anteriormente, en alguna otra ocasión.

Se acercó a la pared donde ponía a las muchachas. Todos los meses, después de cobrar su cheque, compraba una revista. Y cuando venía retratada en ella una muchacha con la cual le hubiera gustado estar, una chica bonita y atractiva, que parecía saber divertirse, recortaba la página, escribía en una punta el nombre de la elegida, la clavaba con tachuelas en la pared y la presentaba a las demás. Dorren, Ceil, Jackie, Puss, Bernadette, Connie, Judy Jean, Charleen… Las primeras que habían llegado a aquel lugar tenían manchas de humedad y sus colores iban palideciendo.

Lenta y metódicamente, fue arrancando las fotografías, colocándolas en un ordenado montón y dejando unas puntas de papel en las tachuelas clavadas en la pared. Sostuvo el montón en la mano, en posición adecuada para poder romper las fotos por la mitad, pero no pudo hacerlo, porque de pronto le pareció que rasgaría las blandas carnes. Dobló las páginas, meditando dónde debía guardarlas, y al fin las puso en la caja donde tenía la ropa que se ponía para ir al Banco.

Inclinándose sobre la muchacha, la miró y dijo:

—Te da demasiada luz en la cara, Missy. Debí haberte llevado al puesto de socorro. Los practicantes solían decir que no se moviese mucho a los heridos, que se hiciera lo que se tenía que hacer en el mismo sitio en que habían caído. Pronto se sabe entonces si podrán soportar el traslado, o si se morirán.

Acercó la linterna y dio más luz a la cara de la muchacha. Se inquietó al ver la inmovilidad de aquel rostro, que parecía sin vida. Bajó hacia él la linterna, puso las puntas de los dedos bajo la mandíbula y no notó nada.

—¡De manera que te me has muerto! —gritó—. ¡Después de todo lo que he hecho por ti! ¡Después de haber trabajado tanto!

¡Maldita perra! ¿Qué demonios va a decir el teniente? ¿Por qué has hecho esta tontería, chiquilla?

La muchacha pareció mover los labios. Corpo calló, la miró, volvió a colocarle dos dedos sobre la garganta.

—Bueno, ¿por qué te ha maldecido Corpo? Ese corazoncito funciona como es debido. ¡Pom, pom, pom…! Me equivoqué en el sitio donde puse mis dedos tontos y no encontré el pulso, porque no es muy fuerte, pero ahora ya no tiene aquel latido que parecía el batir de las alas de un pájaro, aquella vibración agitada. Mira, Missy, duerme profundamente y con tranquilidad, y Corpo estará cerca de ti.

Apagó las linternas, esperó poder ver en la oscuridad, y luego salió, atravesó el pequeño claro abierto en la espesura y trepó por la escalera de cuerda que conducía a la plataforma que había construido entre las ramas más altas de la única encina que había en la isla y cuyas raíces, impermeables al agua salada, se hundían.

Corpo se sentó en la plataforma, con las piernas cruzadas, contemplando las entrelazadas ramas de la espesura de mangles. Desde allí, hacia su derecha, podía ver la hilera de luces que se extendía al otro lado del canal, la luz encendida en la boya, más allá del canal de la ensenada, y el racimo de luces de neón de los alrededores de la playa. A su izquierda estaban las luces de las casas que se alineaban en la bahía y a su espalda, por encima de su hombro izquierdo, podía ver la iluminación de Broward Beach. La brisa nocturna que llegaba del Nordeste era bastante fresca. Uno de los pájaros acuáticos nocturnos volaba por encima de la isla emitiendo un grito parecido a la risa ronca de un borracho. Oyó correr a una rata por las palmeras, luego oyó saltar a un pez grande, en su canal, y a otros más pequeños que huían apresuradamente de él. Cuando la brisa muriese, los mosquitos de los pantanos formarían una nube zumbando a su alrededor. Abrió la caja de madera que había clavado a la plataforma, sacó una pequeña botella llena de un líquido oleaginoso, se engrasó con él los brazos, el cuello y las orejas, molesto por el olor que despedía, porque se sobreponía a los olores de la noche.

Poco después de haberse trasladado a la isla, había dejado de fumar y, poco a poco, volvió a percibir los olores, hasta que se hicieron tan intensos para él como cuando era niño y podía

encontrar los escondrijos donde dormían los gatos de los pantanos, los sitios donde habían comido las lechuzas y donde anidaban los crótalos de la marisma. Aquel viento era bueno para los olores nocturnos. El que venía de otras direcciones tenía a menudo el olor de la carne que quemaban detrás de sus casas, o el espeso hedor de los autobuses urbanos o el olor de las hogueras encendidas para quemar los montones de basura que rodeaban la ciudad, un olor que a él le parecía que tenía un matiz visible, un amarillo-verdoso sulfatado. La carne quemada olía a púrpura y el tufo de los autobuses a marrón rojizo.

Cuando bajó por la escalera de cuerda, bostezando y ya dispuesto a irse a dormir, al cruzar el claro, se sobresaltó al ver la gran silueta de una barca desconocida, bajo la plataforma del pórtico, y después de un momento de perplejidad, el recuerdo volvió, a trompicones, a su mente. Subió a toda prisa por la escalera y entró en su cabaña, se arrodilló al lado de la cama y acercó el oído a los labios de la muchacha. Pudo percibir la respiración, débil, pero firme. El olor de su aliento era agrio y, a través de los olores de los medicamentos, más intensos, podía percibir el olor de enferma. Era un olor parecido al del pan fresco. Le puso sobre la frente el dorso de la mano. Aún la tenía caliente, tal vez un poco menos, pero de esto no podía estar seguro.

Pensó, de pronto, que podía dormir en la canoa de la muchacha, en una de las dos literas de la parte anterior. Había pasado todo el día sin echar una mirada a aquella canoa. Podía contener algunas cosas buenas, en bastante mejor estado que si se hubiera ido a pique y las olas hubiesen arrojado su contenido a la playa.

Cuando estuvo a bordo, recordó haber visto una linterna en el mismo armario donde encontró el botiquín. La encontró valiéndose del tacto. Era grande, con un lente grueso, un cristal rojo y una pila cuadrada de seis voltios.

Encontró muchas cosas buenas: una máscara submarina, unas aletas, el resto del equipo de buceador, un rifle submarino, unas cañas de carrete, una caja de avíos de pesca, hilo de nylon con anzuelos para pescar desde cubierta, palletes, cartas de navegación, garfios, ropa de cama, varias botellas de bebidas alcohólicas, toallas, trajes de baño, sombreros, zapatos de marino, un extintor de incendios y latas de aceite para el motor. Y cuidadosamente

envueltas para preservarlas de la humedad y del agua, dos armas de fuego: una pistola del calibre 22, y una escopeta de un solo cañón, rota. Armas inútiles, armas de juguete. No tenían culata para derribar al enemigo cuando se echa sobre uno inesperadamente. Admiró la limpieza y el orden con que todo estaba almacenado allí y los bien dispuestos compartimentos.

Cuando amaneciese, miraría cómo funcionaba el sistema eléctrico y cuánto combustible quedaba, y si estaba en buenas condiciones el pequeño lavabo. Abrió la escotilla de proa para la ventilación y probó cómo funcionaban las persianas. Decidió no usar la ropa de cama, sino dormir sobre la cubierta de plástico de la litera. Encogido bajo el poco elevado techo, se desnudó hasta quedar vestido tan sólo con sus harapientos calzoncillos, apagó la linterna y se tendió.

Inmeditamente, empezó a preocuparse por la muchacha. Se levantó, subió a la cabaña, le echó un vistazo, volvió a bajar y volvió a subir. Por fin le ató un cordel al tobillo, hizo pasar el cordel por la trampilla de la puerta, lo dejó colgando, ató al otro extremo un par de latas vacías y metió en ellas algunas plomadas. Al pellizcar el cordel, retorciéndolo, todo aquel improvisado aparato repiqueteaba magníficamente. Si la muchacha empeoraba, tal vez se agitaría un poco y si se despertaba el artefacto avisaría y Corpo podría llegar a su lado antes de que se asustase demasiado al verse en un lugar extraño.

El teniente se sentiría orgulloso si supiera lo bien que su sargento arreglaba las cosas ahorrando molestias a todo el mundo. ¡Bueno! Si llevaba aquella chiquilla enferma a la ciudad todos empezarían a gritarle y a meterle en enredos. Y los almibarados tontos en sus almibaradas casas, volverían a firmar papeles, y a armar jaleo con el teniente.

Y éste le había dicho que no se metiera en nada, porque si les daba el más pequeño motivó, aquellos hombres lo expulsarían de la isla para siempre. El teniente comprendería que no podía haberse limitado a mirar dentro de aquella bonita canoa, haber visto a la muchacha y haber empujado luego la canoa a lo lejos, mar adentro, para que siguiera flotando entre la niebla. Para un soldado, decir que no quería meterse en nada era una pobre excusa para no ocuparse de los heridos.

Se dijo luego que tal vez lo mejor sería mantener al teniente ajeno al asunto hasta que todo hubiese concluido, de una manera o de otra. Si la jovencita moría a pesar de los cuidados que le prodigaba, fabricaría una bonita caja, rezaría las oraciones que había que rezar y durante algún tiempo le llevaría flores frescas a la tumba.

Si salía de aquel mal trance, pasaría algún tiempo hasta que le volvieran las fuerzas y pudiera salir de la isla en la canoa, sonriendo, mirando hacia atrás, agitando la mano en señal de despedida y gritando: «¡Muchas gracias, sargento! ¡Adiós, sargento! ¡Gracias por todo!», hasta que su voz juvenil se desvaneciera a lo lejos.

¡Ropa! Ahora, tenía que conseguir ropa, de donde fuese. En la canoa, no había una sola prenda de vestir, excepto el escueto bikini, que no remediaba la desnudez. Cuando la muchacha mejorase, necesitaría algo para ponerse. Y también las otras cosas que solían tener las mujeres: un peine, un lápiz de labios, etcétera, y un bolso para guardarlo todo.

Hasta que pudiera arreglar las cosas de otro modo, tal ver serviría para la chica una de las dos buenas camisas blancas de Corpo; quizá fuera lo suficientemente larga para que, mediante algún arreglo de costura, se pudiese transformar en algo que la cubriese decentemente. Como cinturón, podría servir alguna bonita cuerda de nylon blanca, sacada de aquella canoa. Y para adornarse algo, tenía aquel broche de piedra encarnada que Corpo había encontrado en la playa.

Más tarde, podría idear alguna manera de conseguir lo necesario para la muchacha. Buscaría alguna mujer que le comprara las cosas que él traería a la isla. Tal vez una de las empleadas del Banco adónde iba a cobrar todos los meses el cheque del Gobierno. No, porque podría contárselo al teniente. Entonces, ¿una de las mujeres que deambulaban por los alrededores del muelle de Shanigan? De vez en cuando, tal vez ni siquiera cada dos meses, el recuerdo de aquellas mujeres se le empezaba a meter en la cabeza, por mucho que intentaba apartarlas de sus pensamientos, y, por fin, una noche abría la caja del dinero, sacaba un billete de veinte dólares, otro de cinco, se iba en su bote, atracaba en el muelle de Shanigan, se sentaba en la barra del bar y, cuando ya el billete de cinco dólares

se le había ido casi totalmente en vino, había siempre a mano alguna de aquellas mujeres, que le llevaba más allá de los lavabos, a la trastienda o a la bodega, al desvencijado diván que había en un rincón, asegurándose de que le daba el billete de veinte dólares antes de empezar a aligerarse de ropa. Por el alto y polvoriento ventanuco entraba siempre la misma luz, roja y blanca, blanca y roja, que cambiaba de color con la rapidez de un latido del corazón. Procedía del letrero de Shanigan, que había en el exterior, hacia los muelles. La luz era siempre la misma y todo sucedía siempre de la misma manera sin que hubiera medio de cambiarlo o de detener el curso de las cosas, hasta que, con demasiada rapidez, todo había pasado.

No, no quería recurrir ahora a ninguna de aquellas mujeres que cogían el dinero y servían de diversión. Corpo, el tonto. «¿Dónde están tus medallas, sargento?». Al volver a la isla en su bote tenía que luchar para permanecer despierto y el *whisky* se le volvía amargo en el estómago y durante todo el día siguiente se decía que nunca volvería allí, que no volvería jamás, no, señor. Ninguna de aquellas mujeres servía para escoger ropa para la «Missy», ni siquiera para tocar aquella ropa.

Cuando ya estaba a punto de dormirse, le devolvió la lucidez un sonido familiar y espantoso. Supo que uno de los grandes búhos de la isla había llegado silenciosamente al claro, llevando en sus garras una de las pequeñas y blancas golondrinas de mar de la ensenada. La víctima chillaba de pánico, como si implorase compasión, y mezclados con sus gritos de terror podían oírse los gritos que emitía el búho, un profundo y gutural cloqueo de satisfacción. Los chillidos de la golondrina fueron debilitándose hasta convertirse en una especie de lamento apagado, que terminaba con un último y agudo grito silbante; En el silencio de la noche, el búho siguió algún tiempo con sus cloqueos, antes de empezar el festín.

Sería mejor que le explicase a la muchacha el significado de aquel ruido, antes de que se volviera a oír alguna noche, durante la convalecencia.

Capítulo XI

Como resultado de su conversación con los Barth y los Hilger, los dos matrimonios que iban a bordo del *Chris-Craft* de Jacksonville que había recogido al capitán Garry Staniker en Cayo Joulter del Sur, llevándolo a Nassau, los telegrafistas de esta ciudad pudieron enviar a todas partes informes completos del desastre a tiempo para que pudieran salir en los periódicos el sábado por la mañana.

EL ÚNICO SUPERVIVIENTE EN LA EXPLOSIÓN DE UN YATE ES EL CAPITÁN, decía el titular de la primera página del *Record*, de Miami. Raoul Kelly, mientras estaba desayunando en el mostrador de un bar, vio que el periódico había publicado una fotografía que un periodista activo había desenterrado de alguna parte a principios de la semana. La había tomado en una playa de Miami un individuo que, al parecer, se había interesado mucho más por las cañas de pescar que había en el barco que por las personas que iban a bordo. Había sido tomada aquella fotografía momentos después de que las cañas se hubiesen llevado a bordo. Staniker, que llevaba el timón, estaba medio vuelto hacia la cámara, ocupado en hacer que el *Muñeca* se alejase de la costa. Mr. Bixby Kayd, que parecía enorme, con sus pantalones de baño y una americana playera y que llevaba unas grandes gafas oscuras y una gorra de jugar a béisbol estaba de pie sobre cubierta, inclinado sobre la barandilla. Roger se hallaba de pie junto a la barandilla de proa, sosteniendo una caña. Carolyn Kayd (y pocos reportajes dejaban de mencionar que había sido de las primeras clasificadas en el concurso de belleza convocado para elegir una «Miss Texas» hacía cuatro años) estaba tendida boca arriba, sobre una toalla de baño en el techo de la cabina, con una rodilla levantada. La brevedad del bikini y el ángulo de la cámara daban una razón más que suficiente para explicar el fallo aprobatorio de los jueces del concurso. Su morena hijita Stella estaba sobre el puente, de pie junto a Staniker, mirando hacia atrás, como él. En la popa, muy poco visible, estaba la invitada del yate,

Leila Boylston, una muchacha muy bonita y muy peripuesta que sujetaba uno de los hilos de pesca colocados a popa. Sólo faltaba Mary Jean Staniker, que podía suponerse que estaba abajo, consagrada a obligaciones de ama de casa. En una página interior, Raoul encontró un mapa simplificado de la porción central de las Bahamas, en el que podía verse Nueva Providencia, las Islas Berry, los Cayos Joulter y el extremo Norte de la isla de Andros. El cartógrafo había señalado un punto a la derecha de los Cayos Joulter y había dibujado allí un diminuto barco rodeado de una aureola de rayitas para indicar la explosión.

Raoul leyó cuidadosamente el reportaje, pidió más café y lo volvió a leer de cabo a rabo. El estado de Staniker era bueno. Tenía algunas quemaduras fastidiosas. Estaba en el «Hospital de la Princesa Margarita» y no había podido confirmar aún lo que había dicho a los dos matrimonios de Jacksonville después de haber sido rescatado.

Un pequeño detalle llamó la atención de Raoul. El reportaje decía que antes de ser contratados, un mes antes, por Bixby Kayd, Staniker y su esposa habían trabajado en
Parker's
Marina, al sur de Tahiti Beach, en la Bahía de Biscayne. Raoul sabía por Francisca que el capitán Staniker, el asiduo visitante de Crissy Harkinson, había estado trabajando en alguna parte, no muy lejos de la casa de Crissy, pero no sabía dónde. Había pasado por
Parker's
Marina bastantes veces, y lo recordaba como un lugar melancólico, donde los barcos paraban para que la tripulación bebiese unas cañas de cerveza.

Con su instinto de periodista, que le decía hasta qué punto se podían aceptar las coincidencias, sintió cierta curiosidad por las relaciones que podían unir entre sí a todas aquellas personas. Ferris Fontaine, Crissy Harkinson, Kayd, Staniker. Staniker se había estado escabullendo de vez en cuando de la pequeña y triste estación marítima para continuar su asunto amoroso, que estaba al rojo vivo, con la señora que había vendido el *Odalisque por* mediación suya. Kayd visitó a Crissy en marzo. ¿Por qué contrató Kayd a un hombre que, al parecer, no podía encontrar otro empleo como capitán? ¿Y por qué no podía Staniker encontrar otro empleo? El yate que el

senador regaló a Crissy había sido vendido a primeros de enero.

Raoul se encogió de hombros y apartó de su mente estos pensamientos. Evidentemente, si había algo sospechoso en todo aquello, cualquier intento de desenmarañar el embrollo envolvería a Francisca porque era la única persona que podía atestiguar las visitas de Kayd a la Harkinson. ¿Y qué representaría, para la precaria situación de Cisca, todo aquel jaleo? ¿Qué sería, para ella, que la llevasen a un sitio lleno de hombres vestidos de uniforme que le harían preguntas?

Después se dijo que, al fin y al cabo, todo aquello no era asunto suyo. La situación le divertía y despertaba en él instintos burlones. ¡Qué situación la del refugiado! Que los ricos se mataran entre ellos. A cada nueva víctima habría uno menos.

Cuando se produjo la llamada telefónica, aquel sábado poco después del mediodía, Crissy estaba tendida boca arriba sobre una colchoneta, junto al barco de vela amarrado en el pequeño desembarcadero, allá abajo de su casa. Había doblado y encogido el bikini que llevaba puesto hasta reducirlo a las menores dimensiones posibles, y mantenía vuelta hacia arriba la cara, embadurnada de una crema que se iba diluyendo entre regueros de sudor. El resplandor rojo-fuego del sol le atravesaba los párpados. Francisca bajó por los escalones de piedra para decirle que un periodista la llamaba por teléfono.

Era una llamada que esperaba y, para tomar el tiempo de prepararse para las probables preguntas, encargó a Francisca que dijera a aquel hombre que volviera a llamar veinte minutos después. Cuando volvió a llamar, Crissy se había duchado y acababa de ponerse un vestido. Pasó la llamada al teléfono supletorio de su dormitorio y se tumbó diagonalmente sobre la gran cama baja, apoyándose sobre los codos.

—Aquí Weldon, del *Record*, señorita Harkinson. Ese capitán Garry Staniker, si lo he entendido bien, ¿había trabajado para usted?

—Sí, Mr. Weldon.

—Y su barco se llamaba *Odalisque*. ¿No es así? ¿De qué tamaño era?

—No muy grande. Era un «Hatteras» de treinta y cuatro pies. ¿Por qué me pregunta usted eso, por favor?

—Pues porque supongo que sabe usted que ha sido encontrado y que…

—Sí. Debe de haber sido terrible.

—El motivo de las preguntas es que va a haber una especie de investigación, para descubrir si lo que ocurrió fue por culpa del capitán. Ahora estamos intentando seguirle el rastro hacia atrás, averiguar si la gente para quienes trabajaba creían que era competente en su oficio. ¿Cuánto tiempo trabajó para usted?

—Puede decirse que unos dos años y medio, aproximadamente. Casi tres. Hace cerca de un año puse el barco en venta. No lo usaba mucho y los gastos del seguro, de conservación, de estancia en el muelle y de combustible, unidos al sueldo del capitán, subían demasiado. En abril pasado, cuando puse el yate en venta, pagué al capitán todo el mes de mayo. Le di excelentes recomendaciones, pero supongo que no es fácil encontrar empleos como aquél. Fui reduciendo mi precio de oferta hasta que, en enero último, quedó vendido el barco. Saqué de él la mitad de lo que esperaba.

—¿Cómo llegó a contratar a Staniker?

—En realidad, me lo proporcionó un amigo. El capitán había estado trabajando en un barco de una compañía en la que mi amigo tenía intereses, y decidieron vender aquel barco.

—¿Le importaría decirme quién era ese amigo?

—Si no se lo dijera, supongo que podría averiguarlo con bastante facilidad. Era Ferris Fontaine, senador del Estado. Pero temo que, si publica usted eso, puede dar lugar a falsas interpretaciones. Yo había hecho un convenio con el senador, mediante el cual éste podía disponer del *Odalisque* y de su capitán cuando quisiera, haciéndomelo saber por anticipado, naturalmente. Y contribuía al sostenimiento del barco. Por eso, pocos meses después de morir el senador, decidí que el *Odalisque* me costaba demasiado para el número de veces que lo empleaba.

—¿Estaba usted satisfecha del trabajo de Staniker?

—¡Oh, sí! Mantenía el yate en muy buen estado. Siempre lo tenía a punto para zarpar.

—¿Tuvo alguna vez dificultades con el barco?

—¿Qué quiere usted decir?

—Bien…, si hubo alguna avería o algún deterioro mientras él lo llevó.

—Hubo sólo una pequeña reclamación del seguro. Se encalló, yendo a bordo el senador y unos amigos de éste, cerca de Stuart, saliendo del canal de Santa Lucía, con rumbo al Atlántico. Pero tengo entendido que las aguas son allí muy engañosas y que las barras de arena cambian de sitio. Quedó encallado en el mismo canal, yendo a poca velocidad, y se le torcieron un eje y una rueda.

—¿Bebía Staniker mientras estuvo al mando de su barco?

—A veces, cuando nos adentrábamos en el mar para pescar y hacía mucho calor, bebía algunas latas de cerveza fría. No más que eso.

—¿Y en lo que se refiere a las precauciones de seguridad?

—El *Odalisque* tenía motores de gasolina y Staniker lo ponía siempre en marcha con mucho cuidado abriendo las escotillas, haciendo funcionar los ventiladores y no permitiendo nunca que nadie encendiera distraídamente un cigarrillo. Y cuando compré el barco, hizo instalar un aparato detector en la sentina con un timbre de aviso. No tropezamos con ninguna dificultad al pasar por la inspección de los Guardias de la Costa.

—Entonces, ¿estaba usted conforme en darle una buena recomendación cuando buscó otro empleo?

—Sí, claro que sí. Le di, para quien pudiera interesarle, cuando quedó a media paga, una carta en la que decía que había trabajado para mí durante un período de tiempo determinado y que yo vendía mi barco y no tendría ningún inconveniente en contestar a todo lo que quisiera preguntarme acerca de él cualquier persona que quisiera contratarle.

—¿Le preguntó mucha gente?

—Creo que fueron seis o siete personas. Puse por las nubes al capitán Staniker, pero me parece que los empleos no llegaron nunca a ser una realidad. Cuando tuve que ponerle a media paga, Mrs. Staniker encontró un empleo en una pequeña estación marítima para poder nivelar su presupuesto.

—¿Siguió usted la pista de cómo le iban las cosas después de vender su barco, Mrs. Harkinson?

Después de un momento de prudente vacilación, Crissy contestó:

—Podría decirse que, más que preocuparme por lo que hacía,

me informaron de ello, Mr. Weldon. Cuando Staniker no podía encontrar empleo y empezaba a perder la confianza, se puso a decir, según parece, que yo tenía la responsabilidad de encontrarle algo mejor que aquel trabajo de los barcos de alquiler. Así es que se dejaba caer por aquí y me contaba sus problemas. A mí me apenaba lo que le pasaba para decirle que dejase ya de molestarme.

—¿Se puso Mr. Kayd en contacto con usted antes de contratarlo?

—No. Pero creo que Mr. Kayd era amigo del senador y me parece que habían tenido juntos algunos negocios. No conocía personalmente a Mr. Kayd, pero hay alguna probabilidad de que haya ido en el *Odalisque* con uno de los grupos que el senador Fontaine reunía allí para algún crucero, y es probable que hubiera hablado entonces con Garry Staniker y que éste le gustase y que hubiese averiguado que Garry había conducido durante cinco años un queche para transportes, por las Bahamas. Y seguramente pensaría que el senador Fontaine no… Bueno, supongo que está usted enterado de cómo se producen los acontecimientos de la vida política, Mr. Weldon.

—Ya sé lo que quiere usted decir. Un barco es un buen sitio para celebrar en él una pequeña conferencia. Seguramente, Fontaine sabía que Staniker era leal y discreto cuando le recomendó a usted que lo contratase y sabía también que era competente en su trabajo. Esto debió de bastarle a Kayd. ¿Le dijo a usted Staniker que ya había encontrado empleo?

—Sí, vino a verme para decírmelo. Estaba muy contento y muy animado. Dijo que era un viaje maravilloso con unas personas muy agradables. Pero luego se quejó de que fuera sólo un trabajo temporal, un empleo que tal vez durase seis semanas, poco más o menos. Dijo que a su mujer le preocupaba dejar el empleo de los dos en la estación marítima para coger un trabajo temporal y añadió que, aunque la paga era buena, tal vez su mujer tenía razón. Le dije que lo hiciera todo lo mejor que le fuera posible y que había la posibilidad de que Mr. Kayd se quedase con ellos permanentemente y, como no tenían ningún hijo que los atara, no había ningún motivo para que no pudiesen llevar el *Muñeca* a Texas en viaje de regreso. Y aun en el caso de que Mr. Kayd no quisiera tener a un matrimonio empleado permanentemente a bordo, podría, tal vez, recomendarles a algunos de sus amigos de Texas,

propietarios de yates. Aquello pareció animarlo. Con franqueza, para mí era un alivio saber que, por fin, había encontrado algo y que no me molestaría durante algún tiempo.

—Lea el relato de lo que Staniker dijo a aquella gente, acerca de cómo ocurrió el desastre. Usted parece entender bastante en barcos.

—No, en realidad, entiendo muy poco. Sólo he tenido ese que le dije y me parece que no quiero tener otro. Es demasiado gasto y demasiada responsabilidad. Después, he estado aprendiendo a conducir un barco de vela, y me gusta.

—Cuando usted leyó lo que había pasado, Mrs. Harkinson, ¿pensó que tal vez Staniker había tenido la culpa?

—De ninguna manera. Es bastante natural conectar aparatos, cuando se va de marcha. Los ventiladores, las bombas de la sentina, etcétera. Y ese barco tenía motor «Diesel» y un conmutador en el puente para poner en marcha el generador y las otras baterías… Creo que para cualquiera sería normal poner en marcha el generador. Un buen capitán intenta ponerlo todo lo más cómodo y confortable posible para el propietario y los pasajeros, de manera que Staniker pensaría seguramente en el ruido que haría el generador si tuvieran que anclar después de haber colocado los garfios. Los barcos son cosas muy complejas y hay un viejo refrán que dice que una cosa sencilla no funciona nunca mal. Hay siempre tres cosas, por lo menos, que funcionan mal al mismo tiempo. Funcionan mal cosas que no se pueden prever. Es como cuando estalló el *Sea Room*, el año pasado.

—¿Fue por algo referente a bombonas de propano?

—Por fin descubrieron lo que había sucedido. Aquella mujer había encontrado en la playa un trozo de coral, gastado por los bordes hasta tener una forma casi redonda y lo puso en un plato, en un armario, en la cocina. Cuando entraron en el estrecho, el barco empezó a balancearse fuertemente y el trozo de coral cayó y dio contra el tubo de cobre que iba a parar al fogón, y el gas empezó a salirse y, como es más pesado que el aire, se filtró directamente en la sentina, y cuando hubo suficiente cantidad para entrar en ignición dio la casualidad de que aquella pobre mujer estaba sentada sobre la tapa de la escotilla, del sollado y la explosión la echó hacia atrás y la arrojó al mar.

—Me parece que usted cree que declararán inocente a Staniker.

—Creo que cualquier otra acción sería terriblemente injusta.

—Una cosa es segura: nadie irá a dar un vistazo a lo que queda del *Muñeca*. Está a unos dos mil metros de profundidad, en el fondo del mar. Bien, le estoy muy agradecido por haberme dedicado tanto rato, y por ser tan sincera y tan útil para mí, Mrs. Harkinson. Esto nos dará la oportunidad de hacer un buen reportaje cuando acabe la investigación y me aseguraré de que no se publique nada que pueda causarle ninguna molestia.

—Se lo agradeceré mucho, Mr. Weldon. Desde luego, se le está dando a este asunto una publicidad enorme, ¿verdad?

—En estas cosas, eso depende de los ingredientes que las componen. Un millonario de Texas, una esposa joven que ha participado en un concurso de belleza, una hija inválida, una invitada joven y bonita, un crucero de lujo por las islas tropicales ¿qué más quiere?, y el capitán es el único superviviente. Los periódicos seguirán ocupándose mucho de esto hasta que aparezca cualquier otro asunto con más ingredientes jugosos. Le doy las gracias otra vez y si se me ocurre alguna cosa que me haya olvidado de preguntarle, ¿puedo volver a telefonear?

—Naturalmente. He tenido mucho gusto en hablar con usted.

Crissy alargó el brazo y volvió a colocar el auricular sobre la horquilla, en el nicho dispuesto en la cabecera de la cama. La cosa había salido bien. Con que Garry representase su papel tal como había sido planeado…

Se recordó a sí misma metiéndole en la cabeza:

—Vas a quedar aturdido del golpe, querido. Aturdido y bajo los efectos del *shock*. Habrás perdido a todos los pasajeros de un yate, incluyendo a tu propia y querida mujer Mary Jane. Así es que ve despacio. No podrás coordinar y recordar bien. Harás como si no oyeras algunas de las preguntas. Deja pasar mucho tiempo antes de contestar. Si te dejas sonsacar por alguien podría costarme la cabeza a mí también.

—Tienes razón, chiquilla.

—Y cuándo el momento y el sitio sean adecuados, hazlo, y no te detengas, ni pienses en nada, hasta que haya terminado esta parte del programa. Por lo que venga a continuación, *¡no pares de pensar ni un solo minuto!*

—¡No te preocupes!

—Ocúpate ahora de todos los detalles, ya que es un trabajo que yo no puedo hacer.

—¿Otra vez? ¡Crissy, por amor de Dios!

—¡Sí, otra vez! Y otra, y otra, y otra… Mira, querido, esto significa nadar ya para siempre en la abundancia. Esta vez tienes muy buenas cartas. Todas las oportunidades que has tenido, alguien te las ha estropeado. ¡Un hombre como tú! Tendrías que estar muy bien forrado. ¡Lo mereces todo, Garry!

Era extraño que se le hubiera ido ocurriendo gradualmente que se podía convertir a Staniker en un arma y emplearlo como tal. Cuando Fer le dijo que había contratado un capitán para que gobernase el yate que le había regalado y los dos habían ido a verlo y a hacer una travesía cortita, la primera, Crissy había quedado asombrada y ligeramente divertida al ver al capitán que había escogido su amigo. Garry Staniker era un tipo corriente, uno de esos hombretones poco hogareños, de movimientos desenvueltos, en realidad casi una caricatura de la raza. De cara ancha y morena, hombros poderosos, músculos abultados, le caía, sobre la frente llena de surcos, una guedeja juvenil de cabello castaño. Le adornaban los brazos unos tatuajes que iban palideciendo. Tenía una cintura muy esbelta y hasta su ropa de trabajo estaba cortada de manera que ponía en evidencia su fuerte naturaleza. Las diversiones y la vida al aire libre habían labrado arrugas alrededor de sus ojos. Había en él la perezosa y medio burlona expresión de seguridad del hombre que, por su magnetismo animal, ha gustado a las mujeres adondequiera que haya ido. Y miraba a Crissy con interés y aire de aprobación, lo que no disgustaba a la muchacha. No parecía posible que pudiera ser tan teatralmente decorativo y al mismo tiempo apto para gobernar el barco. Parecía destinado a representar en la vida un papel de aventurero, de contrabandista del Mar de la China o de traficante en armas del Océano Indico.

Pero sabía meter el *Odalisque* en difíciles espacios de los muelles y también hacerlo salir de ellos con viento y con marea, con la pericia de un taxista que se mete como puede en un aparcamiento. Mantenía el yate en muy buen estado ejecutando todas las tareas que le correspondían, no sólo con pulcritud y eficacia, sino también con el estilo que parecía proclamar que, a pesar de su aspecto corriente, había aprendido su oficio en barcos de lujo.

Era evidente que gustaba a Ferris Fontaine, que confiaba en su habilidad, en su buen juicio y en su discreción. Cuando hicieran travesías más largas, Mary Jane iría también con ellos para ocuparse de guisar, comprar provisiones, hacer las literas y lavar la ropa. Era una mujercita rolliza, sumisa y dócil, de unos cuarenta años. La única tacha que se le podía encontrar en su calidad de sirvienta era cierta incómoda y excesiva inquietud por complacer. Era evidente que adoraba a Staniker. Él la trataba casi siempre de una manera amistosa, con la actitud amable y condescendiente que se podía tener con un perro casero al que uno está acostumbrado y al que se tiene cariño. Cuando se disgustaba con ella, su voz adquiría un tono que la sobresaltaba como si hubiera recibido un latigazo. Crissy, al hablar unas cuantas veces con Mary Jane, se enteró de que, cuando se casaron, Garry acababa de salir de la Marina, mientras que ella trabajaba como camarera en San Diego. Habían pagado, en su mayor parte, el queche de las Bahamas con los ahorros de Mary Jane. Después de varios abortos, se la sometió, por motivos de salud, a una operación que la incapacitó para tener descendencia. Decía que a menudo echaba de menos las Bahamas. Allí, el trabajo había sido pesado, pero agradable. Cuando Crissy la pudo hacer hablar de su marido adivinó, por algunos pequeños detalles, la transacción emocional a la que había llegado Mary Jane. Creía que las mujeres perseguían a su marido y decía que los hombres son a veces débiles y no tienen mucho sentido común en lo que concierne a mujeres.

Durante las travesías, cuando estaba tendida al sol, Crissy sentía a menudo sobre ella la mirada de Staniker y se preguntaba cómo intentaría la aproximación. Se proponía pararle los pies en seco. Por fin, lo puso a prueba haciendo que la llevase, sola, al Waterway, en los Cayos de Florida, y que anclasen, para pasar la noche, en la soledad de Tarpon Bay. Él no sólo no hizo la menor insinuación, sino que aquella situación pareció dejarle impasible. Crissy lo llamó para que le llevase una bebida a cubierta, mientras el *Odalisque*, anclado, se balanceaba a la luz de la luna y le hizo charlar lo suficiente para confirmar sus crecientes sospechas de que no daría ningún paso que pudiera hacerle perder su empleo. Su sueldo era de quinientos dólares al mes. Sus pequeños triunfos parecían haber quedado atrás. Tenía la vaga idea de que las cosas mejorarían, pero

le asustaba que pudieran empeorar.

Examinándolo con mayor atención al día siguiente, Crissy vio con más claridad que nunca que sus cuarenta y pico de años lo estaban desmoronando poco a poco. Tenía ya algo de papada, ligeramente decolorada la parte blanca del globo ocular y, por encima del apretado cinturón, la carne le empezaba a formar como un neumático. Cuando Crissy se encontró sola en el barco, rebuscó en la parte destinada a la tripulación y encontró el pequeño frasco de tinte que empleaba Staniker para el cabello, y el cepillo para ponerse cosmético. Las pruebas eran lastimosas. Igual que sucede con los atletas y con las artistas de cine, los años le iban desmoronando la moral al ir descomponiéndole la figura y tenía que pensar que nada había cambiado, que nada cambiaría nunca.

Después de la muerte de Fer, tan súbita y tan intempestiva, y después de haber fracasado en sus torpes esfuerzos para hacer chantaje a los compinches de su amante, Crissy vio que tendría que vender el *Odalisque* tan pronto como le fuera posible. Su fuente de ingresos se había cortado.

Tenía unos cuantos miles de dólares en una cuenta corriente y una cantidad equivalente a la mitad de ésta en la caja fuerte escondida en la parte trasera del armario empotrado en la pared de su dormitorio. Pero la fuente de ingresos había cesado de manar.

No obstante, cuando Staniker, evidentemente inquieto por su futuro, intentó sonsacarla diciéndole que suponía que se desharía del yate, Crissy lo miró fijamente, fingiendo asombro, y se oyó decir:

—¿Por qué cree que voy a vender mi yate, capitán?

A pesar de la amargura que sentía, la divirtió dejarle creer que Fer le había dejado suficiente dinero para vivir del mismo modo que cuando él existía. Le hizo que la llevara a hacer travesías, sola en el barco, sabiendo que malgastaba el dinero en aquel necio juego de impresionar al capitán que había contratado, pero sin decidirse a poner fin a aquel juego. Durante algún tiempo intentó resolver el problema haciendo que el trabajo fuese tan desagradable para Staniker que éste se viera forzado a despedirse. Le encargó faenas de criado y se quejó constantemente de todo lo que hacía. Pero él no demostró que aquello le afectase lo más mínimo e hizo todo lo que le pedía Crissy con la amable tolerancia de aquel que sigue los

caprichos de un niño o de una persona enferma. Crissy se enteró, hablando con otros propietarios de barcos, de por qué Staniker soportaba aquel abuso. Había capitaneado el *Odalisque* durante más de dos años. Y en su hoja de informes constaba que había perdido su barco en las Bahamas. Si la propietaria del *Odalisque* no daba de él informes sólidos y convincentes no tenía probabilidad de encontrar otro empleo tan bueno como aquél.

Crissy dejó de meterse con él. Pasaron algunas semanas y se sintió presa de una extraña letargia. No quería pensar en el porvenir, en el paso que eventualmente tendría que dar. Cuando aún le quedase algo de dinero para financiar la empresa, tendría que ir de caza, representando tal vez el papel de viuda desesperada, aturdida por el golpe recibido, yendo sola a algún lugar adecuado para encontrar un hombre de edad, solitario y con una posición económica desahogada, que creyera la historia que ella le contaría y que acabara casándose con ella.

A su edad ya se había dado cuenta de que el matrimonio era una colocación que le ofrecía muchas más seguridades que cualquier otra. No dudaba lo más mínimo de su habilidad para encontrar al hombre que necesitaba, ni de su pericia para, una vez le hubiese encontrado, capturarlo y que él no hiciera caso de las protestas que pudieran oponer sus parientes y sus consejeros. Pero entonces ella misma se encontraría cogida en una trampa. Tendría que respetar y honrar el contrato matrimonial, porque su pasado no podría soportar una información seria en el caso de que su marido pusiera en marcha un proceso de divorcio. Y pensaba que aquel hipotético viejo podía vivir mucho. En su convenio con Fer no se había sentido cogida, atada en su conducta. Pero era porque no lo había tenido a su lado día y noche. Ella necesitaba sentirse libre, hiciera o no uso de su libertad. Su espejo le decía que era atractiva y que estaba llena de vida. Pero sabía también, en el fondo de su corazón, que cuando su aspecto empezase a decaer decaería muy rápidamente, por muchos esfuerzos desesperados que hiciera para impedirlo. No podía tomar más posición que la matrimonial y, una vez dentro del matrimonio, no esperaba sacar de éste más que lo que Fer había tenido el proyecto de darle.

Indiferente a todo, en abril, trece meses después de morir Fer, hizo que Staniker llevase el *Odalisque* a aquellas islas rasas y

frecuentemente anegadizas que hay en el mar de las Antillas y que se llaman «cayos». Mitad intencionadamente, mitad con atontada indiferencia, como si estuviese bajo los efectos del alcohol, sedujo allí a Staniker, venciendo la resistencia de él, que sospechaba pudiera ser aquello una trampa, una excusa para despedirle. Hacía meses enteros que no tenía relaciones íntimas con un hombre y años que no las tenía con un hombre como Staniker. Él se comportó exactamente como ella había esperado, es decir, como un animal sensual, enérgico y dominante. Crissy se acomodó a sus deseos y a sus necesidades, y los dos permanecieron una semana entera en la solitaria bahía.

Durante algún tiempo, Crissy se divirtió tratando de ver si podía transformar la sencilla sensualidad de aquel hombre en un enamoramiento autodestructor. Pero él era un gato viejo que había corrido por muchos tejados y que sabía que algunos de ellos eran buenos y que otros eran mejores aún. Crissy sabía que, por encima de sus respectivos papeles, Staniker estaba perfectamente enterado de quién era ella. Pero en sus devaneos amorosos, la conocía sólo como hembra, como una anónima voluntaria en un ejército muy antiguo.

Aquel episodio hacía que fuese inútil continuar fingiendo con Staniker. En el camino de vuelta a Biscayne Bay le dijo que tenía que desprenderse del *Odalisque*, que no podía permitirse aquel gasto ni tener a un capitán de barco y que iba a sacar del yate todo lo que le pertenecía personalmente y encargar la venta a un corredor. Le dijo también que le pagaría todo el mes de mayo. La brusquedad de aquel despido desagradó a Staniker, pero Crissy vio que se esforzaba por contener su irritación y supuso que había recordado a tiempo la recomendación que necesitaba de ella.

Tres días más tarde, fue a verla para recoger la carta prometida. Crissy estaba irritada por el pesimismo del corredor. Éste le había dicho:

—Es un buen asunto y una buena época para eso. El barco está en buenas condiciones. Si me lo hubiera traído usted hace dos meses, quizás hubiera podido venderlo al cabo de una semana. Pero ahora… no sé. Tal vez las cosas no vayan viento en popa hasta que vuelva a empezar la temporada. Es difícil decirlo. Y usted pide mucho.

—Me he informado por los alrededores y he averiguado lo que pedían por yates como el mío —objetó Crissy.

El corredor se encogió de hombros.

—Seguro. Piden eso. Y los barcos están allí esperando quien quiera comprarlos, ¿no es así? Yo haré lo que pueda.

Crissy se disgustó más aún cuando supo que tendría que pagar la cuota correspondiente a un mes por el seguro y otros gastos de sostenimiento por tener el yate amarrado en el muelle. Todo ello sumaba mucho menos que lo que había tenido que gastar hasta entonces, pero no había pensado que tuviera que hacer frente a ningún desembolso ni grande ni pequeño.

No le mejoró el humor cuando Francisca la despertó de la siesta que estaba haciendo para decirle que Staniker se hallaba en el cuarto de estar. Había olvidado escribir la carta prometida.

Salió y le dijo:

—Vuelve mañana, ¿quieres?

—Pero es que la necesito ahora, Crissy. Por favor. Puedo esperar a que la escribas. Toma el tiempo que quieras. Yo esperaré aquí mismo. ¿De acuerdo?

La muchacha volvió a su dormitorio y empezó a escribir una carta dirigida «a quien pudiera interesarle». Después del primer párrafo, dejó de escribir, rompió la cuartilla y cogió una nueva, en la que escribió:

> *Si alguien quisiera saber el motivo por el cuál el capitán Garry Staniker ya no trabaja para mí, tendré mucho gusto en explicárselo por teléfono.*

Anotó su número de teléfono y firmó con su nombre. Llevó la cuartilla a Staniker y se la tendió sonriendo. Él empezó a darle las gracias, pero se detuvo a mitad de una palabra.

—¿Qué clase de carta es ésta?

—Puedes leerla, capitán. Es una carta de la mejor clase.

—Pero parece como si…

—Es algo mucho más personal que una carta, Garry. Las cartas no se me dan bien. Cuando alguien me telefonee pidiéndome informes tuyos, te aseguro que los daré maravillosos.

Staniker dudaba y se mostraba receloso y desconfiado, pero no

podía escoger y no le quedaba más remedio que aceptar lo decidido por Crissy. El día siguiente, un hombre de edad madura le telefoneó haciendo que su esposa se pusiera a un teléfono supletorio para poder hablar con Crissy los dos. Empezaron la conversación hablando de Garry Staniker con mucho entusiasmo, pero lo fueron perdiendo poco a poco, y Crissy supo que no lo contratarían.

No obstante, hubiera podido repetir, palabra por palabra, todo lo que les había dicho y Staniker lo habría aprobado. Lo que no podía saber eran las pausas y la entonación.

—¿Tuvo usted alguna vez problemas a causa de que bebiera durante su trabajo, Mrs. Staniker?

—No…

Una larga pausa y luego un «No» ligeramente dubitativo.

—No, en absoluto. Yo diría que… no tuve el menor problema.

Lo dijo con mucho énfasis, pero haciendo otra curiosa pausa.

El juego la divertía. Después de haber colgado el teléfono, experimentó una fugaz sensación de culpabilidad, pero se encogió de hombros y la desechó. Que Garry sudara también lo suyo. Era un año a propósito para ello. El senador había desaparecido y la fiesta había terminado. ¿Por qué tenían que irle bien las cosas a nadie? Mary Jane Staniker había encontrado un empleo en
Parker's
Marina. Al fin y al cabo, Garry no se moriría de hambre.

Cuando volvió a casa, después de ir de compras, a última hora de la tarde, lo encontró esperándola, paseando por la terraza.

—¿Qué les has dicho a los McMurdy?

—No me grites, Garry. Me molesta.

—¡Ah, *te molesta*!

Crissy entró sus paquetes a su habitación y Staniker la siguió, hablándole todo el tiempo. Ella dejó caer los paquetes sobre el diván, se volvió hacia él y le dijo:

—¿Te he dicho que entraras aquí, capitán?

—¡Crissy, por favor! Esos señores parecían muy bien dispuestos, después te telefonearon, y después de hablar contigo me dijeron «que ya me dirían algo». Pero podría decir con seguridad que ya no había nada de lo dicho. Y era un buen empleo. Si me pones en esta situación, tengo que saber *por qué* lo has hecho. Y tengo que saber también qué he de hacer para que no repitas el caso la próxima vez

que me salga un empleo.

—Pero ¿qué te pasa? Todo lo que he dicho de ti era una recomendación máxima. ¿Por qué iba a hacer otra cosa?

Staniker se sentó en la silla que estaba junto al escritorio y movió tristemente la cabeza.

—No lo comprendo. No sé qué es lo que les ha hecho cambiar de idea. Lo que tienes que comprender es que el tiempo va pasando. Hay más personas que buscan un empleo en los barcos que propietarios que necesitan contratar una tripulación. Cuando se termina un empleo es cuando hay que coger en seguida el siguiente, porque si se tiene algo bueno a la vista y se intenta cogerlo y el propietario del barco averigua que el aspirante ha estado parado dos o tres meses, cree que debe de ser un hombre que no sirve para nada. Había creído que… estabas resentida conmigo por algo que yo había hecho o que había dejado de hacer. Escucha: ¿no podrías darme una carta que estuviera bien? Por favor.

—Está bien —contestó Crissy—. Seguro que puedo, Garry.

Se acercó lentamente a él con una animación interior que iba creciendo a cada paso que daba. Sabía que lo que sentía no era el deseo concreto de un individuo determinado llamado Garry Staniker. Lo que iba a hacer era sólo un medio de apartar de sí todo pensamiento. Aquel hombre era para ella como un lugar donde poder esconderse. Tenía condiciones y habilidad y sabía sus necesidades y su manera de ser lo suficiente para hacer que se olvidase del resto del mundo. La misma inquietud que sentía en aquel momento le haría desear ansiosamente complacerla en todo. Después, Crissy podría dormir profundamente. No había dormido bien aquella noche.

Cuando le telefoneó el siguiente posible patrón, estaba dispuesta a poner a Staniker por las nubes, pero el hombre que la llamó era el empresario de una sociedad electrónica dueña del barco de una corporación. Con un tono irritante y pendenciero, fue examinando cada contestación que ella le daba:

—¿Cómo sabe *usted* esto? ¿Qué le hace creer *a usted* que ese hombre es competente en esta materia?

—Escuche, amigo —le dijo por fin Crissy—, me parece que se

confunde. Yo no busco empleo.

—Mi trabajo consiste en comprobar y revisar por partida doble estas cosas, Mrs. Harkinson. Por favor, no me diga cómo tengo que hacer mi investigación… Cuando está en juego la seguridad de las autoridades supremas de esta corporación…

Crissy oyó que aquella voz se iba debilitando en la distancia al alargar ella el brazo para colgar el teléfono.

Durante los meses calurosos, holgazaneó y se dejó llevar por las circunstancias, sumida en una especie de entorpecimiento, muy indulgente consigo misma, embriagándose con las bebidas del mediodía, haciendo luego largas siestas en el dormitorio, oscuro y fresco y entreteniéndose con la televisión por las noches. Se decía que, en realidad, no podía hacer ningún plan hasta haber vendido el yate. El dinero se le iba acabando. Tendría que despedir a Francisca y tal vez tendría que intentar alquilar la casa, haciendo un esfuerzo para conseguir que le pagasen a buen precio las joyas que le habían quedado. Pero luego apartaba de su mente estos pensamientos, se desperezaba, bostezaba y gritaba a Francisca que le trajera una bebida.

Durante aquellos calurosos meses estivales y más tarde en los comienzos de la fresca estación siguiente, se dio cuenta varias veces de la peligrosa blandura y la pesadez de su cuerpo. Pasaba entonces días enteros con la disciplina del ejercicio, de la dieta y la abstinencia. Se probaba luego toda la ropa que tenía y dejaba el dormitorio y el cuarto-tocador lleno de vestidos y otras cosas para que Francisca los guardara.

Staniker había ido a trabajar a la pequeña estación marítima donde estaba empleada su Mary Jane. El hombre que le había precedido en el empleo había sido cogido sisando el dinero del alquiler de los barcos. La estación marítima no estaba muy lejos. No habían fijado qué horas tenía que pasar allí. Él y Mary Jane vivían en una casita situada en aquellos terrenos. Staniker iba a ver a Crissy muy a menudo, llegando a su casa en su viejo coche o en una de las barcas de alquiler. Se quejaba constantemente. Decía que no cesaba de buscar un empleo mejor. Pero cuando Crissy le hacía alguna pregunta concreta, sus contestaciones eran vagas y evasivas.

Bebían juntos y disputaban a menudo. *Crissy* había perdido puntos en su dominio sobre Staniker al darse cuenta éste de que ella

ya no podía ayudarle a encontrar un empleo. A veces, cuando había bebido demasiado, Staniker se volvía muy desagradable y unas cuantas veces golpeó a Crissy y le hizo daño. En aquellos momentos, le decía que ella le había traído mala suerte. Se lo había estropeado todo para siempre.

Durante algún tiempo, Crissy no pudo comprender por qué, después de haberse enfadado con él hasta el punto de decirle que no volviera, Staniker hacía tan humildes esfuerzos para volver a estar a buenas con ella.

Pero un día comprendió que ella era una parte necesaria de su posición, de la composición de lugar que Staniker se había hecho de sí mismo. Mientras pudiera ir sin necesidad de invitación a aquella hermosa casa donde vivía la atractiva rubia, ex querida de un hombre influyente, y beber sus bebidas alcohólicas, comer los manjares que le servía su doncella, nadar en su piscina y empujarla hacia la cama, estaba manteniendo un último contacto con el dorado mundo de yates, puertos y fiestas y con la imagen, grabada en su memoria, del capitán de piel curtida y tostada por el sol, que desde el puente, sonreía amistosamente a las apetitosas muchachas que tomaban el sol tendidas sobre cubierta.

Mientras pudiera mantener aquellas relaciones, a Staniker le sería posible pretender ante sí mismo que la melancólica estación marítima, parada de barcos de alquiler para tomar unas cañas de cerveza, no era más que un asunto secundario y transitorio en la brillante carrera de Garry Staniker. Y Crissy imaginaba también que éste, por amor propio y para que quedase a salvo su prestigio, hacía creer a la gente, por medio de codazos, guiños, ligeras inclinaciones de cabeza y frases veladas que tenía en marcha un buen asunto.

En enero se vendió el *Odalisque*. Crissy había rebajado varias veces el precio que pedía por él. La oferta que aceptó era aún baja. Los gastos que ocasionó la venta eran importantes. Y había facturas que tenía que pagar con lo que sacase del yate y el sueldo atrasado de Francisca. La cantidad que le quedaba era terriblemente pequeña.

No obstante, no podía decidirse a cambiar nada en su manera de vivir. Aún le quedaba la casa, de situación inmejorable junto al mar. Podría venderse por una buena cantidad de dinero contante y sonante. No intentó calcular cuánto. No quería pensar en números

concretos, porque si sabía cuánto dinero podía sacar, en seguida se pondría a calcular cuánto le duraría.

Por las noches empezó a soñar a menudo en otros tiempos, en la época en que aún no conocía a Fer Fontaine. Era una vida en la que se le decía a uno qué haría y dónde estaría. El castigo era brutal e inmediato. Despertaba de aquellos sueños con una curiosa sensación de nostalgia y de pesar. No era el estilo de vida que hubiera buscado y no sabía por qué caprichos del destino había ido a parar a él. Se había dicho a sí misma que era algo que hacía sólo por una temporada. Pero la temporada había durado años enteros.

Luego, como si despertara de otra especie de sueño, salió por fin de aquella larga letargia de la espera aquel último día de marzo en que Bixby Kayd fue a verla. Había estado en la casa varias veces, en vida de Fer, cuando un pequeño grupo de hombres se dedicaba a comprar calladamente terrenos desolados, depósitos de marga, depósitos de gravilla y fábricas de materiales para la construcción, a lo largo de la carretera, para construir una autopista nueva que debía anunciar oficialmente más tarde el Ministerio de Obras Públicas. Como indicio de la importancia de aquel hombre, Crissy sabía que había tomado parte en algunos de los pequeños cruceros del senador, a bordo del *Odalisque*, aquellos cruceros en los que iban los miembros más destacados del numeroso grupo, los que eran capaces de idear aquellas combinaciones especiales que, a la hora del reparto, harían que su parte fuera algo más importante que la correspondiente a los peces pequeños.

Bix le había telefoneado y llegó media hora más tarde, en un lujoso coche de alquiler. Se sentó frente a ella, en una butaca del cuarto de estar, junto a la chimenea de pizarra. Era un hombre alto, moreno y sonriente, de voz potente y tono jocoso. Llevaba un traje de estilo vaquero, de sarga color garbanzo, botas cosidas con primorosos pespuntes y el clásico sombrero de ala ancha, que dejó en el suelo, junto a su butaca. El vaso de bebida helada que Crissy le había preparado quedaba achicado por el tamaño de su mano. Su cabello, que iluminaba la luz de la lámpara colocada a sus espaldas, parecía rastrojo de la mies. Opaco y sin brillo, largo hasta alcanzar media pulgada, cubría las partes de su gran cráneo que no habían quedado calvas.

A requerimiento de Crissy, Francisca entró con una bandeja

llena de galletas saladas, untadas de crema de queso condimentado y caliente, ligeramente tostado en la parrilla eléctrica. Puso la bandeja al alcance de la mano de Mr. Kayd.

Fueron unos momentos de mutua evaluación. Kayd pronunció unas palabras de simpatía acerca del senador, dijo cuánto le complacía encontrarla viviendo aún allí, que le había telefoneado para no correr el riesgo de no encontrarla en casa, matando el tiempo entre el vuelo desde las Bahamas a Miami y su vuelo en *jet* a Houston, donde su propia avioneta y su piloto vendrían a buscarle para llevarle, en viaje de regreso, al Valley.

Crissy estaba alerta para recoger todos los matices familiares de la actitud masculina. Su visitante mostraba la automática cortesía, los modales apreciativos del hombre que tiene confianza en sí mismo y que se encuentra a solas con una mujer atractiva. Crissy se detuvo a considerar, descartándola después, la suposición de que hubiera venido a ver si era posible hacer plan con ella, por haberle parecido interesante tiempo atrás, cuando la presencia de Ferris Fontaine convertía en académica toda curiosidad de este tipo. Pero no era una visita de esta especie, no era una visita de tipo social.

Por fin, Kayd engulló una galleta salada, se secó los dedos en una servilleta de papel, se echó al coleto un largo trago e, inclinándose hacia ella, bajó el tono de la voz hasta un nivel que, para la mayoría de la gente, habría sido el de una conversación normal.

—Fer Fontaine era un hombre muy cuidadoso, Crissy. Por eso daba gusto tratar de negocios con él. Esto, y el hecho de que un apretón de manos de él valiese tanto como la firma de cualquier otra persona. Por esto sé que, si no hubiera sido usted de las personas que saben cerrar la boca, no la habría tenido ni una semana, y mucho menos el tiempo que la tuvo. Y no la habría dejado tan bien equipada, con esta casa y todo lo demás. Por esto puedo pedirle ayuda para un pequeño problema particular que tengo.

—Le ayudaré todo lo que pueda, Bix.

—Fer no habría tenido a su lado a una persona que no fuera sólida. Así es que, cuando hacíamos negocios a bordo de aquel yate, aquel sujeto con el que hablé, aquel capitán que gobernaba el barco, y su mujer, por fuerza tenían que ser tan dignos de confianza

como usted. Pero, por mucho que me esfuerce, no puedo recordar cómo se llamaba.

—Staniker.

Kayd dio un chasquido con los dedos.

—¡Justo! ¿Y de nombre de pila? ¿Larry? No, Garry. Y ella, ¿no se llamaba Jane?

—Mary Jane.

—Recuerdo que él me dijo que conocía cada milla de agua de las Bahamas. ¿Sabe usted si todavía sigue por estos alrededores? ¿Cree que podría localizarlo?

—No creo que sea difícil.

Kayd bajó un poco más el tono de su voz.

—Cuando dé con él, dígale que Bix Kayd quiere contratarles, a él y a su mujer, seis semanas, tal vez un poco más, empezando poco después de mediados de abril, para trabajar en mi barco, durante un largo crucero por las Bahamas. Dígale que es un barco bonito, de cincuenta y tres pies de eslora, construido en Carolina del Norte, con motores gemelos y con todos los suplementos, de adorno y para la navegación, que se puedan soñar. También tiene muy cómoda la parte destinada a la tripulación. Se llama *Muñeca*. Tan pronto como vuelva a mi casa, lo prepararemos para zarpar y saldremos. Ahora está en Brownsville, de Texas, y mi hijo Roger y yo lo traeremos por el Gulf Stream, y mi mujer y mi hija estarán también a bordo, tal vez con alguna amiga de Stel. Stella es mi hija. Cuando lleguemos aquí, compraremos una canoa y la llevaremos a remolque para poder llegar a sitios de aguas poco profundas para el barco grande. Además, los niños tendrán así algo con que poder correr por los alrededores, cuando estemos parados, y podrán zambullirse, hacer esquí acuático…

»Ahora bien, sé que un hombre que vale tanto como Staniker para gobernar barcos debe de estar trabajando para alguien, y para dejar su empleo durante algún tiempo tendría que encontrar a alguien de confianza que pudiera ocuparse de su trabajo mientras él está conmigo. Por consiguiente cuando usted hable con él, dígale que le pagaré tres mil dólares por las seis semanas, a él y a su mujer, y si la travesía dura más tiempo le pagaré a razón de esta tarifa. Ocúpese de este asunto en mi lugar, se lo ruego, y le telefonearé desde Nueva Orleáns, o desde Biloxi, en mi ruta

alrededor del Golfo. Le haré un regalo por las molestias que se haya tomado, Miss Crissy.

—No tiene que hacerlo… Me alegro mucho de poder serle útil, en recuerdo de los viejos tiempos. Pero…

—¿Qué la preocupa?

—Pienso en lo que él dirá. Querrá saber por qué le paga usted tanto.

Crissy se levantó, cogió el vaso de Kayd, ya vacío y el suyo propio, y los dejó sobre el mueble-bar. Kayd permaneció silencioso y pensativo. Cuando Crissy le tendió el vaso lleno otra vez, dijo:

—Mi mujer está suspirando por ver las Bahamas. Yo he estado hasta ahora demasiado ocupado para tomarme unas vacaciones. Stel y Roger son hijos de mi primera mujer. He invertido dinero en una urbanización. Estoy intentando llevar a cabo un negocio con algunas personas que no resultan cómodas para hacerles tragar el anzuelo. Diga a Staniker que puedo tener que encontrarme, a escondidas, con algunas de esas personas, tal vez en una de las Islas Exteriores, para ablandarlos, algo que sus demás compañeros no tienen por qué saber. Así es que le pagaré una cantidad suplementaria por lo mismo que supongo que quería Fer, es decir, que tenga muy mala memoria respecto a acordarse del sitio adonde fuimos, y de cuándo fuimos, y de quién haya podido venir a bordo. Creo recordar que era lo suficientemente inteligente para esto.

—Estoy segura de que lo es.

Kayd parecía algo inquieto.

—Hay una cosa que no tiene que saber. Pero es el motivo por el que quiero emplear en mi yate a un hombre en el que Fer confiaba. No es probable que Staniker llegue a saberlo nunca, pero corremos el riesgo de que él o su Mary Jane descubran, de una manera o de otra, que llevo a bordo una cantidad para ablandar a esa gente. No quisiera arriesgarme a que estuviera enterado de esto un capitán contratado, o el cocinero o la cocinera de a bordo.

—No hay necesidad de que Staniker se entere de eso, si se puede evitar.

Kayd la miró con simpatía y aprecio.

—No cabe duda de que Fer supo encontrar una muchacha lista. No digamos nunca a nadie una sola palabra más de lo que han de saber necesariamente. Decidí decírselo a usted porque quiero que

haga lo que le he dicho. Si no basta con tres mil dólares, la autorizo a que vaya subiendo hasta que Staniker acceda. Pero no pase de cinco mil. Pago por lo que necesito, pero no quiero que nadie intente adivinar cuánto transportaremos. Si sabe usted los motivos que me mueven, podrá hacer un trabajo mejor con respecto a Staniker. Tal vez más tarde, si las cosas salen bien y usted tiene tiempo, podría ir a Nassau, a pasar unas vacaciones cortitas, de vez en cuando, y hacerme, también de vez en cuando, algún pequeño favor. Recibiría usted algunos regalos. Lo suficiente para saber que no estaba usted perdiendo el tiempo.

—¿Algún pequeño favor?

—Un hombre de mi posición, con algunas buenas ideas acerca de lo que puede conseguir, al ver lo lejos que ha llegado, puede querer intimar un poco con alguna guapa y joven turista que no haya oído hablar nunca de Bix Kayd. O algún solterón que no tenga un contrato para desembarcar materiales en una de las islas que espero comprar puede decir a la atractiva turista que el hombre que tiene el contrato está entorpeciendo las cosas al que edifica. Cuando empiezo a pensar en algo, me voy indignando. Una mujer bonita y lista es el mejor par de oídos que puede comprar un hombre. Estoy metido en muchos asuntos, esparcidos aquí y allí. Tengo prioridad de compra en esas sociedades de investigación. Quieren ponerme en lo que llaman un sistema de seguridad, con detectores de mentiras, micrófonos, ocultos, *tests* psicológicos, investigadores en el pago de la nómina… ¿Sabe qué es lo que no comprenden nunca? ¿Por qué debería pagar yo a un equipo cuarenta o cincuenta mil dólares al año para que sepa todo lo que estoy haciendo? ¿A quién venden esta información? Tengo por ahí unas cuantas chicas listas que me hacen pequeños favores. Yo les hago pequeños regalos. Como son listas y hábiles, esos regalos les gustan. Es una especie de juego. Y nadie tiene la menor idea de que están relacionadas con Bix Kayd. Es algo excitante. Algo distinto de todo lo demás.

Consultó su reloj, apuró de un trago el contenido del vaso, lo dejó sobre la mesa y se levantó diciendo:

—No quiero perder el avión.

Sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de la americana, separó diez billetes de cien dólares y dijo a Crissy:

—Aquí tiene. Déselos a Staniker para que sepa que hemos hecho

un trato.

—Espero que no esté de viaje, en alguna travesía.

—Hágalo lo mejor que pueda, Miss Crissy.

La muchacha se pasó toda la noche pensando en aquel asunto. Staniker no fue a verla. Ella se paseó de un lado a otro por la habitación bebiendo y mordisqueándose el nudillo del pulgar. De vez en cuando, se detenía y se contemplaba, estudiándose, en los espejos. La excitación le nacía en el pecho y le subía, hirviente, cuerpo arriba, hasta estallar en su cerebro, como brillantes cohetes que la deslumbraban y la aturdían. Cuando ya asomaba en el horizonte la brillante luz del nuevo día, corrió las cortinas y se fue a la cama para dormir pesadamente unas horas.

Al despertar, tardó un rato en saber dónde estaba. Luego, los pensamientos volvieron a agitar su mente. Se levantó y fue a coger el dinero que Bix le había dado. Aquellos billetes convirtieron sus ideas en una realidad. El dinero hizo que todo fuera posible.

Quiso que Staniker fuera a verla. El capitán llegó a las cuatro y media de la tarde oliendo a cerveza y quejándose del estado en que estaban los botes de alquiler cuando se los devolvían. A aquella hora, la terraza quedaba en la sombra. Se sentaron y Crissy preparó unos cócteles. Había dicho a Francisca que no la necesitaría. Staniker se dio cuenta de que su amiga parecía preocupada.

—¿Hay algo que no funciona? —le preguntó—. ¿Estás disgustada por algo, Cris?

—¿Has encontrado algún empleo bueno?

—Algo saldrá.

—¡Claro que sí! Porque hay que ver la buena impresión que produces estos días, capitán. Déjame enumerarte tus encantos. La cerveza te está abultando mucho la barriga. Te has hecho un par de cortes en la mandíbula al afeitarte. Hueles a sudor. ¡Y mírate las uñas! Hace ya un año, capitán, un año entero, que no tienes a tu cargo un buen barco, con un buen sueldo. Y no paras de ir pendiente abajo. ¿No lo has notado?

—¡Demonios!

Crissy se inclinó hacia él y le dijo con cierto énfasis:

—¿Sabes qué es lo que vas a encontrar? Seguirás encontrando lo mismo que tienes ahora, capitán. Seguirás encontrando exactamente lo mismo. Es decir, nada. Dentro de diez años, tu Mary Jane seguirá

trabajando tanto y tan duramente como ahora. Y tú, ni siquiera pretenderás trabajar. Vagarás por los puertos con otros viejos, con otros inútiles. Contarás mentiras acerca de los barcos, de las Bahamas y de mí. Seré una mujer con la que te solazabas, Garry. Sólo mentiras, amigo mío. Cerveza, porquería, nada de dinero y fantasías que ni siquiera creerán los otros viejos desocupados. Empezando hoy mismo, creo que me voy a convertir en alguien a quien solías tratar. Nunca tuviste suficiente empuje. Supongo que ése es el secreto. Siempre pareció, por tu aspecto, que lo tenías. Actuabas como si lo tuvieras. Pero en el fondo, Garry, no había nada. Nada que yo necesitase. Nada que pudiera servirme.

—¿Qué faena te propones hacerme? —murmuró Staniker.

—¿Yo? Eres tú quien te la haces a ti mismo. Tienes mala suerte. Todo lo que tocas se viene abajo. Es por tu gran talento, ¿no crees?

—He tenido desgracia, pero…

—¿Crees que va a cambiar tu suerte? ¿Por qué? ¿Porque eres aún joven, competente en tu trabajo y encantador? Staniker, eres sólo un hombre de media edad, estúpido, que se tiñe el cabello gris y que se olvida de meter la barriga para dentro cuando está de pie.

—¿Y no sabes lo que eres tú?

—Adelante. Dilo. Me ayudará a decidirlo.

Staniker vaciló unos instantes que fueron demasiado largos.

—¿A decidir qué?

Crissy se echó a reír.

—Todo esto es muy divertido, ¿sabes? Tú y yo hemos llegado al último extremo. Los dos estamos bajando la pendiente. Ha llegado una gran oportunidad y es demasiado tarde para que intentemos aprovecharla. Tal vez hubiera podido ser algún tiempo atrás, cuando te quedaban aún empuje y agallas y algo de orgullo. Cuando aún deseabas las cosas con bastante fuerza para correr tras ellas.

—¿Cómo sabes hasta qué punto deseo las cosas? ¿Qué quieres decir, con eso de una gran oportunidad? ¿De qué estás hablando?

—No eres lo bastante duro, Garry. Créeme, no podrías hacerlo. No me atrevería a correr el riesgo. Contigo, no. Lo estropearías, de una manera o de otra. Y lo triste es que no tengo tiempo de encontrar al hombre adecuado para eso. Un hombre duro. Uno en quien pueda confiar. La cosa es que, en vez de un pastel estupendo, todo lo qué *tú* podrías conseguir son unas cuantas migajas. Puedes

perfectamente conseguir esas migajas. *Él* preguntó por ti.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó el pequeño fajo de billetes que Kayd le había dado y que estaban doblados por la mitad. Los echó sobre la mesa.

—Adelante. Cógelos, capitán. Ya tienes empleo. Eso es un avance de tu sueldo.

A Staniker le temblaban las manos al contar los billetes.

—¿Un empleo?

Crissy fingió un bostezo.

—Gobernar un barco. ¿Qué otra cosa podría ser? No sabes hacer nada más, ¿no es eso? Serán unas seis semanas a partir de mediados de este mes. ¡Ah! El dueño quiere que también vaya a bordo tu mujer para que se ocupe de la cocina. Se trata de un crucero por las Bahamas con un yate de cincuenta y tres pies de eslora, un modelo corriente, con dos motores «Diesel» gemelos. *Él* lo traerá por el golfo desde Texas, y, cuando se ponga en contacto conmigo le diré cómo puede ponerse en relación contigo. Te pagará un total de tres mil dólares, lo que hace quinientos dólares por semana. Es el sueldo de los dos, de tu mujer y el tuyo.

—¿Por qué paga tanto?

—Porque te conoce. Se llama Kayd. Bixby Kayd.

Staniker parecía perplejo.

—Es un nombre que me suena. ¡Ah! ¿Es un individuo alto y corpulento? ¿Con una voz sonora?

—El mismo. Uno de los viejos camaradas de la pandilla de Fer. Ha supuesto que, si no supieras callar, Fer no te habría contratado. Así es que ese sueldo te obliga a tener la boca cerrada. Esto quiere decir que se trata seguramente de un viaje de negocios.

—¡Mil dólares! —dijo Staniker, con tono reverente.

Crissy estaba de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Ahora vete, Garry. Desde luego, todo ha ido muy bien. Cualquier cosa que puedas creer que te debiera, queda pagada con esto. ¿De acuerdo? Sólo quiero que no te acerques más a mí, que no vengas más a verme. Si vinieras, me recordarías lo cerca que estuve de que me tocara el premio gordo de la lotería.

Tal como esperaba, Staniker le suplicó que le dijese de qué estaba hablando. Crissy se negó a ello atacándole en su orgullo tan

brutalmente como pudo, haciendo, a veces, que palideciera hasta ponerse lívido bajo el bronceado de su curtida piel. Finalmente dejó que la siguiera a su cuarto.

Allí, fingiendo estar muy irritada, le dijo:

—¡Está bien! ¡Está bien! Ya te lo diré, aunque no vamos a conseguir absolutamente nada porque no eres lo bastante hombre para darte cuenta siquiera de que se te presenta una oportunidad como ésta. Y si te dieras cuenta, no tendrías arrestos para aprovecharla. Es algo demasiado duro para ti. Para hacerlo, se necesita tener más que lo que tienes. Más que lo que has tenido nunca. Mira, capitán, llevarás a bordo a cuatro, tal vez a cinco personas. Kayd, su segunda mujer, los dos hijos que tiene de su primer matrimonio, y quizás una amiga de su hija. Y como Kayd ha sido lo bastante simple para confiar en mí, supongo que porque Fer confiaba, me ha dicho algo que se ha de dar por supuesto que tú no sabes. Va a sobornar a alguien en un importante asunto de venta de terrenos. Con dinero en efectivo. Y lo llevará a bordo.

—¿Cuánto dinero?

Crissy había meditado cuidadosamente este punto calculando lo que le diría a Staniker. Pensaba que tenía que ser una cantidad muy importante para que inquietara a Kayd llevarla a bordo o que el capitán contratado estuviera enterado del asunto.

—Cuatrocientos cincuenta mil dólares —dijo por fin suavemente—. Es dinero en efectivo. Dinero para un soborno. Dinero que nadie sabe que existe, que no se puede saber de dónde viene y al que no se le puede seguir la pista. Olvídate de ese dinero. Ni siquiera le podrás echar nunca un vistazo.

—¿Tanto dinero en efectivo? —preguntó Staniker con incredulidad.

—Una vez hubo en esta casa el doble —le contestó Crissy—. Para uno de los convenios secretos de Fer. Ya sabes lo que pasa, con hombres así. Tienen que pensar en los impuestos. De todos modos, puedes comprender que no conduce a nada hablarte de eso.

—Es mucho dinero, Crissy.

—Pero hay un solo medio de hacerte con él. Tendrías que fingir un accidente, capitán. Una explosión, o algo parecido. Tendrían que irse todos ellos a pique con el barco. Morir todos, porque tendrías que matarlos a todos. Y tendrías que ocultar el dinero en algún

lugar de las islas, en un sitio tan seguro que pudiéramos dejarlo allí mucho tiempo. Tú serías el único superviviente. Tendrías que inventar un buen cuento y sostenerlo por mucho que quisieran sonsacarte. Y cuando se restableciera la calma, tendrías que encontrar el medio de escabullirte hasta el escondite, recoger el dinero y traerlo. Nos lo repartiríamos a partes iguales, amigo mío, si tuvieras bastantes arrestos para intentarlo. Y luego no iríamos juntos y cogidos de la mano hacia el crepúsculo, capitán, sino que tomaríamos direcciones distintas. Ya sé qué clase de vida compraría con ese dinero… Tú irías, probablemente, a alguna parte donde pudieras comprar una buena barca de vela y de motor, equiparla con un par de aventureras atractivas e irte con ellas a las islas más lejanas del Pacífico. Podrías ser su abuelito, su héroe navegante.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una sonora carcajada burlona.

—¡Tú! ¡Dios del cielo! ¿Puedes imaginar a un hombre blando como tú, dedicándote a un asunto así? No tienes talla para eso, capitán. Puedo ver, por tu mirada, que sólo la idea de matar a seis personas te revuelve las tripas. ¿Sabes la diferencia que hay entre ti y un verdadero *hombre*? Un verdadero *hombre* pensaría que a la gente le puede pasar muchas cosas. ¡Qué demonios! Puede estallar el avión que tomen para volver a Texas cuando haya terminado la travesía. Mary Jane puede resbalar en el muelle una noche oscura y romperse la cabeza contra un barco de alquiler. Un *hombre* ve una oportunidad y la aprovecha. ¿Sabes, Garry? Lo que te pasa a ti es que prefieres vivir miserablemente.

Staniker llegó hasta ella en tres zancadas, le dio un golpe en la cabeza con la manaza abierta y la hizo caer de rodillas. A Crissy le zumbaba el oído, del golpe.

—¡Deja de pincharme! —gritó Staniker.

Crissy lo miró fijamente y le dijo:

—Vete de aquí. Me aburres. Quieres hablar de lo que te he dicho. Eso es todo. Hablar de eso y asustarte como un niño que ve una película de miedo. Vete, Staniker. Sal de aquí.

A medianoche, a oscuras en la cama, consciente del invisible bulto de su amante junto a ella, Staniker suspiró y dijo:

—Una oportunidad como ésta no se me presentará nunca.

—Hablar, hablar, hablar… Es lo único que eres capaz de hacer.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que yo…?

—Tal vez podrías hacerlo si realmente quisieras. Pero no creo que quieras.

Él la abrazó.

—Si dejases de meterte conmigo y quisieras ayudarme, querida… Tal vez no pueda hacerlo, tal vez sí. Si lo combinamos bien todo, quizá pueda. Pienso…, pienso en todo ese dinero, y me abruma. ¿Sabes? Las cosas no me han ido nunca bien. Pero no ha sido por culpa mía. Nunca he tenido suerte. Pero un buen golpe puede hacerme olvidar todos los pequeños golpes malos. Mira, lo que tendrías que hacer es darme ánimos en vez de quitármelos. Anda, hablemos un poco más de eso. No te duermas.

A Crissy le dio un salto el corazón. Su excitación era casi dolorosa. Rodeó con sus brazos a Staniker y le sonrió en la oscuridad.

—No me gustan los juegos de chiquillos, Staniker, cuando hay en el aire tanto dinero. Cuando un buen golpe de los dados puede proporcionarnos doscientos veinticinco mil dólares a cada uno. Son seis personas. ¿Puedes sacar la cuenta mentalmente? ¿Cuánto toca por persona, chiquillo?

Tras unos instantes de silencio, Staniker murmuró:

—Treinta y siete mil quinientos.

—Supón que vas a un sitio, y al entrar te tienden treinta y siete mil quinientos dólares sin hacerte ninguna pregunta. Todo lo que tendrías que hacer sería llevarles la cabeza de Mary Jane en una bolsa de papel marrón.

Notó que él se estremecía.

Se volvió y encendió la luz. Después, se inclinó sobre él y le sacudió exclamando:

—¡Tengo que saberlo! Si pudieras arreglar las cosas de manera que Mary Jane no sufriese nada, ¿harías lo que te digo? Por el dinero que te he dado hoy multiplicado por treinta y cinco. Di, ¿serías capaz de hacerlo?

La luz hacía que Staniker desviara la mirada. Tenía la cara bañada en sudor. Se secó con el dorso de la mano, miró a Crissy y luego miró a lo lejos.

—Sí —dijo con voz ronca—. Si no tuviera que sufrir nada… Y si

no me detuvieran por hacerlo… ¡Sí!

Crissy le hundió las uñas en los hombros y lo miró fijamente. Casi sin mover los labios, le dijo:

—¿Sabes? Podríamos conseguir así la libertad de hacer lo que quisiéramos. Podríamos ser ricos y libres.

—Tienes que…, tienes que ayudarme.

Ella le observaba la mirada. Años antes, Phil Kerna le había enseñado a conocer los signos especiales que delataban al jugador decidido a apostarlo todo a una carta. Phil hubiera podido decir cuándo tenían buenas cartas en la mano. Cuando creía tener el mejor juego y el que jugaba estaba a su izquierda, Phil fingía meditar su jugada para ganar tiempo. Contemplaba sus cartas con expresión ceñuda y manoseaba sus fichas de juego haciéndolas sonar unas contra otras. Era la señal que daba a Crissy para que observase al jugador que estaba a su izquierda. Había un momento en que decidía ir hasta el final en su juego. Apretaba la mandíbula, se le abultaba la garganta al tragar saliva, se le combaba el pecho en un largo y profundo suspiro y bajaba ligeramente los párpados para ocultar la mirada. Entonces, fuera del cono de luz que caía sobre la mesa y, naturalmente, demasiado lejos para ver cualquier carta, Crissy cruzaba y volvía a cruzar las piernas, movimiento que Phil podía ver por el rabillo del ojo. Y, con esta señal, atacaba al contrario, subiendo la puesta.

—Como un cabrito que salta fuera del granero, pequeña —decía Phil—. Cuando deciden jugar, juegan lo que sea. No se paran a pensarlo por segunda vez, cuando hago mi puesta. Sólo pujan con arreglo a su juego.

Cuando interpretaba mal sus señales, le pegaba una vez terminada la sesión. Ahora, ella leía la expresión de la cara de Staniker y vio perfectamente el instante en que él pasaba de la simple especulación a la resolución de actuar.

—Tengo…, tengo que hacerlo —dijo.

Y su duro rostro parecía ligeramente atónito al comprender que no le quedaba otra elección.

Crissy se levantó entonces y fue al cuarto de vestir tan llena de extraña y triunfante alegría que no se atrevía a permanecer junto a él por temor a que se le desbordase en salvajes carcajadas que lo desconcertarían y aturdirían. Encendió una lámpara que había

sobre la mesa-tocador y anduvo silenciosa y vivamente por la habitación, de un lado a otro, entrando y saliendo de la zona iluminada, sobre la blanda y elástica alfombra. Veía recortarse sobre las puertas de los armarios la sombra deformada de su cuerpo y podía ver su imagen fugitiva en los espejos de tres hojas. Era un cuerpo flexible, ligero de movimientos, que se deslizaba y que giraba ágilmente. Se notaba las piernas flexibles, largas y bonitas.

Se mordió ligeramente el nudillo del pulgar, sonrió satisfecha, dio una vuelta sobre sí misma y se sentó en el taburete de la mesa-tocador sonriendo a las tres imágenes de sí misma que veía en el espejo y contemplando estática las sonrisas que aquéllas le devolvían. Arqueó la espalda y levantó los brazos alzando cuanto pudo los duros y firmes pechos. Experimentó entonces una placentera sensación de juventud. Desde que murió Fer, se iba sintiendo vieja, cada día más vieja. Era muy agradable volver a sentirse joven.

Ahora, al recordar todo esto, sentada delante del tocador, mientras se daba los últimos y cuidadosos toques al maquillaje para causar a Oliver Akard la impresión deseada, hizo a su propia imagen un alegre gesto con la cabeza. La desconcertaba llevar a cabo aquella tarea sin ningún plan determinado. Últimamente, no había abusado de aquellas frívolas diversiones. Demasiadas preocupaciones enturbiaban su mente. «Es hora de apretar de firme. Se ha hecho mucho, pero aún queda mucho por hacer. Cuando todo haya terminado, podrás hacer tantas locuras como te dé la gana». Lo que tenía que hacer ahora requeriría toda su atención. Era la primera vez que vería a Olly desde que se difundió la noticia de que Staniker había sido encontrado y salvado.

—Crissy —llamó suavemente Oliver desde el dormitorio—. Crissy…

No le había oído correr las puertas de cristales que daban a la terraza ni volver a cerrarlas.

—Estoy aquí, querido… En el tocador. Puedes entrar, cariño.

Arrastraba la voz imprimiéndole un tono de desaliento para que armonizase con los ojos, que se había maquillado expertamente.

Cuarenta minutos más tarde, la comedia se iba desarrollando tal como ella la había planeado. Oliver le había preguntado una y otra vez qué era lo que no andaba como debía, y ella había insistido en contestar que no había nada que no funcionase bien. Cuando Oliver había querido hacer el amor, ella había dado un grito de desesperación alejándose rápidamente de él y corriendo, llorosa y tropezando con los muebles, al cuarto de baño, en el que se encerró.

Cuando salió de allí, se puso un vestido oscuro y se sentó en un diván haciendo que Oliver se sentara a los pies de la cama, a diez pies de distancia de ella.

—No tengo el derecho de enamorarme de ti, Oliver. Por favor, vete ahora, cuando aún me quedan fuerzas para despedirte. Olvídate de lo que ha habido entre nosotros. No quiero hacerte daño. Tengo que salir de tu vida.

Dejó que él le suplicase y le hiciese preguntas mucho rato. Después le dijo:

—Está bien. Tal vez sea una especie de castigo. Cuando te lo diga, no querrás volver a verme. Te será más fácil irte de mi lado. Mira, he jugado un juego de ficciones. Me hice la ilusión de que *él* no volvería nunca, nunca más. Esto me daba derecho a iniciar una vida más… decente.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Staniker, Garry Staniker, el cerdo brutal que llegó a poseerme aún no sé cómo. Me he equivocado. Creí que podría volver a levantar cabeza y empezar a vivir de nuevo. Pero me he engañado y te he engañado a ti. ¡Estoy desesperada!

Le contó entonces la historia de una mujer tonta y cándida, de una corta travesía en el *Odalisque*, de una avería fingida, de un paraje solitario donde hubo que anclar y donde los dos bebieron demasiado y ella luchó contra Staniker hasta que vio que no podía resistir y le dejó hacer lo que quisiera. El muchacho parecía aturdido y mareado. Crissy suspiró por fin:

—Después de aquello, dejé de oponerle resistencia durante algún tiempo. Soy una mujer madura. Hice vida de casada unos años. Staniker es un bruto sensual y muy hábil, ¿sabes? Fue algo puramente físico, querido, algo completamente distinto de lo que hay entre tú y yo. Por fin, comprendí que tenía que librarme de aquella bajeza en la que había caído. Intenté salir de ella. Dios sabe

que lo intenté. Creí que, vendiendo el yate, me vería libre de aquel hombre. Pero empezó a venir a verme a mi casa, Luché contra ello. Créeme, luché. Pero es un hombre extraño. Creo que hay en él algo enfermizo. Es un ser equívoco y peligroso. Cuando le suplicaba que me dejase en paz, se reía de mí. Si le hacía enfadar demasiado, me pegaba. Me dijo que ninguna mujer de las que han sido suyas le ha abandonado todavía, que ninguna lo abandonará nunca y que mientras no se canse de mí, no me queda nada que hacer. Cuando vuelva, Oliver, todo volverá a ser como antes. Ni tú ni yo podemos hacer nada para evitarlo. Una vez quise suicidarme, pero me faltó valor.

Aquellas palabras combaban los fuertes y juveniles hombros del muchacho, le hacían sudar y palidecer, le daban una expresión de repugnancia.

—Has sido para mí un milagro que no merecía, Oliver. Debiera haberme dado cuenta de que aquello no podía ser verdad. No podía ser una realidad tenerte a ti, y que me hicieras sentirme orgullosa de verme querida y estimada. Por favor, vete, querido. Vete ahora mismo. No te olvidaré nunca.

—¡No puedo dejarte!

—Pues ahora es el momento de dejarme. *Él* está herido, y tal vez tarde semanas enteras en volver. Ahora su mujer ya no existe y lo que hará es venir aquí, conmigo, y no habrá fuerza humana capaz de detenerle. Soy una cobarde, querido mío. Me ha acobardado con sus palizas. Conoce todos los métodos para hacer daño.

Oliver se acercó a ella tambaleándose, desmañado y torpe, la abrazó, gimió, sollozó y protestó. Su joven corazón era presa de terrible angustia, y Crissy sabía que bajo esta angustia se ocultaba el deseo de seguir con ella tanto tiempo como fuera posible.

Crissy acabó aceptando, con gran desgana y repugnancia, el término medio que ella misma había buscado.

—Está bien. Seremos egoístas, Oliver. Viviremos intensamente una vida entera el tiempo que nos quede hasta que Staniker vuelva. Desde hoy fingiremos para nosotros mismos que lo nuestro no terminará nunca.

Oliver se puso a fanfarronear diciendo que apartaría de ella a Staniker y que lo mantendría alejado.

—Calla, querido. No malgastemos el tiempo que nos queda

hablando de cosas feas, de cosas que no pasarán nunca. *Quiéreme* ahora, y haz que me olvide de todo lo que no seas tú.

Poco después, lo contemplaba mientras él se hallaba sumido en un pesado sueño. Se le veía macilento, ojeroso y muy joven, como un niño después de demasiadas vueltas por la feria con billetes para todas las atracciones y el estómago cansado por el peso de muchas manzanas en dulce.

Crissy se levantó y cerró las puertas de comunicación para poder ducharse sin despertarle. Recordaba lo que solía decir Spook, que tenía mentalidad de actriz y hablaba con desprecio de los hombres que podía pescar:

—Escucha, hija mía, ¿qué tienen los hombres normalmente? Son unos latosos. Empleos pequeños, monótonos y tristes y casas, esposas y niños fastidiosísimos. En cambio, en las películas y en la televisión se ven problemas grandes y fascinantes, que dejan atrás a los otros. Así es que, junto con lo demás, doy a los hombres un poco de teatro; por ejemplo, les digo que mi viejo es *un* senador del Estado, que ha gastado miles de dólares intentando encontrarme, o que tengo una enfermedad de la sangre, muy extraña y muy poco corriente, que pesqué en Arabia. Me gusta llorar un poco. ¿En qué otro sitio podrían comprar esos infelices un auténtico romanticismo? Sácales el jugo, hijita, exprímelos bien, y conseguirás que vuelvan y hasta que te den una gratificación extraordinaria para ayudarte en tus problemas.

Mientras se secaba perezosamente después de la ducha, Crissy se encontró rebuscando en su memoria uno de los juegos de su infancia. Hacía años que no se acordaba de él, y no sabía por qué le había vuelto ahora al pensamiento.

Todos los domingos, en el orfelinato, cuando desfilaban por el vestíbulo después de cenar, había siempre sobre una mesa, junto a la puerta, un tazón lleno de caramelos redondos y duros, y la vieja y odiosa Satchel estaba sentada detrás de aquella mesa vigilando con ojos de águila. Si aquella semana se había tenido alguna mala nota de comedor le hacían una seña con la mano para que pasara de largo. Si no se había tenido ninguna mala nota, se podía coger un caramelo entre el índice y el pulgar, con los demás dedos doblados hacia dentro, para que no se pudiera coger más que uno. Iban envueltos en papel blanco y transparente, debidamente enroscado

en los extremos, y a través de esa envoltura se veía el color del caramelo, pero si se vacilaba al cogerlo buscando el color que se deseaba, la vieja le hacía a una signo de que pasara de largo y ya no se podía coger ninguno.

Algunas de las niñas se comían los suyos cuando salían del edificio mientras otras los mantenían dentro de la boca, haciéndolos rodar con la lengua para que durasen más tiempo. Y si se introducían en el hueco de la mejilla, detrás de los dientes, duraban prácticamente una eternidad. Pero ella había guardado siempre los suyos para las partidas de «El último que queda».

Para jugar a ese juego, el mejor número de jugadoras era nueve o diez. Cada una de las niñas entregaba un caramelo y había que desenvolverlo y examinarlo para estar segura de que nadie lo había chupado un poco y vuelto a envolver. Con un trozo de tiza, se dibujaban grandes cuadros sobre el suelo de cemento, colocando un caramelo en cada uno de esos cuadros, en una esquina, haciendo que los saltos fueran lo suficientemente difíciles para que desde el primero se pisara una de las rayas o se perdiese el equilibrio al recoger uno de los caramelos. Se iba descartando así, una tras otra, a las niñas que jugaban hasta que quedaba sólo la ganadora, y los nueve o diez caramelos pasaban a ser suyos.

Crissy ganaba más a menudo que las otras, exceptuando a una muchacha de color, alta, delgada y ágil, llamada Shacks. Cuando ganaba ella, lanzaba una especie de relincho, reía locamente y se alejaba con los caramelos, sin dejar de relinchar. Un día las puso tan nerviosas a todas que Crissy y otras tres niñas la arrinconaron en el lavabo, cuando ya estaban apagadas las luces. Se necesitó mucho tiempo y muchos esfuerzos para conseguir que llorara, lo que no sucedió hasta que descubrieron que era muda, que creía que el juego se llamaba «El último que ríe» y que, con sus relinchos, creía pronunciar el nombre del juego.

Crissy recordaba la alegría que le producía ser «La última que queda». A veces, después de ganar, guardaba su tesoro hasta que se apagaban las luces y entonces desenvolvía hasta seis caramelos a la vez, metiéndoselos uno tras otro en la boca e intentando identificar su sabor. Luego los hacía rodar con la lengua todos juntos, hasta que los sabores se mezclaban y confundían, y por fin los mascaba y aplastaba, convirtiéndolos en dulces astillas, en jugo, en pasta de

caramelo. En aquellos momentos sabía que desde las camas cercanas las compañeras que aún quedaban despiertas podían oír el festín nocturno y sabían a qué se debía.

Capítulo XII

El domingo por la tarde, es decir, el día siguiente a aquel en que volvieron a llevar a Staniker a Nassau, cuando Sam Boylston volvió a su habitación del «Nassau Harbour Club», Jonathan Dye parecía estar exactamente en la misma disposición de ánimo que antes. Se hallaba aún sentado junto al escritorio, en la butaca de recto respaldo, triste, con el torso encorvado, los brazos descansando sobre las rodillas y las nudosas manos colgando.

Tenía mal color, los ojos hinchados y la barba le empezaba a crecer formando una sombra oscura sobre la mandíbula angulosa y la larga garganta.

Levantó la cabeza, miró distraídamente a Sam y luego volvió a contemplar la alfombra de la habitación.

Sam dejó un paquete sobre la cama y dijo:

—Me han dado permiso para que hable con los Barth y los Hilger. Sir Willis lo ha arreglado.

El muchacho no contestó. Sam dijo:

—Puede comprenderse su punto de vista. Los periodistas recogieron su informe de esa gente, antes de que la Policía pudiera impedirlo. Era una historia de segunda mano porque nadie puede estar seguro de lo que Staniker les dijo realmente. Tal vez algunos detalles que se les dieron estaban equivocados. Así es que es mejor esperar los resultados de interrogar directamente a Staniker, y mantener a los periodistas lejos de esos dos matrimonios. La gente suele tener tendencia a exagerar un relato, cuando son centro de la atención. Esto les da importancia. Ahora los han interrogado las autoridades. Pero el resultado no se dará a la Prensa. Su barco está amarrado en el Puerto de los Yates. ¿Quieres ir allí conmigo un momento…? Jonathan…

—Señor…

—Digo que si quieres venir conmigo para hablar con esa gente que ha traído a Staniker.

—No sé. Supongo que sí.

Sam desenvolvió el paquete que había traído. Era un pequeño y costoso aparato grabador de cinta magnetofónica importado del Japón, transistorizado, construido para funcionar con pilas de nueve voltios, a una velocidad de ciento setenta y ocho pulgadas por segundo. El altavoz podía separarse para reducir aún más el tamaño. En la tienda habían enseñado a Sam el manejo del aparato. Dando vuelta a un botón, se podía poner en grabación continua y haciendo girar otro se activaba la voz por medio de un disco que ajustaba la precisión. Sam había comprado también unos rollos de cinta y algunas pilas suplementarias.

Lo preparó debidamente y lo puso en marcha. Contó hasta diez en voz alta, retrocedió seis pies, volvió a contar hasta diez, volvió a ir hacia la puerta y contó por tercera vez hasta diez. Hizo girar hacia atrás la cinta magnetofónica, dio vuelta al botón del sonido y puso en marcha el aparato. La grabación era buena. El sonido era mejor que en la tienda.

Sam vio que había despertado el interés de Jonathan.

—¿Para qué es eso? —preguntó éste.

—Antes solía ocuparme de algunos pleitos y me decían que lo hacía bien. Pero a mí no acababa de gustarme mi trabajo. Aprendí entonces una cosa: uno cree que escucha todo lo que oye, pero siempre se pierde algo. Se coge todo cuando se escucha por segunda vez. A veces, se trata de algo importante.

—¿Y ese aparato?

—Es un aparato bonito y muy bueno.

—Quiero decir que de qué puede servirle hablar con esa gente.

—Vieron a Staniker en mal estado… Lúcido y consciente y, al mismo tiempo, muy mal.

—Bien, ¿y qué?

—Pues que a lo mejor le oyeron decir algo de lo que no hablará cuando se recupere del todo.

—Se dedica usted a un juego, Sam.

—¿Cómo?

—Tal vez juega para ocuparse en algo, para poner en práctica algunas ideas que se le ocurren. ¿Qué importa cómo ocurrió la cosa? Quizá Staniker haya dado demasiados pormenores. Lo único que tiene importancia es que cree que él es el único superviviente. Imagino que también usted lo cree así. Y ahora quiere empezar a

escudriñarlo todo, para averiguar cómo pasó el desastre. ¿Por qué? ¿A quién le importa cómo pasó? A mí sólo me importa una cosa. ¡Que Leila vive! A pesar de lo que Staniker pueda opinar, Leila vive.

—Tranquilízate, muchacho.

—¡Maldita sea! ¡No me mire con tanta compasión! No he hablado con ligereza. Y no soy un tonto sentimental, que cree que los virtuosos viven y que los malos mueren.

Hizo una breve pausa y se levantó de su silla. Luego prosiguió:

—Creo…, creo de veras que soy lo bastante fuerte para soportar su pérdida. Sería para mí una tortura durante mucho tiempo, pero lograría reponerme. Escúcheme con atención. He estado sentado en esta silla casi toda la noche y gran parte del día. Y me he dicho a mí mismo que Leila ha muerto y que nadie puede hacer nada. Ha muerto, ha desaparecido para siempre y no volveré a verla nunca. Sólo un loco creería que alguien pueda sobrevivir, bajo cubierta, a una explosión y un incendio. Pero hay algo que me impide creer de veras en lo que estoy pensando. Es como si ella estuviera ahí, en ese rincón, detrás de mí, moviendo tristemente la cabeza preguntándose cómo puedo ser tan estúpido. Ya sabe usted cómo se movía en el agua. Aturdida por la explosión, llena de quemaduras y medio inconsciente, seguiría flotando por instinto. De una manera o de otra, salió despedida viva, estoy seguro de ello. Estábamos muy unidos, Sam, tan unidos como puedan estarlo dos personas. No era cosa de chiquillos. Éramos amantes desde hace más de un año. Y era algo muy bueno, pero no lo básico, para nosotros. Era sólo un medio de…, de decirnos algo acerca de lo que éramos el uno para el otro. Si Leila hubiera muerto, mi corazón estaría ahora petrificado. Y no lo está. Pero, si no la encuentro pronto, un día, de repente, tendré que creer que ha muerto.

Volvió a sentarse, hundiendo la cara entre las manos, y dejó escapar una *especie* de tos seca, parecida a un sollozo.

Sam Boylston llenó medio vaso de *whisky* canadiense, de la botella comprada en la tienda del vestíbulo. Añadió dos cubitos de hielo, revolvió con una varilla y puso el vaso en la mano de Jonathan.

—Toma eso —le dijo.

Jonathan bebió la mitad del contenido del vaso, tosió, acabó de beber, sintió náuseas, se estremeció y devolvió el vaso a Sam. Éste

dio vueltas otra vez en su mente a la idea de hablar del dinero al muchacho. Justificaría el interés de Sam en descubrir qué había ocurrido exactamente. Pero aquello podría ser la prueba de que Leila había muerto. Si alguien iba buscando el dinero no habría supervivientes. Si el dinero era el objetivo perseguido, Staniker estaba complicado en aquel asunto. Y Sam sabía que una de las cosas más raras del mundo es la habilidad de decir una mentira compleja, una vez tras otra, sin ningún fallo.

El muchacho no se daba cuenta de que su convicción de que Leila vivía no era más que un recurso inconsciente para protegerse de un golpe que aún no estaba preparado para recibir. Sam comprendía que le sería fácil explicárselo así a Jonathan y hablarle del dinero. Las reacciones irracionales le habían impacientado siempre.

—Debo de parecer loco —dijo Jonathan—. No puedo evitar creer lo que creo.

—¿Qué vas a hacer acerca de ese asunto?

El muchacho pareció sorprendido.

—Ir a buscarla. Ahora sé dónde he de buscar.

Cogió el mapa y lo extendió sobre la cama.

—Aquí es donde Ocurrió. Aquí es donde fue encontrado Staniker. La corriente tuvo que llevar a Leila, por encima de los bancos de Bahama, hacia el norte de las Joulter. Éstas son zonas poco profundas. Se supone que hay, por lo menos, dos mil montecillos de arena y de rocas, algunos de ellos con vegetación, que sobresalen del agua hasta con marea alta. Voy a ir a Andros a conseguir un barco pequeño y… a salir en su busca. Ella no se dejaría llevar por el miedo, ¿sabe usted? Se las arreglaría para vivir lo suficiente… Lo suficiente para que yo pudiera encontrarla. Parece frágil, pero es muy fuerte, muy resistente. Puede soportar mucho.

Evidentemente, Sam tenía el deber de decir al muchacho que aquella búsqueda era inútil. Jonathan no tenía ninguna experiencia en cuestiones de mar y ningún conocimiento personal de aquella zona. Todo ello era una locura, una tontería. ¿Qué bien podría hacerle aquella estúpida esperanza si, al final, tendría que convencerse de la realidad?

Cuando empezaba a escoger las palabras, vio su propia imagen

reflejada en el espejo de la puerta del cuarto de baño. Y recordó otras *ocasiones, otros* espejos *frente* a los cuales empezaba como ahora, a escoger las palabras que abrirían a Leila, a Lydia Jean o a Boy-Sam
los caminos de la lógica. ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué eran siempre los sueños más absurdos los que a ellos les parecían más importantes? Escribían sus pequeños y estúpidos melodramas y luego se mostraban disgustados, realmente disgustadísimos, si alguien no salía al escenario para declamar las líneas que habían escrito para él. ¿Querían, acaso, un poco de humorismo? ¿Deseaban cómplices, en su actitud sentimental, para poder sentirse más confiados en sus ilusiones?

«Pues esta vez —pensó—, en vez de apagar las luces del escenario y de bajar el telón, seguiré la representación como ellos quieren».

Se volvió hacia Jonathan y le dijo:

—Si dices que está allí, debe de estar allí. Y cuanto más hagas por encontrarla, más pronto la encontrarás.

—Creo…, creo que tiene razón, señor.

—Pagaré el alquiler de un barco que esté bien con una tripulación que conozca estas aguas. Si el barco no cala mucho más de tres pies, podrá deslizarse por todos ésos canales. Y para aguas menos profundas aún, puedes emplear un bote con una pértiga. ¿Sabrás manejarlo, o tenemos que ir los dos?

—Sé manejarlo. ¿Le parece bien que me ocupe ahora mismo de buscar el barco?

—Cuanto antes, mejor.

Cuando el muchacho hubo salido, Sam Boylston se sintió irritado consigo mismo. Seguir el humor a los que le rodeaban demostraba una peligrosa debilidad y creaba molestas obligaciones. Una vez iniciado el juego había que seguir jugando. Y era un juego en el que él no podía ganar nada.

Ahora, con su visita a los Barth y los Hilger, a bordo del *Docksie III*, estaba empezando un juego más de su agrado. Tendría un final, y aquel final le proporcionaría una dura y despiadada satisfacción. Después habría tiempo para llorar a la hermana perdida. Pero ¿no era tal vez, en realidad, su juego tan inútil y tan insustancial como el de Jonathan? Detenerse a analizar así la

cuestión lo agitó y le hizo desechar aquella idea. Las pequeñas y delicadas comparaciones filosóficas eran sólo bonitos juegos de salón para personas como…, como Lyd, Leila y Jonathan. Cualquier hombre que avanzara por la vida creándose dudas y reservas mentales, se estaba castrando a sí mismo. Ninguna coacción, suya o de Jonathan, les devolvería a Leila. Pero podría muy bien impedir que alguien sacase provecho de la pérdida de la muchacha. Cuando un hombre aflojaba un poco la mano con que lo cogía todo fuertemente, ellos le arrebataban aquel todo sin ninguna consideración.

El lunes por la mañana, a las siete menos cuarto, Sam Boylston llamaba a la puerta del apartamento número 6 de «Harbour Heights Apartments». Pocos instantes después se abría la puerta todo lo que permitía la cadena de seguridad y una muchacha vestida de blanco le miraba a través de la rendija.

—Soy Sam Boylston —dijo el abogado—. Ya sé que vengo demasiado temprano. Si no le va bien, puedo volver…

La muchacha volvió a cerrar, soltó la cadena y le hizo entrar en el pequeño cuarto de estar reluciente y aseado.

—Sí, llega usted muy temprano, Mr. Boylston, pero quizá sea mejor así. Tal vez no haga lo que usted quiere. ¿Quiere tomar un poco de café conmigo?

Al hablar, recalcaba las palabras más inesperadas, como suele hacerse en las Bahamas. Su cara era demasiado estrecha para ser hermosa, sus ojos, negros y brillantes, estaban demasiado juntos y su tez era morena y pálida, como suele serlo la de los habitantes de las Islas, de sangre mixta. Pero tenía estilo y el cutis fresco. La enfermera Theyma Chappie había sido designada para el turno diario, desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Cuidaba al capitán Garry Staniker en su habitación particular del «Hospital de la Princesa Margarita».

Llevó el café de Sam a la mesa, colocada junto a las ventanas donde ella había estado tomando su desayuno. Y se sentó.

—Ya comprendo, enfermera. No hay medio de que pueda forzarla a usted.

—Es lo que le dije a mi hermano. Sir Willis ha sido muy bueno

con él, le ha ayudado mucho. Si no hubiera sido por él, quizá no habría podido hacer mis estudios. Pero soy una profesional. Tengo obligaciones respecto al paciente. También respecto al hospital. Y desde luego, podría tener algún jaleo con las autoridades. Le dije a mi hermano que para correr algún riesgo tendría que estar segura de que lo que hago está bien, de que tal vez es necesario. Se nos ha ordenado no digamos nada a los periodistas. Tal vez me haya mentido usted. Tal vez todo esto sea un truco.

Sam sacó su cartera, sacó los papeles que acreditaban su identidad y se los dio a la muchacha.

—Soy lo que le he dicho que soy, enfermera. Un abogado de Harlingen, Texas.

Cuando Theyma hubo mirado los papeles y se los hubo devuelto, le enseñó una fotografía de Leila, en color, que sacó de otro compartimento de la cartera, diciendo:

—Ésta es mi hermana. Iba invitada a bordo del *Muñeca*.

—¡Qué bonita! —exclamó la muchacha.

Contempló la fotografía unos instantes y se la devolvió.

—Pero ya interrogarán minuciosamente a ese capitán, ¿no? ¿Qué necesidad hay de que yo haga eso que usted quiere?

—Hay un motivo que no puedo explicar ni a usted ni a las autoridades, un motivo que me hace creer que tal vez Staniker pueda haber…, con ayuda o sin ella…, matado a las seis personas que iban a bordo, y hundido el yate después.

La enfermera pareció asombrada.

—¡No parece una persona capaz de hacer eso!

—Quiero saber cómo contesta a las preguntas. En el interrogatorio preguntaré cosas que los demás no preguntan. Creo que les preocupa la idea de que haya habido poco cuidado. A mí, en cambio, me preocupa la idea del asesinato.

—Entonces, ¿por qué no les explica sus motivos, Mr. Boylston?

—Porque entonces, por las preguntas de ellos, el capitán sabrá que están enterados de que existe esa razón que le he dicho. Y pondrá mucho más cuidado en sus contestaciones. Es un procedimiento corriente cuando se interroga a alguien. Si se detiene a un asesino y se le acusa de un robo de poca importancia que haya tenido lugar la misma noche del crimen, uno se entera de muchas más cosas que si se acusa a ese hombre de asesinato.

—Si le ayudo a usted, ¿se presentará lo que yo diga como prueba ante el tribunal, de manera que se descubra que le he ayudado?

—No. Tal vez fue un accidente. Tal vez el yate estalló. Si me entero de algo que dé otro aspecto al asunto, tendré que cazar a ese hombre de otra manera.

Theyma lo contempló detenidamente.

—Para usted ese hombre no es más que una cosa, algo que hay que cazar.

—¿Cree usted que hay que dejar escapar a una persona que ha cometido un asesinato en masa?

—¡Claro que no! Pero si usted desea creer que ese hombre es culpable de asesinato, tal vez acabe creyendo lo que quiere creer.

—No soy así.

La enfermera movió la cabeza.

—No… Quizá no.

Dirigió una rápida mirada al reloj de oro que llevaba prendido en su uniforme.

—Creo que ahora debería usted mostrarme cómo funciona todo el engranaje.

—Eso significa que hará lo que le dije.

—Sí, pero si lo descubren, yo diré que no tengo la menor idea de cómo ha llegado hasta allí.

Se asombró al ver lo pequeño que era el aparato de grabación. Sam le explicó cómo funcionaba y ella lo comprendió rápidamente. Dijo que había junto a la cama un estante bastante ancho y que podía colocar el magnetofón detrás de un montón de toallas limpias. Era un sitio en el que ella podía poner en marcha el aparato o pararlo con facilidad.

Cuando Sam le preguntó qué opinaba del estado de Staniker, contestó:

—Es un hombre muy fuerte. Pasó mucho tiempo sin el menor auxilio de nadie. Para muchas personas, habría sido una espera demasiado larga. Ahora, podría haber mala suerte, podrían estar los riñones más perjudicados de lo que cree el doctor McGregory. O tal vez sobrevenga una neumonía que no responda a los antibióticos o un edema pulmonar que no podamos dominar. Parece aturdido. Y tiene la lengua muy magullada y herida, de resultas de las

convulsiones. Habla con dificultad. Tal vez el doctor permita que se le interrogue hoy. Aunque me parece que lo dejará para mañana. Depende de su estado, claro.

Metió el aparato de grabación en el blanco bolso que llevaba colgado del hombro y lo acarició diciendo:

—Me alegro de que sea tan pequeño. Y funciona sin hacer ningún ruido.

Parecía divertida y añadió:

—Quizá se lo pida prestado algún día para averiguar si Helena se dedica a entretener aquí a alguien que conozco, mientras yo hago el turno nocturno y ella trabaja de día… Compartimos este apartamento. Éramos tres, pero tres ya es demasiado. La tercera se fue a trabajar a una clínica de una isla exterior. Bueno, ahora tenemos que irnos o llegaré tarde al hospital.

Una vez en la calle, Sam la contempló mientras hacía rodar su moto azul pálido desde la acera a la calzada. Una vez allí, montó en ella, la puso en marcha y se perdió entre el tránsito de la mañana, muy erguida la esbelta espalda.

Sam se sintió algo intranquilo acerca del oído electrónico que la muchacha se llevaba. Era un oído reservado que no olvidaba absolutamente nada de lo que oía. Las lentas consideraciones de la ley no habían avanzado al mismo paso que los adelantos de la técnica, y así la explosiva expansión de aparatos auditivos y grabadores se desenvuelve en una zona distinta. Inevitablemente, cuando la ley queda demasiado rezagada detrás de las realidades se logra *un* permiso eventual a través de las meras consideraciones de la compra, el empleo y el uso universal. El ciudadano medio, cuando pensaba por casualidad en ello, no veía nada incorrecto en el hecho de que los individuos buenos fiscalizaran los hogares, las oficinas y los teléfonos de los individuos malos. Pero la Historia tiene la mala costumbre de invertir constantemente los papeles. Si los ingleses hubieran podido llenar de micrófonos el campamento de invierno de George Washington, éste habría sido fatalmente sorprendido en las riberas del Delaware.

Los hábiles y pequeños micrófonos y transmisores podrían espiar todos los sonidos imaginables. El polígrafo podría, en cierto modo, espiar la mente. Y es espantosamente inevitable que, en el futuro, llegue un día en que la técnica y el arte eliminen el trabajo de

añadir al individuo aparatos perceptores y pueda hacerse la poligrafía sin que se entere el individuo a quien se hace. Esto sería el final y la mortal invasión de toda intimidad.

Sam podía recordar con exactitud los incidentes que habían ido despertando en él aquella sensación de intranquilidad. Había consentido en ocuparse del divorcio de un antiguo amigo. Era una faceta de la ley que le resultaba desagradable. El amigo compareció con el especialista cuyos servicios había empleado. Este especialista había seguido los pasos de la esposa hasta el motel adonde pensaba ir con su amante. Había instalado entonces su equipo magnetofónico en una de las habitaciones y había dispuesto las cosas para que se diera aquella habitación a la pareja. Con evidente satisfacción profesional, el especialista proyectó luego, en el despacho de Sam Boylston, a oscuras, la pequeña película de ocho milímetros filmada por una cámara instalada en la reja de un ventilador y dejó oír públicamente una cinta grabada por un micrófono provisto de transmisor y fijado debajo de la cama del motel. Sam oyó decir, con voz quejumbrosa, a la mujer cuyas expansiones habían contemplado Lyd y él sobre la pantalla: «¡Ahora! ¡Ahora! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!».

Cuando la película terminó, el especialista detuvo el aparato y abrió los postigos. Mientras volvía a enrollar en los rollos respectivos la cinta magnetofónica y la película, el único sonido que se podía oír en el despacho eran los apagados sollozos del amigo de Sam, que estaba sentado, con la cara hundida entre las manos. Sam le dijo que buscase otro abogado, un abogado que se prestase a utilizar aquella prueba inadmisible, como un palo que se esgrimiera contra la esposa culpable para cortar en seco cualquier petición de dinero para su manutención y ayuda. El especialista no se enfadó ni se trastornó lo más mínimo. Sólo quedó muy asombrado. Sin aquella prueba brutal, el matrimonio podría haber llegado a un acuerdo. Pero, después de exponerse abiertamente aquella prueba tan explícita, el marido no pudo soportar la idea de la menor reconciliación.

El segundo incidente ocurrió cuando una pequeña entidad de San Antonio, enredada en una batalla de apoderados, contrató sus servicios para que descubriera cómo podían llegar a conocerse todos sus movimientos estratégicos antes de que los pusieran en

práctica y para que les dijera qué acusaciones y castigos podían hacer pesar sobre el que les espiaba.

Empleando otra entidad de investigadores, la sucursal de una organización nacional que empleaba a muchos ex agentes del
F. B. I.,
Sam se enteró de que se habían introducido en la seguridad interna de una manera poco habitual. Un experto había metido un micrófono-transmisor muy sensible, resistente a los choques, dentro de una pelota de masilla del tamaño de una nuez inglesa, y por la noche, desde el otro lado de la valla de seguridad, había arrojado empleando un tirador la pelota a la sala de juntas donde todas las mañanas se reunía la asamblea ejecutiva de la Junta de Directores. El proyectil quedó incrustado en el panel superior de una de las ventanas de la sala, que estaba en el tercer piso. El transmisor tenía treinta y seis horas de vida y la sustancia que lo envolvía tardaba casi el mismo tiempo en secarse y en caer del panel al que se hallaba pegado. El aparato grabador, que ya estaba puesto en marcha, para que no se necesitase a nadie en la operación, había sido colocado, junto con el receptor, en el almacén de un restaurante, dentro de la distancia de quinientas yardas, necesaria para la transmisión. Al comprender las dificultades que hubiera habido al entablar una acción legal, Sam había recomendado que las reuniones de la asamblea ejecutiva continuaran de tal modo que dieran informaciones al parecer válidas, pero en realidad destinadas a confundir y desorientar a la oposición, y que los verdaderos planes de batalla se dispusieran en reuniones secretas, fuera de los locales de la corporación.

Para protegerse profesionalmente contra la invasión electrónica, cada vez más sofisticada, Sam había pedido a una agencia que le diera información de las técnicas más avanzadas haciendo también que, de vez en cuando, a intervalos desiguales, se hiciera una gran «limpieza» de sus despachos, para ver si se había instalado allí algún aparato de aquel estilo.

El tercer incidente fue mucho más subjetivo. Tuvo lugar a los dos meses de haberle dejado Lydia Jean para vivir en Corpus con su hijo. Una noche, cuando se iba a la cama, le asaltó de pronto la idea de que sería muy fácil recurrir a una agencia para que interviniese el teléfono a fin de poder espiar todos los movimientos de su mujer

y periódicamente darle informes. Sam sabía que aquella idea no era tan repentina como parecía. Tenía el gustillo especial de los pensamientos que han permanecido largo tiempo en las capas inferiores del cerebro, antes de salir a las zonas conscientes.

Pero era una idea desgraciada. Si no podía confiar en Lydia Jean, no había por qué suspirar porque volviese a casa. Y si ella se enteraba de que su marido era capaz de hacerle una cosa semejante, las posibilidades de que volviera a él disminuirían en una gran proporción. Al descartar la idea, Sam se dio cuenta de que, desde que se había enterado de las nuevas maravillas del espionaje electrónico, se había ido acostumbrando gradualmente a hablar a todo el mundo con mayor cautela, tanto en su despacho como en los de aquellas personas a quienes visitaba. Había pensado en ellos sencillamente como en una precaución sensata. Si se suponía que todo lo que se decía quedaba grabado, podía uno dejar de preocuparse acerca de qué era lo que había que decir. La vida se hacía entonces más gris, más precavida, más ceremoniosa. Todos los hombres, de todos los grados de responsabilidad, habían empezado a hablar para el informe, para el público invisible, y las antiguas intimidades habían empezado a marchitarse, porque la amistad íntima se basa en confiarse mutuamente los más recónditos pensamientos. Arwell, en 1948, no había pensado en las consecuencias de aquella difusión. La miniaturización de los adelantos electrónicos estaba efectuando, en las relaciones humanas, el gran cambio logrado en otras culturas sólo por medio de arrestos secretos, de prisión y de torturas, encaminadas a enfrentar a hermano contra hermano.

Sam se puso al *volante* de *su coche* de alquiler, pero antes de poder poner en marcha el motor le estrujó el cerebro y el corazón otro de aquellos extraños espasmos de pena y de sensación de pérdida. Con la barbilla apoyada sobre el pecho y los ojos fuertemente cerrados, agarraba el volante con tal fuerza que le quedaron las manos entumecidas y le empezaron a temblar los brazos y los hombros. La sensación que experimentaba era más parecida a una mezcla de ira y de terror que a la pena por haber sufrido una pérdida dolorosa. Durante aquellos breves instantes, cuando el sentimiento que le embargaba era más intenso, las tres mujeres de su vida se fundían en una sola, que era a un tiempo una

hermana muerta, una esposa perdida y una madre muerta también. La imagen palidecía rápidamente y se desvanecía dejándole solo y helado, como una pequeña silueta humana recortada sobre un árido paisaje en un viejo libro.

Salió, por fin, de aquel estado y, lo mismo que otras veces, notó que el espasmo le había embotado la mente. La luz del día tenía una realidad cinematográfica, y él debía reconstruir el plan trazado poniendo cada diligencia en el lugar conveniente, como si levantara y pusiera en su sitio unos grandes bloques de mucho peso que se hubieran venido abajo.

Cuando Sam Boylston volvió al «Nassau Harbour Club», encontró un recado en el que se le decía que llamara a un tal Mr. Cooper, a un número de Austin. Yandell Binns Cooper, conocido en todo el Suroeste como Stuff Cooper, era el padre de Carolyn, la segunda esposa de Bix Kayd. Sam le llamó por teléfono y se preparó para enfrentarse con la fuerte e imperiosa personalidad de Stuff.

Pero una vez les hubieron puesto en comunicación las secretarias, la voz de Cooper sonó vaga y blanda.

—¿Sam? Sam, muchacho, te he seguido la pista hasta tu despacho. ¿Ha pasado todo como dicen los periódicos y la Televisión?

—Temo que sí, Mr. Cooper.

—¡Vaya por Dios! Conque todos ellos, ¿eh? Yo me estaba diciendo continuamente que era algo que se traía entre manos el viejo Bix. Todo el mundo sabía que le había afectado mucho tener que dejar escapar aquel surtido de mercancías de BeeKay, hace un par de años. Por lo que yo calculaba, quería desaparecer para que algunos de los suyos pudieran comprarlo barato. El jueves, a las once, la gente sabía ya algo de eso, y también llegó a mis oídos. Cuando me llamó mi agente, yo ya sabía qué me iba a decir: que no podía encontrar compradores en ninguna parte. ¡Maldito asunto! ¿Sam?

—Estoy escuchando, Mr. Cooper.

—Sam, no puedo creer que sea verdad. La veo continuamente. Tenía una sonrisa especial para su papá. Veo continuamente a Carrie, tal como estaba cuando la hicieron reina de belleza y

paseaba en aquella carroza cubierta de flores, con un vestido de volantes y un ramo en las manos, saludando y sonriendo. No es justo, muchacho. Tú sabes que no es justo.

—Sí, lo sé.

—Y tu bella hermana y los hijos del primer matrimonio de Bix… Yo no quería que se casara con Bix. ¡Demonios! ¡Si sólo tenía cinco años menos que su padre! Ya sabes lo que yo quería, hijo. Lo dije bastante claro cuando tú y Carrie salíais juntos.

—Sí, ya lo sé. Pero la cosa no fue adelante, Mr. Cooper.

—No puedo dejar de pensar que si se hubiera casado contigo aún viviría. No puedes censurarme por pensar eso. Claro que Lydia Jean es tan dulce como uno pudiera desear. Seguro que sí. Quizás es para ti mejor esposa que lo que hubiera sido Carrie. Supongo que lo que ésta deseaba, sobre todo, era casarse con un hombre importante para poder entrar en cualquier tienda y que todos los dependientes empezaran a agitarse y a correr de un lado para otro frotándose las manos y sonriendo. Le dije una vez que esto era justamente lo que tendría contigo. Sólo tendría que esperar un poco. Esto era todo. Has demostrado que yo tenía razón, muchacho. Me alegro por ti, pero ahora eso no me sirve de mucho. ¿Vas a volver pronto a tu casa?

—Supongo que bastante pronto.

—Creo que puedes imaginar qué complicación será, durante mucho tiempo, el hecho de que seas abogado. No era exactamente propio de Bix dejar que su mano derecha se enterase de lo que hacía la izquierda. Bix se parecía más a esa mujer indostánica de la que hay tantas estatuas, que tiene tres o cuatro brazos saliéndole de cada hombro, sin que ninguna de las manos sepa lo que hacen las otras. Todos los que estaban relacionados con Bix en asuntos de negocios andan ahora agarrándose a lo que pueden, como si quisieran escalar la fachada de un derribo. Por unas cosas que Carrie me había dicho, sé que tenía bastante complicados sus asuntos particulares. Tenía toda clase de empresas de seguros, corporaciones de arrendamiento, fundaciones, etc. Apostaría a que pensó en dejar prevista toda eventualidad posible, excepto un desastre común, en el que todos desapareciesen: él y Carrie, Stella y Roger, todos a un mismo tiempo. Apuesto a que no desenredaréis este embrollo hasta dentro de veinte años, o más… Sam…

—Diga, señor.

—Nada de lo que haga significará mucho para mí durante algún tiempo. ¿Qué dirías si te propusiera que volviéramos y que nos pusiéramos en camino hacia el Yucatán, que buscásemos aquellos mismos guías y caballos de que te hablé una vez, y que intentásemos cazar un jaguar? Tal vez pudiésemos decir a Ollie Sloan que viniera también con nosotros. Está muy triste desde que murió su mujer, y tú lo conoces mucho, ¿verdad?

—Sí, bastante, Mr. Cooper. Ya le diré algo.

—Hazlo. Y si tienes que cumplir alguna formalidad acerca de ese accidente y puedo ayudarte en algo, dímelo. ¿Me oyes?

Al colgar el teléfono, a Sam le dio pena el viejo Stuff Cooper y también se sintió exasperado y con una sensación de culpabilidad respecto a Carolyn Cooper. Era uno de los mitos de Stuff que Carolyn y Sam habían «salido juntos» cuando iban a la Universidad. Sam estaba entonces en el primer año de Derecho, y Carolyn, que tenía cuatro años menos, era estudiante de segundo año. En aquella época, Sam no conocía aún a Lydia Jean. Carolyn, la niña mimada de su padre, era animada, llena de vida, arrogante y hermosa. Completaban estas cualidades su «Cadillac» blanco, descapotable, la crecida asignación de que disponía y su impresionante capacidad para consumir una copa de vodka tras otra.

Hubo una fiesta de fin de semana en un rancho. En el último momento, la muchacha que iba a ir de pareja con Sam se puso enferma y no pudo ir. Sam fue solo. La reunión resultó ser una de esas fiestas brillantes y alborotadas de las que se habla luego durante unos años. Cuando el que era pareja de Carolyn se emborrachó hasta perder el conocimiento, la muchacha se emborrachó también. Sam se dirigía hacia su coche cuando tropezó con dos invitados que sostenían a la vacilante Carolyn conduciéndola hacia los edificios exteriores. Pusieron objeciones a que les cambiara los planes. Sam tardó cuatro o cinco minutos en animarles a ver el asunto según su punto de vista. Mientras tanto Carolyn, sentada sobre el césped, sufría las sacudidas del hipo.

Sam la ayudó a levantarse y la condujo hacia su descapotable blanco pasando, al hacerlo, sobre uno de los que la habían acompañado. Carolyn se dejó caer sobre el asiento y se puso a roncar. Sam entró en el edificio principal del rancho y recogió el

bolso de la muchacha y la maleta que había llevado y que aún no había abierto.

Se sentó al volante del descapotable y se dirigió hacia el rancho Cooper, que estaba a doscientas cincuenta millas de distancia. Llegaron allí al amanecer. Sam detuvo el coche dentro de la puerta de la valla, a una buena milla de distancia de la casa. Cuando Carolyn se despertó, lo miró lánguidamente. Luego salió del vehículo con pasos vacilantes levantándosele el vestido y cayendo de bruces.

Siguiendo las indicaciones de la muchacha, Sam abrió una puerta de la valla destinada al ganado y los dos fueron en el coche, a través de los pastos, hasta una charca rodeada de encinas. Sam colocó la maleta sobre la capota del «Cadillac» y se volvió de espaldas, mientras Carolyn se desnudaba y se dirigía, descalza, sobre el fango marcado por las pezuñas del ganado, hacia la charca de agua clara en la que se sumergió manteniendo sujeto hacia arriba su oscuro cabello, para que no se mojase, mientras se bañaba, frotándose la cara con la mano que le quedaba libre. Cuando salió del agua, Sam siguió vuelto de espaldas mientras le contaba lo que había sucedido y lo que había hecho él.

Cuando Carolyn le dijo que ya podía volverse, la vio de pie junto a la capota del coche y junto a la abierta maleta, a seis pies de él. Se había maquillado. Se estaba cepillando el oscuro cabello, y, mientras lo hacía, lo miraba expectante, con aire de reto.

—Creí que eras demasiado tímido para ser todo un hombre, querido —le dijo, mientras se cepillaba el pelo.

Sam podía oír el crujido del negro cabello, cargado de electricidad, en el silencio de la mañana, que no agitaba ni un solo soplo de viento.

—¿Qué quieres probar con eso, Carrie?

—¿Qué es lo que quieres probar tú? El viejo Stuff me dice siempre que debería encontrar un hombre que me hiciera andar recta, antes de que sea demasiado tarde. Por lo que me has dicho, he estado muy cerca de que me pasara eso. Yo le digo siempre a mi padre que quiero un hombre maduro, alguien que tenga éxito en lo que hace. No un chico joven.

—¿Por qué crees que yo tengo éxito en mi trabajo?

—¡Oh, Sam! Ya sé que no tienes ni un cuarto, y que no eres tan

viejo como yo hubiera querido, pero pronto te graduarás en Derecho y Stuff puede proporcionarte muchos asuntos. Y he observado que la mayor parte de los que te consultan hacen lo que tú les dices. Tal vez podrías decirme también a mí lo que *tengo que* hacer, y yo te escucharía. Sé que es esto lo que necesito. No a un chico joven que no tenga en la cabeza más que una sola cosa, noche y día. Tal vez ahora es justamente mi hora y has llegado en el momento oportuno… para los dos.

Sam, recostado contra la parte posterior del coche, la miraba y se preguntaba qué resultado daría casarse con la niña mimada de Yandell Binns Cooper. Tanto éste como su pandilla le proporcionarían trabajo en su profesión. Trabajo de títulos, concesiones de tierras y derechos de regadío. Trabajo de impuestos sobre el rancho, derechos sobre minas, opciones sobre secciones, derechos sobre pastos. Aquello le tendría encerrado en una oficina secundaria y tal vez llegase a ganar cien mil dólares por año, pero no sería más que uno de los empleados de Stuff Cooper, y los hijos de éste se quedarían con las tierras porque ésos eran los métodos feudales.

Carolyn se volvió hacia él con una media sonrisa. Guardó el cepillo dentro de la maleta y dijo:

—Mi única manera de tener éxito es que se me mire. Es como matar dos pájaros de un tiro, Sammy. Tienes que averiguar si vale la pena hacer el trato, es decir, si vale la pena mirarme y el resto. Debes de haber visto, en el compartimento del coche, un viejo edredón de color de rosa cuando sacaste de allí mi maleta. Después haremos que Conchita nos prepare un desayuno como nunca lo habrás visto igual, y cuando baje papá Stuff le diremos que se le han acabado las preocupaciones.

—Es mejor que te vistas, querida.

—Nadie vendrá por aquí.

—Vístete, Carrie.

—¿Te ha alejado de mí verme mareada como me has visto? Ahora me encuentro muy bien, Sammy. Piensa en lo que te he dicho como si fuera una recompensa por haberme salvado, como lo has hecho, y por recibir un buen golpe debajo del ojo gracias a tus desvelos. Aún no lo tienes negro, pero ya se te pondrá.

Se acercó a él, le puso las manos en los hombros y ladeó la

cabeza.

Sam no se movió lo más mínimo ni la tocó.

—¡Vístete!

Cuando la joven se abalanzó hacia él, Sam retrocedió a tiempo, pero ella le golpeó con un dedo la punta de la nariz, haciendo que le llorasen los ojos. Después se vistió, colgó su vestido de un palo, sobre unos matorrales, cerró la maleta y la arrojó sobre el asiento posterior del coche.

En la casa del rancho, Stuff Cooper estaba ya levantado. De un modo inmediato y evidente, dio su aprobación a Sam Boylston, y Carolyn, para que el muchacho se sintiera incómodo, sugirió a Stuff que habían salido mucho juntos. Cuando Carolyn subió para irse a dormir, Stuff puso en marcha el «Cub», su avioneta particular, y volvió a llevar, en un vuelo, a Sam al rancho donde se celebraba la fiesta, aterrizando cerca de la casa. Era aún demasiado temprano para que nadie diese allí señales de vida.

Mientras Sam Boylston volvía a la Universidad en su viejo coche, recordaba una vez y otra el aspecto de la muchacha a los primeros rayos de sol de la mañana. Pensó en ello mucho tiempo. Luego, conoció a Lydia Jean y no volvió a recordar el episodio hasta que recibió una invitación para la boda de Carolyn Cooper y de Bixby Kayd.

Unas cuantas veces, pocas, se preguntó si no habría sido mejor para él aprovechar aquella oportunidad que se le había presentado. Pero, cuando se dio cuenta de que las cosas le iban mejor que lo que le hubieran ido casándose con Carolyn, se sintió extrañamente agradecido a ésta. Cuando uno hace una elección, tiene que hacer todo lo posible para asegurarse de que ha escogido bien. Hay que conseguir que lo elegido resulte lo mejor. Más tarde, supo apreciar que aquella muchacha de diecinueve años había obrado sagazmente y que su instinto había resultado muy certero al juzgar a un hombre al que no conocía mucho. Al mostrarse tan atrevida, había hecho que Sam la deseara con tanta intensidad que se le había agitado el pulso y nublado la vista mientras le temblaban las piernas. Había estado a punto de tomarla, y Carolyn había expuesto de antemano el convenio con tanta claridad que él lo habría cumplido porque él era incapaz de vivir con aquella mancha sobre su nombre. La muchacha había sabido esto de él, había adivinado las severidades

de la disciplina que se imponía.

Encogiéndose de hombros, desechó el recuerdo de Carolyn y sacó de su caja el aparato de grabación duplicado que había comprado antes de volver al «Harbour Club». Se puso a escuchar otra vez la cinta grabada con las contestaciones de los Hilger y los Barth, al interrogarles él, a bordo del *Docksie III*. Le resultó extrañamente difícil concentrar esta vez su atención sobre lo que oía, lo que le irritó y asombró. Una de las cosas que le habían sido más útiles era su habilidad de cerrar la mente a todo lo que no fuera la tarea que tenía entre manos, sin permitir nunca que se interpusiera algún pensamiento intruso entre él y lo que hacía.

Esta manera de escuchar formaba parte de su profesión: escuchar las palabras que decía la gente, examinar los diversos matices, adivinar lo que se suprimía y valorar las inconsistencias. La comunicación verbal era asombrosamente inexacta. Las personas se escuchaban raramente unas a otras, pero la verdad quedaba siempre de manifiesto. A veces, era sólo una sombra adivinada a través de muchas capas de niebla.

Pasó de nuevo la cinta, se absorbió totalmente en su trabajo y empezó a tomar notas de las partes que necesitaban una evaluación más cuidadosa. Los fragmentos que tenía que estudiar eran aquellos en que el doctor Barth, el delgado, fuerte y nervioso dentista, de piel tostada por el sol y de gafas con montura de acero, contestaba a sus preguntas, y aquellos otros en que hablaba Lulu Hilger, la morena alta, esposa del dueño del yate. Eran los únicos que estaban en el camarote cuando Staniker explicó lo ocurrido.

Cuando Jonathan Dye llamó a la puerta, Sam despertó de su abstracción. Se dio cuenta instantáneamente de que tenía hambre, y se asombró al ver que eran las dos de la tarde.

Jonathan empezó a pasear a grandes zancadas por la estancia con inquieta energía y le explicó que creía haber encontrado el barco y el hombre adecuados para su empresa, y que, en caso de que Sam diera su aprobación, sólo faltaba cerrar el trato.

—Se llama Moree, Stanley Moree, y es de
Nicholl's
Town, en el extremo norte de Andros. Conoce el Gran Banco de

Bahama como la palma de la mano. Construyó un barco que pudiera navegar sobre el banco. Es un *catamarán*[11] de vela, y puede subir los timones hasta navegar por aguas de menos de un pie de profundidad. Ha podido ponerle un pequeño motor «Seagull» de cinco caballos de vapor y también le ha añadido un depósito de agua potable. Hasta le ha puesto un pequeño generador de gasolina que puede poner en marcha y que hace funcionar una radio. Cuando encontremos a Leila, tal vez necesitemos pedir ayuda rápidamente. Dice el hombre que si yo compro las provisiones me cobrará cuatro libras diarias. O veinte libras por semana. Son sólo cincuenta y seis dólares. El barco es bueno. Lo ha traído hasta aquí y se lo ha vuelto a llevar una docena de veces. Ahora está aquí y puede zarpar en cualquier momento. Hay sólo poco más de veinte millas desde el extremo de Nueva Providencia hasta
Nicholl's
Town, y una vez allí estaremos sólo a doce o catorce millas de los Cayos Joulter. Algunas personas con las cuales me he hecho amigo, me dicen que es un buen hombre. ¿Le parece a usted bien todo eso, Sam?

—Me parece magnífico. He traído algún dinero en efectivo para lo que haga falta.

Fue hacia el armario empotrado, cogió su cartera, del bolsillo interior de su americana y, vuelto de espaldas, separó del fajo de billetes cuatrocientos dólares, vaciló y añadió doscientos. Tendió el dinero a Jonathan y le dijo:

—No sabía lo que podía necesitar para eso. Pensaba que tal vez tendría que alquilar un avión o un barco.

Jonathan contaba los billetes.

—Es…, es mucho. Gracias, Sam. Podré comprar algunas otras cosas que estaba pensando. Algunos medicamentos para un caso de urgencia y primeras curas. Y un buen par de gemelos. Algunos cohetes para señales. Y quiero ver si encuentro, además, una de esas sirenas de barco que funcionan con pilas de seis voltios.

—Compra algunas tabletas de sal. Y loción para el sol. Y un buen neceser para pasar la noche.

—Stanley Moree me telefoneará aquí dentro de unos minutos para saber si estamos conformes en lo convenido. Luego tenemos que encontrarnos los dos en el barco, dentro de una hora.

—En esta cinta magnetofónica hay algunas cosas interesantes. ¿Quieres oírlas?

Jonathan repuso:

—Si no le importa… Quiero decir, no puede interesarme mucho lo que Staniker dijo o dejó de decir. En cierto modo, todo eso es… posterior al accidente. Sam, ¿podría usted decir a ese hombre que nos encontraremos en el barco y que estamos de acuerdo en todo?

Cuando se hubo ido Jonathan, Sam Boylston salió a la pequeña terraza. En la habitación había aire acondicionado, pero allí se notaba mucho el calor. Apoyó las manos en la baranda de cemento. Se dijo que los grandes payasos eran notables precisamente por poder proporcionar aquella punzante y sabrosa emoción, aquel espectáculo en el que la tragedia y la comedia se confunden. Podían lograr que las lágrimas asomaran en los ojos mientras uno reía a carcajadas. Jonathan, con toda su aspereza, con su alto cuerpo huesudo, desmañado, de cutis cetrino, con su seriedad y sus ilusiones, se deslizaría sobre las cristalinas y poco profundas aguas, en el *catamarán* de fabricación casera, se llevaría la bocina a los labios, agrietados y resecos por la quemadura del sol, y enviaría su bramido desesperado a través de los montecillos de arena, rocas y mala hierba, sobresaltando a los cangrejos y a los pájaros acuáticos. LEILA, LEILA, LEILA.

Contempló un grupo de muchachos y muchachas que estaban sentados a unas mesas, junto al extremo más lejano de la piscina. Eran de la localidad, hijos del pueblo, socios del lugar. Gente marinera, personas que tomaban parte en la semana de regatas, que conducían coches de carreras y que habían crecido en las grandes, viejas y graciosas casas que se alzaban frente al mar. Colonia inglesa, crecida en medio de tal oleada de turismo, que lo aceptaban como uno de esos inconvenientes a los que uno se resigna sin rencor y sin prestarles demasiada atención, del mismo modo que los niños árabes se resignan a las moscas, en el mercado.

Sam oyó reír a una muchacha, y el timbre de su risa tenía la extraordinaria claridad y el tono peculiar de las mujeres inglesas. La contempló detenidamente mientras se dirigía hacia la piscina. Era una jovencita de cuerpo flexible, de cutis bronceado por el sol hasta adquirir un matiz entre dorado y rojizo y de cabello descolorido por los rayos solares. Llevaba un breve bañador de tono rosado y al

caminar iba volviendo la cabeza y seguía riendo mirando a los de su grupo. Uno de los muchachos se levantó para seguirla y nadar con ella. Era equilibrado, de fuerte musculatura, y muy seguro de sí mismo y del lugar que ocupaba en el mundo. Algo mayor que los demás, tenía aproximadamente la edad de Jonathan. Sam pensó que, en alguna ocasión, había deseado para Leila la versión tejana de un muchacho como aquél. Ahora, con un brusco movimiento de retroceso, hubiera indagado las noticias referentes al hundimiento del *Muñeca*. Con dolor y tristeza, naturalmente, pero con varonil resignación, matizada de *cierto* inconsciente placer en su papel de mártir. Tenía que sostener ante el público la imagen del que ha amado y ha perdido al ser querido. «¡Maldita sea! Es una vergüenza, señor. Algo desastroso».

Hubiera sido mucho mejor aquello que la grotesca actitud de incredulidad, que la absurda búsqueda de aquel Don Quijote provisto de bocina y de gemelos japoneses, escudriñando a lo lejos y lanzando sus bramidos a través del silencio milenario del Gran Banco de Bahama, sin lanzar una sola maldición, aunque sólo fuera por adoptar una actitud enérgica.

«Me preocupo demasiado —pensó—. Tanto, que me sonrojo al pensar en una locura que debo alimentar y atender. Tanto, que he hecho presión sobre Leila, sobre Lydia Jean, sobre
Boy-Sam
intentando convertirles en personas como Carolyn Cooper, en sujetos llenos de suave y vigilante seguridad en sí mismos».

Sonó el teléfono de la habitación y Sam entró en ella y cerró tras sí la puerta de cristales para decir a Stanley Moree que el trato quedaba hecho y que Jonathan se reuniría con él en el barco. Después encargó que le subieran el almuerzo a la habitación. Cuando hubo comido, escuchó nuevamente la voz de Lulu Hilger, en un pasaje que le interesaba.

«Lo estaba observando. Bill y Barth se hallaban en cubierta. Francie había estado hasta entonces conmigo, pero al vigilarle se ponía demasiado nerviosa. Y las quemaduras infectadas de su brazo despedían un olor desagradable, aun después de haberlas curado y vendado Bill Barth. Además, Francie se marea siempre un poco y le entran náuseas cuando está en la sentina, lo mismo si hace buena mar como mala mar. A mí, en cambio, no me molesta nunca eso.

»El capitán dormía, pero a veces se agitaba, gemía y murmuraba algo. Bill le había tomado antes la temperatura, que era de más de ciento dos grados Fahrenheit. Y tenía el pulso muy rápida Me pregunté si no le estaría subiendo la fiebre. Estaba sentada al pie de la litera. Me acerqué más, me incliné sobre él y le puse sobre la frente el dorso de la mano. Entonces dio una especie de salto convulsivo y me agarró por el brazo, por encima del codo. Se incorporó, mirándome fijamente y respirando con dificultad. No puedo recordar exactamente lo que dijo. Su mano tenía una fuerza terrible. Creo que casi me desmayé de dolor. ¿Ve? Estas señales me durarán semanas enteras. Me llamó Christy. Parecía estar rogándome que comprendiera algo. Y casi parecía llorar al hacerlo. Decía algo como esto: "¡No fue así! Tienes que comprenderlo, Christy. Tienes que ayudarme. Tienes que hacerlo". Parecía estar terriblemente agitado. Luego, de pronto, volvió a caer hacia atrás soltándome. Respiraba profundamente y muy de prisa. Tenía los ojos cerrados y la cara bañada en sudor.

»Yo tenía un poco de alcohol con olor de espliego y empapé de él una toallita y se la pasé por la cara cuidando de no tocarle los ojos. Se le fue normalizando la respiración. Luego abrió los ojos. Ya había recobrado la lucidez, y sabía quién era yo. Porque le pregunté quién creía que era y le dije que me había llamado Christy.

»—¿Cuál fue su reacción al oír esto, Mrs. Hilger?

»—Me parece que le asustó enterarse de que había estado delirando. Es algo que asusta a cualquiera…

»—No. Le estoy preguntando exactamente qué hizo y qué dijo.

»—Al principio, no dijo nada. Cerró los ojos y apartó mi mano de su frente. No lo hizo con brusquedad, sino despacio, suavemente. Luego me preguntó qué había dicho. Le dije que había estado intentando hacer comprender algo a Christy, y también que le pedía que le ayudara. Añadí que lo que dicen las personas que deliran no tiene sentido y que él aquella vez estaba muy agitado.

»—¿Tuvo entonces alguna reacción especial?

»—No sé a qué llama usted reacción especial, Mr. Boylston. Pareció sorprendido. "¿Esta vez?", preguntó, levantando la cabeza de la almohada. Le dije que las otras veces se limitaba a gemir, a agitarse y a murmurar algo.

»—Después de esto, ¿tardó mucho o poco en entrar en

convulsiones?

»—No tardó mucho. Cuatro minutos o cinco. Me dio un susto de muerte. Creí que se moría. Sé lo que debería haber hecho, pero entonces no lo sabía. Se les debe meter algo entre las mandíbulas, tan adentro como se pueda, para que no se destrocen la lengua. Pero yo eché a correr, y llamé a Bill, que bajó corriendo. Cuando llegó, el capitán Staniker volvía a estar tranquilo. Dormía, o había perdido el sentido. Cuando lo cogieron para llevarle a la ambulancia seguía igual».

Sam puso el aparato a velocidad rápida. Todas las voces sonaban como el ruido que pueda haber en un nido de agitados ratones. Con un par de sacudidas al botón del retroceso localizó la resonante voz de barítono de Bert Hilger, contratista, propietario del «Chris-Craft» *Docksie III*. Se incluyó a sí mismo al enumerar a las personas que iban a bordo. Sam Boylston era forastero en el barco.

Un grupo de personas había desaparecido en el mar y a Hilger le molestaban las preguntas técnicas que le dirigía alguien que no era capaz de saber lo que era la sentina o la bitácora, pero se veía obligado a contestar.

«—Hay que comprobarlo todo una vez, y otra, y otra —decía—. Conservará la vida y la salud si no se fía demasiado de los aparatos, Boylston. Desconfíe continuamente de ellos. Téngalo todo duplicado y compruébelos comparando uno con otro. Mi barco funciona con gasolina, así es que tengo en la sentina dos detectores de gases independientes. A pesar de eso, antes de empezar una travesía, bajo allí con una taza en la que he puesto un poco de gasolina y la acerco a los detectores para estar seguro de que funcionan debidamente. Estoy equipado con energía eléctrica para los dos motores, tengo provisión independiente de combustible y vigilo con mirada de águila su consumo, el nivel de la batería y la proporción de la carga. Compruebo las brújulas comparándolas una con otra, y también en relación con las cartas marítimas. Tengo preparados dos grandes garfios, con sus maromas, así es que puedo dejarlos caer con rapidez si estoy en algún apuro. Escucho el parte meteorológico hasta el último detalle. Llevo siempre a bordo timones de recambio y un elevador. ¡Demonios! Hay algo que ha salido mal. Siempre sale mal algo. Pero si no se fía uno de nada, no se encuentra uno metido en jaleos. Cuando el mar está muy agitado, encontrará usted

siempre al *Docksie III* anclado y bien resguardado en algún sitio, con agua y con las provisiones que necesitemos para esperar a que pase el temporal.

»—Entonces, usted cree que el *Muñeca* debería haber tenido un aparato detector para las posibles emanaciones de gasolina.

»—Esa pregunta no significa nada. El *Muñeca* tenía motor "Diesel". Si mi barco tuviera motor "Diesel" y un generador de gasolina y latas de combustible en la sentina, para hacerlo funcionar, yo habría tenido un detector de gases. Algunos propietarios de barcos que yo conozco, personas muy cabales, no lo tendrían. Tal vez la mayoría, sí. Depende de lo cuidadoso que se quiera ser.

»—Suponga que Staniker estaba anclado y quería poner en marcha el generador.

»—Entonces, sin pararse a pensarlo, habría abierto algunas escotillas y habría hecho funcionar, antes que nada, el ventilador. No era un payaso de Kansas haciendo su primera travesía, ¿sabe usted? Tenía el barco en marcha, y cuando uno está en marcha, no se piensa que pueda haber acumulación de emanaciones en la sentina. Sobre todo, con un motor "Diesel", porque en ese caso hay movimiento de aire en la sentina. Se recogen esas emanaciones por medio de un ventilador de proa y se hacen correr, y salen por alguna parte, cerca del yugo de popa. Desde mi punto de vista, Staniker se encontró en una situación en que coincidían, por casualidad, muchas cosas. Le seguían el viento y las olas, casi a la misma velocidad que llevaba el barco. Así es que corría con aire estancado en la sentina. Aire que no se movía.

»—Y la explosión que le arrojó al agua ¿pudo haber encendido el combustible de su motor "Diesel"?

»—No sabría decirle. Tal como lo comprendo, la compresión crea calor, y he visto algunos de esos barcos que construyen, para trabajos pesados, en Carolina del Norte. Son sólidos. Todo combustible tiene un punto de inflamación. Caliéntelo repentinamente y estallará. Y, si estallase, el único sitio en que alguien tendría la posibilidad de salvarse, sería el puente. Y, aun estando allí, se recibirían muchas quemaduras, como le ocurrió al capitán Staniker.

»—¿No le parece extraño que ningún otro barco viera el

incendio?

»—¿Por qué habría de verlo? Déjeme que le enseñe la carta. Estaba al norte de Andros, según la posición aproximada que me explicó, bastante más allá de los Cayos Goulding del Norte, lo suficientemente lejos para que nadie le viera desde
Morgan's
Bluff,
Nicholl's
Town o Mastic Point. Se diría hacia las zonas de arrecifes de coral, era de noche, y nadie que no supiera cómo había que deslizarse por esos mares, como lo sabía él, estaría por allí. Estarían lo suficientemente alejados de esa zona para ver sólo un resplandor y, al verlo, lo normal sería suponer que se trataba de algún fuego en tierra, en alguna isla.

»—Mr. Hilger, ¿podría mostrarme usted algunos otros puntos, en esta carta, en los que se presentase la misma situación? Quiero decir en los que un incendio en el mar llamase tan poco la atención.

»—Pues…, veamos. No. Supongo que podríamos decir que ésa era otra porción del camino que seguía su suerte. Cuando, estando en el mar, se tiene mala suerte, parece que se tiene de todas las maneras posibles.

»—Me han dicho que en aquel punto había mucha profundidad.

»—Es la Lengua del Océano, Boylston, y queda muy cerca de la orilla oriental de Andros. Es una orilla muy escarpada. En una distancia de cien yardas, yendo hacia el Este, se puede pasar de una profundidad de cuarenta pies de agua a otra de seis mil pies. Por eso han instalado esa base experimental en Fresh Creek para la guerra anti-submarina. Está bajando por la costa de Andros, a unas cuarenta millas al sur sudeste de las Joulter.

»—Muchas gracias…».

Sam dio vuelta al botón que interrumpía la audición oprimiendo luego el que servía para volver a enrollar la cinta. Guardó el rollo en la caja correspondiente, y ésta dentro del cajón de la mesita de noche. Colocó un nuevo rollo de cinta en el aparato de grabación y se guardó el aparato, que era de un tamaño muy reducido, en el bolsillo lateral de la americana. Después, salió del cuarto.

Eran casi las cinco y media de la tarde cuando Theyma Chappie recibió a Sam en el pequeño y aseado apartamento del bloque de Harbour Heights. Desde que salió del hospital, llevaba en casa bastante rato para haber podido ducharse y cambiarse de ropa. Llevaba suelto el oscuro cabello, mantenido hacia atrás por medio de una cinta y desparramándose luego sobre su esbelta espalda. Lo llevaba aún mojado por los extremos y olía a perfume de flores y a jabón oloroso. Llevaba una túnica de punto, sin mangas, de color rosado y de trama tosca y blanda, recogida en la cintura con un estrecho cinturón del mismo género. Calzaba unas sandalias blancas con tiras doradas. Llevaba los labios algo más pintados que por la mañana. Su aspecto era más acogedor y más animado que entonces.

Sam aceptó su ofrecimiento de una bebida diciéndole que tomaría cualquier cosa, lo que tuviese. Theyma sirvió ginebra mezclada con jugo de frutas frescas y un poco de menta en unos grandes vasos macizos y pesados, de forma anticuada. Sam estaba sentado en un severo diván forrado de tela gris pálida. Delante de él, sobre la tabla de cristal de la mesa del café, se exhibía una colección de conchas marinas exóticas. Theyma se había sentado al otro lado de la mesa, sobre un taburete bajo rodeándose las rodillas con los brazos. En respuesta a la pregunta de Sam, señaló con un gesto el aparato de grabación que había llevado al hospital por la mañana y que había traído luego a su casa.

—¡Oh, ha sido sencillísimo! Pero mientras lo tuve allí estuve continuamente asustada. Puede usted verlo. La mayor parte de la cinta está grabada. El capitán estaba hoy mucho mejor. Pero no para hablar. Tiene aún la lengua hinchada y magullada. Le duele al hablar y al comer. Tiene que hablar con mucho cuidado. A pesar de eso, hoy le han hecho preguntas. El doctor McGregory lo ha permitido. Le ha desaparecido la fiebre. En realidad, su temperatura está ahora por debajo de lo normal. El pulso es lento y firme. Respira sin estertor. Pero estas cosas pueden degenerar rápidamente en algo malo.

—¿Cuánto tiempo le han estado haciendo preguntas?

—Yo diría que unos cuarenta minutos esta mañana. Y más tarde, durante el día, casi una hora.

—¿Personas enviadas por las autoridades?

—Sí. Pero no sabría decirle quiénes eran. La jefe de las

enfermeras les hizo entrar y me rogó que saliese.

—¿Le entrevistaron algunos periodistas?

—¡Oh, no! Y le aseguro que son gente impaciente y ávida. Gastan toda clase de trucos astutos. ¡Ah, le digo a usted que hoy podría haber ganado mucho dinero si hubiera consentido en ayudarles a deslizarse dentro del cuarto! O si hubiera querido hacer alguna pregunta al capitán diciendo luego a algún periodista lo que me había dicho. Uno de ellos me ofreció cinco libras por entrar en la habitación con una pequeña cámara fotográfica y hacerle al capitán una fotografía. «Póngase a cinco pies de él —me dijo—. Mire por aquí. Apriete este botoncito, y vuelva a traerme la cámara. La bombilla del *flash* ya está preparada».

Theyma frunció el entrecejo.

—Cuando les decía que no podía hacer esas cosas pensaba continuamente en lo que había escondido cerca de la cama, detrás de las toallas.

—No es lo mismo.

—Será mejor que siga diciéndome eso, Mr. Boylston.

—Si hubiera alguna complicación acerca de ello supongo que Sir Willis podría interceder por usted.

Theyma hizo una mueca y bebió de su vaso, con unos cuantos tragos profundos.

—Mi hermano preguntó lo mismo. Creo que podemos descartar de esto a Sir Willis. El gran hombre no querría molestarse. ¿Sabe usted? Me parece que le ofendería que le pidiésemos ayuda para una chica tan poco importante. Diría: «¡Oh, Dios mío! Después de esto, ¿qué será lo próximo que me pidan?». Y le preocuparía pensar qué podrían decir todos sus importantes amigos si iba en ayuda de…

Se detuvo de repente y dirigió a Sam una mirada de desafío que él no pudo interpretar.

—No tiene importancia. Una aprende a velar por sí sola. ¿No le parece?

—¿Qué pasa?

—Pero ¿es que pasa algo?

—De repente, se agachó usted y se escondió detrás de una pared.

Theyma reflexionó unos instantes y luego sonrió.

—Creo que lo prefiero así. Quiero estar detrás de mi pared. Quizá me olvidé de estar en mi sitio durante un momento, Sir Willis es Bay Street, Y a usted le pasa lo mismo. Es una «Bay Street» de Texas. Tiene usted ese aspecto.

Se oprimió las puntas de los dedos contra la mejilla.

—Me parece que he oído cómo se llama a *eso* allí. ¿Un toque con la brocha del alquitrán? Quizás allí es algo más feo que aquí. Pero aquí también es feo. Aunque, por lo menos, aquí no somos algo con lo que uno se acuesta, para cambiar de suerte.

—Calculo que también nosotros tenemos nuestra porción de personas que sufren, a causa del color que Dios, por casualidad, les dio al nacer.

—¡Ah, ésas son palabras de vaquero! Es hermoso. Le he hecho enfadar a usted. Pero ¿por qué tiene que enfadarse? Le estoy haciendo un favor. Además, le he dado una bebida muy buena. ¿Por qué ha de enfadarse si digo que el mundo es redondo?

—¿Qué derecho tiene usted a clasificarme?

—¡Oh! Así es que, cuando está allí, en su «Bay Street» de Texas, es usted un atrevido cruzado, ¿no es eso? Se precipita fuera de su gran despacho para defender a una pobre muchacha negra sólo porque ella tiene en usted una confianza conmovedora. ¿No es así? ¡Es usted un hombre que vale mucho!

Sam se levantó rápidamente y se dirigió hacia las ventanas. Quedó de pie allí, mirando hacia el exterior, con el vaso en la mano. Contemplaba, con mirada vaga, el panorama que ofrecía el puerto de Nassau. Theyma se acercó a él y le cogió el vaso vacío y se lo llevó a la pequeña cocina. Se la oyó batir los cubitos del hielo y volvió al cuarto de estar con el vaso nuevamente lleno.

—¿Es redondo el mundo, Mr. Boylston?

—Llámeme Sam. Es malditamente redondo.

—Yo soy Theyma, Sam. Y es una lástima que sea tan malditamente redondo como creo.

—Mi mujer me dejó hace cinco meses, Theyma. No me dejó por otro hombre ni porque yo estuviera enredado con otra mujer. No fue por nada semejante. Al parecer, yo no llegaba a ser su ideal. Una de las cosas que me echó en cara, me sorprendió. Hace aproximadamente un año, el hermano de una mujer que trabajaba para nosotros se metió en un lío, a causa de una pelea, en

Brownsville. La mujer se llamaba Rosalie. Era baja, morena, regordeta y alegre, es decir, de sangre no demasiado inglesa. Era mejicano-americana. Me pidió que defendiera a su hermano ante el tribunal. Hice lo más sensato. Un abogado de Brownsville me debía un favor y como se dedica a estos trabajos, le pedí que se ocupara de aquel caso. El hermano se libró del asunto con noventa días de cárcel, lo que estaba muy bien, considerando cómo había sucedido la cosa. Rosalie pareció malhumorada e irritada. Pues bien, cuando mi mujer me dejó me dijo que una de las mayores decepciones que le produje fue cuando dejé colgada a Rosalie. Yo le dije que yo no era el abogado que se necesitaba para aquel asunto. Me contestó que, al parecer, había sólo dos clases de abogados. Pensé que todo aquello era sólo una buena dosis de idiotez romántica. Hasta que usted ha venido a sacudirme, Miss Theyma.

—¿Ha perdido usted de veras y para siempre a su mujer?

—No lo sé. Espero que no. La echo de menos, y también echo de menos a mi hijo. Tiene ahora cinco años. No puedo resolverme a pensar que mi mujer me ha dejado de veras. Esta bebida es más fuerte que la otra.

—Parecía un buen momento para tomar bebidas más fuertes.

—¿Me equivoqué en lo que hice respecto al hermano de Rosalie?

—Si ella confiaba en usted, sí. Era un asunto de honor y había que tratarla como si formara parte de su familia. Si usted hubiera comparecido ante el tribunal y hubieran condenado a ese hombre a un año de cárcel aún se hubiese *sentido* orgullosa.

Sam se volvió hacia ella sonriendo y le dijo:

—Miss Theyma, ¿por qué demonios la mayor parte de este mundo redondo tiene tan poco sentido común?

Intentaba seguir hablando con tono ligero, pero notó, acongojado, que se le llenaban de lágrimas los ojos. Trató de disimularlo bebiéndose hasta el final el contenido de su vaso. Pero, cuando lo hubo apurado, la muchacha se lo cogió, lo dejó a un lado, le tomó las manos y se quedó de pie ante él, con la cabeza algo ladeada, mirándolo entre turbada e inquieta.

—No quería herirle, Sam.

—¡No sé qué demonios me pasa!

—Sam, he sido muy mala. Eso es todo. He querido…, ¿cómo se dice…?, pincharle. Pero no quise herirle. Que se vaya al infierno la

redondez del mundo, Sam de Texas.

—De acuerdo.

Theyma pareció estudiarle.

—¿Sabe lo que pienso de usted? Que es un hombre muy severo. Muy fuerte, muy rígido, muy honrado. Lo que ahora le pasa es demasiado para usted. La soledad de vivir sin esposa y sin hijo. La pena de lo referente a su hermana. El odio hacia ese capitán. Tenga cuidado, Mr. Sam. Un hombre puede derrumbarse y puede hacer locuras, y estropearlo todo para siempre.

Aquella prueba de simpatía de la mujer hizo que le volvieran a escocer los ojos y, al querer esconder la cara para que ella no lo viera, la tomó, torpe e inesperadamente, entre sus brazos. Theyma permaneció rígida, pero sin protestar, y Sam tuvo la sensación de que había dejado de respirar. Luego, también ella le rodeó con sus brazos. Sam respiró, en su crespo cabello y en su suave garganta, un aroma raro que le recordaba su infancia y de pronto lo reconoció como el olor de las obleas «Neceo», de vainilla. Le buscó la boca, pero la muchacha exhaló un suspiro entrecortado, se soltó del abrazo, corrió hacia el diván y se sentó en el extremo más apartado con la cabeza inclinada, el cuerpo doblado hacia delante y las manos sobre las rodillas. Se podía oír su respiración.

Sam fue hacia ella y le tocó un hombro. Theyma levantó la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento.

—Ha sido culpa mía.

La muchacha se levantó, le dirigió una débil sonrisa y se fue al cuarto de baño. Pasaron cinco minutos largos antes de que volviera, ya completamente dueña de sí misma.

—Sam, creo que hay demasiadas maneras de que una cosa sea una equivocación.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes que saber lo mala que he sido, en realidad. Te encontraba muy atractivo. Tu aspecto, tus movimientos y el color de tus ojos. Creí que la cosa resultaría muy agradable, ¿sabes? Pensé en este bonito vestido, en unas bebidas agradables y en hacer todo lo que fuera preciso para que te fijases en mí y me vieras tal como soy y entonces nos hubiéramos amado. ¿Ves? No tengo vergüenza. Combinar y preparar con tanta frialdad una cosa es algo

que sólo puedo hacer si la atracción es fuerte y al mismo tiempo carece de importancia. Lo hemos estropeado todo.

—¿De veras?

—¡Claro! Me preocupo por ti, Sam. Con rapidez hemos llegado a significar algo el uno para el otro. Ha desaparecido la posibilidad de que lo que pase sea enteramente accidental. No puedo arriesgar en ese juego algo que sería un poco más que eso. O que lo sería para ti. Dicho en tu maravilloso lenguaje, ¿qué necesidad hay de eso? Ahora, por favor, pon una nueva cinta en tu aparatito, y vete, mi querido Sam, antes de que nos portemos como unos locos y nos olvidemos de lo redondo que es el mundo.

Capítulo XIII

El martes por la tarde, despertó a Staniker de su siesta el apagado ruido de los postigos de la ventana que abría la enfermera que se ocupaba de él durante el día. Cruzaba la parte exterior de la ventana una fragante rama de buganvilla cuyos pétalos encendía el sol por el otro lado convirtiéndolos en ardientes llamas.

Staniker yacía con los párpados entornados, contemplando ociosamente a la muchacha, que daba vueltas por la habitación, ocupándose de otras pequeñas tareas. Con una indiferencia y una objetividad poco propias de su carácter, observó que tenía un aspecto vivaracho, descarado y prometedor. Era una cualidad que había apreciado siempre en una mujer joven y con los años había llegado a saber que, con frecuencia, indicaba una considerable energía sexual.

La enfermera Chappie se detuvo al fin y, con el ceño fruncido, hizo mentalmente inventario de lo que había en la habitación para ver si no se había olvidado de nada y, al hacerlo, se pasó la mano por el esbelto cuello y por la garganta color de té…

¡La garganta! Staniker cerró los ojos. Tenía idea de algo que no podía recordar bien, pero que aquella garganta le hacía evocar en su interior. Era un lugar más pequeño que lo que fue anteriormente. Se había hecho pequeño porque él se había visto obligado a erigir dentro de él una armazón cuadrada de la que había suspendido un paño que llegaba hasta el suelo por los cuatro lados. Había sacado a rastras todas las cosas inofensivas colocándolas en la zona iluminada, en el cuadrado de luz donde él se hallaba sentado. Pero las cosas se agitaban en la oscuridad, al otro lado del paño. Ciertos pensamientos podían hacer comparecer aquellas cosas y entonces su silueta empezaría a proyectarse sobre el paño tendido. Staniker sabía que aquellas cosas saldrían al fin arrastrándose por debajo del paño, huyendo de la oscuridad. Por ello se esforzaba inmediatamente por ahuyentar sus pensamientos encauzándolos hacía otros derroteros más seguros. Entonces las cosas ocultas se

aquietaban, y el paño permanecía enteramente inmóvil. Cuando había pasado el peligro, podía respirar profundamente, distender los músculos y dejar que los ojos volvieran a abrirse.

Esta vez, había huido de aquello encaminando sus pensamientos hacia el barco de vela y de motor que iba a comprar. Sería como uno que había visto el año anterior en Miami, que había sido puesto a la venta porque el dueño estaba enfermo. El casco era de teca y caoba y estaba construido en
Hong-Kong
y equipado y terminado en Suecia. Los motores «Diesel», los aparatos electrónicos y los accesorios para la navegación habían sido montados en Alemania. Un navío para agua dulce, con potentes grúas, enormes depósitos de agua y de combustible, grandes electrogeneradores, cámaras frigoríficas y aire acondicionado.

Paseó por cubierta y, sintiéndose nuevamente joven, se puso al timón, balanceándose a causa del blando movimiento del barco que salía de Wellington con rumbo a las islas Loyalty. Tendida sobre cubierta, tomando el sol con su bikini, medio adormecida, pero sonriéndole con agradecido afecto, estaba una espléndida muchacha de Nueva Zelanda verdaderamente magnífica, mejor que la mejor de cuantas pudiera recordar. Un gran barco, una bella muchacha y todo el dinero guardado en la caja fuerte, tan cuidadosamente oculta allá abajo que no le causaba la menor preocupación.

Cuando Mary Jane viera todo aquel dinero.

Necesitó dar un violento tirón a sus pensamientos para encaminarlos en otra dirección, porque detrás del lienzo algo se había agitado violentamente.

—¿Ha dormido bien, capitán? —le preguntó la enfermera, sin sospechar el bien que hacía a Staniker hablándole precisamente en aquel momento.

—Parece ser que no hago más que dormir —le contestó.

—¡Ah, ya habla mucho mejor! —dijo Theyma, inclinándose para colocarle el termómetro bajo la hinchada lengua.

Apoyó las yemas de los dedos sobre la gruesa muñeca del paciente y, frunciendo el entrecejo, fue siguiendo el movimiento de la aguja del reloj de oro prendido al cuerpo de su blanco uniforme, mientras iba contando.

Cuando hubo vuelto a poner el termómetro en alcohol, y mientras anotaba la temperatura en la gráfica, Staniker le preguntó:

—¿Creen que viviré?

Theyma le dirigió una rápida y brillante sonrisa.

—Realmente, no *está* usted como para morirse, hombre. Ahora, tiene que volver a beber agua.

—¿Otra vez? ¿Cuántos galones habré bebido ya?

—El doctor McGregory dice que ahora ya podemos dejar de llevar la cuenta del líquido bebido. Está satisfecho, porque dice que el riñón no está dañado. Aquí tiene. Beba esto ahora, y luego hará un pequeño recorrido. Con un poco de ayuda. Recorrerá todo el camino hasta el lavabo.

Cuando estuvo sentado en el borde de la cama, con su camisón corto, la enfermera le metió el brazo izquierdo por la manga correspondiente de la bata, y luego le colgó la prenda sobre el hombro derecho, que era el del lado quemado. Con una considerable fuerza, le ayudó a levantarse y colocándose a su izquierda le pasó el brazo derecho por la cintura, mientras él apoyaba pesadamente su brazo izquierdo sobre sus hombros. A pasos lentos y cortos le ayudó a dirigirse al cuarto de baño, que estaba a unos ocho pies de distancia de la cama. Dejó la puerta entreabierta, diciéndole:

—Si se siente débil o se marea, llámeme. Y no se olvide de recoger la orina para el laboratorio. La botella está allí, en el estante del lavabo.

Staniker se asombró de sentirse tan débil. Pero estaba mucho mejor que el día anterior, así es que era de suponer que al día siguiente se encontraría aún mejor. Cuando salió del cuarto de baño, la enfermera lo ayudó a llegar a la butaca y, cuando hubo terminado de hacerle la cama, lo ayudó a acostarse, le quitó el batín y lo colgó dentro del armario empotrado, que no era muy profundo. Salió para entregar en el laboratorio la muestra de orina y, cuando volvió, la acompañaba el doctor Angus McGregory. Era un hombre grave y majestuoso, de piel tostada por el sol y un impresionante bigote rojizo.

Saludó a Staniker con un gesto de la cabeza y examinó la gráfica anotando unas nuevas instrucciones.

—Confirmo lo que me acaba de decir la enfermera Chappie —

dijo—. Está usted absurdamente bien, capitán. Su estado es una afrenta para mi profesión. Lo primero de todo, vamos a ver ese brazo.

Entre la enfermera y él le hicieron extender el brazo derecho. Theyma lo sostuvo cogiéndolo por los dedos que no estaban quemados y ayudó a McGregory a desenrollar el vendaje. Staniker se miró la parte quemada cuando estuvo descubierto y sintió que se le encogía el estómago. Toda la piel tenía un extraño brillo de un tono gris azulado. Parecía la piel de un muerto. Esperaba que el doctor se alarmara.

Por el contrario, McGregory dijo:

—Está maravillosamente feo, ¿no les parece? Nueva técnica de rociado. Lo suficientemente poroso para dejar entrar el aire, pero sin que supure. Habrá que medicarlo con sulfamidas porque de otro modo permanecería inerte. A través de la zona sanguinolenta puede verse cómo se va cicatrizando. Irá desapareciendo todo a medida que se vaya formando la nueva piel, creo que en la misma proporción.

Ese aspecto de la piel, brillante y arrugada, deja menos cicatriz que la típica de las quemaduras.

Se inclinó un poco para examinar el brazo desde más cerca.

—¡Está muy bien! De todos modos, le quedará bastante cicatriz. Tendremos que cortarle bastante carne mala, pero muy poco tejido muscular. No habrá perjuicio funcional. Lo que tiene que hacer es que el brazo trabaje y también ha de doblarlo tanto como pueda. Pero no con mucha fuerza. Y lo mismo le digo de la pierna. La curación de las articulaciones será lenta, y le dolerá un poco, pero así mantendrá más en forma los músculos, y la piel no le quedará tirante en las articulaciones. Ahora, echemos un vistazo a ese muslo y a esa pantorrilla derecha.

Cuando hubieron terminado, McGregory preguntó:

—¿Le han fatigado esos tipos de esta mañana?

—No demasiado.

—Serán los últimos entre los que vienen para asuntos oficiales. Los del seguro querían verle esta tarde, pero me he negado rotundamente. Será mejor mañana por la mañana. Luego, el jueves, si no se presenta ningún obstáculo en su curación, le corresponderá a usted decir a quién quiere recibir, Staniker. Me refiero a la gente

de la Prensa y de las revistas. Y vendrá toda una hornada de charlatanes de Miami, con focos monstruosos, cables y demás. Pero, acerca de todo esto, podría darle un consejo.

—Se lo agradecería, doctor.

McGregory dirigió una mirada significativa a la enfermera. Ésta asintió con la cabeza y salió de la habitación. McGregory encendió un puro un poco más largo que un cigarrillo y se sentó en la butaca.

—Supongo que no es asunto mío, pero si yo estuviera en su lugar lo pensaría un poco antes de recibir al número uno. Tal vez sea difícil para usted, durante algún tiempo, trabajar en su oficio. Sé lo que son estas situaciones por el siguiente motivo: un compañero mío se encontró envuelto inocentemente en el jaleo del asunto Profumo. Le retuvieron algún tiempo sus ingresos. Pero tuvo el buen sentido de vender su historia en exclusiva. A una cadena de periódicos. Le pusieron un *negro*, un escritor, para ayudarle a escribirla bien. Sacó de aquello una bonita suma. Si no recuerdo mal, ochocientas libras. En realidad, el pobre Harold no tenía mucho que contar. Tuvo que ver con una de aquellas chicas y tuvo la mala suerte de que el compañero de ésta, un negro, le pusiera en evidencia. Pero lo poco que sabía, lo guardó para sí a fin de tener algo que poder vender a los periódicos. Quizá le resulte doloroso saberlo, pero todos los empleadillos y las dependientas de las tiendas querrán leer la historia personal del capitán, en la última travesía del *Muñeca*. Y, ¿sabe usted?, no tiene ninguna obligación de revelar su historia y de divulgarla entre esos tipos que están deseando entrar aquí para verle. ¡Oh, sí, le dirán que se debe hablar a la Prensa! Que no hay más remedio que hablar. Pero eso es una tontería absurda. Cuanto más les diga, por menos podrá vender el resto del relato. Entre esa gentuza, hay unos cuantos que llevan un contrato en el bolsillo. Si yo estuviera en su lugar, capitán, haría que cada uno de ellos me enviara una nota diciendo qué quiere de mí. Escogería entonces a los que tengan la idea de pagar por un relato en exclusiva y les iría viendo uno por uno quedándome con sus nombres y sus direcciones, pero sin firmar nada. Y cuando volviese a Florida, buscaría a algún sujeto listo que me representase. No hay prisa. ¡Palabra! Millonario de Texas, reina de belleza, yate, islas tropicales, náufrago…, es una historia que intrigará a las masas durante años y años. Y me imagino que su

retrato no decepcionará a las lectoras femeninas. Desde luego, no es asunto mío. Pero le voy a dar una idea de la cosa: un majadero me ha *ofrecido cincuenta* libras por un relato, en exclusiva, acerca de *usted*. Y también han hecho presión sobre la enfermera Chappie. Ella es una persona en la que se puede confiar. Absolutamente incorruptible.

—Le estoy muy agradecido, doctor. De veras.

—Mientras esté aquí, podremos protegerle. Pero, naturalmente, tan pronto como le soltemos caerán sobre usted como moscas de verano.

—¿Cuándo tienen ustedes el proyecto de soltarme?

—Para decidirlo, he de saber si tiene usted alguien que le cuide durante algún tiempo. Su esposa ha muerto, lo sé. ¿No tiene algún pariente, algún amigo íntimo, alguien que pueda acompañarle para volver a Florida?

—No. Lo siento.

—No seré inexorable en eso, compréndalo. Pero si tiene que irse solo, supongo que podré dejarle ir dentro de una semana a partir de hoy. Es una buena cosa que su Mr. Kayd concertase un seguro tan espléndido. Tampoco veo motivo para no poder dejarle a su enfermera, la del turno de día, hasta que le pongamos en libertad. Alejará de usted esa plaga de inoportunos. Ya he prescindido de la que tenía el turno desde medianoche hasta las ocho de la mañana y desde hoy no veo la necesidad de que siga teniendo la del turno de cuatro de la tarde hasta medianoche.

—Ni siquiera tengo ropa para salir de aquí.

—La Compañía de Seguros Marítimos podrá darle algo de dinero, según creo. Y la enfermera Chappie podrá ocuparse de hacerle algunas compras. Si le pagan el vuelo de regreso, no pueden suponer que subirá a bordo de un «BOAC» tan desnudo como un huevo, ¿no le parece?

—Es usted muy amable, doctor.

—Es una especie de enfermedad. Algo propio de mi oficio. Probablemente, por eso soy médico. Si no encontrara usted algo muy pronto en la Compañía de Seguros, yo mismo puedo adelantarle unas libras. Puede devolvérmelas por giro cuando hayan hecho los trámites necesarios para pagarle.

—Teníamos dinero en una Caja de Ahorros de Miami, pero está

a nombre de mi mujer. Y hay también una pequeña póliza de seguro de su vida. Así es que si tengo que pedirle algo, se lo podré devolver, enviándoselo tan pronto como lo haya arreglado todo.

McGregory se levantó, apagó el cigarro frotándolo contra la suela de su zapato y lo echó dentro de la blanca papelera.

—Es usted fuerte, Staniker —dijo—. Es una buena cosa. Pocos hombres podrían haber sobrevivido a las consecuencias de esa semana en la isla, y mucho menos podrían haber salido de ello sin complicaciones. Volveré a pasar por aquí a verlo mañana por la mañana.

Al cabo de diez minutos de haber salido el doctor, volvió a entrar la esbelta enfermera, le dijo lo que podía escoger para cenar y le ayudó a decidirse. Pasaba de su habitual hora de salida. Dijo que la otra enfermera especial estaba en el hospital y que llegaría dentro de poco. Preparó lo necesario para la noche, añadiendo algunas toallas al montón de las que había para la cara. Después permaneció de pie junto al herido con su bolso debajo del brazo y le pasó los dorsos de los dedos por la línea de la mandíbula.

—Mañana, capitán, tendrá que afeitarse usted mismo. Supongo que será una suerte, porque soy bastante torpe.

—Nadie puede darse mucha maña con una navaja embotada.

—Le compraré una hoja de afeitar.

Estaba de pie al lado izquierdo de la cama. Staniker alargó el brazo izquierdo y le puso la mano en la cintura oprimiendo con el pulgar y el índice la parte más estrecha, la palma sobre la cadera y abarcando con los otros tres dedos la redondez del muslo.

Theyma quedó absolutamente inmóvil un instante. Staniker notó que temblaba ligeramente. Luego, dio un paso hacia atrás. Había en su expresión una especie de extraño terror.

—¡Vamos! —le dijo él—. No tiene importancia, ¿verdad?

—Me ha…, me ha asustado. Esto es todo.

Se humedeció los labios. Su sonrisa fue rápida y poco convincente.

—Eso prueba que está usted recuperándose, capitán.

Durante la velada, después de haber cenado, Staniker pensó nuevamente en la reacción de la muchacha. Era como si, de pronto,

se hubiera encontrado cara a cara con un monstruo. Pero aquello no podía significar nada. La enfermera pertenecía a cierta clase de mujeres. Significaba sólo eso. Parecía muy entendida en la materia. Tenía unas caderas descaradas y el pecho prominente. Su mirada era una incitante invitación al flirteo. Pero el más ligero contacto la asustaba. La reacción de la enfermera le resultaba mucho menos penosa que la suya propia. La había tocado deliberadamente, con frialdad, de un modo experimental esperando que aquel contacto femenino, la calidez de su carne bajo la tela del uniforme, el redondo significado de su juvenil cintura y de su cadera, lograran despertar sus propios instintos. Durante toda su vida, desde la pubertad, exceptuando los breves momentos que seguían al total agotamiento sexual, no había podido mirar a ninguna mujer que presentara el más ligero síntoma de deseo físico sin darse cuenta en seguida de sus propios cambios físicos, de su sensación de pesadez, de la ligera hinchazón del cuello y endurecimiento de los músculos de los hombros, de un impulso de bostezar… Pero ahora, aun en los momentos en que la enfermera le ayudaba a caminar, pasándole el brazo por la cintura, mientras él le rodeaba los hombros con el suyo, a pesar de aquella cálida proximidad, de su peculiar olor, de su aspecto apetecible, no experimentaba ninguna reacción. Parecía hecho de pasta fría. Había esperado que aquella caricia deliberada volviera a poner en movimiento las acostumbradas reacciones. Pero el mismo efecto le hubiera producido apoyar la mano en el tronco de una palmera o en el poste de una señal de tráfico.

Tal vez era a causa de las quemaduras, o a causa de la medicación. O por haber tenido tanta fiebre. Durante aquellos largos días pasados en el *Muñeca*, o cuando estaban anclados, todo había sido como siempre. Nada andaba mal. Carolyn Kayd había sabido muy bien hasta dónde podía llegar, referente a él, cuando pasaba por su lado en los espacios estrechos del barco, o cuando se balanceaba lo suficiente para darle un ligero empujón con la cadera, cuando estaban uno frente a otro, disculpándose luego con risa inocente.

… Pero después estaba tan floja e inerte como una gelatina y se movía con el balanceo del barco parado mientras él la iba atando con una soga de nylon de un cuarto de pulgada de diámetro, pasando uno de los extremos de la cuerda por la anilla de levantar

el postigo de la escotilla, amarrándola allí estrechamente, tan estrechamente que la soga se hundía en las blanduras de la cintura y…

—¡Enfermera!

—¿Qué le pasa, capitán? ¿Qué le pasa?

—¿Podría…, podría darme un poco de agua, por favor?

—Claro que sí, capitán.

Se daba cuenta de que el pensamiento se le había ido hacia lo peor de todo. Aquello no podía volver a ocurrir. No de una manera tan peligrosa. Los movimientos en la oscuridad, detrás de las cuatro paredes de paño, habían sido insoportables a causa de su debilidad. Se sintió agradecido, Aquello le recordaba una vez que, estando en Key West, mientras se acercaba un huracán, la mano de un borracho que había entrado en el bar buscando cobijo le fue arrinconando poco a poco hacia una esquina de la sala, brillándole en la mano la hoja de un cuchillo, que mantenía bajo, con la ligera inclinación profesional hacia arriba, que busca el vientre. En el bar se había hecho un silencio absoluto. Entonces, vio de pronto en los ojos de aquel hombre la incapacidad de emplear un cuchillo sobre carne humana viva. Staniker experimentó la misma sensación de alivio y de agradecimiento que sentía ahora. Se daba cuenta de que había escapado por un pelo. Se echó hacia un lado, golpeó al hombre en la muñeca y en la cara. Arrojó, de un puntapié, el cuchillo a un rincón, agarró al hombre por la muñeca y estuvo con la mujer del borracho durante las veinte horas que duró el rugido del viento huracanado. La ciudad se libró del huracán por un escaso margen, pues el ciclón pasó a veinte millas de distancia, hacia el Sur, en dirección a Texas.

Ahora, en el centro de su mente, podía moverse, estar de pie, erguirse en toda su longitud, caminar, anticiparse a la tarea de derribar la armazón y el paño. Sabía los nombres de las cosas negras que se hallaban fuera del cuadrado de paño, y podía hacerlas entrar allí, una por una, e ir domeñándolas. Se llamaban Garganta, Ventilador, Inclinación de Cabeza. Una vez domeñadas, empezarían a palidecer y a borrarse y algún día le llegaría a ser difícil recordarlas.

Cerró los ojos y examinó una vez más mentalmente uno de los objetos que había arrastrado hasta la zona de seguridad. Era una

maleta de tamaño mediano, de aluminio toscamente pulido, con contrafuertes para reforzarla. Nombre de fábrica, Haliburton. Buena cosa para el calor y la humedad de una travesía por el trópico. Las abrazaderas estaban dispuestas de manera que ejercieran suficiente presión sobre la doble franja de goma del interior de la tapa para que ésta ajustase bien. La cuarta llave que probó encajó en la cerradura del armario del almacén. La segunda llavecita de metal encajó en las cerraduras de la maleta cuyo contenido descansaba en el interior, con orden, con majestad… Cada fajo iba envuelto en una tira de papel oficial. Había dos hileras de montones de fajos, con seis montones en cada hilera, dispuestos verticalmente a lo largo de la maleta. Para rellenar la anchura sobrante, había tres paquetes de fajos, colocados de extremo a extremo. Quince paquetes de dinero en fajos que llenaban la maleta hasta cerca de dos tercios de su profundidad.

Lo que sumaba cada paquete iba impreso en algunas de las fajas y marcado con un sello sobre otras. En la capa superior de los paquetes había sólo billetes de cincuenta dólares y de cien. Sobre la banda de estos últimos se leía $ 10.000. En las otras bandas se leía $ 5.000.

A la pálida luz amarillenta del camarote, todo aquello tenía un aspecto de lejanía, de imparcialidad, de dignidad indiferente, como las catedrales, como las largas y brillantes mesas de conferencias, como el recuerdo de la voz de hombres famosos que han muerto hace tiempo. Hasta que levantó la tapa de la maleta no quedó enteramente convencido de que Crissy le había hablado con conocimiento de causa. La capa superior estaba toda a un mismo nivel, indicando que había el mismo número de paquetes en cada hilera. Cogió uno de los paquetes, Contenía siete fajos. Volvió a colocarlo en su sitio, bajó la tapa de la maleta, la cerró con llave y la subió a cubierta balanceándose y dando traspiés a causa del vaivén del barco al recibir la embestida de las olas.

Revivió mentalmente el momento en que, en la oscuridad de la caldera de hierro enmohecido, acabó de enterrar muy hondo aquella maleta, dentro de la árida y seca arena, allanando luego, con mucho cuidado, la superficie, hasta que no quedó ninguna huella de sus esfuerzos.

Sólo mucho más tarde, dos o tres días después, luchó contra el

dolor que le producían las quemaduras y contra los fantasmas de la fiebre para tratar de calcular si había allí tanto dinero como Crissy le había dicho. El hecho de que los billetes fueran de dos denominaciones distintas dificultaba el cálculo. Por fin, haciendo números sobre el cieno con una ramita, calculó cuánto habría en la maleta en el caso de que en todos los fajos hubiera sólo billetes de cincuenta dólares. Por mucho cuidado que pusiera al hacer las operaciones aritméticas, le daba como resultado 525.000. Pero por lo menos la mitad de los paquetes de la capa superior contenían fajos de billetes de cien dólares.

Finalmente, su cerebro, ofuscado por la fiebre, encontró una respuesta posible al problema. En el fondo de los otros paquetes habría, sin duda, fajos de billetes de veinte dólares y de diez. Había sido por pura casualidad que el paquete que había examinado contuviera sólo fajos de billetes de cincuenta dólares y de cien. Decidió que lo más sensato que podía hacer era ir nuevamente allí, desenterrar la maleta y contar todo el dinero… cuando el sol no estuviera tan alto y el dolor no fuera tan intenso.

La enfermera le dijo que ya era hora de dormir. Intentó ayudarlo a ir al cuarto de baño, pero Staniker le dijo que podía ir solo. Ella lo siguió a muy poca distancia. Cuando salió de allí, vio que había deshecho la cama, ahuecado la almohada, había vuelto a colocar debidamente las sábanas y la colcha, y había dado la vuelta al embozo, disponiéndolo en esa forma de triángulo equilátero, propia de las camas de los hospitales. Le recordó que, pasada la medianoche, hasta las ocho de la mañana, hora en que volvería a estar de turno la enfermera Chappie, no tendría ninguna enfermera particular. Prendió en la sábana, cerca de la almohada, la pera del timbre de llamada. Le tomó el pulso y la temperatura, le hizo tomar el suave barbitúrico que ingería por las noches y se despidió de él diciéndole que a partir del día siguiente la relevaban de aquella obligación. Staniker le dio las gracias.

Cuando la enfermera se instaló en la butaca, la única luz que quedaba en la habitación era la del cono luminoso que bajaba de su lamparilla de mesa y que iluminaba la calceta que estaba haciendo. La lana de esa labor era de color gris pálido. Las agujas, al moverse, producían un ruidito tan monótono como el de las agujas de un reloj. Staniker oyó, muy lejano, el prolongado, profundo y triste

sonido de la sirena de un barco grande anunciando que salía del puerto de Nassau.

Capítulo XIV

Corpo la había incorporado sobre la estrecha cama, dejándola casi sentada. La había vestido con la mejor de sus camisas blancas, había doblado en pliegues diagonales un gran pañuelo de hierbas y lo había anudado en torno de su delgada cintura, como un cinturón, doblando luego hacia arriba los extremos de las mangas hasta que éstas le llegaron sólo hasta las muñecas. Le había peinado también el cabello, pareciéndole que quedaba muy bien, y disponiendo suavemente los mechones sobre la parte del cráneo afeitada y vendada.

Había aseado y puesto en orden varias partes de la habitación, que estaba siempre atestada de cosas esparcidas por todas partes, amontonándolo todo dentro de grandes cajas. Sobre una caja de embalaje colocada junto a la cama había puesto una pequeña jarra de cristal en la que se abrían unas brillantes flores rojas.

No se cansaba de mirarla. Tenía los ojos de color verde mar con pequeñas manchas de ámbar cerca de las pupilas y la piel no tenía tacha en las zonas que no estaban quemadas o descarnadas, o llenas de golpes y de magulladuras. A Corpo le gustaba acercarse, inclinarse hacia la muchacha y contemplar aquellos ojos, contemplar las oscuras pestañas, curvadas hacia arriba, y las pálidas cejas de corto pelo tan pulida y hábilmente dispuesto, y el cabello rubio que empezaba a salir y a crecer con tanta vitalidad sobre la blanca zona afeitada, allí donde terminaba la curva de la suave frente. Tenía los dientes pequeños e iguales, el labio superior delgado, el inferior abultado y grueso y una pequeña hendedura en la barbilla. La delicadeza y pulcritud de su estructura recordaba a Corpo algunos pájaros que había cazado, el dibujo de las plumas y la pelusa de los suaves costados.

Se sentaba en la silla rota, cerca de los pies de la cama, y admiraba a la muchacha. Ella hablaba sin cesar, con voz clara y dulce, sin detenerse a tomar aliento y cambiando a menudo de expresión. Era, con mucho, la mujer más bonita que Corpo había

visto nunca.

—Da gusto oírla hablar, Missy, seguro. Habla, y habla, y habla muy bien.

Ella no acababa de comprender lo que pasaba. A veces, las palabras no ligaban unas con otras y no formaban frases que tuvieran algún sentido. Si se sentía habladora, no parecía importar mucho que Corpo estuviera allí o no. Hablaba a muchas personas distintas. A veces, parecía hablarle directamente a él, pero si él se apartaba hacia un lado, la muchacha seguía hablando con los ojos fijos en el sitio donde había estado el sargento. Dormía a menudo. A veces, se sumía en un sueño profundo y saludable. Otras veces se agitaba en sueños, se crispaba y gemía. Quedaba bañada en sudor, y Corpo le secaba entonces la cara.

A él le gustaba verla reír. Era algo que le hacía sonreír, y a veces reír con ella. La muchacha reía de muchas maneras distintas. A veces, como si estuviera tomando el té en una reunión de sociedad, otras veces de una manera mortificante, y en algunas ocasiones con una risa profunda, cordial y sincera por cualquier bagatela.

A Corpo le parecía que estaba empezando a conocer a las personas con las que hablaba la muchacha. Ella después de haber hablado esperaba un momento, escuchando como si realmente oyese su contestación, y luego asentía con la cabeza. Corpo, casi sin darse cuenta, se encontraba de pronto creyendo oír también lo que aquellas personas decían a Missy. Existían Stel, Roger, Mr. Bix y Carrie. Existían el capitán Stan y el capitán Staniker, que podían muy bien ser una misma persona. Había, además, Mary Jane, Jonathan y Sam, y otras personas a las que no nombraba lo suficientemente para que él pudiera recordar sus nombres.

A veces, cuando hablaba con verdadera claridad y corrección, Corpo le ponía las manos en los hombros, la sacudía ligeramente y le preguntaba:

—Y usted, ¿cómo se llama, Missy? ¿Cómo la llaman todas esas personas?

Pero ella seguía hablando como si no hubiera oído la pregunta. Hablaba de peces y de arrecifes, y decía que debía volver a la Tienda de la Isla y comprarse aquel jersey azul. Un par de veces se sentó en la cama y lloró silenciosamente, pero Corpo no pudo soportarlo y tuvo que salir porque se le partía el corazón al oírla.

Bajó para limpiar un poco de pescado, y poco después la oyó reír con su risa de reunión de sociedad. Movió la cabeza, asombrado, y decidió preparar una cazuela de pescado para la cena de la muchacha.

Una vez, se irritó lo suficiente para intentar meterse en la conversación. Missy estaba hablando con una vocecita que casi era un murmullo a la persona llamada Stel y, al parecer, quería que Stel dejase de llorar. Por lo que decía, Corpo calculó que Stel era coja de una pierna y que la persona llamada Carrie no era buena con ella. A Missy no parecía gustarle tampoco Carrie. Corpo dijo que debía de ser una persona muy mala para mortificar así a una jovencita coja. Pero Missy siguió hablando sin haber oído una palabra y lo que decía fue perdiendo todo sentido. Después se durmió dejando a Corpo con la idea de que era buena cosa que el capitán Stan fuese especialmente amable con Stel porque a ésta parecía que le hacía falta tener amigos.

Le cansaba la mente intentar clasificar y poner en orden a toda aquella gente. Y estaba empezando a impacientarse con la muchacha porque no mejoraba más de prisa: Aquellos fuertes sudores y aquellos gemidos durante el sueño lo inquietaban.

Lo asaltó la idea de que debería ir a la ciudad a buscar al teniente. Pero entonces llevarían a la muchacha al hospital. Y en los hospitales, los médicos tenían sus ideas acerca de lo que había que hacer con las personas que tenían heridas en la cabeza. Tal vez no dejarían salir nunca más a la Missy. Y también había otra cosa: al teniente podía chocarle que aquella chica hubiera estado sola con él en la isla todo aquel tiempo. Y a la gente que vivía allá podía chocarles también mucho, y podían ocurrírseles ideas sucias. De nada serviría explicarles que sólo había habido el pequeño desliz, que él sentía mucho, de que se le hubiera escapado la mano para tocar aquel pecho pequeño y delicado. Si volvía a ocurrirle aquello, iría abajo, pondría la mano sobre el tajo donde limpiaba el pescado y se cortaría los dedos con el hacha.

Ni siquiera comprenderían que ahora tenía mucho más trabajo que cuando se construyó él solo la choza en que vivía. Era tan difícil acordarse de todas las cosas que tenía que hacer, que siempre se le olvidaba algo y tenía que correr para dar abasto a todo.

Había que lavar las sábanas, fregar el suelo, quemar la basura y

los desechos que se iban amontonando, tapar los agujeros de la choza por donde podrían entrar sabandijas que importunarían a la muchacha… También tenía que hacer de enfermera.

Había hecho hervir la esponja de la canoa y cuando la enferma se ensuciaba en la cama, Corpo, después de poner las sábanas en remojo, y antes de volver a colocar a su protegida entre las sábanas limpias, tenía que fregotearla hasta que volvía a estar limpia empleando la esponja, jabón y agua caliente. Lo hacía volviendo la cabeza y guiándose sólo por el tacto para no mirarla, y luego la secaba con una toalla. Por suerte, las cortas lluvias habían sido intensas, porque, de lo contrario, hubiera andado escaso de agua.

También la comida constituía un verdadero problema. Era complicado hacerle tragar algo que pudiera ir devolviéndole las fuerzas. Una lata de carne en conserva parecía un alimento demasiado fuerte y pesado para la enferma, así es que había que alternarla con leche. Corpo llevaba la cuchara a la boca de la muchacha y ella la abría como si fuera un pájaro. De esta manera se le podía hacer tragar la comida haciéndole pasar unas cucharadas. Cuando había tragado todo lo que podía, no había medio de meterle la cuchara más allá de los dientes. Salía entonces de sus labios un gemido y movía la cabeza hacia un lado y hacia otro para huir de la cuchara.

También tenía que vigilarle la espalda, para ver cómo andaba la curación, y la última vez que la embadurnó de grasa la piel tenía buen aspecto exceptuando dos pequeñas zonas purulentas, que debían pincharse, abrirse, limpiarse y cubrirse con el medicamento.

Por fin pudo darle un nombre. Estaba la muchacha hablando con un tal Jonathan, y dijo:

—Leila Dye. Leila Dye. Será divertido llamarse así, después de tantos años de llamarse Leila Boylston, ¿eh?

Pensó celebrar el acontecimiento con un buen guisado de pescado, tan espeso que se podía clavar en él una cuchara, lleno de polvo de chili y condimentado con salsa con especias para hacerlo sabroso. Volcaría en el guiso una lata entera de manteca de Aussy para que la muchacha empezara a engordar. Ahora, se le podían contar las costillas. La fiebre las hacía sobresalir.

Corpo no le hubiera dado ni siquiera diecinueve años. Así, pues, se apellidaba Boylston, y tenía que casarse con un profesor. «No te

apures, profesor. El viejo Corpo se ocupa de ella y la está curando lo mejor que puede y vivirá aquí, con él, hasta que pueda volver a bailar, a reír y a cantar todo el día y entonces ella te hará saber que ya es hora de venir a buscarla, y tú podrás decir a ese hermano suyo, a Sam, que está en buenas manos».

Mientras estaba pescando se alejó bastante y de propio se dio cuenta de que iba a la deriva por la ensenada, en dirección a la rompiente de las olas, sujetando una caña con un anzuelo vacío. Puso en marcha el motor del bote y volvió hacia su vivienda y, al dar la vuelta al último recodo del canal, vio debajo de la choza aquella canoa desconocida sin comprender qué ocurría, a pesar de que era de suponer que estaba enterado de ello, porque no cabía duda de que aquella embarcación había estado anteriormente allí mismo, pero él no podía recordar por qué. Después se acordó de la muchacha y de por qué había salido él de la choza. Abrió la tapa de la cesta que llevaba consigo y vio dentro cuatro magníficos peces. Serían suficientes, gracias a Dios, pero no podía recordar haberlos pescado.

Pasó, con cierta dificultad, junto a la canoa, amarró el bote y corrió escalera arriba para ver a la muchacha. Estaba fuera de la cama, tumbada de costado sobre el suelo y profundamente dormida, con la cabeza metida en un rincón. Corpo sonrió, se acercó a ella y le tocó la frente. Se alegró al ver que, por primera vez, estaba casi normal. La levantó en brazos con facilidad y la puso boca arriba sobre la arrugada cama, tirando hacia abajo los faldones de la camisa que le había puesto para taparla decentemente. Fue a buscar una cacerola, limpió el pescado, lo cortó en trozos y los echó en el recipiente. Cuando volvió a subir, la muchacha estaba sentada en el borde de la cama, y él le preguntó:

—¿Se encuentra usted mejor, Missy?

—¡Pero es que no puedes suponer que yo sea absolutamente *inútil*, querido! Eso no tiene sentido común. He hecho durante mucho tiempo algo del trabajo de Sam en casa y soy una mecanógrafa rápida y una taquígrafa bastante buena también, y puedes estar seguro de que en Montevideo *alguien* necesita que le escriban a máquina en inglés. Todo lo que te pido, querido, es que

no seas tan orgulloso y que les escribas pidiéndoles que preparen los permisos y todo lo que necesito para ganar algún dinero allí… ¿Qué importancia tiene? Cuando tengamos niños, me quedaré en casa. El piso es pequeño, pequeñísimo, y tú pasarás muchísimas horas fuera, y yo me iré volviendo loca poco a poco. ¿Quieres que pasee por las calles sin saber qué hacer? Claro que me gusta estar sola contigo, Jonathan, pero también me gusta estar con la gente.

—Siento haber preguntado nada —murmuró Corpo.

Condimentó el pescado, le añadió agua y leche en polvo y lo puso a cocer. Cuando se volvió para mirar a la muchacha, vio que estaba de pie y que avanzaba, débil y vacilante, con las manos tendidas para mantener el equilibrio. Corpo dejó caer la cuchara y corrió hacia ella.

—¿Ha visto alguien a Jonathan? —preguntó Leila, en un tono de voz más alto que el habitual, tenue y quejumbroso como el de una niña pequeña—. ¿Ha visto alguien a Jonathan? Tengo que hablar con Jonathan. Es acerca de Mrs. Staniker. De Mrs. Mary Jane Staniker. Me ha asustado mucho. Tiene el cabello enredado en el ventilador, la cara amoratada, le sale un buen trozo de lengua, y los ojos se le salen también de las órbitas, y tiene los labios como salchichas. Tengo que encontrar a Jonathan. Creí que eran petardos para hacer una broma. ¡Jonathan!

Corpo la cogió por la muñeca, al ver que se disponía a echar a correr. La muchacha hubo de volverse hacia él y Corpo supo que esta vez le veía. Lo miró y su mirada era distinta. Sus ojos lo veían. Se le agrandaron. Luego los bajó para mirarse a sí misma. Contempló, agitada, la habitación en que se hallaba y empezó a chillar a más y mejor dando tirones e intentando librarse de aquella mano que la tenía sujeta. Era mucho más fuerte que lo que Corpo hubiera podido suponer. Él intentaba impedirle que se hiciera daño. En sus esfuerzos por huir, cayó al suelo, y allí siguió intentando escabullirse mientras sus gritos se iban debilitando hasta convertirse en chillidos rasposos. De pronto, pareció desmayarse. Corpo la volvió a tender sobre la cama. Quedó allí, boca arriba, jadeando, con la boca abierta. Le había vuelto a subir la temperatura.

Después de haberla contemplado un rato, buscó su espejo y lo colocó en su sitio, colgado de los dos clavos que había sobre la fregadera. Se contempló en él largo rato, peinándose la barba

lentamente con los dedos. Después miró a su alrededor.

—¡Maldición! —murmuró.

Se dirigió hacia una caja en la que creía tener muchas probabilidades de encontrar la navaja y el jabón de afeitar, así como las tijeras que necesitaba para cortarse la barba lo suficiente para poder afeitarla y para cortarse el cabello, engrasarlo y peinarlo.

Aquel miércoles por la noche, mientras se hallaba tendido en la litera de babor del *Muñequita*, Corpo estaba desconsolado. Era una gran cosa haber podido hacer tragar a la muchacha bastante cantidad de guisado de pescado y que le hubiera bajado algo la fiebre. Pero, en cambio, había estado hablando con muchísimas personas de las que él, Corpo, no había oído nada hasta entonces, y, al hacerlo, agitaba mucho las manos, reía, sonreía y movía la cabeza. Y él quería que lo mirase directamente a él, una vez más, y que se diera cuenta de que no tenía por qué estar asustada, no tenía por qué pensar que era un salvaje o algo parecido. Una buena barba mantiene alejadas a las cucarachas y a los demás insectos molestos. Además, el hombre tiene derecho a afeitarse o a no afeitarse. Pero la muchacha no había podido verlo. No lo miraba, miraba más allá de donde estaba él dándole la sensación de hallarse en un lugar lleno de gente.

—Me llamo Leila Jane Boylston y tengo once años, y lo que más me gusta es jugar al tenis y nadar —había dicho con su voz de niña pequeña.

Corpo oyó de pronto llegar la lluvia. La oyó caer sobre los mangles intensificándose el ruido a medida que se iba acercando. Fue una buena lluvia que duró diez minutos y dejó la atmósfera clara y limpia.

Corpo se dijo que las cosas andaban mal. La muchacha había mejorado un poco, pero volvía a estar peor. Muchas veces ocurría así. En la guerra, los soldados estaban tan malheridos que se consideraba inútil llevarlos al hospital de campaña. El sanitario taponaba los agujeros de las balas como mejor podía, los llenaba de polvo de sulfamidas, y comprimía las ampollas que se formaban en los brazos de los heridos. Antes de que la morfina les hiciera efecto

a veces se reanimaban, pedían un pitillo, miraban a su alrededor y luego, de pronto, se morían. Así mismo. La vida colmaba a un hombre y luego se retiraba y el hombre se hundía, se deshinchaba, como uno de esos globos con que juegan los niños, cuando pierden parte del aire que llevan en el interior. Pero con más lentitud. Los muertos sólo se empequeñecían y se achataban, y sus uniformes parecían demasiado grandes. Y si el batallón pasaba algunos días en campaña, sin poder tomarse unos días de respiro, las patillas de los cadáveres llegaban a parecer artificiales; parecían formadas por delgados y cortos alambres que alguien hubiera hundido, con pulcritud y cuidado, sobre la inmóvil piel. Todos los que morían habían estado seguros de que aquello no podía sucederles a ellos. Cada uno de ellos creía que, aun en el caso de que todo el pelotón quedase barrido del mapa, él sería el último superviviente. Eso era lo que tenían que pensar porque, de lo contrario, no hubiesen estado allí, o si estaban no se hubiera podido conseguir que se movieran debidamente. Si cualquiera de ellos hubiese llegado a pensar que sus ventajas no eran ni mayores ni menores que las de cualquier otro, ¿cómo se habría podido conseguir que se comportaran como Dios manda? ¿Cómo se habría logrado que avanzaran a lo largo de un seto, lo suficientemente cerca de éste para arrojar unas granadas a un nido de ametralladoras, exponiéndose al fuego enemigo? Pasado algún tiempo, se comprendía que les sucedía exactamente lo mismo a los *krauts*, y que si podían hacer las cosas que hacían, si tenían tanta categoría militar, era porque alimentaban los mismos sueños; cada uno de ellos aceptaba la posibilidad de una herida, tal vez de una herida grave, la posibilidad de un dolor que acaso fuera intenso, pero no admitía aquel final que algunos de ellos tenían y aquel encogimiento que los hacía más pequeños que la ropa que llevaban. Si se les mantenía en movimiento demasiado tiempo, los que estaban más en forma se ponían a empujar algo más que los otros; empezaban a calcularlo todo, a saber que, fuera cual fuese la suerte que les esperaba, fuese buena o mala, era algo que no tenía nada que ver con lo que ellos eran, o con lo que pensaban, o con lo que sentían. Por consiguiente, tenían que acostumbrarse a la idea de no ser nada, de ser tan sólo algo que se movía y respiraba en un lugar detestable. Entonces era cuando se desmoralizaban y se iban

abriendo paso hacia las seguras, negras y cálidas entrañas de la tierra para no volver a levantarse más. Daban a esto un nombre: fatiga del combate. Pero lo que importaba realmente era estar enterado, saber que uno no era más que un insecto que mataba a otros insectos y que, si Dios prestaba alguna atención a todo aquello, lo más probable era que mirase hacia abajo y que dijese moviendo tristemente la cabeza: «Bueno, ¿qué hacen ahora?».

«Hacia el final —pensó Corpo—, antes de que me descalabraran, busqué algunos trabajadores. Todos entraron en el combate, todos creyeron que dependían de una especie de magia, todos supieron que la única manera de tener suerte era dar a la suerte la posibilidad de manifestarse, siendo tan rápidos, tan listos y tan astutos como una comadreja. Deslizándose como una serpiente por cada repliegue del terreno. Destrozando todo lugar en el que pudiera sospecharse que ocultaba un enemigo. Teniendo oídos que supieran oír la bala que se acercaba, aun antes de que silbara.

»Pero también los fui perdiendo. Uno por uno. Siempre ocurría algo inesperado. Y luego me perdí a mí mismo. Supe que me habían herido. Me alegré de que no me doliera. Sentí algo parecido a lo que se debe de sentir cuando alguien nos da un golpe con un calcetín lleno de arena. Una especie de sacudida y luego una sensación de calor y de algo que corría en el sitio en que estaba el agujero. Luego fue como si cayera un telón, y todo se acabó. Como en la sala de un cine, cuando la película se rompe. De pronto, no se ve nada más que una luz blanca sobre la pantalla. Y aquel muchacho recién llegado no tuvo tiempo de ser listo…».

Corpo movió la cabeza con un acostumbrado gesto de disgusto consigo mismo. «Sargento, si no puedes hacer ninguna diferencia entre una muchacha bonita y un recluta estúpido, no cabe duda de que la gente almibarada se te llevará de aquí, en aquel vagón que ya sabes…».

Salió, arrastrándose, de la estrecha parte anterior del *Muñequita* y se tendió sobre el puente aspirando la limpia atmósfera de la noche. «Envolverla en algo, bajarla aquí y emplear esta bonita canoa para llevarla al muelle de la ciudad. O esperar un poco, hacer todo lo que pueda y luego fabricar una buena caja con las tablas que he estado recogiendo y guardando, meterla allí, rezar las oraciones y enterrarla muy hondo, limpiamente y callandito. Y

llevar hacia el mar esta canoa tan elegante, durante la primera noche de niebla que haya, y dejarla allí suelta, en plena marea».

«Podría haber pasado ahora», pensó.

Subió a la choza, se acercó a la cama, se inclinó, alargó la mano y la puso sobre la frente de la muchacha. La tenía tan fría que estuvo seguro de que había sucedido lo que pensaba. Luego, la respiración le volvió a la garganta con un leve ronquido. Tosió, suspiró y se volvió de lado dando la espalda a Corpo.

—No puedes decidir si quieres vivir o morir, ¿eh? —murmuró éste—. Pues si tienes que escoger, es mejor vivir, ¿me oyes?

Pensó volver a la litera de la canoa, pero tenía la sensación de que si la dejaba sola algo que estaba revoloteando sobre ella podía abatirse, en ataque súbito, sobre su presa. Por consiguiente, se tendió en el suelo, junto a la cama, y se despertó a las primeras luces del amanecer, sintiéndose algo envarado y dolorido. La muchacha estaba aún fría al tacto. Corpo se inclinó sobre su cara y la olió, con las ventanillas de la nariz bien dilatadas. Había desaparecido el olor a enfermo, aquel olor agrio, a pan recién cocido. Corpo se fue a pescar y cuando volvió la muchacha dormía aún. Preparó el desayuno y lo tomó solo, ya que no lograba despertarla lo suficiente para que comiera también. El sueño de la joven era tan profundo que cuando Corpo vio que era mediodía sin que se hubiera despertado empezó a preocuparse.

Estaba vuelto de espaldas, poniendo un taco de madera en el postigo de una ventana cuando la muchacha empezó a gritar tan fuerte que por poco él no se cayó. Corrió hacia ella y la vio incorporada en la cama y retorciéndose como si intentara huir de algo.

—¡No! —gritaba—. ¡Oh, Dios mío, no! ¡Por favor, por favor! ¡Apártese de mí! ¡No!

Corpo se le acercó, secándose las manos, la agarró por los hombros e intentó que volviera a poner la cabeza sobre la almohada, mientras le iba diciendo:

—¡Vamos, vamos, Missy…! No la persigue nadie. Todo va bien, Miss Leila. Sólo ha tenido un mal sueño, Missy.

De pronto, se dio cuenta de que aquellos grandes ojos verdes le estaban mirando fijamente, muy abiertos y asustados, llenos de asombro, y de que tenía los labios muy blancos. La soltó y se echó

hacia atrás.

Sabía que aquello formaba parte de otro sueño, de un sueño excepcionalmente real. Un sueño en que se veía cogida en una trampa, en una especie de cuchitril, perdido en una selva, y que un tipo alto y fantástico, de pálidas pupilas, mirada asustadiza y una mella en la frente, tan profunda que le hacía venir ganas de vomitar, la estaba mirando. Deseó despertarse para que el hombre y la choza desaparecieran.

—¿Está ahora despierta de veras, Missy? —le preguntó el desconocido.

Cerró los ojos y los volvió a abrir para encararse con una irrebatible realidad que, si hubiera sido un sueño, habría sido el más complejo y detallado de cuantos había tenido hasta entonces. «Pero —pensó—, si estoy enferma, tal vez los sueños que tenga sean así».

—Missy…

—¿Despierta? No lo sé. Puedo oír mi propia voz. Supongo que sí que estoy despierta. Pero nada tiene sentido.

—Ha tenido usted mucha fiebre, Miss Leila.

—Tengo una sensación de vacío… Me siento flotar.

Se subió una manga para rascarse el brazo, notó algo extraño, se miró el brazo y se alarmó.

—¿Qué me ha pasado? ¡Estoy hecha un esqueleto! ¿Qué es lo que está pasando?

—No se asuste. Por favor, no se asuste. Ahora ya está bien, Miss Leila. Hoy tiene muy buen aspecto.

—¿Quién es usted?

—Soy el sargento Corpo, Missy.

La muchacha miró lentamente a su alrededor, contempló la habitación en que se hallaba.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué casa es ésta, tan rara? ¿Dónde estoy?

—Es mi casa. Yo la construí. Ésta es mi isla. Todo el mundo la llama la Isla del Sargento. Estoy aquí desde hace mucho tiempo. El teniente arregló las cosas para que pudiera quedarme aquí para siempre.

—¿Dónde estamos, sargento? ¿Estamos cerca de Nassau?

—¿Nassau? Está a bastante distancia de aquí. El sitio que queda más cerca y donde compro las provisiones es Broward Beach, que está a veinte minutos hacia el Sur, yendo en mi bote.

—¡En Florida!

—Sí.

La muchacha se echó bruscamente hacia atrás, cubriéndose los ojos con el delgado antebrazo. Corpo creyó que volvía a dormirse, pero al cabo de un momento la oyó decir:

—Sargento…

—Diga, Missy.

—Tiene que ayudarme. No sé qué preguntas he de hacer. Tiene que decirme por qué estoy aquí y qué es todo esto. Por favor.

Corpo se acercó algo más a ella y se sentó en el suelo, junto a la cama.

—Missy, era un domingo por la mañana, temprano, una mañana de mucha niebla, y yo iba vadeando los escollos, hacia el norte de mi isla. Usted me dio un susto de muerte al llegar flotando hacia mí, en una canoa grande y bonita, con una maroma que colgaba desde proa, llena de algas enmarañadas. Cuando eché una mirada dentro, vi que usted estaba allí, tendida sobre el puente, en cueros y terriblemente quemada por el sol, y con un agujero grande en la cabeza, un agujero que me dio mucho trabajo coser.

La muchacha se apartó el brazo de los ojos, miró a Corpo, levantó la mano y se palpó suavemente, con las puntas de los dedos, la herida de la cabeza, que ya estaba en vías de curación. Notó algo extraño a ella, un costurón tosco y grueso que, al tocarlo, le producía un sordo dolor interior. «¿Cómo es posible —pensó— que fuese flotando en una canoa por las cosas de Florida? Tiene que ser una broma. O una conspiración».

—¿Qué clase de canoa era? —preguntó en voz alta.

—Una canoa nueva y muy bonita, Miss Leila. Azul y blanca. El casco, de un azul verdoso, la cubierta blanca, dos motores gemelos en popa, con el nombre, *Muñequita*, registrado en Brownsville, de Texas, pero además llevaba una matrícula de Florida y un sello en la proa.

Parecía deseoso de complacerla y tranquilizarla, pero había en su mirada algo extraño que la ponía en guardia.

—¿Cuándo pasó esto? ¿Cuándo me encontró usted?

Le vio apretarse la frente con los puños cerrados, luego levantarse y caminar sin objeto determinado. Después empezó a mirar y a revolver unos papeles prendidos a un poste que sostenía una tosca viga. Se volvió hacia la muchacha y con una sonrisa tímida y un gesto de disculpa, dijo:

—Por lo que puedo deducir, tuvo que ser el domingo pasado. Esto de aquí quiere decir que hoy es jueves. Así, pues, el domingo sería el veintiséis de mayo.

La muchacha notó que se le secaba la boca. Recorrió mentalmente los oscuros recovecos de su memoria en busca de una fecha. Encontró un viernes, que podía recordar bien. El viernes seis de mayo. ¡Veinte días desaparecidos sin dejar huella! Recordaba con claridad aquel día. Estaban anclados en el Cayo Alien del Suroeste, en las Exumas. La isla era una larga y ovalada barrera de arena y de rocas, que cercaba un ancho puerto natural, con dos buenas entradas para barcos del tamaño del *Muñeca*, una al Este y otra al Oeste, casi enfrente una de otra. Era un día de calma y de una claridad deslumbradora. Pero no fue un día de los buenos, porque Carolyn había estado quejándose nuevamente a Mr. Bix. Había querido ir más allá de las Exumas y el capitán Garry había calculado hasta dónde podían llegar para volver a estar en Nassau el día diez, con objeto de no faltar a una reunión de negocios que tenía Mr. Bix. Pero luego Carolyn había cambiado de idea diciendo que quería volver a Nassau. Aparentemente, se mostraba de acuerdo en permanecer anclados un día y medio o dos más para regresar a Nassau el domingo, pero después empezó a quejarse del calor, de una roncha que le había salido en el cuello, de que se le estaba acabando la loción antisolar, de que se había dado un golpe en un pie con una piedra.

Por aquel entonces, la norma de conducta se había hecho habitual. La norma de conducta de Carrie. Y producía los acostumbrados efectos secundarios. Carolyn se mostraba dañina y venenosamente dulce respecto a Stella, ignoraba por completo a su marido y flirteaba abiertamente con el capitán Staniker. Bix, que sufría a causa de aquel abandono, aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para pisotear el orgullo de su hijo Roger sacando a relucir todo lo que éste parecía incapaz de

hacer, desde pescar un pez hasta preparar una bebida. Roger apretaba los labios, como alguien que lucha por contener lágrimas de desamparo e impotencia. Mary Jean Staniker, con la cabeza baja y la mirada del que se escabulle, iba a ocuparse de sus quehaceres domésticos. Staniker, al esforzarse por mostrarse protectoramente amable respecto a Stella, contribuía, sin darse cuenta, a incrementar el desabrido humor de Carolyn. Por su parte, Leila hacía extraordinarios esfuerzos para mantenerse aparte de todo aquello. La asustaba el talento que tenía Carolyn para hacer que otras seis personas se sintieran tan desgraciadas como ella misma.

Por la mañana, Carrie hizo que Staniker botara al agua y enjarciase debidamente el pequeño *dinghy* de vela y partió en él sola, recorriendo arriba y abajo las resguardadas aguas, en el aire ligero de la mañana, consiguiendo mantener una expresión rígida y descontenta mientras estuvo a la vista. Mr. Bix y el capitán Staniker salieron en la *Muñequita* para corretear un poco por el lado del Atlántico, dejando bien sentado Bix, antes de partir, que Roger no tenía por qué ir con ellos y que sería un estorbo. Leila metió en una bolsa de plástico lo necesario para escribir y nadó a tierra. Fue a una playa llena de guijarros, situada en el extremo meridional de la isla desde la cual no se veía el lugar donde estaba anclado el *Muñeca* porque lo ocultaba el promontorio de rocas y de maleza que se alzaba junto a la playa. Leila, al sentarse apoyando la desnuda espalda contra el suave y cómodo declive de una roca, pudo ver a Stella remando lentamente sobre su colchoneta de plástico hacia atrás y hacia delante, sobre un arrecife de coral, y mirando hacia abajo a través de una abertura tapada por un cristal. Leila añadió otras dos páginas a una carta que escribía a Jonathan y se dijo que probablemente podría escribir algo más antes de echarla al correo en Nassau.

Por fin, el calor del sol la hizo sentirse lo bastante incómoda para pensar en volver al agua. Stella se acercó remando a la playa y desembarcó en ella llevando debajo del brazo la ligera colchoneta de espuma.

Caminaba cojeando. Era amiga de Leila desde hacía muchos años. Leila se había dado cuenta, desde el principio, que cualquier clase de consideración que se mostrase a aquella extraña y tímida muchacha, la alejaba, la hacía remota. Así es que la trató como si

no tuviera ningún defecto físico. Y, desde luego, ese defecto tenía mucha menos importancia que la que creía Stella. Leila sabía la historia de aquel contratiempo. Fue a causa de un parto difícil. Los nervios de la pierna izquierda habían quedado estropeados. Cuando los especialistas terminaron una regeneración suficiente para que pudiera apoyarse sobre la pierna y caminar con ella, la pierna había quedado más delgada y más corta que la otra y nunca sería muy fuerte. Las dos piernas eran bonitas, esbeltas y bien formadas. No eran de igual tamaño. Esto era todo. Tenía una bella figura, un rostro delicado y expresivo y unos hermosos ojos que rara vez miraban directamente a nadie. Su expresión era sombría y pensativa, y sólo los pocos que la conocían tan bien como Leila estaban enterados de su vivacidad, de su oculto sentido del humor y de su afición a lo absurdo.

Sólo una vez, durante la travesía se esforzó Leila en consolar a Stel. Carolyn, una noche, durante la cena, se había mostrado excepcionalmente malévola. Había hablado de hacer salir a «la pobre Stella» de su ensimismamiento. Parecía no poder nombrarla sin añadir a su nombre el adjetivo «pobre» y saltaba en ayuda de Stella cuando ésta menos lo necesitaba. Leila se despertó por la noche, en el camarote que compartía con su amiga, al oírla llorar con unos sollozos ahogados. Se trasladó entonces a la otra litera, se deslizó entre las sábanas y abrazó a Stel. Ésta, al principio, se mantuvo rígida, pero luego fue cediendo, se abrazó a su amiga y lloró desconsoladamente. Durante los días que siguieron a este episodio, Stel se mostró extraña respecto a Leila, pero luego las dos volvieron a su actitud habitual, de simpatía y de afecto.

Ahora, Stel se acercó, dejó caer al suelo la colchoneta, se sentó sobre ella y dijo:

—Su Majestad la Reina tiene hoy muchas alas.

—Sea lo que sea, si se pudiera embotellar el producto se podría utilizar para destruir imperios. Tu padre debería darle una buena paliza.

Stella hizo una mueca.

—Él preferiría pegar a Roger. Mi querido papá se ha acostado tal como se ha hecho la cama, como dicen. Supongo que el ser hija de mi padre no me deja ver muy claro, pero está… como una cabra por ella. Ella le lleva por la nariz. Hace que le tiemblen las manos. Hace

años que están casados y aún sigue todo igual. A mi padre le asustaría pegarle. Después, Carrie no le dejaría acercarse a ella durante un año. De todos modos, hay que dar gracias a Dios de que Garry haya tenido el sentido común de apartarse de ella.

—¿Ahora se trata de Garry? ¡Dios mío!

—¡Oh, vamos! Es una buena persona, Leila. Una persona verdaderamente buena, un hombre simpático. Y esta travesía es dura para él y para su mujer. Me alegro de que, por lo menos, se les pague bien. Un barco feliz. ¡Jo, jo, jo! Y, por el otro lado, una botella de arsénico. Mira, de veras, siento haberte hecho venir, pero me parece que si no hubieras estado aquí hubiese saltado por encima de la borda hace mucho tiempo.

—¡Seguro! Escucha, para ser un hombre del que se supone que lleva años capitaneando barcos, Staniker me parece estar bastante nervioso y poco comunicativo.

—Querida, la familia Kayd hace estar así a todo el mundo. Nos vanagloriamos de ello… Creo que lo que me impresiona de veras es lo que le hace Carrie a papá. ¡Papá es tan fuerte, en cualquier otro terreno! Y ella le hace rebajarse y arrastrarse por el suelo cuando le parece. A mí me pincha para ver si puede hacerle saltar. Cuando veo que mi padre no mueve ni un dedo para que me deje en paz, me siento disgustada con él. Y cuando se mete con el pobre Rog, aún me disgusta más. Sé lo que está haciendo Carrie. Está alejando a mi padre de nosotros dos. Aspira a una posesión absoluta, no quiere compartirla con nadie. Sea como sea, te diré que ésta es la última travesía de la familia Kayd. Por lo menos, la última en que forme, como se da por supuesto, un grupito unido. Rog puede seguir soportando eso, si quiere. Leila, quizá deberíamos desembarcar en Nassau y volver a casa en avión.

Leila preguntó:

—¿Lo dices de veras?

—Pues… no sé. Es agradable pensar en eso.

Leila suspiró.

—No queda bastante travesía para que valga la pena armar ese jaleo. Olvidémonos de todo lo que pasa, hijita. Demostrémosles que somos fuertes y sufridas. Mira, tengo que meterme en el agua antes de empezar a fumar.

Aquel día, a última hora de la tarde, en Cayo Alien, cuando Bix y Staniker no habían vuelto todavía y mientras Carolyn estaba haciendo una siesta y Stella leía a la sombra de un toldo que Roger había levantado sobre cubierta, Leila fue nuevamente a tierra nadando y empezó a vagar por la orilla buscando conchas. Encontró a Roger, que estaba pescando, con los pies metidos en el agua, junto al arrecife sobre el cual había pasado Stella, en su colchoneta, antes de almorzar. Roger empleaba una caña de carrete. Cuando Leila le preguntó si tenía suerte, el muchacho levantó del agua una ristra de brillantes peces y dijo:

—Mary Jane sabrá los que pueden ir a la cazuela.

Cincuenta pies más allá, siguiendo por la orilla del agua, Leila encontró unas huellas de animal, grandes y raras, y llamó a Roger con acento excitado. El muchacho llegó a toda prisa, miró las huellas y dijo:

—¡Vaya! Garry dijo que podía haber algunas en esta isla. Es una iguana. Este surco es lo que deja la cola, al arrastrarse. Veamos adónde ha ido.

—Pero esas huellas parecen ser de unos pies muy grandes. ¿No muerden?

—Garry dijo que eran tímidas, a menos de que se las acorrale y se intente cogerlas. Dijo que suele haber miles y miles de ellas en las Exumas. Para comer son deliciosas. Parecen pollo.

—¿Bistecs de lagarto? ¡Qué asco!

—Sigamos.

Siguieron las huellas unos centenares de yardas, perdiéndolas entre las rocas, volviendo a encontrarlas un poco más adelante, en una llanura de arena. Por fin, las perdieron definitivamente. Roger se había clavado en la planta del pie una astilla procedente de unas maderas traídas por las aguas. Se sentó sobre una piedra plana, y Leila se arrodilló a su lado y cogiendo cuidadosamente la astilla entre el índice y el pulgar, procurando tenerla bien agarrada, tiró de ella hasta que logró arrancársela. Se la mostró, triunfante, y le dijo:

—¡Ya puedes volver a andar!

Roger se echó a reír. Sus dientes se veían muy blancos en contraste con el atezado matiz de la cara. De todos los que iban a bordo, era el único que estaba tan tostado por el sol como Staniker. Tenía el cabello oscuro como Stella y la misma movilidad expresiva

de la cara, la misma insinuación de vulnerabilidad. Pero él no tenía tacha en su aspecto físico. Era esbelto, musculado, y se movía con seguridad, precisión y gracia, siempre y cuando su padre no lo estuviera observando. Llevaba un pantalón corto de color azul pálido y un andrajoso sombrero de paja que había comprado en el mercado de Nassau.

Se hallaban los dos en una especie de hendedura del acantilado, con suelo de arena y paredes de roca que se alzaban, abruptas y casi verticales, detrás de ellos. Aquello era como una pequeña habitación que hubiera sido cortada en diagonal por la mitad; miraba hacia el Sur, hacia el azul intenso del mar en las zonas de profundidad y el azul turquesa de las extensiones, tan poco profundas, cercanas a la costa.

—Gracias, doctor —dijo Roger a Leila.

Su sonrisa se fue esfumando. La miraba de una manera que le hizo darse cuenta de la brevedad de su vestido, abierto por la espalda en un escote que le llegaba casi hasta la base de la espina dorsal.

Leila se levantó y dijo con una sonrisa alegre:

—La iguana ha vuelto probablemente allí y se está zampando tu pescado, Rog.

Al dar media vuelta para volver al punto de partida, Roger la cogió poniéndole las manos en la cintura, tirando de ella hacia atrás para atraerla hacia él y enterrándole la cara en el cabello.

—Déjame, Roger. Por favor.

—¡Leila, Leila, Leila!

—¡Te lo digo en serio! ¡Déjame ahora mismo!

El muchacho le hizo dar media vuelta rápidamente e intentó besarla. Ella se retorció, luchando, y le dio un empujón. ¡Era todo tan estúpido, tan inesperado, tan ridículo! Al ver que, luchando contra él, conseguía sólo excitarle más, decidió no oponer más resistencia, quedar inerte, a excepción de los labios, que seguía manteniendo apretados. Tenía los ojos cerrados y esperaba que, al ver su actitud, el muchacho renunciase en seguida a sus intentos. Pero, lejos de ello, intentó abrazarla. Leila recordó en aquel instante a Jonathan de una manera tan vivida que, por unos instantes, casi cedió. Pero, de pronto, avergonzada y asustada, se libró de Roger y echó a correr, tropezando y cayendo sobre la arena, para volver a

levantarse rápidamente y hallarse, como cogida en una trampa, en el vértice de la V que formaba la playa entre las rocas. Roger se dirigió hacia ella, con los brazos colgando y la cara tan carente de expresión como las rocas que les rodeaban.

Leila notó que se movía una piedra bajo sus pies, al pisarla. Inclinándose, la cogió y la sostuvo en alto, dispuesta a arrojarla.

—¡Roger! —gritó—. ¡Roger!

El muchacho estaba algo más lejos, pero podía oírla, Al oír su grito se detuvo, se fue irguiendo lentamente, pues caminaba algo agachado, y se secó la boca con el dorso de la mano. Miró a su amiga, dio media vuelta y se dirigió hacia la piedra plana donde había estado sentado anteriormente. Volvió a sentarse allí, apoyó los brazos sobre las rodillas y bajó la cabeza hasta recostarla sobre los codos. Leila le veía de perfil, veía cómo se le contraían el pecho y el vientre al respirar rápida y profundamente.

Leila dejó caer la piedra y salió de su rincón, yendo hacia sitios donde no pudiera volver a quedar cogida en una trampa. Vio el movimiento de los inclinados hombros de Roger y, casi sin poder creerlo, pensó un momento que se estaba riendo de ella.

—No sé… por qué… —dijo el muchacho—. Lo siento. Lo siento… mucho.

Leila suspiró y se acercó a él.

Se sentía muy cansada.

—No llores. No tiene importancia.

Roger levantó la cabeza para mirarla. Tenía el ceño fruncido y los ojos húmedos.

—Tenía la sensación… de que esto podría ser… una especie de respuesta a algo.

Leila comprendió. Se acercó algo más a él.

—Sí, quizá podría serlo. Pero no conmigo. Esto es lo que *él* te está haciendo, Rog. No te deja tener orgullo. No te deja tener… hombría. O quizá sea mejor decir virilidad. Te está llevando a un punto en el que no sabes *qué* eres. Así es que… esto que ha pasado, ha sido tal vez porque tratabas de averiguarlo. No entiendo nada de esas cosas, Roger. Quizás está intentando destruirte porque es lo que ella hace con él. ¿Tiene esto sentido?

—No lo sé. He llegado a odiarlo. Tengo siempre la sensación de que voy a hacer algo terrible. Me parece… que he estado a punto de

hacerlo.

Intentaba sonreír.

—Estabas muy asustado, ¿sabes? No sé si hubiera llegado a tirarte aquella piedra o no. Ni siquiera te reconocía en aquel momento. Si no hubiera podido detenerte, me habrías violado.

—Quizá sí… No lo sé.

—Si pudieras odiarlo, Roger, sería mejor para ti.

—¡Lo desprecio!

—¡Ah! ¿Sí? Por eso estás esforzándote todo el día en hacer algo que le guste. En hacer algo de lo que él pueda sentirse orgulloso. Y cuanto más lo intentas, peor te sale todo. Roger, escúchame, por favor. Tienes que liberarte de eso. Porque, si pudieras hacer lo que has intentado hacer, perderías el control de ti mismo. Podrías hacer algo terrible. Eres un hombre. No debieras permitirle que te haga dudar de eso.

—¡Estoy tan avergonzado, Leila!

—Ya ha pasado todo. ¿De acuerdo? No pienses más en eso. La gente puede empezar a disfrutar hasta de los remordimientos. Vamos, Rog. Levántate. No ha pasado nada. Ni pasará nada. Nada ha cambiado. Ya lo he olvidado todo.

Recordaba que había vuelto con él a la rocosa playa y que, por fin, había logrado hacerle reír. Pero, por más que se esforzaba, no recordaba en absoluto nada más de lo sucedido aquel día. Parecía esfumarse todo en algún lugar situado entre la playa y el barco.

Tendida ahora en aquella estrecha cama, en medio del desorden de la cabaña, mientras el sargento la miraba, Leila se preguntó si no habría sido una equivocación decidir no decir nada a nadie respecto al ataque de Roger. Tal vez cuando se le había presentado otra ocasión, estando solos los dos en la *Muñequita*, había vuelto a meterse con ella y ella no pudo rechazarle. Había leído en alguna parte que un golpe grave en la cabeza, resultado de una violenta sacudida, podía borrar temporalmente, y hasta permanentemente, de la memoria, todo recuerdo de los incidentes ocurridos poco antes del golpe. El sargento decía que cuando la encontró en aquella canoa que iba a la deriva estaba desnuda. La canoa podía ir a bastante velocidad. Recordaba que el capitán Staniker había dicho que con los depósitos llenos podía recorrer más de doscientas millas. Esto podía ser la explicación de que estuviera en Florida.

Cuando todo hubo concluido, cuando pasó aquel momento de locura, Roger habría tratado de hacerla volver en sí. Al no conseguirlo, seguramente se abría asustado. Se habría dirigido hacia el continente y habría abandonado la canoa intentando huir y ocultarse. Pero ya lo encontrarían. Tal vez lo habían encontrado ya. Leila se preguntó si la laguna de su memoria sería muy grande, si habría pasado mucho tiempo entre aquel día, que era el último que recordaba, y aquel otro en que él la ultrajó y la abandonó.

—Supongo que habrán estado intentando encontrarme, sargento Corpo. Supongo que se habrá hablado mucho de mi desaparición en los periódicos y en la radio.

—No lo sé, no sé nada de eso porque por aquí no viene nadie a decirme nada. No tengo radio ni recibo periódicos, Es mucho ruido, son tonterías que no hacen más que poner nerviosa a la gente.

Leila intentó sonreír.

—¡Usted se está burlando de mí!

Corpo se sentó en una desvencijada silla de madera y se echó peligrosamente hacia atrás.

—Una vez vinieron unos chicos y pusieron todo esto en desorden. Pero no volverán. Y el teniente viene por aquí, a ver cómo está todo esto, una vez al mes. Pero yo voy todos los meses a la ciudad para cobrar mi cheque del Ejército y comprar provisiones y todo lo que se necesite. A veces, tengo que volver. Cuando me olvido de algo. Es una lata… Dispénseme, Missy.

—¡Entonces, es usted un ermitaño!

La silla recobró repentinamente el equilibrio, cayendo sobre el suelo, de golpe, las patas delanteras. Corpo parecía ofendido.

—¿Un ermitaño? ¿Uno de esos viejos locos que viven en una cueva? Miss Leila, yo soy un veterano que vive de una pensión. Si tengo gente alrededor me duele la cabeza. Quizás es porque me hirieron ahí. No podría decirlo. Cuando era pequeño solía salir solo. Iba al pantano grande y me pasaba allí días enteros.

Leila se incorporó y balanceó las piernas fuera de la cama. Le chocó el aspecto de ellas. Eran como las que se veían en las antiguas fotografías de personas encerradas en campos de concentración. La parte posterior era tierna y sonrosada en los sitios en que las profundas quemaduras habían destruido la piel bronceada por el sol.

Contempló la ropa que la cubría, el pañuelo de hierbas azul, que, debidamente doblado y anudado, le servía de cinturón. Contempló las radiantes flores rojas colocadas en la jarra de cristal, sobre la caja de embalaje próxima a la cama. Vio también la joya barata prendida al cuerpo de la blanca camisa que llevaba puesta. Era como si alguien se hubiera entretenido en vestir a una muñeca, delicado juego que la llenaba de sorpresa.

—¿Ha estado usted cuidándome desde el domingo por la mañana? ¿Usted solo? ¿Ha hecho usted todo lo que tenía que hacerse?

Corpo se levantó, algo inquieto.

—Missy, he pasado mucho tiempo en los hospitales, créame. Lo que ha de hacerse, ha de hacerse. Usted estaba ardiendo, y con una herida en la cabeza.

La muchacha intentó levantarse, pero la habitación osciló y se oscureció ante sus ojos. Leila cayó hacia atrás mientras Corpo corría hacia ella exclamando:

—¡No intente hacer una tontería así!

Leila, apuradísima, le dijo:

—Tengo…, tengo que ir al lavabo.

El sargento se cubrió los ojos con la mano izquierda y se puso a chasquear los dedos de la manaza derecha produciendo un ruido bastante fuerte.

—Espere un minuto. Espere. Tenía pensado algo. ¡Ah!

Dio media vuelta y salió. La puerta se cerró de golpe, gracias a un muelle colocado en ella. Leila le oyó bajar por la escalera. Pronto estuvo de vuelta. Parecía satisfecho y traía un orinal pasado de moda. Cuando lo dejó en el suelo, junto a la cama, el agua que contenía se agitó. La tapa del orinal procedía de un pequeño cubo verde empleado para la basura. Corpo dijo:

—Cuando esté lo bastante fuerte para poder andar, tengo un retrete a unos cien pies de la cabaña. Me he acordado de que encontré este orinal, hace mucho tiempo, y lo he buscado hasta encontrarlo. Le ha crecido musgo alrededor y estaba lleno de hierbajos. Lo he estado restregando con arena y ahora está tan limpio como un dólar… Desahóguese usted, y hágalo despacio y con tranquilidad para que no se desmaye con el esfuerzo. Si me necesita, tire de ese cordel que ve aquí y hará resonar unas latas

que he colgado abajo. De todos modos, cuando vuelva a estar en la cama avíseme haciendo ruido con las latas. Tengo que preparar una buena cena. Hoy, a la hora del almuerzo, usted estaba durmiendo, y ahora debe de estar muriéndose de hambre.

Cuando Leila hubo vuelto a deslizarse, casi arrastrándose, dentro de la cama y se hubo tapado las piernas con la sábana, quedó quieta y callada, con los dedos descansando sobre el absurdo broche. Le escocían los ojos. Era demasiado dramático tener que confesarse que había caído en las manos de un loco.

¿Qué les había sucedido a los demás? ¿Dónde estaban?

Sintiendo de pronto hambre, alargó el brazo y tiró del cordel haciendo resonar vigorosamente las latas.

Escuchó una voz lejana:

—¡Voy, Missy! Voy ahora mismo.

Capítulo XV

Aquel viernes, día 27 de mayo, fue un día muy caluroso y de una gran calma. La neblina se extendía sobre la tierra, y un ancho círculo resplandeciente y plateado señalaba el lugar donde se hallaba el sol. Aquella neblina recogía el olor de las hogueras en las secas Everglades, un débil hedor que parecía el recuerdo de un desastre y el acre olor de cien mil tubos de escape. Los días como aquél, que eran poco corrientes en Dade County, corroían las anchas hojas de las plantas tropicales, hacían que los ojos escociesen, tiznaban los blancos tejados y azoteas y depositaban una casi invisible capa de espuma sobre la superficie inmóvil del agua de diez mil piscinas. Los turistas, con sus caras de un blanco mantecoso, resultado del largo invierno occidental, quedaron decepcionados al ver aquel día tan gris. Se pasaban horas enteras en las playas, y un cierto número de ellos moría días más tarde a causa de la implacable quemadura de los rayos ultravioletas.

Raoul Kelly había trabajado toda la mañana en la habitación que tenía alquilada en el mismo centro de la colonia cubana, en la Eighth Street del Suroeste, de Miami Occidental. Era una habitación del segundo piso, en una casa de cuyas paredes iba cayendo el estuco, y tenía cuatro ventanas en la fachada, que daban a Eighth Street. Eran ventanas de guillotina, y la parte inferior estaba todo lo abierta que podía estar. Raoul había retirado las persianas, amontonándolas contra la pared, como una invitación a cualquier brisa fugaz. Eighth Street era también la Carretera 41, el camino de Tamiami, y los grandes camiones de motor «Diesel» se detenían ante una señal de tráfico que había media manzana más abajo. El ruido que hacían al volver a ponerse en marcha apagaba los agudos lamentos nasales del cantante gitano cuyas canciones desgranaba el tocadiscos del bar situado debajo de la habitación.

La mesa-escritorio de Raoul tenía tres cuerpos de dos cajones cada uno. En una pared había unos mapas detallados de *Cuba*, de la República Dominicana, de Haití, del Caribe, de Méjico, de América

Central, de América del Sur y de Venezuela. Él había puesto señales en todos aquellos mapas empleando un alfabeto particular y un código de cifras aritméticas que correspondía a las tarjetas de los archivos, escritas con una taquigrafía personal, carente de significado para cualquiera que no fuese él. Con unos tablones había improvisado una estantería y la tenía atestada de libros. Los que no cabían allí estaban amontonados sobre una mesa, junto a los estantes. En otra pared había colgada una gran tabla de corcho, en la que clavaba esquemas de trabajo, notas que escribía para sí, papeles en los que apuntaba unas palabras para acordarse de un cita.

Tenía una cama que se combaba, una cómoda, un ruidoso ventilador, dos sillas, una alfombra deshilachada, un armario empotrado poco profundo, una llave para ir al cuarto de baño, que estaba en un extremo del pasillo del segundo piso, y una vieja máquina «Underwood» reparada. Escribía a máquina con mucha rapidez, con cuatro dedos, empleando unas hojas de papel amarillo de tamaño corriente que guardaba en el escritorio del periódico. Cuando escribía para alguna revista, recogía los trabajos en limpio en la panadería que había en la misma calle, donde la señora de Onís, esposa del propietario, los pasaba a máquina cuidadosamente, sacando dos copias con papel carbón, a veinte centavos por hoja. En La Habana, había sido secretaria particular en una gran agencia de seguros.

Raoul Kelly había trabajado toda la mañana en calzoncillos, y con el ventilador en marcha que le echaba el aire sobre la desnuda espalda. El sudor se deslizaba por la negra maraña de vello que le cubría el pecho haciéndole cosquillas. Las hojas de papel de copia se le pegaban a los antebrazos cuando los apoyaba en la mesa y tenía que despegárselas. Al alcance de la mano tenía un pequeño aparato de radio, cuya caja de plástico blanco y dorado estaba resquebrajada. La mantenía conectada con una estación que anunciaba las noticias con un grandioso resonar de trompetas y mantenía el sonido a un volumen que le permitía oír las trompetas, pero nada más. Cuando sonaban, ponía la radio más alta y escuchaba el diario hablado.

Estaba escribiendo un artículo *de profundidad*, frase que nunca dejaba de irritarle, acerca del pasado, presente y previsible futuro

de la subversión en Venezuela. De vez en cuando, refrescaba su memoria buscando la parte adecuada de la cinta magnetofónica grabada durante una entrevista de tres horas con uno de los agentes secretos de *El Caballo*, que había desertado después de dos años pasados en Caracas y había entrado ilegalmente en los Estados Unidos, descubriéndolo a Kelly la hermana del hombre que le tenía escondido.

Aunque sabía que aquello fastidiaría a su periódico, decidió publicar el artículo en *The Atlantic* dejando que el telégrafo recogiera las noticias del texto cuando se publicara.

Le iba saliendo bastante bien, pero no podía concentrar la atención a causa de la carta que estaba en la bandeja de rejilla que usaba como archivo provisional. Si pudiera decidir qué iba a contestar podría volver a sentirse dueño de sí mismo.

La carta se refería al asunto de la Fundación Waterman.

Mi querido Raoul Kelly:

Temo que habré de ser más explícito acerca de los especiales problemas de organización con que nos estamos enfrentando aquí, al plantear el proyecto de la Tabla Redonda. Entre las numerosas razones por las que le pedimos que se uniese a nosotros, no era la última la de tenerle como coordinador de zona y como un selecto ayudante para buscar y entrenar a los investigadores de campo que trabajarán bajo su dirección.

El director y el Consejo de Administración ejercen una presión creciente sobre nosotros para establecer una estructura operante. A fuerza de mis súplicas, motivadas por el respeto que me merece su trabajo y el conocimiento de sus antecedentes y también a causa de los dos días que pasé en su compañía, he inducido a mis colegas a que le concedan otro pequeño período de gracia, pero temo que si no recibimos su contestación afirmativa para esa fecha tendremos que transferir nuestra invitación al otro candidato, el hombre de quien le hablé.

Tendrá que tomar una decisión antes del día 15 del mes que viene, y cuanto antes se decida será de mayor utilidad para mí. Le necesitamos.

Cordial y esperanzadamente,

G. Emmett Addyson, Diputado Director.

«Tengo que decidirme —pensó—. Puedo seguir haciendo lo que hago ahora, que es, en efecto, una versión particular de su proyecto de la Tabla Redonda. En un mundo en que los semánticos de la política son como humo al viento, no se gana nada con palabras, con exhortaciones, con gritos de alarma. Son los hechos los que mueven el mundo».

Volvió varias páginas atrás y leyó uno de los párrafos del artículo que acababa de terminar:

> *EL 8 DE NOVIEMBRE DEL AÑO PASADO, POCO DESPUÉS DE ANOCHECER, SE DESCARGÓ EN LA COSTA, PROCEDENTE DEL BUQUE POLACO TROGIR, UNA CARGA ESTIMADA EN SIETE TONELADAS DE ARMAS EXPLOSIVAS, TRANSPORTÁNDOLA POR LA PLAYA, A OCHO MILLAS AL ESTE DEL RIO CARIBE, A LA PENÍNSULA DE PARÍS, PROVINCIA DE SUCRE, DONDE UNOS VEINTE HOMBRES, APROXIMADAMENTE, VALIÉNDOSE DE ACÉMILAS DE CARGA Y BAJO LA DIRECCIÓN DE UN TAL RAMÓN PROFETA, NATURAL DE CUBA, ACEPTARON LA ENTREGA Y TRANSPORTARON EL MATERIAL A UN ARSENAL SECRETO, CERCA DE CUMANACOA. ENTRE LA MERCANCÍA, HABÍA CINCO MORTEROS DE*
> *60 mm.,*
> *DE FABRICACIÓN CHINA, Y CUATROCIENTOS PAQUETES DE MUNICIONES, INCLUYENDO UN CENTENAR DE PROYECTILES PARA MORTERO, DE FÓSFORO BLANCO.*

Era algo ordenado, comprobado tres veces, posible y fácil de demostrar, como la vergonzosa proporción de analfabetismo en la República de Panamá, como el elevado porcentaje de mortalidad infantil y como la grabación en que se oía la voz del Presidente de la República diciendo: «La cuestión no es pensar en *si* tendremos una revolución tipo Fidel Castro, sino en *cuándo* la tendremos».

Pero Raoul anhelaba tener acceso al torrente de informaciones económicas, sociológicas y políticas que podían crear los grandes privilegios de la Fundación Waterman. Allí se podían relatar los hechos locales, predecir en qué momento tendrían lugar los acontecimientos, aislar las causas, recomendar las contramedidas. La abundancia de hechos, alimentados con los dos computadores gemelos de la mente humana y del transistor, podían iluminar las pautas nebulosas del conflicto y del cambio. De otra manera, todo

era un juego de ajedrez a ciegas en el que los movimientos del adversario no se anunciaban ni se recogían en una grabación.

Pero había prometido, por su honor, velar por Francisca.

Cuando acababa de terminar sus correcciones a lápiz, oyó otra vez la trompeta que anunciaba el diario hablado y dio vuelta al botón que graduaba el volumen.

Un furioso debate en el Senado respecto a la proposición de reclutar batallones de combate mercenarios en el Japón y en las Filipinas, ponerles otro uniforme para no herir el orgullo nacionalista, dar oficiales americanos a aquellos batallones y utilizar a aquella gente para combatir en las guerrillas, que prometían durar cien años, dando a cada uno de los hombres, después de veinte años de servicio, la opción de regresar a sus lares o de aceptar la ciudadanía de Estados Unidos. Mercenario era una palabra tan sucia como imperio.

Después, el locutor dijo:

> «La investigación oficial acerca de la tragedia del *Muñeca* en las Bahamas que ocasionó la muerte del millonario de Texas Bixby Kayd, de su segunda y bella esposa, de sus hijos, ya mayores, Stella y Roger, y de la invitada de su hija, Miss Leila Boylston, de Harlingen, Texas, ha terminado. Se ha declarado inocente al capitán Staniker de toda sospecha de negligencia. Su esposa, Mary Jane Staniker, pereció también en la explosión y el incendio del yate, que se hundió a pocas millas del norte de la isla de Andros, durante la noche del día 13, hace ahora justamente dos semanas. Staniker, que quedó unos días abandonado en una costa desierta, con heridas graves, antes de que lo rescatara un barco de recreo de Jacksonville, fue encontrado en estado crítico, pero mejoró con suficiente rapidez para ser interrogado a principios de semana, y se espera que podrá salir del "Hospital de la Princesa Margarita", de Nassau, la semana próxima. En una declaración que se ha hecho pública hace una hora, el capitán Staniker dice que está de acuerdo con la declaración de la Junta de Investigación y que le parece justa. Se negó a contestar pregunta alguna acerca de la tragedia o de sus proyectos futuros».

Raoul Kelly echó la silla hacia atrás y se rascó lentamente la incipiente pelusa cubierta de sudor que empezaba a cubrirle la

barbilla. «¡Maldita mente gregaria del periodista! —pensó—. Agarrar todo lo que tiene interés y almacenarlo en el fondo del cerebro y luego, cuando se tiene un momento, reunir los pedacitos sueltos, intentar que encajen unos con otros para formar un conjunto».

Después del parte meteorológico (tempestades durante la noche, tiempo que se aclararía y refrescaría el día siguiente, gracias al viento del Nordeste), volvió a bajar la radio. No había buscado noticias más concretas en el asunto de Staniker, pero había leído todo lo que le había salido al paso, desde las dos columnas del *Time* dedicadas a Mr. Bix hasta la detallada historia de la carrera marítima de Staniker que había aparecido en el *Record*.

Recordó que en el artículo de Weldon, Cristen Harkinson había dado a Staniker carta blanca y que Weldon no había utilizado su talento para intentar sacar alguna consecuencia del hecho de que aquella mujer hubiera sido la querida del senador Fontaine y de que se supiera que Kayd estaba asociado en vagos asuntos de negocios con hombres a quienes Fontaine conocía bien. Aquello significaba que Weldon había puesto sobre la Harkinson su propio sello de aprobación.

Oyose un fuerte frenazo y el ruido de un choque. Raoul se asomó a una ventana y vio dos coches cuyas partes anteriores estaban confundidas una en otra formando una maraña de metal retorcido y abollado. Dos hombres salían de aquellos coches y se dirigían el uno hacia el otro con los puños en alto. Con aquel calor, la irritación se encendía pronto.

Raoul dio media vuelta a su silla para sentarse de cara al ventilador. No podía prescindir de la incómoda circunstancia de estar enterado de ciertos hechos que, de haberlos sabido Dud Weldon, le hubieran dado base para un relato más sustancioso.

Kayd había visitado a la Harkinson el último día de marzo, unas dos semanas antes de regresar a bordo del *Muñeca* y de contratar a Staniker. Staniker y la Harkinson habían sostenido unas relaciones amorosas bastante largas.

No era probable que la gente estuviera enterada de la asociación Crissy-Staniker. Incluso sin el expreso aislamiento de la casa que Fontaine había regalado a la primera, unas relaciones íntimas entre una mujer y el capitán de barco que había contratado no podían

despertar ningún interés en el clima social de la zona de Miami, aun en el caso de que esas relaciones continuasen bastante después de que la dama se hubiera desprendido del barco. Únicamente interesarían a las personas a las que aquel asunto afectaba de una manera u otra: Crissy Harkinson, Garry Staniker, Francisca, Mary Jane Staniker y un sudoroso periodista cubano.

—Bueno, pero ¿qué he de hacer? —dijo en voz alta—. ¿Qué tiene que ver eso con lo otro? Staniker ha quedado libre de sospechas.

Naturalmente, no podía arriesgarse a complicar la situación de Cisca, tan difícilmente conseguida. El único motivo razonable para abrir la caja de los gusanos sería descubrir que el hundimiento del *Muñeca* había sido provocado. Y si fuera así, aquella historia se abultaría hasta llegar a tener doble tamaño del que había tenido nunca. Cisca tendría que prestar declaración respecto a las visitas de Kayd a la casa, así como respecto a las relaciones entre Crissy y el capitán. Todas aquellas noticias carecerían de valor procediendo de aquella muchacha emocionalmente perturbada, pero desenterrarían hasta el más pequeño fragmento de su historia. Era evidente que no podría soportar aquella especie de exposición ante el público, aquel modo de convertirse en el centro del interés de la gente.

Se inclinó hacia la bandeja de rejilla y cogió la carta de Addyson, la volvió a leer detenidamente y la dejó nuevamente a la bandeja.

«Es un dilema —pensó—. Un problema sin solución».

Cuando estaba intentando olvidar aquel asunto, se le ocurrió algo en lo que no había pensado hasta entonces. Si había realmente algún motivo grave y peligroso oculto en la pérdida del *Muñeca*, sin duda se les ocurriría a Staniker y a la Harkinson que Francisca había visto a Kayd en casa de Crissy y que la muchacha podría atestiguar también las relaciones que existieron entre Staniker y su ama.

Basándose en la máxima sagacidad y el mayor pesimismo, había que suponer que los dos querrían garantizar su propia seguridad silenciando para siempre a la criatura cubana, por muy estúpida que Crissy la creyera. En realidad, tal vez pensarían que la estupidez podría ser para ellos más peligrosa que la listeza. Sería

natural que quisieran acabar con todo, ahora que ya había pasado el peligro más inmediato.

«Hay que sacarla de allí, como medida de precaución. Y antes de que el capitán vuelva junto a su gatita».

Raoul se duchó, se afeitó, se puso unos pantalones y una camisa de deporte, dejó en la panadería el manuscrito del artículo y se fue en su coche por la carretera de Ingraham, en dirección a la casa de la Harkinson.

En la casa de sus padres, un edificio de bloques de cemento con cubierta de tejas encarnadas, situado en un pequeño solar, junto a un canal bordeado de hierba, Oliver Akard estaba tendido en calzoncillos en su cama. La última luz del día entraba por la ventana que se abría junto al lecho haciendo brillar las gotas de sudor que cubrían sus largas piernas musculosas. Tenía las manos cruzadas detrás de la cabeza.

Al oír dos vacilantes golpecitos dados sobre la cerrada puerta de su habitación, no contestó. La puerta se abrió lentamente y su madre entró y la cerró.

—¿Te he despertado, hijo mío? Lo siento.

—No importa, mamá.

La madre se acercó y se sentó a los pies de la cama, de cara a Oliver, que apartó las piernas para hacerle sitio. Sintió un remoto cariño y simpatía hacia ella, matizados de nostalgia, como si estuviera contemplando un retrato de ella mucho tiempo después de muerta. Pero también sintió irritación y desasosiego al pensar en lo que sabía que se le acercaba. Ella se dio cuenta y exhaló un largo y profundo suspiro.

—¿Qué te pasa, querido? ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar así?

El muchacho preguntó, irritado:

—¿Por qué me tiene que pasar nada?

—¡Estamos muy preocupados, hijo mío! Tu padre está disgustadísimo. Siempre has sido un buen chico… Siempre nos hemos sentido tan orgullosos de ti, querido…

—¡Oh, por amor de Dios!

—No hay necesidad de mencionar el nombre de Dios en vano,

hijo.

—Si dejase de ocuparse de mí no tendría ningún motivo para estar disgustado, ¿no? Pero tiene que seguir ocupándose de mí, ¿no es eso? Tengo ahora algunas cosas en perspectiva y si quiero ocuparme de ellas es asunto mío.

—Betty me dijo que no habías ido a clase durante toda la semana.

—Bueno, no he ido a clase. ¿Qué pasa?

—¿Qué te hace ser tan cruel y tan duro? ¿Qué te hace ser tan desagradable con tus padres, Oliver? Tú no eres así.

—Betty ya ha tenido que venirte con cuentos, ¿eh?

—Hijo mío, Betty está preocupada por ti, lo mismo que nosotros. Le diste un disgusto terrible. Creo que lo sabes. Es una buena chica.

—Sí, la mejor de todas. Desde luego.

—Siempre hemos podido hablar juntos de todo. Y me parece que sé del mundo un poco más que lo que tú imaginas.

—Bueno, ¿y qué quiere decir todo esto?

—Eres un chico atractivo, Oliver. Y siempre has sido fácil de manejar. El mundo está lleno de mujeres malas y ociosas que se divierten corrompiendo a los hombres jóvenes como tú.

—¿De qué estás hablando?

—Quizá te gustaría decirme de qué estoy hablando. Creo que sabes de qué te hablo.

—No tengo ni la menor idea.

—Parece ser que no tienes tu barca de vela en Dinner Key, estos días, hijo mío. Hace semanas que no está allí. Y tus amigos, los que tienen también barcos, tampoco te han visto desde hace semanas enteras.

—¡Betty no es sólo una fisgona! ¡También es una cotorra!

—Si no haces nada que pueda avergonzarte, ¿por qué te molesta que nos preocupemos de ti?

—Lo que hago durante el tiempo que tengo libre, es asunto mío. Gané dinero para comprarme el coche y gané dinero para comprarme la «Dutchman». A Betty no le importa nada lo que hago.

—¿Y a mí tampoco me importa?

—Tú lo has dicho. No lo he dicho yo.

—¿Dónde está tu barca, Oliver?

—Está amarrada en casa de un amigo.

—¿Un amigó reciente?

—¡Eso, eso, eso…! ¿Qué más te ha dicho Betty?

—Al parecer, la última vez que tus amigos de siempre te vieron por la bahía fue hace algún tiempo. Betty no lo averiguó hasta que empezó a preguntar. Llevabas en tu barca una mujer rubia. Una chica de la escuela, que se llama Cricket, te vio. Cricket dijo a Betty que aquella mujer iba casi desnuda, que tenía un aspecto muy ordinario y que era tan mayor como yo.

—Da la casualidad de que tiene veintiocho años.

—Ya lo supongo. Desde luego, lo supongo.

—Bueno, ¿qué quieres decir con esto? ¿Es un sarcasmo, o qué?

—¡Hijo mío! ¡Le es tan fácil a una mujer hábil, como ésa, divertirse con un chico como tú!

—Ni siquiera la conoces, así es que no sabes de qué estás hablando. ¿Cómo podrías saber cómo es?

—Lo sé. Para hacerte cambiar tanto como has cambiado estas últimas semanas, tiene que ser una mujer mala…, una zorra.

El muchacho se incorporó.

—¡Ten cuidado con lo que dices!

La madre alargó el brazo y encendió la lámpara que había sobre la mesa de trabajo de Oliver.

—No grites a tu madre —le dijo con calma.

—¡No la insultes y no te gritaré!

Ella lo miró fijamente hasta que el muchacho desvió los ojos y volvió a recostarse hacia atrás.

—Te has enredado con ella, ¿verdad?

—Es una mujer magnífica.

—¿Está casada?

—Su marido murió. No tenían hijos. Murió hace mucho tiempo.

—Mírame, hijito. Te voy a preguntar una cosa. Si la contestación es que sí, te prometo no decir nada a tu padre. Todo quedará entre tú y yo. ¿Has tenido… relaciones sexuales con esta mujer?

—Estamos enamorados.

—Sabía lo que ibas a contestarme. ¿Qué otra cosa podría querer de ti una mujer como ésa? Mira, hijo mío, te tiene enroscado alrededor de su dedo meñique. No distingues lo de arriba de lo de abajo, lo que tienes a la derecha de lo que tienes a la izquierda. A tus espaldas, se ríe de ti, créeme. Es dura y depravada. Te está

empleando para algo. Por casualidad, te tenía a ti a mano. ¿Cuántos chicos jóvenes y fuertes han estado allí, además de ti?

—Estás fuera de tus cabales. No sabes lo que pasa. No sabes de qué estás hablando.

—Ibas a dedicar tu vida al servicio de Dios.

—Digamos que las cosas ya no van por ese camino. ¿De acuerdo?

—Ahora, hay en ti odio. Puedo notarlo. Y antes no lo habías sentido nunca. Hijo, ¿quieres arrodillarte conmigo ahora mismo, para pedir a Dios que te dé la fuerza necesaria para romper las ligaduras dé la carne, con las que te tiene atado a ella esa mujer?

—¿Quieres dejar de una vez ese asunto?

—Ésta es una casa buena y cristiana.

—Eso podría ser lo malo.

—¿Qué quieres decir con eso, Oliver?

—Ya soy mayor. Para ti aún tengo doce años, o algo parecido, para ti y para Betty. ¡Dios del cielo! Muchas gracias, pero no ha de ser así. Ni siquiera soy ya de esta casa. Así es que no cuentes con que me quede aquí. Y cuanto más te metas en mis cosas y más me marees más pronto me iré. ¿De acuerdo?

—¿Por qué me lo anuncias, hijo? ¿Por qué no te vas sin decirme ni una palabra? Eso sería más propio del nuevo Oliver Akard, ¿no te parece? Eres cruel, indiferente y… odioso.

—Ya sabía que ahora vendrían las lágrimas. ¿Cómo has podido…? ¡Oh, Señor! ¿Qué voy a hacer?

La madre le miró fijamente con las mejillas húmedas de lágrimas.

—¿Dónde has estado? —preguntó, pensativa—. ¿Qué le ha pasado a mi hijo?

A Oliver se le hizo, de pronto, un nudo en la garganta. Le empezaron a escocer los ojos y sintió el impulso de lanzarse hacia ella y de refugiarse en sus brazos. Pero se esforzó en reír para ocultar las lágrimas que llegaban.

—¿Que dónde he estado? El niño pequeño ha crecido. Es una lástima, ¿eh? Pero a todos les pasa lo mismo. Así es que acostúmbrate a la idea. Dedícate a alguna otra cosa, ¿no te parece? Por ejemplo, a tomar lecciones de *bridge*.

La madre se levantó lentamente y dijo con tristeza:

—No te conozco… No te conozco.

Fue despacio hacia la cerrada puerta. Se detuvo pocos pasos antes de llegar a ella, con la cabeza baja. Dio entonces media vuelta rápidamente sobresaltando a Oliver. Ligeramente agachada, con la expresión contraída y los puños apretados, dijo:

—¡Una vez te atracaste de chocolate! ¡Dos libras enteras te comiste! ¡Sí, te las comiste, te atiborraste de chocolate! Y te ensuciaste toda la cara y toda la ropa. ¡Qué mal te sentó! Empezaste a vomitar… Yo te sostenía mientras lo vomitabas todo, como si te vaciaras por dentro. ¿Y sabes una cosa? Me diste asco. Me sentí preocupada. Me pregunté si no sentía bastante amor materno. ¡Porque ME DISTE ASCO!

Salió corriendo de la habitación y cerró la puerta de golpe.

—¡Mamá! —dijo Oliver.

Pero lo dijo demasiado bajo para que ella pudiera haberle oído. Se había incorporado algo apoyándose sobre el codo. Volvió a dejarse caer sobre la almohada. Su madre había dado un golpe tan fuerte, al cerrar la puerta, que había hecho resonar la hilera de pequeñas copas, trofeos ganados por él, que había en la alta estantería de encima de la puerta.

Era de noche. La luz encendida en el escritorio alcanzaba a iluminar los tres aviones construidos a escala que pendían del techo por medio de hilos de nylon, y que se balanceaban lentamente. Un «Spitfire», un «Hurricane» y un
«B-29».
Encima de la cómoda, en un estrecho marco cromado, estaba el retrato de Betty. Él no podía verlo desde donde estaba, pero sabía exactamente qué aspecto tenía. *Miré la cámara, querido, pensando que te miraba a tí. Feliz cumpleaños, querido. Un cumpleaños muy feliz*.

Oliver se dijo que aquélla era su habitación. Él había ganado aquellas copas. Había construido aquellos aviones. Había dormido en aquella cama. Y aquélla era su novia. Le embargaba una tristeza extraña.

No había manera de que lo comprendieran. Ninguno de ellos. ¿Cómo hubieran podido saber lo extraño y terrible que fue el hecho de que la noche anterior Crissy se abrazara a él, llorando desesperada, como una niña pequeña que tiene miedo de la oscuridad? No tenía a nadie más en el mundo. Y se les estaba

acabando el tiempo. Crissy seguía diciéndole que no podía hacer nada para remediar las cosas. Nada. Pero la idea de que Staniker volviera a poseerla resultaba insoportable a Oliver. Crissy había lanzado algunas curiosas insinuaciones. Y también había dicho:

—¿No lo ves? Esto era todo lo que podíamos tener. Pero así y todo, es mucho más que lo que tiene la mayoría de la gente en toda la vida, queridísimo. Únicamente hay un medio de acabar con todo… Si somos bastante fuertes para eso.

Más tarde, volviendo la cabeza cuando él la miraba fijamente, había dicho:

—Hay algunas ratas horribles, grandes y oscuras que viven en las copas de mis palmeras, querido. Y se están volviendo terriblemente atrevidas. ¿Tienes una escopeta que puedas traerme? Tal vez podríamos matarlas.

No era una escopeta muy buena. Oliver se había asegurado de que estaba aún en el fondo de su armario empotrado. Su padre se la había regalado un día de Navidad, cuando él tenía quince años. Era un rifle del calibre 22, de un solo tiro y de largo alcance. Una «Montgomery Ward». Al disparar desviaba ligeramente el tiro hacia la derecha. La caja de las municiones, ya medio vacía, estaba guardada en la parte de atrás del fondo del escritorio.

Oliver se dijo que lo mejor sería desmontarla y ponerse los pantalones de color caqui, que eran muy anchos, y así podría sacar el arma, escondida dentro de la pierna de su pantalón, con el cañón hacia abajo, al cabo de un rato. Era la noche que sus padres salían para jugar a los bolos. Si realmente se iban, podría sacar la escopeta y meterla en el coche sin tener que recurrir a aquella bobada de esconderla dentro del pantalón. Pero tal vez no saliesen. Sólo para que él supiera lo muy preocupados y disgustados que estaban. «¿Ves lo que nos has hecho? Nos lo estás estropeando todo, hijo mío. Después de que te hemos consagrado nuestras vidas».

Bostezó y se desperezó. Cuando estaba lejos de Crissy era como si no viviese más que a medias. Todo le resultaba monótono, como una película antigua. El pensamiento le funcionaba con lentitud y tenía una sensación de vejez metida en los huesos.

De nuevo se dejó flotar en un ensueño sensual, se dejó llevar por las imágenes carnales, que habían detenido su curso al llamar su madre a la puerta. Nunca hubiera podido suponer lo muy variado

que podía ser todo. A veces se sentía tan poderoso como un gigante, y ella, agazapada entre sus robustos brazos y grandes manos, se sentía tan dulce, pequeña, quejumbrosa y frágil que Oliver procedía con cuidado, con prudencia, con precavido temor y con una ternura que parecía derretirle el corazón. Otras veces, Crissy parecía crecer hasta alcanzar un tamaño y una fuerza desmesurados, empequeñeciéndole a él hasta convertirlo en un hombrecito insignificante, ahogado en sus suavidades. Entonces el mundo se volcaba, se venía abajo, y Oliver creía disminuir rápidamente, experimentaba esa sensación de caer al vacío que señala el final de los sueños.

Cuando Sam Boylston entró en la habitación que ocupaba Staniker en el hospital, el sábado, a la una y media de Ja tarde, el capitán estaba sentado en la butaca, envuelto en una bata de algodón. Theyma Chappie colocaba sobre el ancho antepecho de la ventana un cuenco lleno de flores tropicales. Arrancaba las hojas secas y los capullos muertos. Dirigió a Sam una rápida mirada de soslayo.

—Estaré en la habitación de la enfermera de este piso, capitán —dijo—. Si me necesita, llame, por favor.

Mientras salía, Sam se dirigió hacia Staniker e hizo el gesto de tenderle la mano derecha, pero luego, al darse cuenta de lo que hacía, le tendió la izquierda. Cuando Staniker se la estrechó, Sam le dijo:

—Le agradezco que me dedique algún tiempo, capitán.

—Siéntese, Mr. Boylston, siéntese… Sé lo que debe de sentir usted. Miss Leila era una muchacha magnífica. Lo que ha pasado ha sido algo terrible. Nunca se sabe lo que va a sucedemos. En un momento determinado, todo va bien, y al minuto siguiente… Nunca se sabe nada.

Sam se sentó en la silla, junto a la cama, reajustando mentalmente la imagen que tenía de Staniker para acoplarla a la realidad. Aquel hombre era más alto y corpulento de lo que había supuesto y también mejor parecido. Daba la sensación de ser, en cierto modo, un hombre serio, seguro y adicto, lo que le hacía fácilmente atractivo. Pero había también en él algo que recordaba a

Sam alguien que no le gustaba. No tardó más que unos segundos en comprender quién era aquel alguien. Era el grandote de Tom Dorra, aquel que, junto con el viejo juez Billy Alwerd, había invertido la mitad del dinero en la arriesgada empresa de Bix. Staniker no era tan corpulento como Tom, pero parecía producir en la gente el mismo efecto. Había en ambos la misma perezosa blandura, que no sólo no diluía, sino que subrayaba, su casi tangible virilidad. El capitán y Tom Dorra proyectaban, sin el menor esfuerzo por su parte, la misma promesa de masculinidad bestial que ha dado a algunos actores, extraordinariamente inexpresivos y mecánicos, una larguísima carrera en el cine. Y al igual que el grandote de Tom, a pesar de los surcos en que se fruncía su cara al sonreír, los ojos del capitán, que eran de color pálido, con rudas pestañas, tenía la vacía, aburrida y distante intención del elefante macho, el cruel e insensible aspecto del garañón.

Sam observó una cosa extraña en el cabello que cubría las sienes de Staniker: era gris en las raíces y en la primera media pulgada de longitud y la línea divisoria entre el antiguo color y el del pelo que le iba creciendo tenía una precisión casi matemática.

—¿Lo pasaba bien mi hermana en la travesía, capitán?

—Era un yate bonito y lleno de comodidades, Mr. Boylston, y Mr. y Mrs. Kayd hicieron que yo los llevara a sitios interesantes. Hubiera sido una experiencia agradable para cualquiera que no conociese las Islas.

—Pero ella ¿parecía pasarlo bien?

Staniker frunció el entrecejo como para concentrarse mejor en sus pensamientos.

—Supongo que usted quiere saber exactamente lo que pasaba. Su hermana estaba triste a veces al pensar en su novio, que había quedado en Texas. Pero no siempre era así. Además pasaba otra cosa, y yo he capitaneado barcos de recreo bastantes años para saber que suele suceder a menudo. Mete usted a la gente en un barco, y mire, Mr. Boylston, cualquier asunto que haya entre ellos, cualquier disgusto que tengan, parece crecer en importancia, sobre todo si se trata de personas que forman una familia. Stella era una jovencita mansa y humilde, y esa Mrs. Kayd, su madrastra, parecía creerse obligada a convertir la travesía en un verdadero infierno para aquella niña. Estaba desagradablemente amable. ¿Sabe usted

lo que quiero decir?

—Sí, lo sé.

—Y Mr. Kayd se metía con su propio hijo continuamente encontrando mal todo lo que hacía. No era mal muchacho aquel Roger, pero su padre no le daba ninguna oportunidad de demostrarlo. Supongo que Mr. Bix se mostraba tan severo porque su mujer siempre le iba con quejas y lamentaciones. Cuando las cosas se ponían mal, Miss Leila se escabullía del asunto. Tanto ella como mi mujer y yo teníamos que mantenernos apartados de la línea de fuego. Siempre intentaban que los que no teníamos nada que ver con ellos tomasen partido por uno o por otro en los disgustos familiares. No me importa decirle, Mr. Boylston, que Carolyn Kayd era un verdadero demonio. Me parece que le gustaba enredarlo y trastornarlo todo. Era una mujer endiabladamente guapa y empezó a mostrarse amable conmigo al cabo de una semana de estar embarcados. Sólo para fastidiar a Mr. Bix. Pero, aun en el caso de que mi Mary Jane no hubiese estado allí, he vivido demasiado para enredarme con una mujer como aquélla. Tal vez pinto ahora las cosas peor de lo que eran. Su hermana pasó algunos buenos ratos. Localizó a un delfín macho que le dio un buen susto. Pasaba más tiempo en el aire que en el agua, pero ella consiguió clavarle el arpón, y cuando yo lo icé a bordo y empezó a cambiar de color al morir, Miss Leila dijo que sentía no haberle dejado escapar. Era una buena chica. Una chica buena y que parecía feliz. El Señor nos lo da y el Señor nos lo quita, como dice el Libro Sagrado, pero, a veces, lo que pasa no parece demasiado justo.

—Supongo que mi amigo Bix Kayd atendía sus negocios como siempre.

—El hombre hablaba por teléfono todas las mañanas. Apostaría a que puso en la tarjeta de crédito para llamadas telefónicas una cantidad tan importante como para comprar otro yate del mismo tamaño que el que tenía.

—Y supongo que también tendría entrevistas, que se reuniría con varias personas.

Staniker bajó la vista para contemplar su mano izquierda y luego miró a Sam con turbada seriedad.

—Se entrevistó con algunas personas, desde luego. Y sólo lo sabíamos él y yo. Éste era el motivo principal por el que compró en

Miami aquella canoa Fórmula 23. Me dijo cómo la quería y que podríamos llevarla a remolque, y yo la escogí en su lugar. Su intención era dejar el barco grande bien anclado y que nos fuéramos los dos en la *Muñequita*, con aperos de pesca, para reunirnos con otras personas, tal como él había convenido. Pero no me parece bien hablar de esto, Mr. Boylston. Según las condiciones que Mr. Bix había establecido antes de empezar, me pagaba un buen sueldo, en parte, por tener la boca cerrada. Tenía razón al pensar que yo no hablaría. Ahora, a él ya no le puede importar lo que yo diga a nadie, pero tal vez importaría a algunos de los hombres con quienes estaba en tratos. He firmado un contrato para contar toda la historia, en exclusiva, a un hombre que la escribirá, pero no voy a hablar de esa cuestión de negocios porque espero seguir trabajando como capitán de barco al que contratan… y si uno coge fama de demasiado hablador, no se encuentra fácilmente colocación.

—Comprendo su punto de vista, capitán… Es curioso. Si mi hermana no hubiera ido a bordo de ese barco, yo estaría muy impresionado por algo que ahora no me parece nada importante.

—¿Y qué es, señor?

Mirando fijamente a Staniker, Sam se encogió de hombros, sonrió y dijo:

—Yo estaba en tratos con Bix para una negociación. Un par de centenares de dólares míos se fueron a pique al hundirse ese barco.

Staniker lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Era dinero en efectivo? —preguntó.

—Sí, dinero en efectivo. Y también había en el barco mucho más, que Bix tenía allí bien guardado.

Staniker movió la cabeza dubitativamente.

—¿Usted cree que un hombre que estuviera en su sano juicio correría el riesgo de transportar tanto dinero a las Bahamas, en un barco de cincuenta y tres pies de eslora?

—A veces, cuando algo está en venta, únicamente se puede comprar con dinero en efectivo. El dinero en efectivo no deja huellas, Staniker.

—¡No tenía la menor idea de lo que me dice! —dijo el capitán.

—No pensaba hablarle de eso. Pero, al decirme usted que sentía… una especie de responsabilidad moral y que no pensaba

hablar de los negocios de Bix, comprendí que no habría ningún mal en decirle lo que le he dicho.

—Nunca hablaré de eso a nadie, Mr. Boylston, se lo juro.

—Es curioso. Tenía una especie de presentimiento acerca de esa travesía. Les hubiera seguido muy a gusto. Me inquietaba un poco que mi hermana, tan joven, fuera en ese barco. A pesar del mucho cuidado que ponía Bix en todo, cabía la posibilidad de que alguien llegara a averiguar que llevaba tanto dinero a bordo. Nadie más que Bix y yo estábamos enterados de eso. Me dije que si alguien andaba tras ese dinero, aquel barco no sería, ni mucho menos, un buen sitio para Leila… ¡Ah, bien, rectifico! Otros dos hombres sabían que el dinero iba a bordo, a pesar de que no lo sabía nadie de la familia de Bix. Esos otros dos hombres son socios de negocios. Les conozco desde hace años. Intentaban sacar de la negociación algo que les permitiera hacer alguna trampa.

Staniker se golpeó suavemente el muslo quemado mordiéndose los labios.

—Mr. Boylston…

—Dígame.

—Estaba pensando… ¿Correrá la noticia de que iba todo ese dinero a bordo? Quiero decir si se sabrá en el Estado, o en las compañías de seguros, o en alguna parte.

—Tengo motivos personales para esperar que no. Pero siempre cabe esta posibilidad, ¿no cree? Alguno de nuestros asociados puede sacarlo a relucir, como una pérdida casual, consecuencia del accidente. Pero, no comprendo, capitán, por qué ha de preocuparle que se dé publicidad a eso.

Staniker lo miró con aire indiferente.

—¿Preocuparme? ¡Oh, no! Escuche, tal vez no le guste que yo gane unos cuantos dólares firmando ese contrato que le he dicho. Quizás opine que no está bien que yo saque dinero de un accidente tan terrible como ése. Pero es que ahora me va a ser difícil encontrar trabajo. Tengo que preocuparme por mirar de dónde saco para comer. Mi contrato incluye derechos de autores y de productores de películas. Pues bien, le juro que no diré una palabra a nadie acerca de ese dinero. Puede confiar completamente en mí en una cosa así. Pero si le he preguntado esto, es porque estoy pensando que si diera la casualidad que se supiese ese asunto podría

significar, para mí, sacar mucho más dinero de ese contrato. Puede parecerle mal, pero nadie más que yo se preocupará por mí.

—Comprendo —dijo Sam levantándose—. Gracias por haberme dedicado este rato. ¿Sigue usted recuperándose?

—Creo que más de lo que esperaban. Me dejarán salir de aquí al miércoles. ¿Qué fecha es? ¿El primero de junio? Sí, eso. Me han hecho un pequeño adelanto en un seguro. Tal vez vaya a pasar un par de días en un hotel para acostumbrarme a andar, a entrar y salir, y luego volveré en avión a Miami. Pero supongo que pasará mucho tiempo antes de que me encuentre realmente bien. O quizá no me recupere nunca. Desde luego, esto es una pesadilla, Mr. Boylston.

Cuando se dirigía hacia la escalera, Sam vio a Theyma Chappie, que se acercaba a él por el pasillo. Le hizo una seña y entró con ella en un pequeño gabinete.

—¿Ves ahora lo que intentaba explicarte? —le preguntó la enfermera en voz baja.

—Sí, lo veo.

—Detrás de sus ojos se oculta algo terrible. Cuando me puso la mano en la cintura y yo di un salto hacia atrás sentí frío durante mucho, mucho tiempo. Fue entonces cuando comprendí que ese hombre ha podido hacer realmente lo que dices que hizo. Estuve segura de ello.

—Es un buen comediante, Theyma. Créeme, es un buen comediante. La lentitud con que habla, las vacilaciones, su aparente sinceridad y su turbación son una buena pantalla. No hay muchos medios para descubrirle. Engañándolo, tendiéndole una trampa o destrozándole. No sé cómo se puede hacer, pero lo haré.

—¿Qué conseguirás con eso, Sam?

—Es un balance de cuentas.

—Es asunto de Dios, ¿no?

—A veces, con la ayuda del hombre. ¿Dónde podemos hablar? ¿En tu casa? ¿A las cinco y media?

—Bueno.

—Acuérdate sólo de sacar del cuarto el aparato de grabación, y ya será la última vez que tengas que ponerlo. Te agradezco que te hayas arriesgado en eso.

—Quizás hubiera sido mejor no hacerlo. Me lo parece. Por ti. No

estoy muy segura. Pero… ya está hecho. Y te vas mañana, ¿no? Sigue todo el camino hasta el final, Sam. Sigue todo el camino hasta llegar a tu Texas y a tu Lydia Jean.

—Esta noche te haré oír algo que he sacado de todas estas cintas magnetofónicas.

—Quizá yo no desee oírlo, ¿eh?

—Quiero que sí lo desees.

Theyma hizo una mueca.

—¿Por qué me habría de importar lo que tú quieres? Pero puedes conmigo, Sam. Es una vergüenza. Ahora perdóname. Tengo que meter a tu monstruo en la cama para que duerma un rato.

Alzó los hombros, ladeó la cabeza y dirigió a Sam una mirada extraña.

—Lo contemplo mientras duerme. Cuando le tiemblan los labios y retuerce las manos y hace muecas con la boca, sé que está soñando. Y me pregunto qué soñará.

El domingo por la tarde, cuando Leila se despertó de una de sus largas siestas, luchó contra la somnolencia y el entorpecimiento y dijo cortésmente al sargento que creía estaría más cómoda en la *Muñequita*. ¿No le había dicho él que estaba amarrada allí mismo? Por consiguiente, no estaría demasiado caliente. Había allí postigos que podían colocarse en su sitio, una escotilla en la proa para que se ventilase el interior, un pequeño lavabo y ropa de cama guardada en el armario de debajo de la litera de babor. Dijo también a Corpo que así podría volver a descansar en su cama, además de poder valerse más por sí misma.

La sugerencia pareció disgustar a Corpo, que salió sin decir una sola palabra. Leila notó que volvía a embargarla el sueño. Luchó un momento resistiendo y luego se dejó llevar. Nunca había dormido tanto y tan seguido. Se preguntó si sería a causa del golpe recibido en la cabeza.

Se había contemplado en el espejo que Corpo le llevó cuando ella se lo pidió y se había quedado horrorizada. Los huesos de los pómulos estaban tan afilados como para abrirse paso a través de la pálida piel. Tenía los ojos muy hundidos. Su enmarañado cabello estaba peinado de manera que cubriese la afeitada zona de la

herida. Tenía los labios hinchados, pálidos y agrietados.

Sabía que sin duda alguna la estaba buscando todo el mundo. No podía sostener una sensación de apremio y de inquietud más que unos cuantos minutos antes de volver a hundirse en aquel letargo semejante al que pudiera haberle invadido después de beber demasiado. El sargento le llevaba escudillas de alimentos condimentados con especias, sabrosos y pesados, así como grandes cubiletes llenos de té caliente. Leila comía hasta que se le cansaba el brazo. Entonces, era el sargento quien cogía la cuchara y le daba de comer instándola para que tomase más y chascando la lengua, como hacen algunas personas al hablar a los caballos.

Una vez (¿había sido el día anterior o tal vez otro día?) Leila, al despertarse, se encontró tendida boca abajo, con el improvisado camisón levantado hacia arriba, mientras unas manos, a un tiempo fuertes y suaves, le frotaban la espalda extendiéndole un ungüento picante desde los hombros hasta la parte posterior de las pantorrillas y viceversa. En su confuso duermevela, creyó que su padre volvía a frotarla con aquel medicamento que en otros tiempos hacía desaparecer el terrible escozor producido en la piel por las matas venenosas. «A Sam no le escocía tanto como a mí», pensó.

Entonces escuchó la voz del extranjero que murmuraba:

—Sale bastante piel como para fabricar una nueva chica… Juraría que casi ya no quedan llagas… La piel sale sonrosada y nueva como la de un niño pequeño… ¡Pobre culito quemado, ya no está liso como una tabla! Vuelve a engordar…

Cuando, alarmada, sentía ponérsele todos los músculos en tensión, el sargento le dio un golpecito en un hombro, se puso de pie, tiró de la blanca camisa hacia abajo, cubriéndola con ella, y colocó debidamente la sábana. La incipiente protesta de Leila se esfumó en las oscuridades aterciopeladas del sueño.

Ahora, al preguntarse por qué habría salido Corpo sin decir una palabra, recordó de pronto, alargó la mano, la metió por debajo de la camisa y se palpó, se tocó la espalda y las nalgas, notando, bajo la ligera capa grasienta del ungüento, unos costurones y protuberancias en lugar de la natural superficie de la piel suave y lisa. El tacto no le producía dolor fuerte, pero algunas partes estaban doloridas.

Pasado largo rato, oyó que el sargento subía por la escalera.

Leila tardó un momento en recordar el nombre de la canción que Corpo tarareaba: Lili Marlene. «La, la, la… la, la… la, la, la, la, la…».

Le dijo que la canoa estaba a punto. Luego la envolvió en una manta y la cogió en brazos. Leila había supuesto que, desde la parte alta de la escalera, vería el mar, pasada la línea que marcaba el contorno de la isla, pero los árboles eran demasiado altos para ello. La luz le hirió los ojos. El mundo parecía demasiado grande y demasiado brillante. Los peldaños de la escalera no parecían muy firmes. Se agarró al sargento. Vio a sus pies el pequeño estanque para la embarcación, semejante a una laguna en medio de un pantano, el agua negra e inmóvil y el canal que atravesaba la espesura de mangles perdiéndose de vista en una curva.

Sobreponiéndose a los compases de la canción, que el sargento repetía una y otra vez, oyó a su alrededor el zumbido de los mosquitos, que rondaban alrededor de los oídos, la cara y el cuello. Corpo llegó al sombreado lugar donde estaba amarrada la canoa y desde el cubierto desembarcadero saltó con ligereza a bordo de la *Muñequita*. La parte delantera de la canoa era demasiado baja para que pudiera entrar él llevando a la muchacha en brazos. La dejó de pie en el suelo y la sostuvo mientras ella bajaba por los peldaños y se encaramaba, débil e insegura, a la litera que él le había preparado. Después entró cerrando la puerta a sus espaldas, se sentó en cuclillas y cogió el pulverizador para matar los mosquitos que habían entrado con ellos. La escotilla estaba abierta sobre sus cabezas y la puerta del reducido espacio, cerrada.

Corpo encendió, para probarla, la débil bombilla que había sobre la litera, y la apagó nuevamente.

—Las baterías están muy cargadas, Missy, así es que, si usted quiere encender la luz puede hacerlo, y el depósito de gasolina está casi lleno. Puedo poner los motores en neutral y volver a cargar. Y me parece que también puede poner en marcha este ventilador cuando haga demasiado calor.

Dio vuelta a un interruptor y el aparato empezó a dar vueltas. Leila, al darle el viento en la cara, levantó la cabeza, miró el ventilador y en su mente se formó rápidamente una imagen, un cuadro que se esfumó en seguida, dejándole un miedo y una desesperación que no pudo explicarse. La visión de aquella mujer,

de horrible rostro oscuro e hinchado, fue demasiado rápida para poder identificarla. Los ojos se le salían de las cuencas y la lengua, gruesa e hinchada, le pendía de la boca. Y una larga mecha de cabello le había quedado prendida en un pequeño ventilador, enroscada alrededor del eje de éste y de las palas colocadas en círculo. El ventilador no se movía. Sólo producía un zumbido y apestaba.

—¿Se encuentra bien, Miss Leila?

—Sí… Sí, me encuentro muy bien.

Cuando Corpo la hubo dejado sola, Leila se levantó de la litera y buscó los objetos que había esperado poder usar. La búsqueda no fue muy larga. La pequeña pistola y la escopeta habían desaparecido, así como los fusiles submarinos. Y las llaves de bronce habían desaparecido del contacto. Tampoco estaba allí el pequeño aparato transistor japonés para comunicar con tierra. Leila volvió a tenderse en la litera y lloró un rato. Luego, sacó del compartimento abierto sobre la otra litera unas cuantas cosas que podía usar. Toallas, colonia para alejar a los insectos, una chaqueta marinera que pertenecía a Roger y uno de los trajes de baño de Stel, el amarillo con ribetes blancos.

«Hay una manera de escapar —pensó—, cuando esté ya bastante fuerte. Poniéndome este traje de baño, dejándome caer por la borda y nadando por este canal hasta el mar. Aun en el caso de que estemos a cinco millas de la orilla, puedo recorrerlas a nado… Será mejor que deje caer en la conversación, como quien no quiere la cosa, que no sé nadar».

Pero era otra cosa que había que probar primero. Y haciendo los planes para ello, se quedó dormida.

El lunes se sintió mucho más *fuerte que* lo que esperaba y pudo subir hasta media escalera, agarrada a Corpo. Pero se cansó y él tuvo que llevarla en brazos el resto del camino. Valiéndose de la rudimentaria caja de costura de Corpo, se había hecho unas bragas con un trozo de sábana, una corta falda con una toalla y una pieza para tapar el pecho, con una toalla más pequeña. Después de haber descansado y de haber comido bien, dijo a Corpo a modo de cortés acusación:

—Debiera usted haberme llevado a un médico, ¿sabe?

—Missy, usted no sabe nada de heridas en la cabeza. No sabe

usted ni una pizca de eso.

Se tocó la mella de la frente, aquella herida que producía cierta repugnancia.

—Aun después de haber curado y de estar más sano que un dólar, me siguieron teniendo en aquel sitio *tres años enteros*.

—¡Pero esto no es lo mismo!

—Bueno…, hay algo más, que creo será mejor que usted sepa. Si no fuera por el teniente, toda esa gente que vive en las casitas de ahí delante, en la orilla del continente, me habrían vuelto a meter en aquel sitio hace mucho tiempo porque a veces tengo la cabeza algo embrollada. Uno de esos hijos de perra…, dispénseme…, fue una vez al Juzgado y dijo al juez que qué garantía podían tener de que yo no iría a hurtadillas a sus casas, una noche oscura, para matarlos a todos como si yo fuera un loco peligroso. Yo no molesto a nadie. ¿Por qué quieren molestarme ellos a mí? Missy, desde el instante en que la encontré tuve esta idea en la cabeza. ¿Me comprende? ¿Qué pasaría si la llevase a un médico y usted se muriera antes de llegar allí? Toda esa gente de ahí enfrente se precipitaría sobre mí y diría: «El sargento Corpo ha herido a esa pobre chica, y hay que encerrarlo». Missy, lo único que podía hacer yo era curarla y cuidarla como mejor pudiese.

—Pero, ¿y si me hubiera muerto? —preguntó Leila, asombrada, recalcando la palabra.

—Yo ya había escogido un sitio, y tenía madera para hacer una buena caja y una Biblia para rezar sobre el cadáver. Después, habría sacado la canoa de aquí, de noche, cuando la marea se retirase, y la habría dejado abandonada en el mar. Habría sido lo mejor que podía hacer, Missy.

Dio una fuerte palmada y después de una pausa prosiguió:

—Pero, ¿de qué sirve que hablemos de esto? Aquí está usted, cada día mejor, vivita y coleando, y todo va bien.

Leila sonrió.

—Le estoy muy agradecida, sargento. Es muy agradable que las cosas hayan salido así. Ahora me gustaría que me llevara a Broward Beach en la canoa para ponerme en contacto con mi familia.

Corpo se inclinó hacia ella y la miró con fijeza.

—¿Qué le pasa, muchacha? ¿No ha oído lo que acabo de decirle?

—¡Sí, claro que sí!

—Cualquier maldito loco podría verla y darse cuenta de que está muy enferma. Se le va curando muy bien la cabeza, pero, ¡por los clavos de Cristo!, le aseguro que se ve que es una herida reciente. Y la fiebre le ha fundido toda la carne. No tiene más que huesos, y está tan débil como un gatito. Si yo la llevase a tierra tal como está ahora, todo el mundo sabría que la he tenido aquí y que yo la he cuidado, y esto sería tan comprometedor como llevarla muerta.

Leila lo miró consternada. Hablaba con la meticulosa lógica de las personas perturbadas. Y parecía tener una fuerza enorme. Él mismo se había cortado el cabello, por lo que se veía, y de una manera grotesca. Sus ojos, que eran del más pálido tono de gris que había visto nunca la muchacha, tenían una luminosidad atemorizada, como si hubiera una luz detrás de ellos. Leila había visto animales con ojos parecidos a aquéllos.

Preguntó, desesperanzada, con un nudo en la garganta:

—¿Cuándo *podré* irme? Dígamelo, por favor.

—¡Cuando sea el momento! Cuando nadie pueda saber que ha estado enferma ni un solo día, Miss Leila. Ahora engordará, se pondrá llenita y flamante y reirá todo el día. Le crecerá el cabello lo bastante para tapar esa cicatriz. Tendrá más salud de la que ha tenido hasta ahora. No se impaciente pensando en lo que puede hacer fuera de aquí. Aquí puede hacer muchas cosas, Missy. Puedo mostrarle muchas clases de orquídeas salvajes y de plantas, y enseñarle cómo se hacen señales unos a otros los cangrejos, y lo divertidos que son los pelícanos pequeños. Las mañanas de niebla, puedo llevarla a primera hora a los escollos, y a veces puedo meterla en el bote y llevarla a algunas playas a las que suelo ir y en las que el mar deja cosas estupendas. Allí no hay absolutamente nadie. Lo pasaremos muy bien. El sargento Corpo le da su palabra. Después, digamos que hacia el otoño, puede usted decir adiós a todo esto y marcharse en esa bonita canoa. Si no sabe manejarla, se lo puedo enseñar fácilmente. Y puede apostar lo que quiera a que ese chico, Jonathan, y su hermano Sam se alegrarán mucho de verla tan bien y tan feliz. Si la vieran ahora podrían asustarse.

—¿Cómo sabe usted que existe Jonathan y que *tengo* un hermano que se llama Sam?

—¡Vaya! Con ésta, van tres veces que me pregunta lo mismo y

siempre le he contestado que lo sé por haberla oído hablar con mucha gente cuando estaba muy enferma.

—Pero estarán muy preocupados por mí, sargento.

Corpo movió tristemente la cabeza.

—Si se inquieta y se apura por ellos, no lo va a pasar nada bien en mi isla, ¿sabe? Lo estropeará todo para nosotros dos. Y no se preocupe tampoco por las cosas de vestir que necesite. Una chica tiene sus necesidades y ha de tener cosas bonitas. Cuando yo vaya a la ciudad, me dará usted una lista de todo lo que se vaya acordando.

Se levantó rápidamente y se dirigió hacia el vasto revoltijo de cajas y de recipientes donde guardaba cosas. Volvió con una caja de metal, y la puso en el suelo, a los pies de la muchacha.

—Es una caja de municiones. Es muy buena porque no deja entrar la humedad, así es que lo que se mete dentro está seguro.

La abrió y levantó la vista para mirar a Leila. La muchacha vio que aquella caja estaba casi enteramente llena de dinero.

—¿De dónde ha sacado todo ese dinero?

—Cobro siempre el cheque del Ejército y nunca gasto todo lo que me dan, así que me traigo lo que me sobra y lo guardo en esta caja. Lo vengo haciendo desde hace años. Tenía una caja que quedó llena hace mucho tiempo y tuve que empezar a llenar otra. La primera está por ahí, en algún sitio. Desde luego, me gustaría saber cuánto suma todo junto. Quizá podría usted ayudarme a contarlo. Antes, solía intentar hacerlo, pero siempre me confundía al pasar de mil y lo dejé correr.

Cerró la caja y volvió a ponerla junto a las demás. Se sentó nuevamente y dijo con tono de admiración:

—Sé que he de tenerla aquí, tal como le dije, Missy, pero en mi vida hubiera creído que me alegraría de volver a tener a alguien cerca. La gente me pone nervioso. Usted, en cambio, no sé lo que pasa, pero no me molesta. Se lo juro. Cuando no sabía aún si iba a morirse o a vivir, ya me parecía la mujer más bonita que había visto nunca y ahora sé que cuanto más mejore más bonita será. Será muy agradable tenerla aquí conmigo mucho tiempo, Missy.

Aquellas palabras parecían tener cierta intención y Leila empezó a sentir una aprensión que fue creciendo. Miró a Corpo con los ojos muy abiertos, se mordió los labios, indecisa, y dijo:

—¡Pero…, pero yo no quiero ser su… novia, sargento!

Éste, que estaba inmóvil, al oírla se levantó de un salto, con tanto ímpetu que hizo caer la silla al suelo. La miró, echando fuego por los ojos, y exclamó:

—¿Quién ha dicho tal cosa? ¿Cree usted que estoy loco? ¿Le parece que debieran encerrarme? ¿Es eso? Mire, no le pondría la mano encima aunque…

Dio un gruñido de asombro y se miró la mano derecha como si no se la hubiera visto nunca hasta entonces. Le dio vueltas hacia un lado y hacia otro.

—Sea como sea, no volverá a ocurrir —dijo con extraño acento—. Si volviera a pasar, la cortaría en pedazos.

—Pero ¿qué pasó?

—Fue cuando la llevé a usted arriba por primera vez. Tuve que mirarla desde muy cerca para ver todos los sitios lastimados. Y esta tonta mano… se alargó hacia usted y le tocó el pecho desnudo.

La miró, avergonzado y afligido, y después de una breve pausa prosiguió:

—Fue sólo aquella vez, se lo juro, y nunca más pasará una cosa así, Miss Leila, le doy mi palabra de honor… Lo único que quiero…, lo único que quiero…

Se detuvo y le cambió la expresión de los ojos, que más que mirar a la muchacha parecían fijos en un punto situado más allá de ella. Dio lentamente media vuelta y de una manera mecánica, con unos movimientos completamente distintos de los habituales en él, se dirigió hacia un rincón, a un lado de la puerta y se agarró a dos palos colocados allí como dos soportes. Por la tensión de todo su cuerpo, Leila pudo darse cuenta de la fuerza con que los agarraba. Estaban colocados a pocos pies de distancia uno de otro, y los sitios por donde se cogía a ellos estaban más oscuros sin duda por las muchas veces que había puesto las manos allí. Inclinó el cuerpo hacia los palos y apoyó la cabeza contra un grueso madero atravesado. Movió lentamente la cabeza de un lado a otro con un gemido casi inaudible. Después se echó hacia atrás para tomar empuje, y con la cabeza golpeó el madero con tanta fuerza que Leila notó que el estómago le daba un vuelco.

—¡Sargento! —gritó—. ¡No!

Cuando Corpo repitió la operación, la muchacha se acercó a él,

lo cogió por un brazo e intentó que soltase el palo y que se volviese. Él tenía el brazo como de mármol.

Por fin se volvió lentamente y la miró. Pronunciaba sílabas sueltas que no formaban palabras. Se secó la boca con el dorso de la mano. Leila lo llevó hacia la cama y él se sentó allí. Levantó los ojos hacia la muchacha con el entrecejo fruncido.

—A veces, estoy algo aturrullado —dijo.

Leila no sentía ningún miedo de él y sabía que no lo sentiría nunca. La luminosa mirada de aquellos extraños ojos tenía la límpida claridad de la inocencia. La estaba mirando un niño. Aquel cuerpo grande y rudo se regía por la rígida ética de la infancia. Era como si se hubiera construido una casita sobre un árbol, una choza para jugar, y la hubiese llenado de juguetes. Y ella era allí un juguete más, el más nuevo de todos.

Ya se le presentarían oportunidades para huir tan pronto como estuviera lo suficientemente fuerte.

—Será tal como usted ha dicho, sargento. Lo pasaremos muy bien. Nos divertiremos.

La lenta sonrisa de Corpo duró largo rato.

—Seguro que sí —dijo.

Capítulo XVI

Raoul Kelly sabía que estaba incluido en algunas listas especiales. Había causado demasiadas molestias a demasiadas personas para suponer que pasaría inadvertido. Había sido objeto de un atentado muy torpe dirigido contra él y de otro muy hábil del que salió indemne porque, por un capricho de la suerte, el arma montada en un cajón de su mesa para disparar al pecho de la persona que lo abriera falló al abrirlo él. Después del segundo atentado, pudo conseguir sin demasiadas dificultades permiso para tener una pistola.

Le dieron licencia para llevarla encima, como medida de defensa. Era una «Colt Cobra», del calibre 38 especial, con cañón de una pulgada de diámetro. No era muy pesada, ni hacía demasiado bulto y cabía bien en el bolsillo lateral del pantalón. Pero habitualmente la tenía guardada en el compartimento de los guantes de su coche. El hecho de llevar armas le hacía sentirse necio y algo teatral, como si le hicieran imitar a un hombre enteramente distinto. Durante el entrenamiento de armas que precedió al episodio de la Bahía de los Cerdos sentía continuamente el impulso idiota de apretar el gatillo y de gritar: «¡PAM, TE HE MATADO!». Y después del fracaso, cuando se le llevaban de allí, pensó que sería mucho más lógico que todos aquellos bultos con forma de hombres, que yacían inmóviles en el suelo, se incorporaran, se encogieran de hombros, se lavaran la sangre que los embadurnaba y se fueran a comprar unas cervezas.

Sabía que si un pequeño grupo de patriotas le había pedido que obtuviera de las autoridades de Dade County un permiso de armas era con la mejor de las intenciones. Al mismo tiempo, establecieron, de una manera no oficial, vigilancia sobre su coche y sobre la habitación que tenía alquilada. Después de pensarlo mucho, Raoul hizo calladamente algunas cosas para afianzar su seguridad. Escribió treinta cuartillas llenas de conjeturas, ideas y suposiciones que, probablemente, eran ciertas, pero tan difíciles de demostrar

que no podía arriesgarse a publicarlas. Omitió en ellas dos nombres. Los dos eran, estaba seguro, revolucionarios muy hábiles y bien entrenados, enmascarados como anticastristas. Enseñó sus notas a aquellos dos hombres y les dijo que si le pasaba algo tres amigos íntimos suyos tenían copias de lo escrito y que les garantizaba que lo publicarían. Añadió que, de vez en cuando, al ir descubriendo mayores probabilidades del mismo orden, iría completando las notas. El enemigo tenía, según él, una cualidad muy buena: era infaliblemente práctico. Al darle a escoger entre dos males, escogía siempre el menor sin que alterase su decisión ningún factor emocional.

Cuando, al salir de casa de Crissy llevando a Cisca a su lado, al dar la vuelta el coche para salir del estrecho sendero particular y entrar en la carretera vio el sedán «Plymouth» gris, con aspecto de nuevo, aparcado en el mismo sitio de antes, recordó el arma que llevaba en el compartimento de los guantes. Hacía semanas enteras que no se acordaba de aquella pistola.

Aquel lunes por la noche, mientras argumentaba en vano con la terca Francisca, que no cedía, recordaba de vez en cuando el coche gris. Por fin le vino la inspiración.

—Bueno, *señorita*[12] —dijo, mientras ella tomaba a sorbos su café, fijos en él los oscuros ojos que asomaban por encima del borde de la taza—, tengo que plantear la cuestión.

¡Ah, sí, claro! Por completo. Y entonces ¿será posible, *señor*[13], hablar de otras cosas?

—Quizá sí. No dejarás tu empleo.

—El empleo tendré que dejarlo cuando *ella* ya no pueda pagarme. Hasta ahora se trata de un trabajo fácil. No se mete en mi vida. Estoy contenta.

—No quieres casarte conmigo.

—Ni con nadie.

—Y tampoco quieres ir conmigo a California bajo cualquier condición.

¡Ir tan lejos…! No.

—Entonces, yo tampoco iré porque no puedo dejarte.

—Encontrarás amigos allí. Yo encontraré otros amigos aquí. No soy tan importante para nadie, Raoul.

—Para mí, sí lo eres.

—Pero yo no *deseo* que sea así.

—*Es* así, lo desees o no, *querida*[14].

—Entonces, deberíamos terminar.

—Me quedaré cerca de ti en cualquier caso, Cisca. Y algún día, tal vez este año, tal vez el que viene, se las arreglarán para matarme.

Observándola atentamente, vio la insulsa expresión que señalaba el cambio del español hablado por las dependientas de las tiendas al inglés torpe y tosco.

—¡Qué locura! ¡Vaya, chico!

—Ya lo han intentado dos veces.

¡Claro! Puedes apostar a que ha sido para robar a un hombre tan rico como tú.

Raoul alargó los brazos por encima de la mesa y apresó, con sus manos de trabajador, las dos esbeltas muñecas de la muchacha. Ésta, que pareció irritada, hizo esfuerzos para quedar en libertad, pero Raoul la mantuvo firmemente sujeta.

—Era la misma gente que mató a tu hermano, *querida*[15].

—¡Suéltame!

—No quieres leer lo que escribo. Pretendes hacer creer que nunca ha pasado nada. No puedes acordarte de La Habana, ¿eh? Nunca estuviste allí. No hay ninguna guerra. No has fregado nunca los cuarteles de los soldados, a cuatro patas en el suelo, en el Rancho Luna. Eso le ocurría a otra chica, no a ti, ¿eh? Y cuando me maten, también lo olvidarás, como todo lo demás.

Francisca dio un tirón tan violento que casi logró liberar sus manos, pero Raoul no la soltó. La muchacha bajó la cabeza apoyando la barbilla en el pecho de modo que Raoul no podía ver de ella más que la brillante negrura de su cabello. Se acercó a ellos una camarera, curiosa y algo inquieta. Raoul le dirigió una sonrisa y le hizo un gesto para tranquilizarla. La camarera se alejó nuevamente, pero volviendo la cabeza para mirarlos, dubitativa.

Los brazos de Francisca parecían completamente inertes. Raoul fue aflojando lentamente su presión. La muchacha permaneció inmóvil y Raoul pudo observar el lento subir y bajar de su pecho, a impulsos de la respiración, bajo la blusa de color verde pálido.

«¡Eres muy hábil, Raoul! —pensó—. Sin la menor dificultad, la has empujado hasta volver a meterla dentro de la vacía y silenciosa

cueva. La operación ha sido brillante, pero la paciente ha muerto sobre la mesa de operaciones».

Francisca fue levantando lentamente la cara y lo miró. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Pero en sus ojos había una expresión que Raoul no había visto hasta entonces y que demostraba que ella se daba cuenta de la presencia y de la situación de los dos. Eran los ojos de la señorita Francisca Torcedo y Sarmantar, hija de don Esteban y única hermana de Enrique.

Con gran asombro de Raoul, le habló en su deficiente inglés con una voz ronca y vacilante, llena de dolor.

—No hubo muertos. Después, nadie. No quedó nadie. Nada. No me quieras. ¡Soy una muchacha podrida! Casarnos, no, por favor. Pero por amor a ti y por tu seguridad iré contigo. A cualquier sitio. Iré contigo toda mi vida.

Cuidaré de ti, siempre que me lo digas. Que Jesús me ayude. Te juro que te seguiré.

Volvió a bajar la cabeza y suspiró profundamente. Raoul tenía los ojos húmedos porque se daba cuenta de que había necesitado desesperadamente esta afirmación de su amor, mantenido tan cuidadosamente oculto. Era algo más que su orgullo lo que había sido ultrajado al ver que, en apariencia, la muchacha había querido considerar sus relaciones sólo como un hecho accidental, como algo muy adecuado para una chica de servicio que no puede tener más que un novio que la lleve al cine, a la playa y a la cama. Y comprendió, de pronto, por qué, cuando Francisca se vio forzada a hacer una revelación, tuvo que hacerla en inglés. Había demasiados obstáculos para que se lo dijera en español. Había empleado el inglés como un código secreto, como un medio de decir cosas que no podía decir, como uno de esos lenguajes confusos que se inventan los niños.

Cuando volvió a llevarla al coche, vio que se movía como una persona que sale de una enfermedad. Parecía lejana, tímida, exhausta desde un punto de vista emocional. Si el inglés era el medio de llegar hasta ella seguiría hablándole en inglés. Las palabras «chica podrida» lo habían dejado perplejo. Indicaban que tenía una sensación de culpabilidad en su larga retirada, además del choque emocional, dolor y asco. Pero ¿qué podía hacerla sentirse tan indigna? Sospechó que sería imprudente intentar averiguarlo.

Tal vez algún día lo supiera. Ciertamente, la muchacha no se sentiría culpable sólo por haber matado a uno de aquellos «liberadores» que, a su vez, había dado muerte de una manera tan torpe a su adorado papá, o por haber quedado embarazada en unas circunstancias que no había podido evitar.

Mientras conducía el coche por la oscura carretera llevando a su lado, casi detrás de él, a Francisca, que seguía en su actitud pasiva, Raoul pensó de pronto en una posible situación que podía hacer sentirse avergonzada a la muchacha. Había pasado unos meses prisionera, y tal vez alguno de los muchachos del pueblo se había compadecido de la *pollita*[16] de una clase social superior a la de ellos. Algún hombre joven y amable que la habría tratado con bondad llevándole a escondidas comida un poco mejor que la corriente y salvándola de algunos trabajos embrutecedores. Raoul sabía la capacidad de amabilidad y de entusiasmo que solía tener en su país la juventud de los pueblos. Sería un muchacho joven, quizá tan joven como ella.

En su angustia y su desesperación, Francisca le habría correspondido voluntariamente. Pero no se habría dado cuenta de que, tanto ella como el joven miliciano eran víctimas de las implacables normas de la Historia que se sucedían al azar. Habría sabido, tan sólo, qué se había entregado al enemigo, que a causa de una debilidad y un desamparo que a ella le parecerían insensibilidad y lujuria había tenido relaciones íntimas con el asesino de su padre y de su hermano. Después, cuando fue rescatada, al no poder darse muerte físicamente, tal vez a causa del mandamiento de la Iglesia, había matado teóricamente a la culpable Francisca y se había convertido en otra mujer.

Al principio, aquel diagnóstico pareció a Raoul dictado por la fantasía, pero luego se dijo que había demasiados detalles que apoyaban su suposición, y que, ciertamente; no se le ocurría ninguna otra causa que pudiera haber cambiado tanto a una persona de su energía, valor moral e inteligencia. Una mujer de menos categoría moral que ella podría haber encontrado muchos razonamientos que explicasen su condescendencia con el enemigo. Pero para la hija de don Esteban, para la hermana de Enrique, aquello debía de ser un asunto de honor personal y un recuerdo insoportable. Una mujer como ella podía vivir sólo con la idea de

que nadie la había poseído nunca más que forzándola.

Raoul percibió la ironía de la situación: lo que Francisca consideraba podredumbre no era, en realidad, más que la medida de su gran valía.

—¿Se lo dirás a Mrs. Harkinson?

—Se lo diré mañana. Y seguiré trabajando con ella el tiempo que me diga. Una semana. O dos.

—No le debes nada.

—Hago lo que es justo.

—Escribiré a California esta noche para decir que acepto. Y cuando me digas cuándo podrás irte de aquí, me despediré del periódico. Si puedes salir pronto iremos en coche.

—Como quieras.

Lo decía con tono indiferente.

Raoul aparcó en la parte exterior de la verja y la acompañó hasta la escalera. La muchacha dio media vuelta, se apoyó en él, suspiró profundamente y le tocó la barbilla con su boca suave.

—Estamos enamorados —murmuró Raoul.

—Si tú lo dices…

Al hacer dar la vuelta al coche para irse, Raoul se acordó del automóvil de color pálido. Estaba aún allí. Lo había visto un instante, al girar para salir de la carretera principal. Los rayos luminosos que salían de sus faros lo habían rozado al dar la vuelta. Estaba a cincuenta yardas, hacia el Sur, de la carretera que conducía a casa de la Harkinson y lo habían hecho retroceder hasta ocultarlo a medias bajo un pequeño grupo de árboles. No le había hablado de aquel auto a Francisca. Con ello, sólo se hubiera conseguido preocuparla. Y no había ninguna necesidad de que la muchacha supiera que estaba en peligro. Raoul ya no se sentía orgulloso de su idea de publicaciones póstumas. Si se habían enterado de sus relaciones y habían identificado a Francisca, con sólo cogerla, llevarla a la ciudad y mantenerla oculta, conseguirían que él hiciera todo lo que le dijesen.

Siguió adelante, en dirección Sur, y tan pronto como llegó a una larga curva fuera de la vista de la gente, buscó un sitio por donde poder salir de la carretera. Cogió la pistola del compartimento de los guantes, bajó del coche, atravesó la carretera y pronto topó; con una valla. Esperó, tal como le habían enseñado, hasta que sus ojos

se acomodaron a la oscuridad. Luego, se encaminó hacia el Norte, en dirección paralela a la carretera, llevando, en el bolsillo interior de la americana, el arma cargada cuyo bulto le iba dando, a veces, ligeros golpes. Algo le pasó corriendo por entre las piernas y se arrojó entre la hierba sobresaltándose horriblemente.

«Estilo guerrero —pensó—. Solapadamente y a escondidas. Arma mortal. Pero habría que tener un aspecto que compaginara con el juego. John Wayne tendría movimientos de tigre. Nunca se torcería un tobillo ni tropezaría con un tronco de árbol. Yo lo hago como en las películas antiguas, como en las de Abbot y Costello. Soy Lou Costello, a quien siempre le salen mal las cosas».

Llegó a la arboleda y pudo ver la pálida silueta del coche. Se acercó más y vio el brillo del espejo retrovisor a un lado, cerca del asiento del conductor. Vio también el bulto oscuro de alguien hundido en aquel asiento, detrás del volante. En el mismo instante en que llegó lo suficientemente cerca de la parte posterior del coche para poder tocarla, se abrió la portezuela y salió un hombre del vehículo. A Raoul le sudaba la mano en la que tenía la culata de la pistola. Cuando se sobrepuso al sobresalto de pensar que aquel hombre lo había visto y se dirigía hacia él, le alegró comprobar que no era tan corpulento como lo había imaginado. El hombre se irguió y gruñó perceptiblemente.

«¡PAM, TE HE MATADO!», pensó Raoul.

Avanzó dos pasos y dijo:

—No se vuelva. Tengo una pistola.

Después de un silencio que no duró más de cinco segundos, el hombre preguntó:

—¿Qué quiere usted?

El acento no era potente, pero sí de alguna otra región. Le recordaba a Raoul el de una persona del campo de entrenamiento o de un muchacho de Oklahoma.

—¿Por qué ha estado aparcado aquí todo este tiempo?

—¿A usted qué le importa?

Callejón sin salida. Raoul se vio a sí mismo dando otro paso adelante y golpeando hábilmente con la pistola la nuca de aquel pulido cráneo de cabello rubio oscuro, visible a la luz que se había encendido al abrirse la puerta del coche. Luego, uno se agacha hacia la víctima, le coge la cartera, le mira los papeles… Pero

imaginó demasiado gráficamente el sonido del acero contra la carne y los huesos.

—¿Es usted policía? —le preguntó el hombre.

—Soy yo quien pregunta aquí, amiguito.

«Bueno, ¿y qué pregunto ahora?».

Sin previo aviso, la puerta del coche se cerró de golpe y, durante un instante, Raoul estuvo completamente a oscuras, porque la luz de poco antes le había vuelto a desacostumbrar a ver de noche. Luego sintió un fuerte golpe en el estómago. Le hicieron dar media vuelta y le golpearon la mano contra el costado del coche. Le cayó la pistola de la mano, que le había quedado insensible a causa del golpe. Le golpearon después en la garganta, en la mejilla y en la barbilla. El último golpe le pareció muy suave, como si se lo hubieran dado pasando a través de una almohada. Fue cayendo blandamente sobre las rodillas. Alguien lo manoseó. Se alejó lentamente, arrastrándose por el suelo, se detuvo y se incorporó.

Al cabo de un instante se echó hacia un lado, se agarró al delgado tronco de un árbol y, ayudándose con ambas manos, fue incorporándose poco a poco hasta ponerse de pie. Volvió el cuerpo hasta apoyarse de espaldas contra el árbol. Le enfocó la cara la luz de una linterna. Levantó el brazo para taparse los ojos. El foco luminoso se apagó, y pudo ver al hombre que estaba sentado de lado en el asiento delantero del coche, con los pies en el suelo, teniendo el revólver sujeto entre las piernas. Pudo ver todo esto al resplandor de la luz que se encendía al abrirse la puerta del coche. El hombre estaba colocando nuevamente en su sitio las tarjetas que había sacado de la cartera de Raoul.

—¿Cómo se encuentra usted, Mr. Kelly?

—Me he encontrado mejor otras noches.

—Venga aquí y siéntese un rato.

Raoul pasó al otro asiento delantero. El hombre le tendió la cartera. Inclinándose hacia delante, volvió a metérsela en el bolsillo del pantalón.

—¿Dónde está el otro?

—¿Qué otro?

—¿No hay aquí nadie más que usted?

—Nadie más.

—Lo prefiero así.

—Lo que le ha pasado es a causa de la adrenalina. Un hombre que lleva una pistola es mejor que se mueva con rapidez o que no se mueva en absoluto. Aquí la tiene usted. Ahora está vacía. Guárdesela en el bolsillo. Métase las balas en el bolsillo del otro lado. Periodista. Lo último que me figuraba. Pero supongo que es razonable esperar que un periodista, si es lo suficientemente inteligente y si ha profundizado algo en el asunto, se tome cierto interés por Crissy Harkinson estos días.

—¿Quién es usted?

—Le devolveré el favor —contestó el hombre.

Sacó una tarjeta de la cartera y se la dio a Raoul. Raoul la miró. Su cerebro trabajaba lentamente y como a desgana. Le dolía la cara. Un abogado de Texas. Samuel Boylston.

Aquello no tenía sentido. ¿Boylston? El nombre le recordaba algo. ¿No era éste el apellido de la muchacha que iba invitada en el yate? Sí, había una Miss Boylston.

—¿La muchacha que iba en el *Muñeca* era pariente de usted?

Boylston lo miraba ahora con un interés distinto al de antes. Le contestó en español de la frontera de Méjico, rápido y fluido:

—Era mi hermana. Esto hace que yo me tome un interés muy particular por todo este asunto. Usted podría tal vez ayudarme algo.

Empleaba los verbos simplificándolos en la forma y hablaba a Raoul de una manera llana, como si se dirigiese a un criado. Su tono y su suposición irritaron al periodista.

—Mr. Boylston, sospecho que mi español de Cuba podría presentarle algunos problemas. Y mi inglés es un poco mejor que su español de Méjico. No creo que pueda servirle de ninguna ayuda. Una señorita cubana trabaja en casa de Mrs. Harkinson. Yo la visito a menudo. Y eso es todo.

—Ya comprendo. ¿Entró usted con ella, no hace mucho, en un «Ford» verde, y después salió solo y dio la vuelta en dirección Sur?

—Sí.

—Entonces, parece algo extraño que usted se haya acercado a mí a hurtadillas y con esa pistola, sólo porque daba la casualidad de que yo estaba aparcado aquí.

—¿Extraño? Todos los cubanos exiliados organizan conspiraciones y son unos paranoicos, Mr. Boylston. ¿No lo ha oído decir?

—¿Conoce usted a Crissy Harkinson?

—No. La he visto, pero no la he tratado.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja para ella su amiga?

—No mucho. Pronto dejará la colocación.

—¿Por qué?

—Mr. Boylston, hace usted muchas preguntas. Mi amiga va a venir conmigo a California. Tengo allí un nuevo empleo.

—¿Quién es el muchacho del coche azul herrumbroso?

—Tal vez un amigo de Mrs. Harkinson. O quizás hace algún trabajo para ella. No sé decirle. No hablo de Mrs. Harkinson con mi amiga. Además, seguramente no está muy enterada. No sabe mucho inglés.

—¿Mrs. Harkinson sale mucho por las noches?

—No, muy poco. ¿Puedo irme ahora?

—¿Usted pretende ser periodista?

—No es que lo pretenda. Es que lo soy.

—Pues no lo parece.

—Es una afirmación categórica, ¿eh? Un juicio dado desde arriba. Está bien. Y tampoco soy muy hábil manejando una pistola. ¿Cuál es su punto de vista, Boylston?

—Un periodista intentaría sonsacarme, amigo mío. ¿Qué demonios hace ese hombre ahí, vigilando la casa de la Harkinson? ¿Qué tiene que ver eso con el hecho de que su hermana se haya perdido en el mar? Pero usted, no. Lo único que quiere es alejarse de mí. No pregunta lo que lógicamente tendría que preguntar. Así es que tengo que suponer que sí no lo pregunta es porque sabe ya las contestaciones. Y si las sabe, es porque toma también parte en el juego. Le ruego que venga conmigo, que vamos a tener una conversación muy larga.

—¿Ya dónde he de ir con usted?

—Conténtese con inclinarse hacia delante y con mantener las dos manos agarradas al tablero, Mr. Kelly. No, así no. Más arriba. Así puedo verlas por el rabillo del ojo. ¡Magnífico!

Boylston ocupaba una habitación que daba a la piscina, en un motel de segunda clase. Frente a la entrada había unos cuantos coches. Boylston encendió las luces y corrió las dobles cortinas de la

pared de cristales que daba a la piscina. Acercó luego una silla al lugar donde se había sentado Raoul y se sentó en ella a horcajadas, con los brazos cruzados y apoyados en el respaldo y la barbilla en los brazos. Se movía con agilidad y tenía una expresión de energía y de fuerza, cuidadosamente controladas, que hacían sentirse poco a sus anchas a Raoul.

—Tenemos que averiguar si es usted un animal, Kelly —dijo Boylston con un tono desusadamente amable—: Aun en el caso de que tenga que hacerle daño, tenemos que averiguarlo.

Raoul se encogió de hombros.

—Que no sirvo para disimular, es verdad. Que no sé manejar un arma, es verdad. ¿Soy sensible al dolor? Sí. ¿Me vencerá el dolor? No. Lo he tenido que sufrir alguna vez. He soportado muchas cosas. La Bahía de los Cerdos. La Isla de los Pinos. Tal vez los hombres tienen que soportar algunas de estas cosas para averiguar algo respecto a sí mismos. Pero quizá no tenga ninguna utilidad decirle esto. En la tarjeta decía Harlingen. Creo que está cerca de la frontera de Texas. Así es que, en primer lugar, a sus ojos soy…, ¿cómo llaman allí a las personas de sangre latino-americana? *Spics?* Puede usted dar por sentado, ya desde ahora, que soy menos ser humano que usted. Pero podría equivocarse.

Boylston parecía pensativo.

—Le corrijo. Nunca he dudado de que ustedes tuvieran valor. ¿Otras cosas? Sí. Pero recientemente he vuelto a considerar muchas antiguas actitudes mías. Es posible que me haya equivocado en muchas cosas. Pero no tienen nada que ver con este asunto.

Raoul admitió:

—Somos gente perezosa, abogado. Dormitamos al sol. Tocamos guitarras y cantamos canciones que hablan de corazones rotos. Nos exaltamos mucho y nos damos cuchilladas unos a otros. Mentimos mucho. ¿De acuerdo?

—No juegue empujando su suerte.

—Creo que usted se mostraba sincero y honrado. Era algo confortador. Tal vez yo no piense con mucha rapidez después del golpe que he recibido en la cara. Quizá no reaccione como usted cree que debería reaccionar. Pero no estoy mezclado en nada. Tiene usted que creerme bajo mi palabra.

—Cuando un hombre actúa de una manera inexplicable en algo

que me concierne tengo que saber por qué. Tal vez tengamos que descubrir algún medio de poder confiar el uno en el otro.

—Depende de lo que intente usted hacer, del fin que ande persiguiendo.

—Quiero estar absolutamente seguro de una cosa. Pero no por medio de pruebas legales. No creo que busque pruebas legales. Sólo las suficientes para satisfacerme a mí mismo. Y luego me las arreglaré para llevar calladamente a Staniker y a quienquiera que se encuentre metido con él en este asunto, a algún sitio apartado. Y lo último que haré con ellos es asar a fuego lento sus podridos corazones ensartados en un palo agudo.

Lo decía con una convicción que apartaba la idea de melodrama. Raoul había oído la expresión «escuchar algo que le deja a uno helado». Pero no sabía que podía ser una realidad. Lo supo entonces. La mirada de aquel hombre y su tranquila voz llenaban la habitación. Haciendo un gran esfuerzo, consiguió dejar de mirar a Boylston. Oía una especie de zumbido y experimentaba la sensación que precede a los desmayos. Se secó la boca con el dorso de la mano, tragó saliva y dijo:

—Me ha convencido, *señor*[17].

—¿Se alegra usted de no ser una de esas personas?

—Me alegraré de convencerle de que no lo soy. Si hubiera hablado usted de pruebas legales y de la Policía, no le explicaría cierta historia acerca de una mujer joven, de cuna aristocrática. Pero ahora, quizá sea muy necesario explicársela. En primer lugar, ¿significa algo para usted la palabra *pundonor*[18]?

—¿Punto de honor? Claro que sí. Es otra cosa que respeto en los latinos.

—¿Lo suficiente para observar la costumbre?

—Lo suficiente para que sea un honor que le pidan a uno que la observe.

—Entonces, Mr. Boylston, le diré a usted todo lo que sé o que sospecho. Y usted, a su vez, me prometerá no acercarse a Francisca ni emprender nada que pueda llevar a otras personas a ir a verla y a hacerle preguntas.

Boylston empezó a decir algo, pero Raoul le interrumpió diciendo:

—Y haga lo que haga, lo hará usted de manera que Francisca no

quede envuelta en ello en publicidad, en preguntas, en lo que sea.

—Haré todo lo que pueda, pero si averiguo que me ha ocultado usted algo o que ha cambiado los hechos de una manera u otra no hay nada de lo dicho.

—El *pundonor* existe por ambos lados, abogado.

Sam Boylston dejó que Raoul se lo contase todo, desde el principio hasta el final. Lo escuchó inmóvil, sin hacer ningún gesto y sin cambiar de postura. Raoul tenía la sensación de que nadie lo había escuchado nunca tan atentamente.

Cuando hubo terminado, Boylston se dirigió hacia la máquina del hielo, llenó de cubitos el recipiente de plástico, volvió y preparó dos *whiskies* con agua en los brillantes vasos de metal después de despojarlos de su funda de papel satinado. Sam se tendió en una de las camas, con la cabeza alta y las piernas cruzadas. Había supuesto que tendría que ahondar en algunas cuestiones que no quedaban bastante claras y, al principio, había acumulado unas cuantas preguntas, pero luego Kelly las fue contestando al proseguir su relato. Sam acabó por respetar la calidad del cerebro de aquel hombre, de cara ancha y gruesa y tez morena. Contrariamente a lo que les sucede a la mayoría de los abogados, Kelly había hecho una clara diferencia entre los hechos seguros y los que sólo podían suponerse y entre los informes recibidos de primera mano con los de segunda mano y de tercera.

—Raoul… Es así como se llama, ¿no?

—Así mismo.

—Necesito ayuda. Iba a agenciarme algunas personas en las cuales pudiera confiar y hacerlas venir de Texas. Pero creo que he encontrado en usted alguien mejor para ayudarme a desenmarañar esto. Me parece que estamos interesados en el mismo asunto. Y creo que será mejor que me llame Sam.

—Le acabo de decir por qué no quiero tomar parte alguna en eso, Sam.

—No exactamente. Me ha expuesto algunos motivos muy buenos, por los que no quiere que su Cisca se vea envuelta en este asunto. Y el mejor medio de conseguir esto es ayudarme para que yo no haga algún disparate que sea causa de que la Policía y la Prensa se metan en todo este jaleo. Si esa muchacha es tan débil como usted cree y si está en peligro respecto a Staniker y compañía,

como usted teme que pueda estar, lo mejor que puede hacer por ella es unirse a mí.

—¡Dios mío! Usted sabe mover muy bien los resortes que hacen falta, ¿verdad? Pero, ¿por qué quiere que se aliste en su equipo el intrépido Kelly?

—Porque es usted tan competente manejando una pistola. Porque es usted tan tonto como ágil y tan salvaje. Sólo una cosa, Raoul. ¿No tiene usted medio de saber si Kayd estuvo con esa mujer en marzo y si Staniker siguió viéndola de una manera continua después de vender ella el barco? Y procure que no se entere nadie más que usted.

—Por aquella época, lo mismo si se seguía un proyecto trazado de antemano como si no se seguía, todo estaba hecho. Todo había terminado para aquella familia. ¿Qué motivos tendría yo para saberlo? ¿Sacar una buena tajada? ¿Estar preocupadísimo porque se hiciera justicia? Está bien. El caso es que tenía ese asunto fijo en mi mente, en un rincón al que no podía llegar, como una pepita de baya metida entre los dientes. Será porque supongo que tengo una mente inquisitiva que quiere saber qué ha pasado realmente. Es como cuando uno recibe una llamada y tiene que salir del cine a mitad de una película. Pero estamos en un mundo sanguinario, Sam. Y se va haciendo cada vez más sanguinario. La gente muere de mala manera por motivos insignificantes. A mí me preocupaba ese asunto sólo por lo que podía afectar a Francisca.

Sam se incorporó y apuró su vaso.

—Soy un abogado del Tribunal. Y, por lo tanto, un servidor de la Ley. Si me tocara un asunto como éste lo más probable es que cerrara la boca. Esto es lo malo en todos nosotros, que no queremos vernos mezclados en nada. Pero este asunto me toca demasiado de cerca. Se trata de mi hermana y si exceptuamos a mi hijo, es la única persona de mi familia que me queda en el mundo. Y fui yo quien la metió en eso. Aunque sin saber lo que iba a pasar, claro. Se vuelve uno loco intentando seguir las huellas de las cosas, jugando a ese juego del si… Si hubiera hecho esto, si hubiera hecho lo otro, si lo hubiese hecho en otro momento, si hubiera escuchado, si hubiera comprendido…

—Es mejor jugar a ese juego que al otro.

—¿Al otro?

—Al de la rectitud y la justicia. Al del que dice: «He analizado todas las posibilidades, lo que se ve y lo que no se puede ver, y he tomado mi decisión a sangre fría, así es que toda la responsabilidad es mía si algo sale mal».

Sam fijó la mirada en Raoul Kelly, presa de extraña agitación.

—¿Por qué habría de ser peor esto? ¿Qué equivocación puede caber en la lógica?

—La lógica resulta magnífica en los juegos. En el ajedrez, en el *bridge*, en los rompecabezas. Quizás es muy útil en la práctica de la Ley, o para hacer dinero. Pero las personas no están en tableros de juego, esperando a que las muevan o las capturen. No hay ningún libro de reglamento. Freud no es Hoyle. Puede usted alinear cincuenta hechos fríos y olvidarse de una pequeña emoción cálida y el resultado es una enorme equivocación. Ésta es la ecuación de Kelly. ¿Quiere oírla? Cuando topa uno con emociones, habitualmente se equivoca todo el mundo. Por consiguiente, la única oportunidad que nos queda es intentar no equivocarnos tan a menudo. Y dar a los demás permiso para equivocarse también. ¿Qué pasa? ¿Le impresiona lo que digo?

—No lo sé. Tal vez sí. El año pasado le hubiera dicho que esto era una tontería y una estupidez. Me habría sorprendido que un hombre pudiera parecer tan brillante en un momento determinado y mostrarse tan blando al siguiente. Me habría sentido hombre superior. Ahora, en cambio, me parece que podría llegar a entender la ecuación de Kelly si machaco duro en ella durante bastante tiempo.

—No espere demasiado. Forma parte del programa.

Sam preparó dos vasos más y tendió uno a Raoul.

—Sea como sea, a bordo del barco que recogió a Staniker, una de las mujeres le oyó, cuando hablaba delirando, intentar explicar o pedir disculpas a alguien llamado Christy, o Crissy. Me lo dijeron ayer, en Nassau. Esta mañana, temprano, he buscado lo que habían dicho los periódicos acerca de Staniker. Fui a
Parker's
Marina y hablé con los individuos que había por allí. Pude enterarme. Staniker trabajaba allí tan poco como podía. Hay una casita para los que tienen aquel empleo. Ahora vive allí otro matrimonio. La mujer de Staniker era insignificante y apocada. Muy

sufrida. Hacía todo el trabajo que le correspondía y una buena parte del que se daba por supuesto que hacía él. Se fue cuando le dio la gana. Su coche está aparcado aún allí. Un «Olds» amarillo y viejo. Staniker había encontrado un empleo cómodo con una tal Harkinson. Mandó su barco hasta que ella lo vendió. Un viejo me iba dando golpecitos con el codo y guiñándome el ojo mientras me decía que la Harkinson había sido amiga de uno de los ex gobernadores del Estado. Cogí el teléfono y llamé a un abogado que conozco, en Tampa. Está enterado de las cuestiones políticas. Dijo, como me confirmó usted hace un rato, que había habido un viejo llamado Fontaine que le pagaba las facturas a la Harkinson. Había sido, en un tiempo, senador del Estado y seguía usando ese título. Hizo una fortuna con especulaciones de terrenos. Murió el año pasado. Corría el rumor de que el viejo no dejó muy bien de dinero a Crissy Harkinson. Recordé que Bix Kayd había estado metido en unos negocios de Florida, pero mi amigo no conocía este nombre. Telefoneé a Brownsville, de Texas, y desperté a un hombre que seguramente estaría enterado, y me dijo que Kayd y Fontaine habían tenido negocios juntos una o dos veces, pero no recientemente.

—De lo que me explica, ¿qué omite?

—Llegaré a ello dentro de un minuto. Cuando localicé la casa de Mrs. Harkinson, se me ocurrió ir a verla. Pero lo pensé mejor. Visité a Staniker en el hospital. Es tan rudo y ordinario como tenía que ser. Pero su hoja de servicios es limpia. Un hombre que lleva la idea del robo en la mente no llega a la edad de Staniker con una hoja de servicios limpia. Alguien tendría que haberle empujado al delito. No hablará. Tal vez lo haría, si alguien hubiera llegado a él en seguida, pero ha tenido tiempo para prepararse. La Harkinson podría ser el departamento de los proyectos. Si fuese así, sería, seguramente, demasiado perspicaz para aceptar cualquier cuento que yo le contase. Así es que, en vez de ir a su casa, pensé que sería mejor esperar a que saliese y echarle una ojeada para saber qué tipo de mujer era, para saber si podía haber enviado tras el lote a un hombre como Staniker.

—¿Y qué era el lote?

—La única cosa que se puede pasar en mano. Dinero. Dinero que nadie puede identificar porque no está registrado en ninguna parte.

Dinero en efectivo. Ochocientos mil dólares.

Raoul sujetaba su vaso. Al oír aquello, enarcó las cejas.

—¡Vaya, vaya…! —dijo quedamente.

Bebió como un niño, sosteniendo el vaso con las dos manos y frunciendo el entrecejo.

—A pesar de todo, tal vez es inocente. Tal vez no tuvo el cinismo y la energía de hacer lo que esa mujer quería que hiciese. Se quemó. Quedó abandonado en una costa desierta. Recuerdo algo que pasó en La Habana hace años y que la Policía tardó mucho tiempo en descubrir. Hubo una explosión. Una tienda voló por los aires, en plena noche. La explosión mató a dos hombres. Fueron identificados como ladrones profesionales. Parece ser que tuvieron la extraordinaria mala suerte de estar en aquel sitio en el que uno de los ladrones había colocado una bomba de reloj para que estallase más tarde, como venganza respecto al otro compañero, que le había engañado.

—Ahora tendrá la oportunidad de oír algo.

Raoul vio que Sam Boylston sacaba un pequeño aparato de grabación que funcionaba con pilas. Escogió la cinta que necesitaba y la colocó adecuadamente mientras decía:

—Interrogaron a Staniker varias veces. Todo lo recogí en cinta magnetofónica. No soy muy competente empalmando fragmentos, así es que empleé dos aparatos y uní luego las cintas, escogiendo de lo grabado lo que necesitaba y grabándolo en una nueva cinta. No me ocupo de casos criminales. Pero no se puede pasar por una escuela de Derecho sin aprender algunas de las cosas que hay que vigilar. Escuche sólo esto, y luego dígame lo que piensa.

El aparato se puso en marcha. Durante unos segundos se oyó solamente una especie de silbido. Luego, la voz de un hombre, lenta, pesada y algo gruesa.

«En el puente del *Muñeca* están…, estaban duplicados todos los mandos». Una pausa. «En el puente del *Muñeca* están…, estaban duplicados todos los mandos». Pausa. «En el puente del *Muñeca* están…, estaban duplicados todos los mandos».

Hubo una pausa más larga, y luego: «Aquel hombre tenía una risa sonora… Aquel hombre tenía una risa sonora… Aquel hombre tenía una risa sonora… Aquel hombre tenía una risa sonora…».

Raoul se daba cuenta de que no se trataba de duplicados del

mismo fragmento de una cinta. Había en ellos ligeros cambios de tono y de ritmo. Escuchó también algunas frases más, repetidas una vez y otra: «No era buena nadadora a causa de su pierna». Y después: «Es un nombre que significa “muñeca”, en español». «Encontramos un bonito delfín, a unas cuantas millas mar adentro. Y nos distrajimos un rato con él».

Sam detuvo el aparato. Raoul dijo:

—Ya veo lo que pasa. Empieza a hablar del barco empleando el tiempo presente y luego pasa al pretérito. Y lo hace todas las veces. Después de la primera vez o, tal vez, de la segunda, lo lógico sería que se hubiese acostumbrado a amoldarse al pretérito y que no cometiese esa equivocación.

—Así, pues, no cabe duda de que era una cosa aprendida de memoria. Para los detalles significativos de todos los relatos, la gente tiene tendencia a emplear las mismas expresiones una vez y otra. De manera que la repetición no quiere decir nada. Pero lo que se vigila son los puntos secundarios. A las personas que cuentan algo que ha pasado no se les ocurren los mismos pensamientos casuales, expresados con las mismas palabras exactas, todas las veces que lo cuentan. Cuando lo hacen, significa que han sido aleccionadas sobre el asunto, y que intentan dar a la historia sabor de autenticidad.

—Entonces, ¿cuál sería el relato verdadero?

—Si hubiera tenido que hacerlo yo, habría matado a los pasajeros y los habría atado a partes sólidas del barco. Después hubiera puesto el dinero en la canoa. Era rápida y tenía muy buenas condiciones para navegar. Hubiese abierto unas vías de agua en el barco grande y habría dejado que se hundiera, a una milla de profundidad. Luego, correría rápidamente en la canoa, con las luces apagadas, hacia la punta septentrional de Andros y, quizás en alguna parte próxima a
Morgan’s
Bluff, escondería el dinero y lo dejaría allí mucho tiempo. Correría nuevamente hacia el Norte. Tal vez habría llenado de piedras la canoa para poder hundirla. La hundiría cerca de los Cayos Joulter, también en un sitio de mucha profundidad. Me habría puesto un salvavidas y nadaría hacia el Cayo Joulter del Sur enterrando allí el salvavidas en la arena. Habría llevado una pequeña lata de gasolina

y algunas cerillas, en una caja impermeable, me haría algunas quemaduras capaces de convencer a la gente y luego esperaría que viniesen a salvarme ensayando una vez y otra el relato de lo sucedido, mientras esperaba. Es fácil quemarse más de lo que uno ha querido. Y si hubieran recogido a Staniker al cabo de un día, o dos, o tres, como era razonable, no lo hubieran encontrado en tan mal estado. Luego, yo, puesto en su lugar, hubiese vuelto aquí y me hubiera reunido con la mujer para decidir con ella cuánto tiempo sería prudente esperar antes de ir en busca del dinero y cuál sería el mejor pretexto para ir a buscarlo y la mejor manera de recogerlo y de huir.

—¿Cuándo volverá Staniker?

—El miércoles, el jueves o el viernes de esta semana. Yo lo sabré antes. Me lo dirá por teléfono una enfermera. Esa mujer, la Harkinson, no me conoce ni de vista. Y el hombre no le conoce a usted. Por eso nos dividiremos. No creo que él vaya a la casa de la mujer. Sería estúpido. Irá hacia arriba y la mujer irá a su encuentro.

—Parece estar muy seguro de lo que dice.

—Hasta el modo de actuar de la mujer durante todo ese asunto, su mal humor, los estados de ánimo que le contó a usted su amiga…, todo concuerda.

—Deje todo eso en manos de la Policía, Sam Boylston.

—¿No es precisamente eso lo que no quiere usted?

—Espere a que me vaya con Cisca hacia el Oeste y luego dé la voz de alarma. Tendrán que demostrar las mismas cosas de alguna otra manera. Por ejemplo, por las visitas de Kayd o por sus relaciones con Staniker.

—Con los datos que tengo, no creo que se pueda conseguir que un jurado se ocupe de este caso. No hay medio humano de demostrar que el dinero iba a bordo. ¿Quién se ocupará en este asunto? Si ese hombre ha sido declarado libre de culpa en Nassau, ¿nos encontramos ante un problema de doble exposición de hechos? ¿Podría acusarse de complicidad a la mujer? No, si no pierde la cabeza, diga lo que diga él. No hay hechos que se puedan demostrar. No hay testigos. Si se pudiera formular una acusación contra ellos y el asunto llegase ante un tribunal, cualquier abogadillo de la ciudad podría sacarles del pasó y entonces ya se verían libres de culpa para siempre, viniera lo que viniera a

continuación.

—Entonces, deje eso, Sam. Vuelva a su casa.

—¡Que deje eso…!

—Esa clase de individuos encuentran medios de destruirse a sí mismos, medios que ni siquiera hubiéramos podido soñar. Todo el mundo muere un día u otro, Sam. Todo termina para todo el mundo. Usted es un hombre hábil. Y un hombre que odia. Suponga que sale adelante en ese asunto. ¿Lo sabrá su hermana? ¿Se lo dirá usted a su mujer, o a su hijo?

—¡Lo sabría yo!

—Y podría usted pasar veinte años en la prisión de Raifer para tener tiempo de pensar en lo muertos que están los que han muerto. ¿Cómo se le ocurre convertirse en ángel vengador? Tal vez sea ésta la oportunidad que se le presenta para crecer, y todo lo que tiene que hacer es reconocerlo.

—Crecí pronto, Kelly. Muy pronto.

—Tal vez por eso paró sin haber acabado de crecer.

—¡No parece darse cuenta de que esas personas *han matado a mi hermana*!

Raoul, sentado ante Sam, tenía el aspecto de un apacible Buda.

—«Han matado a mi hermana…». Desde luego, es verdad. Pasamos algunos años malos por los hermanos y las hermanas, los padres y las madres, los amigos. Los vivos merecen todo el amor y la energía que se les pueda dar. Los muertos merecen lágrimas. Intentar hacer más por los muertos es amarse a sí mismo. Es un orgullo mal entendido. Es una tontería romántica. Veo, por su expresión, que no cree una palabra de lo que le digo. Ahora tendrá que llevarme en su coche hasta donde he dejado el mío, para que pueda volver a mi casa y, con un poco de suerte, consiga dormir tres horas.

—¿Cómo le parece que tiene la cara ahora?

—Hinchada.

—Ése es el aspecto que tiene.

—Diré que me di contra una puerta. Que me di varias veces —dijo levantándose—. Seguiré al capitán. No se me dan bien las armas. Pero se me da muy bien seguir a la gente.

Capítulo XVII

El martes, a primera hora de la tarde, Leila Boylston rogó al sargento Corpo que la ayudase a subir de nuevo por la tosca escalera de mano hasta la plataforma construida sobre un viejo y corpulento roble de agua. Le dijo que se quedara cerca de ella, a su espalda, por si se mareaba. Pero logró subir sin ninguna dificultad.

Una vez arriba, se sentó en la plataforma con las piernas cruzadas, conteniendo la respiración. El sargento le dirigió una sonrisa. Sobre el borde de la plataforma, sólo su cabeza resultaba visible.

—Lo ha hecho muy bien, Missy. Cuando quiera volver a bajar, cante.

—De acuerdo.

Cuando Corpo había empezado ya a bajar, la muchacha se inclinó sobre el extremo de la plataforma para mirarlo.

—¿Irá mañana al continente? Es primero de mes.

El sargento se detuvo y estiró el cuello para mirarla a su vez.

—No se acerque demasiado al borde. Quizá vaya mañana. O quizá pasado mañana, o el otro. Depende.

La muchacha hizo un mohín.

—Pero usted *prometió* traerme cosas.

Lo dijo recalcando la palabra «prometió».

—Sí, y supongo que querrá escribir lo que necesita.

—Le he dicho tres veces, por falta de una, que ya he hecho la lista y que la tengo a punto.

—Supongo que lo ha hecho. No hay necesidad de que se enfade por eso, Missy.

—Pero es que *necesito* esas cosas. Usted quiere que sea feliz aquí. Por lo menos, lo dice siempre. ¿Y cómo puedo ser feliz si *necesito* tantas cosas?

—Tal vez vaya mañana —repitió Corpo—. Depende.

Y siguió bajando por la escalera que había construido con ramitas de árbol y alambre.

Leila se instaló en la plataforma y, a través de las ramas del árbol, miró, anhelante, la extensa bahía. Pudo ver la hilera de casas que se extendía por la parte de la orilla del continente que quedaba más cercana, a una distancia no superior a una milla y media, según calculó. Los bancos de arena próximos a la isla mantenían alejados de ella a los barcos grandes. Leila pudo ver a lo lejos los coches que circulaban por una carretera, más allá de las casas y, esforzando la vista cuanto pudo, creyó ver brillar a la luz del día los surtidores que regaban el césped y correr de un lado a otro jugando a los niños que, a aquella distancia, parecían puntitos negros.

Mirando hacia el Sur, pudo ver la atmósfera nebulosa formada por el humo de las fábricas y toda una selva de edificios ciudadanos que se hallaban mucho más lejos que el barrio residencial de la orilla. Hacia el Norte, había algunas islas más pequeñas cubiertas de mangles, y hacia el Oeste, los puntos de referencia del Estrecho Intercostal y un canal navegable que conducía hacia las aguas, de un tono azul más profundo, del Atlántico. Las olas rompían, coronándose de espuma, contra la protección del largo promontorio rocoso.

Leila intentó reprimir su terrible impaciencia. Si el sargento no iba a Broward Beach en su bote el día siguiente no cabía duda de que iría muy pronto. Y cuando él se marchara ella se pondría el bañador de Stel, cogería una de las colchonetas flotantes de los asientos de la *Muñequita* y, remando con los brazos, recorrería el canal, pasaría por encima de los barcos de arena y atravesaría las aguas de la bahía en dirección a aquellas casitas de la ribera. Si no podía llamar la atención de los tripulantes de algún barco que pasara por allí, creía, no obstante, poder atravesar el canal sin demasiadas dificultades. El mar no le daba miedo. Podría descansar, recostada en la colchoneta. Se dijo, con cierto temor, que tal vez daría un susto tremendo a alguna de las amas de casa del otro lado del mar. Estaba en la piel y en los huesos, con una espalda que parecía haber sido despellejada recientemente, el cabello enmarañado como el nido de un pájaro y la mirada de un fantasma.

Creía ver un teléfono, se imaginaba hundiendo el dedo en el agujero de la letra O, para llamar a la telefonista, y dando luego al disco una vuelta completa. *Riiiing, riiiing*… «¿Telefonista? Quiero una conferencia con Mr. Sam Boylston, de Harlingen, Texas. Por

favor».

«¡Oh, Sam, busca a Jonathan y ven de prisa! Ven lo más pronto que puedas, por favor. No sé qué ha pasado».

Se puso en tensión al darse cuenta de que el breve y vivido recuerdo de algo se movía en el fondo de su cerebro, aleteaba un instante y desaparecía. No tuvo más que una rápida visión de ello. Una cabeza grande, la cabeza de un hombre calva y tostada por el sol, contemplaba un plato de comida, pero se movía hacia atrás y hacia delante como si intentara decir que *no* a algo, rechazando la comida. Decía que *no* porque no quería estar allí. Y ella, Leila, parecía estar mirándolo desde arriba, desde una ventana, desde un lugar exterior y oscuro, en tanto que el hombre se hallaba en un sitio iluminado.

¡Mr. Bix…! Pero, ¿por qué había de ser él? Aquella cabeza morena era la de un hombre corpulento, de mediana edad. Probablemente estaba borracho. Y Mr. Bix no se emborrachaba. Tal vez era una imagen sacada de una película, de una película en color, un hábil encuadre de la cámara.

Cuando le entró bastante sueño como para hacer una siesta, no llamó al sargento, sino que bajó sola con mucho cuidado. Corpo había estado aporreando algo, golpeando metal con una pequeña mandarria. Parecía tener la energía de un niño para construir cosas. No las construía con mucho esmero, pero parecía feliz ante el resultado. Sudaba por el esfuerzo. Al verla bajar por la escalera sin ayuda de nadie, se indignó.

—¡Podía haberse caído! ¡Qué tontería ha hecho!

Mientras Leila se dormía, lo siguió oyendo trabajar a alguna distancia.

Aquella noche, Corpo abrió las dos últimas latas de estofado de vaca y lo sirvió sobre unos montoncitos de arroz. Leila pensó que no podría comer tanto, pero, con gran sorpresa por su parte, acabó toda su ración. La brisa había cesado. Los mosquitos daban mucho quehacer. El sol empezaba a ponerse. Leila tenía el estómago tan lleno que se acordó de las comidas del Día de Acción de Gracias, tiempo atrás, cuando eran cuatro de familia. Corpo se mostró extrañamente reservado y ambiguo durante toda la comida. Leila insistió en ayudarle a lavar los platos.

Por fin, con tono de voz demasiado alto, Corpo le anunció:

—Le tengo que decir algo que no ha de preocuparla ni poco ni mucho, Missy.

—¿Qué es?

—A veces, las personas no saben que lo que se hace es lo mejor que se puede hacer. Usted está muy impresionada y está deseando volver a ver a su familia, pero aún no es el momento. Ahora no lo entiende, pero lo entenderá más adelante. Le juro que no quiero hacer esto, pero no tengo más remedio que hacerlo.

—Bueno, ¿de qué está usted hablando?

Corpo salió y volvió a entrar muy pronto con un curioso armatoste y dando manotadas a los mosquitos que le atacaban en la garganta y en los brazos.

—¿Qué es eso que trae?

—Aparte los brazos un momento, para ver cómo funciona.

Le colocó una banda de metal alrededor de la cintura. La había acolchado con trozos de tela para suavizar la dureza de los cantos. Por la parte de atrás, había abierto en el metal varias ranuras, lo suficientemente grandes para aceptar el candado que había pasado por el otro extremo de la banda. Después de haber pasado aquel candado por el agujero conveniente, lo pasó también por el eslabón que se abría al extremo de una pesada cadena y gruñendo por el esfuerzo que realizaba cerró ese eslabón con unos alicates. Pasó luego el otro extremo de la cadena por un agujero abierto en el suelo, bajó por la escalera y debajo de la choza ató aquel extremo a alguna parte. Volvió a entrar, con aspecto avergonzado.

¡Como si fuera un animal, sargento!

—¿Le hace daño? ¿Está demasiado apretada?

¡Me hace un daño de todos los demonios!

—No debería hablar así, Missy. ¿Dónde le hace daño?

¡Me hiere en mis sentimientos!

—Missy, es la única manera de poder irme tranquilo a la ciudad dejándola aquí. Tengo mi opinión sobre las personas, sobre las palabras que no dicen. Usted quizá me daría su palabra de honor de que no se movería de aquí, de que esperaría que yo volviese. Pero, mientras tanto, estaría pensando que le convenía mentir porque quería hacer lo mejor para mí, para usted y para su familia. Más tarde se dará cuenta de que mi manera de pensar es la mejor, y cuando piense así yo lo sabré y no tendré que hacer la tontería de

dejarla atada al irme. En el estado en que está ahora, podría hacer alguna locura, como pegar fuego a la casa para que alguien venga a ver qué pasa, o intentar atravesar vadeando los bancos de arena y hacer señales a algún barco, o intentar atravesar el brazo de mar flotando sobre algo hasta llegar a la orilla del continente. Miss Leila, tenía que saber si esto funciona bien antes de decidirme a ir mañana a la ciudad. Parece que funciona bien. Le he dejado diez pies de longitud para que pueda moverse bien y también le dejaré al alcance de la mano todo lo que pueda necesitar, pero nada que pudiera servirle para soltarse de la cadena. Volveré lo más pronto que pueda y la pondré en libertad. Siento mucho que esta cadena sea tan pesada, pero es lo único que se me ha ocurrido, como no sea atarla de pies y manos.

—¡Suélteme! Me ha atado usted como a un oso bailarín.

Corpo volvió a abrir el eslabón de hierro y soltó a la muchacha diciendo:

—La cosa no tiene importancia y no durará mucho, y le juro que es por su bien, tanto como por el mío. Una vez, enviaron a la compañía un muchacho de la ciudad y lo pusieron en mi pelotón. Creía saber todo lo que se puede saber en el mundo, con lo que tenía muchas probabilidades de que lo mataran con algunos otros de mis hombres. Tan pronto como tuvimos un poco de tranquilidad hice que aquel chico cavara un hoyo de seis pies de profundidad y le di una cajita de aspirinas para que la enterrase en el fondo y volviera a llenar de tierra el hoyo. Lo dejé descansar un poco y le hice volver a abrir el hoyo y desenterrar la caja. Él se puso a hablar como si fuera un abogado, dijo no sé qué acerca de «castigo cruel y poco corriente», que se lo diría al Inspector General y otras cosas por el estilo. Le hice abrir la cajita y leer una nota que yo había metido en ella. La nota únicamente decía: «Vuelve a enterrar esta caja, soldado». ¡Cómo se puso el chico! Si hubiera podido, me hubiera matado. Pero, desde entonces, daba un salto cuando yo le decía que saltara, corría cuando le gritaba que corriese y cavaba cuando le decía que cavase. Acabó descubriendo que, gracias a aquello, seguía vivo. Y dejó de importarle que le llamasen «Aspirina». Se sintió orgulloso del nombre. Missy, le juro que esos bracitos ya no tienen aspecto de palos. Esta noche ha comido muy bien.

—¡Madre clueca! —gruñó Leila, desesperanzada—. ¡Vieja y maldita gallina clueca!

Crissy Harkinson, con la piel embadurnada de aceites fragantes, estaba tendida al sol, medio amodorrada por el calor. Le protegían los ojos de la luz del mediodía unas pequeñas gafas de plástico. Llevaba puesta solamente la pieza inferior de un bikini encarnado y blanco, y la llevaba recogida y enrollada sobre sí misma hasta no ser más ancha que un trozo de cuerda. Un biombo chapado de metal que reflejaba el sol la hacía invisible para los barcos que pasaban por el canal cerca de la costa.

Cuando oyó el rápido golpear de las sandalias de Francisca sobre las piedras del patio, alargó lentamente la mano, tanteó hasta encontrar la toalla y tiró de ella, cubriéndose el pecho.

—Aquí tiene té helado, Miss Harkinson.

—Déjalo en la mesita, querida.

Oyó el golpecito de la taza contra el cristal de la mesa, así como el ruido producido al remover el hielo. Esperaba volver a oír el golpeteo de las sandalias al alejarse, pero no fue así.

—Miss Harkinson…

—¿Qué quieres, muchacha?

—Me voy. Entiende, ¿eh? No trabajar más aquí, ¿eh?

Crissy se quitó despacio los pequeños parches de plástico que le protegían los ojos y dio vuelta sobre sí misma hasta hallarse tendida boca abajo en la *chaise-longue* donde tomaba los baños de sol. La toalla se escurrió y cayó al suelo. Sosteniéndose sobre los codos, frunció el entrecejo y dijo:

—Ven acá, donde pueda verte, Francisca. Así es mejor. Siéntate en ese taburete.

Francisca se sentó frente a ella. Lucía su amplia y necia sonrisa de deleite.

—Me voy… ¿De acuerdo?

—Supongo que no querrás decir que te vas a pasar el día fuera. ¿Te vas de la casa?

—¡Oh, sí!

—¡Caramba, deja ya de sonreír! ¿Qué pasa? Estamos acostumbradas la una a la otra, muchacha. No te hago trabajar

hasta matarte. Vives en un sitio bonito. Tienes televisión. Te he pagado siempre, hasta la fecha. Y un buen sueldo. Así es que, ¿qué pasa?

—Me voy a California.

—¿Te vas a California? ¿Tiene esto algún sentido? ¿De dónde has sacado una idea tan tonta? De algún novio. ¿Me equivoco?

Francisca se encogió de hombros.

—También va él. Sí.

—¿Qué novio? ¿Tu cocinero? ¿Qué problema tiene, pequeña? ¿Una esposa y unos hijos de los que quiere huir?

—¡No está casado!

—Pero a ti te parece muy bien huir de mí, ¿eh? Marcharte. Irte de la casa, así como si nada. He sido realmente buena contigo, Francisca. ¿Crees que eres justa?

La muchacha pareció enfurruñarse. Abrió los brazos en un gesto de disculpa.

—No voy a irme ahora mismo. Me quedaré una semana, dos semanas. Lo que usted quiera.

—Así es que ahora solamente me avisas. Me lo estás avisando.

—¡Ah, sí, eso!

—Bueno. ¿No depende, la fecha en que te vayas, del tiempo que tarde yo en encontrar a alguna otra chica?

—¡Oh, ya se la buscaré yo!

—Espera un momento, no te vayas —dijo Crissy, apoyando la frente en las manos e intentando poner en marcha su cerebro, amodorrado por la acción del sol.

A pesar de la extraordinaria delicadeza y sensibilidad de su cara, era evidente que aquella pobre chica no era más que una cretina. Garry Staniker le había hecho observar de qué manera podía ocasionarles complicaciones y perjudicarlos. Crissy le había explicado que era un problema que había que dejar para más adelante, para tomarlo en consideración más tarde, si todo el resto del plan salía bien. Pero, naturalmente, Francisca tenía que tomar parte, necesariamente, en el último acto, y, como aún no estaba determinado el tiempo que había de durar la representación, ni en qué momento tendrían lugar los acontecimientos, no se podía decir ahora con exactitud a la muchacha cuándo podía irse.

Crissy volvió a levantar la cabeza.

—Mira, Francisca, hagámoslo así: supón que tratas de encontrarme otra simpática chica cubana. Tráeme una carta de ella y un retrato. Si me gusta en general, y no me disgusta su aspecto, te pediré que la hagas venir a hablar conmigo. Si me la quedo, puedes irte tan pronto *como* le hayas enseñado cómo tiene que hacer las cosas. ¿De acuerdo?

—¡Oh, sí!

Francisca se levantó e irguió la cabeza.

—Aquí viene el chico de la barca. ¡Como tiene ese coche que hace tanto ruido…!

—Hazle esperar en el cuarto de estar, por favor. Y luego, puedes disponer del resto del día, querida.

La muchacha se alejó corriendo. Crissy se levantó, se echó sobre los hombros la amplia toalla y apuró rápidamente su vaso de té frío. Cubriéndose con la toalla, entró en su habitación por las puertas de cristales que daban a la terraza. Pasó un rato bajo la ducha caliente, sabiendo que, cuanto más tiempo la esperase el muchacho, preguntándose qué pasaría, más fácil le sería a ella dar el paso siguiente. Por fin fue a su encuentro en el cuarto de estar. Iba poco maquillada. Llevaba un traje sencillo, de algodón azul marino, y no sonrió a su amigo. Éste, al verla, se levantó rápidamente y se dirigió hacia ella. Crissy levantó la mano, diciendo:

—¡No! Siéntate ahí, Oliver. Por favor. No será muy largo.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando?

—Ha sido un bonito juego, hemos jugado a cosas imaginarias todo este tiempo. No pongas esa cara de desconcierto, Oliver. Sé que recuerdas muy bien aquella noche en que intenté despedirte para siempre. Debería haberlo hecho de veras. Ahora es más difícil. Pero no me queda más remedio que hacerlo. Garry Staniker vuelve. Ya sabías que volvería. Y sabías que eso sería el final de todo. Pues bien, ahora hemos llegado al final. ¿Qué dices a esto? ¿Que ha sido muy bonito? ¿Que ha sido algo estupendo? Sobran las palabras. Ya lo sabes. Así es que lo único que puedes hacer es irte, querido. De prisa y callandito. Nos hemos mimado excesivamente. Tomamos todo lo que podíamos tomar y dimos todo lo que podíamos dar. Creíamos que eso sería eterno. Pero tiene un precio. Lo sabes muy bien. Me olvidarás. Y antes de lo que crees. Yo, a ti, no te olvidaré nunca, nunca, pero eso es aparte.

—Crissy… ¡Dios! Crissy, no puedo…

—Quédate donde estás, Oliver. Siéntate. No te acerques. Sólo serviría para poner las cosas más difíciles. Y tenemos que hacer lo que te he dicho. Ahora mismo.

Oliver volvió a sentarse en el borde de la silla. Llevaba unos pantalones color de arena y una blusa de deporte, de punto azul oscuro. Tenía los hombros enérgicos y bien formados, el pecho simétrico, la cintura estrecha, la columna del cuello juvenil redonda y fuerte, los antebrazos musculosos y cubiertos de rizado vello, descolorido por el sol.

«Un hermoso animal —pensó Crissy—, casi perfectamente acondicionado para mí, adiestrado para responder a la seña más sutil, disciplinado para satisfacer mis urgencias, con paciencia o con prisas, según necesite en aquel momento. Pero esa cara me resulta tan fastidiosa, con esa expresión de majadero y esa mirada ansiosa…, los ojos demasiado juntos, el labio superior lúgubremente largo, la barbilla huidiza…».

—No puedo —dijo Oliver—. No puedo dejarte.

—No seas pesado. No nos queda otra solución. No podemos escoger.

—Podríamos irnos lejos de aquí, Crissy. Ahora mismo. Hoy.

—Esperaba oírte decir eso. Sería algo deliciosamente romántico, ¿verdad? Podrías encontrar un empleo emocionante. Mandadero en un supermercado. Yo podría ser dependienta de una tienda. Y el milagro de nuestro amor iluminaría la tosca habitación alquilada y me haría olvidar lo mucho que me dolerían los pies. ¿Cuánto tiempo tardarías, Oliver, en empezar a odiarme por haberte destrozado la vida? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que, al mirarme, vieras en mí a una mujer cansada, triste, de cierta edad? He pasado muchos años malos, muchacho. Hasta ahora. Me eché a perder. Me gusta vivir como vivo ahora. Si conservo mi aspecto, es precisamente por vivir como vivo. ¿Te he decepcionado? Lo siento mucho. Hemos disfrutado de algo demasiado perfecto y demasiado hermoso para darle ahora este golpe. Ha significado demasiado para mí, para verlo convertirse ahora en… resentimiento y porquería. Si huyéramos, y yo intentara vender esta casa, daría a Staniker, con ello, la oportunidad de seguirme la pista. No, Oliver. Terminemos este asunto mientras… aún es hermoso.

—Pero no podemos terminar. ¡Por favor, Crissy! Déjame quedarme aquí, contigo… y mantener a ese hombre alejado de ti.

Crissy lo miró fijamente.

—¿Mantener tú lejos de mí a Garry Staniker? Perdóname si hiero tus sentimientos. Eres un chico fuerte y valiente. Si intentaras alejarle de mí, ¿sabes qué pasaría? Primero, se reiría. Se reiría mucho. Y luego, te haría daño, mucho daño. Porque sabría lo…, lo que ha habido entre tú y yo. Es un camorrista de la calle. Y no está del todo en sus cabales.

»Y, cuando hubiera acabado contigo, me tocaría a mí el turno, ¿no crees? ¿No comprendes que para él soy una obsesión? En su mentalidad, le pertenezco, del mismo modo que le pertenecen sus zapatos y su cepillo de dientes, y puede hacer de mí lo que quiera. He aprendido a no disgustarle en ningún sentido. Cuando entre aquí fanfarroneando, como siempre, Oliver, será mejor que yo esté en la casa y que tú te hayas ido para siempre. Sabíamos esto desde el día que recibimos la noticia de que vivía.

—Tiene que haber algo para impedirlo.

Crissy endureció la voz.

—Como en las películas, ¿verdad, pequeño? ¡Seguro! El héroe protagonista vence al malo. Pero esto no es una película, es la vida, hijo mío. Cambia tus fichas por dinero y ve a buscar otro juego. Has pasado buenos ratos con la mujer de otro hombre. Ve a fanfarronear por los muelles. Considéralo una parte de tu educación, chiquito.

El muchacho dijo con voz ahogada:

—No me hables con tanta dureza. Por favor. No puedo soportarlo. ¡Te quiero!

—Y yo también te quería, y ahora tengo que dejar de quererte o volverme loca.

—Ahora, ya, ni siquiera me preocupa lo que pueda pasarme a mí. Lo único que no soporto es que ese hombre vuelva y… te haga el amor. No quiero eso. Lo mataré. ¡Juro que lo mataré!

—¿Cómo? ¿Con la escopetita que tu papá te compró para hacer puntería con las latas? ¿No sería esto una solución muy de niño bien? Descubrirían muy pronto el motivo, y quizá les daría la gana de encerrarme durante veinte años, mientras a ti te electrocutaban. Ya te dije que soy egoísta, hijo. Si tuviera que escoger entre complacer al querido capitán Staniker o trabajar durante el día en

la lavandería de la prisión y pertenecer, de noche, a algún guardián viejo y sucio, ¿qué crees que escogería?

—¡Dios mío! ¡Esto me está matando, Crissy! ¡Por favor!

—Pues no hablemos más de ello y terminemos este asunto antes de que nos mate a los dos. Tienes aquí tus objetos de aseo, la escopeta, las municiones, una chaqueta, una corbata, el traje de baño y tu barca. Hagamos limpieza general, y llévate todo eso.

Crissy se alejó rápidamente por el pasillo, camino de su habitación, consciente de que el muchacho la seguía a poca distancia. Oliver se detuvo al llegar al dormitorio. Parecía enfermo, aturdido y muy desgraciado. Crissy entró en el cuarto-tocador, cogió la escopeta, que era del calibre 22, volvió a entrar en el dormitorio con ella e hizo ademán de tendérsela a su amigo. Pero luego, pensándolo mejor, se dirigió con ella hacia su escritorio, cogió un *kleenex*, de una caja, y limpió cuidadosamente con él el extremo del cañón.

—Perdóname por haberte ensuciado un poco la escopeta —dijo.

El muchacho contempló fijamente, atónito, el *kleenex* manchado de rojo. Fue comprendiendo poco a poco.

—¡Crissy! ¿Ibas a…?

Ella hizo un gesto.

—¿A detener el mundo y largarme de él? Creí que sí. Fue una verdadera escena de comedia. La estúpida muchacha sentada en silencio frente a su tocador y contemplándose en el espejo de tres hojas, mientras las lágrimas le corrían por la cara y caían, empapando el cañón de la escopeta. Pude sólo alcanzar el gatillo con la punta del dedo mayor, tocándolo con la suavidad de un beso de mariposa. Fue algo muy duro y muy dramático. No pude hacerlo. De manera que sigo viva, hijo. La querida de Staniker. Muy bien enseñada y entrenada. Voy a buscar el resto de tus cosas.

Al dar media vuelta, oyó el golpe de la escopeta, al dejarla caer al suelo el muchacho, y oyó también luego su bramido de angustia. Después, Oliver la rodeó con sus largos brazos, le hizo dar media vuelta y la abrazó fuertemente.

—¡Oh, querida mía! —dijo, llorando—. ¡Oh, Crissy! ¡Oh, Dios santo!

La muchacha permaneció callada y rígida durante un espacio de tiempo que juzgó suficiente. Luego, ablandándose, le devolvió el

abrazo, mientras rebuscaba en su memoria para encontrar algo que le trajera lágrimas a los ojos. Le sirvió nuevamente el asunto del abrigo de imitación de visón. Fue en Savannah. Se lo guardaron en la tienda siete meses, hasta que entregó los cincuenta últimos dólares que le faltaban para pagarlo. Hizo entonces que le envolvieran el abrigo de tela que llevaba puesto y volvió a su piso llevando puesto el de visón. Diez días más tarde, una muchacha polaca logró entrar, de una manera o de otra, en el apartamento, en un momento en que Crissy había salido. Era una zorra y estaba más loca que una cabra. Tenía la idea de que Crissy andaba detrás de su hombre. Entró en el apartamento, llevando una maquinilla para cortar el pelo, comprada en «Sears Roebuck», y fue cortando, hasta la raíz, todo el pelo de aquella hermosa piel de un azul planteado, hasta dejar todo el feo cuero a la vista. Al recordar Crissy lo que había sentido al entrar en el piso y ver todo aquel suave pelo esparcido sobre su cama y sobre el suelo, se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas capaces de convencer a cualquiera.

—Cariño, cariño, cariño… —dijo, con voz lacrimosa—. Estaba intentando ser fuerte. Pero tenemos que decirnos adiós. Que sea una vez más, querido mío. La última vez, para nosotros. Será nuestra despedida.

Algo más tarde, Crissy apoyó la cabeza sobre su corazón. Con las puntas de los dedos, fue resiguiéndole lentamente el contorno de los labios, mientras escuchaba el profundo latido de su corazón, sano y juvenil.

—¿Cómo podré dejarte marchar? —murmuró.

—Tiene que ser…

—Calla, queridísimo. ¿Podríamos ser… muy crueles y muy astutos? ¿Vale la pena de correr un riesgo horroroso y de hacer una cosa terrible… para seguir juntos?

Notó cómo se aceleraban los latidos de aquel corazón, lo sintió golpear con mayor fuerza contra la pared del pecho.

—¿Qué clase de riesgo?

—Tendría que ver a ese hombre. Tal vez tendría que dejarle venir aquí, o ir a verlo donde estuviera. Tendría que… fingir que me alegro de que haya vuelto. Tal vez tendría, incluso, que dejarle que… me hiciese suya otra vez. ¿Podrías soportar esto? ¿Podrías seguir queriéndome después de esto?

—Ya sabes que sí…

—Me parece que, después de ser tuya, ser de él me daría náuseas. Me pondría mala, me haría sentirme desesperadamente enferma. Querido mío, intentaré que no pase lo que te he dicho.

—¿Qué crees que podríamos hacer?

—Sé que debe de haberle fastidiado mucho haber perdido ese yate y haber sido la causa de que muriese toda aquella gente y su mujer. ¡Oh, no lo sentirá como lo sentiría la mayoría de la gente! Sólo le preocupará el hecho de que eso le pueda impedir encontrar otro empleo bueno. No tendrá ninguna sensación de culpabilidad, te lo puedo asegurar. Fingirá sentirla, pero no la sentirá.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿No lo comprendes, querido? Parecería… bastante lógico que se suicidara.

A Oliver se le aceleraron los latidos del corazón.

—Sí…, si realmente pareciera que se ha suicidado.

—Eso es. ¿Seremos… bastante fuertes para eso?

—Ño merece vivir.

Crissy se incorporó, apoyó la cara sobre el cuello de su amigo y exhaló un largo suspiro tembloroso.

—Tal vez podríamos… encontrar pronto la oportunidad que nos hace falta. O quizá tengamos que esperar, Olly. Tendremos que pensar cuál será la mejor manera de hacerlo. La manera más segura. Y hemos de ser muy hábiles, y no dejar ninguna pista, y vigilar que nadie nos vea. Estoy asustada, cariño, me asusta pensar en eso.

Oliver la abrazó con mayor fuerza.

—Si no estuviésemos asustados, estaríamos locos.

—Es el único medio de que yo sea libre. El único medio de que sea tuya.

—Lo sé.

—Tendremos que… hacerlo juntos. Ayudarnos uno a otro al hacerlo. Y luego seremos verdaderamente el uno del otro, para siempre. Es algo que tenemos que hacer entre los dos. ¿Comprendes?

—Yo… Sí. Sí, lo comprendo.

—Si nos sale mal… pueden cogernos y matarnos, Oliver.

—Preferiría que me matasen a perderte.

—Lo dices de veras, ¿verdad, cariño?

El muchacho se volvió hacia ella y la abrazó.

—No llores, Crissy. No llores. Lo haremos. Y nadie lo sabrá nunca. Ya lo verás. Es lo único que podemos hacer. La única oportunidad que nos queda.

—Tengo que decir la palabra exacta, amor. Será… un asesinato. Lo sabes, ¿verdad? ¡Un asesinato!

—No estés asustada. Por favor, no estés asustada.

—No lo estoy cuando estoy contigo. Te quiero, Olly. ¡Te quiero tanto, tanto…! Quieto. Esta vez, déjalo todo en manos de tu Crissy, de tu mujer. Ya verás, será delicioso para ti.

Sintió no poder apartar de su mente el recuerdo de aquel maldito abrigo de visón. Era tan tonto volver a ponerse furiosa, después de tantos años. ¡La bruja de la polaca! La dueña del burdel había llegado a hacerle una advertencia acerca de otras fechorías suyas. Y aquella vez, la polaca desapareció. Crissy, un año más tarde, oyó decir que la dueña había entregado aquella muchacha a mi individuo que se dedicaba a la trata de blancas, para que le diera algunas lecciones de buenos modales, y que la habían enviado al Oeste. Pero, tan cierto como hay Dios, al abrigo de visón no volvió a crecerle el pelo.

Capítulo XVIII

El viernes por la tarde, Staniker descendió lentamente los peldaños de la escalerilla que bajaba desde el avión de la «Bahama Airways» hasta el suelo de cemento del aeropuerto, agarrándose a la barandilla. Se sentía débil y tenía algo de frío, a pesar del sol y el calor del aeropuerto de Miami. Notaba la ligera rozadura de la ropa contra la piel de su cuerpo. A cada paso que daba, notaba también que le tiraba la piel, tierna y en vías de curación, de su lastimada rodilla derecha, pero el dolor era muy soportable. El doctor McGregory se había alegrado mucho al ver que curaba tan rápidamente.

La compañía de seguros le había adelantado el dinero necesario para comprar la ropa que llevaba puesta, que no era cara, y los objetos necesarios para su aseo. De cuyas compras se había encargado la enfermera Chappie. Staniker llevaba a mano un pequeño maletín de avión, azul y blanco. Antes de emprender este último vuelo, había pasado por la Aduana de Estados Unidos, en el aeropuerto de Windsor.

Al entrar, junto con los demás pasajeros, en el edificio, esperaba encontrar, esperándole, unos periodistas y fotógrafos, pero no había ninguno. Era lógico. Antes de salir del hospital, había dicho claramente a todo el mundo que había firmado un contrato con la «Empresa Banner». Y la historia era ya vieja. *El Muñeca* llevaba veintiún días hundido en el fondo del mar, sumido en el silencio y la oscuridad de las profundidades infinitas. Y aunque Staniker sabía que el aeropuerto sería el último lugar en que estaría Crissy, miró a su alrededor, buscándola con la vista.

—¡Capitán! ¿Capitán Staniker?

Llegaba corriendo hasta él un hombrecillo sonriente, que le tendió la mano, diciendo:

—Soy Wezler. Hal Wezler. De la «Empresa Banner». ¿Preparado para trabajar, capitán?

Tenía los ojos vivos y oscuros, cara de hurón y el cabello negro.

El traje, los zapatos y la corbata que llevaba eran también negros mientras que la camisa era blanca como la nieve, con sujetador de corbata y gemelos de oro. La sonrisa le aparecía y le desaparecía con la rapidez de un tic facial.

—Busquemos un salón para empezar a conocernos y le explicaré cómo vamos a hacer este trabajo.

Se sentaron en uno de los salones del aeropuerto. Wezler entregó el cheque azul pálido, por valor de mil doscientos cincuenta dólares. Hablaba con tanta rapidez que a Staniker le resultaba difícil seguirle. Al parecer, el tiempo era para él algo muy importante. Había tomado una pequeña *suite* en un hotel. Se meterían allí. Wezler empleaba un aparato grabador de cinta magnetofónica. Dijo que quería grabar un millón de palabras. Luego, regresaría en avión a la costa y convertiría en un libro todo lo grabado. Dijo que todo el mundo estaba muy interesado por aquel asunto. Marty (¿quién sería Marty?), estaba preparándolo ya todo. Les pedían ediciones caras, ediciones económicas, relato por series en las revistas, ediciones para los clubs y un guión cinematográfico. Era un asunto que proporcionaría mucho dinero a todo el mundo. Marty estaba incluso dando vueltas en la cabeza a un proyecto de serial televisado. Pero tenían que ponerse al trabajo en seguida. «Estas cosas se enfrían, si se espera». De manera que ¿qué le parecía a Staniker ir al hotel inmediatamente? Había muchos «planes», alrededor de la piscina. De vez en cuando, interrumpirían el trabajo. Se proporcionarían un rato de descanso y de diversión, se reirían un poco y volverían después a la faena.

—No, ir ahora mismo, no —contestó Staniker.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tengo que ocuparme de algunos asuntos personales, Wezler. Y necesito descansar. He de recuperar fuerzas.

—A Marty eso no le va a gustar ni pizca, Staniker.

—Lo siento.

—Si se enfada, podría anular prácticamente el negocio que usted puede hacer. Tiene usted un contrato de un tanto por ciento de las ganancias. Perdería un buen pico…

—Pues perderé un buen pico.

Wezler lo contempló detenidamente.

—Bueno, veré si puedo convencer a Marty por teléfono. Dígame

usted cuándo podrá empezar a trabajar para tener un punto de apoyo sólido.

—Dentro de una semana.

—¡Vamos, muchacho…!

—Dentro de una semana.

—Bueno, el hombre dice que dentro de una semana. ¿Dónde le encontraré, capitán?

—Le telefonearé a su hotel.

Wezler escribió el nombre del hotel en el dorso de una tarjeta comercial y se la tendió a Staniker.

—¿Adónde va ahora? ¿Quiere que le lleve? Tengo ahí fuera un coche de alquiler.

Staniker aceptó que le llevara a
Parker's
Marina. Antes de que Wezler volviera a poner el coche en marcha, estrechó la mano al capitán diciéndole:

—Si puede usted venir a verme dentro de cinco días, de cuatro días, tiene en mí un nuevo amigo. Créame.

—Haré lo que pueda —le contestó Staniker.

Parker no estaba por allí. El nuevo matrimonio que trabajaba en aquel lugar mostró mucha curiosidad acerca de Staniker, pero cuando éste contestó con vaguedades a sus preguntas se mostraron hoscos e indiferentes. Le dieron un paquete del correo, que le habían ido recogiendo y guardando a medida que llegaba, y el hombre abrió el cobertizo que servía de almacén para que Staniker pudiera recoger sus cosas, que habían sido sacadas de la casita y metidas allí. Hacía calor en aquel cobertizo. Mientras recogía y metía en dos maletas la ropa y objetos personales, el sudor le corría por la frente y le escocían los ojos. Sacó las dos maletas, volvió a cerrar con llave el almacén y se dirigió hacia donde estaba la mujer, ocupada, en aquel momento, en entregar unas quisquillas vivas, para cebo de pesca, a un par de viejos pescadores. Staniker le encargó dijera a Parker que volvería a buscar más tarde el resto de sus cosas. Como ella no diera muestras de haberle oído, se lo repitió. La mujer se volvió entonces y, encarándose con él, le dijo:

—¿Cree usted que soy sorda?

Staniker llevó las maletas a la parte trasera del edificio principal. Su viejo «Olds» amarillo estaba allí, al sol. Uno de los neumáticos

parecía blando. La doble llave, para una emergencia, estaba en una cajita magnética, debajo del coche, en la parte trasera. Se había enmohecido. Staniker la golpeó contra el parachoques y abrió el vehículo, forzando como pudo la cerradura. Una vez abierta la puerta, depositó dentro las maletas, abrió las otras tres puertas y las dejó abiertas todas unos minutos para airear un poco el interior, que estaba como un horno. Bajó también todas las ventanillas diciéndose, mientras lo hacía, que nunca más volvería a tener un coche sin aire acondicionado.

Se metió por fin en él, cerró las puertas y giró la llave de contacto. Antes de poner el coche en marcha, metió la mano debajo del asiento y deslizó los dedos a lo largo de éste hasta encontrar el delgado fajo de billetes de Banco, doblados por la mitad, que había escondido allí, pegándolo bajo el asiento con cinta de celo. Lo sacó y se lo metió en uno de los bolsillos del pantalón, con el cheque de la «Empresa Banner», la tarjeta de Wezler y el poco de dinero que le quedaba del que le había adelantado la compañía de seguros.

El coche no se puso en marcha. La batería empezó a descargarse.

De pronto, de una manera absolutamente inesperada, invadió a Staniker una oleada de terror. Si el coche no se ponía en marcha, todo habría fallado. Pero hizo lo posible por tranquilizarse. Si el coche no funcionaba, todo lo que había que hacer era ir a pie hasta la gasolinera y explicar a Charlie lo que le pasaba.

Al intentar la maniobra por segunda vez, dio resultado. Dejó roncar el motor durante un rato antes de ponerlo en marcha. Por fin salió de
Parker's
Marine y siguió calle abajo, hasta llegar a la gasolinera Shell. Un muchacho se ocupaba allí de un coche que iba alzando del suelo en el montacargas. Charlie salió de la estación. Era un hombre grueso y calvo, que vestía un mono gris y llevaba gafas de acero. Tenía la cara manchada de grasa.

—Ya suponía que volverías pronto —dijo a Staniker estrechándole la mano.

—Recibí en el hospital tu tarjeta de enhorabuena —le contestó el capitán—. Gracias.

—Las pasé negras, imaginando que debía de ser una broma poco graciosa. No es nada divertido que seis personas mueran en una

explosión. Ese neumático está deshinchado, Garry.

—Sí, ya me he dado cuenta. La batería está también descargada.

—Lo revisaré todo. No tienes muy buen aspecto. ¿Por qué no entras y te sientas?

Staniker entró en la gasolinera y se sentó en una silla de plástico y de aluminio. Había allí un ventilador en marcha, que iba girando de un lado a otro, acercándose y alejándose, desplazando hacia el exterior el aire viciado, que olía a gasolina y al desodorante colocado en la habitación contigua destinada a los hombres. Un instante más tarde, entró también Charlie. Se acercó a Staniker y le tendió una botella de
«Coca-Cola»,
fresca y ya abierta.

—Las pilas están muy bien. El nivel de la batería era bajo, y la he cargado. He revisado todos los neumáticos. El depósito de gasolina estaba lleno. El de aceite está vacío en una cuarta parte.

—Gracias, Charlie.

Éste se apoyó sobre la mesa-escritorio.

—Estaba pensando que si tú también te hubieras ido al fondo del mar, cuando se hundió el barco, nadie habría sabido nunca lo que había pasado. «Misterios del mar», como dicen.

—O si hubieran transcurrido dos días más sin que nadie pasara cerca de la isla y me encontrara, habría sucedido lo mismo.

Charlie suspiró.

—Nunca se sabe lo que nos va a pasar. Mary Jane era una mujer muy trabajadora. Supongo que ninguna de las personas que iban en el barco supieron qué era lo que les mataba.

—No tuvieron tiempo de saberlo.

—Ese matrimonio que ha contratado ahora Parker no mejora, ni mucho menos, el negocio. Son gente tan desagradable que no voy allí ni siquiera a tomar una cerveza. Prefiero ir al establecimiento de Smitty.

—Bueno, debo irme ya. Gracias por todo, Charlie.

—¿Adónde vas? ¿Vas a ver a esa mujer con la que te habías enredado, allá, por la bahía? La que antes te daba trabajo.

—¿Te refieres a Mrs. Harkinson? Te aseguro, Charlie, que me gustaría poder ir a verla. Pero terminamos un poco antes de que me saliera este último empleo de capitán de yate. Rompimos del todo.

Ahora ya es algo que no se puede arreglar. De todos modos, era una mujer que estaba empezando a cansarme. No sabía que estuvieras enterado de ese asunto, Charlie.

—Quizá te he hablado de algo que no debía. Me lo dijo Fran, la de la tienda. Hace ya tiempo. Quizá fue en febrero. Me parece que Fran y Mary Jane se contaban una a otra todo lo que les pasaba y las preocupaciones que tenían. A Fran le tocó una buena parte, desde luego. Por lo que puedo recordar, te criticaba por haberte enredado con esa mujer. Yo le daba la razón poniendo una cara tan solemne como un predicador. Fran debería saber los ataques de furia que le daban a mi costilla por mis cosas, cuando aún no me había quedado calvo.

—La próxima vez que veas a Fran le dices que ya no puedo, aunque quiera, volver con aquella rubia. Supongo que dirá que me está bien empleado. Mira, Charlie, ahora quisiera haber dedicado a Mary Jane mis ratos libres, por lo menos algo más de lo que lo hice. La voy a echar de menos. Ya la encuentro a faltar ahora.

Charlie lo miró.

—No te será difícil encontrar una mujer. Nada difícil. Pero lo que no te será fácil es encontrar una tan trabajadora como ella.

Mientras se alejaba en el coche, Staniker se dijo que muchas de las precauciones de Crissy no tenían sentido común. Pero como, al parecer, todo lo demás había salido bien y de acuerdo con los cálculos previstos, tal vez lo mejor sería seguir adelante con el proyecto. Después del tiempo transcurrido, nadie se fijaría en nada, ni comprobaría nada. Todo estaba hecho y concluido, y lo único que quedaba por hacer era encontrar un buen sistema para ir a recoger el dinero. Un sistema seguro, rápido y discreto.

Ahora tenía que seguir tomando precauciones. Crissy no le diría quién le había enseñado el truco que iba a emplear esta vez. Lo había ensayado con él, en momentos de intenso tránsito de coches, hasta que los dos fueron muy competentes. Les serviría, para el fin que perseguían, cualquier autopista de acceso limitado, con rampas de salida y tres calzadas en cada dirección. Aun sabiendo él cómo iba a actuar ella y sabiendo ella cómo iba a actuar él, no tenían dificultad en perderse de vista uno a otro.

Había que ir por la calzada más rápida, la más alejada de las rampas de salida, hasta encontrar una brecha en el tránsito de

coches. Se ajustaba la velocidad a la brecha, y así, al llegar a una rampa de salida, se podía acelerar en el momento preciso, atravesando las otras dos calzadas y bajando por la rampa. Se daba la vuelta, entonces, por la «hoja de trébol», y se volvía a la autopista, en dirección opuesta, repitiendo luego la maniobra. Con ello, se tomaba otra vez la dirección primitiva, y cualquier coche que hubiese intentado seguir al que hacía esta maniobra tenía que seguir adelante, a la fuerza, por la autopista, encerrado en la corriente del tránsito.

Staniker mató el tiempo yendo hacia el Norte. En la autopista 95, al norte del aeropuerto, el tránsito de coches se espesó, y él, obedientemente, representó la escena de la maniobra.

—¿No lo ves? —le había dicho Crissy—. No podremos considerarnos enteramente a salvo. Pueden estar jugando al ratón y al gato, con nosotros. ¿Qué nos cuesta actuar con precaución? Nada. Así es que haz lo que te digo. No me discutas. *¡Hazlo!*

Siguió en dirección Oeste, por el paso, y, después de haber dado nuevamente la vuelta, en dirección Sur, hacia Coral Gables, sólo para probar volvió a repetir el juego, casi demasiado bien la segunda vez: haciendo sonar, iracundo, el claxon y chirriar los frenos al dar la vuelta.

La hilera de doce casitas idénticas estaba en una zona apartada y poco importante, próxima a Coral Gables. Rodeaba aquellas casitas la enmarañada y espesa vegetación tropical, que no dejaba pasar ni un soplo de brisa. La pintura roja de las paredes estaba descolorida por el sol e iba desprendiéndose dejando al descubierto el color gris primitivo. La mujer que buscaba Staniker vivía en un extremo, en una casa un poco mayor situada en un solar más extenso. Medía cuatro pies y medio de altura y era jorobada. Su voz tenía resonancias metálicas, su tez era grisácea y su cabello tenía el característico tono amarillo del azufre industrial. Llevaba un traje verde, zapatos de lona azul y olía a demonios.

Levantó los ojos hacia Staniker y se dio, con una uña, unos golpecitos en uno de los dientes de delante diciéndole a continuación:

—Usted ha estado otra vez aquí.

—Sí, hace un par de meses.

—¿Quiere sólo pasar una noche, como entonces?

—No, esta vez estaré dos semanas.

—¡Dios mío! Es usted el primer cliente que vuelve, por lo que puedo recordar. No hay necesidad de que le enseñe uno de los *bungalows*. Son todos iguales. Veamos. Serán dos dólares y medio por día, y catorce por semana. Por dos semanas, le cobraré veinticinco dólares por adelantado, ¿de acuerdo? Y diez más como depósito. Se los devolveré cuando me devuelva la llave. Hay un impuesto justo al llegar a los veinticinco dólares. Setenta y cinco centavos. Entre y firme.

Staniker entró con la mujer en la galería cubierta y firmó en el libro con el bolígrafo que ella le tendió y que escribía en rojo: «Gerald Stanley. Lista de Correos. Tampa».

La mujer dio la vuelta a la libreta, para ver lo escrito, y buscó unas llaves en el cajón de la mesa-escritorio.

—Tengo diez *bungalows* vacíos —dijo—, pero en tres de ellos hay que cambiar las cañerías y no puedo permitirme ese lujo, por lo menos hasta que ocurra un milagro y tenga nueve ocupados. Mr. Stanley, será mejor que le dé el número diez, porque es el que queda más lejos de ese taller que hay al otro lado de la calle. La semana pasada, le tocó el turno funcionar de noche. Sólo es hasta medianoche, pero hace algo de ruido. Mr. Mooney, mi querido difunto, decía que, en cuanto esto se convirtiera en zona industrial, nos sería muy fácil vender la casa y todo el terreno por un precio muy bueno. Quizá sea una bendición del cielo que muriese antes de que declarasen zona industrial tantos terrenos que ahora ya no lo podemos vender por nada. Tengo que vivir sólo con el dinero de mi seguro, hasta que mejoren las cosas, si es que llegan a mejorar alguna vez. Muchas gracias por todo. Si ve que hay que hacer algo en el *bungalow*, venga a decírmelo. Si se trata de una reparación que cueste dinero, le trasladaremos a otro de los que están vacíos.

Le dio la llave.

—Le digo lo mismo que le dije la última vez porque se lo digo a todo el mundo: las únicas reglas de conducta que doy es que tengan cuidado con los muebles y que no peguen fuego a la casa.

Staniker condujo el coche por delante de la hilera de casas, hasta la que hacía el número diez. No había garajes, pero todas

tenían un estrecho pasillo exterior donde se podía aparcar. A la entrada de aquel pasillo, las ramas de los descuidados arbustos arañaron los costados del coche. Staniker torció hacia la derecha y aparcó frente a la pequeña escalinata que conducía a la puerta de entrada. Así, el coche no podía ser visto desde la carretera. La puerta estaba encallada. Tuvo que pegarle unos cuantos puntapiés para abrirla. El interior era exactamente igual al del *bungalow* que había tomado sólo para pasar una noche la segunda semana de abril, cuando Crissy le dijo que buscara un sitio donde poder ocultarse y donde los dos pudieran reunirse con seguridad cuando él volviera solo de las Bahamas. Staniker recordó que, cuando Crissy se reunió con él allí, después de caer la noche, se la veía completamente fuera de lugar en aquella sórdida casita.

Había en ella un cuarto de estar, un dormitorio, un pasillo-vestíbulo, una cocina y un cuarto de baño. Los muebles eran viejos, las alfombras estaban rotas y la estufa, deteriorada. Había ceniceros de plástico, una cama de matrimonio desvencijada, manchas de humedad en el techo de las habitaciones, polvo, oscuridad, olor a humedad y cucarachas que corrían rápidamente por la cocina y por el cuarto de baño. En el lavabo, en la palangana del lavabo y en la fregadera de la cocina había manchas de herrumbre. Los visillos estaban remendados, las cortinas de las ventanas eran de color gris, los cristales estaban sucios, la vajilla y los cacharros de mesa, muy desgastados, y la nevera, al enchufarla Staniker, se puso en marcha con una vibración chirriante y plañidera.

Staniker entró sus maletas. Quedó un instante de pie, escuchando, en el silencio del *bungalow*, el temprano canto nocturno de los sinsontes, que sonaba en el exterior, el chirrido de los frenos de los camiones, el resonar de los claxons, el sonido intermitente de las máquinas de algún taller, un martilleo lento y brutal, mezclado con el ruido, más irregular, producido por el metal al ser cortado a gran velocidad, una especie de prolongado chirrido.

Staniker salió, por fin, y fue con el coche a un pequeño supermercado, situado a unas manzanas de distancia. Tal como estaba convenido, llamó por teléfono a Crissy, desde una cabina telefónica de la calle, al número
532-1732.
Eran las seis y media.

Después de la tercera llamada, Crissy contestó:

—Diga…

—¿Podría hablar con Charlie?

—¿A qué número llama usted?

Staniker le contestó que al

532-1710.

Las dos últimas cifras eran el número del *bungalow* en que se hospedaba, en Mooney Cottage Court. Crissy le contestó que se había equivocado. Él le contestó que lo sentía y colgó.

Compró artículos alimenticios, cerveza y revistas por valor de treinta y cinco dólares, y volvió al *bungalow* número diez. Aparcó aproximándose cuanto pudo a la pequeña escalinata, a fin de dejar sitio para el pequeño coche blanco de su amiga. Tenía hambre. Se comió la mitad de un enorme bocadillo de embutidos y de queso, pero el siguiente bocado se le convirtió, en la boca, en una bola gelatinosa. Salió, escupió en el lavabo lo que había intentado tragar, sintiendo náuseas al hacerlo. Se desnudó luego, quedando en calzoncillos, puso un ventilador sobre una silla, junto a la cama, para que le lanzase el aire sobre el cuerpo. A la luz de la débil lámpara de cabecera, empezó a beber sorbos de cerveza fría, mientras intentaba leer una de las revistas. Pero tenía que volver continuamente atrás y releer nuevamente lo ya leído porque no lograba poner la atención en ello. Por fin, arrojó a un lado la revista. La cerveza parecía aguada. La noche estaba llegando. Crissy llegaría con la noche.

Le parecía que todo había sido una larga serie de acontecimientos, encadenados unos a otros. Todo había pasado siguiendo el orden establecido. Era como mirar por la ventanilla de un tren y ver pasar una tras otra las estaciones familiares. Todo, desde el día en que zarparon rumbo al Gulf Stream llevando a remolque la *Muñequita*, había sido un plan trazado, que había acabado llevándolo al sitio donde se encontraba. Ahora, era como si el tren se hubiera detenido, como si estuviese en una vía muerta, en alguna parte. Habían desenganchado la máquina y se la habían llevado muy lejos.

La noche estaba llegando y el sargento se acercó a la mesa y encendió la lámpara de gasolina. La válvula crujió, y la camisa incandescente se encendió, produciendo un sonido silbante y

llenando la cabaña con su resplandeciente luz blanca.

Leila Boylston se hallaba sentada, con las piernas cruzadas en un almohadón colocado sobre una caja de madera. Llevaba uno de sus pantalones nuevos, el azul, y una blusa azul y blanca. Bajó los ojos para mirarse los pies, descalzos y llenos de polvo, y prorrumpió en un sollozo. Fue un sonido lamentable, mitad respingo, mitad hipo. Quizás era el último. Era curioso ver cómo podía haber terminado las lágrimas quedando aún dentro tantos sollozos en seco. Leila se notaba la cara hinchada, de resultas del llanto.

Antes de sentarse, el sargento le dio una palmadita en el hombro diciéndole:

—Vamos, vamos…

Lo hizo con tanta timidez y suavidad que la muchacha le dirigió una rápida sonrisa.

—Supongo que estaba intentando recordar algo —dijo—. Me venían imágenes sueltas, como relámpagos, que no tenían ningún sentido. Eran como trozos sueltos del conjunto, y eran terribles. Pero cuando le he visto a usted arrodillado ahí abajo, limpiando el pescado…

Se estremeció nuevamente.

—Dijo usted parte de ello, Missy, cuando hablaba delirando. Aquéllos eran sus malos momentos, era cuando gritaba, sudaba y se revolvía en la cama. Yo creía que tenía pesadillas.

—Fue la última que quedaba. Quizás iba a morir, de todos modos. No lo sé. Salía corriendo del salón, yendo hacia popa, cuando la alcanzó la bala. Era Stel. Stel, que estaba allí, en cubierta. Se la veía a la luz que salía por la puerta del salón, y el yate estaba parado en el agua y se balanceaba sobre las olas, haciendo rodar sobre cubierta cosas sueltas, que iban chocando contra todo y haciendo ruido. Yo estaba sobre el techo del salón, agarrada a la escalera de mano que subía hacia el puente. Stel estaba encogida sobre la caja del pescado, que era grande. Producía un sonido terrible, al respirar. Era algo así como un graznido. Y *él* estaba justo debajo de donde yo estaba. Apretaba continuamente el gatillo de aquella escopeta y disparaba sobre Stel. Y sólo se oía el ruido de los disparos… Ya no quedaban balas, pero él seguía disparando. Disparando y gritando a Stel que se callara. Por fin tiró la escopeta. Era una escopeta que estaba siempre en el puente, sujeta a unas

abrazaderas. A veces, Mr. Bix disparaba sobre latas de cerveza que tiraba sobre la estela dejada por el barco. O sobre tiburones.

—Siga, Missy…

—Echó a correr hacia donde estaba Stel. Intentó cortarle el cuello con el cuchillo de limpiar el pescado. Pero ella tenía la cabeza y el cuello demasiado… caídos. Se le… balanceaban demasiado, para cortarle el cuello. Seguía gimiendo…

—¡Missy!

La muchacha prosiguió:

—De un tirón, *él* la levantó de la caja del pescado y la tumbó sobre sus rodillas. Stel estaba boca abajo. Él la agarró por el pelo hundiéndole los dedos en la melena y le bajó y le volvió a subir la cabeza. Y con el cuchillo le…

Leila se detuvo. Corpo la tenía agarrada por los hombros clavándole los dedos hasta hacerle daño. La muchacha parecía estar oyendo en la cabaña los ecos de su propia voz, demasiado aguda, demasiado alta. El sargento la sacudía.

—Estoy bien. Ahora estoy muy bien. Déjeme terminar —le dijo Leila, ya con su tono normal—. Ahora me acuerdo del final.

—No le hace ningún bien hablar de eso.

—Luego la soltó. La dejó caer al suelo. En medio del charco que se iba extendiendo por el suelo de madera. Yo me alegré de que terminase aquel ruido, aquel ruido que hacía al respirar. Ahora me parece terrible. Terrible, haberme alegrado. *Él*, entonces, se fue levantando, despacio, y me vio. Se sobresaltó mucho al verme. Supongo que ya no se acordaba de mí. Me parece que en aquel momento creía que, al haber terminado con ella, quedaba liquidado todo el asunto. Se acercó despacio a la escalera, sin apartar los ojos de mí. No llevaba el cuchillo. Lo había dejado en aquel… charco. Yo no podía decir ni una sola palabra. No podía moverme. No podía soltar las manos de aquella escalera, ni siquiera cuando *él* se apartó hasta quedar fuera de vista. Luego, volvió a aparecer y se paró. Le asomaba un poco la cabeza por encima del nivel del techo del salón, que era donde yo estaba. Se agarró a la barandilla y se echó hacia un lado para levantar la cabeza y mirarme. Tenía los ojos muy abiertos, muy redondos. En cambio, la parte inferior de la cara, la tenía… blanca y suave. Y me miraba con una sonrisa extraña. La gente habla, y deja caer las palabras como por casualidad, palabras

que saben son importantes; las dicen como si no les dieran importancia, mientras sonríen; y esa misma sonrisa es la que tenía *él*.

Leila calló unos instantes tapándose los ojos con ambos puños cerrados. Después volvió a mirar al sargento, frunció el entrecejo y siguió diciendo:

—Me hablaba con voz *suave*. Intentaba explicarme algo. «Se daba por supuesto que lo haría así —me decía—. No tenía la intención de que me saliese tan mal como me ha salido. Créame, Miss Leila, Crissy me dijo no sé cuántas veces que tenía que hacerlo cuando todos ustedes estuvieran juntos. Formando grupo. Cuando estuvieran sentados a la mesa, comiendo. Pero, cuando empecé, solamente había cuatro. Ustedes deberían haber estado allí. Las dos. Entonces, no se habrían asustado». Le dije que me dejase en paz, por favor. Me contestó, con un tono muy razonable, que no podía. Yo tenía que comprender por qué no podía. Me dijo también que aquello no habría pasado nunca, no hubiera tenido que pasar, a no ser por el dinero. Yo no sabía de qué me estaba hablando. Dijo que se trataba de tanto dinero que Crissy había logrado convencerle para que lo hiciera. Me dijo que no estuviera tan asustada, que no lo mirara de aquel modo. Que pondría mucho cuidado en que yo no sufriese nada, de que no sufriera como había sufrido Stella. Estaba furioso con Stella porque había echado a correr.

—Missy…

—Estoy…, estoy muy bien, sargento. Ahora ya me acuerdo de todo, punto por punto. De pronto, alargó rápidamente la mano y me agarró por el tobillo. Aquello me devolvió el movimiento. Intenté echar a correr, me caí, me solté de un tirón y me dirigí hacia arriba. *Él* me persiguió plantándose en el techo de un salto, como… un animal salvaje. Yo sabía que la única posibilidad de salvarme que me quedaba era arrojarme al agua. Sabía que no podría cogerme, en el mar y de noche. Llevaba puesta una túnica muy bonita. Stel y yo nos habíamos comprado una cada una, en una *boutique* de Nassau. La mía era de color naranja, y la suya, encarnada. Me agarró, cogiéndome por la parte alta de la espalda de la túnica. Eran unas túnicas que quedaban muy sueltas. De tela muy ligera, pero de una trama tupida. Noté que se rasgaba de arriba abajo. Me revolví, saliendo de la túnica y dejándosela en las manos. Al hacerlo, casi

volví a caerme. No llevaba nada, absolutamente nada, debajo de la túnica. Di media vuelta a toda velocidad, y salté al agua desde allá arriba. Cuando vi la canoa, era demasiado tarde. Iba a caer en línea recta dentro de ella. No recuerdo haberme dado de cabeza contra la cubierta de la canoa. Era como si me hubiese zambullido dentro de un… banco de nieve, muy grande y profundo. Y luego, cuando recobré el conocimiento, estaba aquí.

—¿Qué día pasó todo eso que me ha contado?

—Fue el… 13. El viernes 13. No me acordaría de la fecha, si no fuera porque Mr. Bix hizo algunas bromas acerca de que era el día de la suerte. Es fantástico acordarse de eso.

El sargento Corpo contó con los dedos y dijo:

—¡Miss Leila, estuvo usted ocho días yendo a la deriva en aquella canoa, viniendo hacia aquí empujada por el viento del Este! ¡Vaya cabeza dura que tiene! La fiebre se le comía la carne. El sol le cocía la piel y la dejaba despellejada. Missy, debe de tener usted más resistencia que un caimán. Debe de ser una persona de mucha vitalidad y muchas fuerzas. Seguramente, hubo lluvias, que llegaron a tiempo para que pudiera seguir resollando. Missy, no hay ni un hombre entre cincuenta que pudiera resistir esto. Cada día está mejor y más gorda.

Leila lo miró con una expresión suplicante.

—Intente comprender que lo que le he explicado tiene que cambiar, cambiar mucho… nuestros planes. *Tengo* que irme de aquí. Creerán que también he muerto yo. Apostaría lo que fuese a que Staniker creyó que me maté al caer. Supongo que lo lógico sería que me hubiese matado. Aquel hombre estaba *loco*, Sarg. Su cara… ya no parecía la de un ser humano. ¿Qué pasará si no lo encierran? Podría seguir haciendo cosas horribles a personas inocentes. Y sería por culpa de usted, ¿no?

—Es un punto de vista.

—Mi hermano creerá que he muerto. Y Jonathan, lo mismo.

—Así se alegrarán más al verla volver.

—¡Por favor, Sarg! ¡Oh, Dios mío, por favor!

—Bueno, bueno… Por de pronto, nadie puede irse ahora, que es de noche y está todo tan oscuro. Hay tiempo para pensar en eso.

—Cuanto más tiempo me haga quedar aquí, en más jaleos se encontrará metido.

Corpo parecía perplejo.

—No sé cómo puede ser, pero a mí me parece precisamente lo contrario —repuso levantándose—. Ya es hora de que la gente se vaya a la cama. Además, ni siquiera ha abierto la mitad de las cajas que le he traído de la ciudad. Las cosas bonitas hacen que las chicas se olviden de sus problemas.

Era de noche. Gordon Dale estaba empleando las dos mitades de su cerebro en pleno rendimiento. Hacía cómodamente la digestión, sentado en su butaca de cuero, mientras seguía la trama de una película del Oeste que estaban dando por televisión. Mientras tanto, la otra mitad de su cerebro daba vueltas y más vueltas a los problemas especiales del informe que estaba preparando para una causa civil, que se formaría a uno de sus clientes más importantes…, como un cachorro de perro que diera vueltas alrededor de un erizo buscando el lugar más adecuado para clavarle el diente.

Miriam estaba sentada en el diván, escribiendo a su hija casada, que vivía en Atlanta. Dijo:

—De todos modos, si tiene familia, no veo por qué te has de encargar tú de él.

Era una aseveración, pero también una pregunta. Gordon Dale, en cambio, no deseaba preguntarse qué sería lo que su mujer quería decir con aquello. Uno de los pequeños talentos particulares de Miriam era descolgarse de pronto con una aseveración tan oblicua, tan desconectada con cualquier cosa que acabase de decir cualquiera de los presentes, que uno no podía ignorar sus palabras. Se pegaban a alguna capa exterior de la atención marital y allí empezaban a cavar un agujero y a introducirse en el cerebro.

—¿Cómo? —dijo por fin Gordon.

—Aunque no tuviesen ninguna responsabilidad *ante la ley*, me parece que tendrían que ocuparse de lo que es suyo.

El marido suspiró. Volvió a colocar el informe sobre un estante, en algún apartado rincón de su cerebro. Al mismo tiempo, cuando los vaqueros del rancho lograron encontrar, por fin, la pista de la yeguada robada, en el extremo más lejano del cañón, el viento había levantado la arena y borrado todas las huellas. Empezaron a

dar vueltas por allí, discutiendo unos con otros.

—¿La familia de quién, querida? —preguntó Gordon Dale—. ¿De qué estás hablando?

—¡Vamos, teniente…! —dijo Miriam.

Gordon Dale supo entonces, resignándose a ello, que iban a tener otra pequeña conversación acerca de Corpo. Le habían hecho capitán antes del día de la Victoria, y al licenciarle lo habían ascendido a comandante. Pero le impacientaban los títulos (o grados) de cortesía, así como los hombres, irremediablemente infantiles, que conservaban frescos los recuerdos de fraternidad escolar, de triunfos futbolísticos o de hazañas guerreras.

—Corpo no tiene familia —dijo.

—Al parecer, es lo que *él* te dijo.

—No, querida. De veras. Cuando descubrí que aún vivía, después de creerlo muerto durante unos años, los médicos dijeron que no constituía un peligro para nadie, pero que necesitaba alguna ayuda exterior. Intentaron encontrar en Georgia a alguien, a cualquiera, que pudiera ocuparse de él. Busqué en una guía y encontré a un conocido de la Escuela de Derecho que trabaja en aquella comarca y le hice comprobar el asunto. No tiene a nadie de familia.

—Entonces, es muy extraño lo que ha pasado, desde luego.

—¿Qué es, exactamente, lo que es extraño? ¿Qué ha pasado, querida? —preguntó, con paciencia, Gordon Dale.

Miriam apartó a un lado la carta, que aún no había terminado.

—Estaba, esta tarde, en la peluquería, y me atendió Jeanie. Es la chica que te dije. Muy bonita, y también muy eficaz en su trabajo. Su mejor amiga trabaja en esa *boutique* del «Sea Crescent Circle». En la «Doll House». Tienen magníficos objetos de deportes. La amiga de Jeanie se llama Andra nosecuantos, y todo el mundo la llama Andy. Bueno, pues el caso es que anteayer, el miércoles, tu sargento alborotó toda la tienda.

—Mira, Miriam, si Corpo hubiera armado algún jaleo en cualquier parte de la zona de Broward Beach, la Policía me habría llamado.

—¿He dicho que hubiese armado algún jaleo? ¿He dicho eso?

—Has dicho que alborotó.

—Que alborotó toda la tienda. Eso sí. Puedes suponer lo raro

que les debió de parecer a todos verle entrar en un sitio como aquél. Por lo menos, no llevaba aquella barba tan estrambótica. Pero aquel cabello cortado tan desigual, la abolladura en la frente y aquellos ojos de fantasmón fueron suficientes para que las chicas dieran un salto, según dijo Jeanie. Cuando le preguntaron qué quería, sacó algunas listas de cosas, las fue mirando, separó una que decía «Ropa», y se la tendió a la dependienta. Cuando la dependienta vio que había apuntadas muchas cosas, se la llevó a Mrs. Wooster, la dueña de la *boutique*. Mrs. Wooster salió de la trastienda y dijo al sargento que todo aquello costaría mucho dinero. Y el sargento se sacó del bolsillo un fajo de billetes verdaderamente fantástico y dijo que con aquello habría bastante. Tenía un taxi esperando fuera. Dijo que iba a ser el cumpleaños de su hermanita, que estaba en Georgia, y que quería enviarle muchas cosas bonitas. Andra dijo a Jeanie que la lista estaba escrita con letra de chica, y que, a juzgar por la talla de la ropa, debía de ser una chica menuda, de talla ocho o diez. Era una lista muy larga. Ropa interior, blusas, *shorts*, pantalones largos, sandalias, faldas, un jersey…, un poco de todo. Mrs. Wooster lo escogió todo, y Jeanie dijo a Andy que podría haber pedido el doble de dinero del que pidió, pero aun así, como la tienda es cara, la cuenta subió casi a trescientos dólares. Al sargento, no le importó nada. Tenía también una lista para la farmacia y otra para la tienda de comestibles. Andy dijo a Jeanie que, en el cambio que le devolvió Mrs. Wooster, parecía haber centenares de dólares, y cuando hubo salido la dueña habló de él a las chicas y les dijo que tú eres una especie de guardián suyo, o algo parecido, y por eso me explicó Jeanie todo esto. Empezó a hablarme de este asunto creyendo que, probablemente, yo ya estaba enterada de todo. Por eso te dije que su familia debería buscarle y ocuparse de él.

—Tal como vive, Mim, no se trata de una responsabilidad muy pesada.

—Supongo que recogió su cheque el miércoles, en tu despacho.

—Cuando yo llegué allí, lo encontré esperándome. Me fijé en que se había afeitado la barba, y le iba a preguntar a qué se debía eso, pero parecía tener mucha prisa. El cheque que recoge en mi despacho y pasa a cobrar después, siempre que viene por aquí, es el del mes anterior. Porque a veces se desorienta un poco y viene

antes de la fecha, así es que conseguí este arreglo para ahorrarle viajes inútiles. No creo que le haga ningún bien venir muy a menudo a la ciudad. Le aturde y le agita demasiado.

—¿Y anda de un lado a otro con todo ese dinero encima?

—Mira, querida, hace tiempo que he desistido de intentar hacerle meter el dinero en un Banco. Desde luego, recibe más que lo que necesita para vivir, con su pensión de incapacidad total. A estas horas, debe de tener ahorrado un buen pico, y supongo que lo tendrá guardado en tarros de conservas esparcidos por toda esa dichosa isla. Tal vez no debería pasearse llevando encima centenares de dólares en metálico, pero no se me ocurre ningún sistema eficaz para evitarlo. Y tampoco se me ocurre ningún deporte menos fructífero que el de intentar quitarle ese dinero.

—Si no tiene familia, supongo que hay alguna chica que se lo está sacando de una manera o de otra.

—Lo comprobaré ahora mismo.

Mientras se encaminaba hacia el teléfono del dormitorio, se dijo que había bastantes posibilidades de que uno u otro de los hombres con quienes quería hablar estuviera de turno en la Jefatura. Cuando le contestaron, pidió que le pusieran con el despacho de servicio, del sargento de detectives Lamarr, o del sargento de detectives Dickerson. Este último estaba allí, pero ocupado en un interrogatorio, y dijeron que ya llamaría. La llamada llegó al cabo de quince minutos.

—¿Dave? Te habla Gordon Dale. Estoy un poco preocupado por nuestro Robinson Crusoe.

—Si hubiese alguna queja acerca de él, Mr. Dale, no cabe duda de que yo lo habría sabido. No ha habido nada desde hace mucho tiempo.

—Cuando estuvo en la ciudad, el miércoles pasado, parece ser que gastó casi trescientos dólares en ropa para una chica. La compró en la «Dolí House». La chica no iba con él. Llevaba una lista. Me hace el efecto de que ha encontrado a una persona muy hábil, en ese sitio del puerto.

—¿En «Shanigan's»?

—Sí. Debe de ser una mujer de cuerpo menudo, de la talla ocho o diez.

—¡Es extraño! No creo que Harry sea tan estúpido como para dejar que cualquiera de ellas despliegue sus habilidades con Corpo. Puse las cosas claras hace mucho tiempo. Harry lo recuerda muy bien. Le dije que si su personal intentaba alguna vez trasquilar a ese pobre muchacho, o si esas semiprostitutas que van por su establecimiento engatusaban al sargento con sus trucos, el Departamento de Servicios Reguladores descubriría allí muchas cosas caras que no tenían por qué estar, cosas suficientes, tal vez, para tener que irse con la música a otra parte, porque no se puede hacer ninguna excepción.

—¿No podría haber ido Corpo a algún otro sitio?

—Mr. Dale, tiene un aspecto muy poco agradable para que le sirvan en un bar bueno, y todos los establecimientos están enterados de la orden de no servirle. Y le conocen de vista. Ya me enteraré. Pero si quisiera hacer una suposición, diría que alguna buscona lo está desplumando sin que Harry se entere. Tal vez alguna recién llegada a la ciudad. El paso siguiente será pedirle dinero para la operación de su mamaíta, vieja y postrada en cama.

—Dave, te agradezco que me ayudes a librar de timos al viejo Corpo, todo lo que podamos.

—Fue una guerra larga, y mucha gente recibió heridas en la cabeza, y a mí me hubiera podido pasar lo mismo que a otro cualquiera. Bueno, Mr. Dale, hoy tenemos una noche muy ocupada. ¿Le va bien que le dé el informe mañana por la mañana?

—Estaré en el despacho desde las ocho y media hasta un poco después de las once. Y muchas gracias.

Era de noche, y Jonathan Dye despertó sobresaltado al oír volar un pájaro acuático por encima del *catamarán* anclado, un pájaro nocturno que lanzaba unos gritos atemorizados de agonía. Jonathan volvió a echarse y miró hacia arriba, hacia las innumerables estrellas. Estaban anclados sobre los bancos de arena. La brisa soplaba con fuerza suficiente para lanzar pequeñas olas contra los cascos. Se oía, casi imperceptiblemente, un pequeño choque, de vez en cuando, y Jonathan comprendió que, al bajar la marea, estaban empezando a tocar el fondo de arena, tal como Stanley Moree había dicho que sucedería. Por la mañana, se encontrarían varados en

tierra firme, y Stanley se quedaría en la embarcación, mientras Jonathan partiría para explorar las cuatro pequeñas islas y los montículos arenosos a los que se habían acercado mientras se ponía el sol.

Alargó la mano y se palpó los músculos de las piernas. Hasta entonces, nunca había alcanzado un grado tan elevado de condiciones físicas. No podía calcular cuántas millas había recorrido, caminando por aguas poco profundas, o nadando cuando había más profundidad. Nunca hubiera supuesto que su piel, cetrina y resistente, pudiera broncearse al sol. Pero parecía oscurecérsele más de día en día. Sabía que había perdido peso, pero no podía calcular cuánto.

Contempló a Stanley Moree, inmóvil y dormido a cierta distancia de él, sobre cubierta, hacia la proa de la embarcación, y sintió gratitud y afecto. Jonathan sabía que Sam Boylston, al contratar la barca, no había tomado en serio aquel viaje, que le parecía una fantasía dictada por la inquietud. Sam no había ocultado enteramente lo que pensaba de ello. En cambio, Stanley no le había dado a entender nunca, ni lo más mínimo, que no creía en aquella búsqueda. No le decía palabras de aliento, ni hacía predicciones que pudieran animarle. Hubieran parecido falsas. Se ocupaba sólo de su trabajo. Sugería cosas prácticas. Trabajaba, en aquel asunto, tanto como Jonathan. Se había perdido por el mar un objeto de valor, y debían encontrarlo. Jonathan se preguntaba, a veces, si era la amable cortesía propia de los habitantes de las Bahamas la que motivaba la actitud de aquel hombre, o si éste creía realmente lo mismo que él. No se había atrevido a preguntárselo, temeroso de que Stanley se estuviera limitando sólo a seguirle el humor, como se hace con los locos.

Pero Stanley había encontrado, dos días antes de aquel en que se hallaban, la llave de un depósito de combustible. Había visto el pequeño objeto a una distancia fantástica, a la intensa luz de la media mañana, sobre la vertiente arenosa de una isla lo suficientemente grande para que pudiera echar raíces en ella un solo arbusto, no mayor que un balón de los que se emplean para jugar al baloncesto. Vio un flotador blanco y cilíndrico, del tamaño de la mitad de una lata de cerveza. Salía de él una corta cadena de metal, de la que pendía una llave de bronce, la llave de un depósito

de los que se emplean en los barcos para el combustible.

Stanley la había examinado cuidadosamente frotando las partes que había empezado a cubrir la vegetación marítima. También se había fijado en lo corroídas que estaban las partes metálicas. Y había dicho que llevaba en el agua menos de un mes, que el viento que había soplado últimamente y las mareas de por allí podían muy bien haberla traído del Este por encima del Gran Banco y que parecía proceder de un barco grande y bueno. No se podía asegurar que procedía del *Muñeca*. Pero casi se podía estar seguro de ello.

Jonathan recordó una loma cubierta de césped, en Texas, una noche fría, de cielo tachonado de brillantes estrellas. Leila estaba a su lado, tendida boca arriba, dándole la mano. Un
año-luz
equivale, aproximadamente, a seis trillones de millas. El más débil rayo de luz procedente de la nebulosa más cercana ha estado en camino ciento treinta y siete mil años, viajando en dirección a nosotros a una velocidad de seis trillones de millas por año.

—La luz que sale ahora de mí —había dicho Leila—, ¿quién la verá? ¿O *qué* la verá? ¿Brillará, tal vez, sobre un montón de cenizas?

—No lo sabemos, ni nos preocupa.

—De manera que hemos de preocuparnos sólo del momento presente, ¿eh? Y maravillarnos. Jonathan, la luz que viene de allí brilla dentro de mis ojos, y yo la devuelvo. No importa que sea demasiada poca luz para medirla, o que no haya nada allí para medirla, o que nadie, ni nada, se interese por ella. El caso es que está camino de regreso hacia allí. ¡Que tengas buen viaje! ¡Que no te sientas sola!

—Eres una loca.

—Será mejor que me des un beso, o me enfadaré.

Jonathan, tendido sobre cubierta en el *catamarán*, se volvió de lado, pensativo.

«Te encontraré mañana —se dijo—. Si hubieras muerto, la brisa de la noche no sería tan suave, ni las estrellas tan brillantes. Si hubieras muerto, yo no podría sonreír al acordarme de estos inesperados giros de tu pensamiento. Todas las estrellas se apagarían, y se levantaría el viento, desencadenando un temporal que no terminaría nunca».

Era cerca de medianoche. Raoul Kelly, que salía del cuarto de baño, camino de su habitación, oyó sonar el teléfono y aceleró el paso.

—Raoul —oyó decir a Sam Boylston—, escuche… No nos habíamos equivocado en ese asunto de Staniker.

Parecía disgustado y propenso a irritarse.

—¿*Ella* hizo lo que creíamos?

—Exactamente lo mismo que dijo usted, y, aunque yo ya sabía que podía pasar, no podía hacer nada. Salió de la casa a eso de las once de la noche. Me escondí a toda prisa. No encontró tanto tránsito de coches como había encontrado Staniker. Pero tropezó con un ligero embotellamiento, pasó a la izquierda, a toda prisa, bajó por la rampa y me despistó. Intenté volver a encontrar sus huellas, pero es imposible. Le estoy llamando desde la cabina telefónica de una gasolinera. Creo que voy a volver a la casa y a esperarla allí, para ver a qué hora vuelve.

—Así, pues, Staniker comprendió de pronto que estaba a punto de pasarse de listo.

—Ha obrado con habilidad. Pero, al mismo tiempo, tontamente.

—Muy tontamente. Seguro. Los hemos perdido a los dos.

—No. Estoy pensando que las personas más hábiles acaban sudando tinta cuando se las pone en un buen aprieto. Se presentan, aquí y allí, pequeñas cosas en las que pueden caer, pero pueden dar una explicación perfectamente razonable a todas ellas. Pero, al cabo de un rato, empiezan a pasarse de la raya. El jurado empieza a preguntarse el porqué de *tanta* conducta extraña. Entonces se llega a la técnica del «dio la casualidad de que…».

—¿Cómo?

—Mire, señor abogado defensor, *dio la casualidad* de que usted decidiera no preocuparse del partido aquel miércoles por la noche, después de no haber perdido un partido de la liga en toda la temporada, y *dio la casualidad* de que decidiera volver al despacho aquella noche, a terminar el informe, y *dio la casualidad* de que se desviara doce millas de su camino para pararse a tomar una cerveza, en su camino de regreso a su casa, y *dio la casualidad* de que tuviera una maleta llena de ropa por si se presentaba el caso de tener que hacer repentinamente un viaje de negocios, y *dio la casualidad* de que…

—Ya comprendo. Pero usted dice que, sea como sea, no puede instruir una causa.

—¿Cuál es la historia de su novia?

—He recibido aviso, en una oficina, de que no puede haber ningún motivo para que se despida, Sam. Tiene muy buenas referencias. Debe un gran favor a un amigo mío. Puede confiar en ella. Lo que hará será ofrecer trabajar por la mitad del sueldo que ahora tiene, aproximadamente, con la idea de que eso la dejará en libertad. Y cuando hayamos adelantado algo más que ahora, puede dejar el empleo.

—¿Y si la Harkinson se opone a ello?

—Entonces, sabré que tengo que sacar a Cisca rápidamente de allí.

Capítulo XIX

Un golpe dado en la puerta despertó a Staniker. Tenía la sensación de que llamaban desde hacía un rato. Tardó un poco en comprender dónde estaba. Consultó su reloj, el único objeto personal suyo que había sobrevivido a la catástrofe. Era sumergible, con cuerda automática y resistente a los choques. Era medianoche, y en el pequeño agujero que se abría en la esfera, sobre el 6, la fecha estaba cambiando de 3 a 4.

Staniker recorrió el pasillo, atravesó el cuarto de estar, que estaba a oscuras, y miró hacia fuera, por la ventana, antes de acercarse a la puerta. El blanco coche de Crissy estaba allí, junto al suyo. Corrió el cerrojo de la puerta y la abrió.

—¡Dios mío! —exclamó Crissy en voz baja, pero con tono irritado—. ¿Pensabas tenerme esperando toda la noche?

—Lo siento. Me quedé dormido.

—Sí, claro, te quedaste dormido. Esta casa está caliente como un horno.

Llegó a Staniker la fresca oleada de su perfume. La cara y el cabello de Crissy formaban como una luminosidad en la oscura habitación.

—Hay un ventilador en el dormitorio.

Ella le siguió.

—¿Ha salido todo según nuestros proyectos, Garry? ¿Tal como lo habíamos pensado?

—No.

Crissy habló en tono algo más alto, y más aún al entrar en la habitación.

—Pero *lo* tienes, ¿no? ¿*Lo* tienes? Y está en un sitio seguro, ¿verdad?

—Está en un buen sitio.

—¿Cuánto hay?

—No lo conté. ¡Mucho! Quizá más de lo que dijiste. No lo conté. Lo suficiente para que le dé a uno vueltas la cabeza con sólo

mirarlo. Creí que conocías la cantidad exacta.

—¿Entonces mintió? O tal vez gastó algo en alguna cosa. Has esperado mucho tiempo. Casi me has hecho enloquecer esperando y haciendo toda clase de suposiciones. Llegué a creer que no habías podido hacerlo.

Staniker se sentó en la cama, con la mente aún embotada por la pesadez del sueño. Levantó las piernas, hasta ponerlas en posición horizontal, y se tumbó.

—Lo hice.

Crissy iba de un lado a otro, agitada. Llevaba un vestido sencillo de algodón, de un tono azulado que realzaba el dorado matiz de su piel tostada por el sol.

—Estos *bungalows* son más cochambrosos de lo que yo recordaba —dijo.

Se sentó a los pies de la cama, frente a Staniker, y cruzó las piernas, dejando a la vista las rodillas, suaves, redondas y tostadas.

:—No tienes muy buen aspecto, capitán. Pareces estar débil.

—Es que he estado en el hospital.

Crissy hizo una mueca de disgusto.

—¿Qué es eso que llevas en la pierna?

—Una especie de pomada para mantener flexible la piel nueva que va saliendo.

—¿Te volverá a crecer el vello en esos sitios y en el brazo?

—El doctor cree que no.

—Habrás perdido aquella belleza que dejaba sin aliento a las mujeres. Pero ahora eres rico. ¿Te parece justo el trato?

—Crissy, todo no salió…, no salió como creí que iba a salir. Fue diferente. No puedo recordar todas las partes del plan que he seguido.

—Esperaste demasiado.

—Tenía que ocurrir todo en el sitio más conveniente. Salió mal.

Crissy lo miró con atención.

—Pero han muerto todos, ¿no?

—¡Ah, eso sí! Han muerto.

—Y el dinero está a salvo. ¿Dónde está? ¿Dónde me has dicho?

—No…

—¿Qué te pasa, Garry? ¿Por qué no?

Staniker, que tenía la vista fija en la pared qué había detrás de

Crissy, frunció el entrecejo al contestar:

—Creo que me empezó a salir mal la cosa con Mary Jane. Estaban todos abajo, cenando. Puse el piloto automático y bajé por la escotilla de proa. Mary Jane estaba en la cocina. Le hice seña de que se acercase. Vino hacia los camarotes de la tripulación y me preguntó qué quería. Le puse las manos en el cuello. No la miré. No quería ver aquello. Cuando hube terminado…, y fue bastante largo…, la empujé. Cayó sobre la litera. Le quedó el cabello enredado en el ventilador, que estaba en marcha. El ventilador se paró. Producía un zumbido, y apestaba. Cuando volví a pasar por la escotilla, no pude calcular cuánto tiempo había pasado. No sabía cuánto tiempo había estado allá abajo.

—Puedes ahorrarme los detalles.

—Tenía miedo de haber tardado mucho y pensé que tal vez estábamos ya demasiado cerca de los arrecifes de coral. Corrí por el pasillo lateral de cubierta. Pude verlos a todos abajo, cenando. Subí a toda prisa al puente. La sonda no señalaba aún que nos acercásemos a aguas poco profundas. Yo llevaba el rifle. Empecé a aminorar la marcha del barco y entonces pensé: «¡Qué demonios! Están todos abajo y no pueden hacer nada para remediar lo que sea». Apagué los faros giratorios, paré los dos motores, bajé a toda prisa y entré en el salón. Cuando se sentaban a la mesa, ocupaban siempre los mismos sitios. Era una mesa adosada a la pared por un extremo, cara a popa. Carolyn, en la butaca que quedaba más lejos de la puerta, Bix en la que quedaba más cerca. Roger, al otro lado de la mesa, frente a Carolyn; Leila Boylston, a su lado, frente a Bix, y Stella, en uno de los extremos, mirando hacia la pared. El barco no se había parado todavía, así es que no se balanceaba mucho. Apunté primero a Bix, a la cabeza. Le di en la cara. Bajó la cabeza, dejándola caer sobre el plato. Roger se volvió y casi se levantó para encararse conmigo, y la bala le dio en el hueso de la frente, sobre el puente de la nariz, echándole hacia atrás la cabeza, con lo que se le rompió el cuello. Al llegar a este punto, yo estaba pensando que las dos chicas no estaban allí. No había tenido la oportunidad de echar un vistazo al interior, antes de entrar. Carolyn chillaba, intentando salir arrastrándose por encima de los hombros y de la espalda de Bix. Ni siquiera recuerdo haber disparado, pero los gritos callaron de pronto y Carolyn se deslizó, por decirlo así, sobre su marido,

cabeza abajo, en dirección al extremo abierto de la mesa, y luego se deslizó hacia el suelo, de cabeza, entre la mesa y el banco, hasta que el cuerpo dejó de caer, porque las caderas no pasaban por allí. Sus piernas quedaron sobre la espalda de Bix, y una de ellas se movía dando puntapiés.

—¿Dónde estaban las chicas?

—Lo único que se me ocurre es que, seguramente, tuvieron que ir al lavabo, y Stel fue al que se encontraba pasado el camarote del dueño, y Leila siguió adelante, hacia el que estaba más lejos. El barco empezaba ya a balancearse hacia un lado y hacia otro, y el cuerpo de Carolyn, cogido entre la mesa y el banco, se desprendió y cayó debajo de la mesa. Stel entró corriendo, en aquel momento, y, al verlos, se detuvo, los miró con los ojos muy abiertos y luego me miró y quiso salir a cubierta dando una vuelta a mi alrededor, para salir por la puerta. Cuando apunté hacia ella, echó a correr. Disparé rápidamente, la alcancé, y el disparo la hizo caer sobre la caja del pescado, que estaba arrimada al peto de popa, pero… no la mató. Empezó a respirar ruidosamente. Volví a apretar el gatillo, y creí que disparaba, pero no oí ningún tiro. Pensé que había seis balas en la recámara. Estaba seguro de eso. Pero sólo estaba seguro de haber disparado cuatro. Tal vez disparé cinco veces, contra las tres personas que estaban sentadas a la mesa, sin saberlo. Ahora, tenía que hacer cesar aquel ruido. No podía soportarlo, y no tenía tiempo de ir a buscar más balas. La…, la degollé.

—¡Dios mío! ¡Garry!

—No supe que lo estaba haciendo hasta que… lo hube hecho.

—¿Dónde estaba la chica Boylston?

—Según mis cálculos, oyó los tiros y fue más lista. Salió a cubierta por la escotilla. Tuvo que ver a Mary Jane allí. Y… no era ningún espectáculo agradable. Luego, desde encima del techo del salón, me vio terminar con Stel. La seguí, casi logré cogerla, y luego la agarré por el vestido que llevaba. El vestido se rompió de arriba abajo, y ella se tiró al agua antes de que yo pudiera pararla. Cayó de cabeza sobre la canoa, que se había acercado a nosotros, quedando apoyada sobre el costado del barco, desde que éste se había parado. Leila no la vio hasta que se tiró. Dio de cabeza contra uno de los motores, y aquello la mató. Le destrozó la cabeza, le rompió el cuello, o las dos cosas a la vez. Decidí que me ocuparía de

ella más tarde para no perder el tiempo. Recordé la pequeña áncora de emergencia que había a bordo de la *Muñequita*. Era lo suficientemente grande para hundirla, cosa que me resultaría más fácil que izarla a bordo del yate. Fui a buscar el dinero. Estaba en una maleta de aluminio. Sabía que podía seguir los planes tal como los habíamos trazado y terminar lo empezado. No sabía cuánto nos habíamos acercado a tierra. Subí al puente, miré la sonda y di un salto. Marcaba ochenta pies. El viento había llevado el barco demasiado cerca de tierra y, en cualquier momento, una ola podía levantarlo y volver a dejarlo caer sobre un arrecife de coral. Tienes que comprender por qué hice lo que hice.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué luciste?

—Aquello me atormentaba. Todos aquellos muertos y todo aquel silencio. Volví a poner en marcha los motores, los puse a ciento ochenta por hora y salí de allí. Volví a recorrer lo andado, hasta llegar a un sitio de una profundidad, tal vez, de dos millas. Volví a parar los motores, bajé a cubierta, arrastré a Stella al interior y los até a todos ellos a partes sólidas. Lo hacía de prisa, porque antes había bajado a la sentina y la había abierto. Notaba cómo se movía pesadamente el barco, balanceado por las olas. Entonces, me metí la botella de gasolina (una botella de *whisky* de media pinta) en el bolsillo del pantalón, y salí a cubierta llevando la maleta. Cuando salía, las luces vacilaron y se apagaron al cubrir el agua los cables de la batería. Fui hacia popa, miré hacia abajo y vi que la *Muñequita* ya no estaba. Cogí el extremo de la amarra de remolque, que había atado a una abrazadera, y vi que se había ido rozando y desgastando por un punto, y me di cuenta de que ni siquiera había pensado en la posibilidad de cortar aquel cabo cuando di la vuelta. Ya no pude ver la canoa por ninguna parte. Probablemente, se había quedado atrás, en el lugar donde di la vuelta.

—¡Maldita sea! ¡Eres un loco! ¡Un loco estúpido!

—Cogí mi cuchillo pensando que tal vez podría soltar el bote cortando las amarras. Estaba amarrado hacía proa. Pero el barco estaba empezando a moverse y a temblar, y vi que iba a ponerse en marcha, arrastrado por la corriente. Podía llevárseme. Cuando pensé esto, salté por encima de la borda y empecé a nadar. Afortunadamente, la maleta era impermeable. No era tan ligera como para mantenerme a flote, pero flotaba por sí sola. La empujé

delante de mí. Nadé hasta que me sentí arrastrado por una corriente. Entonces me volví y vi que el barco había desaparecido. No quedaba absolutamente nada de él. Yo no había oído lo más mínimo. Hubo entonces un fuerte

glu-glú

y espuma, al subir a la superficie del mar una gran burbuja de agua. Nadé un poco por allí. Encontré flotando sobre las olas algunos almohadones de espuma. Recogí dos y luego vi algo de color más claro. Era la colchoneta de espuma de Stella. Me sostuvo bien. Por la dirección del viento y por las estrellas, supe qué rumbo había de tomar. Cuando amaneció, encontré que estaba un poco demasiado hacia el Norte. Me dirigí hacia la Joulter del Sur, dejé la colchoneta flotando sobre el agua y fui hacia tierra con el dinero. Lo que me preocupaba era que hubiera barcos por allí alrededor, anclados o más abajo, hacia los bancos de arena. Al llegar a tierra, eché a correr, tiré la maleta dentro de una espesura de arbustos y la escondí amontonando arena sobre ella. Después empecé a andar, siguiendo la línea de la costa. Nada a la vista. Subí al punto más alto y no pude ver un barco por ninguna parte. Esto quería decir que se me presentaba la oportunidad de buscar un buen sitio donde ocultar el dinero.

—¡Dios mío! Garry, si alguien tuviera la más mínima sospecha de esto, irían a esa isla y…

—¿Por qué habrían de sospechar nada? Es un buen sitio. Hay allí algunas colinas rocosas. Hay mareas altas. Vi una gran caldera enmohecida. Debe de proceder de un naufragio que tuvo lugar hace mucho tiempo. De un barco bueno y de gran tamaño. Para empujarla tierra adentro, hacia las rocas, tuvo que haber un huracán. Quizá pesa un par de toneladas. Uno de los extremos está cubierto de herrumbre. Ese extremo está medio enterrado en la arena y medio lleno de arena. Me metí el cuchillo en el cinturón. Lo empleé para cortar un arbusto que bloqueaba el camino hacia el extremo abierto de la caldera. Luego, hice un gran hoyo en la arena seca que rellenaba la caldera, metí la maleta dentro y la volví a tapar con arena que amontoné sobre ella, aplanándola después con la mano. Y volví a plantar el arbusto en el mismo sitio. También borré las huellas que había dejado en la arena, y me alejé de allí. Es un escondite seguro. El dinero está bien allí mientras queramos

dejarlo.

—Pero, ¿qué le pasó a la canoa en que iba la chica Boylston?

—No lo sé. No comprendo cómo no la encontraron cuando la buscaron desde el aire. Creí que tendría que explicar algo acerca de eso cuando me llevaron a Nassau. Pero, mientras estaba en la isla se me ocurrió una explicación que podría dar, si me preguntaban.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Se te ocurrió una explicación?

—Sabía que había muerto. Así es que tendría que presentarlo como una de esas cosas raras, que pasan por casualidad. Como si hubiera salido a cubierta justo antes de la explosión del *Muñeca*. Yo no la había visto. El estallido la arrojó seguramente al aire, le arrancó la ropa y la tiró dentro de la canoa que llevábamos a remolque. Me preocupaba pensar que no le encontrarían ninguna quemadura. Después, cuando vi que no la habían encontrado aquella semana, pensé que, cuando la encontraran, no podrían hablar mucho de quemaduras que tuviera o no tuviera.

—Pero, ¿por qué no la encontraron? ¿Qué pudo pasar?

—La corriente debió de llevarse la canoa muy de prisa. Era demasiado ligera de peso y tenía condiciones demasiado buenas para hundirse. Debió de quedar siempre a flote. Pudo pasar que como era una canoa bonita y nueva, y valía más de diez mil dólares… En estas islas hay gente muy salvaje que puede haber puesto un peso al cadáver y arrojarlo al mar. Luego habrán llevado la canoa a una de esas ensenadas de Andros cubriéndola con arbustos y ramaje y esperarán que todo ese jaleo se apacigüe.

Crissy movió lentamente la cabeza.

—Suerte, capitán. Tuviste mucha suerte. Al parecer, estuviste a punto de morir por las quemaduras y por tanta exposición al sol. ¡Ah, sí, desde luego, es tener mucha suerte! Pero si hubieras muerto, tal vez el dinero se habría quedado allí para siempre. Lo escondiste muy bien.

—Escucha cómo me quemé… Encontré en la playa un pedazo de tela vieja. Lo até al extremo de un palo y lo empapé de gasolina. Las cerillas estaban secas. Cogí él palo con la mano izquierda y paseé la llama por mi lado derecho. Al sol, casi no se veía la llama. Se podía oler la peste que despedía el vello, al quemarse. No parecía haber durado bastante la operación, ni me dolía mucho, así es que cogí más gasolina y volví a hacerlo todo igual que la primera vez. Luego,

enterré la botella, las cerillas y el pedazo de tela en la arena. Las quemaduras me empezaron a doler bastante. La mañana siguiente, la cosa estaba peor. Las quemaduras tenían tan mal aspecto que me asusté.

Crissy se echó a reír.

—Bueno, ¿qué es lo que te divierte? —gruñó Staniker.

—Pienso en ese dinero. Me da mucho gusto pensar en él. Hace que me vengan ganas de reír y de bailar. Está allí, oculto, y nos está esperando. Pareces estar de tan mal humor… ¿No te da gusto pensar en eso?

—¡Sí, seguro! Es algo estupendo.

—¿Qué es lo que no funciona?

—Seis personas muertas… Son muchas. Sin darme cuenta, no puedo dejar de pensar que Mary Jane se estará preguntando dónde demonios estoy. Tengo la sensación de que debería telefonearle. Y luego, de pronto, me acuerdo de todo. Crissy, tú no sabes cuántas son seis personas muertas. Más de las que crees.

Ella lo miró fijamente.

—Lo hiciste muy bien. ¿Por qué estás de tan mal humor pensando en eso? ¡Ah, vamos…! ¿Esperabas que te demostrase mi gratitud? ¡Está bien, voy a demostrártela! Pero quítate primero esa pomada con una toalla. Tiene un olor raro.

Se levantó y alzó los brazos para desabrocharse el vestido y correr la cremallera de la espalda.

—No, no he querido decir eso —repuso vivamente Staniker.

Crissy lo miró y, acercándose a la cabecera de la cama se inclinó y puso la boca sobre la de él. Al cabo de un momento, volvió a erguirse.

—Cuando el hombre dice que no juega es realmente que no juega.

—Lo siento.

—¿Por qué has de sentirlo? Hace demasiado calor aquí dentro, de todos modos. Yo iba a tener contigo un detalle Llamémoslo gratitud. Pero puede esperar.

Se alisó la falda y volvió a sentarse en el mismo sitio en que había estado antes.

—¿Qué hay que hacer ahora?

—¿No te acuerdas? Lo que dijimos. Quédate aquí escondido.

Nadie debe volver a vernos juntos nunca más.

—Ya está hecho. ¿Dónde está la diferencia?

—¡No seas tan torpe! *Alguien* estaba metido en ese asunto, con Bix. Gente como Bix, como el senador, como esos otros compinches suyos, no confían en nada, ni en nadie. Creerán que todo ha sido una estratagema para conseguir el dinero. Y cuando te encuentren a ti, encontrarán también mi rastro y me seguirán. Sé mentir mucho mejor que tú y sé dominar la situación. ¿Te ha seguido alguien hasta aquí? ¿O ha intentado seguirte alguien?

—No lo sé.

—No te habrás olvidado de venir tal como ensayamos, ¿verdad?

—No, lo he hecho tal como habíamos previsto. Estuve a punto de volverme loco, pero lo he hecho.

—Pues yo no estoy segura de que me haya seguido alguien. Pero pudiera ser que sí. Todo el tiempo ha venido detrás de mí un coche que me ha infundido sospechas. No nos arriesguemos. Es ahora cuando hemos de tener más cuidado. Créeme. Alguien puede estar haciendo cébalas, queriendo sumar dos y dos e intentando por todos los medios sacar siete. Créeme y confía en mí. Hasta ahora, lo has hecho todo muy bien. Recuerda que podría costarme el pellejo también a mí. Sé buen chico. Sé que lo que pasas es algo muy deprimente, pero me escabulliré de vez en cuando hasta aquí y te daré ánimos. Piensa en cómo nos arreglaremos para ir a buscar el dinero.

Staniker se levantó lentamente, fue al escritorio, sacó de uno de los cajones el cheque de la *Banner* y se lo tendió a su amiga.

Ella lo miró y levantó luego los ojos hacia él.

Preguntó:

—¿Qué demonios es esto?

—Es un relato personal y exclusivo de la malhadada travesía del *Muñeca*. Yo soy el único testigo.

—¿Estás loco?

—¿Por qué te enfadas? ¿No ves que, con esto, se mantiene alejado al resto de la gente? En cuanto firmé este contrato supieron que ya no tenía ninguna utilidad hacer preguntas.

—¡Pero no tendrás la intención de cumplir ese contrato!

—¿Por qué no?

—¡Idiota! Es necesario que ese asunto quede olvidado tan pronto

como sea posible. ¿Y por qué crees que necesitas ese dinero?

—Creí que era natural que hiciera eso.

Discutieron unos minutos. Staniker habló de su promesa a Hal Wezler y del lugar donde estaba éste. Crissy permaneció silenciosa y pensativa unos instantes. Después dijo:

—No puedes hacer eso, Garry, porque no tardaremos mucho en ir a buscar ese dinero. Es demasiado arriesgado dejarlo en la isla en que te encontraron. Yo daba por supuesto que lo llevarías a algún sitio mejor. Cuando hicimos nuestros planes, pensábamos dejarlo en algún escondite mejor que ése.

—Entonces, ¿cuándo iremos a buscarlo?

—Tal vez… la semana que viene.

Le miraba al preguntarle esto. Staniker se sentó en el borde de la cama. Por fin, dijo:

—No hablamos mucho de lo que haríamos después de haber recogido el dinero. Sólo dijimos que nos separaríamos.

—Porque ya no podríamos permitirnos el lujo de vernos, querido mío.

—Me gustaría saber cómo piensas manejar ese dinero, Crissy. Manejarlo de ahora en adelante.

—¿Es asunto tuyo?

—Si alguien se preocupara de saber cómo te has hecho rica de repente, podría convertirse en asunto mío.

—No pasará nada. He vendido la última joya buena que me quedaba. Una bonita esmeralda. Así es que estoy en fondos. Voy a poner también en venta la casa y a pedir un precio lo suficientemente bajo para que la cosa empiece a funcionar. Tengo la factura de venta de la esmeralda para poder demostrar por qué tengo dinero contante y sonante. Y también convertiré en dinero en efectivo el que me den por la casa. Y luego, mi querido amigo, iré de Banco en Banco y convertiré el dinero de la esmeralda y el dinero de la casa en talones bancarios tantas veces como tenga que dar un pellizco a mi parte del botín. En talones de caja. Fue Fer quien me enseñó este pequeño truco. Voy a dejar plantados a todos y volar hacia Italia para alquilar alguna casa bonita en la Riviera italiana. Tan pronto como esté establecida, iré a Zúrich y abriré una bonita cuenta corriente con esos talones que te he dicho, y a esos hombrecitos tan astutos les haré hacer inversiones a mi favor en

cosas que den una renta segura y depositaré esa renta en otra cuenta corriente de la que podré ir sacando dinero a medida que lo necesite. Lo pasaré tan bien como quiera, subiré como la espuma y ya nunca más tendré que suplicar nada a ningún hijo de zorra. Sería más lógico que yo me preocupase de ti que tú de mí. Es más probable que tú manejes ese dinero torpemente, capitán.

—He estado pensando.

—Esto quiere decir que…

—Cállate —dijo Staniker con voz cansada—. Mientras ese Hal Wezler me llevaba en coche a
Parker's,
me miraba cada vez que teníamos que pararnos delante de un semáforo. Por fin dijo que iba a buscar una oportunidad en algo. Dijo que iba a recomendarles que sacasen de mí más provecho que el que tenían pensado y que mientras él se ocupaba de escribir el libro, sacándolo de lo grabado en cinta magnetofónica, yo debería ir a la Costa, donde me pondría en contacto con gente que… me enseñaría cómo tenía que comportarme en situaciones de… exposición ante el público. Para crear una imagen célebre, según dijo. Entonces, si respondo como él cree que responderé, sacaríamos algo mejor que el libro y que el poder hacerme salir en el «Hecho de Hoy» de la Televisión, o en alguna cosa parecida. Dijo que tenía muchas probabilidades de éxito, con una figura tan fructífera, que incluso podían sacar una película del libro, haciendo yo el papel del protagonista. Dijo que…, que tengo un *algo* que, si se puede recoger en la pantalla, podría dar mucho resultado. Me explicó que las amas de casa estaban hambrientas de un tipo más maduro y que…

—¿Hablas en serio? Por amor de Dios, ¿me estás tomando el pelo?

—Lo pensé así… Para el dinero, podría alquilar una caja en el Banco, a nombre de otra persona, y pagar tres años por anticipado. Podría dejarlo depositado allí. Supongamos que todo sale como dijo Hal, y que tengo éxito. ¿Por qué tendría que engañarme? Me hicieron firmar el contrato por el precio que quisieron. Así es que podría sacar de él mucho dinero. Podría comprarme la barca de vela y de motor que te dije, y luego, recoger mi parte y empezar a recorrer el mundo. Tendré bastante para seguir tirando mientras viva. Si no tengo éxito, el dinero me esperaría donde te he dicho, y

pensaría alguna otra manera de gastármelo.

—¡Chico, chico…! —dijo Criss—. Todo eso está muy bien, verdaderamente. Ya veo que, al fin y a la postre, no querías dinero. Querías convertirte en un personaje célebre. Ibas a quedar demasiado derrotado para seguir ocupando el primer lugar, como solías, pero ahora puedes volver a ocuparlo cuando lo necesites y tanto como necesites.

—Lo que hagamos cuando nos separemos —dijo Staniker con expresión sombría—, nos importará únicamente a nosotros… A cada uno de nosotros le importará lo suyo.

—Cuando te metan dentro de un corsé y te hagan sonreír enseñando la preciosa dentadura, estarás guapísimo.

—¡Déjame en paz, Crissy!

Ella se deslizó en la cama hasta estar muy cerca de él.

—No nos enfademos. Unas personas que tienen tantísimo dinero como nosotros dos no tienen que enfadarse.

Hemos de ser dos buenos compañeros y ayudarnos mutuamente. ¿Puedes aún pedir prestada aquella lancha rápida a aquel amigo tuyo?

—¿La *Bertram*? ¡Sí, claro!

—¿Y podrá ir y volver hasta allí, en una sola travesía?

—Creo que sí. Tiene unos depósitos de combustible muy grandes. Se pueden llevar también a bordo hasta treinta galones suplementarios, en cinco latas, sin que cueste el menor esfuerzo.

—Garry, ¿cuánto tiempo tardarías en hacer el viaje de ida y vuelta, de noche?

—Hay que contar con el factor tiempo. Si me dan un mar tranquilo y tiempo para ir a tierra y desenterrar y recoger la maleta, añadiendo algo más de tiempo, sólo lo razonable, por lo que pudiera presentarse…, necesitaría unas diez horas…, digamos once. Podría salir a las siete de la tarde y estar de vuelta a las seis de la mañana. Pero cuando hacíamos estos proyectos, tú decías muchas veces que corríamos el riesgo de encontrar aquí un comité de recepción, esperándonos.

—Por esto he estado tomando lecciones de navegación para saber llevar una barca de vela.

—¿Qué?

—En la travesía de vuelta, puedes dirigirte algo más hacia el

Sur, entrando en Biscayne Bay, más allá del cabo Florida, y cuando pases junto a una rubia, con un bikini amarillo, que irá en una «Flying Dutchman», tiras al mar esa estupenda maleta, atada a un flotador, por lo que pudiera pasar. La rubia la recoge, se la lleva a su casa en la barca y mete el dinero en su caja fuerte. Y aquella noche, después de haber devuelto tú la canoa y vuelto en el coche a este encantador escondite, la rubia te trae tu parte del pan ganado. Una barca de vela tiene un aspecto tan inocente, ¿no te parece? Contraté a un chico joven, para que me diera clases. El Pobrecito está enamoradísimo de mí.

—Podría ser un buen medio —dijo por fin Staniker—. Desde luego, consigues las cosas pensándolo mucho todo, ¿eh?

—Hay mucho dinero en juego. ¿No vale la pena emplear mucho tiempo, machos esfuerzos y materia gris? ¿A cuánto crees que saldría por hora?

—Puedo poner una conferencia para hablar de ese asunto de la *Bertram*.

—Todavía no. No lo hagas hasta que yo te lo diga. Esto de hoy no ha sido mucho una celebración, ¿sabes? ¿Por qué hemos de estar tan nerviosos y tan melancólicos? Ya no estamos atados de pies y manos, Garry. Nos hemos soltado. Y ya ha pasado lo más difícil. Te diré lo que vamos a hacer. Vendré el domingo por la noche y traeré muchas cosas buenas. Tendremos nuestra fiesta de celebración. Es curioso lo que me pasa, Garry. Ahora que sé que éste es el último sitio en que estaremos juntos, ya para siempre, me parece, y te lo digo muy en serio, que te voy a echar de menos. ¿No es extraño?

Staniker la miró y luego apartó la vista de ella.

—Desde que murió el senador, todo ha sido siempre extraño. No sé. Tengo la sensación de que yo no soy yo. Y también me parece…, no sé, como si no hubiera pasado nada de lo que ha pasado. Creo que ni un solo minuto he sabido lo que piensas y lo que sientes.

—¿Por qué habrías de saberlo?

—Supongo que es algo que no tiene importancia. Que ya no tiene importancia.

Crissy volvió a su casa en su cochecito blanco dando un rodeo por calles solitarias. El tiempo había refrescado a causa de la lluvia.

El pavimento estaba mojado y reflejaba las luces de neón de la noche. Durante la mitad del trayecto, la muchacha estuvo pensando en Staniker. Había encontrado en él la suficiente dureza de carácter, la codicia y la brutalidad necesarias para poder manejarlo. Tenía la mirada irritada, y le había cambiado la expresión de la boca. Había perdido algo que nunca volvería a ganar. Crissy pensó que era como lo que le sucedería a un hombre que experimentara una derrota fría, salvaje y profesional que lo dejase lleno de pequeños convencionalismos. Se disculpaba, saludaba cortésmente con la cabeza y sonreía amablemente para captarse la voluntad de alguien. Desplegaba una cautela muy parecida a la timidez.

Después Crissy empezó a hacer proyectos respecto al muchacho. Sonó fuertemente un claxon a sus espaldas, sobresaltándola, y se dio cuenta de que había disminuido la velocidad casi hasta marcar las veinte millas por hora. Volvía a llover. Crissy intentaba mirar a través del empañado parabrisas, sin ocurrírsele poner en marcha las varillas que lo limpiaban. El coche que tenía a sus espaldas hizo rugir el claxon, irritado. La muchacha puso en marcha los limpia-parabrisas. Intentó reírse pensando en su estado de distracción, pero no pudo. Estaba algo preocupada.

Oliver la esperaba en la parte cubierta de la terraza, junto a las puertas de cristales que abrían paso a su habitación y que, en aquel momento, estaban cerradas desde el interior. Crissy entró, seguida del muchacho, encendió una sola luz, la de una lámpara baja, y volvió a cerrar las puertas.

Oliver la abrazó. Ella fingió que la emocionaba mucho aquel abrazo.

—¡Cuánto has tardado en volver! —dijo Oliver—. Me volvía loco esperándote. ¿Por qué has tardado tanto, amor mío?

—Está entrando agua, mi vida. Déjame un momento, por favor.

El muchacho la soltó, y Crissy volvió a cerrar las puertas correderas. Luego se sentó en la silla colocada junto a su escritorio, con las rodillas juntas, los puños en el regazo y la cabeza baja. Oliver se acercó a ella, se arrodilló y le puso una mano debajo de la barbilla haciéndole levantar la cabeza. La miraba con una expresión desesperada y Crissy se dio cuenta de ello.

—Preguntó:

—¿Te ha hecho…? ¿Has tenido que…?

Ella movió violentamente la cabeza denegando y se estremeció.

—Lo ha intentado, pero… le he dado una excusa. Me… ha hecho daño. Me ha dado un golpe en el estómago. Y sentí náuseas. ¡Olly, querido, está peor que antes! Está… muy extraño. Quería que me quedase allí. Tuve que prometerle que volvería el domingo por la noche. Si no voy, vendrá a buscarme…

—Así, lo haremos entonces —dijo duramente Oliver.

—Pero, ¿podemos hacerlo? ¿Podemos hacerlo realmente?

—¿Cómo es ese sitio? ¿Dónde está?

—Es…, es un sitio muy adecuado para lo que estábamos diciendo. Es un *bungalow* pequeño y horrible, cerca de Coral Gables. Es exactamente el sitio adonde uno iría si quisiera esconderse. No creo que haya nadie en los otros *bungalows* de alrededor, y la vegetación de los jardincitos ha crecido tanto y está tan enmarañada que no se ve un edificio desde el otro ni desde la carretera que pasa por delante. Parece exactamente…, bueno, el sitio triste y deprimente donde…, donde podría pasar una cosa como ésa…

Crissy frunció el entrecejo, con expresión severa y añadió:

—¡Mató a aquellas personas!

—¡Cómo!

—No fue un accidente. ¡Oh, claro, él no lo admitió! Es demasiado astuto para eso. Nadie podrá probar absolutamente nada. Pero esa casita donde vive la ha alquilado con nombre falso. Me ha dicho que era para mantener alejados de allí a los periodistas, para que no le molestasen. Pero a mí me parece que lo ha hecho para ocultarse si alguien sospecha acerca de lo que ocurrió realmente en el *Muñeca*.

—¿Por qué crees que les mató a todos?

—Porque lo conozco… ¡Qué bien le conozco, Dios mío! Me dijo muchas cosas sueltas, sin importancia, que encajaban bien. Dijo que durante algún tiempo no tendría que preocuparse de dinero. Y también me dijo, haciéndome un guiño, que la travesía terminó antes de que tuviera tiempo de decidir quién estaba mejor: si la cojita o su madrastra. Supongo que se distrajo y que Mr. Kayd o su hijo lo pescaron con alguna de ellas. Si la mató entonces, matando también al que los había sorprendido, tenía que matar a todo el mundo. Ese hombre es así.

—No hay ningún mal en matar a un hombre como ése —dijo Oliver.

Se acercó a ella, arrastrándose de rodillas. Crissy le cogió la cabeza, apoyándola en su regazo y le acarició el rizado cabello, murmurando:

—Es un monstruo. ¡Hemos de tener mucho cuidado! Será para nosotros una especie de pesadilla, pero cuando termine… podremos irnos a algún sitio maravilloso, y pasar algún tiempo juntos.

En la habitación reinaba un silencio profundo. No se oía más que el zumbido del aparato acondicionador del aire y el débil murmullo de la lluvia en el exterior.

—Ahora, levántate, amor mío —dijo Crissy—. Quiero hacer un plano de la planta baja de ese *bungalow*, ahora que aún lo recuerdo. Tenemos mucho trabajo por delante. Hemos de hacer muchos planes y proyectos.

Dio vuelta a la silla, se acercó al escritorio, encendió la lámpara, abrió un cajón y sacó papel y lápiz.

Capítulo XX

Leila no sabía qué era lo que había trastornado tanto al sargento, el sábado, durante la comida del mediodía. Tal vez era el recuerdo de la escena de la noche anterior, en que ella había llorado, se había enfurecido soltando palabrotas y no había parado hasta quedarse sin fuerzas.

Pero Corpo no parecía irritado por esto. Únicamente se le veía triste, como si la muchacha lo hubiera decepcionado. El viernes por la noche, después de asegurarse de que su guardián dormía, Leila se había frotado generosamente todo el cuerpo con colonia anti-insecticida, había salido a hurtadillas de la canoa, había subido a la cabaña y había cogido la gran linterna procedente de la *Muñequita*.

Luego, casi fuera de sus cabales por los picotazos de los insectos, que no se asustaban por el olor de la colonia, en la calma de la noche sin un soplo de viento, había subido por la escalera de mano hasta la plataforma construida en la copa del roble acuático, dirigiendo desde allí el foco luminoso, a través de un claro de la espesura, hacia las casas alineadas en la orilla del continente. No era una hora demasiado avanzada, de modo que en muchas de aquellas casas había luces encendidas. Abrió y cerró el conmutador hasta que le dolió el pulgar. Tuvo que parar, por fin, para alejar a manotazos los insectos que le picaban la cara, los brazos y los tobillos.

—¿Qué está usted haciendo? —había rugido de pronto el sargento, tan cerca de ella que la sobresaltó y estuvo a punto de hacerla caer de la plataforma.

Al bajar, la muchacha luchó con el sargento y los dos estuvieron a punto de caer. Pero Leila no empezó, en realidad, su gran escena hasta que Corpo la volvió a meter dentro de aquel horrible cinturón y lo cerró diciéndole tristemente:

—Si no puedo confiar en usted, Missy, tendré que hacer esto cada vez que la deje sola y que tenga que dormir. Me disgusta esto tanto como a usted. Pero usted se empeña en no tener sentido

común…

—¡Sentido común! —había gritado Leila—. ¡*Sentido común*! ¡Usted está loco y ni siquiera lo sabe! Esa herida que tiene en la cabeza le dejó vacío el seso. ¡Lo que ha hecho usted, en realidad, es *raptarme*! ¿Sabe lo que le harán? ¡Se lo llevarán de aquí y lo encerrarán para siempre con otros locos!

Corpo se había limitado a mirarla tristemente moviendo la cabeza, y, por fin, había llevado a la cabaña las sábanas y la almohada de la muchacha y había bajado las suyas a la canoa acostándose en la embarcación.

La mañana siguiente se comportó como siempre. Tal vez se le veía un poco más sosegado. Empezó a abrir una lata de salchichas de Frankfurt y de judías y de pronto se le cayeron de las manos la lata y el abrelatas. Se quedó de pie donde estaba balanceando el cuerpo de un lado a otro, de una manera muy extraña. A Leila le recordó una escena que había presenciado hacía mucho tiempo, en su infancia, cuando el coche en que ella iba se detuvo en una carretera y vio a un elefante encadenado al sol, balanceándose del mismo modo que Corpo.

Lo miró y se mordió los labios. Después se volvió para mirar el cinturón de metal y la cadena que descansaban sobre el poste. Los *shorts* y la banda del pecho que llevaba eran suficientes para nadar. Pensó echar a correr, coger una colchoneta de espuma de la *Muñequita*, saltar sobre ella y recorrer así el pequeño canal abierto entre los mangles, que desembocaba en la bahía. Cien yardas de canal. Como era sábado, pasarían por el mar muchos barcos.

Corpo no la miraba, ni miraba nada. Leila vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Tuvo que agarrarle y tirar de él para hacerle dar la vuelta y conducirlo hacia el rincón «donde pensaba». Allí, le hizo cogerse a los dos soportes, grasientos y descortezados por el uso. Corpo gimió y se agarró a los palos con tanta fuerza que Leila oyó cómo le crujían los músculos, los huesos y los cartílagos. Golpeó tan violentamente la viga con la cabeza, que la muchacha dio un grito y, echando a correr, cogió el delgado y descolorido almohadón de la vieja butaca de mimbre, lo dobló por la mitad y lo puso sobre la viga. Corpo se golpeó la cabeza contra él.

—Usted no está loco, sargento —le iba diciendo con tono suplicante—. No lo está. Siento lo que le he dicho.

Corpo dejó caer las manos a los lados del cuerpo. Después la miró, medio ceñudo y, acercándose a su cama, se sentó en ella con la cabeza entre las manos.

—Missy —murmuró.

—Estoy aquí, sargento.

—Las cosas dan vueltas y más vueltas a mi alrededor y luego caen como si las arrastrara una corriente, como si las absorbiera un remolino.

Se sacudió, como si fuera un perro de caza, enorme y cansado, y se levantó.

—Es algo que me saca de mis casillas —dijo.

—Ese bulto de la cabeza le va creciendo.

Corpo lo tocó cuidadosamente con las puntas de los dedos.

—Aquella vez sí que me dieron un buen golpe —dijo.

Se dirigió hacia la estufa de queroseno, y luego se detuvo y miró a la muchacha.

—Si se hubiera ido ahora, Miss Leila, no me habría enterado —dijo—. ¿Por qué no se ha marchado?

—Ni siquiera se me ha ocurrido.

Corpo recogió la lata y el abrelatas.

—Se me ha pasado el hambre, pero espero que usted pueda comer algo. Si comiera bien… y durmiera tanto como le fuera posible…

—Sí, ¿qué?

—… Y supiese usted llevar esa bonita canoa a la ciudad, usted sola, y me diera su palabra de honor de que no se acordaría nunca más de nada, de dónde ha estado ni de quién la cuidó…

—Se lo prometo, sargento. De veras. Con la mano sobre el corazón.

—Dentro de tres o cuatro días, dejaré que se vaya.

—¿Lo dice de veras?

—Puede estar segura de ello. ¿Puede usted esperar sólo este poquito de tiempo más, Missy?

—¡Oh, sí!

—Pues entonces, no tendré que volver a ponerle esta maldita cadena. Le digo de veras que detesto verla atada así. Esta noche pasada pensé que no podría hacerlo ni una vez más, pasara lo que pasara.

A Gordon Dale le gustaba trabajar los sábados por la mañana, cuando las oficinas estaban vacías y silenciosas. Resolvió los problemas que le planteaba el sumario y cuando se disponía a marcharse, recordó de pronto que no había sabido nada del sargento de detectives Dickerson, Al telefonearle, le dijeron que ya no estaba en el Departamento y que seguramente se encontraría en su casa. Telefoneó. Dickerson acababa de llegar. Por la voz se le notaba cansado.

—¿Quién es? ¡Ah, Mr. Dale! Si le he de decir la verdad, me había olvidado ya de lo que me dijo. Justamente cuando estaba a punto de salir, a medianoche, se nos presentó un buen jaleo. Hubiera dado gracias a Dios de que a aquella pareja se le hubiera ocurrido ir a un motel que estuviese algo más lejos. El caso habría correspondido entonces a los de la ciudad. Cogieron a un individuo que estaba pasando allí sus vacaciones y que había apaleado a su hija, una niña pequeña, hasta matarla. Su mujer metió el cuerpo de la niña en el coche, se sintió conductora de ambulancias y se cargó dos palmeras y una farola. Tuve que ocuparme del caso. En el Departamento, demostraron que la niña tenía muchas señales de antiguos cortes, magulladuras y fracturas de huesos que habían curado ellos mismos sin que nadie les prestase atención. Ha sido una noche pésima, Mr. Dale. Siento no haber podido ir a…

—Está bien. No se preocupe. Vaya a dormir un poco, Dave.

—Tan pronto como pueda enterarme de algo, le telefonearé, Mr. Dale.

Sam Boylston estaba en una de las camas del *bungalow* del motel, recostado sobre dos almohadas. Llevaba unos *shorts* de baño que había comprado en una tienda situada a una manzana de allí, en el centro comercial de la ciudad. Hablaba por teléfono con la ciudad de Corpus Christi. Escuchaba a su hijo que le explicaba por tercera vez, muy excitado, un relato de peligros y de lesiones. Sam iba profiriendo, de vez en cuando, exclamaciones adecuadas, intercalándolas en el lugar correspondiente. Mientras tanto, podía ver, a través de la pared de cristal del *bungalow*, tres muchachas que se arrojaban, una tras otra, a la piscina desde la palanca; una de ellas, gruesa, con un bronceado de tono rojo, otra flaca, que se reía

mucho y otra baja y regordeta, de piel muy tostada y el cabello liso y descolorido por el sol, con un matiz casi blanco.

—Bien —dijo por fin Sam—. Desde luego, lo has pasado mal, Boy-Sam.

¿Quieres decirle a mamá que se ponga ahora al teléfono?

Lydia Jean volvió a ponerse al aparato.

—Ha sido una conversación muy larga —dijo—. ¡Oh, espera un momento!

Sam la oyó gritar algo al niño, que se había alejado.

—Perdóname. Iba a salir sin jersey. En esta época del año, el viento es frío. Viene del Norte.

—¿Ha sido una fractura mala?

—No, sencilla y sin importancia. Se puso tan pálido como la cera. Has tenido demasiada paciencia con él, querido. Se pone muy pesado al hablar de este asunto. Puede hacer que la descripción de caer de un árbol dure, prácticamente, una eternidad. Tenía que convencerte de que no había llorado mucho. Sam, escucha: mientras él te lo explicaba todo, he estado pensando continuamente en lo que me has dicho de Jonathan. ¿Cuánto tiempo va a seguir buscándola?

—La buscará hasta que se convenza de que ha muerto.

—No es cosa fácil, con Leila. Tenía mucha más vitalidad que… la mayoría de nosotros.

—Ya lo sé.

—¿Volverás a Harlingen?

—Sí, supongo que muy pronto. ¿Por qué no vas tú también, y abres la casa y me esperas allí?

—Ya lo había pensado.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Sam, querido mío, te aseguro que me duele el corazón al pensar en ti y en todo este asunto. Sé lo que sientes por tu hermana. Yo también la quería. Lo sabes. Y en estos momentos debería estar a tu lado. Son lo que se dice «momentos difíciles de pasar». No quiero mostrarme dura y fría, pero si volviera a tu lado, lo haría por un motivo que es una equivocación. He sentido por este asunto… demasiada pena para volver a tu lado por algún motivo que no sea el verdadero. Tienes que comprender por qué tuve que dejarte. Y cuando lo comprendas, volveré a ti.

—La paradoja de siempre. Bueno, toma esto como una contestación parcial. ¿Te acuerdas del hermano de Rosalie?

—Sí, claro.

—Me equivoqué completamente.

—¿Qué has dicho, por favor?

—He dicho que me equivoqué. Me equivoqué del todo. ¿Significa eso algo?

Tras una pausa larga, Lydia Jean contestó:

—Es interesante. Creo que me gustaría saber por qué crees que te equivocaste, Sam.

—Ahora sé que os dejé colgadas a Rosalie y a ti.

—¡Ciertamente! Ya veo. No nos diste lo que esperábamos de ti.

—¿Qué te pasa?

—Pero, naturalmente, estabas muy satisfecho de ti mismo. Sabías que sería una estupidez y una cosa fuera de lugar para Sam Boylston ir allí y defender a aquel individuo. Pero como yo lo deseaba, hubieras debido apretar los dientes y… haberme dado gusto.

—¿Qué demonios quieres de mí?

La voz de Lydia Jean sonó muy lejana.

—Temo que un poco más que eso, un poquito más que eso… Cuídate, Sam.

Se había ido. Sam se pasó el receptor por encima del hombro y lo dejó violentamente sobre la horquilla. La muchachita baja y rechoncha apareció en aquel momento al otro lado de la pared de cristal, con una mano colocada como pantalla sobre los ojos y mirándole desde el exterior. Sonrió a Sam, le llamó con un gesto, señaló hacia la piscina e hizo unos movimientos con los brazos, como si nadase. Sam le dijo que no con la cabeza y ella puso gesto enfurruñado, se encogió de hombros y se alejó.

Sam no cesaba de preguntarse qué querría Lyd de él. Hablando con Theyma Chappie en su pequeño apartamento, cuando, con gran confusión por su parte, se le llenaron los ojos de lágrimas sin previo aviso, había creído hallarse próximo a comprenderlo todo, como si, de pronto, algo le hubiera sido revelado, del mismo modo que se enciende una bombilla sobre la cabeza de un individuo, en el dibujo de un semanario infantil; y pudo decirse: «¡Lo veo muy claro! Ahora *sé* lo que pasa».

Pero si en aquel momento, por el contrario, no podía comprender las cosas y no podía evitar cierta frialdad perfeccionista, cierta crónica insistencia sobre un mundo que buscaba razonables causas y efectos, ¿por qué no podía Lydia Jean aceptar aquel defecto, en consideración a lo demás de su manera de ser? Era un hombre presentable, de una fidelidad conyugal escrupulosa, justo en sus negocios, eficaz y trabajador para labrarse una posición social y profesional y para proporcionar a su mujer medios económicos para que pudiese vivir sin pasar necesidad alguna y sin trabajos penosos. Era padre de un hijo hermoso y sano. ¿Hubiera preferido Lyd un romántico enfermizo, una segunda edición de Jonathan, que aullaba su amor por todo el Gran Banco de Bahama? Por lo visto, Lydia Jean no comprendía que había un mundo en el que, a poco que uno se mostrase indeciso y vacilante, los demás lo derribaban con indiferencia y seguían su camino sin detenerse.

Pero Lydia Jean no era una soñadora. Tenía una vena práctica y capacidad para aceptar las cosas que no podía cambiar. Si él era incapaz de cambiar, si seguía siendo tal como era, Lydia Jean no se mostraría despiadada. Su actitud significaba sólo que veía en su marido algo que él no podía identificar. Significaba que creía que si Sam podía llegar a comprender aquel algo y utilizarlo, ponerlo en marcha, el beneficio sería tanto en su provecho como en el de ella.

Era una paradoja y lo mismo que tantas otras veces, durante los meses de separación transcurridos, parecía girar en el cerebro de Sam, cada vez con mayor rapidez, hasta que una especie de fuerza centrífuga lo arrojaba lejos.

Sam miró hacia la piscina. Dos de las muchachas se habían ido ya. Sólo quedaba la morenita rolliza que se zambullía una vez y otra, arrojándose desde el trampolín, concienzudamente, para hacer prácticas. Sam se había comprado unos *shorts* de baño y había nadado porque se lo pedía el cuerpo, que había empezado a resentirse de la falta de ejercicio. La morenita lo había desafiado a hacer una carrera. Sam había oído que sus amigos la llamaban Toby. Las carreras le habían proporcionado una excusa para explayarse, para distender sus músculos y para renovar el aire de sus pulmones. Cuando se trataba sólo de recorrer dos veces, en viaje de ida y vuelta, la distancia señalada, la muchacha le derrotaba

porque tenía sobre él la ventaja de saber dar la vuelta con rapidez. Al recorrer tres veces la distancia, la cosa les salía mejor. Cuando intentaron recorrerla cuatro veces, Sam ganó la carrera tan decisivamente como había ganado la muchacha en las carreras de sólo dos distancias, es decir, en las de ida y vuelta.

Después Sam había ido a telefonear a Lyd con un optimismo que era el resultado del ejercicio. Pero no había logrado nada.

Miró a la muchacha. Seguía echándose al agua desde el trampolín. Salía luego de la piscina, volvía a subir a la tabla, se detenía a una distancia prudente del extremo, se apartaba de los ojos el cabello claro y mojado, permanecía un momento inmóvil y luego empezaba a andar, se detenía en el mismo borde de la tabla y daba el salto con el máximo impulso. En el cerrado *bungalow*, en el que sólo se oía el ligero zumbido del aparato acondicionador del aire, el espectáculo exterior constituía una representación silenciosa.

El bikini de la muchacha era blanco y negro, y cada una de las dos piezas se dividía en dos mitades unidas por los lados con encaje rojo. En la brecha abierta en las caderas, la carne, sana, bronceada y juvenil, sobresalía a pequeños trozos de una manera semejante a la de los diamantes, comprimida por la tensión del encaje. Los muslos eran demasiado gruesos. Las caderas y el pecho eran robustos y vigorosos, los hombros anchos y la cintura estrecha y esbelta. Los músculos de la espalda, de contornos suavizados por una ligera capa de tejido adiposo, bajo la piel morena y húmeda, se movían lentamente y con precisión.

Soñoliento después del ejercicio y deprimido por la respuesta de Lydia Jean, la imaginación de Sam voló en alas de una fantasía erótica. Se vio haciendo entrar a la morenita en su *bungalow*, y…

En el exterior, como si la hiciesen entrar en aquel momento en escena, Toby se detuvo a mitad de la palanca, y se tumbó sobre ella, con la cara vuelta hacia el sol. La perezosa somnolencia de Sam se desvaneció. Asombrado, se sentó en la cama, conteniendo la respiración, y pensó burlonamente en su propia imagen de hombre solitario, alejado de su hogar. La muchacha gordita no tenía, sin duda, más de dieciséis años. Bajo el flequillo desigual que le ocultaba a medias las cejas, su cara era redonda, infantil y virginal. Era una conquista digna de tenerse en cuenta. La perseguirían con

una red pronta para la caza.

Pero a medida que iba desvaneciéndose la abrumadora y apremiante sensación de necesidad física, notaba un incómodo residuo en el fondo de su cerebro: la necesidad apremiante de derribar las paredes haciéndolas caer sobre sí mismo, de lanzarse a las calles y cometer, sin objeto alguno, actos viles y aterradores, y cuando por fin lo cogieran y lo contuviesen, todas las oportunidades habrían desaparecido para siempre, se habría deshecho todo lo cuidadosamente construido y se olvidaría todo lo logrado hasta entonces. Y como ya no podría reconstruirse, como sería un asunto ya perteneciente al pasado, nadie esperaría de él ni siquiera que lo intentase. Y sería libre. Había otros medios de conseguir la libertad. Podía desaparecer tan hábilmente que no volvieran a encontrarlo jamás. O esconderse en aquel lugar donde los demás se habían escondido de él años antes. Parecían sonreír interiormente, pensando en lo fácil que les había sido. Eran como cera teñida. Llenaba aquel lugar el aroma de miles de flores. Madera oscura, asideros de plata, música de órganos mientras iba entrando la gente, crujidos de trajes de seda y de la madera de los bancos al sentarse la gente. Todos tosían. Luego, un hombre salió de alguna parte, con un libro, lo abrió, miró a todos los presentes, se aclaró la garganta y…

—En un impulso repentino, podrías hacerte daño a ti mismo —dijo Theyma Chappie, tan claramente como si hubiera estado sentada a su lado.

Vio pasar otra vez, como una insinuación, a una de las camareras del motel. Una negra. Atravesaba su campo visual, junto al extremo más lejano de la piscina, frente al *bungalow*, como si se alejase de él en línea recta. Su piel era mucho más oscura que la de Theyma, pero Sam vio en ella la misma esbeltez, las mismas caderas altas, el mismo paso deslizante, la misma descarada curva de las nalgas.

Buscó la realidad más cercana e hizo que la telefonista del motel le pusiera una conferencia con Mr. Taylor Worth, de la firma Boylston y Worth, de Harlingen.

—Las cosas están empezando a amontonarse, Sam —le dijo Worth—. He conseguido un aplazamiento en el asunto Gianetti, pero esto me tiene algo perplejo. ¿Cuánto tiempo tendré que estar

parado?

—No lo sé. Tal vez ya no mucho. No te lo puedo decir con seguridad. Te agradezco que te ocupes de esos asuntos.

—La gente se pregunta si no se celebrará un funeral para Leila. Ya sabes cuántos amigos tenía. Siento hablarte de eso, pero el caso es que mañana habrá un gran funeral para los Kayd. La gente telefonea continuamente. ¿Quieres que les diga algo?

—Sólo que eso tendrá que esperar hasta que volvamos Jonathan y yo, y que, de momento, no se puede precisar la fecha. Oye, Tay, ¿has oído algo acerca de Bix?

—Al principio, mucho. Ya puedes imaginarte qué clase de cosas. Completamente artificiales y con mucho jabón. Luego, cuando, por fin, se enteraron de todo y ese capitán fue declarado libre de culpa, se acabaron los comentarios. Ahora vuelven a empezar.

—¿Por qué?

—Puedes imaginártelo. Porque aún sigues por ahí. ¿Por qué no vuelves? Por favor, dímelo.

Sam Boylston buscó rápidamente una explicación razonable y la encontró antes de que la pausa durase demasiado.

—Cuando llegué a Nassau para ver qué había pasado, antes de que nos enterásemos de todo lo que sabemos ahora, encontré las bases de un negocio que Bix estaba montando. Naturalmente, el eje se derrumbó, pero los cimientos siguen aún en pie.

Taylor Worth se rió entre dientes.

—¿Y esto ofende el sentido del orden que tenéis los Boylston?

—Sí, y la codicia.

—Motivo fundamental.

—No digas nada de esto. Más tarde, si puedo encontrar el medio de reunir todos los fragmentos, podremos recoger algunos pellizcos de esa «Sunshine Management, Sociedad Anónima» de Bix, y luego dejar que se empiece a extender la noticia.

—Me asustas, Samuel. Me dejas pasmado. Seguiré teniéndolo todo parado. Ahora tengo que irme a toda prisa.

Mientras se duchaba, Sam pensó de pronto que todo aquello podía hacerse sin ninguna negociación. Había que reconstruir, a la chita callando, la «Sunshine Management» con los fragmentos de ella esparcidos aquí y allá, y luego dejar correr el rumor de que Sam Boylston estaba entrando en escena. Esta píldora dorada sería

suficiente, tal vez, para que las acciones subiesen unos puntos, si se manejaba con cuidado el asunto. Los accionistas quedarían tranquilos y a sus anchas. Era el mismo negocio que Bix habría montado… y que Sam no podía tragar.

Oliver Akard estaba en la casa de sus padres, vacía en aquella tarde tranquila y silenciosa. Las motas de polvo bailaban en el haz luminoso de los rayos de sol. El padre estaba en la tienda, pues trabajaba unas horas extraordinarias y la madre se hallaba en un *bridge* benéfico, de tarde de sábado.

El muchacho había dormido hasta tan tarde que cuando se despertó su madre ya no estaba en casa. Había sido un alivio para él no tener que enfrentarse con la actitud de mártir y de mujer herida en sus sentimientos de la buena señora y no tener que oír sus suspiros de aflicción. Había vuelto al hogar casi al amanecer y, sintiendo el impulso de desafiar a sus padres, en vez de apagar el motor y de aparcar sin hacer ruido, había entrado sin tomar ninguna precaución dejando el coche en el sitio habitual, más allá del lugar reservado, y volviendo a poner tres veces el motor en marcha. El enmohecido mecanismo añadió el mayor ruido posible al insulto hecho a la paz de la vecindad.

Una hora después de su tardío desayuno, volvió a sentir hambre. Se preparó dos gruesos bocadillos de manteca y se bebió casi un litro de leche, directamente del envase de cartón, mientras veía, en la televisión, un partido de baloncesto. Era un partido poco interesante, pero no pudo encontrar, en los otros canales, nada que le interesara. No obstante, dejó el aparato en marcha y pronto alborotaron la quietud de la casa el sonido y las dramáticas voces de una película antigua.

Había llenado una bolsa de lona con la mayor parte de las cosas que necesitaba y la había puesto en su armario, detrás de su abrigo de invierno. Los objetos necesarios para su aseo, podía meterlos en la bolsa en el último momento. Había escrito también la nota que pensaba dejar a su familia y la había ocultado en su escritorio. Crissy le había ayudado a redactarla.

Tengo que irme solo únicamente un par de semanas para resolver

algunas cosas. Nada me ha salido bien. Siento mucho las preocupaciones que os he dado últimamente. Tengo algo de dinero. He de poner las cosas en orden antes de hacer una locura.

Vuestro hijo

OLIVER

Verdaderamente, Crissy se tomaba muchas molestias para que todo fuera exactamente como tenía que ser. Cuando creía que había que cambiar una palabra, no le dejaba tacharla. Le hacía escribir otra vez la nota.

Oliver estaba irritado con ella por su manera de proceder. Parecía como si él no fuera capaz de recordar las cosas de un minuto hasta el siguiente. Le había hecho dibujar de memoria el plano de la planta baja del *bungalow* haciéndole incluir en él hasta la calle y el pequeño buzón del correo para indicarle dónde debía aparcar, y le había hecho trazar luego una línea de puntos desde allí hasta la puerta de la casita. Era el número 10 de Mooney Bungalow Courts. Y Oliver tuvo que escribir también una pequeña lista de todo lo que tenía que llevar consigo.

Quiso protestar, pero Crissy había apoyado su cara contra la de él mirándolo con los ojos redondos y brillantes y le había hablado con una voz muy baja y clara, modelando las palabras con los labios, como si estuviera hablando con un sordo. Y así le dijo algunas cosas que le chocaron. Oliver no había pensado que pudiera mostrarse tan dura.

Le había dicho que no fuera a su casa hasta el anochecer. Oliver tenía la intención de salir de su propia casa mucho antes para que ni su padre ni su madre, al volver, lo encontraran allí. Las manecillas del reloj de pared se movían con una terrible lentitud. Pero cuando se dio cuenta, de pronto, de que había transcurrido otra hora y de que, por consiguiente, no faltaba más que una hora menos para hacer lo que tenía que hacer, le dio un vuelco el corazón y creyó sentir náuseas. Era mejor pensar en lo que vendría después, en el viaje que iban a hacer juntos. Tal vez sería al cabo de una semana, según le había dicho Crissy. En la nota que dejaba a sus padres decía que iba solo. Así no le seguirían para apartarle de aquella terrible, terrible mujer.

El viaje con ella sería la recompensa por lo que iba a hacer el día siguiente por la noche. Crissy no le diría adónde iban. Decía que tenía que ser una sorpresa. Le encantaría el sitio escogido. Era un lugar muy bello y allí pasarían unos largos y dulces días y noches de amor.

Oliver volvió a la cocina, abrió la nevera y, al alargar el brazo para coger el envase de cartón de la leche y terminarlo, llegó a su olfato un débil olor de limas frescas. Por un instante, le dejó de latir el corazón. El champú que usaba Crissy tenía aquel mismo olor a limas, que ahora le era familiar a causa de las veces que lo había respirado en ella, con la cara hundida en la masa suave de su cabello. Había un perfume que Crissy usaba constantemente, un pesado aroma de almizcle, mitad dulce y mitad amargo. Y, a veces, su aliento olía débilmente a ron y a naranjas. Y entre todos estos olores confundidos, había otro, el vago y personal olor a sí misma, a su carne. Y aquel olor se lo hacía recordar también ya vestida. Y cuando la veía en su imaginación tan esbelta, aseada y graciosa, se maravillaba de que su otro aspecto pudiera quedar entonces oculto y ella pudiera parecer tan distinta.

Oliver atravesó la casa, tocando las cosas al pasar. La mesa. El almohadón. Los blancos ladrillos de la pared de la chimenea.

Raoul llevó a Francisca a la playa el sábado por la tarde. Fueron a la costa norte de Miami. El cambio de escenario había creado entre ellos pequeñas situaciones violentas. Hablaban alegremente y con demasiada rapidez de cosas insignificantes, cayendo luego, a menudo, en silencios que no resultaban cómodos. Raoul tenía la curiosa sensación de que estaba tomando fotografías a la muchacha, de que, en algún rincón de su mente, se había puesto en marcha un mecanismo que iba disparando el obturador de un aparato fotográfico. Cuando Francisca nadaba sola y luego subía, sonriente, por la pequeña pendiente de la playa, en dirección a él, quitándose, de un tirón, el gorro de baño y sacudiendo el oscuro cabello, moviendo ligeramente las caderas al avanzar con unos pasos que ponían de relieve sus piernas, de un matiz dorado oscuro impecable, como el marfil antiguo, la cámara fotográfica mental de Raoul seguía disparándose una y otra vez.

Cuando Francisca se dejó caer sobre la toalla de baño, junto a su amigo, la cámara retrocedió, apartándose de los dos, y recogió la incongruencia del grupo formado por aquella muchacha de cuerpo esbelto, flexible y elegante, y aquel hombre tosco, rechoncho, de torso ancho y velloso, con cara de campesino, señalada por la viruela, y unos cabellos que ya empezaban a clarear. Luego, la cámara se acercó otra vez y tomó unas fotos de la muchacha tendida junto a Raoul, de las gotitas de agua salada que le salpicaban los desnudos hombros, de la mirada de sus negros ojos cuando los volvía hacia el mar, de su perfil perfecto como una moneda nueva recortándose sobre el fondo resplandeciente de la playa, sobre su porción más lejana, llena de gente tendida y esparcida sobre la ancha y blanca faja de arena, cerca del agua de color azul cobalto, en la que danzaba la luz del sol llenándola de caprichosos destellos.

A Raoul le preocupaba aquella sensación de estar haciendo funcionar una cámara fotográfica, como si estuviera almacenando recuerdos de la muchacha para los años del porvenir. Él y Sam Boylston habían hablado del peligro que podía acechar a Francisca. Tenía que ponerse en la balanza y compararlo con el de destrozar el convenio que había hecho Raoul para su empleo. La casa en que trabajaba Francisca era su escondite y, si éste quedaba destruido, podía buscar aquel otro retiro, el manso, pasivo, indiferente silencio que había visto Raoul cuando la había visitado con su hermano.

Raoul sabía que, con tiempo, cariño y comprensión, había muchas posibilidades de fundir a la Cisca de ahora con la Francisca de antes. Y luego, poco a poco, iría desapareciendo de ella la muchacha de servicio, con sus modismos ordinarios, sus andares descarados y sus ansias de placeres superficiales.

Pero ¿se contentaría entonces con un Raoul Kelly? Sería un caso amargamente irónico descubrir que el hecho de aceptarle como «amigo-novio» había quedado atrás, como su afición a la música popular, su colección de revistas cinematográficas y su inclinación a llevar ropa llamativa y ajustada y a lucir un maquillaje casi teatral.

Como la tarde no parecía presentarse muy bien, Raoul decidió correr el riesgo que había estado evaluando. Subió al sitio donde había dejado el coche y volvió con una carpeta que contenía una selección de los artículos publicados en los periódicos de lengua

española. Los había separado con mucho cuidado, dejando aparte los que podían despertar en la muchacha demasiados recuerdos.

—Cisca, quiero que sepas por qué soy impopular entre algunas personas.

La muchacha abrió la carpeta, leyó unas cuantas líneas y la volvió a cerrar.

—Me dijiste que lo eras. Y con eso ya me basta.

—Hay algo más.

—¿De veras?

—Los chicos se suben hasta la copa de los árboles más altos. Hacen también ejercicios muy peligrosos con sus bicicletas si su novia les está mirando. Éste es mi trabajo. Esto es lo que hago. Desearía que admiraras cómo me balanceo en las copas de los árboles.

Francisca se encogió de hombros casi imperceptiblemente y volvió a abrir la carpeta. Después de unos instantes de reflexión, repuso:

—Yo no entiendo de política, Raoul.

—Para mucho de lo que hay aquí, no es necesario entender.

—¿Quieres que lea cosas tan complicadas? ¿Y aquí, en la playa?

—Soy implacable. ¡Lee, mujer!

Francisca le hizo una mueca, suspiró y continuó leyendo. Raoul, observándola, notó que cambiaba de expresión. Inclinándose hacia ella, vio qué artículo estaba leyendo. Era la crítica del programa político de las Doce Familias de la República de Panamá y algunas biografías íntimas de los individuos más activos en el bloqueo de las reformas del sistema judicial. Francisca, mientras leía, iba frunciendo el entrecejo y apretando los labios. Sorprendió a Raoul el hecho de que aquel artículo pudiera haber despertado su dormida inteligencia. Era uno de los más complejos y documentados y conducía a la tesis en la que el periodista insistía, escrito tras escrito:

> *En los países en los que los hombres de buena voluntad se esfuerzan por conseguir la honradez y la igualdad, a la sombra de la ley, la instrucción, la cultura, un buen nivel de salud pública y la oportunidad de poder vivir mejor que nuestros antepasados, la subversión comunista llega a ser asunto fútil.*

—¿Vamos a nadar un poco? —preguntó Raoul.

—No, ahora no. Ve tú, si quieres —le contestó Francisca, con un tono y una expresión ausentes.

Raoul se echó al agua y empezó a nadar. Cuándo volvió, la muchacha se había puesto boca abajo y, apoyándose sobre los codos, leía a la sombra de su propio cuerpo. Raoul se secó con la toalla y abrió una lata fresca de cerveza, que cogió del pequeño maletín portátil.

Francisca había sido alcanzada por fin. Cerró la carpeta y la dejó a un lado. Luego, permaneció largo tiempo sumida en sus pensamientos.

—¿Cómo has aprendido todo eso? —preguntó por fin, bruscamente.

—Investigando, estudiando, celebrando entrevistas. Siempre hay un modelo a seguir, un movimiento en una dirección o en otra.

—Lo que hace usted, *señor*[19], es muy importante.

—Quisiera creerlo así.

—¿Te hace caso alguien?

—Menos gente que la que yo desearía.

La mirada que se cruzó con la de Raoul fue la juiciosa y pensativa mirada de Francisca Torcedo y Sarmantar.

—No cabe duda de que tranquilizaría a todos hacer callar a un hombre así, a un hombre que va pinchando tan meticulosamente las partes más sensibles. No me lo imaginaba, Raoul. Creo que es muy posible que seas un gran hombre.

—Quizás has estado demasiado tiempo al sol, *querida*[20].

—La grandeza consiste en emplear el cerebro para cambiar esas lentas direcciones de la Historia, ¿no?

Golpeó con los nudillos la cubierta de la carpeta y añadió:

—Dime, ese empleo de California, ¿te proporcionará el medio de hacer que te escuche más gente?

—Sí.

—Entonces, no debes permitir que se interponga nada. ¡Nada!

—Ya lo he aceptado. Y tú vendrás conmigo.

Raoul vio de nuevo en la muchacha los pequeños signos de mutación de siempre: Francisca retrocedía una vez más, para representar el papel que le resultaba más cómodo. Eran pequeños cambios de postura, de expresión. Se echó a reír, impulsiva y alegre,

hablando a Raoul en el inglés popular que le hacía rechinar los dientes:

—¡Anda, tonto! Conque has perdido el seso por una extranjera majadera, ¿eh? Tendrías que ir a que te diera un vistazo el médico. De manera que iré contigo a California… Bueno, de acuerdo. Porque estás más loco que un cencerro, ¡qué caramba! Vamos ahora a nadar un poco. Porque no te entiendo, ni que me maten.

Se puso en pie de un salto y corrió con rapidez hacia el lugar donde las olas rompían suavemente.

Raoul la dejó en casa de la Harkinson a las cinco menos cuarto. Tenía que acabar un artículo y dijo que creía poder estar de vuelta a las ocho. Francisca le había dicho que Crissy Harkinson no la necesitaba aquella noche.

Después de terminado su trabajo, Raoul fue a las ocho y media. Subió por la escalera llevando las dos cajas de cartón de comida china que había prometido llevar. Se proponían calentarla en la pequeña estufa, cenar allí mismo y recorrer después tres millas para ir a ver una película en la que James Bond se abría camino, jugueteando, a través de varias filas de mujeres, para acabar molido a palos por los esbirros de un individuo increíblemente malo, al que, por fin, mataba con un gran lujo de detalles, en una pantalla grande y a todo color. Al final de la película, volvían a rodearlo las mujeres.

Las habitaciones del servicio estaban a oscuras y sumidas en un silencio absoluto. Raoul había notado, al pasar por el jardín, la ausencia del pequeño descapotable blanco de Crissy Harkinson. En cambio, el coche del joven Akard estaba en el lugar reservado para los vehículos.

Raoul abrió la puerta y entró, llamando:

—Cisca… Cisca…

Sintió un ramalazo de temor al no obtener respuesta. Dejó las provisiones que traía y empezó a encender las luces esperando que se tratase de uno de esos posibles incidentes domésticos. Pero las pequeñas habitaciones estaban vacías. El bañador que había llevado Francisca por la tarde pendía del aro de la ducha.

Por fin, vio a Francisca subiendo a todo correr la escalera

exterior llamándole: «¡Raoul! ¡Raoul!». A él diole un vuelco el corazón y se le doblaron las rodillas. Supo que, desde entonces, no podría correr nunca el riesgo de perder a la muchacha.

Cisca llevaba unos pulidos pantalones blancos, una blusa encarnada llamativa y los labios muy pintados. Abrazó y besó rápidamente a Raoul y luego se echó a reír diciéndole que le había dejado la cara como la de un payaso. Se apresuró a ir a buscar un *kleenex* y le limpió la pintura que le había dejado en los labios. Mientras recalentaba la cena y ponía la mesa, Raoul le preguntó:

—¿Está él en casa esperándola?

—¡Oh, no! —contestó Cisca—. Ella también está en casa. ¿Por qué crees que…? Claro, al no ver su coche, has creído que no estaba. Se lo ha llevado esta mañana para que lo reparasen. Al mediodía aún no habían terminado y por la tarde no trabajan porque es sábado, así es que no lo acabarán hasta el lunes. Un empleado del garaje la ha traído en coche a casa. Estaba muy enfadada. Me ha llamado y hemos hablado bastante tiempo. Tengo buenas noticias.

—¿Qué noticias?

—Te las diré mientras cenamos.

Se sentaron a la mesa que Francisca había colocado junto a la ventana, pero, casi inmediatamente, la muchacha volvió a levantarse, se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó unos cuantos billetes de Banco doblados y volvió a sentarse. Mostró el dinero a Raoul y le dijo:

—Esto es mi sueldo hasta el final de este mes de junio. *Ella* habló por teléfono con la chica que encontraste, con esa tal Amparo. Amparo vendrá aquí el miércoles y, en cuanto yo le haya enseñado dónde están guardadas las cosas y cómo tiene que hacerlo todo, podré irme. Y *ella* me dará una carta de recomendación. Creó que podré encontrar trabajo en California. A lo mejor, trabajaré para una actriz importante… ¡Qué comida más buena, Mr. Kellee!

—¿Qué más te ha dicho?

—¡Un momento! Tengo que enseñarte algo más.

Cisca corrió a su dormitorio y volvió con una libreta de la Caja de Ahorros, que tendió gravemente a Raoul, diciéndole:

—Mírala, por favor.

La cantidad total, depositada en pequeñas sumas durante más de

dos años, pasaba de los mil cien dólares.

—Seguramente no tenías idea de que estabas asociado con una chica tan rica —dijo dándose importancia—. Pagaré mi parte de los gastos del viaje… Oye, me gustaría saber cómo se preparan esas gambas.

—Me honra mucho recibir las atenciones de una señora tan rica. ¿Qué más tenía Missy Crissy en su cabezota?

—¡No es tan mala como crees! Me pidió que le hiciera un favor especial mañana por la noche. Está trastornada. Se confió a mí. Tenía lágrimas en los ojos. A veces, me da lástima.

—¿Qué te dijo?

—Que ella y el capitán Staniker tuvieron una discusión muy fuerte antes de que él se fuera a las Bahamas. Esto yo no lo sabía. Missy Harkinson le dijo que no quería volver a verle más. Dijo que estaba cansada de sus visitas y de que viniera a quejarse de sus preocupaciones, de que se bebiese su *whisky* y se fuera excitado y poniéndose soez. Había dado por terminado aquel asunto. Ahora, el capitán ha vuelto, le ha telefoneado e insiste en querer verla. Ella le ha suplicado que no venga por aquí. Cuando telefoneó por segunda vez, ayer por la noche, el chico de la barca estaba con ella. Miss Crissy me dijo que el muchacho se había agitado mucho. Dice que está loco por ella. Admite que tuvo relaciones con el capitán, pero, mirándome a los ojos, dijo que no las había tenido con ese chico. Es la clase de mentira que no se puede suponer que creerá la criada. Pero me parece que es una cuestión de orgullo. Aunque Missy Crissy sepa que yo lo sé, no puede confesármelo. Es algo que la haría parecer una loca, esa seducción de un niño bobalicón que podría ser su hijo. Me dijo que el muchacho se muestra muy extraño, que se enfurece y que tiene la intención de protegerla del malvado capitán. Ella no puede hacerle comprender que sabe protegerse sola, sin ayuda de nadie.

—¿Dónde estaba él mientras ella te decía todo eso?

—Hablábamos en la cocina, sentadas delante de dos tazas de café, como dos amigas. En cierto modo, se puede decir que lo somos. Me dijo que todo esto la había agotado. Tal vez mientras hablábamos el muchacho estaba durmiendo en su cama. No diría que no. Ella me ha asegurado que esta noche iba a mostrarse muy firme con él y a despedirlo para siempre. Seguramente, él le hará

una escena, pero Missy Crissy dice que no puede soportar más tanta tontería. Que el capitán es un pesado y que el chico está loco. Ella no quiere aquí ningún asunto feo, que podría hacer venir a la Policía. Esta noche, acabará con el chico para terminar de una vez con todo. Por esto me ha pedido que mañana me quede aquí todo el día y toda la noche. Cerraremos las puertas grandes de la verja del jardín con cadena y cerrojo, como cuando no queda nadie en la casa y desconectaré el teléfono. Si viniera uno cualquiera de los dos, el capitán o el muchacho, yo saldré y diré que Missy Crissy se ha ido. Desde la puerta podrán ver que su coche no está. Ha sido un accidente… oportuno, un poco buscado. Missy Crissy me ha explicado también que quiere pasar un día sola y tranquila. Le prepararé el almuerzo, la cena temprano, y luego tomará unas pastillas para dormir, se irá temprano a la cama e intentará dormir doce horas seguidas, o más, si puede, para descansar y reponerse. Dice que cerrará las puertas de su dormitorio para que el joven no tenga ni la menor posibilidad de molestarla cuando venga a buscar su barco. Ha dicho que vendría mañana, al anochecer, en el barco de un amigo, para llevarse el suyo. Me ha sugerido que tal vez podría ir yo, a las nueve de la noche hacia el lado del jardín que da a la bahía, para ver si por fin se habían llevado el barco, y luego dar un vistazo al interior de la casa para comprobar que él no haya entrado y la esté molestando. Me parece que Missy Crissy se ha metido en un buen jaleo y ahora desea librarse de todos y descansar, y quizás encontrar alguien más agradable.

Hizo a Raoul un guiño malicioso y añadió:

—Naturalmente, es posible que Missy Crissy ya no sea lo bastante joven para satisfacer a un chico tan joven y robusto, sin acabar agotada, aun siendo el tipo de mujer que es.

—¿Así, pues, no volveremos a la playa mañana?

—No, es una lástima. Esta noche, cuando me dejes en casa, puedes ayudarme a cerrar las puertas de la verja. Son muy pesadas.

Miró el reloj y exclamó:

—¡Ya es la hora! Vamos a perder el principio de la película… Démonos prisa.

Poco después, sentada junto a Raoul en la sala cinematográfica del área comercial, exhalando suspiros entrecortados y retorciéndose al ver las aventuras de Bond, le clavaba las uñas a su

novio en la mano y en la muñeca, en los momentos de mayor peligro. Raoul seguía la película poniendo sólo a medias su atención en lo que veía. Por fin, se le ocurrió un medio de resolver la situación.

Cuando regresaron a la casa, en el jardín ya no estaba el coche del muchacho. Al entrar en el pequeño apartamento, Cisca seguía hablando de la película hasta que Raoul dijo:

—Encantadora señora, yo, Jaime Bond, he de pedirle su valiosa ayuda para eliminar a los agentes de Schmaltz.

—¡Ah! —contestó Cisca, con los ojos brillantes—. Conque mi ayuda va que chuta, ¿eh?

—Me parece que podría no hablar tan mal su lengua nativa, señorita. Por otra parte, la versión inglesa tiene un encanto único.

—Bueno, de acuerdo. ¿En qué puedo servirle?

—Me iré ahora, pero sólo *haré ver* que me voy. En realidad me alejaré de la casa y dejaré el coche escondido en alguna arboleda, no muy lejos de la entrada a la carretera que conduce aquí. Dejaremos entreabierta la puerta del jardín. Luego volveré a pie, a escondidas, me deslizaré dentro, cerraré del todo la puerta y correré el cerrojo. Sin hacer ruido, subiré a esas habitaciones, que entonces estarán a oscuras, y pasaré escondido aquí toda la noche, todo el día de mañana y otra vez toda la noche hasta que los malvados agentes empiecen a buscarme por alguna otra parte.

La chispa divertida que bailaba en los ojos de Francisca dio paso a una expresión de duda.

—¿Hablas en serio?

—Naturalmente. Ya pondré buen cuidado en que su patrona no me vea, *señorita*. También ella es un agente de Schmaltz. Y un agente muy hábil. Necesitaré un buen descanso para reponerme un poco. Seremos astutos. Hablaremos en voz baja. Y te consolará saber que estás sirviendo a la causa.

—Missy Crissy se enfadaría mucho si lo supiera…

Cisca se interrumpió y calló unos instantes, pero acabó encogiéndose de hombros.

—Pero no viene nunca por aquí. Además, casi he acabado ya de trabajar en esta casa.

Desarrugó el ceño y le volvieron a brillar maliciosamente los ojos.

—Me pide usted un gran sacrificio, *señor*. Pero me esforzaré en hacerlo y en ayudarle a aniquilar a las fuerzas del mal.

Se acercó un poco más a él y concluyó:

—¡Compartiré con usted hasta mi cepillo de dientes!

—La verdad es que no se puede pedir más.

Al subir Raoul silenciosamente por la escalera exterior del pequeño apartamento, después de haber dejado el coche, vuelto a la casa y cerrado la puerta del jardín con cadena y cerrojo, iba notando, sobre su muslo derecho, el bulto de su revólver. Lo notaba a cada paso que daba al ir subiendo calladamente por la escalera. Abrió por fin la puerta, entró y la volvió a cerrar tras sí con cerrojo.

Llamó a Francisca en voz baja y, al no recibir contestación, pensó que estaba en el dormitorio. Cogió el revólver y lo escondió debajo de los almohadones del diván.

Al entrar en el dormitorio, que estaba a oscuras, oyó que Cisca le decía suavemente:

—¿Tal vez es usted ese James Bond que gana a todo el mundo, señor?

—La identificación es correcta.

Cisca se echó a reír. Poco después, al notar su rigidez, Raoul le preguntó:

—¿Qué pasa, *querida*?

—No…, no lo sé. Me siento extraña, como asustada. ¿Por qué he de estar asustada a tu lado?

Raoul la fue tranquilizando poco a poco hasta que la oyó decir en voz baja, con ese acento especial, propio de la mejor sociedad de la ciudad tropical donde había nacido:

—Eres mi vida. Eres mi corazón. Eres mi amor. Eres mi alma.

A él se le humedecieron los ojos cuando vio que había ganado, por fin, el corazón de la encantadora hija de don Esteban, para tenerla, retenerla y quererla toda la vida, por larga que esta vida fuese.

Capítulo XXI

Eran casi las nueve cuando Crissy volvió a consultar su reloj. Estaba en la habitación de Staniker, de pie junto al escritorio. Detrás de éste, había un espejo, del que había caído parte del azogue posterior, con lo cual veía tan sólo fragmentos de la habitación situada a sus espaldas mientras preparaba más cócteles. Crissy se hizo ligeramente hacia un lado, para poder verle la cara a Staniker. La cortina de la ventana estaba enteramente corrida y, aunque la ventana estaba abierta de par en par, ni un soplo de aire movía la cortina. El herrumbroso ventilador eléctrico, a pesar de estar en marcha, no parecía remover lo más mínimo el aire de la habitación.

Staniker estaba tendido sobre la ancha cama de matrimonio, vistiendo sólo unos *shorts* de boxeador, de color azul pálido. Con su corpulencia y su peso, hundía el colchón aún más de lo que ya lo estaba. Estaba recostado sobre dos almohadas y le brillaban la cara y el cuerpo cubiertos de sudor grasiento. Tenía flojos y relajados los músculos del ancho rostro y hablaba lentamente, con lengua torpe.

Crissy llenó de nuevo un vaso con el cóctel preparado de antemano en el gran termo de boca ancha impidiendo, con los dedos de la mano que le quedaba libre, que cayera el hielo dentro del vaso, al que ya habían caído los dos primeros cubitos. Luego, le llevó la bebida a Staniker, notando, entre las puntas de los dedos y el frío cristal del vaso, la costra de la laca incolora para las uñas, que se había aplicado en los pulgares y en la cara interna de los dedos. Staniker le cogió el vaso y, al levantarlo hasta llevarlo a sus labios, vertió algo del contenido sobre su ancho pecho, enjugándoselo con la otra mano.

Crissy volvió al escritorio y se preparó otra bebida, mucho menos fuerte que la anterior, mezclándola con soda. Llevaba unos pantalones azul marino, que había doblado y arrollado hasta debajo de las rodillas, y se había metido el oscuro pañuelo de la cabeza en el bolsillo del pantalón. La banda de la cintura estaba húmeda de

sudor. Se había quitado la blusa, que era de seda verde, con manga larga, y la había arrojado sobre una silla. Tenía húmedas las raíces del pelo. Le corría entre los pechos un hilo de sudor que iba a empapar la banda sujetadora de los sostenes. Otro hilillo de sudor le corría desde el sobaco hasta el costado de los pantalones. Se preguntó cuánto tiempo resistiría Staniker.

—Estoy derrengado —decía éste, con voz pastosa y un tono de lamentación—. Si entrase ahora aquí la mujer más estupenda del mundo, no podría hacer nada con ella, te lo aseguro. Y siempre me estoy acordando de lo que pasó, y me preocupa.

Crissy se acercó a él y se sentó a un lado de la cama con el vaso en la mano.

—Crissy lo arreglará todo, querido. Tú preocúpate sólo de beber y de entonarte un poco y yo me ocuparé de lo demás.

—¡Ah, sí, seguro! Pero supón que con eso se ponen peor las cosas.

—¿Bebiendo? Sirve lo mismo para lo uno que para lo otro. Para parar un motor que está en marcha y para poner en marcha uno que está parado.

—De todos modos, ¿qué sabes de eso?

Crissy lo miró blandamente.

—Todo lo que haya que saber. Anda, bebe, querido.

Cuando conocí al senador yo era una mujer estupenda con mucho gancho. Así fue como le conocí. Tengo el talento que necesitas. Bebe.

Cuando Staniker bajó el vaso, quedaba en él sólo un residuo de líquido. Miró a Crissy con los ojos muy abiertos y la mirada vaga.

—Estoy mareado. ¡Caramba! ¡Cómo me da vueltas la cabeza!

—¿He hecho demasiado fuerte el cóctel, capitán?

—No, no, está muy bien. Me entona. Me da fuerzas. Es un explosivo muy fuerte.

«No sabes tú bien hasta qué punto es un explosivo —pensó Crissy—. He metido en él cuatro bombas de las gordas. Las azules y las amarillas. Fer las trajo a casa en la época en que no podía dormir bien. Y me dijo que no tomase nunca más que una a la vez. Después de la primera, quedé como si no estuviera en mis cabales. Fue algo que me asustó. Fue como si aquello me agarrase y me derribara de un empujón. Como una barracuda que saltase sobre

una gaviota. Me habían quedado dos píldoras y las he puesto también en el termo, por si hacían falta».

—Tengo trabajo, chiquita —murmuró Staniker—. Estoy muy ocupado.

Crissy le cogió el vaso de la mano, que casi le pendía sin fuerzas, y volvió al escritorio. Había hecho primero una pequeña muestra de la bebida y había tomado un sorbo con precaución. Si sabía a la droga, el jugo de tomate, la sal, la pimienta, el jugo de lima, el tabasco, la salsa de *worcestershire* y el vodka lo disimulaban.

—Es mejor tomar otro, recién hecho —dijo—. Estamos celebrando un acontecimiento, Garry. ¿De acuerdo?

—Es curioso que ese tipo estuviera enterado de lo del dinero…

La voz gangosa se fue apagando. Crissy corrió hacia la cama. Staniker tenía los ojos cerrados. Ella lo sacudió.

—¡Eh! ¡Garry! ¿Qué tipo?

—El…, el hermano.

Su mirada, vaga e indecisa, intentaba centrarse.

—¿Qué hermano?

—Boy…, Boys…, Boylston. Un tipo simpático.

Se le volvieron a cerrar los ojos y le quedó colgando la mandíbula inferior. Crissy lo sacudió, le dio un pellizco en el vientre y le levantó un párpado con el pulgar. Luego, se irguió, exhaló un profundo suspiro y se apartó de él.

Llevó los dos vasos al cuarto de baño y los lavó. Volvió a llevarlos al dormitorio y los metió, con el termo, la botella de sifón y la de *whisky*, en el oscuro maletín que había llevado para pasar la noche y luego lo dejo en el cuarto de estar que estaba a oscuras, junto a la puerta de entrada. Recordó lo mucho que la había preocupado pensar que a Staniker le extrañaría no ver su coche en el jardín. Pero, al preguntarle por él, Crissy le había contestado con estudiada indiferencia:

—No he podido hacer marcha atrás, debió de encallarse la palanca. He tenido que dejarlo a la entrada de la calle.

Staniker había aceptado la explicación sin querer indagar más.

Crissy encontró junto a la puerta el interruptor de la luz. Encendió y apagó las luces rápidamente, una sola vez. Miró por la ventana y vio a Olly, que salía de detrás de los matorrales y se acercaba rápidamente a la puerta de entrada de la casita. La puerta

estaba encallada. Crissy la abrió de un tirón desde dentro, y Oliver entró.

—¿Está…?

—Hecho un tronco. Sí. No tienes por qué hablar en voz baja, querido.

—¿Por qué ha tardado tanto?

—Es un hombre alto y fuerte. Ha resistido mucho. Entra.

Mientras la seguía por el corto pasillo, Oliver murmuró:

—¿Por qué te has quitado la blusa?

—Porque aquí hace un calor de mil demonios, hijo.

Oliver se detuvo bruscamente en el umbral de la puerta del dormitorio y contempló al hombretón dormido en la cama. Se mordió los labios y tragó saliva mientras la nuez Je subía y bajaba por el cuello.

Crissy se acercó a la cama y desabrochó el ceñidor de los calzoncillos de Staniker.

—¿Por qué haces eso?

—¿Quieres de una vez dejar de hablar en voz baja? ¡Por favor! Lo hago porque, si no lo hiciera, parecería extraño. ¿Quieres hacer el favor de ayudarme en vez de quedarte ahí como una estatua?

Oliver la ayudó a quitarle los calzoncillos al durmiente. Tiró de ellos hacia abajo y los pasó por los pies inertes.

—Sostenle la cabeza —le dijo Crissy—. Anda, empuja. Primero tenemos que colocarlo en el borde de la cama. ¡Otra vez! ¡Así no, imbécil! No lo cojas por las muñecas. No hemos de llevarle arrastrándolo por el suelo. Incorpóralo, cógelo por debajo de los brazos y crúzale las manos sobre el pecho. ¡Así!

Dio la vuelta a la cama, se volvió de espaldas, le levantó a Staniker las piernas, cogió bajo los brazos cada uno de los gruesos tobillos y se cogió fuertemente la muñeca izquierda con la mano derecha.

—¡Ahora! —dijo.

Oyó la ahogada exclamación del muchacho cuando aquel corpachón quedó por fin colgando en el aire. El peso del cuerpo hizo retroceder un paso a Crissy y, al inclinarse hacia delante para compensar aquel peso, notó que el sudor le cubría la cara y el cuerpo.

—Anda, en marcha —dijo con una voz que el esfuerzo hacía

ronca.

Y echó a andar, a pasos cortos, doblándose hacia delante.

El cuarto de baño estaba al otro lado del corto pasillo, justamente delante de la puerta del dormitorio, y la bañera enfrente de la puerta, en la pared opuesta, debajo de la ventana.

Era una bañera estrecha y profunda, sostenida sobre unos pies que terminaban en unas garras, sobre unas bolas blancas. Siguiendo la curva del borde, la porcelana estaba desportillada hasta dejar ver el metal. De los dos grifos bajaban hacia el desagüe unas líneas herrumbrosas. Los grifos se abrían al final de unas cañerías galvanizadas que subían del suelo, atravesando el entarimado y la cubierta de linóleo blanco y amarillo. De la cañería del agua fría pendía un trozo de cordel a cuyo extremo iba atado un tapón de goma blanca. Crissy había dejado la luz encendida y la persiana baja. Se acercó al extremo de la bañera donde estaban los grifos y dio la vuelta lentamente, inclinada bajo el peso del cuerpo inerte, mientras Oliver se acercaba, con su correspondiente carga, al extremo inclinado de la bañera.

Empujó a Crissy hacia atrás y ella le preguntó apretando los dientes:

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo que… dar la vuelta… a la bañera.

Por fin dejó deslizarse a Staniker al interior de la bañera, por el extremo inclinado. El movimiento hizo retroceder a Crissy, que dio con los muslos contra el borde de la bañera. Al soltar los pies del capitán, perdió ligeramente el equilibrio y tuvo que agarrarse al borde opuesto con la mano derecha. Quedó medio caída, incapaz de volver a ponerse de pie. Oliver se acercó rápidamente a ella, la cogió por el costado izquierdo y la puso en pie diciéndole:

—Tendría que haberte dicho que lo soltaba…

La mujer exclamó:

—¡Calla de una vez! ¡Hagamos lo que tenemos que hacer!

Staniker yacía en el interior de la bañera, tumbado sobre el costado izquierdo, con la cabeza apoyada sobre el borde. La pierna derecha le pasaba por encima de la pared exterior de la bañera. Crissy levantó aquella pierna y la dejó caer en el interior. Cayó dando un golpe contra el metal. Staniker se deslizó hacia abajo Unas cuantas pulgadas más, descansando los pies contra la pared

donde estaban los grifos, con las rodillas dobladas, las piernas abiertas y las grandes manos morenas apoyadas en la parte interior de los muslos cuya blancura contrastaba con el color oscuro de aquéllas.

Crissy y Oliver respiraban fatigosamente por el esfuerzo realizado. La muchacha se secó la frente con el brazo y mirando a Staniker dijo:

—Ahora te ha llegado el turno, Olly. Anda, hazlo, querido.

No obtuvo contestación. Volvió vivamente la cabeza y vio que Oliver, de pie junto a la bañera, miraba fijamente a Staniker. Éste respiraba por la boca y le colgaba el labio inferior.

—¡Oliver!

El muchacho se sobresaltó y miró a la mujer con una expresión perpleja.

—Parece tan…

—¿Inofensivo? ¿Quieto? ¿Indefenso? Puedes creer, bajo mi palabra, que no lo es. Adelante. Muévete. Pon el tapón. Abre el grifo.

Oliver, con movimientos lentos y torpes, hizo lo que ella le decía. Los grifos empezaron a manar un agua herrumbrosa dando paso luego a dos abundantes chorros de agua clara que golpeaban contra el metal de la bañera.

Crissy dio un ligero golpecito al muchacho en el brazo diciéndole:

—Esperaré en el cuarto de estar. Tan pronto como haya bastante agua, cierra los grifos, haz lo que tengas que hacer y ya podemos irnos.

Entró en el cuarto de estar, que estaba a oscuras, y se sentó en el diván. Había esperado que Oliver actuaría solo. Pero el muchacho había empezado a desmoronarse. Guando saliera del cuarto de baño, ella entraría y se aseguraría de que Oliver había terminado por completo lo que tenía que hacer. Pero tenía que hacerlo él, porque, si les salía mal algo, tendría que valer su palabra contra la del muchacho. Nadie podría probar nunca ni siquiera que ella había estado allí. Y si Oliver mataba, el acto le dejaría una sensación de culpabilidad que lo destrozaría moralmente, si les descubrían. Crissy deseaba que el muchacho hubiera tenido un poco más de arranque para poder enviarlo solo al *bungalow*, en vez de tener que

llevarlo de la mano y esperar, cerca de él, a que cumpliera su cometido. Pero le había jurado hacerlo, y lo prometido era deuda. Oyó el débil ruido del grifo, al cerrar el agua. Pasó el tiempo. Oliver no salía del cuarto de baño.

Crissy se levantó y se encaminó hacia allí. Oliver estaba sentado sobre la tapa del *water*, con la cara hundida entre las manos. Crissy vio en el suelo la hoja de la navaja y el papel encerado en que había estado envuelta, así como la tira de cartón que había protegido el borde afilado Miró a Staniker. Le subía y le bajaba el pecho movido por la respiración, y el agua estaba ligeramente teñida de orín. Esto era todo.

Le apartó bruscamente al muchacho las manos de la cara, se inclinó hacia él y le miró a los ojos.

¡Prometiste hacerlo! —dijo en voz baja y con acento duro y áspero.

Oliver la miró. No era más que un niño grande que estaba a punto de llorar.

—Lo he intentado. Lo he intentado y he vuelto a intentarlo. Pero… no puedo. ¡Oh, Dios, Crissy, no puedo!

Ella se inclinó, recogió la hoja de la navaja y la envoltura de papel y, al volver a erguirse, se guardó el papel en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué haces? —le preguntó el muchacho.

—¡Cállate! No me estorbes, maldito crío.

Se inclinó sobre el borde de la bañera, cogió la mano derecha de Staniker y, sujetando la hoja por el borde grueso, la oprimió entre el pulgar y las puntas de los dedos índice y mayor. Cogió con la mano izquierda la gruesa palma de la mano derecha de Staniker, dejándole la mano dentro del agua, vuelta hacia abajo. Sujetándola, metió la propia mano en el agua, aplicó el filo de la navaja contra la parte inferior de la muñeca y, empujando ésta hacia abajo con su mano izquierda y la navaja hacia arriba con la derecha, le metió hondamente la hoja en la carne, venciendo la resistencia de ésta, de los cartílagos y tendones. El agua se tiñó de un rojo oscuro que se fue extendiendo hasta los últimos rincones. Rápidamente, gruñendo a causa del esfuerzo, Crissy le cortó la otra muñeca a la misma profundidad, dejando caer, por fin, la hoja entre los muslos de Staniker. Se oyó el golpe del metal contra el fondo de la bañera.

Crissy dio media vuelta y se alejó con pasos inseguros.

Le zumbaban los oídos y sentía frío, con la especial sensación que precede a los desmayos. Oliver había quedado de pie junto a la bañera, pálido y sintiendo náuseas. Crissy corrió hacia él y lo empujó con las manos mojadas para hacerlo salir al pasillo. Mientras lo empujaba, iba maldiciéndolo e insultándolo con todas las palabras obscenas que sabía. De pronto, lo golpeó y el muchacho salió de su estupor y se dirigió hacia el coche.

Crissy entró en el dormitorio, se puso rápidamente la blusa de seda sobre el mojado cuerpo, se envolvió el pelo en el pañuelo y cogió la pequeña maleta que había llevado al *bungalow*. Oyó, en aquel momento, como un gemido ligero.

Se detuvo a la puerta del cuarto de baño conteniendo la respiración, y oyó la de Staniker, lenta y profunda.

Atravesó el cuarto de estar, que estaba a oscuras, y abrió la puerta. Al hacerlo, oyó pararse el coche de Oliver al otro lado de los matorrales, justamente a la entrada del pasillo de jardín donde se dejaba el coche. Oíase el zumbido del motor. Crissy exhaló un profundo suspiro y se detuvo a pensar en cómo había llegado y en cómo se iba para asegurarse de que no dejaba nada olvidado en la casa. Nada, ni siquiera una huella dactilar. Con las puntas de los dedos recubiertas de laca cerró la puerta y se aseguró de que la dejaba bien cerrada. Pero no estaba cerrada interiormente con la aldaba. No había dispuesto el pestillo de manera que cayese al cerrar de golpe la puerta, y ahora parecía imposible lograr que pareciera que el *bungalow* estaba cerrado por dentro. Ya tendrían bastante en que pensar los que se ocuparan de investigar el caso, y aquello sería sólo otra torpeza insignificante.

Salió a toda prisa, miró de un extremo a otro la calle vacía y se metió en el coche cuyo interior estaba a oscuras. El motor zumbó unos segundos interminables antes de ponerse en marcha. Al llegar a una calle en la que había más tráfico vio que uno de los coches que iba en dirección contraria a ellos encendía y apagaba los faros.

—¡Las luces! ¡Las luces! —exclamó Crissy—. ¡Maldita sea! ¡Enciéndelas!

Oliver encendió los faros. Unos minutos más tarde se equivocó y se pasó una travesía en la que tenía que girar y cuando dio vuelta a la manzana para poder volver a coger el camino, pasó por un poste

de circulación que le obligaba a pararse. Crissy le hizo detener el coche, salir de él y dar la vuelta mientras ella se deslizaba en el asiento hasta ponerse detrás del volante.

No era una noche clara, pues había una densa neblina. Crissy condujo ateniéndose a los límites de velocidad marcados y obedeciendo a todas las señales de tráfico.

—No es lo que yo había creído —dijo Oliver con voz ronca.

—¿Qué esperabas? ¿Chistes? ¿Música de violines? Quedamos en que había que hacerlo. Dijiste que harías cualquier cosa por mí.

—Lo siento. No he podido. No he podido, en absoluto. Crissy…, ha sido una equivocación.

—Sí, anda, hazme un sermón ahora.

—Si…, si avisáramos por teléfono, tal vez podrían llegar a tiempo.

—¿A tiempo de qué? ¡Ha muerto, hijito! Ha muerto hace rato. Una vez vi a una chica con una hemorragia que no podían parar. Una de esas chicas irlandesas, altas y sonrosadas. Había quedado embarazada, y una amiga suya intentó hacerla abortar con un trozo de tubo de goma y un pedazo de alambre. Fue consumiéndose, encogiéndose y poniéndose de más en más pálida hasta que se murió. Al morir, parecía tener cincuenta años.

—Has cambiado mucho —dijo Oliver, pensativo—. No eres la misma de antes, ni mucho menos.

Crissy miró a través de la niebla, aminorando la marcha para coger la última curva.

—Pues soy Crissy —dijo—. Tu querida Crissy. Mira todo lo que ha hecho tu querida Crissy, y todo ello por amor. Soy la misma de siempre. Y el mundo es también el mismo. Se hacen las cosas o no se hacen, querido. Nadie te coge, te recoge, te cepilla y te da otra oportunidad. Se hace lo que se tiene que hacer, antes de que alguna otra persona nos lo haga a nosotros.

—Pero no ha ocurrido como yo me imaginaba —dijo el muchacho.

—Las cosas no son nunca, en realidad, como uno las imagina, Olly.

Estaban a una milla y media hacia el sur de la entrada a la carretera secundaria que llevaba a casa de Crissy. Ésta condujo despacio hasta que los faros iluminaron el tronco de palmera que

había hecho colocar a Oliver de través en la carretera, al salir de la casa, esperando que interceptara el paso y que, al verlo, se desanimaran las parejas de novios o los pescadores que, a veces, utilizaban aquel camino para llegar a la costa.

Oliver bajó del coche y, levantando el tronco por uno de sus extremos, lo hizo girar hasta apartarlo de la carretera. Después, volvió a subir al coche.

—¿Recuerdas lo que hemos de hacer ahora? —le preguntó Crissy.

El muchacho contestó:

—Te llevaré en la barca hasta tu casa, te dejaré allí, volveré aquí en la barca y volveré a mi casa en el coche. Mañana vendré otra vez aquí en el coche y me llevaré la barca a Dinner Key.

Crissy puso el motor en marcha y condujo con lentitud carretera adelante.

—Y si te preguntan, no sabes nada de nada.

—¡Oh, Dios, Crissy! No puedo dejar de pensar, ni por un momento, en lo mucho que pesaba y en…

—Estarás muy bien y muy a gusto —le contestó ella—. Créeme, querido, no te preocupará nada de lo que ha pasado. Todo será muy fácil.

Al acercarse al final de la carretera, Crissy miró si los faros acertaban a iluminar los coches aparcados allí. Pero la zona estaba vacía. Habían descubierto aquel sitio yendo en barca. Crissy fue aminorando la marcha y se detuvo cerca de los cimientos de una vieja casa destruida por un incendio unos años antes. Aparcó en una ligera pendiente. Los faros del coche iluminaron la barca de vela de Oliver, amarrada a los restos de un antiguo y ruinoso desembarcadero. Crissy apagó los faros y bajó del coche. El viento del Este soplaba suavemente empujando la niebla que subía del agua.

Bajaron hasta la barca. Crissy dijo:

—Aquí están las llaves del coche. Si me fuera con ellas…

Oliver se las guardó en el bolsillo. Cogió la maleta y la metió en la barca. Dijo:

—Siento no haber podido…

—Ya ha pasado, querido. Ya está hecho todo, y eso es lo único que importa. Antes de que icemos las velas, ¿quieres echar un

vistazo a la gavia, que está ahí, enrollada a babor? Me parece que está algo enredada con uno de los foques y podrían enredarse más al izarlas. La linterna está en…

—Sí, ya sé.

Oliver saltó a bordo de la barca. Crissy lo siguió. Oliver cogió la linterna y se arrodilló, alargando el cuello para revisar los cabos.

—Todo parece estar en regla…

En aquel instante, Crissy le metió por el oído el cañón del rifle de calibre 22 apretando al mismo tiempo el gatillo. Sonó el disparo, seco y duro. Oliver cayó al suelo y la linterna se apagó. Oliver empezó a agitarse frenéticamente en el fondo de la barca. Crissy se echó hacia atrás, se sentó en el borde del desembarcadero y apartó los pies del caído. Éste, en sus convulsiones, golpeaba el fondo de la barca con los codos y las rodillas, gruñendo y rugiendo, como si luchase contra algo. La barca se balanceaba sobre el agua, y el alto y desnudo mástil se movía de un lado a otro. Se oía el golpear de brazos y de piernas contra las partes sólidas de la embarcación. Era un temblor muscular más vivo de lo que Crissy hubiera creído posible. Después, se hizo el silencio. La barca dejó de balancearse y el mástil fue recobrando el equilibrio y quedó inmóvil. La brisa que llegaba del Oeste apartó el casco unas pulgadas del desembarcadero, al que estaba amarrada con unos cabos por la proa y la popa. Crissy entró en la barca con precaución. Oliver estaba boca abajo, con la cabeza vuelta hacia popa. Crissy le colocó los dedos de la mano derecha en el rifle oprimiendo contra el centro del arma las puntas de los dedos. Le colocó asimismo la mano izquierda alrededor del cañón del arma, hacia la mitad, con el pulgar vuelto hacia el extremo. Luego dejó el rifle en el suelo de la barca, casi pegado al cadáver, con el extremo del cañón apuntando hacia popa. Cogió el pulgar de Oliver y lo colocó sobre el gatillo haciendo presión.

Se sacó, del bolsillo superior del pantalón, el pequeño fajo de papeles empleados para escribir borradores y notas. Estaba ligeramente húmedo. Había en él el último borrador de la nota dejada a los padres y también el plano del interior del *bungalow* número diez. Crissy sacó la cartera de Oliver, que éste llevaba en el bolsillo, y metió en ella el fajo de papeles con los pocos billetes de Banco que tenía Oliver. Después le volvió a meter la cartera en el

bolsillo. Llegaron a su olfato agrios olores de orina y de excrementos. Soltó primero el cabo que amarraba la proa de la embarcación, tal como Oliver le había enseñado a hacer en tales circunstancias de viento y de amarras. Después, mientras la proa se balanceaba lentamente, izó la vela siguiendo también las lecciones de Oliver y soltó el cabo que amarraba la popa al desembarcadero. La barca se inclinó hacia estribor, se alejó de tierra y empezó a correr sólo con la vela mayor, que dirigía Crissy, rumbo hacia el Norte, siguiendo la línea de la costa y lo suficientemente lejos para que nadie pudiera verla desde tierra, pues la ocultaba la niebla. Sin embargo, no iba tan lejos como para que Crissy no pudiera ver la cresta de las olas de la rompiente. Volvió a acercarse a las luces de la costa, aun antes de lo que esperaba. El único ruido que se oía era el batir del agua contra los costados de la barca y contra el timón, y el roce de los cabos contra el palo mayor.

Guiándose por las luces y dejándose llevar por el viento, Crissy fue acercándose al desembarcadero. Escudriñaba las sombras, a través de la niebla y repasaba con el pensamiento las cosas que tenía que hacer rápidamente. Cuando estuvo a la vista el desembarcadero, Crissy se dio cuenta de que se hallaba demasiado lejos de él. Puso proa hacia allá y se encontró de pronto en el centro de la corriente de aire. El viento azotaba la vela. Bastante asustada, creyó que nunca acabaría de llegar. Se agachó, cogió el garfio de la barca y lo lanzó contra el borde del desembarcadero. Al ir acercando la proa a tierra, el viento dio de lleno en la vela, con lo que la barca empezó a cabecear y casi volvió a soltarse. Pero entonces, Crissy, inclinándose, pudo agarrar con la mano derecha una cuerda del desembarcadero. Cogió la maleta y la llevó a tierra. Ató el timón para que no se moviera de la posición que ella le daba y soltó la gavia, es decir, la vela mayor, hasta que el botalón formó hacia babor un ángulo adecuado. Amarró la vela a la cornamusa, volvió a incorporarse a toda prisa y trepó al desembarcadero dándose un fuerte golpe en la rodilla contra un madero. Se cayó, miró hacia atrás y vio que la barca se iba alejando entre la niebla. Fue perdiéndose el rumor del agua al chocar contra los costados, así como el roce de los cabos que sujetaban las velas con la madera. La gran vela llegó a ser una mancha borrosa que acabó por desaparecer. Crissy estaba convencida de que llegaría a la costa

occidental del Cayo Elliot.

Cogió la maleta y se alejó a toda prisa, cojeando ligeramente, perdiéndose entre los oscuros matorrales próximos a los primeros peldaños de la escalera de piedra. Se detuvo un momento y aguzó el oído, vigilante. Después, se alejó rápidamente por detrás de los matorrales, fuera de la zona iluminada por los faroles. Vestida con su ropa oscura, subió a la terraza y la atravesó, hasta llegar a las puertas correderas, de cristales, que daban paso a su habitación. Había dejado las cortinas separadas un palmo. Miró al interior del dormitorio. Le produjo una sensación extraña ver, a la velada luz de la cabecera de la cama, el maniquí tendido bajo la colcha, con el rubio cabello esparcido sobre la blancura de la almohada. Dejó la maleta en el suelo, levantó una punta de la esterilla que había delante de la puerta, cogió la delgada espátula, la deslizó por la rendija de la puerta y levantó con ella la aldaba. Se sujetó el utensilio de cocina en la cintura del pantalón, hizo correr la puerta hasta abrirla, recogió la maleta y entró en el dormitorio, que estaba fresco, aunque cargaba su atmósfera el olor de todos sus perfumes y lociones y de su ropa. Crissy corrió bruscamente las cortinas, metió la mano a través de ellas, volvió a hacer correr las puertas, cerrándolas y echando la aldaba. Dio unos pasos y se dejó caer de rodillas y después de lado tendiéndose en el suelo. Encogió las piernas y se metió los puños cerrados entre los pechos. En esa posición, respiró varias veces y, después de cada lenta y larga aspiración, notó que los músculos del vientre le temblaban y adquirían nuevamente firmeza. Eran los restos de la gran excitación pasada. Notó debajo de sus mejillas y de sus sienes la contextura de la alfombra y olió su propio olor a sudor, fuerte, agrio, punzante.

Por fin se levantó lentamente. Le costó mucho hacerlo. Se ocupó, en primer lugar, de la maleta, volviendo a lavar los vasos y secándolos con una toalla antes de volver a colocarlos en el bar. Lavó el termo. Quedaba en él una brizna de hielo. Metió la mano por la ancha boca, secó cuidadosamente el interior y volvió a colocar el recipiente en el compartimento abierto bajo el mostrador del bar. También guardó la botella de *whisky* y la de soda y el sacacorchos en los sitios acostumbrados, y puso la pequeña maleta en el armario del tocador.

Tomó luego una larga ducha caliente, se enjugó el cabello con la

toalla hasta secarlo y empleó toda su colección de aguas de tocador, cremas astringentes y lociones que formaban parte de sus preparativos habituales, se puso un camisón corto y abrió el embozo del lecho. Recogió la almohada que había empleado para simular su torso, las toallas de baño enrolladas con las cuales había formado las piernas, la peluca y el montón de toallitas que formaban la cabeza, y lo recogió todo cuidadosamente. Había tenido que salir a la terraza media docena de veces, volver a entrar, dar golpecitos aquí y allá sobre el falso cuerpo, mullir y abombar las toallas debidamente y ajustarlo todo para reproducir la redondez de las caderas, la forma de la cintura, los hombros y las piernas hasta que el conjunto le pareció real y verdadero. Se quitó entonces la ropa, húmeda y manchada, que llevaba puesta. Extendió los pantalones en el suelo, metió dentro de ellos la blusa, los sostenes, las bragas, los calcetines y los zapatos de barco, y lo enrolló todo, formando un cilindro apretado, que ató con un cordel. Luego se acordó del pañuelo, lo recogió y lo metió por un extremo del cilindro. Era ropa vieja, que ya tenía que tirar. Metió el lío en el fondo del armario y se lavó las manos.

Abrió la puerta interior, atravesó en silencio las oscuras habitaciones, guardó la espátula en uno de los cajones de la cocina y volvió a su dormitorio, dejando abierta la puerta. El aparato de intercomunicación colgaba de la pared, junto a la puerta que daba al tocador. Levantó el botón sobre el cual se leía «Apt», oprimió la barra locutora y dijo, con voz soñolienta:

—Francisca… Francisca…

Soltó la barra y aguardó, y, cuando ya estaba a punto de volver a llamar, la muchacha contestó:

—Diga…

Crissy frunció el entrecejo. No la podía convencer de que no acercara tanto la boca al aparato y no hablara tan alto.

—Siento tener que despertarte, querida… ¿Qué hora es?

—Quizá… diez minutos después de medianoche.

—¿Nada más? He tenido que levantarme y no puedo volver a dormirme. He tomado una ducha caliente, pero no me ha servido de nada. Si tomo una píldora, mañana me encontraré malísimamente. ¿Sería molestarte demasiado pedirte que me trajeras un poco de cacao caliente, y algunas galletas?

—¡Oh, no, no es ninguna molestia!

—Ponte sólo una bata, querida.

—En seguida… Voy en seguida —repuso la muchacha con su voz aguda y alegre.

Crissy corrió las cortinas hasta dejarlas entreabiertas como antes, entreabrió la puerta que daba a las habitaciones interiores, apagó todas las luces, menos la lamparilla nocturna y la de la cabecera y luego se acostó y dio algunas vueltas para descomponer las sábanas y hacer que la cama pareciera deshecha.

Francisca, después de llamar a la puerta, entró con el cacao y las galletas en una pequeña bandeja. Llevaba una bata acolchada, de llamativo tono amarillo. Crissy se incorporó, se puso otra almohada debajo de la cabeza y cogió la bandeja.

—Gracias, querida —murmuró—. Es un fastidio.

—No —contestó Francisca—. No dormía…

—¿Ha venido Oliver a buscar su barca? He mirado, pero hay demasiada niebla para ver el desembarcadero.

—Sí, se la ha llevado.

—¿Te ha dicho algo?

—¡Oh, no! Ni siquiera lo he visto.

—No tienes que esperar para llevarte la bandeja, querida. Vete a la cama. Me parece que este cacao me irá muy bien.

Se llevó la mano a la boca para ocultar un amplio bostezo simulado. La muchacha le dio las buenas noches, salió y volvió a cerrar quedamente la puerta.

Al levantar la taza para tomar los últimos sorbos de cacao, Crissy empezó a temblar violentamente, sin poder dominarse. El líquido se le derramó sobre el camisón y sobre la sábana. Dejó rápidamente la bandeja a un lado y, al ver que no le paraba el temblor, se levantó, se acercó al bar y se sirvió medio vaso de ron. Tuvo que sujetar el vaso con las dos manos. Al intentar beber, los dientes le castañeteaban y chocaron con el borde del recipiente. Cuando hubo logrado tragar la bebida, pasó un rato temiendo que la vomitaría. Pero, por fin, su estómago la aceptó. Apagó la luz y se acurrucó en la cama, en la misma posición que cuando se había tumbado en el suelo poco antes.

El temblor fue cesando poco a poco como el de un motor que se va parando. Cuando iba a levantarse para tomar somnífero, se

quedó de pronto dormida.

Capítulo XXII

Al hacerse de noche, Mrs. Mooney empezó a librar su batalla habitual con su conciencia y con sus deseos.

Cuando hubo dado de comer a los tres perros, apagó las luces de la casa y fue de una habitación a otra rezongando para sus adentros. De vez en cuando, subía por la escalera, entraba en su dormitorio y miraba por la ventana, que daba a la hilera de *bungalows* de alquiler, para contemplar, a través de las hojas de los arbustos, el resplandor amarillento procedente del interior del número 10, de la luz del dormitorio de aquel tal Mr. Stanley, que brillaba a través de la deteriorada persiana.

La lógica de aquello no tenía vuelta de hoja. Como el arbolado era tan espeso, las casitas tenían intimidad y una absoluta independencia. Y en una noche tan cálida como aquélla, únicamente podía haber un motivo para tener bajadas las persianas.

La otra noche Mrs. Mooney había luchado contra la tentación y había vencido. Pero hoy era más fuerte. Era algo así como un terrible roer. No era justo que aquello siguiera ocurriéndole tantos años, después de creer que todo terminaría, que por fin podría disfrutar de paz y de descanso…

Vagó por las oscuras habitaciones, murmurando sus quejas y explicando lo terrible que era aquello. Se lo contaba a Mr. Mooney, que llevaba ya años en su tumba, recordándole que aquel estado de cosas había empezado hacía tiempo, cuando él vivía aún, y que él la había pillado una vez con las manos en la masa y le había dado la paliza que merecía diciéndole que la podían enviar a la cárcel y que era una mala mujer, y aun después de prometer ella que no lo haría más, se había mostrado desagradable con su mujer durante semanas enteras.

Mrs. Mooney puso la televisión y se sentó, pero después se encontró, sin saber cómo, paseando por la habitación, a la pálida y vacilante luz de la pantalla en la que corrían unos caballos y gritaban unos hombres.

Cuando volvió a subir al piso superior, evitó mirar por la ventana y se dirigió hacia su gran escritorio, que estaba en un rincón, dio la luz y abrió un gran álbum de recortes que estaba encima de un montón de antiguas facturas y recibos.

Los tres perros se habían instalado ya en el rincón donde pasaban la noche. Levantaron la cabeza para mirarla con los ojos brillantes en los que se reflejaba la luz de la lámpara. Mrs. Mooney empezó a hojear el álbum y contempló un rato los recortes de periódicos que hablaban de su boda con Michael Mooney, el día 14 de julio, en las arenas del circo «Coldwell Brothers», de Topeka, Kansas. Mr. Mooney tenía a su cargo, en aquel negocio, uno de los mejores números de perros, y su mujer había salido a la pista con él, como ayudante suya. También había representado papeles de payaso y había confeccionado miles de vestidos para los perros durante los años que pasaron en el circo.

Todo ello había quedado en el pasado, todo había desaparecido, a excepción de los tres viejos perros, que eran sólo unos cachorros los últimos meses del circo; todo había desaparecido, excepto *Jiggs, Tarzán* y *Maggie*, que estaba muy gorda y que se iba quedando ciega.

Mrs. Mooney pensó que tal vez Mr. Stanley se había puesto enfermo y sería un acto de caridad cristiana ir a ver qué le pasaba…

Recordó que había pensado lo mismo en abril, cuando aquel mismo Mr. Stanley le había alquilado un *bungalow* solamente para pasar la noche. Cuando los coches tenían matrícula local y sus dueños llegaban solos, únicamente para pasar la noche, ya se sabía lo que se traían entre manos.

«Si no hubiera resbalado aquella última vez —se dijo Mrs. Mooney—, ahora esto no sería tan terrible. Quizá podría considerarse la cosa, no como un pecado aparte, sino como parte del pecado de la última vez».

Cerró el álbum de recortes, alargó la mano para apagar la lámpara y golpeó el álbum con el puño cerrado. El pensamiento seguía ofreciendo excusas fáciles para que todo pareciese normal y corriente, aunque luego una se diera cuenta de que los motivos que la movían eran sucios, pero, al darse cuenta, la cosa ya había pasado, y una se encontraba a sus anchas y podía decir: «Nunca, nunca, nunca más». Una podía decir que todo había pasado para

siempre.

Se preguntó si aquel Mr. Stanley se habría dado cuenta de lo mucho que la había impresionado verle aparecer nuevamente por allí. Generalmente, los que habían estado allí no volvían. A Mrs. Mooney le había dado un salto el corazón y le habían temblado las manos. Mr. Stanley era uno de aquellos hombres que arrostraban las consecuencias de lo que hacían y dejaban las luces encendidas, al hacerlo, en vez de preferir la oscuridad como las personas decentes.

Mrs. Mooney bajó despacio la escalera, deslizando la mano por la barandilla, preguntándose si la mujer de esta vez sería la misma que la de la vez anterior: aquella muchacha alta y rubia, de cuerpo hermoso, esbelto y bronceado; una mujer que, a pesar de su esbeltez, parecía muy fuerte; una buena oponente para la brutalidad y la fuerza de Mr. Stanley.

«Tienes que aguantarte —pensó Mrs. Mooney—. Así es que tómate una taza de leche caliente y vete a la cama, como una viuda sola que tiene a su cargo tres viejos perros. Es tarde, pequeña Maureen. Alrededor de las diez, o quizás aun más tarde. Bébete la leche, arrodíllate al pie de la cama y reza a Dios para que suprima ese roer y ese quemarse, porque ahora eres ya demasiado vieja para el mal».

—¡Nunca más! —exclamó en voz alta.

Se mordió los labios y notó el gusto de la sangre, gruñó, corrió a la cocina y plegó allí la pequeña escalera de mano, de aluminio, que empleaba para alcanzar los estantes de las fuentes. Vestida con su bata de algodón y llevando consigo la escalera, se deslizó al exterior de la casa, adentrándose en las sombras de la noche, oscura y tranquila, y metiéndose, encogida, por unos senderos bien conocidos que conducían a la parte trasera de las casitas. Caminaba rápidamente, con cuidado de no hacer ruido ni siquiera al respirar. Al llegar bajo la ventana iluminada, desdobló la escalerilla, subió despacio y se quedó en el último escalón. Acercó los ojos a la estrecha abertura que quedaba entre la persiana y el marco de la ventana y miró el interior de la habitación. La cama estaba vacía y revuelta, lo que le produjo una decepción tan aguda como un dolor de muelas. En el suelo había un haz de luz que indicaba que, al otro lado del pasillo, la luz del cuarto de baño estaba encendida.

Bajó de la escalera ansiosa y ágilmente, volvió a doblarla y dio corriendo la vuelta a la casa por la parte posterior. Volvió a desdoblarla y la puso debajo de la ventana del cuarto de baño, que estaba iluminada. Se acordaba de la pareja que había visto allí hacía años, o más, entre las burbujas de jabón. Se encaramó, acercó los ojos a la abertura de la persiana y se puso de puntillas para poder ver la bañera. Permaneció dos largos segundos sin respirar, luego dio media vuelta y, al querer bajar, puso un píe en falso y se cayó. Reaviváronsele los antiguos reflejos y habilidades de sus años circenses y sacó las rodillas hacia delante, bajó la cabeza todo lo que pudo, encogió el hombro derecho y relajó completamente el cuerpo en el instante anterior al del impacto. Rodó por el suelo, volvió a ponerse en pie de un salto y se apoyó un momento contra la pared de la casita. Le daba vueltas la cabeza.

«¡Pobre pequeña Maureen! —pensó—. Una sola pirueta sin importancia la deja temblando».

Volvió a doblar la escalera y corrió hacia su casa, a lo largo de los senderos descuidados y cubiertos de vegetación. Iba rozando, al pasar, las hojas de los arbustos. El número al que tenía que llamar estaba en la cubierta de la guía telefónica.

—Habla Miz Mooney —dijo con voz de contralto—. Necesito ayuda, y pronto, en mi *bungalow* número 10. Tal vez respira aún, tal vez no. Bueno, sea como sea, está en una bañera, y el agua está tan oscura de sangre, que no puedo ver si se ha cortado las venas de las muñecas. ¿Cómo? Mire, hijo, no podrá encontrar el sitio, ni aunque pase diez días buscándolo, a menos de que pare de hablar y me deje explicarle dónde está mi casa. Así es que haga el favor de cerrar el pico y de coger un lápiz…

La mañana siguiente, a las ocho, un hombre joven y activo llamado Lobwohl hallábase sentado ante un escritorio de linóleo y de metal, de espaldas a una gran ventana. Leía los primeros informes relativos al caso de los «Bungalows Mooney» y tomaba notas en un bloc amarillo haciendo una pausa de vez en cuando para tomar un sorbo de café.

Entraron dos hombres, de más edad y más gruesos. Al sentarse uno de ellos, Lobwohl le dijo:

—Empieza la semana como suelen empezar muchas. ¿Has encontrado a Harv?

—Ya debe de estar ocupándose del caso. Le dije que quería usted un trabajo completo. El rincón más escondido, la menor mota de polvo, el hilillo más insignificante, cualquier cabello que se pueda encontrar… Me dijo que le dijese que hay una circunstancia que simplifica el asunto más de lo corriente.

—Nunca hay nada que simplifique los asuntos.

—El *bungalow* estuvo dos meses vacío, antes de que esa enana se lo alquilase al individuo. Estaba vacío, y tan caliente como un horno, así que Harv dice que la grasa de las huellas digitales antiguas está seca y que, por la manera como cogen los polvos, se puede saber en seguida cuáles son las antiguas y cuáles las recientes. Bueno, como sea, su equipo debe de estar trabajando allí en estos momentos. Ha pedido uno de los camiones grandes, del laboratorio, con todo lo necesario.

Lobwohl aprobó con la cabeza y siguió tomando notas. El segundo de los recién llegados, que había quedado de pie, mirando por la ventana, dijo a sus compañeros:

—Os digo que… ¡Ese maldito Shaeffer…! Un promedio de cuarenta y siete por temporada, y esta noche pasada ha ganado seiscientas series. ¡El último juego, doscientos veintiocho!

—¿Shaeffer, de *Safe and Loft*? —preguntó Lobwohl mientras tomaba una nota.

—Nos ganan por cinco bolos —dijo el hombre, disgustado.

—Está bien, Bert y Barney, vamos al grano —dijo Lobwohl.

El policía que miraba por la ventana se volvió y fue a sentarse junto a su compañero, frente a Lobwohl. Éste prosiguió:

—Sabemos que su verdadero nombre es Staniker. Ese nombre es el que estaba en el cheque encontrado en el cajón del escritorio y en la hoja de alta del hospital de Nassau. Las huellas digitales coinciden y se parece al retrato de su padre. Desde luego, somos muy listos. Pero seguirá siendo Gerald Stanley, de Tampa, mientras podamos seguir ocultando la verdad.

—¿Por qué hemos de ocultarla? —preguntó Barney.

—Trabajaremos más de prisa y mejor, si siguen apareciendo en los periódicos sólo cuatro líneas en la página 40. Por lo menos, por ahora. Si nos volcamos sobre ese caso, la gente se preguntará por

qué lo hacemos. Es mejor que todo quede entre nosotros. Aquí está lo que he recogido en el Departamento de Medicina… Fue anoche, a las diez, poco más o menos. Llevaba encima una buena carga de barbitúricos, pero sería difícil precisar la cantidad habiendo perdido tanta sangre. No obstante, aquí tenéis la clave: no ha habido, en las muñecas, ningún intento fallido. Se ha cortado, con cada mano, las venas de la otra, y con tanta fuerza como no se ha visto nunca hasta ahora. Lo que pasa es que los cortes fueron tan profundos que quedó rota la habilidad motriz de los dedos. Por consiguiente, pudo cortarse así una mano, pero no las dos, a menos de que sostuviera la hoja de la navaja entre los dientes, lo que no es posible. La conclusión que he sacado es que hay en este asunto alguien bastante astuto que quería que ese hombre muriese. No contó con la complicación de los cortes demasiado profundos. Se olvidó de colocar el pestillo de manera que cayese al cerrar de golpe la puerta. Creo que estaba tan seguro de que todo parecería tan real que no se preocupó de las huellas digitales. Ya era hora de que nos saliera un caso en que las huellas nos ayudaran un poco. ¿Cuánto tiempo hace que no lo hemos tenido?

—Unos tres años —contestó Barney.

—En el cajón del escritorio había ciento cincuenta dólares. Tenemos dos pistas para averiguar los motivos del crimen.

—¿Qué se puede sacar de la particularidad de que se hiciera pasar por Gerald Stanley?

—Esto nos da una de las dos pistas. Esa señora, la enana, dijo que había sido cliente suyo, una sola noche, el mes de abril pasado. Por aquella época, él y su mujer vivían en aquella estación marítima. La palabra adecuada es que ese hombre era todo un macho. Esta vez firmó en el libro por dos semanas. El sitio está muy bien para actuar a escondidas de todos, si no se tiene en cuenta que está bastante sucio. Podría haber actuado el marido en vez de la mujer imaginando que todo parecería muy razonable. Se juzgaría a Staniker muy deprimido por la pérdida del yate y de su mujer y por ser el único que había salido de ello con vida.

—Y la otra pista es que alguien lo ha matado *precisamente* porque perdió el barco —dijo Bert.

—Eres mejor policía que jugador de bolos —repuso Lobwohl—. Recuerdo una historia emocionante acerca de una chica que iba en

ese barco. Su novio y su hermano llegaron en avión desde Texas, para estar en Nassau mientras durase la búsqueda del yate. Procura encontrarme ese recorte de periódico sin que nadie huela nada. Después intentaremos averiguar si alguno de los dos, o los dos, están en esta comarca, o si salieron de ella esta mañana. Puedo averiguarlo por otros medios, tan pronto como me consigas el artículo. Mientras tanto, vosotros dos procurad averiguar todo lo que podáis de la vida amorosa de Staniker. Llegó a la ciudad el viernes. Quiero saber con exactitud con quién andaba antes de embarcarse en el yate. Trabajad de prisa. Y con toda discreción.

Golpeó con el lápiz uno de los teléfonos y prosiguió:

—Y poneos en comunicación conmigo a través de la línea exterior, no por la red de la radio. Empezad en la estación marítima y dirigid todo el trabajo a partir de allí. Por la vecindad. Por los bares. No he de explicaros cómo tenéis que hacerlo.

—De todos modos, llamaremos antes del mediodía para saber si Harv ha encontrado algo digno de tenerse en cuenta.

Bert Kindler y Barney Scheff llegaron a casa de la Harkinson el lunes por la mañana, pocos minutos después de las once, entraron por la puerta del jardín, que estaba abierta, y se apearon despacio del coche.

En aquel momento, por la escalera exterior que conducía al apartamento situado sobre el garaje, bajaban una muchacha de servicio con uniforme azul y blanco y un hombre con pantalón oscuro, camisa azul y la americana al brazo. Los dos parecían cubanos. La muchacha se acercó rápidamente a los recién llegados saludándolos con una sonrisa.

—No, no venimos a ver a Mrs. Harkinson —dijo Scheff después de haberse dado a conocer—. Queremos hacerte algunas preguntas a ti, guapa. ¿Cómo te llamas?

—¿Por qué unas preguntas? —inquirió la joven—. ¿Qué quieren saber?

—¿Cómo te llamas? —repitió Kindler.

La muchacha parecía asustada. Dio lentamente unos pasos hacia atrás.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Oye, guapa —le dijo Scheff—, tal vez no tienes en regla tus papeles, ¿eh? Si no tienes documentación, es posible que te metamos en el coche, que te llevemos con nosotros y…

—¡No! —exclamó la chica—. ¡Oh, no, por favor!

—¡Cisca! —le dijo vivamente su acompañante en español—. ¡Vuelve al apartamento y espera allí! ¡No te llevarán a ninguna parte!

Mientras la muchacha volvía a subir corriendo por la escalera, los dos policías se quedaron mirando al hombre con una viva expresión de curiosidad.

—*Comprendemos un poquito, hombre*[21] —dijo Kindler.

—Mi inglés es bastante correcto. Esa señorita es Miss Francisca Torcedo. ¿Qué quieren saber?

—¿Cómo se llama usted?

—Raoul Kelly.

—¿Trabaja también en casa de la Harkinson?

—No.

—¿Por qué cree que puede evitar que nos llevemos a esa chica para interrogarla, si queremos? Cuando alguien tiene una reacción así, las orejas se me ponen tiesas para oír mejor —dijo Scheff.

—Creo que puedo evitarlo si me escuchan cuando les explique que sería un mal asunto. Si no me escuchan, no puedo. Pero ustedes parecen haber trabajado en su oficio bastante tiempo para querer escucharme.

—Bueno, hable usted —dijo Kindler.

—En primer lugar, los papeles de esa chica, como los míos, están perfectamente en orden. No habla mucho inglés. Su familia era rica y muy importante en La Habana. Cuando los milicianos de Castro entraron en la ciudad, en la confusión que hubo, su padre murió de un disparo. Ella bajó a la calle e hirió a un miliciano. La llevaron a un cuartel y la dejaron allí. Sufrió malos tratos, que le ocasionaron grave perjuicio emocional. Su hermano y yo estuvimos en la invasión de la Bahía de los Cerdos. A él lo mataron allí. Yo caí prisionero y más tarde me intercambiaron. Su hermano, antes de morir, me recomendó que la cuidara. Voy a casarme con ella. Se va poniendo mejor poco a poco, día a día. Si se la llevaran con ustedes para interrogarla, podría perder lo ganado, retroceder hasta un punto donde no se la podría alcanzar y del que ya no saldría nunca.

Estoy lo bastante enterado de todas sus cosas para poder contestar a cualquier pregunta que quieran hacerle. Pero, si intentan molestarla, trataré de impedirlo, créanme.

Los dos policías se miraron con una expresión soñolienta.

—Mr. Kelly parece tener la intención de hacer lo que dice —dijo Scheff.

—Lo que podríamos hacer —dijo Kindler—, es ponernos a la sombra.

Se encaminaron hacia unos árboles próximos.

—Si lo que nos dice es lo que nosotros llamamos «no conforme» llevaremos a la chica donde haya alguien que sepa hablar el español.

—Y me llevarán a mí también, supongo. En posición horizontal, si protesto lo más mínimo. Los cubanos son falsos y mentirosos. Hay que vigilarlos.

—Ese hombre es verdaderamente sensible, Bert —dijo Scheff.

—¿Sabe usted lo que pienso de los cubanos? —preguntó, a su vez, Kindler a Raoul—. Me gustaría que no hubiera en Dade County más paisanos que cubanos. Si fuera así, ¿sabe qué resultaría en las estadísticas? Que los crímenes se reducirían casi a la mitad. Podría pasar más tiempo con mi mujer y con mis hijos. Así es que desarrugue el entrecejo, amigo.

Raoul sonrió tristemente.

—De acuerdo. Me he equivocado. ¿Qué quieren saber?

Scheff señaló la casa grande.

—Nos han dicho que la dueña de esta casa es una mujer de primera y que fue el viejo Fer Fontaine quien la instaló aquí antes de morir. A Bert y a mí nos da reparo molestar a las personas que tienen en la política verdaderos buenos amigos. ¿Conocemos a alguien que tenga influencia ante el senador?

—No.

—Así, pues, si diera la casualidad de que estuviéramos intentando localizar a alguien que se llamase Staniker y recurriésemos a la Harkinson, diciéndole, por ejemplo, que sabemos que Staniker buscaba refugio en su casa, después de haber vendido ella el barco que él gobernaba, ¿no telefonearía esa mujer a alguien del Palacio de Justicia, o de Tallahassee?

—No es muy probable.

—¿Diría la Harkinson que, con Staniker, no pasaba lo que acabo de decir?

—No lo sé. Tal vez lo negaría. O tal vez admitiría que sí.

—Entonces, lo que decía Staniker, ¿no era sólo una fanfarronada ante sus compañeros de la estación marítima? —preguntó Scheff.

—No. Pero, tanto si la Harkinson confiesa esas relaciones como si las niega, supongo que les diría a ustedes lo mismo que dijo a Francisca… Que ella y Staniker tuvieron una disputa antes de que éste aceptara el empleo a bordo del *Muñeca y que* ella le dijo que no volviese más. Y también les diría que, desde que Staniker regresó de las Bahamas el viernes pasado, la ha estado molestando a cada paso llamándola por teléfono y pidiéndole que le dejase venir a verla.

Scheff dijo perezosamente, con expresión de indiferencia:

—¿De manera que esta noche pasada fue a verlo para decirle que dejase de molestarla?

Raoul replicó que Crissy Harkinson no había salido de su casa desde el sábado por la tarde, que el coche de Crissy estaba en el taller para ser reparado y que la puerta del jardín había estado cerrada toda la noche.

—Pero la Harkinson no sabía que usted estaba aquí durante todo ese tiempo, con su amiguita, ¿verdad?

—No. No he estado nunca aquí, hasta ahora. Pero me pareció una buena idea hablar de eso a Francisca. Esa puerta cerrada no impediría pasar a nadie que quisiera entrar, yendo a pie. Staniker la empleó a veces para venir, a ver a Crissy Harkinson. Pensé que tal vez se emborracharía y vendría por aquí y Francisca intentaría impedirle que molestase a Mrs. Harkinson. Y había también otro factor en el asunto, un joven con el cual Mrs. Harkinson acababa de romper porque se estaba portando de una manera muy extraña. La puerta cerrada era para que no entrara ninguno de los dos.

Scheff y Kindler empezaron a hablar a la vez. Después, Scheff dejó que Kindler continuase solo. Kindler preguntó:

—¿Mantenía ese joven relaciones íntimas con ella?

—*Sé* que ella lo negaría. Pero desde luego, sí. La Harkinson lo contrató para que le enseñara a manejar una barca de vela, y ahí empezó todo.

—¿Cómo se llama?

—Oliver… No sé el apellido. Es un muchacho de unos

diecinueve o veinte años. Alto y desgarbado. Guarda su barca en el desembarcadero de la Harkinson. Es una «Flying Dutchman». La vi una vez ahí abajo, un día en que Mrs. Harkinson había salido. Probablemente, podrán encontrar al muchacho por el nombre de la barca. Se llama *Skatter*, con una *k*.

Raoul vio que los dos hombres se miraban con una expresión de satisfacción.

—Supongo —dijo Scheff— que si ese muchacho empezó a ponerse raro y a poner nerviosa a la Harkinson fue porque se enteró de que ella mantenía relaciones con Staniker y de que Staniker había vuelto y la estaba molestando.

—Mrs. Harkinson dijo a Francisca que Oliver sabía que Staniker la importunaba continuamente.

—¿De manera que despidió a Oliver? Debió de decirle algo así como: «Coge tu barca y lárgate, hijito», ¿no?

—Él vino y se llevó la barca ayer, a primera hora de la noche. Mrs. Harkinson había tomado una pastilla para dormir y se había ido temprano a la cama. Pidió a Francisca que echase una ojeada más tarde y se asegurase de que la barca ya no estaba y de que el joven no se había quedado rondando por aquí. Acompañé a Francisca cuando fue a ver si ya no estaba la barca.

—¿A qué hora fue eso?

—Fue poco después de las nueve. Después, Francisca fue a mirar la habitación, a través del cristal de la puerta, y vio que Mrs. Harkinson estaba en la cama, dormida.

—¿Es una mujer guapa? —preguntó Kindler.

—No la he visto más que de lejos. Tiene muy buen tipo. Yo diría que tiene alrededor de treinta años, pero Francisca está segura de que está cerca de los cuarenta.

—¡Y divirtiéndose con chicos jóvenes! —dijo Scheff—. Tengo un hijo de diecinueve años, y mi mujer tiene treinta y ocho… Oiga, ¿por qué trabaja su amiga en casa de una mujer como la Harkinson?

—Sólo trabajará aquí hasta pasado mañana.

—¿Cuánto tiempo lleva en su casa?

—Un año. Poco más de un año.

—¿Qué pasado tiene la Harkinson?

—No sé decirle… Seguramente, tampoco Francisca lo sabe.

—¿De dónde es esa mujer?

—Una vez dijo a Francisca que había vivido en Atlanta.

—¿Está ahora en casa? —preguntó Kindler.

Raoul asintió con una inclinación de cabeza.

—¿Le hacemos una visita? —preguntó Scheff a Kindler.

—Puede esperar, Barney. El chico, en cambio, tal vez no.

—¿Puedo hacerles una pregunta? —dijo Raoul.

—Desde luego.

—¿Por qué buscan a Staniker?

—Por rutina. Sólo por rutina —contestó Kindler.

Mientras se dirigían hacia el coche, Francisca se asomó tímidamente a la baranda de la galería y miró hacia abajo. Los policías la miraron a ella. Tenía los ojos muy abiertos y la boca se le había reducido hasta no ser en su cara más que un botón exangüe.

Kindler le gritó, en un español muy malo, pero que podía comprenderse:

—Señorita, es usted muy guapa. No nos la llevaremos con nosotros. Este amigo suyo es un hombre bueno.

La muchacha pareció sobresaltarse, pero después les sonrió desde donde estaba, con expresión feliz.

—¡Kaylee también es muy guapo! —exclamó.

Raoul notó que le ardían las mejillas. Los dos policías se echaron a reír y Cisca les despidió agitando la mano mientras se metían en el coche y se alejaban.

—¡Qué simpáticos! —dijo a Kelly.

Diez minutos después de haber dejado la carretera particular que conducía a casa de la Harkinson, Scheff y Kindler se detuvieron en un centro comercial, para telefonear a Lobwohl por la línea privada.

—Bert al habla —dijo Kindler—. ¿Ha encontrado algo Harv?

—Será mejor que volváis —le contestó Lobwohl—. Lo ha hecho un joven, que después se ha suicidado. Se le ha encontrado una nota encima diciendo que temía que iba a hacer alguna locura. Llevaba también consigo un mapa y un plano de la planta del interior del *bungalow* número 10. Incluso tenía en un bolsillo el papel que envolvía la hoja de la navaja. Los guardias de la costa lo encontraron muerto en una barca de vela procedente de Elliot Key.

—¿Ese joven se llama Oliver? —preguntó Kindler.

Tras un largo silencio, Lobwohl dijo con tono fatigado:

—Está bien. Vuelve y suelta lo que tengas que soltar, hombre listo y fanfarrón.

—¿Saldrá ahora todo a relucir? ¿La identificación de Staniker?

—Sí. ¿Por qué?

—Cuando el caso se haga público y los periodistas echen una ojeada a los motivos del crimen, nos rodearán, formando enjambre, más que nunca, desde el caso Mossler. La amiga de Staniker y de ese joven es una tal Mrs. Cristen Harkinson, una rubia de treinta y tantos años, ya casi cerca de los cuarenta, una mujer entretenida. El difunto senador Ferris Fontaine la había instalado en una casa muy lujosa de la bahía, allá abajo, hacia el Sudeste de Goulds. En un sitio muy apartado. Probablemente hizo construir la casa para ella y la puso a su nombre. Esa mujer tenía también un yate…

—Y en la época en que lo vendió, Staniker trabajaba para ella, como capitán de ese barco. He leído los recortes de periódico, Bert.

—La Harkinson rompió con Staniker. Éste consigue un empleo en el yate de Kayd. Ella busca al joven Oliver para que le dé unas lecciones de navegación y le enseñe a llevar una barca de vela. Así, pues, toma lecciones de una cosa y se las da de otra. Staniker vuelve de las islas. Quiere volver con la Harkinson. Esto irrita al muchacho. Se pone tan pesado a causa de ese asunto que la Harkinson lo envía también a paseo. Por lo que puedo suponer, el chico cree que ella lo ha despedido de esa manera porque la Harkinson va a volver a enredarse con Staniker. Con una mujer como ésa, un chiquillo sin experiencia debió de apartarse mucho de su ambiente y de sus costumbres. Bueno, ¿y cómo supo el chico dónde estaba Staniker? ¿Ve usted qué clase de caja de gusanos se abre con esto?

—Los dos hombres se habían convertido en un estorbo para ella, que tal vez lanzó al uno contra el otro, y, diera el resultado que diera, así se vería libre de ellos. Dos galanteadores rechazados que la libran, cada uno, del otro. Pero tendría que ser una mujer muy fría y muy dura para enzarzarlos así, ¿no le parece?

—Ella estaba en su casa, en la cama, y creo que esto podrá ser comprobado. Y supongo que, aun en el caso de que hubiera inducido al joven a asesinar a Staniker, lo negará por todos los

medios habidos y por haber, y contra eso no podremos nada. Estaba pensando precisamente que las informaciones del caso en los periódicos van a terminar y que vamos a tener una semana de colada de ropa sucia, así como una limpieza general en casa de la Harkinson con individuos armados de cámaras fotográficas con teleobjetivo, encaramados en los árboles… En fin, lo de siempre.

—¿Qué haremos?

—¿Custodia protectora? Sea como sea, esa mujer tendrá que declarar. Es el eslabón que une a Staniker y al muchacho. Tendremos que seguir la rutina de los casos de asesinato, en un proceso, y…

—Me contengo para no decirte qué es lo que te concierne en este asunto, Bert.

—Lo siento.

—Quieres meterla a ella en eso, ¿eh? Tú, un hombre casado, feliz en su matrimonio, etcétera. ¿Acaso haces colección de autógrafos?

—El caso es que me gustaría que Barney se divirtiera también un poco con el caso, pero estaba pensando que, si entrevistamos a esa mujer antes de que sepa quién mató a quién, y la interrogamos con calma intentando hacerla caer en una trampa, tal vez recogeríamos algún detalle que podríamos utilizar más tarde porque podremos hacer mucha presión sobre ella, basándonos en muchos puntos. Cuando llegue el asunto al público, habrá mucha expectación y como viene luna llena los periodistas asaltarán el jardín en masa y se quedarán sin aliento en el momento que supongan que puede aparecer esa mujer por alguna parte.

Después de una pausa, Lobwohl dijo:

—De acuerdo, pero no sabemos cuánta fuerza puede tener esa mujer, así es que debéis tener mucho cuidado.

—Tenemos ese pequeño rollo de alfombra roja que llevamos siempre con nosotros para dar coba, y…

—Cuando te oigo hacer esas bromitas, Kindler, pienso en lo que se divertirán Mercer y Tuck al intentar que los Akard hagan una declaración positiva acerca del único hijo que tienen y que tendrán. El chico nació y se educó aquí y no tiene ningún antecedente penal, así es que no habrá medio de que la madre diga a Mercer y a Tuck más que «que siempre ha sido muy buen chico».

—Lo siento, señor.

—No es necesario que te disculpes. No debiera haberte dado un chasco. Bueno, la conversación ya ha durado bastante, así es que voy a cortar.

—Cuando lo haga, habrá llegado el momento de seguir una nueva línea de acción.

—Antes de desenrollar su pequeña alfombra roja, alguien habrá dicho a la dama que tiene el derecho de tener un abogado que esté presente mientras se le toma declaración, y se le permitirá telefonear y arreglar las cosas para poder decir o que el abogado se encontrará aquí con ella o que irá a buscarla a su casa y vendrán los dos juntos en coche mientras vosotros los seguís en el vuestro.

—Entonces, ¿qué le digo a esa mujer para explicarle por qué la metemos en ese asunto?

—Pues que Staniker no tiene ningún pariente próximo. O que el laboratorio central no nos ha devuelto aún unas huellas digitales que concuerden con las que tenemos.

—¡Me gusta esto! Deber de ciudadana. Ex patrona del difunto, etcétera… Decirle siempre que su ayuda es voluntaria. Interrogarla a fondo, sin compasión, para que suelte todo lo que pueda sernos útil… si es que realmente hay algo. Mientras tanto, quizá podría alguien empezar a rebuscar en su pasado apuntando hacia alguien que conociese bien a Fontaine. Existe la posibilidad de que esa mujer haya vivido en Atlanta. Mientras estemos en su casa, puedo dejar que Scheff, que tiene las manos largas, intente birlar algún objeto en el que quepa la posibilidad de que haya suficientes huellas digitales para que puedan sernos útiles.

—Es una posibilidad bastante remota.

—Que le diga Harv el resultado que dio un par de veces que sabíamos que encontrar una sola huella no nos serviría de nada.

A medio camino hacia casa de la Harkinson, los policías encontraron a Raoul Kelly, que iba a pie por la carretera particular, en dirección a la autopista.

Detuvieron el coche y el periodista se acercó a ellos, preocupado y con el ceño fruncido.

—Kelly —le dijo Barney Scheff—, vamos a interrogar a la Harkinson. Con un poco de suerte, el interrogatorio durará mucho tiempo. Será mejor que se lleve de aquí a su amiguita hoy en vez de

esperar hasta el miércoles. ¿Tiene coche?

—Lo he dejado un poco más lejos, junto a la autopista, oculto en un grupo de árboles.

—Si nadie ha pinchado las ruedas ni ha estropeado el motor, cuando nosotros salgamos de la casa, su amiguita debería dejarlo todo cerrado, hacer la maleta e irse de aquí con usted porque si se asustó tanto al vernos se asustará mucho más al ver a los periodistas, que vendrán aquí en enjambre.

—¿Cómo? ¿De qué están hablando?

—Cuando estuvimos aquí hace poco, sabíamos que alguien había querido hacer pasar por un suicidio la muerte de Staniker, que le habían metido en una bañera y le habían cortado las venas de las muñecas. Por lo que nos dijo usted, parecía que el culpable podía ser Oliver, y lo han encontrado en su barca de vela a la deriva. Después de haber asesinado a Staniker, se suicidó. El motivo es la mujer. Y no tiene usted idea de lo impertinentes que se ponen los periodistas cuando huelen un caso como éste. Esos majaderos molestarán todo lo que puedan a esa chica, a Francisca. Lo que tiene que hacer usted es llevársela a algún sitio donde no puedan meterse con ella. Después, si necesitamos tomarle declaración, lo mantendremos tan callado como podamos. ¿Sabe qué haremos? Si la necesitamos para algo nos pondremos en contacto con usted. ¿Dónde trabaja?

—*En el* Record.

Bert Kindler dijo:

—¿Trabaja usted en la imprenta o se dedica a buscar anuncios?

—Soy reportero. Pero también escribo artículos sobre política latino-americana. Y sobre asuntos extranjeros. No me miren así. Escuchen, ustedes me han hecho dos grandes favores. Así es que voy a correr a un teléfono, a pedir conferencia con el periódico y a decir que paren las prensas. Que recojan lo que se está imprimiendo. Voy a volver a escribirlo todo otra vez. Aquí tienen mi tarjeta. La dirección es la de mi casa.

—Y cuando empiecen a buscar por todas partes a Francisca —dijo Scheff—, todo el mundo sabrá que es la novia de Kelly. Así es que quizá pueda usted hacer un buen negocio, vendiendo una exclusiva.

—No tendré ni idea de dónde está Francisca.

Scheff le dirigió una mirada pensativa y luego dijo a su compañero:

—Aceptemos lo que nos ofrece, Bert. Pero si cuando se separe de nosotros le hemos tenido que tirar un huevo a la cara, lo único que hemos de hacer es decir a su jefe qué clase de noticias le ha dado. Vamos a buscar a la listísima Crissy. Y tomémoslo con calma.

Capítulo XXIII

Barney Scheff había pasado cuatro años de su vida profesional en la Policía de Miami Beach. Había trabajado en los grandes hoteles de Collins llamado por los detectives de la casa y las agencias de protección para ocuparse de cualquier forma de estafa que la astucia de los hombres y las mujeres hubiese podido inventar.

Cuando Mrs. Harkinson los recibió, en la puerta de su casa, y les hizo pasar, Scheff se dio cuenta en seguida de que estaba en presencia de un producto de categoría. Había visto centenares de esas mujeres. Las mejores solían ser celebridades importadas, llevadas allí para una temporada, por alguien con medios para pagar el gasto en exclusiva.

Diez o doce años antes, aquélla debía de ser la vida de la Harkinson. Vestida de visón hasta el suelo, con joyas en las orejas, en la garganta, en las muñecas y en los dedos, balanceándose sobre los altos tacones, con el cabello recogido hacia arriba, frecuentando los clubs y los bares de los espectáculos al lado de algún individuo grueso, bajo y calvo, de piel tostada por haber estado mucho al aire libre. Los hombres bajos llevaban a su lado mujeres altas, jóvenes y rubias, con la misma frialdad e indiferencia con que un diplomático puede hacerse acompañar por los ayudantes que le siguen, a un paso de distancia.

Tales mujeres eran una de las manifestaciones exteriores necesarias de la clase especial de dinero que se acumula en las cajas fuertes de los propietarios de casinos, de oficiales del Ejército, de los negociantes de materias primas, en los *night-clubs*, en las bolsas de boxeadores, en los derechos de la Televisión, es decir, en los servicios y en los productos más o menos legales en que un hombre duro y ambicioso puede encontrar el medio de hacer desaparecer dinero sin que quede ninguna huella de él en los registros y libros oficiales.

Éstos son los que llevan a remolque tras ellos una mujer alta y

rubia, durante una temporada en Miami, en Las Vegas, en Palm Springs, en Londres, en Acapulco o en Puerto Rico, La mujer se sienta en el palco, en las carreras, con un fajo de *tickets* para apuestas en las manos, azuzando con sus chillidos al caballo que ha de proporcionarles más dinero. Se sienta, inclinada hacia delante, en la primera fila del *ring*, con una expresión ávida, chillando y pidiendo sangre. Y por la noche, en la *suite* de ciento cincuenta dólares diarios, bajo las luces veladas, mientras la colilla del puro humea y apesta en un cenicero sobre la mesita de noche, la mujer se gana la vida con grandes esfuerzos. No tiene que emborracharse demasiado, ni armar pendencias, ni tener demasiadas exigencias, ni deslizarse a hurtadillas por la habitación oscura para aligerar el fajo de billetes de Banco sujetos por medio de una abrazadera de platino, ni contestar más que con una actitud helada a cualquier lobo conquistador. Así deben comportarse las que son realmente hábiles en el oficio. Tiene que ser una muchacha divertida, porque este mundo es un pañuelo y, más pronto o más tarde, todo el mundo conoce a todo el mundo. Si una adquiere fama de fastidiosa, o si se muestra demasiado exigente, lo más fácil es que ya no la llame por teléfono el próximo amigo del amigo y que se acaben los pasajes de primera clase en los *jets*, las sábanas de seda y la botella de Chateaubriand para dos, a treinta dólares. También podría sobrevenir una cancelación de lo convenido, con algo más para recordar, algo capaz de no olvidarse fácilmente, si el amigo del amigo se dedica a algún oficio duro y despiadado. Barney Scheff recordaba haberse ocupado de una de esas mujeres, a la que habían arrancado los dientes con unos alicates. Entre desmayo y desmayo, sufría ataques de histerismo, pero se guardaba muy bien de decir quién le había hecho aquello.

Sí, aquella Harkinson era una de esas grandes aventureras, ya en la pendiente, pero manteniéndose tan bien en su papel que uno se quedaba maravillado al pensar en el mucho tiempo y en los esfuerzos empleados para mantener la ilusión de la juventud. No sólo máscaras de belleza, polvos, cremas, vitaminas para la piel, lociones y baños de sol cuidadosamente medidos para conservar aquel impecable bronceado, de dorado matiz, sino, además, tomarse constantemente las medidas del cuerpo para evitar que aumentasen la cuarta parte de una pulgada, y efectuar una serie de ejercicios

que dejarían exhausto a un estibador. Luego, cuando ya se tenía a punto la máquina, había que imitar la espontánea actuación de la juventud por muy cansados que estuvieran los músculos. Había que caminar con paso fuerte, vivo y uniforme, tener una sonrisa intencionada, exagerar todos los gestos y expresiones, mover la cabeza con rapidez y subir y bajar el tono de la voz tantas notas de la escala como fuera posible.

«Pero, chiquilla, los años han dejado su huella en el dorso de tus manos, en las abultadas venas y los gruesos nudillos, en las líneas horizontales que te atraviesan la garganta y en la ligera hinchazón estriada de debajo de los ojos».

Había empleado todos los métodos posibles para mantener en marcha la máquina, desde las píldoras reactivas hasta los masajes en las nalgas, a palmaditas regulares para mantenerse en forma.

A la sazón, era evidente que se disponía a salir de la casa. Llevaba un traje *beige* de punto, muy sencillo, pero confeccionado con tanto arte y elegancia que se comprendía que debía de haber costado muy caro. También el cabello, aclarado por el sol, lo llevaba peinado con elegancia y con aparente descuido. Llevaba unas medias de nylon en las esbeltas piernas, una par de costosas sandalias de tacón alto y un bolso blanco del que salían unos guantes del mismo color. Encima de una mesita, reposaba uno de esos sombreritos que se ponen las mujeres para sujetarse el pelo y no les azote la cara cuando conducen sus coches descapotables.

Movía muy bien los ojos dirigiendo lentamente la mirada a lo lejos y volviéndola luego hacia su interlocutor, como si hiciera restallar un pequeño látigo. Las cejas muy separadas, los pómulos duros y salientes. La nariz, chata y algo pequeña, sobre el corto labio superior. La boca, muy grande, de labios carnosos e iguales.

Ahí estaba, con uno de sus largos brazos extendido, lozana, fragante y elástica, incapaz de hacer el menor movimiento sin un despliegue de promesas de placer. Hacía frías especulaciones con la mirada, como no pueden por menos de hacerlos las expertas en el comercio al que se dedican, y mientras tanto, formaba con la boca las palabras necesarias para otro tipo de conversación.

Barney se dijo que si una mujer como aquélla había cogido realmente por su cuenta al muchacho de la barca, habría sido como meter en una pecera un rifle del calibre doce para matar a un

pececito apretando los dos gatillos.

—Bueno —dijo la mujer—, si se trata de algo verdaderamente importante… Estoy esperando que me traigan el coche. Lo tengo en el garaje para una reparación desde el sábado por la mañana. Tengo hora en la peluquería, y luego quiero ir a…

—Queremos pedirle que nos haga un favor, o quizá más de uno, como es deber de toda buena ciudadana —dijo Kindler—. Tenemos que conseguir una identificación de un cadáver.

La Harkinson se llevó los dedos a la garganta, abrió mucho los ojos y se sentó sobre el brazo de una butaca baja. Aquel movimiento le subió el borde del vestido cuatro pulgadas por encima de las rodillas.

—¡Dios mío! ¿De quién se trata?

—De un hombre de quien sabemos con toda seguridad que ha trabajado para usted, Mrs. Harkinson. Staniker, el capitán Garry Staniker. No podemos localizar a ningún pariente suyo.

—¿Ha muerto en algún accidente de automóvil?

—No. Se ha suicidado. Estaba en un *bungalow*, cerca de Coral Gables; se emborrachó, se metió en la bañera y se cortó las venas de las muñecas. Al parecer, estaba muy deprimido por la mala suerte que tuvo en la última travesía, así como por haberse quemado y por ser el único que salió con vida de la tragedia.

La Harkinson tragó saliva con aparente esfuerzo y contestó:

—No voy a ser hipócrita, ni voy a decirles que éste es un golpe horrible para mí.: Garry no era uno de mis preferidos.

Movió la cabeza y los miró con una sonrisa que desarmaba.

—Mientras gobernó mi barco, parecía un tipo agradable. Y de puertas afuera, realmente atractivo. Cuando murió un amigo mío, un amigo íntimo y muy querido, me sentí muy sola. Y Garry fue conmigo comprensivo y muy amable.

Se levantó, con movimientos vivos y flexibles, se encogió ligeramente de hombros e hizo una mueca de disgusto, antes de proseguir:

—Pero intentó seguir conmigo. Supongo que por orgullo masculino. Algunos hombres no quieren admitir que las cosas tengan un final. Se convirtió en un latoso. No podía conseguir un buen empleo. Venía por mi casa, bebía, me contaba sus problemas y se emborrachaba. Cuando, por fin, encontró un empleo decente, de

capitán de barco, y se fue, sentí un verdadero alivio.

Crissy dio media vuelta y Barney Scheff recogió la rápida mirada de Bert Kindler. Llevaban cinco años trabajando juntos. Todas las personas de las que ellos se ocupaban caían en actitudes que les eran familiares. Las entrevistas tenían que ajustarse a los individuos. Atenerse siempre al mismo modelo era el medio seguro de salir con las manos vacías más a menudo de lo corriente. Había que desarrollar un sexto sentido, algo así como un olfato extraordinario. Igual que con Raoul Kelly, compartían la decisión de llevar el juego de aquella manera, pero si uno de los dos hubiera tenido la menor duda no habrían seguido adelante. Era fácil oler las predicciones, tan fácil como oler a los que siempre pierden. Los aficionados podían caer en trampas tan viejas que había que limpiarlas de telarañas antes de usarlas. Pero las personas interrogadas, cuando eran astutas, podían desorientar a los policías, sobre todo si eran inteligentes y tenían confianza en sí mismas. Una verdad chapucera y una mentira plausible podían casi parecer iguales. La franqueza con que la Harkinson había confesado la verdad de sus relaciones con Staniker podía deberse al hecho de que la noticia de su muerte la había trastornado o a la posible circunstancia de que fuera una de esas mujeres que se divertían haciendo saber prácticamente a todo el mundo que era posible acercarse a ellas, o bien lo había confesado porque presentía que, más tarde, llegaría igualmente a saberse y si la Policía le hablaba un día de aquellas relaciones que ella no había mencionado, se preguntaría por qué no lo había hecho.

La mirada de Kindler quería decir: «Ahora me toca a mí». Y el ligero encogimiento de hombros de Scheff significaba: «Que te diviertas».

—Me figuro que al perderse aquel yate y sus pasajeros Staniker tendría *algunas* cosas nuevas para contarle, Mrs. Harkinson.

Ella se volvió rápidamente hacia él y le dijo:

—¿Tiene usted, a veces, supersticiones graciosas respecto a la gente? Quiero decir que, en algunas ocasiones, a una persona le va todo muy bien, y luego le pasa alguna calamidad, y entonces todo empieza a salirle mal. Nos parece, entonces, que no deseamos que se nos acerque esa persona. Es como si pudiera contagiarnos su mala suerte.

—Comprendo lo que quiere usted decir —repuso Kindler.

—Naturalmente, Staniker quería contarme sus problemas —prosiguió Crissy con expresión ceñuda—. Me llamó por teléfono cuando alquiló aquel *bungalow* el viernes pasado. Quería venir en seguida a verme. Le contesté que, en abril pasado, le dije con toda claridad que todo había terminado entre nosotros. Replicó que vendría de todos modos y que, si intentaba impedírselo, me…, me daría una paliza que no se me olvidaría. Garry era un hombre brutal, sargento. Yo no podía permitirme el lujo de dejarle saber que me asustaba, pero, en realidad, estaba asustadísima. Me aterrorizaba pensar que podía entrar en mi casa a la fuerza. Así es que… no puedo sentir que haya muerto. De todos modos… hay algo raro en todo eso.

—¿Algo raro?

—Yo no diría que era hombre capaz de preocuparse por haber perdido aquel barco y por haber sido causa de que aquella gente muriese. Le preocuparía sólo el hecho de que tal vez no encontrara otro empleo. Pero, por teléfono, no parecía estar nada deprimido. Por el contrario, se mostró bastante insolente. Me dijo que había cobrado por anticipado un cheque importante por un relato, en exclusiva, de lo sucedido. No sé cómo explicarles que… Lo que intento decirles es que… como tenía dinero en el bolsillo, estaba de buen humor. Y no parecía afectado ni impresionado…, como supongo que lo están las personas que se suicidan.

—Bien —dijo Kindler—. Volviendo a la cuestión, nos gustaría que viniera con nosotros y echara una ojeada al cadáver. Por pura formalidad.

Crissy estaba de pie, apoyada principalmente sobre una sola pierna, saliente la cadera, el pulgar bajo la barbilla, contemplando el suelo con expresión meditabunda.

—Quiero cumplir con mi deber —dijo—. Y ustedes dos han sido muy amables en eso. Compréndanme, por favor. Sé que sólo se trata de una formalidad, de veras, pero, para mí, no sería sólo una formalidad. Sería un asunto muy personal. Sería como… confirmar que existe aún algo que murió hace mucho tiempo.

Kindler dijo:

—Escuche, se lo pedimos sólo en su calidad de ex patrona de ese hombre. Esto es todo.

—Si se basan sólo en esto, creo que será mejor que recurran al hombre para quien trabajó en aquella estación marítima. No me gusta… verme metida en ese asunto. Lo siento, de veras.

—No podemos forzarla —dijo Kindler—. ¿Puedo telefonear y preguntar a la Jefatura qué quieren que hagamos?

—Sí, claro que sí.

Scheff tuvo una idea que le pareció, por lo menos, tan buena como la de Kindler, y posiblemente mejor. Tal vez se trataba incluso de la misma idea. Así es que se ofreció:

—Ya llamaré yo, Bert.

Marcó el número particular de Lobwohl. Pasados cuatro segundos, Lobwohl comprendió que Scheff estaba hablándole de una persona que, seguramente, le estaría escuchando. El policía le comunicó que la Harkinson se negaba a reconocer el cadáver, empezó a pedirle algunas instrucciones y luego dijo:

—¿Cómo? ¡No bromee! Mire, es curioso lo que me dice, porque es precisamente lo mismo que me estaba diciendo Mrs. Harkinson. Dice que no es persona capaz de hacer eso. Sí… Seguro… Claro, nadie tocó su dinero, que no era difícil de encontrar, así es que se da por descartado este móvil… Mrs. Harkinson podría tener algunas ideas… ¿Cómo…? Bueno, es porque lo conoce muy bien, algún tiempo antes de ese viaje a las Bahamas… Sí, eso es lo que quiero decir. Podríamos preguntarle, pero, si no ha querido hacer lo otro, ¿cómo va a querer hacer esto…? Ya comprendo… Seguro… Bueno, hagámoslo así. Es una señora inteligente, y no creo que tengamos que recurrir a esos medios.

Colgó el teléfono, se levantó y dijo:

—Alguien ha intentado hacer que esa muerte pareciera un suicidio. Pero los empleados del laboratorio dicen que Staniker murió asesinado. Tenía usted razón, Mrs. Harkinson.

—Se…, se comprende fácilmente. Pero sigue siendo algo horrible.

—Siento tener que hacer esto con usted, Mrs. Harkinson, porque supongo que si no hubiera recibido, en cierto modo, un golpe al enterarse de la muerte de Staniker, no nos habría dicho que sostuvo relaciones con él. Pero ahora, como lo sabemos y no podemos olvidar que usted nos lo ha dicho, he tenido la obligación de informar de ello a mis jefes.

—Quisiera que no lo hubiese hecho.

—Y mis jefes dicen que usted tiene que ir allá y que le tomarán declaración.

—Pero *¿por qué?*

—Cuando alguien muere asesinado, y el motivo no es el robo, tenemos que averiguar quién quería matarle y por qué, y el método más rápido para descubrir alguna pista es interrogar a alguien que le haya conocido a fondo, que sepa cuáles eran sus costumbres, sus amistades… ¿Cómo podría explicárselo? Es algo diferente del asunto de la identificación. Puede usted venir voluntariamente con nosotros, pero, si dice que no quiere venir, como puede saber algo interesante, que conduzca a descubrir al asesino, nos veremos obligados a llevárnosla a la fuerza. En la Jefatura puede usted negarse a contestar a las preguntas que quiera, pero eso recaería sobre usted. Lo que puede hacer, si quiere, es telefonear a su abogado que vaya a reunirse con usted allí o que la acompañe.

—¿Me acusan ustedes de algo?

—No, señora. No, si viene voluntariamente.

Crissy abrió los brazos y dijo con una sonrisa triste:

—¿Por qué no habré sabido callarme? Está bien, me ha convencido. Cooperación voluntaria. Por lo que yo pueda saber, no hay ni un detalle con el que pueda ayudarles, pero iré. Y, desde luego, no necesito un abogado. Pero, por el camino, he de hacer un recado. He de dejar unas telas a mi modista. ¿Podré hacerlo?

—Desde luego.

—Dispénseme unos minutos, mientras me preparo. Luego, podemos salir.

Entró en su habitación, cerrando la puerta tras sí, corrió al armario empotrado del cuarto-tocador y sacó de él el paquete de la ropa que había llevado para ir al *bungalow*. Había hecho una bolsa con uno de sus vestidos. Metió en ella el lío de ropa, lo envolvió cuidadosamente, lo ató con un cordel y cortó el cordel con sus tijeritas de las uñas.

Permaneció unos instantes quieta, de pie en medio de la habitación, repasando en su mente cualquier detalle que pudiera descubrirse en un registro cuidadoso de la casa. Después de cargar con una bala el pequeño rifle de Olly y de esconderlo en un rincón de la barca, donde pudiera encontrarlo y cogerlo con facilidad,

había tirado al mar las balas sobrantes mientras se dirigía, en la *Skatter*, al lugar donde la esperaba Olly, en la oscuridad del interior de su coche. Había quemado en un cenicero las notas tirando luego las cenizas al *water*. El muchacho se había llevado a su casa los demás objetos de su pertenencia.

«Es extraño —pensó Crissy—. Una se prepara a recibir a la Policía. La espera. Se cree que van a ser personas mezquinas, implacables, hábiles y venenosas. Pero cuando llegan, que es siempre antes de lo que se supone, son sólo dos hombres plácidos, más bien gordos, que se disculpan, con caras gruesas y apacibles y una expresión de torpe cortesía».

Al salir de la casa con los policías, le entregaron el coche. Crissy hizo que el mecánico lo metiera en el garaje, debajo del apartamento destinado al servicio. El empleado le entregó una llave del vehículo y una copia de la factura de la reparación. Crissy metió las dos cosas en su bolso y mientras el hombre desenganchaba la moto que había llevado a remolque del coche, llamó a Francisca y le dijo que volvería dentro de un par de horas.

Kindler se sentó en la parte de atrás del coche de la Policía, y Crissy en el asiento delantero, al lado de Scheff, que iba al volante. Conducía sosegadamente. Crissy le hizo dirigirse hacia un gran centro comercial, una especie de plaza en la que había muchas tiendas.

—Tardaré sólo un minuto —dijo—. Es una mujer que trabaja fuera de casa durante el día y cose por la noche. No se alejen.

Dejó su bolso en el asiento del coche. Se encaminó hacia las tiendas y entró en una larga galería con arcadas. Cuando estuvo fuera de vista, apretó el paso. Recorrió la galería y salió a la parte posterior de los edificios. Allí había algunos camiones. Detrás de un supermercado, había alineados en la acera varios cubos de basura. Crissy miró a su alrededor. Un hombre, que sacaba rodando, de un gran camión, un carretón cargado, no puso atención en ella. Crissy levantó la tapa de uno de los cubos y arrojó el paquete dentro de una viscosa masa de lechugas y de fruta podrida, arrancó una varilla de un cesto roto y empujando con ella el paquete lo hundió en el cubo, volviendo luego a bajar la tapa. Las moscas, unas moscas azules, volaban en enjambre y zumbaban al sol. Crissy volvió a entrar en la galería y se encaminó hacia el coche.

Cuando estuvieron de nuevo en la autopista, Scheff dijo:

—Esa muchacha que tiene a su servicio es cubana, ¿verdad? Es muy bonita.

—Francisca tiene muy buen carácter. Pero en cuanto a inteligencia, no es ningún genio. Intenta hacer lo que se le dice que haga, pero a veces no lo entiende y otras veces se le olvida hacerlo. Ahora la voy a perder, ¡qué fastidio! Cuando una ha conseguido, por fin, enseñarles a que hagan las cosas como se han de hacer, se van. Debiera haber algún medio de obligarlas a firmar el contrato por tres años, como en el Ejército.

El lunes, a las dos de la tarde, Sam Boylston estaba sentado en su *bungalow*, cerca de la piscina del motel, con Raoul Kelly y Francisca. Parecía perplejo, cohibido y poco a sus anchas.

—Prometido para el miércoles —dijo Francisca—. Sigo diciendo lo mismo.

—Miss Torcedo… —dijo suavemente Sam.

—¿Qué?

—Raoul y yo tenemos que hablar. Si todas sus cosas están ahí fuera, en su coche, tal vez tenga usted entre ellas un bañador. Esta piscina es muy agradable y bonita. Creo que nadar un poco le relajaría los nervios y la descansaría.

Francisca miró a Raoul Kelly con una expresión interrogante.

—¡Claro! ¿Por qué no vas a bañarte, *chica*[22]? —le dijo él.

Salió para abrir el coche. Volvieron los dos al cabo de poco y la muchacha se puso el bañador en el cuarto de baño de Sam. Parecía muy contenta. Cuando salió al jardín, llevando puesto el gorro de baño y con una toalla echada al hombro, Sam dijo a Raoul:

—Es encantadora, amigo mío. Le felicito.

—Ha sido usted muy bueno con ella, Sam. Ha reaccionado muy bien ante usted. Cuando se encuentra ante una persona desconocida, suele meterse dentro de su caparazón. Cuando veníamos de camino hacia aquí, le dije que podíamos confiar en usted. ¿Qué le ha pasado al entrar nosotros? Parecía estar usted muy normal y, luego, durante un minuto, ha estado muy extraño.

—Supongo que es por algo que me pasa continuamente. No sé desde cuándo —dijo Sam—. Cuando ésa chica entró y se sentó…

Leila tenía esa misma esbeltez y caminaba de la misma manera… Se movía igual que ella. Y sé que nunca volveré a ver a Leila, que nunca más la veré atravesar así una habitación.

Se pasó la mano por la frente y maldijo en voz baja. Después se retrepó en el sillón y prosiguió:

—Empecemos por el principio. ¡Maldita sea! Ese muchacho sentimental y ridículo mata a Staniker y se Suicida. La Policía se lleva a esa mujer. ¿Qué esperan conseguir de ella? ¿Una acusación de inmoralidad?

Raoul Kelly se lo explicó todo, desde el principio hasta el final, haciendo sólo unas pausas para poner orden en el relato de los acontecimientos. Observó nuevamente que Sam Boylston sabía escuchar poniendo toda su atención, con una entrega total.

—Ahora necesito un consejo, abogado —acabó diciendo Raoul.

—El consejo de un abogado que ha estado levantado dos noches seguidas esperando que apareciera el cochecito blanco que ni siquiera estaba allí, ¿verdad? Me preguntaba entonces dónde estaría el coche de usted, que suponía aparcado allí y cerrado, y supuse que se lo habría llevado hasta dejarlo fuera de nuestra vista y que luego se habría ido en él, con su novia Bueno, ¿cuál es el problema? Intentaré resolverlo.

—Quiero sacar a Francisca de todo ese jaleo. Iba a salir de aquí el jueves, día 9. A Francisca y a mí nos conoce muy poca gente. Pero> de todos modos, demasiada. Tengo que saber si me encontraré en algún lío si salgo por la mañana. Los artículos que tengo en mi habitación, y que iba a llevar al periódico, puedo enviarlos por correo. Podría dejar a Francisca aquí, ir al Banco, hacer la maleta con lo más necesario, conseguir que un amigo recoja y embale el resto de mis cosas, los archivos y los documentos, y que los guarde hasta que yo le envíe mi nueva dirección. Tengo que enviar un informe el 14 de este mes. Es un lunes. Esos dos policías eran unas buenas personas. Cuando descubran que me he ido, se llevarán un gran disgusto. ¿Qué pueden hacerme? ¿Qué pueden hacernos? No quiero mezclar en eso mi nuevo empleo. Tampoco quiero que se pida la extradición de Francisca y que alguna maldita guardiana la vuelva a traer aquí. Ni que la alcance el jaleo publicitario que se va a armar. ¿Cómo podría arreglar todo esto?

Sam Boylston se levantó y paseó por la habitación deteniéndose para mirar a Francisca, que nadaba con unos gestos acompasados y graciosos. Sam se volvió por fin hacia Raoul y dio una palmada.

—Aquí lo tiene, cliente. Usted va a ir ahora a recoger su dinero y sus cosas y a enviar sus artículos por correo con una nota en la que explicará que se va de aquí unos días antes de lo previsto. Vuelva luego al motel y firme un documento en el que declare que yo soy el representante de usted y de la chica. Después pondremos en marcha mi magnetófono y grabaremos las preguntas que usted haga a Francisca en español. Pondré, al principio de la cinta magnetofónica, las identificaciones necesarias. Pregúntele todo lo que sepa, todo lo que puedan utilizar ellos contra la Harkinson. En primer lugar, ponga en claro el pasado: cuánto tiempo ha, trabajo en casa de esa mujer, cómo es y lo que hace… Queremos aclarar sus relaciones con Staniker, así como sus relaciones con el muchacho. Si él se quedaba hasta muy tarde en la casa, si iba allí muy a menudo, si ella le oía irse en coche… Y recoger todo lo que Francisca recuerde del último día de marzo en que Kayd visitó a Crissy Harkinson. Llegando, por fin, al fin de semana, a las puertas del jardín cerradas, a lo de ir a ver si estaba aún allá abajo la barca, si la Harkinson estaba en la cama, a lo de llevarle una taza de cacao.

—¿Cómo puede representarnos, si no es usted…?

—Se irá usted cuando hayamos logrado grabar una buena cinta, Kelly. Se irá usted en coche a Texas, hasta Harlingen. Le voy a dar la dirección de mi casa de allí, y cuando lleguen mi mujer les estará esperando y sabrá lo que tiene que hacer. Les aconsejo que se casen tan pronto como mi colega pueda conseguirles los papeles necesarios pasando por alto las restricciones corrientes. Y si alguien se incomoda por ello, me ocuparé de que un médico y un juez declaren que no es conveniente volver a traer a Francisca aquí. Quédese tranquilo. Puedo representarle. Usted estará en el Estado en que yo tengo licencia para actuar. Si se llega a esto, puedo encontrar a un hombre que trabaje conmigo en la localidad. Si no está todo resuelto hacia el día 18, usted dejará a su mujer con la mía e irá en avión a California y se incorporará al trabajo y sacaremos a Francisca de Harlingen y se la enviaremos a usted tan pronto como sea posible.

Raoul Kelly permaneció unos instantes en silencio mirando a

Sam y luego movió la cabeza y le dijo en español de Cuba:

—¡Es usted magnífico! De veras.

—*El fantástico, seguro, hombre*[23].

—Debería contestarle con grandes protestas, Sam. Decirle que no puedo aceptar. En fin, lo que suele decirse. Pero, por amor a ella, si pudiera servirle de algo pediría pan por las calles.

Raoul salió, se acercó a la piscina, habló con Francisca y se alejó a toda prisa.

Sam telefoneó a Lydia Jean a la casa de su madre, en Corpus Christi.

—Sam, ¿dónde estás? ¿Por qué estás todavía ahí?

—Es una larga historia, querida. Pero ahora quiero que me hagas un favor.

—¿Qué favor?

—Dos amigos míos salen de aquí esta noche y van en coche a Corpus Christi. ¿Sabes qué quiero que hagas, querida? Que vuelvas a casa, que la abras y que…

—¡Oye…! *¡Un minuto!*

—No es una trampa. Eres la única persona en quien confío para resolver esta situación. La muchacha está pasando unos trastornos nerviosos y emocionales. Un desastre. Tanto ella como su novio están metidos en un buen lío. El muchacho podrá explicártelo mejor que yo. Y es muy importante que podamos hacer que se casen tan pronto como se pueda, es decir, tan pronto como *tú* puedas arreglarlo. Creo que, en una situación como ésta, tú tendrás más influencia que yo sobre mi colega.

—¿Casarlos?

—Me parece que sería muy útil que pudiera hacerse adornando un poco la cosa. Y en la casa. Ya sé que es mucho pedir, pero…

—¿Quiénes son esa gente?

—Él se llama Raoul Kelly y tiene aspecto de jardinero, pero no te decepciones demasiado. Ella se llama Francisca Torcedo, y es muy bonita, pero está tan destrozada moralmente que no puede decirse esté del todo en sus cabales. Podrías hacer mucho en ese asunto, algo que valiera la pena.

—¿Son personas importantes, Sam? ¿Por eso quieres que yo…?

—Sí, son personas *muy* importantes. Voy a dar la cara por ellos y podría ser muy bien que alguien me la destrozara.

—Personas muy importantes. Sí, querido. Te comprendo perfectamente.

—Ella es una muchacha de servicio y él es periodista, y todo lo que tienen lo llevarán en el coche. Si puedo sacarlos de ese jaleo, mis honorarios serán cinco dólares y probablemente no volveré a verlos más. A pesar de eso, son para mí personas muy importantes.

—¿Es verdad lo que me estás diciendo?

—¡Te lo juro!

—No tenía la intención de hacer lo que me pides.

—Ya lo sé. ¿Por qué lo harías? Sam Boylston siempre busca a Sam Boylston, y para ello te emplea a ti o a cualquier otra persona.

—O bien —dijo lentamente Lydia Jean—, Sam Boylston hace un gesto magnánimo y ampuloso. Representa, durante algún tiempo, el papel de un ser humano realmente admirable y yo podría caer en Ja trampa. ¡Oh, Sam! ¿Qué estás intentando hacerme?

—Quiero darte una ocupación, pequeña. He contratado a esa pareja en unos estudios cinematográficos. Intenta arreglar su asunto y luego podrás odiarme para siempre.

—¡Nunca té he odiado!

—Entonces, podrás estar ofendida conmigo. Si doy mi palabra, la mantengo.

—Tan escrupulosamente que resulta casi irritante.

—Pues te doy ahora mi palabra de honor de que no me acercaré a la casa hasta que se hayan ido y así tendrás la oportunidad de volver a Corpus. Da la casualidad de que necesito un poco de ayuda de alguien… con algo más que simpatía y comprensión, por lo menos hacia todo el mundo, menos yo.

—Bueno, ahora, ¿por qué tienes que…?

Sam interrumpió:

—¿Harás lo que te pido? Por favor, Lyd…

—Sí, aún estoy al aparato. Iré en coche a Harlingen mañana por la mañana.

—Gracias, querida.

—¿Te encontrarás metido en algún jaleo, ahí donde estás?

—No lo sé. Al parecer, no doy mucho rendimiento. Tal vez…, tal vez, por mucho cuidado que uno ponga, por bien que se lleve el juego, arrean contra uno. Llegan por la puerta lateral. Está lloviendo, chiquilla, y todos tenemos dieciséis cubos para recoger la

lluvia y diecisiete agujeros en el tejado.

—Oye, ¿has bebido algo?

—Todavía no, pero es una buena idea.

—Dices unas cosas tan raras… ¿Cuándo llegarán a Harlingen esas personas?

—Supongo que Harlingen está a unas mil setecientas millas de aquí. Le diré al periodista que coja por el camino más corto. Llegarán el miércoles, a última hora.

—¿Podrá decirme ese hombre por qué te portas de una manera tan extraña, Sam?

—No lo sé.

La novia de Kelly nadó un buen rato en la piscina. Cuando Kelly volvió, se estaba duchando.

Lobwohl dio una vuelta a su butaca giratoria y puso los pies cruzados en el borde de su escritorio.

—Dejémosla digerir la cosa otros diez minutos o un cuarto de hora antes de que le demos otra sesión. ¿De acuerdo?

Scheff asintió con una inclinación de cabeza. Alargando la mano, cogió la tarjeta de identidad que les había sido transmitida por telégrafo desde Atlanta y volvió a mirarla. Cristen Harkinson, diez años antes. Retratos oscuros y borrosos, de contornos indecisos, manchados por la técnica empleada en la fotografía. En los dos, en el de frente y en el de perfil, era evidente la expresión de arisca desconfianza. Se la conocía con el nombre de Crissy Harker, Chris Harkins, Cristy Harvey. Cinco detenciones. Buscona, prostituta pública y cómplice en estafas. Dos delitos probados, una multa de cien dólares en cada uno de ellos y una remisión de la pena.

—Entre líneas —dijo Kindler— se lee que ha tenido muy buenos protectores. No se trata de una persona que haya trabajado por su cuenta. Hubiera lo que hubiera, siempre alguien daba la cara en las operaciones. La «Liga de la Decencia» tiene una lista de las prostitutas y solamente hay una detención de vez en cuando. Esto aleja del Departamento la presión de los paisanos y es un buen medio para tenerlas a raya a ellas. Tienen un circuito que les produce dinero y hacen que todas las de ese circuito tengan antecedentes penales, con lo que quedan atadas allí y no pueden

abandonar el negocio.

—Pero esa mujer se salió de ese circuito —dijo Lobwohl—. Según el único rumor que he podido recoger, formaba parte de un grupo de chicas que fueron enviadas a una reunión de hombres, en Key West, hace unos ocho años, y allí fue donde conoció a Fontaine y donde éste la tomó bajo su protección.

—¿Qué edad tendría entonces? —dijo Kindler—. ¿Tal vez veintisiete o veintiocho años? Se puede suponer que tenía condiciones para ganar mucho dinero, pero que era más fácil que se quedase sin empleo entonces que a los veinte años. Yo diría que tal vez Fontaine pidió un favor a un amigo de Georgia, en un terreno político, y tal vez tuvo que suavizar la cosa con dinero para que las soltasen, o tal vez no. Sea como sea, como el nombre es aquí el mismo que allí, no tendremos que trabajar en una clasificación de huellas digitales para identificarlas.

Lobwohl, frunciendo el entrecejo, dijo:

—Tenemos registradas todas esas huellas digitales, y Harv no puede encontrar ninguna que coincida con ellas, en el *bungalow*, pero tenemos la huella de la palma de una mano, en el borde de la bañera, una bonita huella, clara y reciente, y Harv dice que, por el tamaño, podría ser una mano de mujer, pero tanto vosotros como yo sabemos lo que pasará si en el laboratorio le piden que ponga, por favor, sus dos lindas patitas sobre el papel carbón y luego sobre la hoja de papel blanco. Sin duda es una mujer dura y hábil. Cuanto, más tiempo consigamos que su colaboración sea absolutamente voluntaria, más fácil nos será poder cogerla en alguna contradicción. Estoy seguro de que esa mujer estaba allí dirigiendo al muchacho.

—¿Qué les parece? —dijo Scheff—. Voy a hacerme el tonto. No será demasiado difícil actuar como si, al oír lo que me dice, me diera algunas ideas. Dejo caer que tienen ustedes un buen motivo para creer que ella estaba también en el *bungalow*. Intenten tenderle una trampa y tal vez pedirá a gritos un abogado. Veamos cómo respira. Si pide un abogado, tal vez tengamos la posibilidad de inscribirla en el registro y de conseguir para Harv esa huella de la palma de la mano.

—Intentémoslo —dijo Lobwohl.

Cuando Scheff hizo salir a la guardiana para que esperase en el vestíbulo, Crissy Harkinson se puso en pie de un salto, arrojó su cigarrillo al suelo, lo aplastó con el pie y dijo:

—¡Ya estoy harta de que me tengan todo el día metida aquí, sargento!

—Scheff. Barney Scheff. Tenga un poco de paciencia, Mrs. Harkinson.

—¡Paciencia…!

Scheff le hizo un guiño, se llevó un dedo a los labios y señaló la ventana enrejada, abierta para la ventilación. Todas las habitaciones destinadas a interrogatorios tenían ventanas con rejas, y el policía había supuesto que la Harkinson comprendía que tenía que ser así. Pero, en lugar de ello, parecía asombrada e indignada. Scheff se acercó a ella y le dijo al oído, en un murmullo casi imperceptible:

—Quiero hacerle un pequeño favor, Crissy. Tal vez pueda, en alguna ocasión, dejarme caer por su casa y explicarle por qué lo hago. ¿De acuerdo?

La muchacha asintió bruscamente con la cabeza.

—Me parece que lo mejor que puede hacer es no decir nada hasta que consiga tener aquí un abogado.

—¿Por qué? —preguntó Crissy también en voz baja…

—No sé de qué se trata, pero el caso es que han visto algo que les hace creer que usted estuvo en ese *bungalow* número 10. Eso da un aspecto enteramente distinto a la cosa, y Lobwohl sabe muchas trampas y trucos. Podría sonsacarla, y meterla en un verdadero lío.

Se alejó de ella y dijo en voz alta:

—Estas cosas son bastante largas. Le agradecemos su cooperación, Mrs. Harkinson.

—Sólo quisiera haber terminado ya y estar fuera de aquí. Me gustaría que todos fueran tan amables como usted.

—Yo digo siempre: «Vive tu vida y deja vivir a los demás la suya» —contestó Scheff, volviendo a guiñarle un ojo.

Crissy lo miraba y, aunque sonreía, Scheff se fijó en su expresión de fría especulación. Era una mirada cargada de sospechas, que nunca acepta un policía que intenta evaluar un rostro o una expresión.

—Voy a ver si puedo hacer que se den un poco de prisa.

Unos minutos más tarde, volvían a entrar Lobwohl, Scheff, Kindler, el empleado que se encargaba del aparato grabador y un taquígrafo. Volvieron a sentarse todos, como antes, alrededor de la mesa ovalada. Lobwohl dirigió a la Harkinson una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera y leyó la identificación de los presentes, la fecha y la hora, para que todo quedase grabado en la cinta. Luego dijo:

—Mrs. Harkinson, deseo dejar bien sentado otra vez, para la grabación, que está usted aquí voluntariamente, que no se la acusa de nada, que ha venido por su propia voluntad para ayudarnos a investigar acerca de la muerte de Garry Staniker. Se la ha informado que tiene derecho a que esté presente su abogado, si lo prefiere. Usted lo ha comprendido así, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Desea tener un abogado esta vez?

—No, señor.

—Entonces, me gustaría que volviera a decirme lo que recuerda de lo que Staniker le dijo por teléfono.

—Algo fue por teléfono, y algo personalmente, cara a cara.

—No acabo de comprender…

—Cuando una persona hace una tontería, detesta tener que confesar que la ha hecho, ¿no es así? Le he dicho que yo le tenía miedo a Garry y a lo que pudiera hacer. Pero pensé que tal vez podría convencerle. Me parece que cuando no se cuenta todo a la Policía, se mete uno mismo en un buen lío. Así es que creo que será mejor que lo diga todo ahora. El viernes por la noche, fui al *bungalow*. Pasé un rato horrible, incluso al buscarlo. Pensé que cuanto más me negase a ver a Staniker, más seguiría molestándome. No quería que viniera a mi casa, así es que me dije que si iba a verle y le decía con firmeza que no quería volver a verle tal vez podría terminar el asunto. En aquellos momentos pensaba que aquel hombre era algo así como un perro malvado. Si no demostramos tener miedo o si no obramos con miedo, el perro nos deja en paz…, por lo menos, eso esperamos.

—¿Le dio resultado el plan?

—¡Oh, no! Fue una experiencia desgraciada. En aquel *bungalow* cochambroso hacía un calor sofocante. Staniker estaba medio borracho. Si no le hubieran dolido las quemaduras, yo no habría

podido luchar contra él. Me dijo unas cosas muy feas. Me enseñó un cheque que había recibido de un tal Banner a cuenta de un relato de lo que había pasado en las Bahamas. Me dijo que iba a ser un hombre muy importante. Que iban a hacer una película y que él iba a hacer de protagonista. Le pedí que dejara de molestarme. Me contestó que ya lo pensaría. Que ninguna mujer lo había abandonado nunca y que ninguna mujer lo abandonaría. Que el que las abandonaba era siempre él. Mientras volvía a mi casa, decidí que sería mejor marcharme durante algún tiempo, hacer la maleta, coger el coche y marcharme. Pensé irme el sábado por la tarde, pero tenían que hacerme una reparación en el coche y no estuvo listo a tiempo, así es que hice que mi muchacha de servicio cerrara la puerta del jardín y le dije que si venía Staniker le dijese que me había ido. En realidad, cuando ustedes vinieron a verme, yo no tenía ni idea de que Garry hubiera muerto y me disponía a salir para hacer algunas cosas, después de las cuales tenía el proyecto de irme a última hora de la tarde o mañana por la mañana.

—¿Pasó mucho tiempo en ese *bungalow*?

—Llegué a medianoche. Me parece que volvía a estar de vuelta en mi casa hacia las tres de la madrugada. Fue una idea repentina. Otras veces las he tenido mejores, créanme. Pero creo de veras que el problema se hubiera resuelto alejándome de aquí una temporada. Staniker se hubiera ocupado sólo del contrato que había firmado.

—¿Le explicó a usted por qué se inscribió en el registro de los *bungalows* con un nombre falso?

—Creo que estaba preocupado porque alguien, pariente de los Kayds o de la chica Boylston, creía que había perdido el yate por incompetencia o por falta de cuidado, y tenía miedo de que fuera a buscarle y le diera una buena paliza.

—¿Fue ésta la única vez que estuvo usted en ese *bungalow*?

—Si usted hubiera estado una vez allí no le quedarían muchas ganas de volver.

—¿En qué habitaciones estuvo usted?

—En el dormitorio y en el cuarto de baño. Me senté también un rato en el cuarto de estar. ¿Por qué me pregunta eso? ¡Ah, ya lo comprendo! Aunque sea así, puedo probar que no salí de casa el domingo por la noche. Sería muy extraño que encontraran pruebas de que estuve en el *bungalow*. Desde luego, tenía buenos motivos

para ir allá, ya lo sé. Pero, aunque hubiera ido, no me habría sido posible hacer una cosa así. Realmente, no hubiera podido. ¡Sangre…! Soy de esas personas que se desmayan con sólo pincharse el dedo con una aguja.

—Un grupo del laboratorio ha recogido la más pequeña huella de pruebas posibles en ese *bungalow*, Mrs. Harkinson. Hay la huella reciente de la palma de una mano, que se ha fotografiado. Por el tamaño y las características, parece ser una mano de mujer. Estaba en el borde de la bañera. ¿Cómo podría estar allí la huella de su mano, si es realmente la suya?

Crissy pareció perpleja.

—¿En la bañera? No veo cómo podría ser la huella de mi mano. ¡Ah, un momento! ¿Estaba en el extremo más lejano de la bañera, tocando a la pared? Si es allí donde estaba, ya sé cómo fue. Garry me hizo llorar y fui al cuarto de baño a arreglarme un poco. Estaba de pie delante del lavabo, cuando Garry entró y me dio un empujón muy fuerte.

Se levantó, se alejó de la mesa y les mostró un morado que tenía en la parte exterior de la rodilla derecha.

—Me tiró hacia atrás, haciéndome tambalearme y me di un golpe en la pierna contra la bañera. Y habría caído dentro si no me hubiese vuelto a tiempo agarrándome al borde, por la parte más cercana a la pared. ¿Es allí donde estaba la huella?

—¿Se prestaría voluntariamente a que le tomásemos la huella de la palma de la mano, Mrs. Harkinson?

—Creo que no.

—Necesitaríamos también las huellas digitales.

—Me parece que si la Policía quiere sacar huellas es que piensa acusarme de algo. He de tener un abogado. Quiero decir que me piden demasiadas cosas y empiezo a estar harta.

—Creo que ahora ya hemos terminado.

—¿Y puedo irme?

—En seguida. Tan pronto como traigan la hoja con la primera serie de preguntas para que usted las lea y las firme. En realidad, ya debe de estar lista esa hoja. ¿Por qué no me esperan mientras voy a buscarla?

—Ya voy yo —dijo Scheff.

Y salió a toda prisa. Encontró a Tuck trabajando frente a su

mesa-escritorio. Tuck, un hombrecillo de tez pálida, con unas grandes bolsas debajo de los ojos, estaba completando un informe.

—Estamos a punto de pescarla con la frase número 3 —dijo Scheff.

—¿Qué tal os va?

—Peor que nunca. A estas horas, es probablemente la única persona de Dade County que no sabe que el muchacho ha muerto. ¿Qué habéis encontrado?

—No hemos encontrado nada hasta hacer hablar a los Akard. Después de muchos rodeos y balbuceos, la madre me dijo que no se había atrevido a decírselo a su marido, pero que, hace cosa de una semana, cuando discutió con el chico por la actitud de éste, él admitió que era a causa de una mujer mayor. Dijo que tenía veintiocho años. No quiso decirle a su madre quién era. Una muchacha vio al chico Akard en su barca, con la Harkinson, al parecer, y se lo dijo a la novia que el chico había dejado al enredarse con esa mujer, y la novia se lo dijo a la madre. Con esto, la madre pudo preguntar al chico y enterarse, pero no se atrevió a decirle a su marido lo que sabía. Hay días así, Barney. Son buena gente y tienen la vida destrozada para siempre. En el infierno debe de haber un rincón especial reservado para los que se suicidan y para las Crissy Harkinson. ¿Resulta difícil esa mujer?

—Resulta tan difícil que lo único que te digo es que podría haber sido una gran actriz.

—¿Te acuerdas de Ackles que se retiró hace dos años? Solía decir que las fulanas más eminentes son las mejores actrices que hay. Sea cual sea el papel que se necesite representar de mujer tímida, asustada, atrevida, fantasiosa, fría, responsable, exótica, de colegiala, de actriz, de atleta…, es decir, sea cual sea el papel que necesite el hombre, lo consigue, porque eso es lo que da dinero y lo que hace que no termine el asunto, sino que se repita.

Scheff volvió a la sala de los interrogatorios y, tal como había decidido por anticipado, dirigió a la Harkinson una mirada fría, se llevó a Lobwohl a un rincón y le habló al oído. Lo único que tenía que decirle era lo que Tuck había descubierto, pero que tenían que prolongar el interrogatorio para conseguir información que concordase con la que se suponía estaba recogiendo.

Lobwohl volvió a su silla y miró a la Harkinson durante un largo

instante.

—Hoy ha muerto un muchacho, Mrs. Harkinson. Ha sido un suicidio. Tenía una herida grave en la cabeza. No han podido salvarlo. Antes de morir, recobró a medias el conocimiento durante irnos instantes y dijo que lo había hecho por usted, porque tenía que protegerla de Staniker. Tenemos todas las pruebas necesarias para saber que él ha sido el culpable. Es curioso que no hablara usted de su visita a Staniker, el viernes por la noche hasta hace un rato. Y es más curioso aún que no nos haya hablado del muchacho. Esto me hace pensar en… muchas cosas, Mrs. Harkinson.

Scheff, que observaba atentamente a Crissy, vio en su rostro una expresión de salvaje asombro. Se llevó las manos a la garganta y dijo con voz ronca:

—¿Olly? ¿Olly Akard? ¿Ha muerto? ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!

Bajó la cabeza y ocultó la cara entre las manos.

—¡Pero si sólo eran ganas de hablar! ¡Fanfarronadas de chiquillo! Nada más.

—Pero, por fuerza, tuvo que ser usted quien le dio la dirección de Staniker.

Crissy levantó vivamente la cabeza. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¡No! Les juro que no se la di. No sé cómo pudo encontrar ese *bungalow*… A menos que…, que me siguiera. Cuando volví a mi casa, estaba allí, esperándome.

—¿Qué clase de relaciones tenía usted con él?

—Era…, era un chico estupendo. Yo lo quería mucho. Quise aprender a manejar una barca de vela. En Dinner Key me dijeron que él daba lecciones de eso. Y mientras me enseñaba, se…, se encaprichó conmigo. Durante algún tiempo creí que lo hacía sólo para halagarme. Pero luego comprendí que no era bueno para él sentir aquello por una mujer que hubiera podido ser su madre. Y cometí una gran equivocación. Le dije las relaciones que tenía con Garry. Y una de las veces que Garry me llamó por teléfono, el viernes pasado, Oliver estaba en mi casa. Me hizo una escena tan violenta que le dije que si seguía así no me vería más, Pero él siguió en sus trece. El sábado le dije que se fuera y que no volviese más. Pueden preguntárselo a mi criada, a Francisca. Ella sabe que si había cerrado la puerta del jardín, era también para que no entrase

él. Fue a mi casa el domingo, a primera hora de la noche, recogió su barca y se la llevó. Supongo que alguien lo habría llevado hasta allí en otra barca. No lo vi porque me había ido temprano a la cama. Estaba agotada de tantas emociones. Le había dicho que sus ideas respecto a mí eran infantiles y locas. Que era algo absolutamente imposible. Le dije que se reconciliara con su simpática novia. Creo que se llama Betty. ¡Tienen que creerme! No tenía la menor idea de que Olly fuese capaz de hacer una locura así. Aun en el caso de que se le hubiera ocurrido alguna tontería, como dar una buena paliza a Staniker, ¿cómo pudo encontrarlo? ¡Es terrible, terrible!

—¿Quiere dar a entender que sus relaciones con él eran inocentes?

—¡Si me están preguntando si tenía relaciones sexuales con ese chico de diecinueve años, he de contestarles, desde luego, negativamente!

—Pero, por lo visto, ese chico tenía la intención de cometer un torpe asesinato y de matarse después.

—Oliver era un chico muy… romántico, un idealista. Supongo que, cuando me di cuenta de lo que sentía por mí, debería haberme echado a reír y haberle dicho que era un tonto. Está bien, sí, dejé que me besara. Le dejé soñar un poco. Le dejé hablar de la vida, como puede hablar de eso un chiquillo. Era como… volver a ser joven. Él tenía unos proyectos locos acerca de nosotros. Unos proyectos imposibles, claro. Tal vez me estaba volviendo tan tonta como él. La diferencia era que él podía creer en ellos mientras que yo sabía que eran una tontería. Soy una mujer que vive sola. Si hubiera explicado alguna vez a ese pobre niño la clase de vida que había llevado, en realidad, supongo que lo habría sacado de sus cabales. Era solamente… algo muy dulce. Un juego. Abandoné ese juego cuando lo vi tan trastornado por el hecho de que Garry hubiera vuelto telefoneándome y pidiéndome que le recibiera. El sábado le dije que no volviera más. Se lo dije… con muy malos modos, supongo. Me sentía responsable por haberle dejado tener ideas tan locas y por no haberle parado los pies. Intenté sacudirlo, hacerle reaccionar.

Lobwohl dijo:

—Cuando este capricho, como usted lo llama, fue aumentando, el muchacho se volvió hosco, difícil de carácter y retraído. Sus

padres se preocuparon. La muchacha que solía salir con él dijo a su madre que alguien lo había visto con una mujer mucho mayor que él, una mujer rubia que llevaba un bikini. Su madre no pudo conseguir que Oliver le dijera quién era aquella mujer, pero confesó que mantenía relaciones íntimas con ella.

Crissy abrió mucho los ojos y contestó con un hilo de voz:

—¿Dijo *eso* a su madre? ¡Pero si no era verdad! ¿Por qué querría apenarla así? Es algo que no tiene sentido. Supongo que lo que querría era… conquistar su libertad.

—¿En qué sentido?

—Su madre quería que fuera clérigo. Su novia, Betty, iba a hacerse *nurse*. Entonces, los dos pensaban ser misioneros. Todo estaba proyectado así, y Oliver me dijo que no se había visto capaz de decirles que estaba perdiendo la fe. Quizá creyó que si contaba esa mentira a su madre, ésta dejaría de insistir en su propósito.

Crissy se encogió de hombros, suspiró y se enjugó los ojos con un pañuelo:

—Es la única explicación que se me ocurre. ¿Puedo irme ahora? ¿Puedo irme, por favor? ¡Era un chico tan agradable! Y he hecho muy mal. Es algo que me repugna.

Lobwohl abrió la carpeta que tenía delante y sacó de ella la copia telegráfica de la tarjeta de identidad de Atlanta y, alargando mucho el brazo, la colocó ante los ojos de la interrogada, mientras le decía:

—Nos conmueve profundamente su sensibilidad, Crissy.

Ésta contempló la tarjeta sin ninguna expresión. Miró a Kindler, a Scheff y a Lobwohl, un segundo a cada uno de ellos.

—Ha sido algo muy hábil —les dijo—. ¡Muy hábil y muy bonito, cerdos! Han empleado ustedes muy bien el tiempo. Déjenme que sea ahora *yo* quien les pregunte algo. ¿Creen, por un solo instante, que si eso es *todo* lo que soy, o todo lo que puedo ser, me habría soportado, durante los siete últimos años de su vida, un hombre como Ferris Fontaine? Nunca lo engañé. Sabía toda mi historia. ¿Saben qué es lo que aprende, antes de nada, una buscona? A no confiar en nadie. Y yo aprendí a confiar en aquel admirable viejo. ¿Saben qué me dio, a cambio? Algo de dignidad. Algo de respeto hacia mí misma.

Golpeó con los nudillos la copia telegráfica diciendo:

—Me acuerdo muy bien de esa chiquilla. Llevaba en sí mucho odio. Se engañó a sí misma. Se metió en ese oficio diciéndose que era sólo por una temporada. Creyó que era mejor que sus compañeras, las que trabajaban con ella en Nueva York, en Savannah y en Atlanta, pero luego, descubrió que era sólo una buscona más. Después, llegó Fer y, mucho tiempo después, recobró el orgullo perdido. Se da por supuesto que todas las células de nuestro cuerpo cambian cada siete años, ¿no es así? Pues no me confundan con alguna compañera de juego que pude tener en Atlanta hace mucho, mucho tiempo.

—Le recuerdo nuevamente que podemos suspender este interrogatorio hasta que la represente un abogado, Mrs. Harkinson.

—¿Adónde quieren ir a parar? ¡No necesitan nada más de mí!

—Su abogado la advertirá que usted nos está proporcionando pruebas esenciales acerca de los motivos que pueda haber para un homicidio que estamos investigando. Le dirá que, aunque tenemos pruebas suficientes para saber quién cometió el crimen y aunque esta persona haya muerto ahora, la ley de Florida dispone que se presenten pruebas ante el tribunal al presentar una denuncia, y que el suicidio que siguió al crimen debe ser considerado como un caso aparte. Podemos retenerla aquí para interrogarla veinticuatro horas seguidas, o hasta mañana a primera hora de la tarde, y a esa hora podemos formular unas acusaciones contra usted, si hemos encontrado suficiente base para ello, o si nos parece que es en interés de una mejor investigación del caso, podemos solicitar una orden judicial que nos autorizará a retenerla en custodia hasta que el Gran Jurado decida si se debe o no pedir a usted que dé testimonio directo durante sus deliberaciones.

—¡Vaya! ¿En interés de qué?

—Usted representa mucho, Mrs. Harkinson. Las noticias que se refieren a usted son importantes, brillantes, melodramáticas. Es usted lo suficientemente importante para resolver este caso. ¿Por qué? Fíjese, un muchacho enamorado mata al único superviviente de la catástrofe del *Muñeca* para proteger a una mujer rubia misteriosa de unas atenciones que ella no desea recibir. Un futuro clérigo se suicida después de asesinar al que es su rival por los favores de la ex querida de un difunto senador del Estado. La afligida madre de Akard dice que su hijo era un modelo de

muchachos hasta que empezó a dar lecciones a una rubia que le doblaba la edad.

—¡Indecentes! ¿Venden ustedes esa porquería a los periodistas?

—Mrs. Harkinson, cuando identificamos el cadáver de Staniker esos dos hombres tardaron únicamente una hora y media en encontrar la pista que conducía en línea recta hacia usted. Hay quizá cien personas, entre periodistas, enviados de la Televisión, la Radio y los servicios telegráficos en las salas de abajo ideando trucos hábiles para ser los primeros en llegar a usted. Además, ahora es demasiado tarde para que alguien la lleve en coche a su casa a recoger lo que necesite, como ropa y objetos para su aseo. Puede hacer una lista y explicar a una guardiana nuestra dónde lo encontrará todo. La enviaremos a su casa a recogerlo.

—La chica que tengo a mi servicio sabe dónde están mis…

—Se le ha dicho a esa chica que cierre la casa y que se vaya. Tenemos allí apostados a nuestros hombres para impedir que la gente entre en la casa.

—¿Qué intentan hacerme?

—Proteger sus derechos constitucionales, Mrs. Harkinson, y proteger su persona, no sólo de los periodistas y demás medios de información, sino también de un populacho soliviantado.

Crissy se apretó contra los ojos los puños cerrados, se estremeció y dijo:

—Creo que haré esa llamada telefónica, señor.

Cuando Lobwohl llegó a su despacho y encendió las luces, Tuck apareció en el marco de la puerta y dijo:

—Por fin han encontrado el coche del muchacho. Los guardias de la costa lo han localizado. En un rincón desierto de la bahía, unas dos millas más abajo de la casa de la Harkinson.

—¿Alguna noticia?

—No, señor.

—Quiero que se ocupe de ese coche el mejor equipo del laboratorio, Harv y su gente, y quiero que registren minuciosamente toda la zona. Que tengan el coche sellado hasta que se haga de día y que, cuando hayan terminado su trabajo, lo traigan y lo dejen aquí en depósito.

—Están aún en casa de la Harkinson.

—Ya pueden salir de allí. Podrán volver luego. Y ¿dónde está esa chica de servicio?

—Bert y Barney se ocupan de eso. La encontrarán y la traerán aquí.

—Ya lo sé, pero, ¿cuándo?

—¿Qué abogado ha elegido Mrs. Harkinson?

—Palmer Haas.

Tuck emitió un silbido.

—El más adecuado. ¡Vaya cerdo! A pesar de ser un indeseable, hay que concederle crédito.

—Está haciendo todo lo necesario en favor de su cliente, pero sabe de sobra que lo peor que podríamos hacer por ella en estos momentos es soltarla.

Tuck sonrió.

—¿Escuchó lo que hemos averiguado?

—Ávidamente.

—Es raro, ¿no? Es muy extraño que una aventurera tan astuta no haya sido un poco más lista. Debiera haber pedido que la asistiera Palmy antes de que la trajésemos aquí.

—Es el mito de siempre. Creen que las personas inocentes no necesitan abogado. Y se imaginan que pedir uno produce mala impresión.

—Pero aún estamos con las manos vacías. Recuerde eso.

Capítulo XXIV

El coche de Raoul Kelly estaba aparcado junto al de Sam Boylston, que era de alquiler, en el motel. Sam acompañó a la pareja al vehículo, en la oscuridad de la noche. Raoul abrió la puerta y la sujetó para que entrara Cisca. El departamento para el equipaje estaba lleno, y el asiento posterior atestado de maletas.

Raoul dio la vuelta al coche y abrió la puerta del lado del conductor.

—Nos pararemos en los alrededores de Biloxi, o un poco más allá —dijo.

Se alejó algo del coche llevándose a Sam y le preguntó:

—¿Cómo va usted a arreglárselas?

—Esperaré a ver si desenredan esta maraña sin ayuda. Cuando perdí de vista el coche de esa mujer, el viernes por la noche, era evidente que iba a ver a Staniker. Éste le dijo dónde estaba el dinero. Y sabiendo esto, podía lanzar al muchacho contra él. ¡Pobre chiquillo! Si no se hubiera sentido tan trastornado como para suicidarse después y le hubieran acusado de asesinato no hubiéramos ganado nada. Estaba demasiado enamorado para contar a la Policía que todo había sido idea de esa mujer. Y aun en el caso de soltar prenda, no creo que ella le hubiese dejado ninguna prueba positiva que él pudiera recordar.

Es evidente que esa mujer esperaba que todo sucediese el domingo por la noche. Por eso quería demostrar que no había salido de su casa.

—Pero, ¿y si la declaran inocente de toda culpa?

Podían ver, más allá de una esquina del edificio, la piscina iluminada. Sam vio a la muchacha gordita, que saltaba de la palanca, perseguida de cerca por un amigo suyo.

—No soy un animal tan listo como creía —dijo Sam—. El instinto me dice que he de encontrar algún medio de acercarme a esa mujer y dejarle creer que me engatusa. ¡Qué simple es Sam Boylston! Crissy, pequeña, esto ha sido una experiencia desgraciada

para los dos. Me gustaría alquilar un barco y volver allí, para dar un vistazo a la zona donde tuvo lugar la catástrofe. Acompáñame, Crissy, chiquilla. Los dos solos. Raoul, ¡qué claras son estas aguas! Es algo fantástico. No puedo alcanzar a Staniker. Abandonó el juego. Crissy es ahora la última que queda. Esas aguas son demasiado puras para ahogarse en ellas. Pero Leila está en alguna parte, debajo del agua. Esta noche pasada, he visto en sueños el *Muñeca*. Mejor dicho, esta mañana he soñado que yo estaba en una barca pequeña bajo el sol. Tenía uno de esos cubos con fondo de cristal que suelen usarse y miraba hacia el fondo a través del cristal. El fondo estaba muy oscuro, y allá abajo se veía el *Muñeca*, sobre la arena, con todas las luces encendidas. Y vi a todos los pasajeros. Iban paseando despacio, con esos movimientos lentos de la gente que se mueve dentro del agua. A Carolyn y a Leila les flotaba el pelo. Podía ver cómo movían los labios, pero no podía oír lo que decían. Supe que mi barca se estaba alejando de aquel sitio y miré hacia abajo, como si les dijera adiós a todos ellos, porque sabía, de una manera u otra, que nunca más podría volver a encontrar aquel mismo lugar, ni decir a nadie cómo podría encontrarlo. Hice algún movimiento que me despertó. Estaba sudando.

—Amigo mío. Mi buen amigo…

—Me parece que lo mejor sería dejar que esa mujer ponga las manos sobre el dinero. Se emocionaría mucho.

Luego, ¿sabe lo mejor que se podría hacer? Darle una buena paliza que la pusiera fuera de combate. Dejarla sin conocimiento, aunque sólo fuese ligeramente, y entonces atarle los pies. Se busca un paraje en que el agua tenga unos diez pies de profundidad. Cuando esa mujer vuelve en sí, se le habla del dinero y de lo muy lista que ha sido, y luego la tiramos al mar, por encima de la borda, a esa agua tan transparente. Creo que duraría mucho tiempo. Si todo fuera a terminar demasiado pronto, se podría prolongar la cosa ayudando con un garfio de barca. Y uno podría estar presenciándolo todo.

—¿Podría presenciarlo usted?

—No lo sé. Es lo que no sé. Hablé de ese dinero a Staniker, en el hospital. Seguramente, Staniker le diría a ella que yo lo visité. Lo que haré será dejar que usted se aleje lo suficiente; luego, entraré en acción y jugaré un poco a hacer de detective. «Acepten las cintas

magnetofónicas de Francisca, tal como son, muchachos, y después les haré oír algunas otras cintas».

—¿Las noticias que tiene usted ocultas?

—«Porque, muchachos, no había suficientes motivos para que la cosa tuviera sentido común. ¿Cómo puede un hombre que quiere librarse de su mujer matar, además, a otras cinco personas?».

—En un avión hubiera muerto más gente aún.

—Pero una bomba es algo remoto, casi abstracto. El loco que la emplea no sabe los nombres, no ve las caras, no deja que lo miren los demás. El loco está en alguna parte, en una cama, latiéndole el corazón y con la radio en marcha. «Muchachos, fue justamente hoy cuando oí decir que en ese barco había un montón de dinero, así es que vine corriendo. Y maldito si sé lo que dice la cinta magnetofónica grabada por Francisca, porque no sé tanto español como para entender eso».

—Kayd está metido en eso. Así, pues, ¿cómo no vino corriendo?

—Eso es algo a lo que no tendrá que contestar. Pero usted y yo sabemos la contestación. Bueno, será mejor que se vaya, Raoul Kelly.

Antes de que Kelly entrara en el coche, Sam se Inclinó para mirar a la muchacha que estaba al otro lado del volante.

—*Buen viaje. Y buena suerte*[24] —le dijo.

—*Mil gracias. Adiós, señor*[25] —le contestó Francisca sonriendo.

Sam se volvió para dar a Raoul un apretón de manos, pero, en lugar de ello, recibió un brusco y sentimental *abrazo*[26] de los latinos americanos.

—Diré a Mrs. Boylston que es usted un hombre notable.

Puso el coche en marcha. Francisca agitó la mano, en señal de despedida. El coche esperó a la entrada del motel hasta que hubo en la circulación una brecha lo suficientemente grande para poder entrar en la carretera general. Momentos más tarde, el vehículo se perdía en la anónima hilera de luces rojas que corrían hacia el Este.

Sam quedó contemplando el paso de los coches en medio de las sombras de la noche. Notaba a su alrededor el peso de la ciudad nocturna, todas las tensiones de aquel momento, único en el tiempo y en el espacio. Era una ciudad chillona y solapada, que brillaba entre los pantanos y el mar, como una población de juguete. La noche estaba llena de personas que andaban a la deriva, de parejas

que bailaban, de mujeres que apretaban los puños en los dolores del parto, de muchachos que se dedicaban a sus calaveradas nocturnas, de ambulancias y de camiones remolcadores, que se alejaban en diversas direcciones con su carga de carne destrozada y de metal roto, de millares de personas que decían las mismas cosas chistosas, en el mismo instante y en cien mil distintos cuartos de estar, de chorros de salsa de tomate y de mostaza, empleados en cien lugares distintos para disimular el gusto insípido de la carne frita, de miles de sollozos, duros trabajos, vómitos, toses, arañazos, maldiciones, tímidas caricias, cuchicheos, puntapiés…

Sam no se había tenido nunca por un hombre de imaginación. Hasta entonces, no se le había ocurrido pensar en todas estas cosas acerca de una ciudad. Sabía que esto podía ser posible sólo en una ciudad extraña y en un momento en que la tristeza, la incertidumbre y la introspección le había agudizado la sensibilidad.

Aquella inmensa Costa Dorada se convertía en un gigantesco crucero que avanzaba a través del tiempo, más que a través del espacio, asimilando continuamente los alimentos, a los recién nacidos, los nuevos aparatos inventados, vomitando por la popa la interminable carga de desperdicios, de basura, de cadáveres y de juguetes rotos, balanceándose imperceptiblemente sobre las lentas mareas de la Historia, dándose cuenta los pasajeros de que ninguna ciudad es eterna, de que aquélla también terminaría un día y de que la eternidad la cubriría, en un silencio hecho de polvo, de arena, de enredaderas y de matorrales. Todos los pasajeros, fuesen en primera clase o en cubierta, se veían obligados a aceptar las constantes de dolor y de tiempo, de codicia y de necesidad, de alegría y de amor, de temor y de lujuria.

Cada uno de los pasajeros sabía, sin lugar a dudas, que era la única persona a bordo que podía sentir realmente el amor y la destrucción, la única que tenía un destino secreto que se le manifestaría algún día, y que aquel día todo el mundo comprendería lo que debiera haber sido evidente para ellos desde mucho tiempo antes.

«De manera que soy una especie de absurdo —pensó Sam—. El peso de la noche es el peso de la indiferencia porque todos están ocupados con sus cambios de vendaje, con sus cautelosos tanteos para averiguar si, a pesar de todo, tienen alguien lo suficientemente

cerca. Y el hecho de emplear mi vida para comprar un pasaje mejor en el barco es sólo un medio como otro cualquiera de no pensar en lo corta que es la travesía. Bix Kayd y Carolyn, Roger y Stella, Staniker y su mujer, Leila y Oliver Akard han vuelto a las sombras de las que salieron. Han vuelto a ellas para siempre en el mismo instante en que se apartaron de la gran travesía, y nosotros nos dirigimos, tambaleándonos y a trompicones, hacia un instante aún no señalado en el tiempo; uno para mí, otro para Lyd, otro para Boy-Sam,
otro para Cristen Harkinson, otro para la enfermera Theyma Chappie y otro para la muchacha gordita».

Había un concepto, una justificación de todo, casi a su alcance. Era como despertar de un sueño, en mitad de la noche, sabiendo que uno tiene la Respuesta a Todo.

«Es como en aquel antiguo cuento —siguió pensando Sam—. De acuerdo, la vida no es un grano de anís. Súbete sobre una caja de embalaje, abogado. Ve a gritar lo que sientes desde un parque cualquiera. Conviértete en uno de esos increíbles personajes que tienen un credo simplificado e intentan hacerlo concordar con todas las equivocaciones del mundo. Alimentos orgánicos. Conjuración comunista. Levantarse temprano. Dirigirse hacia los demás. ¡PIENSA! Dieta organizada. Tenis. Autohipnosis. Rosicrucianismo. Ayuno. Dirígete hacia la cueva de los misterios y grita al mundo la solución que hayas encontrado. Alguien dirá un día la palabra adecuada y cuando las puertas se abran de par en par y todos conozcamos la respuesta a esta pregunta primaria: “¿Por qué?”, tal vez no podamos soportar esa respuesta».

El martes 7 de junio, a las cuatro de la tarde, Sam Boylston estaba sentado frente a la mesa-escritorio de John Lobwohl. Kindler se hallaba sentado a la derecha, en una silla que mantenga en equilibrio, con el respaldo apoyado contra la pared. La cinta magnetofónica grabada con las contestaciones de Staniker tocaba a su fin. Sam apretó un botón y el pequeño aparato empezó a enrollar nuevamente la cinta en el carrete.

Lobwohl bostezó y dijo:

—Usted es precisamente la persona que necesitábamos, Mr.

Boylston. Un abogado de Texas para complicar la trama, como en las películas de espionaje. Sí, ya sabemos, su hermana murió con la familia Kayd. Pero, ¿qué motivos tiene para intentar encubrir a Kelly y a esa muchacha?

—Ya se lo he explicado. Y Kelly se lo explicó a Kindler y a Scheff. Quiero que quede patente una cosa: que nunca lograremos aclarar este asunto si no me dejan llevarlo a mi manera haciéndome luego las preguntas que quieran.

—Se encuentra usted en una situación muy poco convincente para querer establecer su punto de vista, Boylston… Pero adelante.

—¿Le parece que estas cintas magnetofónicas dan un buen motivo para pensar que la catástrofe del yate es sospechosa, capitán?

—Antes que nada, ¿cómo obtuvo esas cintas?

—No se pueden emplear como una prueba, ¿no es así? Así, pues, ¿qué importancia tiene cómo las obtuve? Sólo quiero saber cómo las interpretan ustedes.

Kindler pidió permiso para hablar. Lobwohl se lo concedió con una ligera inclinación de cabeza. Kindler dijo:

—Desde luego, son una buena invención. Pero estoy pensando que Staniker pasó una semana solo en aquella isla. Perdió un buen barco y fue causa de que muriesen muchas personas. Era un capitán contratado. Se ganaba así la vida. Así es que creo que toda esa semana pensaría una vez y otra en lo que había pasado, en la manera de explicarlo porque sabía que le harían muchas preguntas cuando lo rescatasen, en el caso de que llegaran a rescatarlo. El relato sonaría como una pieza aprendida de memoria. Y, claro, no podemos traer aquí a Staniker y arrancarle a la fuerza la verdad de lo ocurrido, Mr. Boylston.

—¿Con qué pueden ustedes atrapar a Mrs. Harkinson, capitán?

—Por lo que alcanzo a ver, con nada.

—Pero les gustaría encontrar algo en que poder apoyarse, ¿no?

—Sí, claro, mucho. Salta a la vista.

Lobwohl dijo:

—La tenemos bajo custodia en la habitación de un hotel. Lleva el asunto su abogado, Palmer Haas. Se deslizó fuera hoy, al mediodía. Dos de nuestros hombres vigilan continuamente la puerta de su habitación. ¡Maldita sea! Tenemos que llenar algunas lagunas.

Hemos de conseguir encontrar a esa criadita de la Harkinson.

—Déjenme hacerles una pregunta hipotética. Imaginen por un momento que da la casualidad de que tengo una cinta magnetofónica grabada con la historia de esa muchacha, con muchos detalles y respondiendo a todo lo que puede ser interesante para ustedes. En español, porque sabe poco inglés. Yo escuché todo el relato. Sé bastante español para seguirlo paso a paso. Y figúrense también que he hecho las identificaciones adecuadas al empezar la grabación.

—Como abogado, usted sabe ciertamente que esa cinta magnetofónica no sería…

—Capitán, no le hablo de lo que pueda admitirse. Le estoy hablando de pistas y soluciones para una investigación. Y suponga que le puedo proporcionar un informe muy pertinente y sustancioso, que podría hacerle cambiar de opinión en todo ese asunto. Si este informe le pareciese lo suficientemente valioso, ¿desistiría de su idea de hacer volver a Francisca?

Lobwohl meditó un momento, suspiró y dijo:

—Me ha dicho que no se ocupa de casos criminales… ¿Sabe algo de poroscopia?

—Sólo que se necesita un experto para desentrañar esa materia delante de un jurado sin que ocasione confusión.

—Exacto. Los poros sudados en las arrugas de las huellas forman un dibujo tan claro como las mismas huellas, y nos valemos de ellos cuando sólo tenemos fragmentos de huellas.

Lobwohl abrió una gran carpeta que tenía sobre la mesa y prosiguió:

—Acérquese, Boylston. Ésta es la huella de la palma de la mano que encontramos en el borde de la bañera, en el *bungalow* número 10. Y aquí tiene la huella de la mano que Mrs. Harkinson permitió que le tomaran en el Laboratorio para poder comparar las dos. Tenemos doce puntos característicos de similitud que establecen una concordancia positiva. Mrs. Harkinson explica, de una manera admisible, cómo dejó, casualmente, esa huella en la bañera, el viernes por la noche, cuando fue a ver a Staniker. Mire ahora esta parte de aquí. Esta zona brillante es la marca de esta parte de la mano, empleando una materia cerúlea para hacer resaltar los poros. La tinta lo oculta. Aquí tiene la impresión de esta misma zona. Se

encontró en el cañón del rifle calibre 22. Aquí tiene otra, encontrada en la barra de aluminio del timón, en la barca de vela. Todo lo que podemos deducir con exactitud, de eso, son cuatro puntos de similitud en la huella dejada en el cañón del rifle y cinco puntos en la del timón. Como prueba, no tienen un valor absoluto.

—¿Qué dice de eso la Harkinson?

—Todo lo que dice ahora se lo ha sugerido Palmer Haas. Dice que, si estaba tomando lecciones de navegación, no sería sorprendente que hubiera dejado alguna huella en la barra del timón. También dice que Oliver llevó el rifle a su casa a causa de las ratas que había en las palmeras. Mató cinco y las enterró cerca de las raíces de alguna planta de allá.

—Sí, Scheff las encontró —dijo Kindler.

—Dice también que se acordó del rifle y que, antes de tomar la pastilla para dormir, lo bajó a la barca y lo dejó allí para que el muchacho no tuviera la excusa de volver a su casa en busca del arma. Ahora estamos intentando localizar a algún amigo del chico Akard, que pudiera haber llevado a buscar la barca al pequeño desembarcadero de la casa, el domingo por la noche.

Lobwohl bostezó de nuevo, se levantó y se dirigió hacia la pizarra que colgaba de una de las paredes de su despacho. Trazó con rápidos movimientos la línea de la costa, un tosco esquema de la casa de la Harkinson y marcó con una señal el lugar ocupado por la barca de vela dibujando un pequeño cuadro en el sitio donde estuvo aparcado el coche del muchacho.

—Esto es lo que tenemos que averiguar, Boylston. La huella de esa mano, ¿quedó marcada en la bañera el viernes por la noche o el domingo? El equipo del laboratorio encontró en el *bungalow* dos cabellos rubios y al compararlos con los de la Harkinson, por medio del microscopio, se comprobó por la estructura de la raíz y por su sección transversal, que eran de ella. ¿Le cayeron allí el viernes o el domingo por la noche? El muchacho fue a recoger su barca. La recogió y se dirigió en ella al lugar donde había dejado su coche. Fueron los dos a ver a Staniker y lo mataron. Volvieron en el coche. El chico llevó a esa mujer en barca a su casa, y la dejó allí. Entonces, no pudo soportar la idea de que la perdía para siempre ni el recuerdo de que había matado a alguien, y se suicidó. Se ve claro que en todo esto falla algo.

—El motivo —dijo Sam Boylston—. Esa mujer hubiera podido encontrar medios mucho más sencillos para librarse de un galanteador. ¿Qué les parecería si les diera yo ahora todos los motivos que necesitan?

Lobwohl, que golpeaba el suelo con el tacón y la punta del zapato, lo miró con expresión sombría.

—No me pondría tan nervioso, Boylston. Eso es todo lo que puedo decirle.

Sam Boylston vaciló un instante y luego se sacó del bolsillo de la americana las dos cintas magnetofónicas, metidas en sus cajas de metal.

—Éstas son las grabaciones de Francisca Torcedo —dijo—. Están en español, así que habrá que traducirlas al inglés.

Lobwohl se las tendió a Kindler, diciendo:

—Encárgaselo a López.

—No digan nada hasta que esté de vuelta —dijo Kindler al salir.

—Scheff y Kindler metieron la pata —dijo Lobwohl a Sam—. Al no poder volver con la muchacha tuvieron que decirme lo que había pasado. Cuando me lo contaron casi les dolían las muelas. Son los mejores policías que tengo para casos de homicidio. ¿Quiere saber una cosa curiosa? Si esos dos no hubieran metido la pata, yo no tendría a mi cargo este caso. En los departamentos superiores hay personas a las que les gusta encargarse de los casos de asesinato si no son difíciles. Es una oportunidad de adquirir fama. Pero si las cosas cuestan demasiado las dejan aquí abajo. No se saca ninguna gloria dé los casos que no se ven claros.

Cuando Kindler volvió, llevaba con él a Barney Scheff, que presentó a Sam. A Scheff no pareció gustarle mucho conocer al abogado. Todos se sentaron.

Lobwohl hizo una seña con la cabeza a Sam y éste dijo:

—Si investigan ustedes el caso, descubrirán que Bixby Kayd y Ferris Fontaine estaban asociados en algunos negocios azarosos. Descubrirán que los miembros de su pandilla celebraban, a veces, sus reuniones a bordo del yate que Fontaine dio a su amiga. Puedo suponer que Kayd estuvo a bordo de ese yate en una, o más, de esas reuniones. Cuando tengan la traducción de las cintas magnetofónicas grabadas por Francisca, sabrán que Bix Kayd visitó en su casa a Cristen Harkinson, el último día de marzo, unas dos

semanas antes de llegar a Miami y de contratar a Staniker. Iba en un gran coche de alquiler, con un chófer. Podrán enterarse con seguridad de todo esto. ¿Alguna pregunta?

Lobwohl ya no parecía cansado ni bostezaba.

—¿Ésta es la deducción a la que quiere llegar? Kayd intentaba localizar a Staniker a través de Crissy Harkinson.

—Sí, porque podría haber oído decir, y lo recordaba, que Staniker conocía bien las Islas Bahamas. Y porque seguramente estaría enterado de que Fontaine no habría contratado a un capitán que no supiera callar acerca de asuntos particulares y de negocios que requieren discreción. Naturalmente, se trata sólo de una suposición.

—¿Entonces? —preguntó el capitán.

—Entonces daba la casualidad de que cuando sucedió la catástrofe del *Muñeca*, había a bordo del yate ochocientos mil dólares en metálico.

En las caras de los tres policías se leía la misma expresión de atención mientras iban repasando mentalmente los hechos, en silencio.

—¡Hijo de perra! —murmuró Barney Scheff—. ¿Por qué, dinero en metálico?

—Para un negocio de unos terrenos en venta… Para comprar algunos votos en una junta…

—¿Podremos probar que ese dinero estaba a bordo del yate? —preguntó Lobwohl.

—No hay ni una sola posibilidad de que podamos probarlo. Las personas que podrían demostrarlo mentirían como condenados para evitar a los recaudadores de impuestos.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de lo que pasa si se intenta ocultar pruebas? —preguntó Lobwohl cortésmente.

Sam Boylston pareció herido y asombrado.

—Sin informes precisos acerca del dinero, no puedo decirles nada que valga la pena, capitán. Supe algo de ese dinero esta mañana por el amigo de un amigo, y aquí estoy.

—Las noticias se están extendiendo —dijo Scheff—, y los periodistas van a revolcarse por el suelo riendo hasta desternillarse.

Lobwohl se dio un ligero golpe en la frente con la mano derecha.

—El viernes la Harkinson fue a ver a Staniker y él le dijo dónde

ocultó el dinero. Si ella estaba segura de que no mentía y el dinero estaba escondido en un sitio seguro y razonable, lo mejor para ella sería que Staniker muriese.

—Y —dijo Kindler con horror— era el cadáver de aspecto más terrible que he visto nunca. Era como un pellejo vacío, como si lo hubieran vaciado enteramente.

—Capitán —dijo Sam—, ¿se sabe a qué hora murió Staniker?

—A las diez de la noche poco más o menos.

—Cuando les traduzcan la cinta magnetofónica de Francisca, verá usted que Mrs. Harkinson queda fuera del cuadro. Comprendo bastante el lenguaje de la cinta para darme cuenta de que Raoul Kelly comprobó las horas con bastante exactitud. Francisca miró a través de la puerta de cristal y vio a Mrs. Harkinson dormida en la cama, a las nueve y cuarto. Había una lamparilla nocturna en la habitación. Más tarde, a las doce menos cuarto, Francisca y Kelly oyeron funcionar la bomba y supieron que Mrs. Harkinson cogía agua de algún grifo, en la casa grande. A las doce y diez de la noche, Mrs. Harkinson llamó a Francisca por el aparato de intercomunicación, y pidió que le llevara una taza de cacao y unas galletas. Dijo que se había despertado y que había tomado una ducha caliente para ver si esto la relajaría bastante para volver a dormirse, pero no lo había conseguido. Con las puertas del jardín cerradas, y sin tener ningún coche a su disposición, supongo que tendría que darse por descontado que no había tenido tiempo de recorrer dos millas en barca, de ir luego en coche con el muchacho a Coral Gables, de volver en coche hasta la barca y de regresar en barca a su casa. Supongo que sólo podría hacerse en el caso de que Staniker estuviese preparado para saltar dentro de la bañera tendiendo las muñecas hacia fuera. Pero ustedes dicen que tomó una buena dosis de alcohol y de barbitúricos. Se necesitaría tiempo para que le hiciesen efecto.

—Resumiendo —dijo Lobwohl—. No hubo que hacer a la muchacha un regalito de dinero para que diera esta explicación de las horas, Mr. Boylston.

—No. Eso, no. Ni a Kelly tampoco.

—Es usted un gran psicólogo, ¿eh? —repuso Scheff mirando a Sam.

—Bueno, dejemos eso —ordenó Lobwohl—. Veamos dónde

estamos. Usted representa a Kelly y a la muchacha de servicio, Boylston. Tenemos pruebas evidentes de que Akard mató a Staniker. Si le hubiera cortado sólo una de las muñecas y hubiese dispuesto la puerta de manera que se cerrara por sí sola al salir, podríamos haber creído que se trataba de un suicidio, por lo menos hasta echar una ojeada a lo que había dentro de la cartera del muchacho. Harv dice que, por lo que respecta a éste, se trata de un suicidio con toda seguridad. Tenía el brazo lo suficientemente largo para eso y el cañón de la escopeta era lo suficientemente corto, y la boca del cañón estaba apoyada justo en su oído cuando apretó el gatillo. Y no veo cómo demonios podríamos demostrar que la Harkinson hizo presión sobre el muchacho para que matase a Staniker. Conservaremos a la Harkinson aislada hasta que el Jurado acuse a Akard de asesinato y le declare culpable, y vuelva luego a ocuparse de Akard para un nuevo caso, acepte nuestros archivos y sentencie que su muerte se debe a suicidio. Ahora, déjenme decirles que entretanto la Harkinson desaparecerá. Venderá la casa en que vive. Y algún día irá a buscar ese dinero. Ahora me asombro pensando en usted, Boylston. Usted está convencido de que esa mujer era la fuerza activa que, escondida detrás de Staniker, lo empujaba a matar a la gente, a coger el dinero y a convencer luego a todo el mundo de que había sido un accidente. Nos maravillamos al pensar en usted y en el novio de su hermana, en ese tal Jonathan Dye. No parecen personas que se contenten con decir: «¡Qué lástima! Ha muerto, conque volvamos a nuestra casa y olvidémonos del asunto». Ustedes, los tejanos, tienen algo especial. Tal vez es una actitud de alerta. Un profundo sentido familiar. Diente por diente. Usted es abogado y debería saber cómo van esas cosas. Pero me pregunto si lo sabe.

Sam notó que la voz se le endurecía al contestar suavemente:

—Y yo me pregunto si es asunto suyo preguntarse eso, capitán.

—¿Dónde está Jonathan Dye?

—Buscando a Leila. Escudriñando paso a paso el Gran Banco de Bahama. Alquiló un *catamarán* y contrató al dueño. Está seguro de que, de una manera o de otra, mi hermana ha salido con vida de la catástrofe.

—¡Debe de estar fuera de sus cabales! —dijo Scheff.

Sam suspiró.

—Antes de que ocurriera todo esto, yo me habría decidido a hacerle entrar en razón. ¡Seguro! Habría dicho a Kelly que era una locura sacar del Estado a Francisca. Pero ¿qué demonios tiene de bueno la lógica? Es una fría satisfacción, caballeros. Puedo comprobarlo. Siempre he sido un hombre cargado de lógica. Hay que dejar que la gente sea tan poco razonable como quiera, y tal vez sus motivos sean mejores que los nuestros. Quizá lo que hace Jonathan no sea sólo la búsqueda solitaria de un loco. Tal vez esté tendiendo sobre esos bancos un puente, un medio de pasar de una vida sin Leila a una vida con ella. Sabe que mi hermana no habría estado en ese yate si yo no la hubiera enviado a esa travesía con los Kayd para intentar deshacer el noviazgo. Quería deshacerlo para que hiciera una boda de las que yo creía «importantes»; así, yo no tendría que explicar a la gente que mi hermana estaba haciendo una labor benéfica, en algún sitio de la selva, por muy poco dinero. Jonathan me ofendía porque no le importaba ninguna de las cosas que a mí me parecían importantes. Esta mañana, al amanecer, estaba despierto. Preparaba una conversación explicando a Jonathan lo que iba a hacer. Podía ponerme en contacto con algunas personas y permitirme el lujo de pagar a algunos especialistas para que cogiesen, muy discretamente, a la Harkinson, la llevasen al sitio adecuado y me la entregasen. Pero Jonathan me preguntaba continuamente por qué. Le dije que esto era lo que esperaba de mí mismo. Entonces, me preguntó si lo esperaba de mí mismo o del hombre al que había estado imitando toda mi vida. Era una buena pregunta. Después quiso saber si creía que Leila lo aprobaría. Otra buena pregunta. Pero no puedo contestarla. ¡No, no puedo!

Sam se dio cuenta de que los policías lo miraban con una expresión extraña. Comprendió por qué, movió la cabeza y se echó a reír.

—El abogado les ha decepcionado, ¿no? ¿Han notado alguna vez cómo se asombra la gente si intentamos contar las cosas estrambóticas que nos pasan por la cabeza? Yo suelo callarlo todo, porque, si lo contamos, la gente corre detrás de nosotros. Ahora voy a decir a la gente lo que pienso. Será terrible para mi trabajo, para mi profesión. Pero es la única manera que se me ocurre de no verme completamente solo en el mundo.

—Ha vivido usted siempre haciendo un gran esfuerzo —dijo Lobwohl.

—Un esfuerzo que empezó antes de que diera comienzo todo esto. Era una ansiedad que fue creciendo durante años enteros. La búsqueda de la perfección. Pero creo que ahora voy a divertirme algún tiempo representando el papel de la Providencia. Algún fotógrafo conseguirá una buena fotografía de Crissy Harkinson. Me las arreglaré para tener algunas copias, y se las daré a alguien que haya estado metido en ese negocio, con Bix Kayd, y que se haya pillado los dedos. Les diré que hay muchas probabilidades de que la Harkinson sepa exactamente dónde está el dinero. No habrá entonces ningún lugar en el mundo donde pueda ocultarlo.

Capítulo XXV

Durante todo el miércoles, Corpo estuvo ocupándose de una serie de cosas que había tenido intención de hacer.

Una hora antes de ponerse el sol, Leila Boylston se acercó a él, que estaba clavando una tosca abrazadera a un lado de la escalera.

—¡Basta! —le dijo.

Corpo volvió la cabeza y le sonrió.

—¿Tiene ya hambre, Missy?

—No empiece… Sargento, usted me hizo una promesa sagrada, me dio su palabra de honor. Estoy preparada para irme. Lo tengo todo a punto desde esta mañana. Y usted ha estado demorando mi partida todo el día. ¡Estoy muy enfadada con usted!

—He estado pensando en eso, Miss Leila. Me parece más razonable que se fuera por la mañana, ¿no lo cree así?

Leila dio una patada en el suelo y se echó a llorar. Diez minutos más tarde, cuando aún contenía los sollozos, el sargento llegó por el estrecho canal, en la *Muñequita*, llevando a remolque su bote atado a popa con una cuerda.

—Hágame el favor de dejar de hacer esos ruidos —dijo Corpo—. Estoy haciendo lo que usted quiere, ¿no?

—No lo puedo evitar. Soy…, soy fe… feliz…

—Feliz por librarse por fin del viejo sargento. ¡Claro!

—Volveré para verle. Se lo prometo. Traeré a Jonathan y a Sam. Querrán darle las gracias por lo que ha hecho.

—Es poco probable —rezongó Corpo—. No volveré a verla, Missy. Nunca creí que me gustase nadie. Usted me ha hecho enfadar muchas veces, pero, en conjunto, ha habido muchas más cosas buenas que malas.

—Gracias.

—No tiene por qué darme las gracias. ¿Ha hecho la cuenta del dinero gastado?

—Sí, en su calendario. No debería guardar aquí tanto dinero. Le devolveré lo que ha gastado en mí.

—Ha sido un regalo. Se lo he dicho muchas veces. Nunca me gustaron los pantalones para las chicas, pero estos que lleva le están muy bien.

Cuando llegó a la entrada del canal, aminoró la velocidad de la canoa, saliendo luego al mar con precaución. Un remolcador dragaba hacia el Norte, a lo largo del estrecho. Y a una milla hacia el Noroeste, una canoa encarnada llevaba a remolque tres esquiadores acuáticos.

—Me parece que el panorama está bastante despejado —dijo Corpo.

Hizo avanzar la canoa siguiendo el canal natural que se abría entre los bancos de arena. Después, al llegar a aguas más profundas, dio la vuelta hacia el Sur volviendo la cabeza para ver si el bote seguía bien, al aumentar la velocidad.

—¿Sabe lo que haremos? —gritó cubriendo el zumbido de los dos motores—. La acercaré a tierra lo suficiente, hasta que pueda ver un sitio donde sea posible amarrar. Usted se acerca a tierra despacio. No intente ninguna fantasía. ¿Ya sabe cómo ha de hacerlo?

—Pongo rumbo hacia el desembarcadero. Tiro de esos dos chismes hacia atrás, hasta la mitad, mientras me voy acercando a la costa, y, antes de saltar a tierra, los vuelvo a poner del todo en sentido inverso, y doy vuelta a las llaves.

—Yo me quedaré cerca de usted, en el bote, y, cuando vea que ha conseguido atracar, volveré a la isla.

—Y no me acordaré en absoluto de quién me ha cuidado, Sarg.

Cuando estaban, aproximadamente, a una milla y media hacia el sur de la isla, Corpo vio una lancha rápida que llegaba hacia ellos viniendo de la ciudad. Torció hacia estribor, para que la lancha pasara a buena distancia. Cuando la hubo dejado a sus espaldas, volvió la cabeza y vio que aquella embarcación había dado también una vuelta rápida y que se dirigía a toda velocidad hacia ellos.

Corpo estaba de pie, agarrando la rueda del timón con ambas manos. Oía la lancha persecutora, que avanzaba siguiendo la estela que dejaba la canoa. Llegó, por fin, junto a ella y se detuvo a babor, a unos veinte pies de distancia, haciendo sonar la sirena mientras iban aminorando la marcha los de la lancha para ponerse a la misma velocidad que la canoa. Corpo no se volvió.

—¡Sargento! —le gritó una voz conocida—. ¡Sargento Corpo! ¡Pare esos motores! ¡Párelos!

Corpo frenó bruscamente. La proa de la canoa se levantó, recuperando luego el equilibrio. Corpo puso los dos motores en punto muerto y dio vuelta a ambas llaves. Se alejó del timón y, sin mirar al teniente, se sentó en cubierta. Cerró los ojos y se balanceó lentamente hacia atrás y hacia delante. Cuando uno cierra los ojos, las voces tienen un sonido muy raro. Como si se hablase dentro de un tonel vacío.

Miss Boylston miró a Dave Dickerson, luego a Gordon Dale y después a Chief Cooley con ojos relampagueantes y el cuerpo rígido de rabia y de indignación.

—¡No crean que me harán tomar un sedante, caballeros! ¡No me dejarán fuera de combate! Y en cuanto al asunto del sargento Corpo, no lo dejarán de lado para ocuparse de eso más tarde.

—Lo único que he dicho es que…

—Ya he oído lo que ha dicho, Mr. Dale. ¿He de llamarle teniente, como el sargento? Da la casualidad de que usted y yo somos las únicas personas del mundo que le importan algo a él y no pienso hablar de nada a nadie hasta que tenga alguna garantía de que lo dejarán en paz.

—En realidad, no veo cómo podremos dejarlo en paz —dijo Chief Cooley.

—Quieren encerrarlo, ¿eh? Es una respuesta admirable para todo. Me gustaría hablar a solas con Mr. Dale.

Cooley suspiró, hizo una seña con la cabeza al sargento de detectives Dickerson, y los dos salieron de la habitación del hospital.

—Mr. Dale, ¿se ha cansado usted de hacerse responsable del sargento Corpo? ¿Es esto sólo una buena oportunidad de volver a recluirlo en un hospital de veteranos durante el resto de su vida?

—Es usted muy joven, Miss Boylston. El sargento la ha retenido en esa isla más de dos semanas. No buscó para usted los cuidados de un médico. No dio ningún informe de haber encontrado la canoa, ni de haberla encontrado a usted. Me ha dicho esto delante de Chief Cooley. Es un asunto que queda fuera de mi incumbencia.

—Sólo si usted lo quiere así. Éste es mi punto de vista. Cuando me encontró, creyó que me estaba muriendo. Y supongo que, si no me hubiera encontrado, me habría muerto de veras. Me parece que cuando me encontró, si hubiera intentado traerme aquí, podría haber muerto por el camino. Es ingenuo y está perturbado, pero, desde luego, es lo suficientemente listo para saber lo que le pasaría si hubiera llevado al muelle de la ciudad el cadáver de una chica. Ahora no sabe exactamente qué ha pasado. Cuando recobré el conocimiento, iba a traerme aquí. Pero le pedí que no lo hiciera. Se lo supliqué.

—¿Por qué?

—No podría recordar lo que pasó. Yo sabía que alguien quería matarme. Y no quería que me encontraran. Quería quedarme en su isla porque sabía que allí estaba segura. El sargento fue muy bueno y muy amable conmigo y no hizo nada fuera de lugar. ¿Por qué quieren castigarlo ahora? ¿Por hacer lo que yo misma le pedí que hiciera? ¿Cómo iba a saber él que…?

—Así, pues, usted recobró la memoria.

—No me mire así, con ese escepticismo. Sí, me acordé de todo y le pedí que me trajera aquí, a la ciudad. Y esto es lo que estaba haciendo cuando usted y ese policía aparecieron de pronto tocando la sirena y mostrándonos una pistola.

—Dickerson pudo ver, con los gemelos, el nombre de la canoa. *Muñequita*. ¿Qué cree que podía hacer un policía?

—Eso es otro asunto. El sargento no representa ningún peligro, ni para sí mismo ni para nadie. Es una persona buena y amable. Le dejaron al cuidado de usted. Y le admira mucho. Bueno, y a usted, ¿qué le pasa? ¿Tanto le molesta vigilar un poco a un hombre incapacitado que le salvó la vida?

—Oiga, un momento…

—No se ponga pesado conmigo. Me recuerda a mi hermano. También él es abogado. Si están todos a la defensiva es porque no han hecho su trabajo, Mr. Dale.

—Yo he hecho todo lo posible…

—Para dejarle que viva como quiera. Así le ha dejado usted acumular más de veintitrés mil dólares, en dos cajas de municiones, en esa barraca en que vive.

—¿Tanto?

—Si se hubiera preocupado usted de eso, sabría cuánto tiene. Tenemos algo en común. También a mí me salvó la vida. ¿Por qué no le compra la isla al Estado? ¿Le costaría más de lo que tiene?

—No lo sé. Probablemente, no.

—Si no puede tener nada suyo, si es incompetente desde un punto de vista legal, pídale el dinero prestado, compre esa isla y arriéndesela a él, por un dólar, por todo el resto de su vida. Cuando muera, haga de ella un santuario para los pájaros, o alguna estupidez parecida. Pero en este momento, por favor, haga que esos dos simples le suelten de donde lo han encerrado y le dejen volver a su isla. Es un mal momento para que usted lo abandone.

El teniente la miró.

—Cuando me enteré de su despilfarro en las tiendas, debería haber ido a verle. Pero no fui. Tenía demasiado trabajo. Y aquello me era demasiado indiferente. Era demasiado trasiego. Así es que ahora estoy enfadado conmigo mismo y me siento culpable. El sargento es un blanco propicio para disparar contra él. De acuerdo, muchacha. Pondré en fuga a esos hombres y pondré en libertad una vez más al sargento.

—Póngale en libertad tantas veces como sea necesario hacerlo.

—Bueno, pero tranquilíceme un poco. Déjeme pensar que será la última vez.

La enfermera dirigió a Sam Boylston una sonrisa tímida y luminosa, y salió de la habitación cerrando suavemente la puerta tres él. Sam se acercó a la cama, atónito al ver a Leila tan enflaquecida y con un aspecto tan decaído, pero sintiendo una gran alegría al ver que era realmente ella. Por el camino, yendo a gran velocidad en el coche oficial, se había convencido a sí mismo de que no se trataba más que de una tontuela que andaba buscando publicidad. Leila, con los ojos cerrados, parecía desprovista de toda su vitalidad habitual.

Al acercarse Sam a la cama, la muchacha abrió los ojos, miró a su hermano con expresión vaga y luego dio un grito de alegría, sonrió ampliamente, le tendió los brazos y se echó a llorar. Sam se inclinó torpemente sobre la cama y la atrajo hacia sí abrazándola fuertemente.

—¡Oye! —le dijo Leila—. ¡Oye, Sam! Supongo que no vas a ponerte a llorar también. Siempre juegas fríamente.

—Muy fríamente. Y a mucha distancia. Seguro, querida mía. Pero, desde hace algún tiempo, he aprendido a llorar. Quizá tenga que hacerlo alguna vez delante de algún jurado.

Acercó una silla a la cama.

—¿Sabes una cosa, Sambo? Nunca he estado muy segura de que me quisieras. Pero me parece que sí me quieres. Me parece que me enviaste a ese crucero precisamente porque me quieres. ¿Dónde está Jonathan?

—Te está buscando. En un barco construido de cualquier manera, por el Gran Banco de Bahama. Quizás a estas horas hayan podido ponerse en contacto con él, por radio. Jonathan… Jonathan sabía que no habías muerto. Todo el mundo lo creía, menos él. Era una locura que te buscase. Pero lo quiso así. Le di algo de dinero.

—¿Tú? ¿Así, pues, financias locuras?

—Quería que alguien creyera en eso, aun sabiendo que no podía ser verdad.

—Si yo hubiera muerto, Jonathan lo habría sabido en seguida. Habría notado el vacío. Del mismo modo que lo habría notado yo, de ser él el que hubiese muerto. Cuando se entra en una habitación, se puede saber si toda la casa está vacía. Siempre puede saberse. Me hicieron tomar un sedante. Andan pinchándome continuamente y diciéndome esto, y lo otro y lo de más allá. Los pone negros ver que no logran encontrar nada censurable, verdaderamente censurable.

—Leila, ¿te han dicho cómo quieren llevar este caso?

—Sí. Por pérdida completa de memoria. Pero… me acuerdo de todo. ¡Dios mío, cómo me acuerdo! ¿Han encontrado a ese loco?

—Tómalo con calma, Leila. Un hombre llamado Lobwohl quiere hablar contigo. Es un amigo mío. Mientras estéis hablando, llamaré a Lyd. ¿Necesitas que te traiga algo?

—Sí, a Jonathan. De prisa, por favor.

El jueves por la mañana, a las nueve, el hidroavión encarnado y blanco descendió roncando, zumbando y describiendo círculos, hasta el *catamarán*. Jonathan se dio cuenta entonces de que había vivido en un mundo muy silencioso cuya calma era turbada

únicamente por el chillido de las aves acuáticas, el rumor de las olas, los crujidos del mástil, los largos gemidos del viento. Pensó que tal vez el hidroavión se encontraba en una dificultad. Se enderezó, corrió hacia abajo, siguiendo la dirección del viento, luego dio media vuelta, amaró y se dirigió en línea recta hacia ellos. Stanley puso el timón en la dirección de la brisa suave, que azotó la vela. El hidroavión se detuvo a unos cien pies de distancia, avanzando luego hacia ellos con movimientos repentinos y bruscos. A unos veinticuatro pies de distancia, el motor dio unos cuantos chasquidos y se paró. Un hombre vestido con camisa de color caqui, descolorida por la vida a la intemperie, saltó del avión y quedó de pie sobre el flotador.

—¿Jonathan Dye? —llamó el hombre.

—Sí, me llamo así. ¿Quién es usted?

—¿Puede lanzar un cabo?

Stanley logró pescar algo de viento y se acercó al hidroavión. Arrojó el cabo, el piloto lo cogió con habilidad y lo ató a una argolla. Stanley dejó caer la vela y se acercó, en el *catamarán*.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Jonathan.

—Quiero que haga un viaje en avión, muchacho.

—No, muchas gracias.

—He pasado mucho tiempo buscándolo, a causa del brillo de la superficie del mar. Yo diría que, a menos de cien millas de aquí, yendo hacia el Oeste, se encuentra una muchachita que se apellida Boylston y que se está preguntando por qué tardo tanto en volver.

Jonathan miró fijamente al piloto. Era un hombre menudo, de cierta edad, bronceado por el sol, de cejas y pelo blanco y descolorido, ojos azules, pequeños y brillantes y dientes parecidos a granos de maíz deteriorados.

—Transportaba género por estas islas hasta que la guerra de Cuba hizo fracasar las negociaciones. Todo lo que se puede transportar en uno de esos cacharros, que no son más que chatarra y están deteriorados, tiene que ser materia de primera categoría para que valga la pena. Pregúntele a quien quiera. Le dirán que Jake Lord ha transportado todo lo habido y por haber. Recoja todas sus cosas, muchacho.

—¿Vive? —le preguntó Jonathan—. ¿Leila vive?

Vio que el hombre movía los labios y supo que decía algo, pero

ya no le pudo oír. Le parecía que los días tan largos y silenciosos que acababa de pasar le habían reducido a una insoportable delgadez y le habían puesto en gran tensión, como si hubiera dejado algo de sí mismo en cada una de las rocas y de los matorrales registrados.

—¡Ha muerto! —gritó, rompiendo la tensión.

Stanley Moree estaba a su lado sonriendo ampliamente, con los ojos húmedos, golpeándole en el brazo con el puño, diciéndole que era un loco y que volvería algún día allí con su mujer; que irían en barca, cantarían y reirían Cuando el hidroavión dio media vuelta para volver a coger la dirección del viento y se fue levantado en el aire, Jonathan miró hacia abajo y vio a Stanley, que agitaba la mano desde el *catamarán*.

El viernes 10 de junio, a primeras horas de la tarde, John Lobwohl almorzó con Palmer Haas en una de las salitas reservadas de
«Fritzhoff's».

Haas, un hombrecito de unos treinta años, tenía la cara agresiva de un boxeador de peso welter, uno de esos que los entrenadores y los empresarios evitan que se enfrenten con sus protegidos porque son muy competentes en su oficio.

—¡Qué demonios, Johnny! ¡Qué demonios! —decía Palmer Haas con voz estridente y brusca.

—No meta la pata, ahora. ¿De acuerdo? Usted sabe, y yo también, que no va a entrar en ninguna conspiración contra su cliente.

—¿No se le ocurre ningún nombre mejor?

—Si quiere, llamémoslo búsqueda de la verdad.

—Eso es verdadero idealismo, capitán. Hasta me escuecen un poco los ojos.

—Cualquier cliente merece lo mejor que uno tiene. Esta de ahora, esa Cristen Harkinson es una mujer tan venenosa como cabe en lo posible.

—Johnny, ¿le diría usted a un médico: «No cuide a ese paciente porque pega a su mujer y a sus hijos»?

—Bien, sí, de acuerdo. Usted cumple su obligación. Todo el

mundo tiene derecho a protección bajo la ley; Y nosotros dos tenemos teorías antagonistas. Yo soy policía. Mi tarea consiste en reunir un sólido expediente con razonables probabilidades de culpabilidad y presentarlo al fiscal del Estado. Entonces, usted y él discuten y se pelean. Desde ese momento yo quedo fuera de escena con la única excepción de que mi gente tiene que dar testimonio para la acusación.

—Pero si usted les presenta demasiados informes con lagunas quizá le encarguen otra clase de trabajo.

El camarero dejó sobre la mesa dos jarras de cerveza negra. Lobwohl bebió un sorbo y volvió a dejar la jarra sobre la mesa.

—La confrontación con esa muchacha la trastornó, Palmy. Usted mismo pudo verlo. Lo último que ella esperaba es que apareciese alguien del *Muñeca*. La Boylston se cansó pronto, pero antes nos dio una explicación completa de lo que hizo Staniker, de lo que dijo y de cómo le cortó el cuello a la hija de Kayd. Un relato muy convincente, como nunca oiremos otro igual.

—Pero era esencialmente «paja», amigo mío. Y el hecho de tener a ese Sam Boylston, al hermano, allí, era también «paja»… No apartaba los ojos de mi cliente. Se veía que quería saber qué aspecto tiene el asesinato antes de que ocurra. Pero no era más que un truco. Usted lo sabe mejor que yo.

—Aquello la trastornó. Pero usted puso en escena su plato fuerte con sus trucos, y ello le dio tiempo de sobreponerse.

—Me pagan para que ponga en escena mis platos fuertes.

—Déjeme que le pregunte una cosa con toda confianza. Una opinión entre amigos. ¿Qué hubiera pasado si hubiese encontrado a la hermana de Boylston a tiempo para coger vivo a Staniker? Olvídese de todo eso de la jurisdicción. Imagine que todo ha pasado en mi patio. He puesto las cartas boca arriba para usted. Kayd visita a Crissy Harkinson. Staniker consigue su empleo de capitán. El relato de la Boylston prueba que su hermano, el abogado, hizo averiguaciones acerca del dinero. ¿No cree usted, basándonos en lo que los dos sabemos y podemos suponer acerca de Staniker que lo hubiera cantado todo, hasta el menor detalle, envolviendo en el asunto a la Harkinson?

—¿Por qué he de hacer suposiciones acerca de algo que no ha ocurrido?

—Porque si los datos de tiempo que tenemos fueran otros, podríamos tener convicta y confesa a esa mujer.

—Sí, claro, si nuestra tía tuviera bigote, no sería nuestra tía, sino nuestro tío, Johnny.

—Esa Crissy es muy lista. Y tiene bastante suerte para hacer que todo le salga bien. En cuanto zarpó el *Muñeca*, buscó a un bobalicón sin experiencia, para poner en práctica lo que tenía en la cabeza. No era un chico listo y despejado, sino exactamente el chiquillo idealista y tonto que necesitaba para azuzarle a resolver el problema llamado Staniker. Pero el ruido que ha levantado este asunto la ha sobresaltado un poco. No suponía que sería tanto. Ahora, todo lo que tiene que hacer es capear el temporal, bajar la cabeza y volverá eventualmente a su casa en libertad.

—Lo que quiere decir, Johnny, que usted no puede presentar un buen informe.

—Éste es mi problema.

—Y esa confrontación, esa pequeña obra maestra de un drama de Perry Mason ha sido un encarnizamiento. Me convenció para que le prestara un poco de cooperación amistosa e hizo recaer las consecuencias sobre mi cliente.

—Sí, el informe no es sólido. Hay en él algunas cosas raras que no concuerdan.

—Lo siento por usted, capitán. Usted la metió dentro de un infierno de una llamémosla interrogación voluntaria antes de tener la asistencia jurídica que hubiera debido tener desde el principio. Fue su gran oportunidad, pero me parece que fue un poco demasiado lista para usted. Ha perdido el juego.

—Déjeme que le diga una cosa, Palmer Haas. O que le pregunte una cosa, mejor dicho. Es acerca de los informes que hemos recogido. Si esa mujer fuera un esperpento, si fuera fea y aburrida y si la asistiese todo el mundo además de usted en esta zona, me arriesgaría a seguir adelante con lo que tenemos. Pero tiene buena apariencia, aplomo y vivacidad mental, y habría que emplear todos los recursos para encontrar un jurado que la viese bajo el aspecto más negro basándose en los datos que tenemos.

—¿Para acusarla de qué?

—De complicidad en asesinato.

—¡Vamos, vamos…! ¿Por quién me ha tomado usted?

—Palmy, ¿no se acuerda de cómo nos conocimos usted y yo? Fue hace seis años. En el caso de aquella pareja, los Todd. Al volver a interrogarlos, hubo dos puntos en que usted hubiera podido poner objeciones y no lo hizo. ¿Por qué no las puso?

—Fue simple ignorancia, capitán.

—Pues yo sostengo que usted sabía de sobra que eran culpables. Y que sabía que aquél era el único punto en que podíamos pescarles. Y que aquel par de criminales le producían náuseas, lo mismo que me las produce a mí esa prostituta retirada. Y aún voy más lejos: digo que en estos seis años, usted ha bajado mucho, abogado. Está cogido en sus propias redes y cuanto más importantes son sus clientes mayores son sus ingresos y usted se hace cada vez más célebre.

—Gracias por el almuerzo. No tengo por qué aguantar inconveniencias de nadie. Que usted lo pase bien.

John Lobwohl se encontró de pronto solo en el reservado.

«Hay que intentarlo —se dijo—. Es la única constante. Pero tal vez la falta estriba en que uno se entrega más a fondo al trabajo cuando no siente compasión, cuando intenta con todas sus fuerzas condenar a los delincuentes fríos, amorales y hábiles tratando quizá de mejorar el mundo, este mundo en el que están juntos las ovejas con los tigres. Y no se puede hacer nada hasta que se logre demostrar que son verdaderos corderos los que están entre las fauces de los tigres».

Palmer Haas volvió a entrar.

—En el bar, seis tipos acaban de saludarme con gran alegría, Johnny. Esto me ha hecho sentir un agradable calorcito interior. Soy una verdadera celebridad. ¿Qué es lo que realmente quiere?

—Le voy a exponer todos los datos raros que tiene esté caso. Si alguna vez llegase ante un tribunal; usted podría profundizar en la mayor parte de ellos, pero no en todos. En cuanto le haya expuesto estos datos, le pediré un favor. Si me lo niega, le dejo el campo libre.

—Es correr un riesgo interesante.

—Primer punto: esa mujer dijo que no había estado nunca anteriormente en los *bungalows* Mooney. Dijo también que le había sido muy difícil encontrarlos, hoy hace ocho días. Pero le hicimos unas fotos sin que se diera cuenta. Busqué en el archivo diez fotos

de mujeres rubias, de una edad parecida. Sabíamos que Staniker había estado allí una noche, en abril, dando el nombre de G. Stanley, de Tampa. Envié a Mercer y a Tuck a hacer una visita a la mujer jorobada que se ocupa de ese lugar, con la esperanza, desde luego poco consistente, de que Crissy hubiera estado allí con Staniker y la jorobada la hubiera visto, aunque sólo fuera un momento. Nos dijo que no recordaba haber visto con él a ninguna mujer, pero luego, al ver las fotografías, tuvo una reacción cuando miró la de la Harkinson. Se sonrojó. Y empezó a contar no sé qué cuento acerca de que recordaba que, en el *bungalow* que ocupaba Staniker, una de las persianas estaba suelta, y ella fue a fijarla a la pared para que el viento no la hiciera dar golpes, viéndolos entonces a los dos en el interior. Se saca como resultado de ello que es una fisgona y que va a atisbar a hurtadillas, de noche, con su escalerilla dé aluminio, la de la cocina. Identificó un poco más a la Harkinson describiendo el coche en que llegó allí, un pequeño descapotable blanco, que estaba aparcado junto al «Olds» de Staniker, delante del *bungalow*. Al parecer, estuvo contemplando algunos bonitos juegos amorosos. Esto ocurría en los días en que, según Crissy, rompía para siempre con Staniker. Y demuestra que mintió al decir que no había estado nunca allí anteriormente. La conclusión es que estaban buscando un escondite para Staniker para cuando volviera de las Islas… Segundo punto, la Harkinson afirma que no dijo al joven Akard dónde estaba Staniker. Supone que, probablemente, la siguió. Pero aquel mismo viernes por la noche Sam Boylston intentó seguirla y ella recurrió a una estratagema muy hábil, exactamente la misma con que despistó Staniker a Raoul Kelly cuando intentaba seguirle aquel mismo día.

Palmer Haas preguntó a qué estratagema se refería y Lobwohl se la explicó.

—Hasta ahora, no es mucho —dijo Haas—. Continúe.

John Lobwohl le explicó la habilidad con que Crissy quiso engañar a Kindler y a Scheff diciéndoles que iba a dejar un paquete cuando la llevaban a la Comisaría.

—Telefoneamos a Kelly, que está en Texas —dijo Lobwohl—, y se lo preguntó a su novia. Por lo que ésta puede saber, Crissy nunca compró tela y nunca fue a una modista. Registramos minuciosamente aquel centro comercial y salimos con las manos

vacías. Conclusión: esa mujer quería desembarazarse de algo; improvisó un cuento, luego tiró el paquete dentro de un cubo de la basura y cualquiera sabe adónde fue a parar.

—¿Que debía de haber en aquel paquete?

—Algo de lo que necesitaba desprenderse. Tiene la sangre fría de un ladrón profesional.

Con un ademán, Lobwohl indicó al abogado el tamaño del paquete tal como Kindler y Scheff se lo habían descrito.

—¿Algo más?

—Sí, algo que no tiene tampoco mucho sentido. Mercer y Tuck registraron la habitación de Akard. Allí, en el fondo de su armario, había una bolsa de lona que se encontró en su bolsillo. Estaba debajo de la carpeta de su escritorio. Era casi idéntica a la nota que encontramos sobre el cadáver. Sólo había una diferencia entre las dos. La nota encontrada sobre el cadáver decía, al final: «He de ponerlo todo en orden antes de hacer una verdadera locura». La que estaba en la habitación decía «poner las cosas en orden», en vez de «ponerlo todo».

—¿Como si una nota fuese el borrador de la otra?

—Sí, pero ¿cuál de las dos era el borrador?

Haas apuró el contenido de la jarra de cerveza y la dejó otra vez sobre la mesa.

—Lo malo de este asunto, desde el principio hasta el final, es que todos los que podrían contestar a las preguntas ya no existen. Preguntas desde su punto de vista, claro. Mi trabajo consiste en defender a mi cliente lo mejor que sepa.

—¿Sabe qué es lo que la hace resistir con tanta energía?

—¿Qué quiere usted decir, Johnny?

—Todo ese dinero que anda por ahí. Esa mujer lo soporta todo porque cree que con ese dinero ya no tendrá que pasar nunca necesidad. Como dijo Boylston esta mañana, ahora que sabemos que Staniker no pudo valerse de la *Muñequita*, quedan muchos menos sitios donde podría haber escondido el dinero.

—¿En qué está usted pensando?

—Hay una sala para interrogatorios en la Cárcel de Mujeres. Usted dijo esta mañana, Palmer, que teníamos que acusarla de algo, o que, si no, sería mejor que la dejásemos tranquila. Dijo que le había aconsejado que cooperara en lo que pudiese. Y también que

no permitiría que empleásemos a su cliente como anzuelo.

—Lo dije y lo recalqué.

—Me gustaría que volviese a traerla otra vez aquí, que la hiciésemos pasar por la puerta trasera a la Sala C., tercer piso, ala Este. Como si lo hicieran por pura rutina y con muchos miramientos. Estaremos allí usted, yo, dos de mis agentes, los empleados que se encargan del magnetófono y, si le parece bien, Sam Boylston.

—Aún no he dicho que me parezca bien nada de esto.

—Le pido permiso para bajarla a la sección de identificación, para hacerle una foto. Nada que parezca que la acusamos de algo. Le explicaré que nos están dando la lata personas que dicen haberla visto en cien lugares distintos y que esto nos ayudará a quitarnos de encima a esos chiflados.

—Y por lo visto, yo he de contentarme con estar sentado allí, diciéndole: «Adelante, Johnny, amigo mío».

—Da la casualidad de que la guardiana que la traerá pertenece a la misma iglesia que los Akard. La llaman «Pequeña Annie». Es, desde hace dos años, la compañera de otra guardiana llamada Nordstund. Habrá un poco de confusión.

—¡Vamos, vamos, capitán…!

—Le doy mi palabra de honor de que no la harán objeto de ninguna desatención. Las dos son personas competentes. No harán ningún caso de lo que ella pueda decir. Probablemente, hablarán de sus temas favoritos. Si ella se resiste, la harán entrar en razón sin hacerle ningún daño, ni dejarle señales en el cuerpo. Se limitarán a registrarla concienzudamente, desde la raíz del cabello hasta las uñas de los pies, como se registra a todas las mujeres sospechosas. Le darán una ducha desinfectante, la restregarán bien, le pondrán un vestido de tejido burdo, unas zapatillas de cartón y la volverán a traer a la sala C.

—¿Ha perdido la cabeza, Lobwohl?

—No vamos a hacer una reunión de sociedad, Palmy. Ni tampoco es éste un primer contacto con la fea realidad. Pero para ella ya ha durado demasiado la buena vida, la vida de lujo. Tal vez ha olvidado ya la sensación de indignidad que se tiene en esas circunstancias.

—¿Cómo podré justificar el hecho de dejar que traigan aquí a

una cliente para…?

—¿Por qué tiene que hacerlo? Usted ni siquiera sabe que va a haber un poco de confusión. Y la petición básica es razonable.

—Es usted un asqueroso policía moralista.

—Pero no pasaré de lo que le he dicho. Así, pues, usted puede disfrutar también lo suyo, abogado. Si la Harkinson cae en la trampa, usted puede cubrir su actuación haciendo una reclamación oficial. Entonces sí que no podré quedarme fuera de ello y dejar que echen la culpa a las dos guardianas. Me levantaré, en el juicio preliminar, y diré que lo hicieron por orden mía.

—¿Sabe usted a qué se expone con esto?

—Sí naturalmente.

—Johnny, por lo que veo, usted tiene mucho interés en que condenen a esa mujer.

—Muchísimo. Si no puedo hacer que condenen a ésta, me parece que me importarán un comino todos los criminales desde ahora en adelante.

—Esa mujer está muy endurecida. Es más dura que una piedra, capitán Johnny. Le diré lo que vamos a hacer… La traeré aquí, a las cuatro. ¿Una fotografía? Sí, le aconsejaré que coopere con ustedes en eso. Pero olvídese de todo lo demás. ¿De acuerdo?

Lobwohl dijo lentamente:

—Usted no podría traerla si creyera que voy a ser tan loco como para hacer todo lo que le he dicho. Tiene que cumplir sus obligaciones con su cliente. De acuerdo. Tendremos una última charla con ella, le haremos una fotografía, le ofreceremos disculpas y lo dejaremos así.

—Se tarda un cuarto de hora, más o menos, en hacer una buena fotografía, ¿verdad?

—A veces, veinte minutos. Ya sabe usted cómo van las cosas.

—Tendré que tomarlo con paciencia. Gracias, otra vez, por el almuerzo. ¿Quieren sus chicos un autógrafo mío?

—Quizás el año que viene, Palmy. Todavía están encerrados. Tal vez su salida se retrasará un poco.

Capítulo XXVI

Sam Boylston contempló cómo se cerraba la puerta al salir Crissy Harkinson con la guardiana. Se dijo que la palabra adecuada en aquel momento era «aplomo». Un dominio de sí misma tan perfecto que tras él se ocultaba hasta una actitud burlona. Crissy llevaba aquel día un vestidito verde con adornos blancos, guantes blancos, zapatos, bolso y un airoso sombrerito, todo ello blanco, sobre el cabello peinado con estudiado descuido y decolorado en mechones de un tono más claro y unas gafas de sol muy oscuras. Cuando hubo desaparecido por el corredor, balanceando las caderas cubiertas por la tela verde del vestido, quedó su perfume flotando en el aire.

Scheff suspiró, levantó una pequeña maleta, la puso sobre la mesa, la abrió y sacó de ella unos fajos de papel blanco envueltos en unas bandas.

—¿Más truquitos, capitán? —preguntó Palmer Haas.

—¿Sabe qué es esto? —le dijo Scheff—. Procede de aquella vez que tuvimos que preparar un falso rescate. Pero el tipo en cuestión ya había muerto antes de que el FBI pudiese entrar en acción.

—Mr. Haas —dijo Lobwohl—, no diré nada ni haré ninguna pregunta acerca de lo que tal vez esté sobre la mesa cuando la Harkinson vuelva a este despacho. Hasta ahora, y esto se deduce de sus declaraciones, ella no sabe nada de ninguna clase de dinero.

Sam Boylston se metió la mano en el bolsillo interior de la americana, sacó un sobre grueso y lo puso sobre la mesa empujándolo hacia Scheff. Éste lo abrió y empezó a deslizar billetes de Banco por debajo de la banda oscura que ataba los fajos, un billete por arriba y otro por abajo.

Haas dijo:

—He de protestar oficialmente de que Mr. Boylston esté aquí.

—También protestó usted la última vez —dijo Lobwohl.

—¿Por qué se le ha de permitir que lo ayude en sus sobadas estratagemas, capitán?

—Si tuviera que pedir prestado ese dinero, ¿cuánto tiempo cree que tardaría en obtenerlo?

—Tal vez dos semanas. Y tendríamos que aguantar a un individuo que se ocupara del dinero y que no lo perdiera de vista.

—Es muy ofensiva para mí su manera de llevar este asunto. Le dejo que se salga con la suya con…

—¿Con un asesinato? —completó John Lobwohl.

Scheff acabó de arreglar los fajos y los colocó sobre la mesa en un impresionante montón.

Haas consultó su reloj.

—¿No tardan demasiado para hacer únicamente una fotografía?

—Tal vez —dijo perezosamente Lobwohl— tengo allá abajo algunos policías que la están golpeando con porras de goma.

—Estoy empezando a pensar que realmente es así. Creo que este caso es demasiado importante para usted, capitán. La publicidad se le sube a la cabeza. Empieza usted ayer visiones. No me gusta esa tontería del dinero. En cuanto mi cliente vuelva por esa puerta, le diré que no les diga ni una palabra más.

—Haga usted su trabajo y yo el mío —le contestó Lobwohl.

—No debería usted emplear su despacho para intentar castigar la inmoralidad, amigo mío. Es usted un oficial de la ley, no un ángel vengador. Le pido que me lleve con mi cliente ahora mismo.

Lobwohl envió a Kindler a que averiguara por qué tardaban tanto. Kindler salió y cuando la puerta empezaba a cerrarse a sus espaldas, la volvió a abrir y dijo:

—Ya la traen, señor.

Lo dijo con un tono de espanto. Volvió a entrar en la sala de interrogatorios sujetando la puerta para que se mantuviera abierta. La «Pequeña Annie» entró a grandes pasos, rápidos y decididos. Era una mujer que abultaba como dos, de cinco pies y diez pulgadas de estatura, cara pálida color granito, pupilas incoloras y cabello gris, recogido en un moño apretado. Detrás de ella entró Crissy Harkinson, casi corriendo, caminando como a sacudidas, con pasos torpes. Llevaba el cabello mojado, inclinaba humildemente la cabeza e iba embutida en una túnica de presidiaría, de burda tela gris, en la que cabían dos como ella. Sam vio que la «Pequeña Annie» sostenía un trozo de cadena atada al pulgar de la prisionera y que se apretaba por medio de una corta barra de metal que la

guardiana sujetaba con la mano. Sólo producía dolor cuando la prisionera intentaba tirar hacia atrás.

La «Pequeña Annie» la hizo pasar por delante de la mesa, llevándola hacia la pared. Libertó el pulgar de la cadena. Con la cabeza aún inclinada, Crissy Harkinson retrocedió hasta apoyarse en la pared. Respiraba fatigosamente. Se apartó de los ojos un mechón del mojado cabello. La sala se había llenado de un vivo olor a desinfectante.

Sam tuvo la sensación de que, al ver aquella transformación tan asombrosa, todos se habían olvidado de sus proyectos y de lo que pensaban decir.

—Tengo que pedirle que me dejen contestar a cualquier pregunta que le hagan —dijo Palmer Haas.

Y el tono de su voz pareció extrañamente suave a Sam.

Crissy levantó un poco más la cabeza y vio el dinero. Contuvo su respiración y luego volvió a jadear como antes. Parecía como si fuese a tragar un imaginario tarugo de goma. Volvió a echarse el pelo hacia atrás y se echó a reír con una risa que parecía un relincho.

—Aquella chica creía que «la última que reía» ganaba. ¡La última que reía…! Cogimos a aquella estúpida perra negra y la metimos en el lavabo, cuando ya estaban apagadas las luces, y le dimos una buena paliza. ¡Oh, Dios, vaya un escondite bueno que encontró! Una gran caldera vieja y enmohecida medio llena de arena. Nadie iba a mirar allí. ¡Qué asco! Es como en el juego de la pelota. Y el pobrecito Olly ni siquiera tenía valor para cortarle las venas de las muñecas. Tuve que hacerlo yo en su lugar. Debería haber sabido que ganarían ustedes, ¡cerdos! Perdió la canoa y dejó que aquella estúpida se alejase en ella, a la deriva. Se enredó en sus propias redes. ¡Hay que ver!

Reinaba en la habitación un silencio intenso, cargado de espanto, tan grave como una enfermedad mortal. Crissy parecía masticar algo y lo que ella decía era lo único que se oía.

—Me di cuenta de que las cosas se ponían mal y le metí por el oído su escopetita de juguete. La tenía apoyada contra la borda para poder cogerla en la oscuridad. Él, tan dulce y tan bobalicón, iba dando bandazos en el fondo de la barca, contra los costados. Ya no le quedaba nada en la cabeza, lo único que podía hacer era

quedarse quieto. No le quedaba nada. Me di un golpe en la rodilla al saltar a mi desembarcadero. Empujé la barca mar adentro, hacia el Sudeste, después de haber atado la barra del timón. ¿Saben qué les digo?

—¡Basta ya! —le gritó Palmer Haas levantándose.

—Creí que todo iba a salir bien —dijo Crissy—. Después, miré mi cama y fue como si, de pronto, comprendiese algo. ¡Aquello que había dispuesto dentro de mi cama, era *yo*! Y lo otro, lo que miraba hacia dentro, desde el exterior, estaba hecho de una peluca, una almohada y unas toallas.

Haas se acercó a ella, diciéndole:

—¡No hable más, Cristen!

Ella se irguió, pues estaba algo agachada. Tenía una expresión de gran tirantez.

—No sé… Me están dando calambres continuamente, como si fuera a vomitar las galletas. Pero no puedo vomitar.

Movió la cabeza y siguió hablando:

—Es divertido. Como cuando tenía trece años y esperaba en aquel almacén, junto a la habitación del horno, a oscuras, pensando en las ratas y esperando que Mr. Liborio viniera a hacer lo de siempre. Le dije que me trajera un saco de cinco libras de caramelos y entonces ya no me importó un comino que la odiosa Satchel me pusiera puntos de mala conducta. Pero, ¿saben?, esto estropeó por completo el juego de saltar sobre los cuadros del suelo, para ver quién ganaba, porque ¿cómo podía importarme ganar teniendo bastantes caramelos como para ponerme enferma?

Haas, que estaba de pie junto a ella, alargó la mano para cogerle el brazo. Al parecer, lo hacía para llamarle la atención, para que se callara. Pero, al tocarla, Crissy se echó a un lado y levantó el brazo, como para protegerse de un golpe. Agachada aún, y con el brazo en alto, levantó los ojos hacia Haas, mirándolo con una expresión de cansancio, por debajo del codo doblado. Con los labios hacía los movimientos infantiles de un niño que masca algo.

—Soy su abogado —le dijo suavemente Palmer Haas—. No le voy a hacer ningún daño.

Crissy bajó el brazo y se volvió hacia él.

—¡Ah, sí, demonios, ya sé lo que pasa! Déjenme que se lo diga. Lo comprendo muy bien. Todos ustedes, que no son más que unos

cerdos muy hábiles, no cambian ni un ápice la cosa. Lo jugué todo a una sola carta, y lo perdí todo. Y ahora recojo las consecuencias. No se preocupen por mí. Escriban algo que yo pueda firmar, y luego déjenme en paz. No iré a ningún sitio donde no haya estado antes.

—Mrs. Harkinson, soy su abogado, y…

Crissy pasó por su lado y se acercó a la «Pequeña Annie».

—Estoy cansada —dijo—. Estoy terriblemente cansada. Creo que quiero tumbarme en alguna parte.

Sonrió a la guardiana con una expresión humilde, tímida y conciliadora y, con un gesto que Sam pensó que recordaría toda la vida, levantó el pulgar para que le pusieran otra vez la cadena.

La «Pequeña Annie» miró a Lobwohl y él asintió con una inclinación de cabeza. «La Pequeña Annie» cogió entonces a Crissy por el brazo y la llevó hacia la puerta sin ponerle la cadena. Kindler mantuvo la puerta abierta. La «Pequeña Annie» caminaba dando las mismas rápidas zancadas de antes, y Cristen iba a su lado obediente, moviendo la cabeza y arrastrando los pies.

La puerta se cerró tras ella. Sam tuvo la impresión de que todos respiraban profundamente a un tiempo y de que la tensión disminuía. Scheff se sentó, con los ojos cerrados.

—Comprenderán, naturalmente —dijo Hass, con una expresión irritada—, que nada de esto es admisible, en ningún sentido.

Lobwohl lo miró fijamente.

—Haga usted todo lo que tenga que hacer, Palmer, y nosotros haremos también todo lo que nos corresponda, y si hay justicia y sentido común en el mundo, encontraremos todos algún medio rápido y legal de evitar una función de circo ante los tribunales. Y encerraremos a este animal sucio y enfermo con una carga de condenas que aún seguirán corriendo durante mucho tiempo cuando la metan en un ataúd y la saquen por la puerta trasera. Y que cada uno viva con sus propios recuerdos.

Haas se pasó con lentitud la mano por la cara, desde la frente hasta la barbilla. Después sonrió débilmente a John Lobwohl.

—Estoy pensando que mi colega de Texas, aquí presente, y yo, nos vamos a ir tranquilamente a algún sitio y nos vamos a emborrachar. Tal vez Boylston y yo seamos los únicos que sabemos, en realidad, los nombres y los números de todos los actores.

Después de sonar cinco veces el timbre del teléfono, Lydia Jean dijo:

—Diga… ¿Quién es?

Hablaba con tono soñoliento y ligeramente quejumbroso.

—Un marido borracho —dijo Sam hablando con cuidado—. Empapado de alcohol. Con la reputación perdida.

—¡Sam! ¿Estás de veras borracho?

—He dado vueltas a esa cuestión, cuidadosamente, con un buen amigo. Después de haber hecho algunas pruebas, hemos sacado como conclusión que estábamos borrachos. Eso es.

—Lo dices muy satisfecho.

—Es una ocasión solemne, querida mujercita. Hay una paradoja que hay que poner en claro. Intenté explicársela a mi buen amigo Mr. Palmer Christopher Haas, miembro del Colegio de Abogados de Florida, y sugirió que lo averiguase contigo.

—Averigüe, señor.

—Te telefoneé cuando supe que habían encontrado realmente a Leila, no a alguna chica que creían que era Leila. Entonces estaba sereno, pero no puedo recordar qué te dije. Ahora estoy borracho, pero me doy cuenta de que podré recordar perfectamente esta conversación. De la otra, recuerdo sólo mi deseo de darte una buena noticia y de decirte que te quiero. ¿Te transmití correctamente el mensaje anterior?

—Sí, desde luego.

—Quiero volver a decirte lo mismo, aunque esté borracho.

—Hazlo, por favor.

—Te quiero, Lydia Jean.

—Ha sido algo muy agradable, querido. Gracias. Yo también te quiero.

—He estado aprendiendo cosas misteriosas, de personas misteriosas. Cierta enfermera de piel morena, llamada Theyma Chappie, tenía algunos mensajes para mí. Un tal Raoul Kelly señaló un vago camino a través de la maleza. Mi compañero de borrachera, Mr. Haas, que ahora está dormido, dentro de mi campo visual, ha descifrado no sé qué escritura invisible.

—¿Acerca de qué?

—Se supone que acerca de mí. Y así, indirectamente, acerca de ti. Pero se esfuma, como…, como una masa de algodón de azúcar

en la boca de un chiquillo.

—Es una frase encantadora, querido Sam.

—Parece como si el alcohol me la sugiriese. Sea como sea, lo que soy, soy yo. Es algo desdichado y superficial. No me gusta ser yo. Quiero sentirme más libre.

—Pareces estar bastante libre.

—Lo que prometí… Ocúpate de todo lo necesario para Raoul y para Cisca, y ya te avisaré que puedes volver a Corpus. Pero yo seré *yo* y tú serás *tú*. ¿Digo bien?

—Supongo…, supongo que sí.

—Lo único que cambiará, si es que va a cambiar algo, querida mía, es que ahora sé que no es tan importante representar en el mundo el papel de Sam Boylston. No es muy fácil para ninguno de los dos vivir de acuerdo con ese estilo.

—La boda es el lunes, querido. A mediodía. Ella es un encanto. Y él es un hombrecito grueso, bueno y juicioso. Estamos depurando rabiosamente el inglés que habla la chica.

—No ha contestado usted a mi pregunta, Miss Lydia Jean.

—Jonathan vuelve mañana, en avión, con Leila. Me telefonearon a la hora de cenar. Les pregunté si volverías tú también con ellos y me contestaron que no tenían ni la menor idea.

—Volvamos a la promesa que te hice acerca de…

—Naturalmente, puedes quedarte solemnemente borracho en medio de esos tarugos de carne que deben de rodearte, Sammy, o puedes tomar el avión, volver a casa con Jonathan y Leila y ayudar un poco por aquí, por ejemplo siendo el padrino y haciendo el ponche.

—Pero es que quiero saber lo que vas a…

—¿Cómo podrías saberlo, si no lo sé ni yo misma?

—Perdóname. El Evangelio, según Palmer Christopher Haans, dice que la lógica es la ilusión más destructiva del hombre. Todos los pensamientos se hacen con las glándulas, y la parte lógica sale después a la superficie para depurarlos. Así es que… como no puedo comprender lo que estabas diciendo, cualquier contestación es buena.

—Querido…

—Dime.

—Toma ese avión… Duerme ahora un poco y luego toma ese

avión.

El domingo 12 de junio, Howard Prowt, canturreando alegremente, intentaba descifrar las aguas, a la salida de Bimini, con la habilidad adquirida durante aquellas semanas de travesía por las islas. Cuando el color del agua, que reflejaba la luz de la mañana, adquirió un matiz más rico e intenso, puso el *HoJun* bajo el control del piloto automático, siguiendo el rumbo que, si lo permitían el viento, la corriente del Gulf Stream y la desviación marcada por la brújula, les llevaría, en cuatro horas, frente a la boya que había antes de llegar al Fuerte Lauderdale.

Bajó ágilmente a la cubierta inferior. Las mujeres, Junie y Selma, preparaban tocino ahumado, en la cocina, mientras charlaban a más y mejor. Howard miró por encima de la borda. Kip volvió de popa, por el pasillo lateral de cubierta, llevando preparados los cordelitos para pescar. Al colocarlos, dijo:

—Todo está bien, capitán.

—Vale. ¿La escotilla también?

—Está bien sujeta.

—Nos entrará algo de agua cuando nos metamos en el Gulf Stream…

Kip encendió un cigarrillo y dijo:

—¡Caramba! No sabes cuánto siento que esto se termine. Se lo decía a Selma esta noche… Nunca lo hemos pasado mejor.

—Me alegro de que pudierais venir.

—Howard, te aseguro que has perdido dos pulgadas de cintura y que has cogido un tono bronceado de los que no se van.

—¿Sabes lo que pasa? Que cuando se va en barco, como se mueve continuamente, uno también ha de moverse para conservar el equilibrio, y así, casi sin darse cuenta, se hace mucho ejercicio.

Junie los llamó para el desayuno. Howard se sentó en un sitio desde donde podía ver el mar delante de él. Habiendo tantos barcos de placer, con piloto automático, no había ninguna garantía de que alguno de ellos no se cruzara en su camino. Kip puso la radio-transistor y logró coger el noticiario de las ocho, transmitido por una estación de Miami.

Todos ellos habían ido siguiendo el caso de Staniker y haciendo

toda clase de suposiciones acerca de él. El locutor dijo que, según una fuente de información muy buena, ahora parecía ser, basándose en nuevas pruebas, que iban a acusar a la Harkinson de los asesinatos de Staniker y del joven Akard.

—¡Vaya, quién lo iba a decir! —exclamó Kip—. Esa mujer debe de ser una malvada imponente…

—¡Capaz de hundir un barco! —dijo agriamente Selma.

—Por lo menos, de hacerlo hundir —dijo Kip.

—Ahí está, hijos míos —dijo, a su vez, Junie.

—En realidad —dijo Selma—, fue casi un milagro que la Boylston sobreviviera a una prueba tan terrible.

Al dejar su plato a un lado y coger su taza de café, Howard vio que su mujer le dirigía una mirada de soslayo, apartando luego la vista de él. Y pensó que ya estaba cansado de aquella expresión.

Carraspeó y dijo:

—¿Somos todos amigos?

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó Selma.

Sin mirar a Junie, Howard dijo:

—Supongo que debería habéroslo dicho antes, amigos míos. La confesión es buena para el alma. Cuando Junie y yo atravesamos solos en este barco el Gulf Stream, yo no estaba asustado, sino aterrorizado. No sabía que hubiera *tanta* agua. Estaba medio muerto de pánico, y no sabía lo que el barco podía soportar ni cómo había que manejarlo en mares parecidos.

Junie exclamó:

—¡Howard!

—Bueno, sea como sea, el caso es que vimos esa *Muñequita* balanceándose sobre unas olas enormes y yendo a la deriva. Junie creyó por un momento que veía en ella algo parecido a una mano de niño. Intenté acercarme y ver si podía sujetar aquella canoa y llevármela a remolque de mi barco, pero no pude. Así fue como se me soltó el cable de la radio y se me estropeó el aparato de televisión. Fue algo tan cobarde que cuando llegamos a Bimini no dije ni una palabra.

Junie dijo rápidamente:

—¡Vamos, Howard…! Seguramente, no era la misma canoa. Y lo que vi debía de ser un trapo que frotaba al viento o algo así. Sinceramente, si puedes encontrar algo de que acusarte, hazlo. Es

una especie de obligación contigo mismo. —Miró a los demás—. Le supliqué que no intentase acercarse a aquella canoa. Pero ya conocéis a mi Howard. Tiene que intentar las cosas, por lo menos. Fijaos, si fuese aquella misma canoa y si esa chica estuviera en ella, ¿os imagináis por un momento la que se habría armado si nos hubiésemos acercado demasiado, chocando con ella, inclinándola de lado y haciendo caer al mar a la muchacha? Debía de ser sólo algún viejo casco que flotaba a la deriva, querido.

Kip dijo solemnemente:

—Quiero hacer todas mis travesías con alguien que tenga el sentido común de asustarse, por lo menos, una vez al día.

—Howard, querido —dijo Selma—, haces que este barco sea tan seguro como una iglesia. De veras.

Junie se acercó a su marido para volver a llenarle la taza de café caliente. Al cogerla, dejó reposar un momento su mano sobre la de él. Y le miró a los ojos. Aquella mirada ya no era como la anterior. Howard no podía tampoco leer en ella, pero vio que era mejor que la otra. Vio que muchas cosas eran ya mejores.

—¿Qué dice la radio acerca de la visibilidad? —preguntó Kip.

Escucharon. El locutor decía que como el viento había cambiado durante la noche, hasta llegar a ser un suave viento del Sudoeste capaz de hacer avanzar a un barco a una velocidad de dos o tres nudos, la niebla iba envolviendo toda la costa sudoeste de Florida a causa del humo de las hogueras que ardían en grandes zonas de las Everglades.

Howard Prowt salió a cubierta y subió al puente. La línea del horizonte estaba ya borrosa, y el sol, que se levantaba a su espalda, tenía un halo.

A las once, estaba el cielo tan oscuro que Howard Prowt aminoró la marcha hasta llegar a la mitad de la velocidad a que iban, volvió a observar el Gulf Stream y puso el piloto automático de acuerdo con un nuevo rumbo. Se notaba un ligero olor a quemado en la pesada atmósfera, y el sol, a través de la niebla, enviaba tímidamente un resplandor azafranado. Los cuatro amigos hacían chistes y se reían.

—Escuchad, muchachos, si miráis hacia arriba y veis a un hombre de pie, en lo alto, a unos cuarenta pies de altura, podéis estar seguros de que está sobre la proa de un buque de carga.

Llegó a bordo revoloteando un pequeño pájaro fatigado, una especie de cerrojillo. Voló a la sentina y se posó sobre una litera, con el pico abierto. Las mujeres lo llamaron con voz dulce y arrulladora y le acercaron agua y migas de pan, pero el pájaro no tocó nada.

Diez minutos más tarde, una garza real de color azul salió de la niebla y se posó sobre la gran nasa que Selma había comprado en Nassau. Era un modelo de Haití, y Selma tenía la intención de colocarla junto a su piscina, como un tema decorativo. Howard la había atado a la borda, a babor, y la garza se posó sobre ella, en la curvatura superior, que alcanzaba más altura que la propia borda.

La garza guardó un silencio meditabundo que parecía concordar con la extraña oscuridad de la atmósfera. Tenía los ojos amarillos, con una expresión salvaje y arisca. La limitada visibilidad hacía resaltar el ruido de los motores, así como el sonido de las olas al chocar contra la proa del barco. Parecían avanzar más de prisa de lo que realmente avanzaban.

—Esto es el Arca de Howard —comentó Kip—. Estamos rescatando, uno por uno, a los animales. Bien venidos a bordo, hijos míos.

—Te damos un voto de confianza, querido —dijo Junie acariciándole el brazo.

—Bueno, amigos, esperemos que dentro de unos veinte minutos llegaremos a un buen pedazo de continente que sea posible reconocer. Pronto pondré el barco en manual y disminuiré la marcha.

—Bien, bien, señor. ¿No necesita usted, por casualidad, un vigía?

—Ya te lo diré cuando lo necesite, Kip.

Selma bajó a los camarotes, en busca de algo. El pajarillo se asustó, subió volando a cubierta y se posó sobre la nasa, a unas seis pulgadas de las garras de la garza. Howard dijo que formaban un bonito cuadro para una fotografía. Junie corrió abajo, cogió su cámara «Instamatic» y se acercó con ella a los pájaros mientras Howard contemplaba la escena. De pronto, con astucia y con una terrible indiferencia, la garza alargó una de sus garras y la cerró sobre el pajarillo. Luego soltó el cuerpo, ya inanimado, que cayó a través de la ancha red de mimbre de la nasa.

Howard gritó:

—¡Maldita sea! *¡Maldita sea!*

Impulsivamente, sin detenerse a pensarlo, arrojó a la garza su lata de cerveza, ya medio vacía. Erró la puntería, y la lata cayó dando vueltas y derramando el líquido. La garza dio un grito ronco y echó a volar alejándose del barco.

—¡Mira! —gritó Selma—. ¡Mirad ahí, ahí enfrente! ¿No es eso un edificio? ¿Un edificio alto?

Howard corrió hacia el panel de los mandos y, en el momento en que conectaba el mando manual y disminuía la marcha, vio la boya marítima, a unas cincuenta yardas a babor.

Junie se acercó a él y quedó de pie a su lado.

—Has vuelto a acertar, querido. Eres el propio «capitán Hornblower».

—Sí, seguro —contestó Howard, irritado.

Su mujer le rodeó la cintura con las manos.

—Ya sé. Yo también me he llevado un disgusto. Era bonito navegar con esos pájaros… Pero me parece que no lo ha hecho a propósito. ¿Sabes? Es como una especie de instinto.

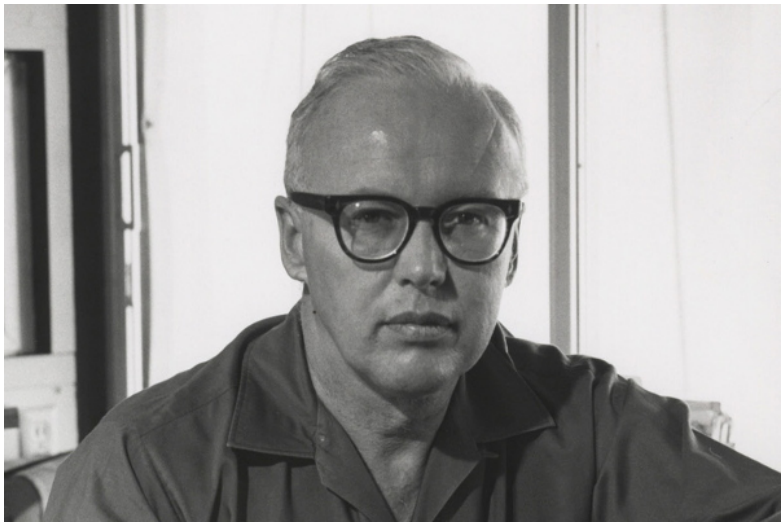
—Si te parece bien, ¿por qué no sacas algunos cordeles para pescar?

—Por favor, no te pongas ahora de mal humor. Ha sido una travesía estupenda. De veras, querido mío.

Le hizo una caricia y fue en busca de los cordeles de pesca. Mientras tendía uno, Howard tuvo la sensación de estar viendo una garra gigante, que salía de la niebla oscura, agarraba a su mujer y dejaba caer luego, a un lado, el cuerpo destrozado.

«Le arrojaría latas de cerveza —se dijo—. ¡Hacer esto a mi mujer! ¡Qué cosa más absurda!».

—Bueno, ¿qué le pasa a la tripulación? —rugió luego—. ¿Dónde está la bebida del capitán? ¡A ver si formáis, muchachos!



JOHN D. MACDONALD (Sharon, Pennsylvania, USA, 24 de julio de 1926 - Milwaukee, Wisconsin, USA, 28 de diciembre de 1986), novelista y escritor de relatos cortos.

Entró en la Wharton School de la Universidad de Pennsylvania, pero lo dejó en su segundo año. Más tarde fue admitido en la Universidad de Siracusa. En 1939 obtuvo un MBA por la Universidad de Harvard.

Escribió casi ochenta novelas policíacas, muchas de las cuales ambientó en Florida, protagonizadas por su personaje preferido, Travis McGee. Varias de sus novelas fueron llevadas al cine, destacando la película *El cabo del miedo*.

Ganador del American Book Award de 1980, fue nombrado Gran Maestro de la Asociación de Escritores de Misterio de América.

Notas

[1] Protagonista de una serie de novelas de aventuras originales de C. S. Forester. *(N. del T.)* <<

[2] Conocida revista de modas americana. *(N. del T.)* < <

[3] En español en el original. <<

[4] En español en el original. <<

[5] En español en el original. <<

[6] En español en el original. <<

[7] En español en el original. <<

[8] En español en el original. <<

[9] En español en el original. <<

[10] En español en el original. <<

[11] Embarcación formada por dos tozas, o dos botes unidos. *(N. del T.)* <<

[12] En español en el original. <<

[13] En español en el original. <<

[14] En español en el original. <<

[15] En español en el original. <<

[16] En español en el original. <<

[17] En español en el original. <<

[18] En español en el original. <<

[19] En español en el original. <<

[20] En español en el original. <<

[21] En español en el original. <<

[22] En español en el original. <<

[23] En español en el original. <<

[24] En español en el original. <<

[25] En español en el original. <<

[26] En español en el original. <<